
LA
SEGUNDA
CAIDA
DORIAN LEBLANC

La segunda caída

Una novela de Dorian Leblanc

Derechos de autor © 2026 Dorian Leblanc

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Tabla de contenido

Capítulo 1 · Hora cero
Capítulo 2 · Hora uno
Capítulo 3 · Hora dos
Capítulo 4 · Hora tres
Capítulo 5 · Hora cuatro
Capítulo 6 · Hora cinco
Capítulo 7 · Hora seis
Capítulo 8 · Hora ocho
Capítulo 9 · Hora diez
Capítulo 10 · Hora doce
Capítulo 11 · Hora catorce
Capítulo 12 · Hora dieciséis
Capítulo 13 · Hora dieciocho
Capítulo 14 · Hora veinte
Capítulo 15 · Hora veintidós
Capítulo 16 · Hora veinticinco
Capítulo 17 · Hora veintinueve
Capítulo 18 · Hora treinta y tres
Capítulo 19 · Hora treinta y seis
Capítulo 20 · Hora cuarenta
Capítulo 21 · Hora cuarenta y tres
Capítulo 22 · Hora cuarenta y seis
Capítulo 23 · Hora cuarenta y nueve
Capítulo 24 · Hora cincuenta y dos
Capítulo 25 · Hora cincuenta y seis
Capítulo 26 · Hora cincuenta y nueve

Capítulo 27 · Hora sesenta y dos
Capítulo 28 · Hora sesenta y cuatro
Capítulo 29 · Hora sesenta y seis
Capítulo 30 · Hora sesenta y nueve
Capítulo 31 · Hora setenta y dos
Capítulo 32 · Hora setenta y cinco
Capítulo 33 · Hora setenta y ocho
Capítulo 34 · Día ciento veintisiete
Agradecimientos

Capítulo 1 · Hora cero

La primera persona que me preguntó si había empujado a mi marido todavía tenía las rodillas manchadas con su sangre.

No fue la policía. Tampoco una periodista esperando junto a la verja ni uno de esos desconocidos que, dos días después, ya sabían más de mi matrimonio que yo misma. Fue una mujer del servicio de emergencias, una de las que intentaron devolverle el aire a Damián mientras yo permanecía sentada contra la pared, con las manos abiertas sobre los muslos y el camisón pegado al cuerpo.

No me lo preguntó exactamente así. No dijo: «¿Lo ha empujado usted?». La gente que trabaja rodeada de muertos aprende a formular las preguntas sin parecer que está preguntando.

—¿Ha visto cómo se ha caído?

Yo negué con la cabeza.

—Estaba arriba.

—¿Con él?

—Con mi hija.

—¿Entonces no estaba junto a la escalera?

—No.

La mujer me observó durante apenas un segundo. Ni siquiera podría asegurar que desconfiara de mí. Tal vez solo intentaba entender cómo un hombre de cuarenta y cinco años había acabado al pie de catorce escalones con la cabeza abierta, un brazo doblado bajo la espalda y sangre hasta en el tercer peldaño.

—Yo no lo empujé —dije.

Nadie me había acusado todavía.

Ella volvió a mirar a Damián. Uno de sus compañeros continuaba presionándole el pecho mientras otro preparaba una jeringa. Habían apartado la mesita del recibidor y volcado uno de los sillones para ganar espacio. La casa parecía más pequeña con cuatro desconocidos moviéndose dentro de ella, abriendo bolsas, dando órdenes y pisando la sangre como si ya no importara extenderla.

—No he dicho que lo hiciera —respondió la mujer.

—Ya lo sé.

—Necesito que intente respirar.

Yo respiraba. Eso era lo más absurdo. Respiraba perfectamente mientras Damián se moría a menos de tres metros de mí.

No recuerdo cuánto tiempo llevaba en el suelo cuando marqué el 112. Pudo ser un minuto. Pudo ser menos. Escuché el ruido desde la habitación de Lía, bajé corriendo y lo encontré allí, con los ojos abiertos y la boca moviéndose sin sonido. Al principio pensé que intentaba decirme algo. Me arrodillé, le cogí la cara entre las manos y acerqué el oído a sus labios.

No salió ninguna palabra.

Solo aire.

Un soplido pequeño y húmedo que olía a vino.

—Damián.

No respondió.

—Damián, mírame.

Tenía sangre en el pelo, detrás de la oreja, bajo la nuca. Muchísima. Había visto sangre otras veces, por supuesto. Cortes al cocinar, una ceja abierta de Lía cuando tenía cuatro años, la nariz de Damián después de que un cliente le diera un puñetazo en una obra. Pero aquello era distinto. Aquello no parecía salir de él, sino estar tragándoselo.

Busqué el teléfono en el bolsillo del camisón y se me cayó dos veces antes de conseguir desbloquearlo.

La operadora me preguntó mi nombre.

—Mara Sanz.

La dirección.

Se la repetí.

Qué había ocurrido.

—Mi marido se ha caído por la escalera.

Si estaba consciente.

—No lo sé.

Si respiraba.

—Creo que sí.

Si podía colocar una mano sobre su pecho.

Lo hice.

—No noto nada.

Me explicó cómo debía ponerlo boca arriba. Le dije que ya lo estaba, aunque no era verdad del todo. Damián tenía el hombro girado y una pierna atrapada bajo la otra. La operadora me pidió que no moviera su cuello. Después cambió de opinión porque dejó de respirar, o porque yo dejé de sentirlo, o porque empecé a gritar que estaba muerto y ella necesitaba darme algo que hacer.

Coloqué las manos en el centro de su pecho.

Una encima de la otra.

Los brazos rectos.

Presioné.

La primera vez sentí un chasquido.

—He roto algo.

—Continúe.

—Creo que le he roto una costilla.

—Continúe, Mara.

Seguí.

Treinta compresiones. Dos respiraciones. Treinta compresiones. Dos respiraciones. La sangre de su boca me quedó en los labios. Me limpié con el dorso de la mano y volví a inclinarme sobre él.

No sé en qué momento apareció Lía en la parte alta de la escalera.

—Mamá.

Levanté la cabeza. Estaba descalza, con el pijama amarillo y el conejo de peluche apretado contra el pecho. Detrás de ella seguía sonando la película que habíamos dejado puesta en su habitación. Una canción alegre, ridícula, completamente fuera de lugar.

—Vuelve al cuarto.

—¿Qué le pasa a papá?

—Vuelve al cuarto, cariño.

—¿Se ha hecho daño?

—Lía, por favor.

No levanté la voz. Creo que no la levanté. La operadora seguía hablándome desde el suelo, donde había dejado el teléfono con el

altavoz conectado. Me ordenaba que continuara, que no me detuviera, que la ambulancia estaba llegando.

Lía bajó un peldaño.

—No bajes.

Se quedó inmóvil.

—Pero papá…

—Papá se ha caído. Vuelve a tu habitación.

No me obedeció. Nunca lo hacía a la primera cuando tenía miedo. Se sentó en lo alto de la escalera y escondió la boca detrás del conejo. Durante el resto de la reanimación pude sentir sus ojos sobre mí.

Los sanitarios llegaron nueve minutos después de la llamada. Nueve minutos es poco tiempo cuando se mide en un reloj y una vida entera cuando tienes las manos sobre el pecho de alguien que no responde. Entraron sin llamar porque yo había dejado la puerta abierta. Uno me apartó con cuidado. Otro se inclinó sobre Damián. Una mujer me hizo preguntas mientras cortaban la camisa de mi marido y llenaban el recibidor de envoltorios de plástico.

—¿Cuánto tiempo lleva inconsciente?

—No lo sé.

—¿Ha bebido?

—Había cenado fuera.

—¿Toma medicación?

—Para dormir. A veces.

—¿Qué medicación?

—No lo sé.

Sí lo sabía. Zolpidem. Una pastilla blanca que guardaba en el cajón de la mesilla y partía con los dientes cuando no encontraba el cortador. Pero en ese momento no conseguí recordar el nombre. O no pude pronunciarlo. Las palabras más sencillas se me quedaban pegadas al paladar.

—¿Tiene alguna enfermedad?

—No.

—¿Problemas cardíacos?

—No.

—¿Alergias?

—No que yo sepa.

La mujer me hizo sentarme. Me puso una manta sobre los hombros, aunque no tenía frío, y me tomó el pulso mientras miraba de reojo a sus compañeros.

—¿Ha visto la caída?

—No.

—¿Dónde estaba usted?

—Arriba. Acostando a nuestra hija.

—¿Ha oído algún grito?

—No.

—¿Una discusión?

La pregunta me atravesó con más facilidad que las demás.

—No.

No fue una mentira grande. No en ese momento. Damián y yo discutíamos como discute todo el mundo después de doce años de matrimonio. Sin platos rotos ni vecinos llamando a la policía. Palabras dichas demasiado cerca de la cara, puertas cerradas con más fuerza de la necesaria, silencios que duraban hasta la mañana siguiente. Aquella noche también habíamos discutido, pero eso no significaba nada. No tenía nada que ver con la escalera. Nada.

—¿Escuchó la caída?

—Sí.

—¿Cómo fue?

La miré sin entender.

—El ruido —aclaró—. ¿Escuchó un golpe, varios golpes?

—Varios. Supongo.

—¿Seguidos?

—No lo sé.

—Intente recordarlo.

Cerré los ojos. La película de Lía. El sonido de una puerta. Después, el estruendo. Un impacto seco, algo arrastrándose, otro golpe. Tal vez más. No los conté. Nadie cuenta los golpes cuando todavía no sabe que van a partirle la vida en dos.

—Fue muy rápido.

La mujer asintió, pero no anotó nada. Ni siquiera llevaba una libreta. Aun así, tuve la sensación de que estaba guardándolo todo.

Las compresiones se detuvieron.

Solo durante unos segundos.

Uno de los sanitarios miró el monitor. Otro cambió la posición de los electrodos. La mujer que estaba conmigo se levantó y se acercó a ellos.

Yo también intenté levantarme.

—Quédese ahí, por favor.

—¿Qué pasa?

Nadie respondió.

—¿Qué pasa?

El hombre que estaba junto a la cabeza de Damián pidió otra dosis de algo. La jeringa pasó de una mano a otra. Volvieron a presionar su pecho.

—¿Está vivo?

La mujer regresó y se agachó frente a mí.

—Estamos haciendo todo lo posible.

—Eso no es lo que le he preguntado.

—Su marido está en parada.

—Pero ¿está vivo?

—Mara.

Fue la primera vez que alguien dijo mi nombre con ese tono. Como si estuviera a punto de entregarme una noticia que debía aceptar sin escándalo.

—No puede morirse.

Ella no dijo nada.

—No puede —repetí—. Lía está arriba.

Miré hacia la escalera. Mi hija ya no estaba allí. En algún momento había regresado a su habitación, o se había escondido en el pasillo, o quizá seguía observándonos desde un lugar que yo no alcanzaba a ver.

—Tengo que ir con ella.

—Ahora irá.

—Está sola.

—Uno de mis compañeros puede acompañarla.

—No quiero que un desconocido suba a su habitación.

La mujer respiró hondo.

—Entonces espere un minuto.

Un minuto. Todo el mundo pedía minutos aquella noche como si fueran cosas pequeñas. Un minuto para intentar reanimarlo. Un minuto antes de subir con Lía. Un minuto hasta que llegara la policía. Damián había bajado aquellos catorce escalones en menos tiempo y, sin embargo, nadie parecía capaz de devolverme nada con la misma rapidez.

Escuché sirenas acercándose. Otra ambulancia, pensé. Después vi el reflejo azul atravesando las cortinas del salón.

—¿Por qué viene la policía?

La mujer volvió la cabeza hacia la puerta.

—Es habitual en accidentes domésticos graves.

—Ha sido un accidente.

—No estoy diciendo lo contrario.

—Se ha caído.

—Lo sé.

Pero no lo sabía. Nadie lo sabía todavía. Solo yo había estado en la casa. Solo Lía y yo habíamos escuchado el estruendo. Solo yo había encontrado a Damián al pie de la escalera, con un pie descalzo y el otro todavía dentro del zapato, como si incluso su cuerpo hubiese sido sorprendido por la caída.

Los agentes entraron sin hacer ruido. Eran dos. Un hombre joven y una mujer de unos cuarenta años con el pelo recogido y una chaqueta oscura que no parecía uniforme. Ella no se acercó enseguida a mí. Recorrió el recibidor con la mirada, desde la sangre junto a la cabeza de Damián hasta los peldaños, la barandilla y la pared blanca donde había quedado una marca oblicua.

Luego levantó la vista.

No hacia mí.

Hacia la parte alta de la escalera.

—¿Hay alguien más en la vivienda? —preguntó.

—Nuestra hija.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años.

—¿Dónde está?

—En su cuarto.

La mujer hizo un gesto al agente joven, que comenzó a subir. Me puse de pie tan deprisa que la manta cayó al suelo.

—No.

Los sanitarios me miraron.

—No quiero que vaya solo —dije—. Está asustada.

La mujer de la chaqueta oscura se acercó.

—Soy la inspectora Leire Zamora. Nadie va a hacerle daño a su hija.

—Ya lo sé.

—Puede acompañarnos dentro de un momento, pero ahora necesitamos comprobar que está bien.

—Está bien.

—¿La ha visto después de la caída?

—Sí.

—¿Ha bajado?

—No. Se quedó arriba.

Leire miró los peldaños. Después miró mis pies desnudos, salpicados de sangre.

—¿Usted bajó corriendo?

—Sí.

—¿No resbaló?

—No.

No entendí la pregunta hasta que observé la escalera. Había una mancha en el cuarto peldaño, otra en el sexto y una línea oscura en el borde del descansillo. La sangre no llegaba hasta arriba. No había nada donde yo hubiera podido pisarla al bajar.

—La sangre estaba junto a él —dije—. Me manché al intentar ayudarlo.

—No he dicho que se manchara en la escalera.

—Ya lo sé.

Otra vez aquella respuesta. Ya lo sé. La repetí tantas veces durante las horas siguientes que acabó perdiendo cualquier significado.

El sanitario dejó de presionar el pecho de Damián.

Esta vez no reanudó las compresiones.

Alguien miró el reloj.

La mujer que me había interrogado al llegar se acercó al monitor, comprobó algo y bajó la cabeza. No hizo falta que hablara. Lo vi en sus hombros, en la manera en que sus compañeros comenzaron a recoger los instrumentos que hasta un segundo antes parecían imprescindibles.

—No —dije.

Nadie se movió.

—No.

Fui hacia Damián, pero Leire me sujetó por los brazos.

—Suélteme.

—Mara.

—Suélteme.

—No puede acercarse ahora.

—Es mi marido.

—Lo sé.

—No, no lo sabe. Es mi marido.

Intenté apartarla. No con fuerza. Creo que no con fuerza. Ella me sostuvo mientras yo miraba el cuerpo de Damián tendido bajo la luz del recibidor, con la camisa abierta y los cables todavía pegados a la piel. Parecía más grande muerto. Más pesado. Como si la casa entera se hubiese inclinado hacia él.

Entonces escuché la voz de Lía.

—Mamá.

Estaba sentada en el último peldaño del tramo superior. El agente joven permanecía a su lado, sin tocarla. Mi hija ya no llevaba el conejo. Tenía las manos vacías sobre las rodillas.

—Ven conmigo, cariño —le dije.

No se movió.

—Lía.

Miró a su padre. Después miró la escalera que los separaba.

—Papá se ha caído.

—Sí.

—Ha hecho mucho ruido.

—Sí.

Leire aflojó las manos alrededor de mis brazos.

—Ven, cariño.

Lía bajó un peldaño. Luego otro. Muy despacio, pegada a la barandilla.

—Se ha caído dos veces —dijo.

La inspectora volvió la cabeza hacia mí.

Y yo respondí antes de que pudiera preguntarme nada.

—No, cariño. Papá se ha caído una sola vez.

Capítulo 2 · Hora uno

La inspectora no volvió a mirarme hasta que Lía llegó al último peldaño.

Entonces soltó mis brazos.

—¿Por qué has dicho que se cayó dos veces? —preguntó.

No se lo preguntó a mí.

A mi hija.

Lía bajó la vista hacia sus pies. Tenía las uñas pintadas de azul, algunas ya descascarilladas. Damián se las había pintado el domingo anterior mientras yo ordenaba la cocina. Le habían quedado fatal. Había manchado dos dedos y parte de la alfombra, y Lía había pasado media tarde riéndose de él.

—Porque hizo dos ruidos.

—¿Dos ruidos distintos?

—Leire —dije.

Ella levantó una mano sin mirarme.

—Solo estoy hablando con ella.

—Su padre acaba de morir.

—Lo sé.

—Tiene siete años.

—Precisamente.

Lía me buscó con la mirada.

—Mamá.

Me acerqué, pero el agente joven se movió antes y se colocó ligeramente entre nosotras. No fue un gesto brusco. Apenas un paso. Lo suficiente.

—Quiero abrazarla —dije.

—Enseguida —respondió Leire—. Primero necesito saber si ha visto algo.

—No ha visto nada.

La inspectora se volvió hacia mí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque estaba en su habitación.

—¿Con usted?

—Sí.

La respuesta salió limpia. Sin vacilar.

Leire sostuvo mi mirada unos segundos.

—Entonces lo sabrá ella.

Volvió hacia Lía.

—¿Estabas en tu habitación cuando papá se cayó?

Mi hija asintió.

—¿Estabas sola?

Lía tardó demasiado en contestar.

No fue más de un segundo. Quizá dos. Pero yo la conocía. Sabía cuánto tardaba en recordar una canción, cuánto en inventar una excusa y cuánto en decir una verdad que creía que podía traerle problemas.

—Mamá estaba conmigo —dijo.

Leire no anotó nada. Ni siquiera llevaba libreta. Aun así, tuve la sensación de que cada palabra quedaba colocada en algún sitio.

—¿Todo el tiempo?

—Leire —repetí.

Esta vez sí me miró.

—Señora Sanz, necesito que deje que responda.

Era la primera vez que me llamaba por mi apellido.

—No puede interrogarla así.

—No la estoy interrogando.

—Pues se parece bastante.

El sanitario que me había puesto la manta se acercó y la recogió del suelo. La sacudió con una delicadeza absurda y volvió a colocármela sobre los hombros.

—Quizá sería mejor llevar a la niña a otra habitación —dijo.

—No —respondimos Leire y yo al mismo tiempo.

La inspectora frunció apenas los labios.

—Puede quedarse con su madre —dijo—. Pero antes necesito una cosa más.

Se agachó frente a Lía, sin tocarla.

—Cuando dices que papá se cayó dos veces, ¿quieres decir que escuchaste dos golpes?

—No.

—¿Qué quieres decir?

—Que se cayó.

—Sí.

—Y después se volvió a caer.

El agente joven levantó la vista hacia la escalera.

Yo sentí que la casa se quedaba sin aire.

—Cariño —dije—, lo que escuchaste fue el cuerpo de papá golpeando los escalones. Primero arriba y luego abajo. Por eso parecieron dos caídas.

Lía me observó con esa seriedad repentina que tienen los niños cuando intuyen que los adultos están discutiendo por algo que ellos todavía no entienden.

—Había silencio.

—¿Entre los golpes? —preguntó Leire.

Lía asintió.

—¿Mucho?

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—No sé.

—¿Como esto?

La inspectora esperó tres segundos.

Lía negó.

—¿Menos?

—No sé.

—¿O más?

—He dicho que no sabe —intervine.

Leire se puso en pie.

—De acuerdo.

La forma en que lo dijo me irritó más que si hubiera insistido. De acuerdo. Como si ya tuviera lo que necesitaba.

Me agaché y abrí los brazos.

Lía corrió hacia mí.

La abracé con tanta fuerza que soltó un quejido.

—Mamá, me haces daño.

Aflojé enseguida.

—Perdona.

Olía a champú de manzana y a sueño. Hundió la cara en mi pecho, pero no lloró. Lía nunca lloraba cuando debía. Aguantaba durante horas y después se derrumbaba por cualquier tontería: una galleta rota, un calcetín húmedo, un dibujo que no le salía como quería.

—Quiero ver a papá —murmuró.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque los médicos están trabajando.

La mentira me salió sola.

Uno de los sanitarios había cubierto ya el cuerpo de Damián hasta el cuello. No completamente. Su cara seguía descubierta, blanca bajo la luz del recibidor, con un corte junto a la ceja y sangre seca en la comisura de los labios.

Lía intentó girarse.

Le puse una mano detrás de la cabeza.

—No mires.

—¿Está muerto?

No supe qué contestar.

La gente cree que hay palabras para esos momentos. Frases correctas. Formas de hablar de la muerte sin asustar a un niño. Pero allí no había palabras. Había una casa llena de desconocidos y el cuerpo de su padre a pocos metros.

—Los médicos no han podido despertarlo —dije.

—¿Pero está muerto?

Cerré los ojos.

—Sí.

Lía se apartó de mí.

No lloró. Solo abrió mucho la boca, como si le faltara aire, y volvió la cabeza hacia la escalera.

—No.

—Cariño.

—No.

—Lía.

—No.

Me golpeó el pecho con las manos. Una vez. Después otra.

—No.

La abracé mientras pataleaba. El conejo de peluche apareció en brazos del agente joven, que debía de haberlo recogido arriba. Se lo ofreció, pero Lía lo tiró al suelo.

—Quiero a papá.

—Lo sé.

—Quiero a papá.

—Lo sé.

—No lo sabes.

La frase me atravesó.

La inspectora miró hacia otro lado. El agente joven recogió de nuevo el conejo.

Yo mantuve a Lía contra mi cuerpo hasta que dejó de luchar. Después se quedó quieta, rígida, respirando muy deprisa.

—Quiero ir a mi habitación.

—Voy contigo.

—No.

—No puedes estar sola.

—Quiero ir sola.

—Lía.

—Sola.

Leire hizo un gesto al agente.

—Que suba con ella hasta la puerta.

—He dicho que no quiero extraños en su habitación.

—No entrará.

—Voy yo.

—Antes necesito hacerle unas preguntas.

—Ya me las ha hecho.

—No.

Miré a Lía. Tenía los ojos clavados en la sangre del suelo.

—Sube, cariño —le dije—. Enseguida voy.

—No tardes.

—No voy a tardar.

La vi subir, peldaño a peldaño, con el conejo colgando de una oreja. El agente joven la siguió a cierta distancia. Cuando llegaron al descansillo, Lía se detuvo.

—Ahí hizo el otro ruido —dijo.

Nadie respondió.

Ella señaló el suelo.

—Primero aquí.

Después miró hacia abajo.

—Y luego ahí.

Leire no apartó los ojos del descansillo.

Yo sí.

Miré a mi marido.

El cuerpo seguía cubierto hasta el cuello. Uno de los sanitarios hablaba en voz baja con otro. La mujer que me había hecho las primeras preguntas cerraba bolsas y retiraba material.

Lía continuó subiendo.

La puerta de su habitación se cerró.

El silencio que dejó fue peor que sus gritos.

—¿Podemos hablar en el salón? —preguntó Leire.

—No quiero dejarla sola.

—El agente se quedará en el pasillo.

—No necesita vigilancia.

—No es vigilancia.

—¿Entonces qué es?

—Una niña de siete años acaba de encontrar a su padre muerto al pie de una escalera.

—No lo encontró. Yo lo encontré.

—Bien.

—No lo vio caer.

—Eso ya me lo ha dicho.

—Porque es verdad.

Leire se apartó para dejarme pasar.

El salón estaba a pocos metros del recibidor, separado por una pared baja y una estantería. Desde el sofá podía ver parte de la escalera y las piernas de los sanitarios moviéndose alrededor del cuerpo.

No quise sentarme.
—¿Cuándo llegó su marido a casa?
—No lo sé exactamente.
—Intente recordarlo.
—Cerca de las once.
—¿Venía solo?
—Sí.
—¿Lo vio entrar?
—Lo escuché.
—¿Dónde estaba usted?
—En la cocina.
—¿Y su hija?
—Terminando de cenar.
—Antes ha dicho que estaba acostándola.
—Cuando se cayó, sí.
—¿Cuánto tiempo pasó entre la llegada de su marido y la caída?
—Media hora. Quizá algo más.
—¿Hablaron?
—Claro.
—¿Discutieron?
La misma pregunta.
—No.
Leire inclinó la cabeza.
—Una vecina ha dicho que escuchó voces.
—Todavía no ha hablado con ninguna vecina.
—Mis compañeros sí.
No había oído entrar a más policías. Tampoco había visto a nadie salir. Pero la puerta principal seguía abierta y las luces azules llenaban la calle.
—Damián hablaba fuerte —dije.
—¿Estaba enfadado?
—No especialmente.
—¿Había bebido?
—Había cenado con unos clientes.
—Eso no responde.
—Olía a vino.

—¿Se tambaleaba?
—No.
—¿Arrastraba las palabras?
—No.
—¿Tomó medicación?
—No lo sé.
—Ha dicho que a veces tomaba algo para dormir.
—Sí.
—¿Sabe dónde está?
—En la mesilla.
—¿Podemos verlo?
—Supongo.
—¿Supone que podemos o supone que está ahí?
La miré.
—Está ahí.
—¿Cómo se llama?
—Zolpidem.
Leire no reaccionó.
—Antes ha dicho a los sanitarios que no lo sabía.
—No lo recordaba.
—¿Y ahora sí?
—Ahora sí.
—¿Por qué?
—Porque me lo ha vuelto a preguntar.
—No le he preguntado el nombre.
La manta empezó a pesarme sobre los hombros.
—¿Qué está intentando hacer?
—Entender qué ocurrió.
—Se cayó.
—Eso parece.
—No parece. Se cayó.
—¿Lo vio?
—No.
—Entonces parece.
Apreté los labios.

Leire hablaba despacio. Sin elevar la voz, sin acusarme, sin darme nada contra lo que pudiera defenderme. Era peor así.

—¿Dónde estaba exactamente cuando escuchó el ruido? —preguntó.

—En la habitación de Lía.

—¿Qué hacía?

—La estaba acostando.

—¿Estaba sentada en la cama?

—Sí.

—¿A su lado?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—No sé. Cinco minutos.

—¿Su hija estaba despierta?

—Sí.

—¿Viendo una película?

—La habíamos dejado puesta.

—¿Y usted la estaba acostando con la televisión encendida?

—No es una televisión. Es una tableta.

—Entiendo.

No entendía nada. O fingía no entender.

—Era viernes —añadí—. A veces la dejamos ver algo antes de dormir.

—¿Su marido subió?

—No.

—¿Le oyó moverse por la casa?

—Sí.

—¿Dónde?

—Abajo.

—¿En la cocina? ¿En el salón? ¿En el recibidor?

—No lo sé.

—¿Escuchó pasos en la escalera?

—No.

—¿Entonces cómo llegó arriba?

—¿Qué?

—Ha dicho que escuchó varios golpes. Si cayó por la escalera, tuvo que estar arriba antes.

—Nuestra habitación está arriba. Quizá subió mientras yo estaba con Lía.

—¿No lo oyó?

—La película estaba puesta.

—¿Muy alta?

—No.

—Pero suficiente para no escuchar a un hombre subir catorce peldaños.

—No conté sus pasos.

Leire desvió la mirada hacia el recibidor.

—¿La escalera suele hacer ruido?

—A veces.

—¿Qué tipo de ruido?

—Cruje.

—¿Los peldaños?

—La barandilla. No sé.

—¿Estaba rota?

—No.

—¿Suelta?

—Damián decía que había que ajustarla.

—¿Desde cuándo?

—Semanas.

—¿La había reparado?

—No.

—¿Por qué?

Solté una risa breve. Me salió sin querer.

—Porque arreglaba casas ajenas. La nuestra podía esperar.

Por primera vez, Leire pareció aceptar una respuesta sin buscar algo detrás.

—¿Alguna vez se había caído alguien por esa escalera?

—No.

—¿Resbalado?

—Lía una vez. No fue nada.

—¿Su marido tenía problemas de equilibrio?

—No.
—¿Mareos?
—No.
—¿Había mezclado alcohol y medicación antes?
—No lo sé.
—Vivía con él.
—Eso no significa que supiera todo lo que hacía.
La frase quedó entre nosotras.
Leire la dejó reposar.
—¿Había cosas que no sabía?
—Todo el mundo tiene secretos.
—¿Su marido también?
—Supongo.
—¿Qué clase de secretos?
—No sé.
—Acaba de decir que los tenía.
—He dicho que todo el mundo los tiene.
—¿Usted también?
La miré.
—Mi marido está muerto.
—Lo sé.
—Mi hija está arriba sola.
—También lo sé.
—Y usted me pregunta si tengo secretos.
—Sí.
No bajó la mirada.
—No —dije.
La inspectora asintió muy despacio.
—De acuerdo.
Otra vez.
De acuerdo.

Me senté al fin. No porque ella me lo pidiera, sino porque las piernas dejaron de sostenerme. La manta se abrió y cayó a ambos lados del sofá.

Leire observó mis brazos.
—¿Qué le ha pasado ahí?

Seguí su mirada.

En el antebrazo izquierdo, justo debajo del codo, empezaba a aparecer una mancha oscura. No la había visto antes. Tenía forma alargada, casi como cuatro dedos.

La cubrí con la mano.

—Nada.

—Parece reciente.

—Me habré golpeado.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Al bajar?

—Puede ser.

—No recuerda haberse golpeado, pero sí que no resbaló.

—Estaba intentando ayudar a mi marido.

Leire se acercó un poco.

—¿Puedo verlo?

—No.

La respuesta salió demasiado rápida.

—Necesito comprobar si requiere atención médica.

—No la requiere.

—Entonces no le importará enseñármelo.

—He dicho que no.

La inspectora volvió a quedarse quieta.

No insistió.

Uno de los sanitarios apareció en la entrada del salón.

—Tenemos que trasladarlo.

No dijo el cuerpo. No dijo al fallecido. Dijo trasladarlo, como si Damián todavía fuera una persona que podía decidir adónde ir.

Me levanté.

—¿Adónde?

—Al Instituto de Medicina Legal.

—¿Por qué?

El sanitario miró a Leire.

Fue suficiente.

—No —dije—. Ha sido un accidente.

Nadie respondió.

—Se ha caído por la escalera.

Leire se acercó.

—Mara, necesitamos confirmar la causa de la muerte.

—La causa está ahí.

Señalé los escalones.

—Se cayó.

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Sí.

—¿Qué otra cosa cree que pasó?

La inspectora no contestó enseguida.

Detrás de ella, los sanitarios empezaron a mover el cuerpo de Damián. La sábana se deslizó unos centímetros y dejó al descubierto uno de sus brazos. La mano estaba cerrada.

—Todavía no creo nada —dijo Leire—. Pero su marido tiene demasiadas heridas para que podamos dar nada por sentado.

Miré el cuerpo.

Después la escalera.

Después mi brazo, donde los dedos ya empezaban a dibujarse bajo la piel.

—Yo no le hice daño —dije.

Leire bajó la vista hacia el hematoma.

—No le he preguntado eso.

En el piso de arriba, la puerta de la habitación de Lía se abrió.

—Mamá —llamó.

Me volví hacia la escalera.

Mi hija estaba en lo alto, abrazada al conejo.

—He recordado otra cosa.

Leire también levantó la cabeza.

—¿Qué cosa, cariño?

Lía miró primero a la inspectora.

Después a mí.

—Papá habló entre una caída y la otra.

Capítulo 3 · Hora dos

—¿Qué dijo? —preguntó Leire.

Lía no respondió.

Seguía en lo alto de la escalera, con el conejo apretado contra el pecho y el pelo pegado a un lado de la cara. El agente joven permanecía a unos pasos de ella, como si no supiera si acercarse o desaparecer.

—Cariño —dije—, baja conmigo.

—No quiero bajar.

—Está bien. Entonces me acerco yo.

Di un paso hacia la escalera.

Leire me rozó el brazo.

No llegó a sujetarme. Solo colocó dos dedos sobre la manta, a la altura del codo.

—Espere.

La miré.

—Es mi hija.

—Y acaba de decir que escuchó hablar a su padre.

—Está asustada.

—Precisamente por eso conviene no decirle lo que cree que oyó.

—No voy a decirle nada.

—Ya le ha explicado que solo hubo una caída.

—Porque solo hubo una caída.

Leire retiró la mano.

—Lía —dijo, levantando la voz lo justo para que la niña la oyera —, ¿recuerdas qué dijo papá?

Mi hija miró hacia el recibidor.

Damián ya no estaba allí.

Los sanitarios habían cerrado la bolsa y colocado el cuerpo sobre una camilla. Solo quedaban las manchas, los envoltorios y la marca rectangular que había dejado uno de los maletines sobre la

alfombra. Durante un segundo pensé que Lía se tranquilizaría al no verlo.

Entonces comprendí que la ausencia podía ser peor.

—Dijo «Mara» —contestó.

Nadie habló.

Ni siquiera yo.

Lía nunca me llamaba Mara. Para ella yo era mamá incluso cuando estaba enfadada. Damián, en cambio, pronunciaba mi nombre de una forma que siempre parecía distinta. Podía hacerlo sonar como una broma, una advertencia o una pregunta.

—¿Solo dijo eso? —preguntó Leire.

Lía asintió.

—¿Dijo «Mara» una vez?

—No sé.

—¿Gritó?

—No.

—¿Estaba enfadado?

Mi hija frunció el ceño.

—No sé.

—¿Parecía que le dolía algo?

—No sé.

—¿Dijo alguna palabra más?

—No sé.

Cada respuesta era más pequeña que la anterior.

Subí dos peldaños.

Esta vez Leire no intentó detenerme.

—Ven aquí.

Lía bajó hasta el descansillo. Al llegar, se quedó mirando el suelo, justo donde había señalado la primera caída. No había sangre allí. Solo una rozadura gris en la pared y una de las varillas de la barandilla ligeramente torcida hacia fuera.

—No mires, cariño.

—¿Por qué dijo tu nombre?

—Porque me estaba llamando.

—Pero tú estabas conmigo.

Sentí a Leire detrás de mí.

—Sí.

—Entonces ¿por qué no le contestaste?

—Porque no lo escuché.

—Yo sí.

—Tú estabas más cerca de la puerta.

Era verdad. Lía había estado acostada en el lado de la cama que quedaba junto al pasillo. Yo estaba al otro lado, con la película sonando entre las dos. Una explicación sencilla. Razonable.

Lía acarició la oreja del conejo.

—Primero hizo ruido. Después dijo tu nombre. Y después se cayó otra vez.

—Lo que escuchaste después pudo ser cualquier cosa.

—Fue papá.

—Podría haber sido una silla. O algo que cayó con él.

—Fue papá.

No se enfadó al decirlo. Eso lo empeoraba. Los niños mienten moviendo las manos, acelerando las palabras, mirando a todas partes. Cuando están seguros, simplemente repiten.

Me agaché frente a ella.

—Lía, escucha. Papá cayó por una escalera muy larga. Pudo golpearse, quedarse enganchado un segundo y continuar cayendo. Eso no significa que se levantara y volviera a caerse.

—Yo no he dicho que se levantara.

La inspectora bajó la mirada.

Yo también.

—No, cariño. Ya lo sé.

—He dicho que se cayó dos veces.

—Lo sé.

—Y dijo «Mara».

—Sí.

—¿Por qué?

Le puse una mano en la mejilla.

—Porque me necesitaba.

La frase me rompió.

No de golpe. Primero sentí una presión en el pecho, después un calor que me subió por el cuello y finalmente las lágrimas. Lloré

inclinada delante de mi hija, con una rodilla apoyada en el mismo descansillo donde ella aseguraba haber oído hablar a Damián.

Lía me abrazó.

—No pasa nada, mamá.

Eso me hizo llorar más.

Debería haber sido yo quien la consolara. Yo era la madre. Yo tenía que decirle que todo saldría bien, aunque nada pudiera salir bien ya. Sin embargo, fue ella quien me acarició el pelo mientras yo intentaba respirar.

—Lo siento —dije—. Lo siento muchísimo.

—No ha sido culpa tuya.

Leire no se movió.

Pero la sentí escuchar.

Abracé a Lía hasta que dejó de temblarme la espalda. Después la acompañé a su habitación. El agente joven se quedó fuera, como había prometido.

La película seguía reproduciéndose.

Dos animales cantaban sobre una barca mientras atravesaban un río de colores. La tableta estaba apoyada contra una pila de libros, en el borde de la mesilla. Pulsé la pantalla y todo quedó en silencio.

—No la apagues —dijo Lía.

—Pensé que ya no querías verla.

—No quiero verla. Pero no la apagues.

Dejé la imagen detenida.

La habitación olía a crema infantil y a lápices. Había ropa en el suelo, pegatinas en el armario y una hilera de dibujos sujetos a la pared con cinta adhesiva. En uno aparecíamos los tres frente a la casa: Damián enorme, yo con un vestido violeta y Lía entre nosotros, sin cuello y con los brazos abiertos.

—¿Quieres tumbarte?

Negó.

—¿Quieres que llame a la tía Nuria?

Volvió a negar.

—¿A la abuela?

—No.

—No puedes quedarte sola.

—Quédate tú.
Miré hacia la puerta.
El agente joven fingió no estar escuchando.
—Voy a estar abajo un momento. Luego subo.
—Siempre dices un momento y tardas mucho.
—Esta vez no.
—¿Se van a llevar a papá?
No contesté enseguida.
—Sí.
—¿Adónde?
—A un sitio donde van a averiguar qué le pasó.
—Ya sabemos qué le pasó.
—Sí.
—Se cayó.
—Sí.
—Dos veces.
Me senté en el borde de la cama.
—Lía, no necesitas seguir pensando en los ruidos.
—La señora me ha preguntado.
—Lo sé.
—¿He dicho algo malo?
—No.
—Se ha quedado mirando.
—Es policía. Mira así a todo el mundo.
—A ti te mira más.
Sonreí sin querer.
—Eso es porque soy la adulta.
Lía apoyó la cabeza contra mi hombro.
—Papá estaba enfadado.
El cuerpo se me tensó antes de que pudiera impedirlo.
—¿Por qué dices eso?
—Porque gritasteis.
—No gritamos.
—Sí.
—Hablamos un poco alto.
—Papá gritó.

—Venía cansado.
—Tú también gritaste.
—Puede ser.
—Dijiste que era un cabrón.
Cerré los ojos.
En el pasillo, el agente joven se movió.
—No deberías repetir esa palabra.
—La dijiste tú.
—Y estuvo mal.
—¿Qué significa?
—Nada que tengas que usar.
—¿Por qué se lo dijiste?
—Porque estaba enfadada.
—¿Con papá?
—Sí.
—¿Mucho?
La pregunta no parecía suya. Quizá todos los niños preguntaban igual. Quizá, cuando un adulto moría después de una discusión, hasta una niña de siete años comprendía que las palabras podían convertirse en algo peligroso.
—No tanto como para querer que le pasara nada.
Lía se quedó callada.
—¿Me crees?
—Sí.
Lo dijo sin dudar.
La abracé de nuevo.
—Voy a llamar a la tía Nuria.
—No quiero irme de casa.
—No tienes que irte.
—La policía está abajo.
—Se marchará.
—¿Y papá?
No pude responder.
Saqué el teléfono. Tenía cuatro llamadas perdidas de un número que no conocía y dos mensajes de mi hermana. Debía de haber visto

las luces desde la calle o alguien la había avisado. Nuria vivía a menos de diez minutos.

La llamé.

Contestó al primer tono.

—Mara.

No dijo hola.

—Necesito que vengas.

—¿Qué ha pasado? Hay una ambulancia delante de tu casa. Me ha llamado Carmen. Dice que hay policías.

Miré a Lía.

—Damián se ha caído.

Al otro lado se hizo silencio.

—¿Está bien?

No fui capaz de decirlo.

—Mara, ¿está bien?

—No.

—¿Qué significa que no?

—Ha muerto.

Nuria soltó un sonido extraño. Un golpe de aire que no llegó a palabra.

—No puede ser.

—Ven, por favor.

—Estoy saliendo.

—No conduzcas deprisa.

—¿Lía está contigo?

—Sí.

—¿Lo ha visto?

—No.

La mentira salió con una facilidad que me dio vergüenza.

—Quédate con ella. Llego enseguida.

Colgué.

Lía se había tumbado de lado, todavía vestida, abrazada al conejo.

—La tía viene.

—No quiero que llore.

—Intentará no hacerlo.

—Siempre llora.

—Hoy puede llorar.

—¿Tú vas a seguir llorando?

—Seguramente.

—No me gusta.

Me tumbé a su lado.

—A mí tampoco.

Permanecimos así unos segundos. Los suficientes para escuchar pasos abajo, una puerta que se cerraba y voces masculinas hablando en el recibidor.

La casa devolvía todos los sonidos.

Damián estaba orgulloso de aquello.

Decía que las casas modernas no debían esconder los ruidos, que un espacio abierto hacía que una familia estuviera más unida. La cocina se comunicaba con el salón, el salón con el recibidor y el recibidor con la escalera. Desde la planta superior se podía escuchar una cucharilla golpeando una taza abajo.

También una discusión.

También una caída.

La casa había sido el proyecto con el que Damián consiguió sus primeros clientes importantes. Apareció en una revista de arquitectura antes de que termináramos de pagar el terreno. «La vivienda Llorca-Sanz», la llamaron, aunque nadie había pedido mi opinión sobre una sola pared.

Él diseñó el salón sin cortinas y yo las coloqué seis meses después.

Eligió una encimera blanca que se manchaba con todo.

Instaló una chimenea que llenaba de humo la planta baja si el viento soplaba desde el norte.

Y dibujó la escalera.

Catorce peldaños divididos en dos tramos, con un descansillo suspendido junto a una pared de cristal. Damián decía que era el eje de la casa. El lugar donde la luz de la mañana unía las dos plantas.

Yo llevaba años diciendo que era demasiado resbaladiza.

—Tengo que bajar —susurré.

Lía cerró los ojos.

—No tardes.

—No tardaré.

Salí de la habitación y cerré la puerta hasta dejar una rendija.

El agente joven seguía en el pasillo.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

Pareció sorprendido.

—Álvaro.

—Álvaro, mi hermana viene de camino. Cuando llegue, quiero que suba directamente.

—Tendrá que hablar antes con la inspectora.

—No tiene nada que hablar con ella.

—Solo comprobará quién es.

—Es la tía de Lía.

—Entonces no habrá problema.

No me gustó el tono, aunque seguramente no había nada en él. Aquella noche todo parecía tener una segunda intención.

Bajé.

Habían encendido todas las luces del recibidor. También las del salón y la cocina. La casa parecía preparada para una sesión de fotos, salvo por la sangre.

Había tres personas nuevas. Un fotógrafo, una mujer con guantes blancos y un hombre de barba canosa que examinaba los peldaños agachado. Leire hablaba con ellos junto al descansillo.

La camilla de Damián ya no estaba.

La puerta principal seguía abierta.

—¿Se lo han llevado? —pregunté.

Leire se volvió.

—Sí.

—Sin dejarme despedirme.

—No podíamos alterar el cuerpo.

—Era mi marido.

—Lo sé.

—Deje de decir eso.

La inspectora me observó.

—De acuerdo.

El fotógrafo disparó el flash.

La sangre pareció más roja.

—¿Qué están haciendo?

—Documentando el lugar.

—¿Como una escena del crimen?

—Como el lugar donde ha muerto una persona.

—No es lo mismo.

—Todavía no sabemos qué es.

El hombre de barba presionó la barandilla. La madera cedió con un chasquido.

—Tiene holgura —dijo.

Me acerqué.

—Lleva así meses.

Leire miró hacia mí.

—Antes ha dicho que no estaba rota.

—No está rota.

El hombre volvió a moverla.

—No debería hacer esto.

—Damián iba a arreglarla.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Se lo había dicho usted?

—Muchas veces.

—¿Y qué respondía?

—Que no era peligroso.

—¿Discutieron alguna vez por eso?

—No.

El fotógrafo hizo otra foto.

—¿La escalera la diseñó él? —preguntó Leire.

—Sí.

—¿También supervisó la obra?

—Sí.

—¿Qué material tienen los peldaños?

Miré al hombre de barba. Parecía una pregunta para él, no para mí.

—Microcemento pulido —respondí.

Damián había repetido esas palabras tantas veces que terminaron formando parte del vocabulario de toda la familia.

—¿Resbala?

—Si está mojado.

—¿Estaba mojado esta noche?

—No.

—¿Limpió alguien la escalera?

—Esta mañana vino Sonia.

—¿Quién es Sonia?

—La mujer que nos ayuda con la casa.

Leire miró los peldaños.

—¿Qué productos utiliza?

—No lo sé.

—¿Cera?

—Creo que no.

—¿Abrillantador?

—No lo sé.

—Necesitaré sus datos.

—Están en mi teléfono.

La mujer de los guantes se agachó junto al tercer peldaño y acercó una regla a una mancha. Después examinó el borde con una linterna.

—Hay fibras —dijo.

—¿De ropa? —preguntó Leire.

—Puede ser.

—Damián llevaba una camisa azul —dije.

Las dos me miraron.

—Lo vimos todos —añadí—. Cuando los sanitarios se la cortaron.

La mujer siguió trabajando.

El hombre de barba subió hasta el descansillo. Examinó la rozadura gris de la pared, la varilla torcida y una pequeña muesca en el borde del peldaño.

—Aquí hubo impacto.

—Claro —dije—. Se cayó.

Nadie respondió.

—¿Qué buscan exactamente?

Leire señaló la escalera.
—El recorrido.
—Desde arriba hasta abajo.
—Eso suponemos.
—¿Qué otra opción hay?
—Que la caída empezara más abajo.
Miré el tramo superior.
—Lía escuchó cómo caía.
—Lía escuchó ruidos.
—Ha señalado el descansillo.
—Sí.
—Entonces empezó arriba.
—No necesariamente.
La inspectora se acercó al primer peldaño.
—¿Dónde encontró el zapato?
—¿Qué zapato?
—Su marido tenía un pie descalzo.
—El otro zapato estaba abajo.
—¿Y el que perdió?
Busqué con la mirada.
No estaba en el recibidor.
—No lo sé.
Leire hizo una señal al fotógrafo.
El agente Álvaro apareció arriba.
—Inspectora.
—¿Qué ocurre?
—Hay un zapato en el dormitorio principal.
Nadie se movió durante un instante.
—¿Dónde? —preguntó Leire.
—Junto a la cama.
La inspectora me miró.
—Ha dicho que su marido subió sin que usted lo oyera.
—Eso supongo.
—¿Entró en el dormitorio?
—No lo sé.
—Uno de sus zapatos está allí.

—Entonces sí.
—¿Y después salió con uno puesto y otro no?
—Tal vez se lo quitó porque le molestaba.
—¿Solía caminar con un solo zapato?
—No.
—¿Usted entró en el dormitorio después de encontrarlo?
—No.
—¿Su hija?
—No.
—¿Está segura?
—Sí.
Leire comenzó a subir.
—Quiero ir con usted.
—No.
—Es mi casa.
—Precisamente.
—¿Precisamente qué?
La inspectora se detuvo en el tercer peldaño.
—Hasta que sepamos qué ocurrió, necesito que no toque nada.
—No voy a tocar nada.
—Mara.
—No puede impedirme subir a mi dormitorio.
—Sí puedo.
No levantó la voz. Tampoco hizo falta.
Miré alrededor.

El fotógrafo. La mujer de los guantes. El técnico de la barba. El agente en el piso superior. Todos dentro de mi casa. Todos mirando las paredes, los muebles y las manchas como si Damián hubiera construido aquel lugar para que una noche ellos lo desmontaran pieza a pieza.

—Mi medicación está arriba —dije.
—¿Qué medicación?
—Un ansiolítico.
—¿Cuál?
—Lorazepam.
—¿Lo toma habitualmente?

—Cuando lo necesito.

—¿Lo ha tomado esta noche?

—No.

—¿Quiere que un sanitario la examine?

—Quiero subir.

Leire continuó hasta el descansillo. Se detuvo junto a la varilla torcida.

—¿Cuándo se dobló esto?

—No lo sé.

—¿Estaba así antes?

—Creo que no.

—¿Cree?

—No me fijo todos los días en la barandilla.

El técnico señaló una mancha oscura en la madera.

—Aquí hay algo.

La mujer de los guantes subió con un bastoncillo.

—Podría ser sangre.

—Damián se golpeó —dije.

Leire me miró desde arriba.

—¿En el descansillo?

—No lo sé.

—Su hija cree que sí.

—Mi hija tiene siete años.

—Y ha señalado exactamente este lugar.

La puerta principal se abrió de golpe.

—¿Mara?

Era Nuria.

Entró con el abrigo mal cerrado y el pelo recogido de cualquier manera. Se detuvo al ver la sangre. La mano le subió a la boca.

—Dios mío.

Fui hacia ella.

Nuria me abrazó tan fuerte que el hematoma del brazo me dolió.

Solté un gemido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Me separó y miró mi antebrazo.

La marca era ya mucho más nítida. Cuatro dedos oscuros alrededor de la piel.

—¿Eso te lo ha hecho él?

La casa se quedó en silencio.

No literalmente. El fotógrafo seguía moviéndose, alguien abrió una bolsa y arriba crujió un peldaño.

Pero todos escucharon.

Leire bajó un escalón.

—¿Por qué pregunta eso? —dijo.

Nuria miró a la inspectora.

Después a mí.

—Porque no sería la primera vez.

Me quedé inmóvil.

—Nuria.

—¿Qué?

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé.

—Damián nunca me pegó.

Mi hermana me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Mara, basta.

La frase cayó en mitad del recibidor.

Leire bajó otro peldaño.

—¿Su hermana le había contado que su marido la agredía?

—No he dicho eso —respondió Nuria.

—Acaba de decir que no sería la primera vez.

—He dicho que le agarraba.

—¿Cuándo?

—No sé.

—¿Cuántas veces?

—Nuria, cállate.

Mi hermana volvió hacia mí.

—No tienes que protegerlo ahora.

—No lo estoy protegiendo.

—Te dejó marcas.

—Una vez.

La palabra salió antes de que pudiera detenerla.

Leire llegó al último peldaño.

—¿Una vez?

Negué con la cabeza.

—No fue nada.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace meses.

—¿La agarró del brazo?

—Estábamos discutiendo.

—¿Por qué?

—No me acuerdo.

—¿Le dejó un hematoma parecido?

Me cubrí la marca con la mano.

—No quiero hablar de esto.

—Hace una hora aseguró que su marido nunca le había hecho daño.

—Y era verdad.

—¿Entonces qué fue aquello?

—Una discusión.

—¿Y esto?

Miró mi brazo.

—Ya se lo he dicho. Me golpeé al intentar ayudarlo.

Nuria me observaba como si no me reconociera.

Leire se volvió hacia ella.

—Necesito hablar con usted.

—He venido por mi sobrina.

—Podrá verla enseguida.

—Está arriba —dije—. Ve con ella.

—Primero —insistió Leire— necesito que me explique qué sabía sobre su matrimonio.

—No sabía nada —dije.

Mi hermana no respondió.

—Nuria.

—Mara, ahora mismo no importa lo que él quisiera que contáramos.

Sentí una punzada de rabia.

—Damián no quería que contáramos nada porque no había nada que contar.

—Claro.

—No uses ese tono.

—¿Qué tono?

—Ese.

—Tu marido está muerto y tú sigues teniendo miedo de hablar mal de él.

Leire no apartaba los ojos de mí.

—No le tenía miedo.

—Entonces ¿por qué me llamaste llorando en marzo?

—Por una discusión.

—Dijiste que había perdido el control.

—Estaba enfadado.

—Dijiste que no querías que Lía lo viera así.

—Porque estaba gritando.

—Y al día siguiente tenías el brazo morado.

—Me golpeé con una puerta.

Nuria soltó el aire.

—Eso me dijiste.

—Porque eso pasó.

—Mara.

—Basta.

Esta vez lo dije yo.

El silencio volvió.

Leire miró mi brazo, después la escalera, y finalmente a mi hermana.

—Señora Sanz —dijo—, necesito que me diga exactamente qué ocurrió esta noche entre usted y su marido.

Noté la mirada de Nuria.

El flash del fotógrafo iluminó la pared.

Arriba, Lía abrió la puerta de su habitación.

—Mamá.

Levanté la cabeza.

Mi hija nos observaba desde el pasillo.

—¿Por qué la tía dice que papá te hacía daño?

Nadie contestó.

Lía bajó la vista hacia mi antebrazo.

—¿Te hizo eso antes de caerse?

La inspectora esperó.

Mi hermana también.

Yo podría haber seguido negándolo. Podría haber dicho que Nuria estaba confundida, que aquel hematoma procedía de la reanimación, que Damián jamás había levantado una mano contra mí.

En lugar de eso, me cubrí el brazo y comencé a llorar.

—No quiero que mi hija escuche esto.

Leire sostuvo mi mirada.

Y por primera vez desde que había entrado en la casa, su voz perdió parte de su dureza.

—Entonces tendremos que hablar en otro sitio.

Asentí.

No porque tuviera algo que confesar.

Sino porque empezaba a comprender que, a partir de aquella noche, cada habitación de la casa iba a contener una versión distinta de Damián.

Capítulo 4 · Hora tres

La primera vez que escuché mi propia voz después de la muerte de Damián pensé que habían puesto una grabación equivocada.

No sonaba como yo.

La mujer que hablaba con la operadora respiraba deprisa, pero no lloraba. Daba la dirección completa sin equivocarse, explicaba dónde estaba el cuerpo y respondía a las preguntas con una claridad que aquella noche yo no recordaba haber tenido.

—Mi marido se ha caído por la escalera.

Leire detuvo el audio.

Estábamos en el comedor, aunque ya no parecía el comedor. Habían encendido la lámpara grande, apartado las sillas y extendido sobre la mesa varias bolsas transparentes. Una contenía el teléfono de Damián. Otra, su cartera. Había también un llavero, un reloj con la esfera rota y el zapato que encontraron junto a la cama.

El otro seguía en su pie cuando se llevaron el cuerpo.

Nuria había subido con Lía. Escuchaba sus pasos de vez en cuando sobre nuestras cabezas. La policía había aceptado que mi hermana permaneciera con ella, pero no que se la llevara. Según Leire, todavía necesitaban hablar con la niña.

Según yo, ya le habían preguntado demasiado.

—¿Reconoce la voz? —dijo la inspectora.

—Es la mía.

—¿Está segura?

La miré.

—¿De quién va a ser?

Leire pulsó otra vez la pantalla.

—¿Está consciente? —preguntó la operadora.

—No lo sé.

—Acérquese y compruebe si respira.

Se escuchó un roce, mi propia respiración y después un sonido que no identifiqué.

—Damián —decía yo—. Damián, mírame.

Leire volvió a detenerlo.

—¿Qué hizo antes de llamar?

—Bajé. Lo vi. Saqué el teléfono.

—¿Lo tocó?

—Creo que sí.

—¿Cree?

—Le cogí la cara.

—¿Lo movió?

—No.

—En la grabación se escucha algo arrastrándose.

—Sería yo al arrodillarme.

—O el cuerpo.

—No moví el cuerpo.

Leire adelantó unos segundos.

—No noto nada —decía mi voz.

Después la operadora me explicó cómo debía colocar las manos sobre el pecho de Damián.

La inspectora bajó el volumen.

—Aquí habían pasado cuarenta y nueve segundos desde el inicio de la llamada.

—No sé qué quiere decir.

—Que comprobó la respiración, respondió varias preguntas y empezó a reanimarlo en menos de un minuto.

—Hice lo que me dijeron.

—Sí.

—¿Eso también es sospechoso?

—No he dicho que lo sea.

—Todo lo dice como si lo fuera.

Leire apoyó el teléfono sobre la mesa.

—¿Había hecho un curso de primeros auxilios?

—Cuando nació Lía.

—¿Recuerda cómo hacer una reanimación?

—Más o menos.

—Sin embargo, esperó a que la operadora le explicara cada paso.

—Mi marido estaba muriéndose.

—Lo comprendo.

—No, no lo comprende.

No respondió.

Yo seguía mirando la bolsa con el reloj. Damián se lo había comprado el año anterior, después de cerrar la promoción de Los Olivos. Me dijo que había costado la mitad de lo que realmente había pagado. Encontré la factura por casualidad, entre unos documentos de la empresa, y durante una semana fantaseé con preguntarle por qué necesitaba mentirme sobre un reloj.

No lo hice.

En nuestro matrimonio, las mentiras pequeñas duraban más que las grandes porque nadie se molestaba en discutirlas.

—Quiero escucharla entera —dije.

Leire alzó la vista.

—¿La llamada?

—Sí.

—Puede ser desagradable.

—Ya estaba allí.

La inspectora pulsó la pantalla.

Mi respiración llenó el comedor.

—Creo que le he roto algo.

—Continúe con las compresiones.

—Le he roto una costilla.

—Es posible. No se detenga.

Conté en voz alta.

Uno, dos, tres.

La Mara de la grabación no se equivocaba. Llegaba a treinta y volvía a empezar. Entre las series respiraba sobre la boca de Damián. Se oía la piel, el aire, el esfuerzo.

Pero no lloraba.

—¿Por qué no lloro? —pregunté.

Leire no detuvo el audio.

—Cada persona reacciona de una manera.

—Parece que no me importe.

—¿Le importaba?

Giré la cabeza hacia ella.
—¿Cómo puede preguntarme eso?
—Usted ha mencionado la grabación.
—Mi marido estaba en el suelo.
—Sí.
—Claro que me importaba.
—Entonces no se preocupe por cómo suena.
La llamada continuó.
La operadora me preguntó si había alguien más en la vivienda.
—Mi hija.
—¿Qué edad tiene?
—Siete.
—¿Dónde está?
Hubo una pausa.
No larga.
Tal vez dos segundos.
—En su habitación.
Leire detuvo el audio.
—¿Por qué tarda en contestar?
—Porque estaba haciendo una reanimación.
—En otras preguntas responde inmediatamente.
—No estaba midiendo los tiempos.
—Yo sí.
—Ya veo.
La inspectora retrocedió unos segundos y lo reprodujo de nuevo.
—¿Dónde está?
Silencio.
—En su habitación.
—Estaba en su habitación —dije—. ¿Qué problema hay?
—Ninguno.
—Entonces continúe.
No lo hizo.
—¿Lía estaba en la habitación cuando usted bajó?
—Sí.
—¿En la cama?
—Sí.

—¿Y usted dónde estaba?
—A su lado.
—¿Cuando escucharon el primer golpe?
—Cuando escuchamos la caída.
—Lía distingue dos momentos.
—Lía está confundida.
—Usted no.
—Yo soy adulta.
—También acaba de sufrir una experiencia traumática.
—No estoy confundida.
Leire apoyó los codos sobre la mesa.
—Mara, ¿estaba en la habitación cuando su marido cayó?
—Sí.
—¿Todo el tiempo?
—Sí.
—¿Desde que terminó la discusión?
La miré.
—No discutimos.
—Su hija la oyó llamarlo cabrón.
—Eso no significa que hubiera una discusión.
—¿Cómo lo llamaría?
—Una conversación desagradable.
—¿Dónde ocurrió?
—En la cocina.
—¿A qué hora?
—No lo sé.
—¿Antes o después de que Damián subiera al dormitorio?
—No sé si subió antes o después.
Leire señaló la bolsa del zapato.
—Se quitó uno junto a la cama.
—Eso parece.
—¿Solía quitarse los zapatos allí?
—Sí.
—¿Solo uno?
—No.
—¿Por qué cree que dejó el otro puesto?

—Tal vez escuchó algo.
—¿Qué?
—A Lía. A mí. El teléfono.
—Su móvil estaba abajo, en el bolsillo del pantalón.
—Entonces no sé.
—¿Tal vez bajó con prisa?
—Puede ser.
—¿Por qué?
—Leire, no estaba siguiéndolo por la casa.
Pronuncié su nombre sin inspectora. Me salió así.
Ella no pareció molestarse.
—¿Cuánto tiempo estuvo con Lía antes de escuchar el ruido?
—Cinco minutos.
—Antes ha dicho que no lo sabía.
—He dicho cinco minutos aproximadamente.
—¿Le leyó algo?
—No.
—¿Hablaron?
—Sí.
—¿De qué?
—De la película.
—¿Qué película era?
Tardé en recordar el título. La habíamos visto tantas veces que en casa la llamábamos la de la barca.
—El río de los deseos.
—¿En qué parte estaba?
—No sé.
—¿La había empezado esa noche?
—Sí.
—Dura una hora y veintidós minutos.
—¿Y?
—Cuando mis agentes entraron en la habitación, llevaba cincuenta y seis minutos reproducidos.
Sentí una presión en la mandíbula.
—Lía la había empezado antes de cenar.
—Ha dicho que la dejaron ver algo antes de dormir.

—También la vio antes.

—¿Sola?

—Mientras yo terminaba la cena.

—Entonces no puede utilizar la duración para calcular cuánto tiempo estuvo usted en la habitación.

—No la estoy utilizando para nada.

—Acaba de mencionarla.

Leire guardó silencio.

Había momentos en los que parecía provocar una respuesta y, cuando la obtenía, se limitaba a observarla. Damián hacía lo mismo. Lanzaba una frase, esperaba a que yo me defendiera y después convertía mi defensa en el verdadero problema.

—Quiero seguir escuchando —dije.

La inspectora reprodujo el audio.

Las compresiones continuaban. La operadora repetía que la ayuda estaba en camino.

Entonces se oyó a Lía.

Muy lejos al principio.

—Mamá.

Mi voz cambió.

No fue gradual. Hasta ese momento parecía concentrada, casi mecánica. En cuanto apareció la voz de mi hija, algo se quebró.

—Vuelve al cuarto.

—¿Qué le pasa a papá?

—Vuelve al cuarto, cariño.

—¿Se ha hecho daño?

Mi respiración empezó a fallar.

—Lía, por favor.

La grabación recogió un sollozo. Después otro.

Leire bajó la vista hacia la pantalla.

—Ahí empieza a llorar —dije.

—Sí.

—Cuando aparece mi hija.

—Sí.

—¿Por qué me mira así?

—No la estoy mirando de ninguna manera.

—Está pensando que no lloré por Damián.

—No sé por qué lloró.

—Porque mi hija estaba viendo morir a su padre.

—Es una explicación razonable.

—Es la verdad.

—Puede ser ambas cosas.

Me levanté.

La silla rozó el suelo.

—Se acabó.

—Todavía no.

—No voy a seguir escuchando esto mientras analiza cuándo lloro y cuándo no.

—La llamada forma parte de lo ocurrido.

—Yo formo parte de lo ocurrido. Mi hija también. No somos una grabación.

—Siéntese.

—No.

Leire no se movió.

—No está detenida.

—Entonces puedo irme.

—Puede salir del comedor. No puede abandonar la casa.

—¿Por qué?

—Porque estamos examinándola.

—La casa es mía.

—También era de su marido.

—No puede retenerme aquí.

—Puedo pedirle que permanezca localizable y que no altere una posible escena.

—¿Posible escena de qué?

—Todavía no lo sabemos.

—Siempre dice lo mismo.

—Porque sigue siendo cierto.

—No. Dice eso para poder tratarme como una asesina sin llamarme asesina.

La palabra quedó suspendida entre nosotras.

Leire inclinó un poco la cabeza.

—Yo no he utilizado esa palabra.

—No hace falta.

—¿Le preocupa que alguien la utilice?

—Me preocupa que mi marido esté muerto y ustedes estén revisando mi casa como si yo lo hubiera matado.

—¿Lo hizo?

La pregunta llegó tan limpia que durante un instante no supe qué hacer con ella.

No había dureza en su voz.

Ni amenaza.

Solo una pregunta.

—No.

—¿Lo empujó?

—No.

—¿Lo golpeó?

—No.

—¿Estaba con él cuando cayó?

—No.

—¿Sabe por qué dijo su nombre?

—No.

—¿Sabe por qué su hija escuchó dos secuencias distintas?

—No.

—¿Sabe cómo se hizo ese hematoma?

Me cubrí el brazo.

—Ya se lo he explicado.

—Ha dado dos explicaciones. Primero dijo que se golpeó. Después que pudo ocurrir al intentar ayudarlo.

—Es lo mismo.

—No necesariamente.

—¿Qué quiere de mí?

—La verdad completa.

—Ya la tiene.

—No.

Dio la vuelta a la mesa y quedó frente a mí.

No era mucho más alta que yo. Sin la distancia del comedor parecía menos imponente, aunque sus ojos seguían teniendo aquella

quietud desagradable.

—Tengo partes —dijo—. Su marido llega cerca de las once. Discuten en la cocina. Él sube al dormitorio y se quita un zapato. Usted va a la habitación de su hija. Después se produce una caída, una pausa, su marido pronuncia su nombre y se escucha un segundo golpe. Usted baja, encuentra el cuerpo y llama a emergencias.

—Sí.

—Pero no sé qué ocurrió entre la discusión y la caída.

—Yo tampoco.

—No sé cuánto tiempo estuvo usted realmente con Lía.

—Cinco minutos.

—No sé cuándo apareció la marca de su brazo.

—Al ayudar a Damián.

—Y no sé por qué su hermana cree que él la agredía.

—Porque Nuria exagera.

—¿Por qué?

—Porque nunca le gustó.

—¿Por qué no le gustaba?

—Porque eran iguales.

La respuesta salió antes de que pudiera detenerla.

Leire esperó.

—¿En qué se parecían?

—Los dos necesitaban tener razón.

—¿Su marido necesitaba tener razón?

—Sí.

—¿Qué pasaba cuando no la tenía?

—Nada.

—¿Se enfadaba?

—Todo el mundo se enfada.

—¿Gritaba?

—A veces.

—¿Rompía cosas?

—No.

—¿La insultaba?

—No.

—¿La sujetaba?

Miré mi brazo.

—Una vez.

—Su hermana ha mencionado marzo.

—Eso fue lo de la puerta.

—¿Qué puerta?

—La del garaje.

—¿Cómo se golpeó?

—La cerré mal.

—¿Su marido estaba allí?

—Sí.

—¿Discutían?

—No recuerdo.

—Mara.

—No quiero hablar de marzo.

—¿Porque no tiene relación con esta noche?

—Exacto.

—O porque sí la tiene.

Me aparté.

Las piernas me temblaban. Ya no sabía si de cansancio, de frío o de rabia. Habían pasado poco más de tres horas desde la caída y tenía la sensación de llevar días respondiendo las mismas preguntas.

Desde arriba llegó un golpe.

Levanté la cabeza.

—Lía.

Salí del comedor sin esperar permiso.

Leire me siguió.

En el recibidor había más bolsas que antes. La sangre estaba marcada con pequeños carteles numerados. Junto al primer peldaño, la mujer de los guantes fotografiaba algo en el suelo.

Subí.

—No puede pasar por ahí —dijo.

—Mi hija está arriba.

—Use el lateral.

No había lateral. Solo una franja estrecha junto a la pared, separada de las manchas por unas tiras adhesivas. Subí apoyando

los pies donde me indicaron.

En el descansillo vi por primera vez una gota de sangre sobre la madera de la barandilla.

Pequeña.

Oscura.

Justo donde Damián habría apoyado la mano.

Seguí subiendo.

La puerta de Lía estaba abierta. Nuria se encontraba de rodillas junto a la cama, recogiendo los restos de un vaso roto.

—Se le cayó —dijo.

Lía estaba sentada contra el cabecero.

—¿Te has cortado?

Negó.

Le revisé las manos.

—Estoy bien.

—¿Qué pasó?

—Quería agua.

—Podías llamarme.

—Estabas abajo.

—Te dije que no tardaría.

—Has tardado.

Miré el reloj de la pared. Solo habían pasado veinticinco minutos.

Me senté junto a ella.

Nuria terminó de recoger los cristales y los envolvió en una camiseta vieja.

—Voy a bajar esto.

—Déjalo —dije—. Que lo recoja la policía. Seguro que también es importante.

Mi hermana me miró.

—Mara.

—¿Qué?

—No delante de ella.

Lía tenía los ojos hinchados, pero seguía sin llorar.

—La inspectora quiere volver a hablar contigo —dije.

—No quiero.

—No tienes que hacerlo ahora.

—Ha dicho que sí.
Miré a Nuria.
—¿Ha subido?
—Hace unos minutos.
—¿Y no me avisaste?
—Estabas hablando con ella.
—No quiero que interrogue a Lía sin mí.
—Solo le preguntó por la película.
—¿Qué le preguntó?
Lía respondió:
—Si tú estabas aquí cuando papá dijo tu nombre.
Noté que me ardía la cara.
—¿Y qué has dicho?
—Que sí.
—¿Estás segura?
Mi hermana dejó de moverse.
Lía me miró desconcertada.
—Sí.
—Quiero decir si recuerdas que yo estaba aquí o si lo dices porque sabes que estaba aquí.
—Estabas aquí.
—Bien.
—Sentada en la cama.
—Sí.
—Pero después saliste.
Nuria levantó la cabeza.
—¿Cuándo salí?
Lía acarició una pata del conejo.
—Antes del ruido.
El dormitorio pareció alejarse.
—No, cariño.
—Sí.
—Fui al baño.
No sabía por qué lo dije.
La frase apareció sola.
—¿Al baño? —preguntó Nuria.

—Sí.
—No me lo habías contado.
—Porque fueron unos segundos.
Lía negó.
—No fuiste al baño.
Me giré hacia ella.
—Claro que sí.
—Fuiste a hablar con papá.
Nuria se quedó completamente quieta.
En el pasillo, una tabla crujió.
Leire estaba en la puerta.
No supe cuánto tiempo llevaba allí.
—¿Cuándo ocurrió eso, Lía? —preguntó.
Mi hija se encogió contra el cabecero.
—No quiero hablar.
—Está bien.
Leire no entró.
—Solo dime una cosa. ¿Tu madre volvió antes de que escucharas caer a papá?
Lía miró a la inspectora.
Después a mí.
—No sé.
—No le pregunte más —dije.
—No iba a hacerlo.
—Ha terminado.
—Por ahora.
Me levanté y cerré la puerta en su cara.
No de golpe. No la lancé. Solo la empujé hasta que el pestillo encajó.
Nuria me observaba.
—¿Saliste de la habitación?
—Fui al baño.
—Lía dice que fuiste a hablar con Damián.
—Lía acaba de perder a su padre.
—Eso no responde.
—No empieces tú también.

—Solo te estoy preguntando.
—Sí, salí.
Las palabras me pesaron menos de lo esperado.
—¿Cuánto tiempo?
—No sé. Un minuto.
—¿Y hablaste con él?
—Estaba abajo.
—¿Tú bajaste?
—No.
—Entonces ¿cómo hablaste con él?
—Desde arriba.
Nuria miró hacia la puerta.
—¿Qué os dijisteis?
—Nada importante.
—Mara.
—Le pedí que bajara la voz.
—¿Por qué?
—Porque estaba enfadado.
—¿Con quién?
—Conmigo.
—¿Por qué?
Me senté de nuevo.
Lía nos observaba en silencio.
—No aquí.
Nuria comprendió.
Se acercó y me tocó la rodilla.
—Tienes que contarles lo que pasaba.
—No pasaba nada.
—No puedes seguir haciendo esto.
—¿Haciendo qué?
—Protegiéndolo.
—Está muerto.
—Precisamente.
Lía apretó el conejo.
—¿Papá era malo?
Nuria cerró los ojos.

Yo tomé la mano de mi hija.

—No.

—La tía dice que te hacía daño.

—La tía está triste y dice cosas sin pensar.

—Te agarraba.

—A veces los adultos discutimos.

—¿Te pegaba?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

Lía estudió mi cara.

—Entonces ¿por qué tienes miedo?

La pregunta me dejó sin respuesta.

No porque tuviera razón.

Sino porque no sabía cuándo había empezado a mirarme de aquella manera.

Llamaron a la puerta.

Tres golpes suaves.

—Mara —dijo Leire desde el pasillo—. Necesito que baje.

No contesté.

—¿Por qué?

—Ha llegado el médico forense.

Miré a Nuria.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Qué quiere?

Hubo una pausa al otro lado.

—Examinar su brazo.

Me cubrí el hematoma.

—No es necesario.

—También quiere tomarle muestras de las manos y la ropa.

Lía se aferró a mí.

—¿Por qué?

Leire no respondió a la niña.

—Baje cuando esté preparada.

Los pasos se alejaron.

Nuria esperó a que desaparecieran.

—Mara, mírame.

Lo hice.

—¿Ese hematoma te lo hizo Damián esta noche?

Sentí los dedos de Lía apretando los míos.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces ¿cómo te lo hiciste?

Miré la marca. Los cuatro dedos ya se distinguían con claridad, cerrándose alrededor del brazo.

Abajo, alguien volvió a reproducir la llamada.

Mi voz subió por la escalera.

Serena.

Precisa.

—Mi marido se ha caído por la escalera.

Lía escuchó la grabación y se pegó a mi costado.

—No pareces tú —susurró.

Yo tampoco me reconocí.

Pero aquella mujer de la llamada había sido yo.

Y, por alguna razón, parecía saber exactamente lo que debía decir.

Capítulo 5 · Hora cuatro

El médico forense tenía las manos más cuidadas que Damián.

Fue lo primero que pensé cuando se presentó en el comedor y abrió su maletín sobre la mesa. Dedos largos, uñas cortas y una alianza tan fina que apenas se distinguía bajo los guantes. Se llamaba doctor Salcedo, aunque no tendría más de treinta y cinco años. Hablaba en voz baja, como si hubiera alguien durmiendo en la habitación contigua.

En cierto modo, lo había.

—No voy a hacerle daño —dijo.

Miré a Leire.

—Eso mismo dice todo el mundo antes de tocarte.

La inspectora no reaccionó.

Habían pedido a Nuria que se quedara arriba con Lía. Yo quise que bajara conmigo, pero Leire dijo que el examen debía realizarse sin familiares presentes. No explicó por qué. Aquella noche nadie explicaba nada hasta que yo preguntaba tres veces.

El doctor colocó una sábana de papel sobre una de las sillas.

—Necesito que se quite la manta.

La dejé caer.

Debajo seguía llevando el camisón. Era gris, de algodón, con una pequeña mancha de lejía junto al dobladillo y la parte delantera cubierta por la sangre de Damián. Había sangre en el pecho, en el vientre y en los muslos. También en los antebrazos, aunque allí se había secado formando una capa marrón que me tiraba de la piel.

El médico observó la distribución sin tocarme.

—¿Toda esta sangre apareció durante la reanimación?

—Sí.

—¿Se tumbó sobre él?

—Me arrodillé a su lado.

—¿Apoyó el cuerpo contra el suyo?

—Tuve que girarlo.

Leire levantó la cabeza.

—Antes dijo que no movió el cuerpo.

—La operadora me pidió que lo colocara boca arriba.

—En la primera declaración dijo que ya estaba boca arriba.

—Estaba casi boca arriba.

—¿Qué significa casi?

—Tenía un hombro girado.

El doctor intervino antes de que Leire continuara.

—Es normal no recordar con precisión una maniobra realizada bajo estrés.

La inspectora lo miró.

—También es normal precisar qué partes se han movido si se pregunta varias veces.

—Podéis discutirlo después —dije—. ¿Podemos terminar?

Salcedo acercó una lámpara portátil.

—Levante las manos.

Lo hice.

Durante unos segundos solo las miró.

Tenía sangre entre los dedos y debajo de las uñas. Los nudillos de la mano derecha estaban enrojecidos. La palma derecha presentaba una pequeña abrasión junto al pulgar y había una línea fina, casi un corte, cerca de la muñeca.

—¿Le duele algo?

—Los brazos.

—¿Por las compresiones?

—Supongo.

—¿Las manos?

Las abrí y cerré.

—Un poco.

—¿Golpeó algo esta noche?

Leire permanecía de pie detrás del médico. No necesitaba verla para saber que estaba escuchando.

—No.

—¿Cayó al suelo?

—No.

—¿Se apoyó en la barandilla al bajar?

—No lo recuerdo.

Salcedo tomó mi mano derecha y la giró hacia la luz.

—Tiene los nudillos inflamados.

—Le hice una reanimación durante nueve minutos.

—Eso puede explicarlo.

—Entonces ya está.

No lo estaba.

El médico examinó cada dedo, limpió parte de la sangre con una gasa húmeda y fotografió las uñas antes de pasar un bastoncillo por debajo de ellas.

—¿Qué busca?

—Restos.

—¿Restos de qué?

—Piel, fibras, sangre, cualquier material que pueda ayudarnos a entender lo ocurrido.

—La sangre es de Damián.

—Probablemente.

—No había nadie más.

Leire se movió detrás de él.

—Eso no lo sabemos todavía.

—La puerta estaba cerrada.

—¿Con llave?

—Sí.

—Cuando llegaron los sanitarios estaba abierta.

—Porque la abrí para que entraran.

—¿Y antes?

—Cerrada.

—¿Echó la llave?

—Creo que sí.

—¿Lo cree o lo hizo?

—La cierro siempre.

—Su marido acababa de llegar.

—Después de que entrara.

—¿Lo vio cerrar?

—No.

—Entonces alguien pudo entrar más tarde.

—No entró nadie.
—¿Cómo puede saberlo si estaba arriba?
Apreté los dedos.
El médico levantó la vista.
—Relaje la mano.
—Estoy relajada.
—No lo está.
Inspiré y volví a abrirla.
Salcedo tomó una fotografía de la abrasión cercana al pulgar.
—¿Esto se lo hizo durante la reanimación?
—No sé.
—Parece una rozadura reciente.
—Entonces sí.
—¿Con qué?
—Con el suelo. Con su camisa. Con cualquier cosa.
El doctor no discutió. Anotó algo en una hoja y pasó a la otra mano.
Leire se acercó a la mesa.
—¿Dónde estaba el teléfono cuando comenzó la llamada?
—En el suelo.
—¿A qué lado de Damián?
—No lo recuerdo.
—En la grabación se escucha que lo deja caer.
—Lo dejé para poder usar las dos manos.
—¿A su derecha o a su izquierda?
—No sé.
—Los sanitarios lo encontraron junto a la pared.
—Entonces estaría junto a la pared.
—A más de dos metros del cuerpo.
La miré.
—Pudo deslizarse.
—La pantalla estaba hacia arriba y no tenía sangre.
—¿Eso qué significa?
—No lo sé todavía.
—No significa nada.
—Quizá.

El doctor levantó mi brazo izquierdo.

El hematoma se había oscurecido. Ya no parecía una mancha difusa. Los dedos se dibujaban claramente alrededor de la piel: cuatro marcas en la parte exterior y una presión más ancha cerca del codo.

Salcedo las examinó sin tocar.

—Esto no se produce al golpearse contra una puerta.

No miré a Nuria porque no estaba allí. Aun así, escuché su voz diciendo que no era la primera vez.

—No he dicho que fuera de una puerta.

—Esta noche ha dado varias explicaciones —dijo Leire—. Primero que se golpeó. Luego que ocurrió al ayudar a su marido.

—No sabía que tenía que elegir una.

—¿Él la agarró?

La pregunta la hizo el médico.

No la inspectora.

Salcedo seguía mirando la marca, no mi cara. Su voz no tenía acusación. Solo una suavidad profesional que me resultó más difícil de soportar que todas las preguntas de Leire.

—Mara —dijo—, necesito saberlo para fechar y describir correctamente la lesión. Nada más.

—No puede fecharla con exactitud.

—Puedo estimar si es reciente.

—¿Cuánto?

—Horas. No minutos.

Leire se apoyó en el borde de la mesa.

—¿Damián le agarró el brazo esta noche?

—No.

El doctor levantó la vista.

—¿Está segura?

—Sí.

—La presión parece producida por una mano.

—Me sujetó cuando intenté levantarlo.

—¿Estaba consciente? —preguntó Leire.

La habitación se quedó en silencio.

Yo había dicho que lo encontré con los ojos abiertos. Que movía la boca. Que quizá intentaba hablar. También había dicho que no sabía si estaba consciente.

—Fue un reflejo.

—¿Le agarró el brazo?

—Creo que sí.

—¿Con qué mano?

—No sé.

—¿Con fuerza?

—Estaba muriéndose, Leire.

—Eso no responde.

—Sí. Con fuerza.

—¿Cuándo?

—Cuando me arrodillé junto a él.

—Antes de llamar.

—Sí.

La inspectora miró al médico.

—¿Una persona con las lesiones que han descrito podría cerrar la mano con esa fuerza?

Salcedo no respondió enseguida.

—Tendría que examinar el cuerpo y conocer el alcance neurológico exacto.

—Pero ¿es posible?

—Sí.

—¿Probable?

—No he dicho eso.

—¿Imposible?

—Tampoco.

Leire asintió.

Era una palabra más para su colección.

Compatible.

Posible.

No imposible.

La noche estaba llenándose de expresiones que no demostraban nada y, sin embargo, parecían señalarme.

—Mire hacia la pared —dijo el médico.

—¿Por qué?

—Necesito revisar el cuello y la espalda.

Leire señaló la puerta.

—Puedo esperar fuera.

—No hace falta.

No quería quedarme sola con Salcedo. No porque me diera miedo, sino porque la presencia de Leire me obligaba a mantenerme entera. Sin ella quizá habría empezado a llorar, y ya había llorado demasiado delante de desconocidos.

El médico apartó el pelo de mi nuca.

—Tiene un arañazo aquí.

—No lo había notado.

—Muy superficial.

Fotografió la marca.

—¿Alguna otra lesión?

—No.

—Necesito que se cambie.

Miré hacia abajo.

—No tengo ropa aquí.

—Su hermana puede traerla.

—Está arriba con mi hija.

—Le pediremos que deje algo en la puerta.

—¿Por qué tengo que quitarme el camisón?

—Debemos recogerlo.

—Está lleno de sangre porque intenté salvarlo.

—Precisamente.

—No es una prueba.

Leire respondió:

—Eso no lo decide usted.

—Tampoco usted.

—No. Lo decidirá el laboratorio.

El doctor cerró algunas de las muestras y escribió sobre las etiquetas.

—Puede cambiarse en el baño. Una agente permanecerá fuera.

—¿También van a verme desnuda?

—No, salvo que encontremos lesiones que requieran documentación adicional.

—No voy a desnudarme delante de nadie.

—No se lo estamos pidiendo.

—Me están quitando la ropa en mi propia casa.

Leire cruzó los brazos.

—Podemos hacerlo aquí o en dependencias policiales.

—No estoy detenida.

—No.

—Entonces puedo negarme.

—Puede. Y nosotros podemos solicitar una autorización judicial para recoger una prenda potencialmente relevante en una muerte sospechosa.

—Ha sido un accidente.

—Todavía no lo sabemos.

La odié por repetirlo.

No por la frase, sino por la calma con que la pronunciaba. Como si pudiera pasar la noche entera diciendo lo mismo mientras mi vida se abría delante de ella.

—Que Nuria me traiga ropa —dije.

Salcedo volvió a mi brazo.

—Antes necesito medir el hematoma.

Colocó una regla junto a las marcas.

El flash me hizo parpadear.

—¿Su marido la sujetó alguna otra vez esta noche?

—No.

—¿La empujó?

—No.

—¿La golpeó?

—No.

—¿La agarró del cuello?

—No.

—¿La zarandeó?

—No.

Cada negativa hacía que el médico hablara más bajo.

—¿Le daba miedo?

—No.

—¿Alguna vez le había hecho una marca parecida?

Leire no intervino.

Sabía que no debía hacerlo.

Aquella pregunta no pertenecía a una investigación criminal, al menos no en apariencia. Era una pregunta médica. Una pregunta que se formulaba a mujeres que llegaban a urgencias con explicaciones torpes y mangas largas en verano.

—Una vez —dije.

El doctor dejó la regla.

—¿Cuándo?

—En marzo.

Leire se enderezó.

—¿La misma fecha que mencionó su hermana?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—Nada.

Salcedo me miró.

—Una marca así no es nada.

—Discutimos.

—¿Por qué?

—No importa.

—¿La agarró del brazo?

—Sí.

—¿La golpeó después?

—No.

—¿La amenazó?

—No.

—¿Había ocurrido antes?

—No.

—¿Volvió a ocurrir?

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

El médico aguardó.

La gente cree que el silencio obliga a decir la verdad. No es cierto. El silencio obliga a llenar un espacio, que no es lo mismo.

—Damián no era violento —añadí.

Leire bajó la mirada hacia el hematoma.

—Pero la agarró en marzo.

—Una vez.

—Y su hermana dijo que hubo más marcas.

—Nuria exagera.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me quiere.

—Eso tampoco responde.

—Porque necesitaba que Damián fuera peor de lo que era para justificar que no le gustara.

Leire no dijo nada.

—No ponga esa cara.

—¿Qué cara?

—La de que acabo de darle una respuesta útil.

—Todas las respuestas son útiles.

—Claro.

Salcedo retiró los guantes y se puso unos nuevos.

—Voy a tomar una muestra del interior de la boca.

Abrí.

El bastoncillo me rozó las encías.

—¿Para qué?

—Muestra de referencia.

—¿Para comparar mi ADN?

—Sí.

—¿Con qué?

—Con lo que encontremos.

—Mi ADN está por toda la casa. Vivo aquí.

—Lo sabemos.

—También estará sobre Damián.

—Era su marido.

—Entonces tampoco demostrará nada.

Leire me observó.

—Parece tenerlo muy claro.

—No hace falta ser policía.

El doctor guardó la muestra.

—Ahora necesito fotografiar la ropa antes de que se cambie. De frente y de espaldas.

Me coloqué junto a la pared.

El flash iluminó la sangre seca.

—Gire.

Lo hice.

—Levante los brazos.

Al levantarlos, el camisón se pegó al vientre. La tela estaba húmeda en algunos lugares. Sentí el olor metálico de la sangre y el vino agrio que todavía llevaba en el pelo desde que acerqué la cara a la boca de Damián.

—Ya está —dijo Salcedo.

Bajé los brazos.

—¿Puedo lavarme?

—Las manos todavía no.

—Ya ha tomado las muestras.

—Necesitamos fotografiarlas limpias.

—¿Cuándo?

—Después de retirar la sangre de forma controlada.

—Llevo cuatro horas así.

—Lo siento.

—No lo parece.

Salcedo sostuvo mi mirada.

—Lo siento de verdad.

Eso me desarmó más que cualquier pregunta.

Me senté.

—No puedo sentir los dedos.

El médico se agachó.

—¿Hormigueo?

—Frío.

Me tomó el pulso en la muñeca derecha.

—Está taquicárdica.

—Mi marido acaba de morir.

—Voy a pedir que le traigan agua.

—Quiero un lorazepam.
—Ahora no.
—¿Por qué?
—Porque van a tomarle declaración.
Leire intervino:
—No quiero que esté sedada.
—No estaría sedada. Lo tomo a veces.
—¿Cuándo fue la última vez?
—No sé. La semana pasada.
—¿Qué dosis?
—Un miligramo.
—¿Tiene receta?
—Sí.
—Luego lo comprobaremos.
—Por supuesto.
Salcedo salió para buscar a la agente. Leire y yo quedamos solas en el comedor.
Arriba, Lía empezó a llorar.
Por fin.
El sonido atravesó el techo y llenó la casa. No eran gritos. Era un llanto regular, cansado, que se interrumpía cada vez que intentaba respirar.
Me levanté.
—Tengo que ir con ella.
Leire se colocó ante la puerta.
—En cuanto termine de cambiarse.
—Apártese.
—Mara.
—Mi hija está llorando.
—Su hermana está con ella.
—No es su madre.
—No.
—Entonces apártese.
No lo hizo.
—Necesito preguntarle una cosa antes de que suba.
—Ya me ha preguntado cien.

—Esta es sencilla.

—Nada de lo que pregunta es sencillo.

Leire miró hacia el techo. Lía continuaba llorando.

—¿Por qué negó lo de marzo?

—Porque no tenía importancia.

—Su marido la agarró con suficiente fuerza para dejarle marcas.

—Fue una discusión.

—¿Por qué no quiso contarlo?

—Porque está muerto.

—Eso no cambia lo que hizo.

—Sí lo cambia todo.

—¿Por qué?

—Porque no puede defenderse.

La inspectora me observó durante unos segundos.

—Lleva toda la noche defendiéndolo usted.

—Era mi marido.

—¿Y eso qué significa?

—Que lo conocía.

—¿Mejor que su hermana?

—Sí.

—¿Mejor que su hija?

—Claro.

—¿Mejor que la mujer que ha descrito la llamada?

Fruncí el ceño.

—¿Qué mujer?

—Usted.

—No entiendo.

—En la grabación dice tres veces que su marido se ha caído. Antes incluso de comprobar si estaba consciente. Antes de preguntarse si se había desmayado, si había sufrido un infarto o si alguien le había hecho daño.

—Estaba al pie de la escalera.

—Sí.

—¿Qué quería que pensara?

—Nada. Solo me pregunto por qué estuvo tan segura desde el primer segundo.

—Porque era evidente.

—¿También era evidente que solo se había caído una vez?

No contesté.

Leire bajó la voz.

—Su hija escuchó una pausa. Escuchó a su padre decir su nombre. Después escuchó otro golpe.

—Tiene siete años.

—Y usted la corrigió antes de que terminara de explicarlo.

—Porque estaba confundida.

—¿O porque sabía que no estaba confundida?

La aparté con el hombro.

No con fuerza. Lo justo para llegar a la puerta.

Leire me sujetó por la muñeca.

Fue un movimiento rápido.

Instintivo.

Me quedé quieta.

Ella también.

Sus dedos estaban justo sobre la abrasión que había fotografiado Salcedo. Aflojó enseguida y me soltó.

—No vuelva a tocarme —dije.

—No intente apartarme.

—Estoy en mi casa.

—Y yo estoy investigando una muerte.

—No hay nada que investigar.

—Su marido tenía una herida en la cabeza, múltiples fracturas, sangre en el descansillo y una hija que asegura que permaneció consciente entre dos caídas. Sí hay algo que investigar.

—No fui yo.

—Todavía no he dicho que lo fuera.

—Pero quiere que lo sea.

—Quiero saber dónde estaba.

—Con Lía.

—Ella dice que salió de la habitación.

—Fui al baño.

—Primero dijo que no salió.

—No recordaba esos segundos.

—Después dijo que habló con Damián desde arriba.
—Sí.
—¿Qué le dijo?
—Que bajara la voz.
—¿Y él?
—Nada.
—Lía lo oyó decir su nombre.
—Después.
—¿Después de qué?
Abrí la boca.
No salió nada.
Leire se acercó apenas.
—Mara, cuénteme qué ocurrió cuando salió de la habitación.
—Ya se lo he contado.
—No.
—Fui al baño.
—No fue al baño.
—¿Cómo lo sabe?
—Porque el lavabo estaba seco.
La miré.
—¿Qué?
—El lavabo, la taza, el suelo. Nadie había utilizado ese baño recientemente.
—No dije que me lavara las manos.
—¿Entró solo para estar de pie?
—Necesitaba respirar.
—¿Por qué?
—Porque Damián estaba gritando.
—Antes dijo que no gritaba.
—Dije que hablaba fuerte.
—¿Desde dónde?
—Desde abajo.
—¿Y usted salió al pasillo?
—Sí.
—¿Lo vio?
—No.

—¿Le habló?
—Sí.
—¿Qué le dijo exactamente?
Arriba, el llanto de Lía se detuvo.
El silencio me dejó sin tiempo.
—Le dije que no despertara a la niña.
—La niña estaba despierta.
—Él no lo sabía.
—¿Y Damián dijo su nombre?
—Sí.
Era la primera vez que lo admitía.
Leire no se movió.
—¿Qué más dijo?
—Nada.
—¿Está segura?
—Sí.
—¿Y después?
—Volví con Lía.
—¿Antes de la caída?
—Sí.
—¿Cuánto antes?
—No sé.
—¿Segundos?
—Quizá.
—¿Un minuto?
—No sé.
—¿Lo vio subir?
—No.
—¿Escuchó sus pasos?
—No.
—¿Entonces cómo llegó al tramo superior de la escalera?
—Ya se lo he explicado. Debió de subir antes.
—Con un solo zapato.
—Sí.
—Y después bajó de nuevo.
—Supongo.

—¿Por qué?
—No sé.
—¿Para buscarla?
—No sé.
—¿Para continuar la discusión?
—No sé.
—¿Para entrar en la habitación de Lía?
—No.
—¿Cómo puede estar segura?
—Porque no llegó.
La respuesta salió demasiado deprisa.
Leire parpadeó.
—¿No llegó adónde?
Sentí el pulso en el hematoma.
—A la habitación.
—No le he preguntado eso.
—Estaba hablando de la escalera.
—Ha dicho que no llegó.
—Porque se cayó.
—¿Desde dónde?
—Desde arriba.
—¿Lo vio?
—No.
—Entonces ¿cómo sabe que no llegó al pasillo?
No respondí.

Salcedo regresó acompañado de una agente. Llevaba una botella de agua, una bolsa de papel grande y una bata desechable doblada sobre el brazo.

—Su hermana está buscando ropa —dijo.
Leire se apartó.
—Terminen.
El médico me entregó el agua.
No conseguí abrirla. Las manos me temblaban demasiado.
Salcedo lo hizo por mí.
Bebí casi la mitad sin respirar.

—Mara —dijo Leire desde la puerta—, cuando termine iremos a comisaría.

—¿Estoy detenida?

—Todavía no.

—Entonces no voy.

—Necesitamos una declaración formal.

—Puede tomarla aquí.

—La casa sigue siendo examinada.

—Tengo que quedarme con mi hija.

—Su hermana puede acompañarla.

—Lía acaba de perder a su padre.

—Y nosotros necesitamos averiguar cómo.

—Se cayó.

Leire miró mis manos.

La sangre empezaba a agrietarse sobre los nudillos.

—Eso es lo que lleva cuatro horas diciéndonos.

—Porque es lo que ocurrió.

—Entonces no tendrá ningún problema en repetirlo.

Salió del comedor.

La agente cerró la puerta y me entregó la bata.

—Puede quitarse el camisón.

Me volví hacia la pared.

La tela se resistió al pasar por los hombros porque la sangre se había secado. Tuve que despegarla del pecho poco a poco. La agente no dijo nada. Tampoco miró hacia otro lado.

Cuando quedé en ropa interior, vi nuevas manchas en mi cuerpo.

Una en la rodilla.

Otra junto a la cadera.

Y una pequeña línea roja en la palma derecha que no recordaba haberme hecho.

La agente acercó una bolsa.

Dejé caer dentro el camisón.

Antes de cerrarla, algo pequeño se desprendió de la tela y quedó en el fondo. Una partícula oscura, del tamaño de una uña.

—¿Qué es eso? —pregunté.

La agente inclinó la bolsa hacia la luz.

No llegó a tocarlo.

—Parece madera.

El descansillo estaba revestido de madera.

Miré mi palma.

La línea roja la cruzaba desde el pulgar hasta la muñeca, como si algo áspero hubiera resbalado con fuerza entre mis dedos.

—Debió de ocurrir al bajar —dije.

La agente no me había preguntado.

Cerró la bolsa, escribió mi nombre y la hora en la etiqueta.

Después me observó durante unos segundos.

—Puede vestirse.

Arriba, Lía volvió a llorar.

Yo miré mis manos limpias a medias, la sangre atrapada bajo las uñas y el pequeño fragmento de madera dentro de la bolsa.

Por primera vez aquella noche, comprendí que no bastaba con recordar una versión.

Tenía que conseguir que todo mi cuerpo la recordara también.

Capítulo 6 · Hora cinco

Para salir de mi casa tuve que bajar por la escalera donde había muerto mi marido.

La agente me había entregado unos pantalones negros, un jersey de Nuria y unas zapatillas que no eran mías. Mi hermana las había sacado del armario sin fijarse en la talla. Me apretaban los dedos y se me levantaban por detrás a cada paso, pero nadie parecía dispuesto a dejarme subir otra vez para buscar otras.

La ropa de Damián seguía en el dormitorio.

La mía estaba dentro de una bolsa.

Mi hija lloraba detrás de una puerta cerrada.

Y yo tenía que bajar catorce escalones sin tocar las manchas numeradas, las tiras adhesivas ni a los desconocidos que se habían apropiado de la casa.

—Pise donde le indique —dijo la mujer de los guantes.

Estaba agachada junto al primer peldaño, iluminando el borde con una linterna.

—Sé bajar mi propia escalera.

—Esta noche no.

Leire esperaba abajo, cerca de la puerta principal. Ya no llevaba la chaqueta. La había dejado sobre una silla del comedor y se había remangado la camisa hasta los codos. Parecía menos una inspectora y más alguien que hubiera venido a ayudarnos con una avería.

No me engañaba.

—Empiece por el lado derecho —dijo la técnica—. Junto a la pared.

Apoyé el pie.

—Ahí no.

Lo retiré.

—¿Entonces dónde?

Señaló una franja de apenas diez centímetros.

—Ahí.

—No me cabe el pie.

—De lado.

Bajé el primer peldaño con el cuerpo pegado a la pared.

El segundo estaba marcado con una pequeña flecha amarilla. En el tercero había una gota de sangre junto al borde. En el cuarto, fibras azules. El quinto parecía limpio. El sexto tenía una raya oscura que podía ser sangre o suciedad.

A partir de allí comenzaba el descansillo.

Me detuve.

—Continúe —dijo Leire.

—No puedo.

La inspectora levantó la cabeza.

—¿Se encuentra mal?

—No.

—Entonces siga.

No podía explicarlo. Había pasado por allí miles de veces. Con bolsas de la compra, con Lía dormida en brazos, con una bandeja de café, con Damián detrás de mí hablando por teléfono. Conocía cada crujido, cada cambio de luz, la pequeña corriente de aire que entraba por la junta de la pared de cristal cuando soplaba fuerte.

Sin embargo, aquella noche el descansillo parecía otro lugar.

Habían colocado marcadores junto a la varilla torcida, la rozadura de la pared y la gota de sangre de la barandilla. Una tira métrica atravesaba la madera de un extremo al otro. El fotógrafo había dejado su trípode abierto junto al cristal.

—Mara —dijo Leire.

Bajé.

La zapatilla derecha se me salió del talón. Recuperé el equilibrio agarrándome a la pared.

La técnica dio un paso hacia mí.

—No toque la barandilla.

—No la he tocado.

—Casi.

—No me dejan espacio.

—Tenga cuidado.

La miré.

—Gracias por el consejo.

Leire subió dos escalones.

—¿Necesita sentarse?

—¿Dónde?

No había sillas en el descansillo. Solo sangre, números y gente observándome.

—Puede volver arriba.

—Quiero salir de aquí.

—Entonces siga.

Me obligué a mirar hacia abajo.

El segundo tramo era más largo que el primero. Ocho peldaños. Damián había querido que parecieran suspendidos, sin una estructura visible debajo. Cuando vinieron a fotografiar la casa para la revista, el periodista escribió que la escalera «flotaba sobre el recibidor».

Aquella noche no flotaba nada.

Todo pesaba.

El cuerpo.

La sangre.

Las preguntas.

—¿Los ha contado? —preguntó Leire.

—¿Qué?

—Los escalones.

—Son catorce.

—¿Está segura?

—Vivo aquí.

—Seis hasta el descansillo y ocho después.

—Sí.

—Antes dijo a la operadora que oyó varios golpes.

—Sí.

—¿Cuántos?

—No sé.

—¿Más de catorce?

—No los conté.

—¿Menos?

—Leire.

—Solo intento entender el sonido.
—Tire usted a alguien y compruébelo.
La frase salió antes de que pudiera frenarla.
La técnica dejó de trabajar.
El fotógrafo levantó la cabeza.
Leire no cambió de expresión.
—No creo que sea necesario.
—Pues deje de preguntarme cómo sonó.
—Su hija distingue dos secuencias.
—Mi hija está traumatizada.
—Eso no significa que esté equivocada.
—Tampoco que tenga razón.
—No.
La inspectora bajó un escalón y quedó a mi altura.
—¿Quiere que le diga lo que vemos?
—No.
—Creo que sí.
—He dicho que no.
—En el tramo superior hay una rozadura reciente en la pared, una varilla doblada y una mancha que podría ser sangre. Después viene el descansillo. En el tramo inferior aparecen fibras de la camisa de su marido, más sangre y varias marcas de impacto. Lo que todavía no sabemos es cómo empezó la caída.
—Desde arriba.
—¿Por qué?
—Porque cayó por la escalera.
—También podría haber caído desde el descansillo.
—Lía oyó golpes antes.
—Oyó un ruido.
—Dos caídas, según usted.
—Según ella.
—Y la primera empezó arriba.
—Eso no lo sabemos.
—Ha encontrado sangre.
—Una gota.
—¿De quién?

—Todavía no lo sabemos.
—Será de Damián.
—Probablemente.
—Entonces pasó por aquí.
—Sí.
—Y cayó.
—O estaba herido antes de caer.
La miré.
Abajo, alguien abrió la puerta principal. Entró aire frío y el reflejo azul de los coches policiales recorrió la pared.
—¿Herido por qué?
—Eso intentamos averiguar.
—Se golpeó con la barandilla.
—Puede ser.
—Todo puede ser para usted.
—Por ahora, sí.
La técnica se agachó junto a la madera.
—Inspectora.
Leire se volvió.
La mujer señalaba una marca fina en el borde del descansillo, cerca de donde yo había apoyado la rodilla al abrazar a Lía.
—Aquí falta una astilla.
Miré la bolsa que contenía mi camisón.
Estaba sobre una silla, cerrada y etiquetada. Desde allí no se veía el fragmento que había caído de la tela, pero yo sabía que estaba dentro.
—Ya encontraron madera en mi ropa —dije.
—Sí —respondió Leire.
—Entonces me apoyé aquí.
—¿Cuándo?
—Al bajar.
—Antes dijo que no tocó la barandilla.
—No es la barandilla. Es el suelo.
—¿Se arrodilló en el descansillo?
—No lo recuerdo.
—Ha dicho que bajó corriendo.

—Pude tropezar.

—También dijo que no resbaló ni se cayó.

—No me caí.

—¿Entonces por qué se habría apoyado aquí?

—Porque mi marido estaba abajo. Porque tenía prisa. Porque quizá puse una mano para girar.

Leire miró la marca.

—¿Con la palma derecha?

—No sé.

—La rozadura de su mano derecha tiene forma lineal.

—Entonces sí.

—¿Y por qué había sangre de Damián en el descansillo antes de que usted lo encontrara abajo?

—Se golpeó al caer.

—Acaba de decir que se apoyó aquí al bajar. Si ya había sangre, podría haberla tocado.

—Eso he dicho.

—No. Ha dicho que la astilla se desprendió cuando usted puso la mano. La sangre pudo estar aquí antes, pero la marca de la madera parece reciente.

—No entiendo qué diferencia hay.

—Todavía ninguna.

La inspectora se apartó.

—Siga bajando.

Lo hice despacio.

Séptimo peldaño.

Octavo.

Noveno.

En el décimo había una mancha amplia junto a la pared. El fotógrafo había colocado una regla blanca en paralelo y tomado varias imágenes. En el undécimo aparecía una raya que bajaba hacia el borde, como si algo pesado hubiera raspado la superficie.

El duodécimo estaba limpio.

El decimotercero tenía sangre.

El último terminaba casi junto a la alfombra del recibidor, donde Damián había quedado tendido.

Cuando llegué abajo sentí que acababa de bajar una escalera que nunca había visto.

Leire miró las zapatillas.

—¿Son suyas?

—No.

—¿De quién?

—De Nuria.

—¿Qué llevaba puesto esta noche?

—Estaba descalza.

—¿Cuando bajó?

—Sí.

—¿Encontramos sus huellas en los peldaños?

—Supongo.

—La técnica solo ha localizado una impresión parcial en el descansillo.

—Entonces pisé con cuidado.

—Bajó corriendo, según usted.

—No iba mirando dónde pisaba.

—Precisamente.

—¿Qué quiere que le diga?

—La verdad.

—No sabe hacer otra pregunta.

—Y usted no parece saber dar otra respuesta.

Nuria apareció en la parte superior.

Lía estaba detrás de ella.

—Mamá, no te vayas.

Miré a Leire.

—No puedo dejarla.

—Su hermana se quedará.

—Quiero ir contigo —dijo Lía.

—No puedes.

—¿Por qué?

No sabía qué decirle. Porque la policía iba a sentarme bajo una luz y preguntarme otra vez si había matado a su padre. Porque podían detenerme. Porque quizá no me dejarían regresar antes de que despertara.

—Voy a hablar con la inspectora —dije—. Después vuelvo.
—Habla aquí.
—No podemos.
—¿Por qué?
—Porque tienen que trabajar.
Lía miró a las personas que medían los escalones.
—Esta es nuestra casa.
—Sí.
—Pues que se vayan ellos.
Nuria le puso las manos sobre los hombros.
—Mamá volverá enseguida.
—Siempre dice eso.
Mi hija empezó a bajar.
—No —dije—. Quédate arriba.
—Quiero darte un abrazo.
—No puedes pasar.
—¿Por qué?
La técnica levantó una mano.
—Hay zonas que no debe tocar.
Lía la miró como si acabara de insultarla.
—Yo vivo aquí.
—Lo sé, cariño.
—No me llames cariño.
El fotógrafo escondió una sonrisa.
Lía bajó por el mismo borde que yo, con Nuria detrás. Nadie se atrevió a detenerla. Al llegar al descansillo se quedó quieta.
—Ahí estaba papá —dijo.
Leire se volvió.
—¿Dónde?
Lía señaló el suelo.
No la varilla.
No la pared.
El centro del descansillo.
—¿Lo viste?
—No.
—Entonces ¿cómo sabes que estaba ahí?

—Porque dijo «Mara».
—Pero no lo viste —repetí.
—No.
—Lo imaginaste.
—No.
—Lía.
—Se escuchaba ahí.
La inspectora miró alrededor.
—¿Cómo sabes desde dónde venía su voz?
—Porque nuestra casa se escucha todo.
Nuria me miró.
Yo había pensado lo mismo arriba. La casa devolvía cada sonido. Damián estaba orgulloso.
Leire subió hasta el descansillo.
—¿Estabas en tu cama?
—Sí.
—¿La puerta abierta o cerrada?
—Abierta.
—¿La película seguía puesta?
—Sí.
—¿A qué volumen?
Lía se encogió de hombros.
—Normal.
—¿Y escuchaste a tu padre desde aquí?
—Sí.
—¿Dijo algo además del nombre de tu madre?
—No sé.
—Intenta recordarlo.
—No la presione —dije.
—No lo hago.
—Lleva toda la noche haciéndolo.
—Mamá —dijo Lía.
—¿Qué?
Mi hija miraba la pared.
—¿Por qué hay sangre ahí?
La gota estaba cerca de su mano.

Nuria la apartó.

—No la toques.

—¿Es de papá?

—No lo sabemos —respondió Leire.

—Sí lo saben —dije—. Es de él.

Lía bajó el resto de los peldaños y corrió hacia mí.

La abracé.

Leire esperó.

Sentí el cuerpo pequeño de mi hija pegado al mío, los dedos cerrándose en el jersey y la respiración caliente contra mi cuello.

—No quiero dormir sola —murmuró.

—No dormirás sola.

—¿Vas a estar?

—Sí.

No sabía si era verdad.

—¿Cuándo vuelves?

—Pronto.

—¿Cuánto?

—No sé.

—Una hora.

—Quizá.

—Dos.

—No lo sé, Lía.

—Siempre tienes que saberlo.

Le acaricié el pelo.

—Hoy no.

La puerta principal volvió a abrirse.

Entraron dos hombres con monos blancos y cajas de material. Detrás de ellos apareció otro agente que llevaba una bolsa transparente de mayor tamaño.

Dentro había una escultura.

La reconocí antes de que la luz cayera sobre ella.

Era una casa de bronce, pequeña y pesada, apoyada sobre una base de mármol negro. Damián la había recibido cinco años antes por el proyecto de la urbanización Los Olivos. El tejado estaba

formado por dos planos afilados y una de las paredes tenía ventanas rectangulares sin cristal.

Llevaba años en la consola del recibidor.

Lía levantó la cabeza de mi hombro.

—El premio de papá.

El agente dejó la bolsa sobre la mesa.

Había sangre en uno de los bordes del tejado.

No mucha.

Una línea seca y oscura.

También varios cabellos pegados a la base.

—¿Dónde estaba? —preguntó Leire.

—Debajo de la consola —respondió el agente—. Casi pegada a la pared.

La inspectora se acercó.

—¿Pudo caer durante la reanimación?

—No estaba cerca del cuerpo. Había una silla delante. Hemos tenido que moverla para verlo.

—¿La bolsa estaba rota?

—No. Esto es como lo encontramos.

Leire observó la escultura sin tocarla.

—Mara.

Lía seguía en mis brazos.

—¿Qué?

—¿Ese objeto estaba normalmente sobre la consola?

—Sí.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—No sé.

—¿Esta noche?

—No me fijé.

—¿Esta mañana?

—Puede ser.

—¿Quién limpia esa zona?

—Sonia.

—¿Pudo moverlo?

—No suele mover nada.

—¿Cuánto pesa?

—No sé.

El agente sostuvo la bolsa por la parte inferior.

—Unos cuatro kilos.

—Tres y medio —dije.

Todos me miraron.

—Damián lo pesó cuando lo recibió —añadí—. Bromeó con que el premio valía más por el metal que por el reconocimiento.

Leire señaló el borde manchado.

—¿Se había caído alguna vez?

—No.

—¿Podría haberse desplazado con el impacto del cuerpo?

—Supongo.

—La consola está a más de dos metros de la escalera.

—Damián pudo golpearla.

—El cuerpo quedó en dirección contraria.

—Entonces alguien la movió durante la reanimación.

—Los sanitarios dicen que no.

—Había cinco personas aquí.

—Cuatro.

—No las conté.

—Yo sí.

La inspectora miró el mueble.

La consola era estrecha, de madera oscura, con dos cajones y patas metálicas. Sobre ella quedaba una lámpara, un cuenco para las llaves y una fotografía de los tres en la playa. Donde había estado el premio se veía un rectángulo más claro, limpio de polvo.

—¿Cuándo se limpió el mueble? —preguntó Leire.

—Esta mañana.

—Entonces la escultura estaba allí cuando Sonia limpió.

—Si limpió alrededor.

—¿Solía hacerlo?

—No sé.

—¿Puede caerse sola?

—Las cosas no se caen solas.

—Los hombres tampoco —dijo Leire.

La miré.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—Sí ha dicho algo.

—He dicho que necesitamos entender cómo se desplazó el objeto.

—Se caería durante el golpe.

—¿Qué golpe?

—Cuando Damián cayó.

—No alcanzó la consola.

—Pudo tocarla antes.

—¿Antes de caer?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé. Podía estar buscando las llaves, apoyándose, cualquier cosa.

—¿Con un zapato puesto y otro en el dormitorio?

—Deje de repetir lo del zapato.

—Es extraño.

—Todo le parece extraño.

—Un hombre aparece muerto al pie de su escalera con un zapato puesto, otro junto a la cama, una herida en la cabeza, sangre en dos tramos distintos y una escultura manchada escondida debajo de un mueble. Sí, hay cosas extrañas.

Lía se aferró más a mí.

—No digas eso de papá.

Leire bajó la voz.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—Lía —dije—, ve con la tía.

—No.

—Tengo que hablar con la inspectora.

—No quiero.

Nuria intentó cogerla, pero Lía se apartó.

—Quiero quedarme con mamá.

—No puedes venir a comisaría —dijo mi hermana.

—¿Comisaría?

Mi hija me miró.

—¿Por qué vas a la policía?

—Solo tengo que contestar unas preguntas.

—¿Has hecho algo malo?

—No.

—Entonces contesta aquí.

No había forma de explicárselo. No a ella. Quizá tampoco a mí.

Leire se agachó hasta quedar a su altura.

—Tu madre no está detenida.

—¿Qué significa?

—Que va a venir conmigo para ayudarnos y después regresará.

—¿Cuándo?

La inspectora me miró antes de responder.

—En cuanto terminemos.

—Eso dice mamá.

Leire se levantó.

Nuria consiguió apartar a Lía de mí. Mi hija empezó a llorar otra vez, pero esta vez no había cansancio en el llanto. Había miedo.

—No me dejes.

—No te dejo.

—Te vas.

—Voy a volver.

—Papá también dijo que volvía.

La frase me dejó sin aire.

Damián se lo decía cada mañana. Voy a volver pronto. Después llegaba tarde, con olor a obra, a restaurante o a un perfume que no era el mío.

Besé a Lía en la frente.

—Yo sí voy a volver.

No sabía por qué lo dije de aquella forma.

Nuria me miró.

Leire también.

Mi hija dejó que mi hermana la llevara arriba. Permanecí junto a la puerta hasta que desaparecieron en el piso superior.

El agente colocó la escultura sobre una mesa auxiliar y abrió la bolsa desde la parte superior sin sacar el objeto. La técnica acercó la

linterna.

—Hay tejido en el borde —dijo.

—¿Tejido humano? —preguntó Leire.

—No lo sé. Puede ser piel. También hay cabello.

—¿De Damián?

—Necesitamos analizarlo.

—¿Podría haberle golpeado durante la caída?

—Si el objeto cayó con él.

—No estaba junto al cuerpo.

—Alguien pudo apartarlo.

—Los sanitarios lo niegan.

—Entonces pudo rebotar.

El técnico de barba canosa, que seguía examinando la barandilla, miró hacia la consola.

—Desde la parte alta no.

—¿Por qué? —preguntó Leire.

El hombre señaló la posición del mueble.

—La trayectoria no encaja. Si estaba sobre la consola, para terminar debajo tendría que caer casi vertical. El cuerpo estaba en el otro lado. No hay contacto entre ambos recorridos.

—¿Y si Damián la tenía en la mano?

—Entonces es posible.

La inspectora se volvió hacia mí.

—¿Por qué llevaría su marido el premio en la mano?

—No lo sé.

—¿Lo utilizaba como pisapapeles?

—No.

—¿Lo había movido esta noche?

—No lo vi.

—¿Discutieron cerca de la consola?

—En la cocina.

—¿La discusión continuó aquí?

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—Su hija oyó voces desde arriba.

—La cocina está abierta al recibidor. Se oye todo.

—Entonces pudo escuchar la discusión desde cualquier punto de la planta baja.

—Exacto.

—También habría escuchado si usted se acercaba a la escalera.

—Yo subí con ella.

—Después salió de la habitación.

—Me quedé en el pasillo.

—¿Vio a Damián con la escultura?

—No.

—¿Lo vio en el descansillo?

—No.

—¿Lo vio caer?

—No.

—Pero sabe que empezó arriba.

—Porque cayó por la escalera.

Leire miró los catorce peldaños.

—Eso todavía no nos dice desde cuál.

Uno de los hombres de blanco se acercó.

—Inspectora, hemos encontrado otra marca en la pared del tramo inferior.

—¿De qué tipo?

—Impacto pequeño. No parece del cuerpo.

El agente le mostró una fotografía en una cámara.

Leire la amplió con los dedos.

—¿Puede corresponder a una esquina de esto?

Señaló la escultura.

El hombre observó la pantalla, luego el tejado de bronce.

—La forma podría coincidir.

—¿Puede caer desde el descansillo y golpear allí?

—Tendríamos que hacer pruebas.

—Háganlas.

—Sin sacar el objeto no podemos medirlo.

—Fotografíen y recojan primero.

Yo miraba la casa de bronce dentro de la bolsa.

Damián la odiaba.

No cuando se la entregaron. Entonces la colocó en el centro de la consola, llamó a su madre y abrió una botella de champán. Durante meses se la mostró a todo el que venía a casa. Después recibió premios mejores, más grandes, con nombres más importantes, y aquella pequeña casa quedó convertida en algo que Sonia levantaba los miércoles para quitar el polvo.

—No significa nada —dije.

Leire no apartó la vista de la escultura.

—¿Qué?

—Que tenga sangre.

—Nadie ha dicho que la tenga.

—Se ve.

—Puede ser otra sustancia.

—Es sangre.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque sé cómo es la sangre de mi marido.

En cuanto lo dije quise retirar la frase.

Leire levantó la mirada.

—¿Es distinta de la de los demás?

—Llevo horas cubierta de ella.

—Ya.

—No intente convertir cada palabra en algo.

—No necesito intentarlo.

El agente joven, Álvaro, entró desde la calle.

—El coche está preparado.

Leire se puso la chaqueta.

—Vamos.

—¿Puedo despedirme otra vez de Lía?

—Ya se ha despedido.

—No sabía que había un límite.

—Cuanto antes salgamos, antes podrá regresar.

Miré la escalera.

No quería subir de nuevo.

No quería que mi hija me viera marcharme.

Tampoco quería dejarla en una casa llena de policías, manchas y bolsas transparentes.

—¿Van a quedarse aquí toda la noche?

—El tiempo que sea necesario.

—No quiero que entren en la habitación de Lía.

—No lo harán sin avisar.

—Quiero que Nuria se la lleve.

—Todavía necesitamos una entrevista formal con la niña.

—No.

—Con personal especializado.

—Ya ha contado lo que escuchó.

—Su versión ha cambiado.

—Tiene siete años.

—Precisamente por eso debe hablar con alguien preparado.

—No hoy.

—Eso no lo decide usted sola.

—Soy su madre.

—Y su padre ha muerto en circunstancias que estamos investigando.

—¿Me está diciendo que no puedo proteger a mi hija?

—Le estoy diciendo que también debemos protegerla nosotros.

No respondí.

La frase era correcta. Sonaba correcta. Todo lo que decía Leire tenía el aspecto de una frase razonable hasta que se aplicaba a mi vida.

Caminé hacia la puerta.

Al pasar junto a la consola vi la fotografía de la playa.

Damián sonreía con un brazo sobre mis hombros. Lía estaba delante, sujetando un cubo rojo. El viento me había cubierto media cara con el pelo y yo me reía mientras intentaba apartarlo.

No recordaba qué año era.

Tampoco recordaba cuándo habíamos dejado de parecer aquellas personas.

Fuera había tres coches policiales, una ambulancia vacía y varios vecinos junto a sus ventanas. La calle estaba iluminada como si fueran las diez de la noche, aunque faltaba poco para las cinco de la mañana.

Carmen, la vecina de enfrente, estaba detrás de su verja con una bata sobre el pijama. Cuando me vio, levantó una mano.

No supe si saludarla.

Un hombre apareció al final de la acera con el teléfono en alto. Álvaro se interpuso.

—No puede grabar aquí.

—Estoy en la vía pública.

—Apague la cámara.

—¿Es la esposa?

La pregunta llegó hasta mí.

Leire abrió la puerta trasera del coche.

—Suba.

—No estoy detenida.

—Ya lo sé.

—Entonces quiero ir delante.

—Suba detrás.

—¿Por qué?

—Porque es el lugar destinado a los traslados.

—A los detenidos.

—También a los testigos.

—No soy una testigo. No vi nada.

La inspectora sostuvo la puerta.

—Precisamente ese es uno de los problemas.

El hombre del teléfono volvió a preguntar:

—¿La han arrestado?

Carmen seguía detrás de la verja.

En una ventana del piso superior vi a Lía.

Tenía las manos apoyadas contra el cristal.

Levanté la mía.

Ella no respondió.

Subí al coche.

La puerta se cerró con un sonido metálico. No había manilla en el interior.

Leire ocupó el asiento delantero. Álvaro se sentó al volante.

Mientras arrancábamos, miré la casa por la ventanilla.

Las luces estaban encendidas en todas las habitaciones. Los técnicos se movían detrás de los cristales. Desde fuera parecía una maqueta abierta, uno de aquellos proyectos que Damián llevaba a las reuniones para que los clientes pudieran ver cada estancia sin necesidad de imaginar nada.

La escalera ocupaba el centro.

Seis peldaños.

Un descansillo.

Ocho peldaños más.

Catorce en total.

Había vivido doce años en aquella casa y nunca los había contado hasta esa noche.

—Inspectora —dijo Álvaro.

Leire se volvió.

El agente sostenía el teléfono profesional.

—Acaba de llamar el forense.

—¿Qué ocurre?

Álvaro miró por el retrovisor.

Después bajó la voz, pero no lo suficiente.

—Dice que la herida principal de la cabeza no parece causada por un peldaño.

Leire no contestó.

—¿Por qué? —pregunté.

Ninguno de los dos respondió.

—¿Qué ha dicho?

La inspectora miró hacia atrás.

—Que debemos esperar al examen completo.

—Ha dicho que no fue un peldaño.

—Ha dicho que no lo parece.

—Entonces ¿qué fue?

Leire sostuvo mi mirada.

El coche avanzaba despacio entre las luces azules.

—Algo con un borde estrecho y pesado.

Pensé en la casa de bronce dentro de la bolsa.

En el tejado afilado.

En la sangre seca.

—El premio cayó con él —dije.

—Puede ser.

—Eso ocurrió.

—¿Lo vio?

—No.

Leire se volvió hacia delante.

—Entonces tendremos que averiguarlo.

Apoyé las manos sobre las rodillas.

Todavía quedaba sangre bajo las uñas. Pequeñas líneas oscuras que el agua no había conseguido eliminar.

Las cerré.

A través de la ventanilla trasera vi cómo mi casa desaparecía al final de la calle.

Por primera vez desde que había encontrado a Damián al pie de la escalera, pensé que quizá no volvería antes de que Lía despertara.

Y por primera vez comprendí que la policía ya no intentaba averiguar si mi marido se había caído.

Intentaba decidir qué objeto lo había golpeado antes.

Capítulo 7 · Hora seis

En comisaría me ofrecieron un abogado antes de ofrecerme agua.

—No estoy detenida —dije.

La mujer que había pronunciado la palabra abogado llevaba una carpeta verde contra el pecho y una placa colgada del cinturón. No se presentó. Se limitó a abrir una puerta y señalar una habitación con una mesa, cuatro sillas y una cámara instalada en una esquina.

—No —respondió—. Pero tiene derecho a asistencia letrada durante la declaración.

—¿Por qué iba a necesitarla?

La mujer miró a Leire.

Leire me había acompañado desde el coche sin tocarme. Caminaba a medio paso de distancia, lo bastante cerca para impedir que me desviara y lo bastante lejos para seguir fingiendo que estaba allí voluntariamente.

—Eso debe decidirlo usted —dijo.

La sala olía a café recalentado y a limpiador de suelos. Había una ventana estrecha junto al techo, pero todavía era de noche y solo se veía el reflejo de los fluorescentes. Sobre la mesa esperaban una botella de agua, un vaso de plástico y una caja de pañuelos.

Todo estaba dispuesto para alguien que iba a llorar.

—Quiero hablar con mi hermana.

—Puede hacerlo después —respondió Leire.

—Quiero saber cómo está Lía.

—El agente que permanece en la casa nos avisará si ocurre algo.

—No quiero que me avisen si ocurre algo. Quiero hablar con ella.

—Ahora no es conveniente.

—¿Para quién?

Leire abrió la puerta de la sala.

—Entre, Mara.

—No ha respondido.

—Su hija necesita descansar y usted necesita declarar.

—Mi hija necesita a su madre.

—Y nosotros necesitamos saber qué ocurrió con su padre.

La miré.

Había aprendido a lanzar aquella frase cada vez que yo intentaba regresar a Lía. No gritaba. No amenazaba. Solo colocaba el cadáver de Damián entre las dos y esperaba que yo cediera.

Entré.

La mujer de la carpeta se sentó al otro lado de la mesa. Leire ocupó la silla de su izquierda. Yo permanecí de pie.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

La mujer dejó la carpeta.

—Subinspectora Vega.

—¿También va a interrogarme?

—Vamos a tomarle declaración.

—No es lo mismo.

—No —dijo Leire—. Todavía no.

Me senté.

La palabra todavía quedó flotando sobre la mesa.

Vega encendió la cámara y comprobó la hora.

—Son las cinco y cuarenta y siete minutos. Se inicia declaración de doña Mara Sanz en relación con el fallecimiento de Damián Llorca. La compareciente se encuentra en calidad de testigo y ha sido informada de su derecho a solicitar asistencia letrada. ¿Desea abogado?

Miré a Leire.

—No.

—Necesito que responda para la grabación —dijo Vega.

—No deseo abogado.

—¿Declara voluntariamente?

—Sí.

La respuesta me salió más baja.

Vega acercó un documento.

—Lea y firme.

—¿Qué es?

—La información de derechos.

—Ya me los ha leído.

—Tiene que constar por escrito.

Tomé el bolígrafo.

Las manos me dolían. La piel de los nudillos estaba tirante después de que retiraran la sangre y el corte de la palma ardía al apoyar los dedos. Firmé sin leer.

Damián siempre decía que nunca debía firmarse nada sin leerlo. Lo repetía a los clientes, a los empleados y a mí, especialmente a mí, aunque después dejaba contratos sobre la encimera con pequeñas marcas amarillas donde debía poner mi nombre.

—Empiece por el momento en que su marido llegó a casa —dijo Vega.

—Ya se lo he contado a la inspectora.

—Necesitamos una declaración completa.

—¿Desde el principio?

—Desde el principio.

Abrí la botella. El plástico crujió entre mis dedos.

—Damián llegó cerca de las once.

—¿De dónde venía?

—De una cena con unos clientes.

—¿Qué clientes?

—No lo sé.

—¿No se lo dijo?

—Damián tenía muchas cenas.

—¿A qué se dedicaba?

—Era arquitecto. Tenía una constructora.

—¿Nombre de la empresa?

—Llorca Proyectos.

—¿Trabajaba usted allí?

—A veces.

Leire levantó la vista.

—Antes dijo que no trabajaba.

—Dije que no tenía un puesto.

—¿Qué hacía?

—Facturas. Nóminas. Llamadas. Lo que hiciera falta.

—¿Tenía acceso a las cuentas?

—A algunas.
—¿A cuáles?
—No lo sé de memoria.
Vega intervino:
—Volvamos a la llegada.
Asentí.
—Escuché el coche. Damián entró. Yo estaba en la cocina.
—¿Su hija?
—En el salón, viendo una película.
—Antes dijo que terminaba de cenar.
—Estaba haciendo las dos cosas.
—¿Qué había cenado? —preguntó Leire.
La miré.
—¿Importa?
—Quiero saber si recuerda la escena.
—Macarrones.
—¿Con qué salsa?
—Tomate.
—¿Quién cocinó?
—Yo.
—¿Damián cenó?
—Había cenado fuera.
—¿Probó la comida?
—No.
Leire apoyó el bolígrafo sobre la mesa.
—¿Se quejó?
—¿De qué?
—De la cena.
—No la probó.
—¿Se quejaba a menudo de cómo cocinaba?
La pregunta no tenía nada que ver con la caída. No todavía.
—A veces.
—¿Qué decía?
—Lo mismo que cualquiera. Que estaba frío, que tenía demasiada sal, que faltaba algo.
—¿Cómo reaccionaba cuando algo no estaba como quería?

—¿Qué está insinuando?
—No he insinuado nada.
—Sí lo ha hecho.
—Su hermana habló de episodios anteriores.
—Mi hermana no vivía con nosotros.
—Por eso se lo pregunto a usted.
Bebí agua.
—Damián era exigente.
—¿Con la comida?
—Con todo.
—¿Y esa noche?
—No habló de la cena.
—¿De qué hablaron?
—De nada importante.
Leire no desvió la mirada.
—Su hija escuchó una discusión.
—Una conversación desagradable.
—¿Cuál era el tema?
—No lo recuerdo.
—Hace pocas horas.
—Han ocurrido muchas cosas desde entonces.
—¿Hablaban de trabajo?
—Puede ser.
—¿De dinero?
—Puede ser.
—¿De otra mujer?
Sentí un golpe pequeño en el pecho. No llegó a dolor.
—No.
—¿Está segura?
—Sí.
—¿Su marido tenía una relación fuera del matrimonio?
Vega miró a Leire. Era evidente que aquella pregunta no formaba parte del orden que habían acordado.
—No que yo supiera.
—¿Alguna vez sospechó?
—Todo el mundo sospecha alguna vez.

—¿Usted sospechaba?

—No.

Era mentira.

No una mentira reciente. Era una mentira de hacía siete meses, cuando encontré una reserva de hotel en el correo de Damián y decidí que quizá era para un cliente. Otra de hacía cinco, cuando llegó con el cuello de la camisa manchado de maquillaje. Otra de hacía tres, cuando empezó a llevar el teléfono incluso al baño.

Las mentiras antiguas son más sencillas. Han tenido tiempo de acomodarse.

—¿Entonces de qué discutieron? —preguntó Leire.

—No discutimos.

—La vecina escuchó gritos.

—Damián hablaba fuerte.

—Su hija la oyó llamarlo cabrón.

—Eso ya se lo expliqué.

—No. Dijo que fue una conversación desagradable.

—Pues eso.

—¿Qué hizo él para que lo llamara así?

—No lo recuerdo.

Leire se inclinó hacia delante.

—Mara, una persona puede olvidar el orden exacto de una caída, el nombre de un medicamento o dónde dejó el teléfono. No olvida por qué llamó cabrón a su marido media hora antes de que muriera.

—Pues yo sí.

—No la creo.

Vega levantó una mano.

—Inspectora.

Leire se recostó, pero no retiró la mirada.

—Me dijo que se iba —contesté.

Las palabras salieron juntas.

Ninguna de las dos habló.

—¿Adónde? —preguntó Vega.

—No lo sé.

—¿Esa noche?

—No. Del matrimonio.

La sala pareció hacerse más pequeña.
—¿Damián quería separarse? —dijo Leire.
—Lo dijo enfadado.
—¿Lo había dicho antes?
—Muchas veces.
—¿Y usted?
—También.
—¿Habían iniciado trámites?
—No.
—¿Habían hablado con abogados?
—Yo no.
—¿Él?
—No lo sé.
—¿Por qué discutieron esa noche?
—Porque llegó tarde.
—Eso era habitual.
—Sí.
—Entonces ¿qué cambió?
Miré el vaso vacío.
—Dijo que ya estaba decidido.
—¿Qué estaba decidido?
—Que se marchaba.
—¿Solo él?
—Eso entendí.
—¿Y Lía?
No respondí.
Leire dejó pasar unos segundos.
—¿Qué dijo sobre su hija?
—Nada.
—Mara.
—No quiero hablar de eso.
—Tiene que hacerlo.
—No, no tengo.
—Su marido murió minutos después de anunciarle que se marchaba. Necesitamos saber qué dijo exactamente.
—Dijo que hablaríamos al día siguiente.

—¿Sobre Lía?
—Sí.
—¿Quería llevársela?
—No.
—¿Quería pedir la custodia?
—No lo dijo.
—¿Lo insinuó?
—Dijo que conmigo no estaba segura.
Vega dejó de escribir.
Leire no parpadeó.
—¿Por qué dijo eso?
—Porque sabía hacer daño.
—¿A qué se refería?
—A nada concreto.
—¿Había algún problema con su hija?
—No.
—¿Con usted?
—No.
—¿Consumía drogas?
—No.
—¿Bebía?
—No más que cualquiera.
—¿Tenía episodios de ansiedad?
—A veces.
—¿Tomaba medicación?
—Lorazepam cuando lo necesitaba.
—¿Alguna hospitalización?
—No.
—¿Antecedentes psiquiátricos?
—No.
—¿Había dejado sola a Lía?
—Claro que no.
—¿La había puesto en peligro?
—No.
—Entonces ¿por qué Damián dijo que no estaba segura con usted?

—Porque quería asustarme.
—¿Lo consiguió?
Pensé en la cocina.
En su chaqueta sobre el respaldo de la silla.
En el olor a vino.
En la forma en que había sonreído al decirlo, no porque estuviera contento, sino porque ya sabía dónde colocar la siguiente herida.
—Sí.
—¿Qué le respondió?
—Que era un cabrón.
—¿Solo eso?
—Sí.
—¿No le dijo que no permitiría que se llevara a Lía?
—Puede ser.
—¿Puede ser?
—No recuerdo cada palabra.
—¿Lo amenazó?
—No.
—¿Le dijo que antes lo mataría?
La miré.
—No.
—¿Está segura?
—Sí.
—¿Le dijo que se arrepentiría?
—No.
—¿Le dijo que no saldría de esa casa con su hija?
—No.
Vega volvió a mirar a Leire.
—¿De dónde salen esas frases?
—De la declaración de la vecina.
Sentí que me enfriaba por dentro.
—Carmen no pudo oírnos.
—Al parecer sí.
—Vive enfrente.
—Tenía la ventana abierta.

—Era de noche.

—Estaba fumando en la terraza.

—Carmen no fuma.

Leire abrió una carpeta.

—Su marido sí.

—¿Qué?

—Ella salió porque olió el humo. Lo vio junto a la puerta de la cocina y los oyó discutir.

—La cocina da al jardín trasero.

—La puerta principal estaba abierta.

—No.

—Según ella, sí.

—Miente.

—¿Por qué iba a mentir?

—Le encanta meterse en la vida de todo el mundo.

—¿También inventó que usted dijo que no permitiría que Damián le quitara a su hija?

El silencio me empujó contra el respaldo.

—No recuerdo haberlo dicho.

—Antes dijo que no lo dijo.

—Entonces no lo dije.

—¿Cuál de las dos respuestas dejamos?

—La segunda.

Leire anotó algo.

—¿Qué ocurrió después?

—Subí con Lía.

—¿Inmediatamente?

—Sí.

—¿Damián se quedó abajo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la cocina.

—¿Con los dos zapatos puestos?

La miré.

—Supongo.

—Uno apareció en el dormitorio.

—Ya lo sé.
—Entonces subió después.
—Sí.
—¿Lo oyó?
—No.
—¿Cómo pudo no oírlo si la casa transmite todos los sonidos?
—La película estaba puesta.
—A volumen normal.
—Sí.
—Y aun así escuchó la caída.
—Fue más fuerte que unos pasos.
—También su hija oyó su nombre.
—Sí.
—¿Usted no?
—No al principio.
Leire dejó de escribir.
—¿Qué significa no al principio?
Me había equivocado.
Lo supe antes de que terminara la pregunta.
—Nada.
—Ha dicho que no lo oyó al principio.
—Quería decir que Lía me lo contó después.
—No es lo que ha dicho.
—Estoy cansada.
—¿Escuchó a Damián decir su nombre?
—No.
—En la casa afirmó que sí.
—Porque Lía dijo que lo había oído.
—No. Le pregunté si su marido pronunció su nombre y respondió que sí.
—Entonces me confundí.
—¿Lo escuchó o no?
—No lo sé.
—Lleva toda la noche afirmando que no está confundida.
—Ahora sí.
—¿Por qué?

—Porque llevo seis horas sin dormir y mi marido está muerto.

La voz se me quebró.

Vega empujó la caja de pañuelos hacia mí.

No cogí ninguno.

—Hagamos una pausa —dijo.

—No —respondió Leire.

—Lleva casi una hora declarando.

—Quiero terminar.

Las dos me miraron.

—Quiero volver con mi hija —añadí.

Vega consultó la hora.

—Continuemos.

Leire sacó una fotografía de la carpeta y la colocó delante de mí.

Era el dormitorio principal.

La cama estaba deshecha. La lámpara de Damián encendida. Su zapato aparecía tumbado junto a la alfombra, con los cordones aún atados.

—¿Por qué se quitó un zapato?

—No lo sé.

—¿Pudo quitárselo usted?

—No.

—¿Entró en el dormitorio después de la discusión?

—No.

—¿Antes?

—Durante la tarde.

—¿A qué hora?

—No sé.

—¿Tocó ese zapato?

—No.

—¿Ayudaba a Damián a descalzarse?

La pregunta me resultó tan absurda que me reí.

—No era un niño.

—¿Se encontraba tan borracho que necesitara ayuda?

—No estaba borracho.

—¿Cómo lo sabe si apenas estuvo con él?

—Hablamos.

—Discutieron.

—Sí.

Era la primera vez que lo reconocía sin corregirlo.

Leire recogió la fotografía.

—Entonces vamos a dejarlo claro. Damián llegó. Discutieron porque quería separarse y habló de quedarse con Lía. Usted lo insultó. Subió con la niña. Salió de la habitación para hablar con él. Damián subió al dormitorio, se quitó un zapato y después se acercó a la escalera. Su hija oyó una primera caída, escuchó a su padre pronunciar su nombre y después oyó un segundo impacto.

—No fueron dos caídas.

—Eso lo dice usted.

—El cuerpo rebotó.

—¿Lo vio?

—No.

—¿Entonces cómo lo sabe?

—Porque es lo lógico.

—¿Más lógico que se detuviera en el descansillo?

—No se detuvo.

—Su hija oyó silencio.

—Un segundo.

—No sabemos cuánto.

—No pudo levantarse.

—¿Por las lesiones?

—Sí.

—Todavía no conoce las lesiones exactas.

—Vi el cuerpo.

—¿Vio la herida de la cabeza?

—Había sangre.

—¿Vio dónde se golpeó?

—No.

—¿Vio la escultura?

—Después.

—¿La tocó esa noche?

—No.

—¿Cuándo la tocó por última vez?

—No lo recuerdo.
—¿Esa semana?
—Puede ser.
—¿Para limpiarla?
—Sonia limpia.
—¿Para moverla?
—No.
—¿Durante la discusión?
—No.
—¿La agarró para amenazarlo?
—No.
—¿Lo golpeó con ella?
—No.
Leire dejó la pregunta en el aire un instante más que las otras.
—¿Empujó a su marido?
—No.
—¿Estuvo en el descansillo con él?
—No.
—¿Damián la sujetó allí?
El hematoma empezó a dolerme.
—No.
—Entonces ¿cuándo la agarró?
—Cuando estaba abajo.
—¿Antes o después de llamar?
—Antes.
—¿Estaba consciente?
—No lo sé.
—Pero cerró la mano con fuerza suficiente para dejarle marcas.
—Fue un reflejo.
—¿La miró?
—Sí.
—¿Intentó hablar?
—Movió la boca.
—¿Dijo su nombre?
—No lo sé.
—¿Pidió ayuda?

—No lo sé.
—¿Le dijo algo?
—No.
—¿Está segura?
—Sí.
—Ha respondido no lo sé tres veces y ahora está segura.
—No entendí palabras.
Leire se inclinó.
—¿Cuánto tiempo estuvo junto a él antes de llamar?
—Segundos.
—¿Cuántos?
—No sé.
—¿Treinta?
—Menos.
—¿Un minuto?
—No.
—¿Dos?
—He dicho que no.
—La llamada se inició a las veintitrés cincuenta y ocho y cuarenta y un segundos.
—Bien.
—La caída tuvo que producirse antes.
—Claro.
—¿Cuánto antes?
—No lo sé.
—Su vecina llamó al 112 a las veintitrés cincuenta y seis.
La miré.
—¿Qué?
—No llegó a completar la llamada. Colgó cuando escuchó que usted gritaba dentro de la casa. Pero quedó registrada.
—Carmen no entró.
—No.
—Entonces no sabía qué había pasado.
—Oyó un golpe muy fuerte y salió a la calle.
—¿A qué hora?
—Veintitrés cincuenta y seis.

—Su reloj puede estar mal.

—La llamada está registrada por la central.

No dije nada.

Leire colocó otra hoja frente a mí.

No pude leerla. Las letras se mezclaban.

—Entre el primer aviso de su vecina y su llamada transcurrieron al menos dos minutos y treinta segundos.

—No.

—Sí.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Llamé inmediatamente.

—La grabación demuestra cuándo llamó.

—Entonces Carmen escuchó otra cosa.

—¿Qué?

—Una puerta. Algo que cayó. No sé.

—Ella describe una secuencia de golpes.

—Se equivoca.

—¿También escuchó a su marido pronunciar su nombre?

Sentí una corriente fría por la espalda.

—No.

—No estaba dentro de la casa —añadió Leire—. Pero oyó una voz masculina antes del segundo estruendo.

—Eso no significa que fuera Damián.

—¿Quién más podía ser?

—La televisión.

—La película de Lía.

—Sí.

—Una película infantil doblada con voces y música.

—Sí.

—Carmen dice que la voz venía del recibidor.

—Carmen dice muchas cosas.

—Y su hija dice lo mismo.

—Tiene siete años.

—¿Cuál de las dos está confundida?

No contesté.

Vega apagó el bolígrafo y lo dejó sobre la carpeta.

—Inspectora, tenemos que parar.

Leire siguió mirándome.

—Una última pregunta.

—No —dijo Vega.

—Una.

La subinspectora no la autorizó, pero tampoco volvió a intervenir.

Leire acercó la hoja con el registro horario.

—Si la primera caída ocurrió antes de las veintitrés cincuenta y seis y usted llamó a las veintitrés cincuenta y ocho, ¿qué hizo durante esos dos minutos?

—No hubo dos minutos.

—Los hubo.

—Bajé. Lo encontré. Intenté despertarlo.

—¿Lo movió?

—No.

—¿Lo sujetó?

—Sí.

—¿Él la agarró?

—Sí.

—¿Hablaron?

—No.

—¿Llamó inmediatamente?

—Sí.

—Entonces faltan dos minutos.

—No faltan.

—Están aquí.

Golpeó el papel con un dedo.

La sala se quedó en silencio.

Por encima del zumbido de los fluorescentes escuché la voz de Damián como si todavía estuviera en la cocina.

No puedes impedirlo.

No era exactamente lo que había dicho.

O quizá sí.

A esas alturas ya no sabía qué palabras pertenecían a aquella noche y cuáles llevaba años esperando escuchar.

—Entré en pánico —dije.
—¿Durante dos minutos?
—No miré el reloj.
—¿Qué hizo?
—Me quedé a su lado.
—¿Sin llamar?
—No entendía lo que había pasado.
—Pero en cuanto habló con la operadora dijo que se había caído.
—Porque estaba al pie de la escalera.
—¿Y la escultura?
—No la vi.
—¿La sangre del descansillo?
—No la vi.
—¿El zapato en el dormitorio?
—No lo vi.
—¿A su marido consciente entre una caída y la siguiente?
—Eso no ocurrió.
Leire guardó el registro.
—De acuerdo.
No había nada de acuerdo.
Vega detuvo la grabación y anunció la hora. Las seis y treinta y ocho.
Me levanté.
—Quiero irme.
—Espere fuera —dijo.
—Quiero volver a casa.
—La inspectora hablará con usted.
—No tengo nada más que decir.
—Entonces espere.
Una agente me condujo a un pasillo con bancos atornillados a la pared. No había ventanas. Me senté debajo de un reloj redondo que avanzaba con un ruido seco, segundo a segundo.
Dos minutos.
Ciento veinte golpes del mecanismo.
Intenté imaginarme junto al cuerpo de Damián durante todo ese tiempo.

Su boca moviéndose.
Los ojos abiertos.
La mano cerrada alrededor de mi brazo.
La sangre extendiéndose bajo su cabeza.
No parecía tanto cuando se vivía dentro.
Solo parecía mucho al contarlo.
La puerta se abrió diez minutos después.
Leire salió con la carpeta bajo el brazo.
No se sentó.
—La autopsia ha comenzado.
—¿Puedo irme?
—Todavía no.
—Ha dicho que no estoy detenida.
—Y no lo está.
—Entonces abra la puerta.
—Necesitamos aclarar una contradicción.
Me levanté.
—Otra.
—Usted afirma que Damián la agarró cuando estaba tendido al pie de la escalera.
—Sí.
—El médico acaba de revisar sus manos.
—¿Y?
—La mano derecha tiene varias fracturas.
—Se las hizo al caer.
—Probablemente.
—Entonces pudo agarrarme con la izquierda.
—También está lesionada.
—Ha dicho que eran fracturas, no que no pudiera moverla.
—No se trata de eso.
Leire abrió la carpeta.
Dentro había una fotografía de la mano izquierda de Damián. Los dedos aparecían parcialmente cerrados, manchados de sangre.
—Encontraron algo bajo sus uñas.
No quise mirar.
—Mi piel —dije.

La inspectora alzó la vista.

—Todavía no lo sabemos.

Había respondido demasiado deprisa.

—Vivíamos juntos —añadí—. Puede haber restos míos en cualquier parte.

—No son restos antiguos. Hay sangre reciente y fibras grises.

El camisón.

Sentí la tela seca pegándose otra vez a mi cuerpo.

—Lo abracé cuando estaba abajo.

—¿Con qué parte del cuerpo?

—No sé.

—Las fibras estaban atrapadas bajo tres uñas, como si hubiera intentado aferrarse a usted.

—Eso hizo.

—Entonces estaba consciente.

—Ya he dicho que pudo ser un reflejo.

—Los reflejos no suelen arrancar tejido.

—Estaba muriéndose.

—Sí.

Leire cerró la carpeta.

—La pregunta es dónde.

—Al pie de la escalera.

—Su hija cree que en el descansillo.

—Mi hija no vio nada.

—No.

—Entonces deje de utilizarla.

—No la utilizo. La escucho.

—Pues escúcheme a mí.

—Eso llevo haciendo seis horas.

—Yo no maté a mi marido.

Lo dije con toda la voz que me quedaba.

Sin llorar.

Sin apartar la mirada.

—No lo golpeé. No lo empujé. No estaba con él cuando cayó. Bajé, intenté ayudarlo y llamé a emergencias. Eso es lo que ocurrió.

Leire me observó durante tanto tiempo que el reloj del pasillo dio nueve golpes.

—¿Está segura?

—Completamente.

La inspectora asintió.

—Entonces alguien está mintiendo.

—Carmen.

—O Lía.

—Mi hija está confundida.

—O usted.

No respondí.

Leire hizo una señal a la agente del fondo.

La mujer se acercó.

—Acompáñela a la sala de espera.

—¿Puedo llamar a mi hermana?

—Sí.

—¿Puedo volver a casa después?

La inspectora miró el reloj.

—Eso dependerá de lo que encuentre el forense.

—¿Qué espera encontrar?

Leire abrió la puerta.

—Una explicación para la herida que recibió Damián antes de empezar a bajar los catorce escalones.

Capítulo 8 · Hora ocho

Nuria contestó al segundo tono, pero no me dejó hablar.

—¿Dónde estás?

—En comisaría.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué no te dejan volver?

—Están esperando la autopsia.

Al otro lado escuché una puerta cerrarse y después su respiración, más baja.

—Lía está despierta.

Miré el reloj del pasillo. Las siete y dieciséis. Fuera debía de estar amaneciendo, aunque allí no había una sola ventana que lo demostrara.

—¿Ha dormido algo?

—Veinte minutos. Quizá media hora.

—Quiero hablar con ella.

—No sé si es buena idea.

—Soy su madre.

—No he dicho que no puedas. Solo que está muy alterada.

—Precisamente por eso.

Nuria guardó silencio.

—¿Sigue la policía en casa? —pregunté.

—Sí.

—¿Han entrado en nuestra habitación?

—Están por todas partes.

—Te dije que no dejaras que tocaran las cosas de Lía.

—Mara, no puedo impedir nada. Hay una mujer que anota hasta cuándo vamos al baño.

—¿Han vuelto a preguntarle?

—No delante de mí.

—Eso no responde.

—No lo sé.

Cerré los ojos.

En la sala de espera había otras tres personas. Un hombre dormido con la barbilla hundida en el pecho, una mujer que apretaba un bolso contra el vientre y un adolescente con una bolsa de hielo sobre la ceja. Ninguno me miraba, pero todos podían escucharme.

—Ponme con ella.

—Mara.

—Nuria.

Mi hermana soltó el aire.

—Espera.

Escuché pasos, un murmullo y después una voz infantil que no parecía la de mi hija.

—Mamá.

Me incliné hacia delante.

—Hola, cariño.

—¿Dónde estás?

—Hablando con la policía.

—Ya has hablado mucho.

—Sí.

—La inspectora ha vuelto.

Leire no estaba en la sala. Había desaparecido después de dejarme con la agente y una máquina de café que no aceptaba monedas.

—¿Está en casa?

—Está mirando la escalera.

—¿Ha hablado contigo?

—Me preguntó por el ruido.

Apreté el teléfono.

—¿Qué le dijiste?

—Lo mismo.

—¿Qué es lo mismo?

—Que papá se cayó dos veces.

La mujer del bolso levantó los ojos.

Me giré hacia la pared.

—Lía, escucha. No tienes que hablar con nadie si no quieres.

—La tía dice que sí.

—La tía no decide eso.

—Ha dicho que la policía necesita saber la verdad.

Sentí una punzada de rabia que no tenía derecho a dirigir contra ninguna de las dos.

—La verdad es que papá tuvo un accidente.

—La señora dice que todavía no lo saben.

—La señora hace preguntas porque es su trabajo.

—Ha encontrado sangre arriba.

—Papá se hizo daño al caer.

—Pero arriba.

—Sí.

—Y luego abajo.

—Eso ocurre cuando alguien cae por una escalera.

—Pero hizo silencio.

—Cariño.

—Y dijo tu nombre.

La mujer del bolso volvió a bajar la vista.

—Lía, estabas viendo una película. Había música, voces y muchos ruidos. Es normal que ahora algunas cosas se mezclen.

—No se mezclan.

—No he dicho que estés mintiendo.

—La inspectora tampoco.

—Claro que no.

—Solo me escucha.

La frase me dolió más de lo que debería.

—Yo también te escucho.

—Pero tú me dices que no pasó así.

No supe qué responder.

Detrás de mí se abrió una puerta. Una agente cruzó el pasillo con una carpeta y desapareció en otra sala.

—Mamá —dijo Lía.

—Estoy aquí.

—¿Papá te iba a quitar de casa?

Me levanté.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie.

—Lía.

—Os oí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Qué oíste exactamente?

—Que él se iba.

—Eso no significa que quisiera quitarme de casa.

—Dijo que tú no podías quedarte con todo.

La sala de espera dejó de existir durante un instante.

Volví a ver la cocina.

Damián de pie junto a la encimera, aflojándose el nudo de la corbata. La chaqueta sobre una silla. Los platos de Lía todavía en la mesa. Su voz tranquila, mucho más cruel que si hubiera gritado.

No vas a quedarte con la casa, Mara.

Eso había dicho.

O algo parecido.

—Los adultos dicen cosas cuando están enfadados —respondí.

—Tú dijiste que no se llevaría a nadie.

—Hablábamos de trabajo.

—No.

—Sí.

—Hablabais de mí.

—Lía, pásame con la tía.

—¿Por qué?

—Porque tengo que decirle una cosa.

—Siempre haces eso cuando no quieres contestar.

Me llevé una mano a la frente.

—No voy a perderte.

—Yo no he dicho eso.

—No voy a permitir que nadie nos separe.

El silencio al otro lado fue tan completo que pensé que la llamada se había cortado.

—Mamá.

—¿Sí?

—Hablas como anoche.

Cerré los ojos.

—Estoy cansada.
—¿Vas a volver?
—Sí.
—¿Cuándo?
—En cuanto me dejen.
—¿Y si no te dejan?
—Me dejarán.
—¿Cómo lo sabes?
Porque no había hecho nada, debería haber dicho.
Era la respuesta evidente.
La respuesta de una mujer inocente.
—Porque soy tu madre —dije.
Nuria tomó el teléfono.
—Basta.
—¿Qué?
—No puedes decirle esas cosas.
—¿Qué cosas?
—Que nadie va a separaros. La estás asustando.
—Ya está asustada.
—Pues no la asustes más.
—¿Por qué le has contado lo de la discusión?
—No le he contado nada.
—Sabe que Damián quería marcharse.
—Lo oyó.
—Tiene siete años.
—Y oídos, Mara.
La rabia subió tan rápido que tuve que apretar los dientes.
—No permitas que Leire vuelva a hablar con ella sin un psicólogo infantil.
—Ha venido una mujer.
—¿Qué mujer?
—No lo sé. Dice que está especializada en menores.
—No quiero que hablen con Lía.
—No puedes impedirlo.
—Soy su madre.
—Pues vuelve y dilo tú.

La frase me dejó quieta.
Nuria la lamentó enseguida.
—Perdona.
—No.
—Mara, no quería decir eso.
—Sí querías.
—Estoy agotada. Lía lleva horas preguntando cuándo vuelves y hay policías abriendo cajones por toda la casa.
—No dejes que entren en el despacho.
—Ya han entrado.
—¿Qué han cogido?
—Papeles. Un ordenador. No sé.
Me alejé un poco más de las otras personas.
—¿El portátil de Damián?
—Los dos.
—El mío no tiene nada que ver.
—Tienen una orden.
—¿Qué orden?
—Me han enseñado un papel. No lo he leído entero.
—¿Firmado por quién?
—No lo sé.
—Nuria, tienes que fijarte.
—No soy abogada.
—Pues llama a uno.
—Tú rechazaste uno.
—Eso fue antes.
La frase se me escapó.
Mi hermana guardó silencio.
—¿Antes de qué? —preguntó.
Miré hacia la puerta por la que había desaparecido Leire.
—Antes de que decidieran que todo era sospechoso.
—Mara, ¿qué está pasando?
—Nada.
—No parece nada.
—Damián se cayó. La policía tiene que comprobarlo.
—¿Te han acusado?

—No.

—¿Estás detenida?

—No.

—Entonces vuelve.

—No me dejan.

—Eso suena bastante a estar detenida.

—Nuria.

—¿Qué?

—Llama a Jorge Melero.

—¿Quién es?

—El abogado de la empresa.

—¿De Damián?

—Sí.

—¿Y crees que va a ayudarte?

—Tiene que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque conozco cosas de la empresa que él no querrá que salgan.

Me detuve.

Al otro lado ya no se escuchaba a Lía. Solo la respiración de mi hermana.

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Nada importante.

—Acabas de decir que puedes presionar al abogado de tu marido muerto.

—He dicho que conoce la situación.

—No has dicho eso.

—Estoy cansada.

—Todos estamos cansados.

—Llama a Melero.

—Dame el número.

Se lo dicté de memoria.

Nuria no comentó que lo supiera. Tampoco que hubiera necesitado menos de un segundo para recordarlo.

—Te llamo cuando conteste.

—No. Que venga directamente.

—Mara.

—Por favor.

Mi hermana colgó.

Me quedé con el teléfono pegado a la oreja unos segundos más.

Después busqué la conversación con Damián.

Su último mensaje había llegado a las diez y veintisiete.

Llegaré tarde. No me esperes despierta.

No le había contestado.

Debajo aparecía el mensaje de la mañana anterior.

Firma las hojas de la cocina.

Y mi respuesta.

¿Qué son?

Damián no había respondido por escrito. Me llamó cinco minutos después.

Intenté recordar las hojas.

Había firmado tres. Tal vez cuatro.

No las había leído.

El teléfono se apagó por falta de batería.

—Señora Sanz.

La agente que me vigilaba estaba de pie junto a la puerta.

—Mara.

—La inspectora la espera.

—He pedido un abogado.

—¿Ahora?

—Sí.

—Puede esperar a que llegue.

—Eso voy a hacer.

—La inspectora solo quiere informarla de los resultados preliminares.

—Entonces puede hacerlo delante de él.

La agente miró hacia el interior.

—No es un interrogatorio.

—Todo es un interrogatorio desde que entró en mi casa.

Leire apareció detrás de ella.

Había vuelto a ponerse la chaqueta. En una mano llevaba la carpeta y en la otra un vaso de café que parecía intacto.

—Ha cambiado de opinión sobre el abogado.

—Sí.

—Está en su derecho.

—Gracias.

—Pero debe saber que sigue declarando como testigo.

—Hasta que deje de hacerlo.

Leire me sostuvo la mirada.

—Precisamente por eso quiero hablar con usted.

—Esperaré.

—El médico forense también está aquí.

—¿Salcedo?

—No. La doctora responsable de la autopsia.

Miré el reloj.

—¿Ya ha terminado?

—No.

—Entonces no hay resultados.

—Hay hallazgos preliminares.

La palabra hallazgos hizo que la mujer del bolso nos mirara otra vez.

—Quiero privacidad —dije.

Leire abrió la puerta.

—Por eso la estamos invitando a entrar.

La seguí.

No regresamos a la sala de la cámara. Me condujo a un despacho más pequeño, con archivadores metálicos y una mesa cubierta de expedientes. Junto a la ventana había una mujer de unos cincuenta años, cabello corto y gafas rectangulares. No llevaba bata. Solo un pantalón oscuro y una camisa azul arremangada.

Se presentó como doctora Berta Orduña.

No me ofreció la mano.

—Lamento lo ocurrido —dijo.

—¿Ha terminado con mi marido?

La pregunta sonó peor de lo que pretendía.

—La autopsia continúa.

—Entonces ¿por qué está aquí?

Orduña miró a Leire.

—Porque hay algunos datos que la inspectora considera necesario aclarar cuanto antes.

—He pedido abogado.

—No voy a interrogarla —dijo Leire—. Solo queremos que escuche.

Permanecí de pie.

—Escucho.

La doctora abrió una carpeta.

—Su marido presenta múltiples lesiones traumáticas. Algunas son compatibles con una caída por escalera: fracturas costales, lesiones en hombro y brazo derecho, contusiones en espalda, cadera y extremidades.

—Entonces se cayó.

Orduña levantó la vista.

—Eso no está en discusión.

—¿Qué está en discusión?

—Cómo empezó la caída y si todas las lesiones se produjeron durante ella.

Leire dejó el café sobre un archivador.

—La doctora ha identificado al menos tres lesiones importantes en la cabeza.

—Cayó catorce escalones.

—Lo sé —dijo Orduña—. Una de las heridas se encuentra en la región occipital, otra cerca de la sien izquierda y una tercera en la parte superior del cráneo.

—Se golpeó varias veces.

—Es posible.

—Entonces ¿qué problema hay?

La doctora pasó una página.

—La lesión superior presenta un hundimiento localizado con bordes relativamente definidos. No corresponde bien con la superficie de los peldaños.

Pensé en el tejado de la casa de bronce.

—El premio cayó con él.

—Podría explicar la forma.

—Entonces ya está.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos determinar todavía si el objeto lo golpeó al caer, si cayó después sobre él o si fue utilizado antes.

—¿Utilizado?

Orduña no suavizó la palabra.

—Para golpearlo.

Me apoyé en el respaldo de una silla.

—Nadie golpeó a Damián.

—Todavía no lo sabemos.

—Yo sí.

Leire habló:

—Usted no vio caer el objeto.

—No.

—Tampoco vio la caída.

—No.

—Entonces no puede saber cómo se produjo la herida.

—Sé que nadie entró en casa.

—Eso nos deja pocas posibilidades.

La miré.

—¿Me ha traído aquí para acusarme?

—No.

—Pues se le parece bastante.

La doctora cerró la carpeta parcialmente.

—Hay algo más.

—Claro que sí.

—La herida compatible con el objeto pesado presenta hemorragia vital.

No comprendí.

—¿Qué significa?

—Que Damián estaba vivo cuando se produjo.

—Eso es evidente. Estaba vivo cuando cayó.

—Sí. Pero también observamos que alrededor de esa lesión no hay signos claros de abrasión por desplazamiento.

—No sé qué quiere decir.

—Que pudo ser un impacto directo.

—O el premio le cayó encima.

—También.

—Entonces no demuestra nada.

—No todavía.

Aquella palabra volvía siempre.

Todavía.

Todo era provisional salvo la forma en que me miraban.

—¿Qué más? —pregunté.

Orduña se quitó las gafas.

—Las lesiones no parecen haberse producido en una única secuencia continua.

Sentí que la silla se alejaba.

—¿Cómo pueden saber eso?

—No podemos afirmarlo con absoluta certeza. Pero hay dos grupos de impactos con patrones diferentes. Las heridas del tramo superior podrían corresponder a un primer episodio y las fracturas más graves de tórax y pelvis a una caída posterior desde mayor altura o con otra posición corporal.

—Rebotó en el descansillo.

—Es posible.

—Entonces eso explica los dos grupos.

—Puede explicarlos.

—¿Y qué más quieren?

Orduña volvió a ponerse las gafas.

—Hay una ausencia.

—¿De qué?

—De lesiones compatibles con un rodamiento continuo por los ocho peldaños inferiores.

—No entiendo.

—Su marido presenta golpes severos, pero no una distribución uniforme. Parece haber caído con el cuerpo más rígido o desde una posición distinta en el segundo tramo.

—Estaba herido.

—Sí.

—Pudo quedar inconsciente.

—También.

—Entonces todo encaja.

La doctora no respondió.

Leire abrió su carpeta.

—Su hija dice que hubo una pausa.

—Mi hija no es forense.

—No. Pero su relato coincide con lo que observa la doctora.

—Mi hija oyó ruidos. Nada más.

—También escuchó a Damián pronunciar su nombre.

—Una palabra no convierte una caída en asesinato.

Era la primera vez que alguien lo decía en aquella habitación.

Asesinato.

Ninguna de las dos me corrigió.

—¿Qué encontraron bajo sus uñas? —pregunté.

Leire miró a Orduña.

—Tejido y fibras.

—Mías.

—Las fibras coinciden visualmente con el camisón. El ADN tardará.

—Lo agarré.

—Usted afirma que él la agarró.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba abajo.

—La distribución de sangre en sus dedos plantea dudas.

—¿Qué dudas?

Orduña respondió:

—Hay sangre en las puntas y bajo las uñas, pero menos en la palma. Si hubiera cerrado la mano alrededor de su brazo mientras yacía sobre una superficie ensangrentada, esperaríamos otro patrón.

—No soy una superficie.

—No me refiero a usted.

—Entonces explíquese mejor.

La doctora mantuvo la calma.

—Puede haber agarrado su ropa antes de que sus manos quedaran cubiertas de sangre.

—¿Antes de estar abajo?

Leire dejó que la pregunta permaneciera.
—No —dije—. Me agarró abajo.
—¿Con cuál mano? —preguntó Orduña.
—La izquierda.
—Tiene fracturas en dos dedos de esa mano.
—Ya me lo han dicho.
—Además, una lesión importante en la muñeca.
—Podía moverla.
—Quizá.
—La movió.
—¿Lo vio cerrar los dedos?
—Lo sentí.
—¿Miró su mano?
—Estaba mirando su cara.
—Entonces no sabe cómo la sujetó.
—Sé que me dejó esto.
Me subí la manga y mostré el hematoma.
Orduña se acercó, pero no lo tocó.
—La marca es compatible con una sujeción.
—Gracias.
—Eso no establece dónde ocurrió.
Me bajé la manga.
—¿Algo más?
La doctora miró de nuevo a Leire.
Fue un intercambio mínimo, pero lo vi.
—¿Qué? —pregunté.
Leire recogió el vaso de café.
—Hay lesiones antiguas.
—¿En Damián?
—Sí.
—Trabajaba en obras.
—Una fractura costal consolidada. Lesiones en los nudillos. Una fisura antigua en la mano derecha.
—Se peleó con un cliente el año pasado.
—¿El que le rompió la nariz?
—Sí.

—Según el parte médico, Damián no tenía lesiones en la mano aquel día.

—Entonces sería otra vez.

—¿Se peleaba a menudo?

—No.

—¿La golpeó alguna vez?

Miré a la doctora.

—Pensé que esto no era un interrogatorio.

—Puede no responder —dijo Orduña.

Leire permaneció quieta.

—No me golpeaba.

—Su hermana habló de marcas.

—Me agarró una vez.

—¿Solo una?

—Sí.

—¿En marzo?

—Sí.

—¿Con qué mano?

—No lo sé.

—¿La derecha?

—Puede ser.

—¿Le golpeó después?

—No.

—¿Alguna vez dio puñetazos a una pared?

—No.

—¿A una puerta?

Pensé en el despacho.

En la marca junto al marco, tapada durante meses por una estantería baja que Damián hizo instalar después.

—Una vez —dije.

Leire no anotó nada.

—¿Cuándo?

—Hace años.

—¿Durante una discusión con usted?

—No recuerdo.

—¿Lía estaba presente?

—No.
—¿Le tenía miedo?
—No.
—¿Temía que pudiera hacerle daño?
—No.
—¿Entonces por qué su hermana creyó que la maltrataba?
—Porque Nuria veía lo que quería ver.
—¿Y qué quería ver?
—Un motivo para que yo lo dejara.
—¿Por qué quería que lo dejara?
—Porque no se llevaban bien.
—¿Desde cuándo?
—Siempre.
—¿Antes del episodio de marzo?
—Sí.
—¿Sabía que Damián pensaba separarse?
—No.
—¿Se lo había contado usted?
—No.
—¿Sabía que él quería la custodia de Lía?
—No quería la custodia.
—Usted declaró que dijo que la niña no estaba segura con usted.
—Lo dijo para herirme.
—¿Por qué funcionaría si no existía ninguna posibilidad?
—Porque era su padre.
—¿Tenía pruebas contra usted?
—No.
—¿Podía fabricarlas?
Sentí algo muy parecido al miedo.
No el miedo a Leire.
Otro.
Más antiguo.
—Damián podía conseguir que cualquier cosa pareciera culpa de otro.
—¿También en la empresa?
La pregunta llegó demasiado rápido.

—No sé a qué se refiere.
—Usted manejaba facturas y nóminas.
—A veces.
—Su ordenador está siendo examinado.
—No tienen derecho.
—Tenemos una autorización judicial.
—Mi trabajo no tiene relación con la caída.
—Eso dependerá de lo que encontremos.
—¿Qué buscan?
—Un motivo.
Lo dijo sin elevar la voz.
No asesinato.
No culpable.
Motivo.
La palabra consiguió lo que las otras no habían podido. Me senté.
Orduña cerró su carpeta.
—Mi trabajo aquí ha terminado.
—¿Cuál es la causa de la muerte? —pregunté.
La doctora se detuvo junto a la puerta.
—Traumatismo craneoencefálico y torácico severo.
—Por la caída.
—Como consecuencia de varios impactos.
—Eso no responde.
—La causa está clara. La manera en que se produjo, no.
—¿Accidente?
Orduña miró a Leire antes de contestar.
—No podemos clasificarla como accidental en este momento.
—¿Entonces qué van a poner?
—Pendiente de investigación.
—¿Y si el golpe del premio ocurrió durante la caída?
—Se incluirá cuando podamos demostrarlo.
—¿Y si no pueden?
—Seguirá pendiente.
La doctora abrió la puerta.
—Lo siento.

—No lo siente.

Se marchó sin responder.

Leire y yo quedamos solas.

El café continuaba intacto en su mano.

—Se le va a enfriar —dije.

Lo dejó sobre la mesa.

—Ya estaba frío.

—¿Puedo irme?

—Su abogado viene de camino.

—Entonces sí.

—Espere.

—Llevo horas esperando.

—Mara, necesito que entienda la situación.

—La entiendo perfectamente. Mi marido se cayó por una escalera defectuosa, un objeto cayó con él y ahora ustedes necesitan convertirlo en algo más complicado.

—Damián sufrió un golpe focal en la cabeza. Después hubo, probablemente, una primera caída. Permaneció vivo y consciente el tiempo suficiente para sujetar a alguien o intentar hacerlo. Luego recibió una segunda serie de lesiones.

—Rebotó.

—Quizá.

—¿Qué alternativa tiene?

—Que alguien lo golpeara.

—No.

—Que cayera hasta el descansillo.

—No se detuvo.

—Que intentara levantarse.

—No.

—Que pronunciara su nombre.

—Lía oyó mal.

—Y que después alguien provocara la segunda caída.

Me puse de pie.

—No.

—Esa posibilidad existe.

—No.

—No estoy diciendo que fuera usted.

—No había nadie más.

Leire guardó silencio.

Había caído en la misma trampa que yo llevaba toda la noche denunciando. La casa cerrada. La puerta sin forzar. Lía arriba. Yo con él.

—Pudo entrar alguien —dije.

—Usted aseguró que no.

—Pude equivocarme.

—¿La puerta estaba cerrada con llave?

—No lo sé.

—Lleva horas diciendo que sí.

—La cierro siempre. Eso no significa que la cerrara anoche.

—¿Vio salir a alguien?

—No.

—¿Escuchó la puerta?

—La casa estaba llena de ruidos.

—¿Su hija?

—No sé.

—¿Carmen?

—Pregúntele.

Leire se acercó a la mesa.

—¿Quién querría matar a Damián?

La lista apareció en mi cabeza con una facilidad que me hizo sentir culpable.

No porque yo lo hubiera matado.

Porque sabía exactamente cuánta gente podía haber deseado hacerlo.

—Tenía problemas en el trabajo.

—¿Qué clase de problemas?

—Clientes descontentos.

—¿Nombres?

—Muchos.

—Déme uno.

—Héctor Barcia.

—¿Quién es?

—Compró una casa en una promoción. Hubo un desprendimiento.
—¿Víctimas?
—Su hijo resultó herido.
—¿Amenazó a Damián?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Varias veces.
—¿Por escrito?
—Creo que sí.
Leire anotó por primera vez desde que entramos.
—Otro.
—Iván Corbacho.
—¿Trabajador?
—Encargado de obra.
—¿Qué ocurrió?
—Damián quería despedirlo.
—¿Lo sabía?
—Sí.
—¿Había amenazas?
—Discutieron delante de todos.
—¿Cuándo?
—Esta semana.
—¿Por qué no lo mencionó antes?
—No me lo preguntó.
—Le pregunté quién podía haber entrado.
—No pensé en ellos.
—Ahora sí.
—Ahora me ha preguntado quién querría matarlo.
Leire siguió escribiendo.
—Otro nombre.
—No sé.
—Ha dicho muchos.
—Era una forma de hablar.
—¿Socios?
—No tenía.

—¿Antiguos socios?
—Ariadna Vives.
El bolígrafo se detuvo.
—¿Quién es?
—Arquitecta. Fundaron juntos la empresa.
—¿Por qué se separaron?
—No lo sé.
—¿Cuándo?
—Hace seis años.
—¿Seguían en contacto?
—Por trabajo.
—¿Tenían una relación personal?
La miré.
—No que yo supiera.
La mentira antigua volvió a acomodarse en su sitio.
—Necesitaré sus datos.
—Estarán en el teléfono de Damián.
—¿Usted no los tiene?
—No.
Los tenía.

Nombre completo, dirección del estudio, dos números de teléfono y hasta la matrícula del coche. Había pasado meses reuniendo detalles que nunca utilicé.

Leire cerró la libreta.
—¿Alguien más?
—No.
—¿El abogado de la empresa?
—¿Melero?
—Sí.
—¿Cómo sabe que viene?
—Su hermana nos ha avisado desde la casa.
—No tenía motivos para matar a Damián.
—No le he preguntado eso.
—Entonces ¿qué?
—Si conocía los problemas empresariales.
—Claro.

—¿Incluido el conflicto con Iván?

—Supongo.

—¿Y con Héctor Barcia?

—Sí.

—¿Y con Ariadna Vives?

—No sé.

—¿Sabía que su marido iba a separarse?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Sabía que Damián preparaba documentos contra usted?

Me quedé inmóvil.

—¿Qué documentos?

Leire me observó con atención.

No había formulado la pregunta para obtener una respuesta.

La había formulado para ver mi cara.

—No lo sé todavía —dijo—. Pero los agentes han encontrado una carpeta en el despacho.

—¿Qué carpeta?

—Con su nombre.

—Hay muchas.

—Esta estaba cerrada con llave.

—Damián cerraba todo.

—Contiene copias de transferencias, facturas y firmas suyas.

—Yo firmaba lo que él me daba.

—Eso tendrá que explicárselo a su abogado.

—¿Me está acusando de fraude?

—No.

—Entonces ¿por qué lo menciona?

—Porque su marido pudo tener una razón para amenazarla con quitarle a su hija.

Sentí que el suelo se movía.

—No sabía que existía esa carpeta.

—Eso dice.

—Es verdad.

—Puede ser.

—Damián me hacía firmar documentos sin explicarme nada.
—Antes dijo que gestionaba facturas y nóminas.
—Ayudaba.
—¿Sabía lo que firmaba?
—A veces.
—¿Y otras no?
—Confiaba en él.
—¿La engañaba?
—Sí.
La palabra salió con una fuerza que no había previsto.
Leire se quedó quieta.
—¿En qué más?
Pensé en Ariadna.
En el dinero.
En las cuentas.
En la llamada del hotel.
En las amenazas dichas con voz baja para que Lía no las oyera.
—En todo —respondí.
La inspectora esperó.
—¿También sobre la separación?
—No sé.
—¿Podría haber preparado esa carpeta para responsabilizarla de los delitos de la empresa?
—Sí.
—¿Podría haberle dicho que perdería la casa?
—Sí.
—¿Y a Lía?
Me costó respirar.
—Sí.
—¿Eso ocurrió anoche?
No respondí.
—Mara.
—Quiero a mi abogado.
Leire asintió.
—De acuerdo.
Se dirigió hacia la puerta.

—¿Puedo marcharme mientras llega?

—No.

—Ha dicho que no estoy detenida.

—Su situación está siendo revisada por la fiscalía.

—¿Qué significa eso?

—Que debe esperar.

—¿En esta sala?

—Sí.

—¿Con la puerta cerrada?

Leire puso una mano sobre el picaporte.

—Por ahora.

—¿Puedo salir?

—Pida a la agente lo que necesite.

—Eso es estar detenida.

—No formalmente.

—¿Y qué falta?

La inspectora abrió la puerta.

Dos agentes esperaban en el pasillo.

Uno a cada lado.

Leire no miró hacia ellos.

—Que la fiscal decida si las heridas de Damián son suficientes para dejar de investigar un accidente.

—¿Y qué investigarán entonces?

La inspectora se volvió.

—Una muerte provocada.

La puerta se cerró.

No había pestillo por dentro.

Me quedé sola con una mesa, tres sillas y un café frío que no era mío.

Sobre el cristal de la ventana comenzaba a entrar la primera luz de la mañana.

A las siete y cuarenta y tres, mientras Lía seguía esperando que regresara a casa, la caída de Damián dejó oficialmente de ser un accidente.

Capítulo 9 · Hora diez

Jorge Melero llegó a comisaría con una corbata mal anudada y la expresión de un hombre al que habían despertado para informarle de que su problema más importante acababa de morir.

No preguntó cómo estaba yo.

Preguntó dónde estaban los ordenadores.

—Buenos días, Mara.

—¿Buenos?

—Ya me entiendes.

Cerró la puerta de la sala y dejó el maletín sobre la mesa. Vestía el mismo traje azul que llevaba siempre que venía a casa a hablar con Damián, aunque la camisa estaba arrugada y tenía una mancha oscura junto al puño. No sabía si era café o sudor.

—Nuria me ha dicho que la policía se ha llevado documentación de la empresa.

—También se han llevado mi ropa.

—Eso es normal en estas circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

Melero me observó por primera vez.

—Siéntate.

—Llevo sentada toda la noche.

—Entonces quédate de pie.

Abrió el maletín y sacó un cuaderno, dos bolígrafos y una carpeta vacía. Todo colocado en ese orden. Damián confiaba en las personas que ordenaban sus cosas antes de hablar. Decía que permitía saber quién pensaba con claridad.

—Necesito que me cuentes exactamente qué has declarado.

—Que se cayó.

—Eso ya lo sé.

—Pues la policía parece tener dificultades para entenderlo.

—Mara.

—¿Qué?

—No estoy aquí como amigo de la familia.

—Nunca lo has sido.

Melero apretó los labios.

—Estoy aquí porque tu hermana ha pedido que te asista y porque la situación de la empresa podría verse afectada.

—Mi marido acaba de morir.

—Precisamente.

—¿Precisamente qué?

—Damián era administrador único de Llorca Proyectos. Hay obras abiertas, contratos pendientes, pagos, empleados. Si la policía ha intervenido los equipos, tenemos que saber qué está buscando.

—Un motivo para acusarme.

—¿Te han acusado formalmente?

—Todavía no.

—¿Estás detenida?

—Dicen que no formalmente.

Melero miró la puerta cerrada.

—Eso no existe. O estás detenida o no lo estás.

—No puedo marcharme.

—¿Te lo han impedido físicamente?

—Hay dos agentes fuera.

—No te he preguntado eso.

—La puerta no tiene manilla por dentro.

El abogado se acercó y probó. Se abrió.

—Sí tiene.

Me quedé mirando la puerta.

No la había tocado. Había visto el picaporte plano, metálico, y había asumido que no funcionaba desde dentro.

Melero volvió a cerrarla.

—Estás agotada. No vuelvas a declarar sin mí.

—Ya he declarado.

—Lo sé.

—Y he firmado.

—También lo sé.

—Sin leer.

Él me miró.

—Damián te habría matado por eso.

No sonrió al decirlo.

La frase quedó entre nosotros, inapropiada y precisa.

—No uses esa palabra.

—Lo siento.

—No, no lo sientes.

Melero abrió el cuaderno.

—¿Qué les has contado de la empresa?

—Nada.

—Nuria dice que mencionaste irregularidades.

—Le dije que Damián tenía enemigos.

—Eso no es lo mismo.

—También les hablé de Iván Corbacho, Héctor Barcia y Ariadna.

El bolígrafo dejó de moverse.

—¿Ariadna Vives?

—¿Conoces otra?

—¿Por qué la mencionaste?

—Porque Leire me preguntó quién podía querer matarlo.

—Y tú dijiste Ariadna.

—Sí.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

Me acerqué a la mesa.

—Tú sabías que se acostaban.

Melero tardó un instante en responder.

—No sé de qué hablas.

—Claro.

—Mara, este no es el momento.

—¿Cuándo era el momento? ¿Cuando empezaron? ¿Cuando ella se marchó de la empresa? ¿Cuando Damián seguía pagando hoteles con la tarjeta de una sociedad que yo administraba?

—No tengo conocimiento de ninguna relación.

—Eres un abogado magnífico.

—Y tú estás a punto de convertir un asunto personal en una línea de investigación que puede destruir la empresa.

—Damián ya no necesita protegerla.

—Tú sí.

No entendí la frase de inmediato.

Melero bajó la voz.

—Si existen delitos contables y tu firma aparece en los documentos, la muerte de Damián no los hace desaparecer.

—Él me hacía firmar.

—Eso no es una defensa suficiente.

—No sabía lo que eran.

—Has trabajado en administración durante años.

—No trabajaba.

—Hay nóminas, correos y transferencias autorizadas desde tu usuario.

—Porque Damián me lo pedía.

—Y acabas de decir que no sabías lo que firmabas.

—No sabía todo.

—Él podía responsabilizarte.

—Eso estaba haciendo.

Melero se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir?

—Encontraron una carpeta con mi nombre.

No pareció sorprendido.

Fue apenas una pausa. Una ligera rigidez en la mandíbula. Pero estaba allí.

—Sabías que existía.

—No.

—Jorge.

—Damián guardaba decenas de carpetas.

—Esta estaba cerrada con llave.

—También cerraba los recibos del aparcamiento con llave.

—Tenía copias de transferencias y facturas firmadas por mí.

—Eso no significa que preparara nada contra ti.

—Anoche dijo que Lía no estaba segura conmigo.

Melero cerró el cuaderno.

—¿Qué más dijo?

—Que se marchaba. Que no iba a dejarme la casa. Que yo no podía quedarme con todo.

—¿Mencionó la empresa?

—No recuerdo.

—Inténtalo.

—Llevo toda la noche intentando recordar para gente que ya ha decidido que miento.

—Yo no soy la policía.

—No. Tú eres el hombre que redactaba las mentiras antes de que Damián las firmara.

Su cara cambió.

No mucho. Melero nunca perdía el control. Pero la mancha del puño pareció extenderse cuando cerró la mano.

—Ten cuidado.

—¿Eso es una amenaza?

—Es un consejo profesional. No sabes qué documentos han encontrado ni cómo pueden interpretarlos. Tampoco sabes qué me contó Damián sobre vuestra separación.

La palabra me golpeó.

—¿Te habló de ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No puedo revelar conversaciones con mi cliente.

—Tu cliente está muerto.

—El secreto profesional no muere con él.

—Y yo soy su esposa.

—Eso no te convierte en heredera de sus confidencias.

Me aparté de la mesa.

—¿Iba a pedirme el divorcio?

Melero no respondió.

—¿Había preparado los papeles?

—No estamos aquí para hablar de eso.

—¿Iba a pedir la custodia de Lía?

—Mara.

—Contéstame.

—No puedo.

—Entonces sí.

—No he dicho eso.

—No hace falta.

Me senté porque las piernas volvieron a fallarme.

Damián no había llegado a casa borracho y enfadado para lanzar una amenaza vacía. Había hablado con Melero. Había preparado documentos. Había colocado mi nombre sobre una carpeta y esperaba hasta la mañana para abrirla delante de mí.

—¿Cuándo ibais a reuniros? —pregunté.

Melero abrió otra vez el cuaderno.

—Tenemos que concentrarnos en la investigación.

—¿Esta mañana?

—No responderé.

—Por eso cenó con clientes. Por eso llegó tarde. Ya lo teníais todo preparado.

—No cenó con clientes.

Lo dijo demasiado rápido.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

Melero miró el bolígrafo.

—No sé con quién cenó.

—Acabas de decir que no eran clientes.

—He dicho que yo no puedo confirmarlo.

—No. Has dicho que no cenó con clientes.

—Es una forma de hablar.

—¿Estaba contigo?

—No.

—¿Con Ariadna?

—No lo sé.

—¿Con quién?

Llamaron a la puerta antes de que pudiera responder.

Leire entró acompañada por Vega. Las dos llevaban vasos de café. El de Leire parecía nuevo, pero tampoco lo había probado.

—Señor Melero —dijo—, entiendo que representa a la señora Sanz.

—Sí. Y antes de continuar quiero que se aclare su situación procesal.

—Continúa como testigo.

—Entonces se marcha.

—Puede hacerlo.

La miré.

—¿Qué?

Leire se volvió hacia mí.

—No está detenida.

—Llevo tres horas pidiendo irme.

—Le pedimos que esperara a conocer los primeros resultados.

—Me dijeron que no podía abandonar el edificio.

Vega intervino:

—Se le indicó que permaneciera disponible.

—Había agentes en la puerta.

—Porque se trataba de una sala reservada.

Melero guardó los bolígrafos.

—Perfecto. Nos vamos.

Leire no se apartó de la puerta.

—Antes necesitamos informarla de que su vivienda permanecerá precintada durante varias horas.

—Mi hija está allí.

—Su hermana puede llevársela.

—Quiero volver con ella.

—Podrá recoger lo necesario con acompañamiento policial.

—¿Cuándo?

—Cuando terminen las pruebas de trayectoria.

—¿Van a tirar un cuerpo por mi escalera?

—Utilizarán un maniquí.

—No.

—No necesitamos su autorización.

Melero se puso de pie.

—Inspectora, mi cliente ha colaborado durante toda la noche. Cualquier nueva pregunta se realizará en mi presencia y con la debida citación.

—Por supuesto.

—Y quiero copia de la declaración.

—La tendrá.

—También del inventario de lo intervenido.

—Cuando esté completo.

Leire seguía mirando hacia mí.

No había venido solo a dejarnos marchar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Hemos localizado a algunas de las personas que mencionó.

Melero cerró el maletín.

—Mi cliente no responderá.

—No iba a preguntarle nada.

La inspectora entró y dejó una fotografía sobre la mesa.

Era Damián delante de una obra. Llevaba casco blanco, chaleco reflectante y una sonrisa que utilizaba únicamente en las fotografías profesionales. A su lado había seis hombres con ropa de trabajo. Reconocí a cuatro.

Leire señaló al más alto.

—Iván Corbacho.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo trabajó con Damián?

—Once años.

Melero me tocó el hombro.

—No respondas.

—No es una declaración —dijo Leire.

—Todo lo que diga mi cliente puede incorporarse.

—Entonces incorpórelo usted. Su empresa dispone de contratos y archivos laborales.

La inspectora miró al abogado.

—Ese es precisamente el problema.

Sacó otra hoja.

Era una lista de nombres, fechas y cantidades. Algunos pagos aparecían resaltados.

—Iván no figura como trabajador de Llorca Proyectos desde hace dieciocho meses.

—Trabajaba como autónomo —dijo Melero.

—No está registrado como proveedor.

—Podía facturar a través de una subcontrata.

—¿Cuál?

—Tendría que revisar la documentación.

—Hemos revisado una parte. Durante dieciocho meses recibió transferencias periódicas desde una cuenta personal de Damián y varios pagos en efectivo.

—Eso no demuestra una relación laboral.

—Tampoco la oculta muy bien.

Melero recogió la hoja.

—¿Qué relación tiene con la muerte?

Leire me miró.

—La señora Sanz dijo que Damián planeaba despedirlo.

—No exactamente —respondí.

El abogado cerró los ojos.

—Mara.

—Dije que habían discutido.

—¿Cuándo? —preguntó Leire.

—Esta semana.

—¿Qué día?

—El martes.

—¿Estuvo presente?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—Damián me lo contó.

Era cierto.

No todo.

Damián había llegado el martes con barro en los zapatos y una mancha de polvo blanco en el abrigo. Se sirvió un whisky antes de quitarse la chaqueta y dijo que Iván se estaba convirtiendo en un problema. No explicó cuál. Tampoco necesitó hacerlo. Para Damián, un hombre se convertía en un problema cuando dejaba de obedecer.

—¿Qué dijo exactamente? —preguntó Leire.

—Que Iván había perdido la cabeza.

—¿Por qué?

—Por dinero.

—¿Le debía salarios?

Melero intervino:

—No sabemos si existía relación laboral.

Leire no lo miró.

—Mara.

—Iván decía que Damián le debía una parte de una obra.

—¿Cuál?

—La residencia de Valdemora.

—¿Cuánto dinero?

—No sé.

—¿Miles?

—Supongo.

—¿Decenas de miles?

—Puede ser.

—¿Amenazó a su marido?

—No lo sé.

Leire sacó el teléfono y pulsó la pantalla.

Una voz masculina llenó la sala.

—No vuelvas a esconderte detrás de tus papeles. Te lo digo por última vez, Damián. Lo que me debes es mío. Y si intentas cargarme lo de Valdemora, vas a lamentar haberme conocido.

El mensaje terminó con una respiración fuerte y un golpe seco.

Reconocí la voz de Iván.

Melero dejó de tocarme el hombro.

—¿Cuándo se envió? —preguntó.

—El miércoles a las diecinueve doce.

—No contiene una amenaza de muerte.

—No he dicho que la contenga.

Leire reprodujo otro.

Esta vez Iván gritaba.

—Tú crees que porque vives en esa casa y firmas cheques puedes hacer lo que quieras. Algún día te vas a caer desde tan alto que no va a recogerte nadie.

El audio terminó.

Nadie habló.

La frase era peor fuera del teléfono. En la sala, después de una noche repitiendo caída, escalera y segundo impacto, parecía preparada para nosotros.

—Eso no significa nada —dije.

Leire levantó la vista.

—¿Lo sabía?
—¿Qué cosa?
—Que había enviado estos mensajes.
—Damián me dijo que Iván lo amenazaba.
—Antes afirmó que no sabía si lo había amenazado.
—No conocía las palabras exactas.
—Pero sabía que existían mensajes.
—Sí.
—¿Por qué no lo contó?
—Lo he mencionado desde el principio.
—Dijo que discutieron delante de todos.
—Y que Iván tenía motivos.
—No dijo que hubiera amenazas grabadas.
—No sabía que seguían en el teléfono.
Leire se acercó.
—¿Por qué no iban a seguir?
—Damián borraba cosas.
—¿Qué cosas?
—Mensajes desagradables.
—¿A menudo?
—No sé.
—¿Borró alguno de Iván?
—No lo vi.
—Entonces ¿por qué lo ha dicho?
—Porque lo hacía.
—¿Con mensajes de quién más?
Pensé en Ariadna.
—De clientes.
—¿De mujeres?
Melero se colocó entre las dos.
—Se acabó.
Leire dio un paso atrás.
—De acuerdo.
Guardó el teléfono.
—Iván Corbacho afirma que anoche estuvo en su casa desde las diez.

—Entonces no pudo hacerlo —dije.

—Su teléfono se conectó a una antena situada a menos de dos kilómetros de su vivienda a las veintitrés treinta y cuatro.

Melero frunció el ceño.

—Eso cubre una zona amplia.

—También hay una cámara de tráfico.

La inspectora puso otra fotografía sobre la mesa.

Un vehículo oscuro circulaba por la avenida que llevaba a nuestra urbanización. La matrícula no se distinguía completa, pero los últimos caracteres eran visibles.

Reconocí la furgoneta.

Iván había aparcado delante de casa muchas veces. Traía planos, herramientas, muestras de materiales. Lía se subía al asiento del conductor y tocaba el claxon hasta que Damián se enfadaba.

—¿Es su vehículo? —preguntó Leire.

—Parece.

—Pasó por allí a las veintitrés treinta y siete.

—La caída fue casi veinte minutos después.

—Veintiuno, según la primera llamada.

—Podía dirigirse a cualquier sitio.

—Vivía en dirección contraria.

Melero recogió la fotografía sin tocar la superficie impresa.

—¿Han hablado con él?

—Estamos intentándolo.

—Ha dicho que afirma estar en casa.

—Se lo dijo por teléfono a un agente. Después dejó de responder.

—¿No está localizado?

—Todavía no.

La palabra consiguió que todos miráramos hacia la puerta, como si Iván pudiera estar al otro lado.

—¿Tenía llaves de nuestra casa? —pregunté.

Leire tardó un instante en responder.

—Eso iba a preguntarle.

—No.

—¿Nunca?

—Durante la obra, quizá.
—La casa se terminó hace doce años.
—Seguía viniendo a reparar cosas.
—¿Podía tener una copia?
—No lo sé.
—¿Conocía la alarma?
—No estaba conectada.
Melero me miró.
—¿Por qué?
—Damián decía que fallaba.
—¿Desde cuándo?
—Semanas.
Leire anotó.
—¿Iván sabía que fallaba?
—Podía saberlo.
—¿Cómo?
—Venía a casa.
—¿Cuándo fue la última vez?
—Hace un mes.
—¿Por qué?
—La barandilla.
La inspectora dejó de escribir.
—¿Qué pasa con la barandilla?
—Damián le pidió que la revisara.
—¿La escalera donde murió?
—Sí.
—¿Qué dijo Iván?
—Que había que desmontar una parte.
—¿Lo hizo?
—No.
—¿Por qué?
—Damián no quería pagar.
Leire cerró la libreta.
—Entonces Iván conocía el defecto de la escalera, tenía un conflicto económico con su marido, lo amenazó con una caída, pasó cerca de su casa y podía saber que la alarma no funcionaba.

—Eso parece —dije.
Melero volvió a apretarme el hombro.
Demasiado tarde.
Leire observó mi cara.
—¿Le alivia?
—¿Qué?
—Saber que otra persona pudo hacerlo.
—Nadie hizo nada. Damián se cayó.
—Hace unos minutos estaba convencida de que Iván no podía haber entrado.
—No he dicho eso.
—Dijo que la puerta estaba cerrada.
—También dije que podía estar equivocada.
—Después de conocer los resultados de la autopsia.
—Después de pasar seis horas respondiendo preguntas.
—¿Cree que Iván mató a su marido?
—No sé.
—Pero cree que podía hacerlo.
—Acaba de explicarlo usted.
La inspectora guardó las hojas dentro de la carpeta.
—Es una explicación posible.
—Más posible que yo.
—No he comparado posibilidades.
—Lo hace cada vez que me mira.
Melero abrió la puerta.
—Mi cliente se marcha.
Esta vez Leire se apartó.
—No salga de la ciudad.
El abogado se detuvo.
—Sigue siendo testigo.
—Es una recomendación.
—¿O una advertencia?
—Por ahora, una recomendación.
Caminé hacia el pasillo.
—Mara —dijo Leire.
No quería volverme.

Lo hice.

—Iván Corbacho sabía que la alarma no funcionaba porque alguien se lo contó.

—Lo vio cuando vino.

—Según el registro de mantenimiento, la desconexión se produjo hace nueve días.

—Entonces vino después.

—Usted ha dicho que no venía desde hacía un mes.

Melero respondió antes que yo:

—Mi cliente está agotada y no recuerda las fechas con precisión.

Leire no apartó los ojos de mí.

—¿Le contó usted a Iván que la alarma estaba desconectada?

—No.

—¿Habló con él esta semana?

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—Necesitaremos su teléfono.

—Ya lo tiene la policía.

—El que encontramos en la casa, sí.

Melero me miró.

Leire continuó:

—Pero su compañía telefónica registra una segunda línea a su nombre.

Sentí que el pasillo se estrechaba.

—Es de la empresa.

—No estaba en la casa.

—La habrá cogido Damián.

—La última conexión se produjo anoche a las veintitrés cuarenta y dos, cerca de su vivienda.

—Entonces estaba allí.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Quién utilizaba esa línea?

—Cualquiera de la oficina.

—Está registrada a su nombre.

—Damián registraba todo como le convenía.

—¿Iván tenía ese número?

No respondí enseguida.

Melero cerró la puerta para que las personas del pasillo no escucharan.

—No conteste.

—No lo sé —dije.

—¿Le escribió desde esa línea?

—He dicho que no lo sé.

Leire sostuvo mi mirada.

—La encontraremos.

—Hágalo.

—Eso estamos haciendo.

Salimos.

La luz de la mañana entraba por las ventanas de la recepción y hacía que todo pareciera más sucio que durante la noche. Había periodistas al otro lado de las puertas de cristal. No muchos. Cuatro o cinco personas con cámaras, teléfonos y vasos de café.

Al verme, se levantaron.

—¿Es la esposa?

—Mara, ¿la policía investiga un homicidio?

—¿Su marido la maltrataba?

La pregunta me hizo detenerme.

Melero puso una mano en mi espalda.

—No responda.

—¿Había denunciado agresiones anteriores?

No sabía de dónde había salido aquello.

Nuria.

Los sanitarios.

Algún policía.

O quizá bastaba un hematoma fotografiado para que el mundo inventara el resto.

Leire permanecía detrás de nosotros.

—¿La han dejado en libertad? —gritó alguien.

No estaba detenida, quise decir.

No había libertad que devolverme.

Melero me empujó suavemente hacia la salida lateral. Dos agentes abrieron paso. Las cámaras disparaban desde el otro lado de la cinta.

—Mara —llamó una mujer—, ¿Damián quería quitarle la custodia de su hija?

Giré la cabeza.

La periodista tenía el teléfono extendido y el rostro expectante. No parecía cruel. Solo hambrienta.

—No —respondí.

Melero intentó apartarme.

—¿Es cierto que discutieron antes de la muerte?

—No maté a mi marido.

El ruido se detuvo durante una fracción de segundo.

No era lo que me habían preguntado.

Otra vez.

Después llegaron todas las voces juntas.

—¿Por qué dice eso?

—¿La policía sospecha de usted?

—¿Fue golpeado antes de caer?

—¿Qué ocurrió en la escalera?

Melero me introdujo en un coche y cerró la puerta.

Las preguntas continuaron al otro lado del cristal.

No maté a mi marido.

La frase había sonado clara.

Convencida.

Más clara que cualquier cosa que hubiera dicho durante la noche.

Mientras nos alejábamos, mi abogado recibió una llamada. Miró la pantalla y rechazó la comunicación.

—¿Quién era?

—La empresa.

—¿Qué ocurre?

—Nada que debas resolver ahora.

—Jorge.

—Han detenido a Iván.

Me volví hacia él.

—¿Dónde estaba?

—En una nave de Llorca Proyectos.

—¿Qué hacía allí?

Melero guardó el teléfono.

—Quemando documentos.

Miré por la ventanilla.

La comisaría desaparecía detrás de nosotros, rodeada de cámaras. Por primera vez desde la caída, la policía tenía a un hombre que había amenazado a Damián, que había pasado cerca de nuestra casa y que destruía papeles pocas horas después de su muerte.

Debería haber sentido alivio.

En cambio, lo primero que pensé fue que Iván siempre había sido incapaz de hacer algo sin dejar suciedad detrás.

Capítulo 10 · Hora doce

Iván Corbacho había amenazado con que nadie recogería a mi marido cuando cayera y, sin embargo, lo detuvieron por quemar nóminas.

—No eran nóminas —dijo Melero.

Íbamos en su coche, detenidos frente a un semáforo que llevaba demasiado tiempo en rojo. Jorge sostenía el volante con una mano y el teléfono con la otra. Había realizado tres llamadas desde que salimos de comisaría y en todas había repetido las mismas frases: no entreguéis nada, no firméis nada, esperad a que llegue yo.

—Has dicho que quemaba documentos.

—Documentos internos.

—¿Qué clase de documentos internos?

—Todavía no lo sé.

—Entonces podrían ser nóminas.

—Podrían ser cualquier cosa.

—Las personas no queman cualquier cosa a las ocho de la mañana.

Melero dejó el teléfono sobre el asiento, pero volvió a cogerlo antes de que la pantalla se apagara.

—Iván tenía acceso a una de las naves de Valdemora.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—No. Desde que Damián le retiró las llaves, no debería haber podido entrar.

—Tendría una copia.

El semáforo cambió. Jorge no avanzó hasta que el conductor de atrás tocó el claxon.

—Todo el mundo parece tener copias de todo —dijo.

—¿Qué significa eso?

—Que la empresa era un desastre.

—La empresa facturaba millones.

—Una cosa no impide la otra.

—Damián decía que tenías controlados los contratos.

—Los contratos. No las llaves de una nave, los teléfonos que faltan ni las conversaciones privadas de tu marido.

—No era un teléfono privado.

Melero me miró un segundo.

—¿Cuál?

—La segunda línea.

—La policía dice que está a tu nombre.

—Era de la empresa.

—Eso ya lo sé.

—Entonces deja de llamarla segunda línea como si la utilizara para comprar veneno.

Jorge volvió la vista hacia la carretera.

—No hagas bromas así.

—No era una broma.

—Peor.

Habíamos dejado atrás la comisaría, pero no íbamos hacia casa de Nuria. Reconocí la avenida que conducía al centro.

—¿Adónde me llevas?

—A mi despacho.

—Quiero ver a Lía.

—Tu hermana la ha llevado a su casa. Hay periodistas frente a la urbanización y la vivienda sigue precintada.

—Entonces llévame con Nuria.

—Antes tenemos que hablar.

—Llevamos hablando desde que llegaste.

—No. Tú llevas respondiendo lo primero que se te ocurre y yo intento averiguar qué has dicho.

—He dicho la verdad.

—Has mencionado a Iván, Ariadna, irregularidades contables y una carpeta con tu nombre sin saber qué contiene.

—La policía ya la había encontrado.

—Eso no significa que tuvieras que confirmar que Damián podía estar preparándose para culparte.

—Era cierto.

—¿Lo sabías antes de anoche?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

Jorge condujo dos calles sin decir nada.

—¿Damián te habló de Valdemora? —preguntó.

—Dijo que Iván se había convertido en un problema.

—¿Algo más?

—Que iba a encargarse.

—¿Qué significa encargarse?

—Con Damián podía significar despedirlo, denunciarlo o invitarlo a comer hasta que aceptara cargar con todo.

—¿Cargar con qué?

—Eso deberías saberlo tú.

Melero apretó la mandíbula.

—Hubo un accidente.

—En las obras siempre hay accidentes.

—Este no constaba como accidente laboral.

Lo miré.

—¿Quién resultó herido?

—Un trabajador llamado Moussa Diallo.

El nombre no me resultaba completamente desconocido. Lo había visto escrito en alguna parte, quizá en una transferencia o en una lista de trabajadores que Damián dejó sobre la mesa.

—¿Está muerto?

—No. Perdió parte de la movilidad de una mano.

—¿Qué ocurrió?

—Cayó una placa de hormigón.

—¿Y qué tiene que ver Iván?

—Era el encargado.

—Damián era el responsable de la obra.

—Administrativamente, sí.

—Administrativamente y de verdad.

—Eso no siempre coincide ante un juez.

Pensé en la carpeta cerrada con mi nombre.

—Damián iba a culpar a Iván.

—Iba a demostrar que Iván había contratado trabajadores por su cuenta y omitido medidas de seguridad.

—¿Era verdad?

—En parte.

—¿Qué parte?

—La que podía documentarse.

—No te he preguntado eso.

Melero frenó frente a su edificio. Apagó el motor, pero no abrió la puerta.

—Damián utilizaba personas como Iván porque podía negar que trabajaban para él cuando algo salía mal. Iván lo sabía. Lo aceptó durante años porque ganaba mucho dinero y porque él también contrataba gente sin papeles.

—Entonces los dos eran culpables.

—Culpable no es una categoría única.

—Qué suerte ser abogado.

—Mara, necesito que entiendas por qué estaba quemando documentos. No necesariamente porque matara a Damián. Puede estar destruyendo pruebas de delitos laborales.

—Eso no lo vuelve inocente.

—Tampoco asesino.

—Pasó cerca de nuestra casa.

—Cerca no es dentro.

—Tenía una copia de las llaves.

—Eso lo has supuesto tú.

—Conocía la alarma.

—Eso también.

—Amenazó a Damián con una caída.

Melero se volvió hacia mí.

—Y tú acabas de salir de una comisaría después de contar a una periodista que no mataste a tu marido cuando nadie te había hecho esa pregunta.

Aparté la mirada.

Había gente entrando en una cafetería. Un hombre sostenía la puerta para que pasara una mujer con un carrito. Dos camareros

colocaban mesas en la acera. La mañana había comenzado sin Damián y, salvo para quienes se detenían frente a las pantallas de los móviles, no parecía diferente de ninguna otra.

—Me estaban acusando —dije.

—Te preguntaron si habíais discutido.

—Era lo que querían decir.

—No importa lo que querían decir. Importa lo que respondiste.

—¿Qué debería haber dicho?

—Nada.

—Parece que esa es tu única estrategia.

—A menudo funciona mejor que intentar resolver el caso delante de las cámaras.

Abrió la puerta.

—Sube. Después te llevo con Lía.

—Ahora.

—Necesito explicarte qué va a ocurrir cuando interroguen a Iván.

—No tengo nada que ver con él.

—Eso espero.

El despacho de Melero ocupaba la segunda planta de un edificio antiguo, encima de una gestoría y una clínica dental. Había estado allí dos veces. La primera para firmar la compra de un terreno. La segunda, cuando Damián necesitó que yo autorizara una ampliación de capital.

Las dos veces había salido sin comprender del todo qué había firmado.

La recepcionista no estaba. Melero encendió las luces y me condujo a una sala de reuniones con una mesa demasiado grande para cuatro sillas.

—¿Café?

—No.

—Deberías comer algo.

—Quiero ver a mi hija.

—Ya te he oído.

Jorge abrió su portátil.

—La policía ha intervenido los servidores de la empresa.

—¿Pueden hacerlo?

—Pueden copiar la información relacionada con los hechos que investigan.

—¿Y quién decide qué está relacionado?

—Ellos primero. Un juez después, si tenemos suerte.

—¿Qué van a encontrar?

—Eso te estoy preguntando.

—No trabajaba allí.

Melero se reclinó.

—Mara.

—Ayudaba con algunas cosas.

—Tu usuario autorizó pagos durante cinco años.

—Porque Damián utilizaba mi contraseña.

—¿Tenía acceso?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque me la pidió.

—¿Cuál era?

—No importa.

—¿Podía adivinarla?

—Era el cumpleaños de Lía.

Melero cerró los ojos.

—Maravilloso.

—Él ya lo sabía.

—Todo el mundo que conoce a vuestra hija lo sabe.

—No todo el mundo tenía mi usuario.

—¿Iván?

—No.

—¿Ariadna?

—No.

—¿Sonia?

—¿La mujer que limpia?

—Tiene acceso a la casa.

—No a los ordenadores.

—¿Estaban protegidos?

—Sí.

—Con el cumpleaños de Lía.

—El mío era distinto.

—¿Cuál?

No contesté.

Damián.

El nombre de Damián y el año en que nos conocimos.

Lo había elegido cuando todavía me parecía romántico utilizarlo para entrar en los lugares privados.

—No importa —dijo Jorge—. Cámbialo si sigues teniendo acceso a algo desde el teléfono.

—La policía tiene mi teléfono.

—El principal.

—No tengo otro.

Melero levantó la vista del ordenador.

—La línea de la empresa.

—No sé dónde está.

—¿Cuándo la utilizaste por última vez?

—Hace semanas.

—El operador registra actividad anoche.

—Entonces la usó Damián.

—¿Desde qué dispositivo?

—El de la oficina.

—Ese teléfono no ha aparecido.

—Estará en casa.

—La policía ha buscado.

—No en todas partes.

—¿Dónde podría estar?

Pensé en el despacho, en los cajones, en los archivadores, en la pequeña caja metálica donde Damián guardaba las tarjetas antiguas y las llaves que ya no recordaba qué abrían.

—No lo sé.

—¿Tenía código?

—Sí.

—¿Cuál?

—No lo recuerdo.

Melero cerró el portátil.

—La línea llamó a Iván ayer.

—¿Cómo lo sabes?
—Porque me lo acaba de confirmar la asesoría de la empresa.
—¿A qué hora?
—Diez y catorce de la noche.
Damián todavía no había llegado.
Yo estaba en la cocina.
Lía veía la película.
—Sería él —dije.
—Damián estaba en el restaurante.
—Podía llevarse el teléfono.
—¿Lo hacía?
—No sé.
—¿Qué duración tuvo la llamada?
—Cuarenta y tres segundos.
—Pudo decirle cualquier cosa.
—También hubo dos mensajes.
Sentí un movimiento bajo las costillas.
—¿Qué mensajes?
—La asesoría no tiene contenido. Solo los registros.
—Entonces no sabemos quién los envió.
—No.
—Pues ya está.
—Uno se envió a las once y diecisiete.
—Damián ya estaba en casa.
—Sí.
—Entonces lo envió él.
—¿Dónde estabas tú?
—En la cocina.
—Con Damián.
—Sí.
—¿Viste el teléfono?
—No.
—¿Discutisteis antes o después de las once y diecisiete?
—No miré el reloj.
—Inténtalo.
—Llegó cerca de las once. Se quitó la chaqueta. Hablamos.

—Discutisteis.
—Sí.
—¿Tenía algún teléfono en la mano?
—El suyo.
—¿Cuál?
—El personal.
—¿Estás segura?
—Sí.
—¿Cómo distingues los dos?
—El de la empresa tenía una funda azul.
—¿Y el personal?
—Negra.
—Entonces te fijaste.
—Damián siempre llevaba el teléfono en la mano.
—¿Viste la funda negra?
La pregunta me obligó a regresar a la cocina.
Su chaqueta.
La corbata floja.
El vaso.
Un rectángulo oscuro sobre la encimera.
—Creo que sí.
—No podemos trabajar con crees.
—No soy una cámara.
—La policía tampoco necesita que lo seas. Solo necesita que te contradigas.
El móvil de Melero vibró sobre la mesa.
Leyó el mensaje y se puso de pie.
—Tenemos que volver a comisaría.
—No.
—Iván ha pedido hablar.
—Que hable.
—Ha dado tu nombre.
No sentí sorpresa.
O quizá estaba demasiado cansada para sentirla.
—Todo el mundo da mi nombre.
—Dice que tú lo llamaste anoche.

—Miente.

—La línea está a tu nombre.

—La utilizaba Damián.

—Eso tendrás que explicarlo.

—Ya lo he explicado.

—A mí.

—¿Quién te ha escrito?

—Leire.

—¿Desde cuándo te informa?

—Desde que le dije que no volverías a responder sin mí.

—Entonces no voy.

—Si no vas, te citarán formalmente.

—Que lo hagan.

Melero guardó el portátil.

—Mara, Iván pasó cerca de tu casa, tenía motivos, amenazó a Damián y después quemó documentos. Es el primer sospechoso serio que tiene la policía. Si dice que tú lo llamaste, debemos saber por qué antes de que convierta eso en una historia.

—No hay ninguna historia.

—Perfecto. Vamos a escucharla.

—Quiero ver a Lía.

—Después.

Golpeé la mesa con la palma.

El corte volvió a abrirse.

Una pequeña gota de sangre apareció en el centro de la mano.

Melero la miró.

—No vuelvas a hacer eso.

—No me digas qué hacer.

—Tu marido tiene una herida producida por un objeto pesado y tú llevas los nudillos inflamados. Procura no presentarte en comisaría sangrando otra vez.

Me limpié con un pañuelo.

—No lo golpeé.

—No he dicho que lo hicieras.

—Todos lo decís aunque no lo digáis.

—Entonces deja de responder a las frases que nadie pronuncia.

El trayecto de vuelta fue más corto porque Melero condujo demasiado deprisa. Esta vez entramos por el aparcamiento subterráneo para evitar a los periodistas. Un agente nos esperaba junto al ascensor.

—La inspectora está en la segunda planta.

—¿Mi cliente vuelve a declarar como testigo? —preguntó Jorge.

—No lo sé.

—Pues averígüelo.

El agente pulsó el botón.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor escuchamos gritos.

No distinguí las palabras al principio. Una voz masculina, áspera, furiosa, acompañada por pasos y el roce de unas esposas.

Iván apareció al final del pasillo entre dos agentes.

Llevaba el pantalón manchado de hollín, una camiseta térmica y la barba cubierta por pequeñas partículas negras. Tenía un corte sobre la ceja y una mano vendada. No parecía un hombre que hubiera pasado la noche en casa.

Parecía alguien al que habían sacado de un incendio.

Al verme se detuvo.

Los agentes tiraron de sus brazos.

—Sigue andando.

Iván no se movió.

—Mara.

No respondí.

Hacía un mes que no lo veía. Había adelgazado. Tenía los ojos hundidos y la piel gris. No se parecía al hombre que dejaba a Lía tocar el claxon de la furgoneta.

—¿Qué les has contado? —preguntó.

—No hable con ella —ordenó un agente.

Iván volvió a tirar.

—¿Qué coño les has contado?

Melero se colocó delante de mí.

—Mi cliente no va a responder.

Iván soltó una carcajada sin humor.

—Tu cliente.

—Continúen —dijo Jorge a los agentes.

—Pregúntale por qué me llamó.

—Yo no te llamé —respondí.

Melero cerró los ojos.

Iván me señaló con la mano vendada.

—Tú dijiste que Damián quería hablar.

—Es mentira.

—Me dijiste que fuera a la casa.

—No.

—Y después me mandaste que no entrara.

Los agentes volvieron a empujarlo.

—Ya está.

—¡Pregúntale por el teléfono azul! —gritó Iván—. ¡Pregúntale dónde lo escondió!

La puerta del ascensor se abrió detrás de él. Lo introdujeron dentro. Iván siguió mirándome mientras las hojas metálicas comenzaban a cerrarse.

—Tú sabías que yo estaba allí —dijo.

La última palabra quedó cortada por las puertas.

El pasillo recuperó el silencio.

Melero se volvió hacia mí.

—No digas nada.

Al fondo, Leire salió de una sala con una bolsa transparente en la mano.

Dentro había un teléfono pequeño con una funda azul. Una esquina estaba quemada y la pantalla, completamente negra.

—Lo encontraron en la nave —dijo.

Miré la bolsa.

—Entonces lo tenía Iván.

—Eso afirma usted.

—Estaba donde lo detuvieron.

—Dentro de un bidón en el que quemaba los documentos.

Leire levantó la bolsa a la altura de mis ojos.

—Pero Iván dice que lo recibió anoche de manos de Damián.

—Miente.

—También dice que la voz que lo llamó desde este teléfono era la suya.

—Miente.

—Y que usted le pidió que acudiera a su casa a las once y media.

—No.

—¿Está segura?

—Completamente.

La inspectora observó mi cara con la misma paciencia de toda la noche.

—Bien —dijo—. Porque hemos recuperado parte de la grabación de la llamada.

Melero se interpuso.

—Mi cliente no escuchará nada sin que se aclare su situación.

Leire no apartó la mirada de mí.

—No hace falta que la escuche.

Bajó la bolsa.

—Iván ya ha identificado la voz.

Capítulo 11 · Hora catorce

La voz recuperada del teléfono azul se parecía a la mía.

Eso fue lo peor.

No era clara. Había ruido de fondo, interferencias y una especie de zumbido constante que cortaba algunas palabras. Pero se parecía lo suficiente como para que Iván la reconociera, Leire me observara mientras la escuchábamos y yo sintiera que una parte de mí había entrado en la sala antes que el resto.

—Damián quiere que vengas —decía la grabación.

Después se perdían unos segundos.

—No, a la oficina no.

Otro corte.

—A casa. Sobre las once y media.

Melero levantó una mano.

—Detenga la reproducción.

Leire dejó que avanzara un segundo más.

—No llames al otro teléfono —continuó la voz—. Utiliza este número.

La inspectora pausó el audio.

Estábamos de nuevo en la sala de declaraciones. La cámara permanecía apagada, al menos según la luz roja de la esquina. Vega se encontraba junto a la pared con los brazos cruzados. Melero había obligado a que constara que yo seguía allí voluntariamente y que no respondería preguntas formales.

La grabación no era una pregunta.

—¿De dónde procede? —dijo Jorge.

—Del dispositivo encontrado en la nave.

—Ha estado parcialmente quemado.

—Sí.

—¿Han verificado la integridad del archivo?

—Está en proceso.

—Entonces no sabemos si fue alterado.

—No hay indicios de manipulación.

—Todavía.

Leire me miró al pronunciar la palabra.

Por primera vez, parecía disfrutarla.

—No soy yo —dije.

Melero se volvió.

—No respondas.

—Se parece, pero no soy yo.

—Mara.

—No he llamado a Iván.

Leire reanudó la grabación.

La voz masculina se escuchaba más lejos.

—¿Qué coño quiere ahora?

Iván.

No había duda.

—Hablar de Valdemora —respondía la mujer.

—Que me llame él.

—No puede.

—Pues que se joda.

—Iván, ven a la casa.

—¿Está solo?

La grabación se interrumpía durante cinco segundos. Al regresar, la voz de la mujer hablaba más bajo.

—Yo estaré.

Leire detuvo el audio.

—Es suficiente —dijo Melero.

—Quedan diecinueve segundos.

—Mi cliente ha manifestado que no reconoce la llamada. No seguirá escuchando una prueba cuya autenticidad no se ha acreditado.

—No he dicho que no la reconozca —respondí.

El abogado cerró los ojos.

—Mara, no hables.

—Reconozco a Iván.

—Eso ya lo sabemos.

Leire dejó el teléfono sobre la mesa.

—¿Y la voz de la mujer?
—Se parece a la mía.
—Mucho.
—Pero no recuerdo esa conversación.
—No le he preguntado si la recuerda.
—Entonces no pregunte cosas que ya ha decidido.
—¿Utilizaba alguna otra persona el teléfono azul?
—Damián.
—¿Alguien más?
—La gente de la oficina.
—Dé nombres.
Melero golpeó la mesa con un dedo.
—No responderá.
—No es una declaración.
—Es una pregunta en una dependencia policial relativa a una investigación por homicidio. Puede llamarlo como quiera.
La palabra volvió a aparecer.
Homicidio.
Ya nadie fingía que podía tratarse únicamente de una caída.
—Podía utilizarlo Silvia —dije.
Jorge se recostó, derrotado.
Leire abrió la libreta.
—¿Quién es Silvia?
—La administrativa.
—¿Apellido?
—Méndez.
—¿Trabajaba ayer?
—Hasta las seis.
—La llamada se produjo a las diez y catorce.
—Podía llevarse el teléfono.
—¿Lo hacía?
—A veces.
No sabía si era verdad.
Silvia se llevaba carpetas, facturas y alguna vez el portátil cuando había cierres contables. Nunca la había visto guardar el teléfono azul en el bolso, pero tampoco me había fijado.

—¿Por qué llamaría a Iván imitando su voz? —preguntó Leire.

—No la imitaba. Puede que ustedes crean que soy yo porque él lo ha dicho.

—He escuchado varias horas de su voz desde anoche.

—Entonces sabrá que no sueno así.

La inspectora pulsó de nuevo el archivo.

—Yo estaré.

Esta vez la frase me pareció más mía.

No porque recordara haberla dicho.

Porque reconocí la forma en que la voz bajaba al pronunciar estaré. La misma manera en que yo intentaba que una promesa pareciera más segura de lo que era.

Melero se inclinó hacia mí.

—¿Damián te pidió que llamaras a Iván?

—No.

—Piénsalo antes de responder.

—No.

—¿Utilizaste el teléfono de la empresa anoche?

—No.

—¿Durante el día?

—No recuerdo.

—Mara.

—He dicho que no recuerdo.

Leire observaba el intercambio.

—¿Habló con Iván esta semana?

—No.

—¿El mes pasado?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Cuando vino a revisar la barandilla.

—Hace un mes.

—Sí.

—Según el registro telefónico, hubo cuatro llamadas entre una línea a su nombre y la de Iván durante los últimos nueve días.

Miré la bolsa que contenía el teléfono quemado.

—Las haría Damián.

—Una se produjo el martes a las once y ocho de la mañana.

—¿Y?

—Damián estaba reunido en el ayuntamiento. Hay seis personas que lo sitúan allí.

—Podía salir a llamar.

—Su teléfono personal registró actividad durante la reunión.

—Tenía dos manos.

Vega apartó la mirada, quizá para ocultar una sonrisa.

Leire no.

—La segunda llamada fue el miércoles a las dieciséis treinta y dos.

—No sé dónde estaba Damián.

—En una obra a cuarenta kilómetros. El teléfono azul se conectó a una antena situada junto a su vivienda.

—Podía haberlo dejado en casa.

—Y alguien lo utilizó.

—Sí.

—¿Quién estaba allí?

Pensé en Sonia.

En Lía.

En mí.

—No lo sé.

—Su hija estaba en el colegio. Sonia terminó de limpiar a las tres. Usted no salió de la urbanización hasta las cinco y diez.

—¿Cómo lo sabe?

—Las cámaras de acceso.

—Entonces estaba en casa.

—Sí.

—Eso no significa que llamara.

—No.

—Podía hacerlo cualquiera.

—¿Quién?

—Alguien que entrara.

—No tenemos registro de visitas.

—Las cámaras no cubren el sendero trasero.

—¿Quién conoce ese acceso?

—Todo el mundo que vive allí.

—¿Iván?

—Sí.

—¿Pudo entrar para llamar a su propio teléfono?

La pregunta era absurda.

No encontré una respuesta que no lo fuera.

Melero intervino:

—Las conexiones telefónicas no acreditan quién utilizó un dispositivo.

—No —admitió Leire—. Pero ayudan.

—¿Qué quiere de ella?

—Saber por qué llevaba nueve días hablando con Iván.

—No hablaba con él.

La inspectora volvió a mirarme.

—¿Y si la grabación es suya?

—No lo es.

—¿Y si el análisis de voz indica que sí?

—Estará equivocado.

—¿Y si encontramos sus huellas en el teléfono?

—Era de la empresa. Lo he tocado cientos de veces.

—¿ADN?

—Lo mismo.

—¿Mensajes eliminados?

—No los envié yo.

—¿Aunque estén firmados con su nombre?

No respondí.

Leire apoyó las manos sobre la mesa.

—Iván dice que usted lo llamó porque Damián quería ofrecerle un acuerdo sobre Valdemora.

—No sabía nada de ningún acuerdo.

—Dice que le pidió acudir a las once y media, pero que al llegar recibió un mensaje indicándole que no entrara.

—¿A qué hora llegó?

—Veintitrés cuarenta y tres.

—La caída fue después.

—Sí.

—Entonces él estaba cerca.

—Eso demuestra que pudo hacerlo.

La inspectora no reaccionó.

—¿Dónde esperó? —pregunté.

—En el camino de servicio detrás de la urbanización.

—Desde allí se llega a nuestra casa sin pasar por las cámaras.

—Sí.

—Entonces pudo entrar.

—Él afirma que no lo hizo.

—Y usted le cree.

—No he dicho eso.

—Lo ha detenido quemando documentos y aun así continúa mirándome a mí.

—Porque los documentos que quemaba no guardan relación directa con la muerte.

—¿Cómo lo sabe?

—Hemos recuperado algunos.

—¿Qué eran?

—Listas de trabajadores, pagos en efectivo y partes internos de Valdemora.

—Estaba destruyendo pruebas.

—De delitos laborales.

—Por los que Damián iba a culparlo.

—Probablemente.

—Entonces tenía motivo.

—Sí.

—Estaba cerca.

—Sí.

—Conocía el acceso trasero.

—Sí.

—Amenazó a Damián.

—Sí.

—Y lo último que recibió fue un mensaje que le decía que no entrara.

—Correcto.

—¿Por qué obedeció?

Leire se tomó unos segundos.

—Porque vio un coche estacionado junto a su casa.

—¿Qué coche?

—No lo sabe.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Oscuro. Grande. Dice que podía ser un todoterreno.

—Hay veinte en la urbanización.

—Sí.

—¿Vio a alguien?

—No.

—¿Escuchó la caída?

—Afirma que no.

—Miente.

—Es posible.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Hasta las doce y siete.

—Entonces seguía cerca cuando llegó la ambulancia.

—Sí.

—¿La vio?

—Vio las luces y se marchó.

—Eso lo hace parecer culpable.

—También asustado.

—Quemó documentos por la mañana.

—Sí.

—¿Y todavía cree que los papeles no tienen relación con la muerte?

—Sé que usted quiere que la tengan.

La frase me hizo callar.

—¿Qué significa eso?

—Que mencionó a Iván antes de que nadie le hablara de la amenaza concreta, del vehículo o de la nave. Sabía exactamente dónde debíamos mirar.

—Porque conocía los problemas de Damián.

—Pero ocultó que existían llamadas entre ambos.

—No sabía que existían.

—Y cuando encontró una explicación alternativa, la aceptó muy deprisa.

—Mi marido está muerto. Claro que quiero saber quién pudo hacerlo.

—Ayer no creía que nadie lo hubiera hecho.

—Ustedes me han dicho que lo golpearon.

—La autopsia ha dicho que recibió un impacto.

—Con el premio.

—Posiblemente.

—Y alguien llamó a Iván para atraerlo a casa.

Leire asintió.

—Eso parece.

—Entonces quizá Damián quería hablar con él y acabaron peleando.

—Iván asegura que nunca entró.

—Iván también asegura que yo lo llamé.

—Exacto.

Melero cerró la carpeta con fuerza.

—Esto ha terminado. Si la policía quiere formular una acusación, que lo haga. En caso contrario, mi clienta se marcha.

Leire miró a Vega.

La subinspectora salió de la sala sin decir nada.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada.

—Ha ido a buscar a alguien.

—Probablemente.

—¿A la fiscal?

—Puede ser.

Melero se puso de pie.

—No esperaremos.

La puerta se abrió antes de que llegara a tocarla.

Vega regresó con una carpeta azul.

No era grande. Tenía las esquinas gastadas y una etiqueta blanca en el lomo. Mi nombre aparecía escrito con la letra de Damián.

MARA SANZ.

Había visto aquella letra en miles de notas.

Comprar leche.

Llamar a Melero.

Revisar presupuesto.

Firmar.

Siempre escribía mi nombre en mayúsculas.

Vega dejó la carpeta sobre la mesa.

—Esto fue intervenido en el despacho de la vivienda —dijo.

Melero no volvió a sentarse.

—¿En virtud de qué autorización?

—Registro judicial concedido a las seis y veintisiete.

—Quiero copia inmediata.

—La tendrá.

Leire abrió la carpeta.

Dentro había separadores, sobres transparentes y documentos marcados con notas adhesivas. Algunas amarillas. Otras rojas.

—¿Reconoce esto? —preguntó.

Melero respondió:

—Mi clienta no declarará.

La inspectora sacó una transferencia.

Mi firma aparecía al pie.

—No la reconozco.

—Acaba de mirarla medio segundo.

—Firmaba muchas cosas.

—Treinta y dos mil euros a Construcciones Montalbán.

—No conozco esa empresa.

—No existe.

—Entonces Damián la inventó.

—La transferencia fue autorizada desde su usuario.

—Él tenía la contraseña.

—¿También firmó por usted?

—Puede haberlo hecho.

Leire colocó otro documento.

Una factura por setenta y ocho mil euros.

Mi firma.

Un sello de Llorca Proyectos.

Una anotación manuscrita en el margen.

Mara confirma.

—No escribí eso.

—La letra parece de Damián.

—Entonces pregúntele a él.

La frase salió antes de recordar que ya no podían.

Nadie dijo nada.

Leire añadió otra hoja.

Un contrato de servicios con una sociedad llamada Solmer Gestión.

Mi firma aparecía en todas las páginas.

—Solmer recibió más de cuatrocientos mil euros durante dos años —dijo.

—No sé qué es.

—Una sociedad administrada por la hermana de Iván Corbacho.

Miré el documento.

—Entonces pregúntele a Iván.

—Él dice que no conocía las transferencias.

—Miente.

—Quizá.

—Otra vez.

Leire pasó varias hojas.

—La cuenta receptora enviaba después parte del dinero a otra sociedad.

—¿Cuál?

—Mareta Consultores.

—No me suena.

—Está administrada por una persona llamada Nuria Sanz.

Sentí que el nombre tardaba en llegar a mí.

—Mi hermana no tiene ninguna sociedad.

—Figura como administradora desde hace cuatro años.

—Es imposible.

—La dirección fiscal corresponde a un piso que heredaron de sus padres.

—Está alquilado.

—Sí.

—Nuria no sabe nada.
—¿Está segura?
—Completamente.
Melero se sentó al fin.
—Quiero ver los estatutos.
Vega sacó varias copias.
Jorge comenzó a leer.
Yo miraba la firma de Nuria.
Se parecía.
No era exactamente la suya, pero se parecía.
Como la voz de la grabación.
—Damián utilizó nuestros nombres —dije.
Nadie respondió.
—Nos hacía firmar papeles y creó sociedades.
—¿Sin que ustedes lo supieran? —preguntó Leire.
—Sí.
—¿Durante cuatro años?
—Sí.
—¿Nunca recibió correspondencia?
—Damián controlaba el correo de la empresa.
—La sociedad está a nombre de su hermana.
—Él podía hacerlo.
—¿Con qué documentos?
—Tenía copias de todo.
Melero levantó la vista.
—Mara, ¿Nuria firmó algo para Damián?
—No lo sé.
—Piénsalo.
—Quizá cuando compramos la casa. O cuando murió mamá. Firmamos muchas cosas.
—¿Le prestó el documento de identidad?
—Podía tener una copia.
El abogado cerró los estatutos.
—Esto no demuestra que las sociedades fueran operativas ni que ellas conocieran las operaciones.
—No —dijo Leire—. Pero Damián reunió las pruebas.

Extrajo un sobre.

Dentro había impresiones de correos electrónicos. Mi dirección aparecía como remitente.

Autoriza el pago.

Pásalo por Mareta.

Iván no puede figurar.

Destruye el original.

Leí cada frase.

—Yo no escribí eso.

—Proceden de su cuenta.

—Damián tenía acceso.

—¿A su correo personal?

—A todo.

—¿Por qué?

—Porque era mi marido.

—Eso no es una explicación técnica.

—Usábamos los mismos dispositivos.

—¿La misma contraseña?

—A veces.

—¿También era el cumpleaños de Lía?

No contesté.

Leire deslizó el último correo.

La fecha era de hacía tres días.

Destinatario: Jorge Melero.

Asunto: Responsabilidad Mara.

El mensaje era de Damián.

Adjunto relación de operaciones firmadas por M. Sanz. Necesito preparar estrategia para desvincular la administración antes del lunes. La situación de Valdemora puede precipitarse. Si Mara intenta utilizar a Lía o la vivienda como presión, tendremos documentación suficiente para solicitar medidas cautelares.

Leí el texto dos veces.

Después miré al abogado.

—Lo sabías.

Melero no contestó.

—Te lo envió a ti.

—No puedo hablar de comunicaciones con mi cliente.
—Está delante de nosotros.
—No importa.
—Ibas a ayudarlo a quitarme a Lía.
—No he dicho eso.
—Medidas cautelares.
—Es una expresión jurídica amplia.
—¿Qué significa?
—Puede significar muchas cosas.
—¿Qué te pidió Damián?
—No puedo responder.
Me levanté.
La silla cayó hacia atrás.
Vega dio un paso, pero Leire levantó la mano.
—¿Qué te pidió? —repetí.
Melero permaneció sentado.
—Que revisara la documentación.
—¿Para denunciarme?
—Para proteger la empresa.
—¿De mí?
—De las consecuencias de determinadas operaciones.
—Que él había hecho.
—Eso habría que demostrarlo.
—Y pensabas utilizar mis firmas.
—Mara.
—¿Cuándo ibais a presentar esto?
El abogado cerró el sobre.
—No lo sé.
—Mientes.
—No puedo continuar representándote.
La frase consiguió detenerme.
—¿Qué?
—Existe un conflicto de intereses.
—Ha existido desde que llegaste.
—Ahora es formalmente evidente.
—Eras el abogado de mi marido.

—Y de la empresa.

—Y has escuchado todo lo que he dicho.

—No revelaré nada protegido por secreto profesional.

Leire observaba en silencio.

—¿Vas a dejarme sola ahora?

—Te asignarán un abogado o puedes designar otro.

—Tú sabes qué preparaba Damián.

—Precisamente por eso no puedo seguir.

—Nuria te llamó para que me ayudaras.

—No conocía el contenido exacto de la investigación.

—Conocías la carpeta.

—Conocía parte de la documentación.

—Sabías que quería culparme.

—Sabía que existían operaciones con tu firma.

—No es lo mismo.

—Ante un tribunal puede serlo.

Lo miré durante varios segundos.

Jorge no apartó la vista.

No parecía satisfecho.

Tampoco avergonzado.

Parecía preocupado por haber quedado atrapado en una habitación donde cada persona conocía una parte distinta de la verdad.

—Vete —dije.

—Mara.

—Vete.

Recogió el maletín.

Antes de salir, se detuvo junto a Leire.

—Mi antigua clienta no realizará nuevas manifestaciones hasta que disponga de asistencia letrada independiente.

—Tomamos nota.

—Y solicito que se deje constancia de que ha comparecido voluntariamente.

—Así será.

Melero abrió la puerta.

—Jorge.

Se volvió.
—¿Damián cenó contigo anoche?
Tardó demasiado.
—No.
—¿Lo viste?
—No puedo responder a eso.
—Acabas de hacerlo.
Salió.
La puerta se cerró.
Me quedé de pie junto a la silla caída.
Vega la levantó y la colocó otra vez en su sitio.
—¿Puedo llamar a Nuria? —pregunté.
—Dentro de unos minutos —respondió Leire.
—Tengo que contarle lo de la sociedad.
—Ella ya lo sabe.
—¿Qué?
—La estamos interrogando.
El miedo llegó por fin de una forma limpia.
—¿Dónde?
—En casa.
—Dijo que estaba con Lía.
—Una agente especializada permanece con la niña.
—No pueden separar a mi hija de todos nosotros.
—No está sola.
—Quiero hablar con ella.
—Ahora no.
—No tiene nada que ver.
—Su nombre aparece en los documentos.
—El de Nuria.
—Y el suyo.
—Lía tiene siete años.
—Me refiero a usted.
Leire volvió a sentarse.
—Damián estaba preparando una denuncia o, al menos, una estrategia para responsabilizarla de las operaciones ilegales de su

empresa. También contemplaba utilizar esa documentación en un procedimiento de separación y custodia.

—Él lo había hecho todo.

—Puede ser.

—Me obligaba a firmar.

—¿Cómo?

—Dejaba los papeles sobre la mesa.

—Eso no es obligarla.

—No entiende cómo era.

—Explíquemelo.

—No.

—Mara.

—Quiero un abogado.

—Lo tendrá.

—Entonces deje de preguntarme.

Leire cerró la carpeta azul.

—No necesito hacer más preguntas por ahora.

—¿Puedo irme?

La inspectora miró a Vega.

La subinspectora salió de nuevo.

Esta vez comprendí adónde iba.

—No —dijo Leire.

—¿Estoy detenida?

—La fiscal ha solicitado su detención provisional mientras se practican diligencias urgentes.

La sala se inclinó.

Me agarré al borde de la mesa.

—¿Por qué?

—Por riesgo de destrucción de pruebas y contradicciones relevantes en su declaración.

—No he destruido nada.

—El teléfono azul apareció en un bidón con documentos quemados.

—Lo tenía Iván.

—Después de una llamada realizada desde su casa.

—No fui yo.

—Eso tendrá que determinarse.

—Tengo una hija.

—Lo sé.

—No puede detenerme y dejarla sola.

—Está con su tía.

—También la están interrogando.

—Cuando terminen podrá hacerse cargo de ella.

—¿Y si detienen a Nuria?

—No hay motivo en este momento.

—Su nombre está en los papeles.

—No investigamos únicamente los papeles.

La puerta se abrió.

Vega entró acompañada por una agente uniformada.

Llevaba en las manos una pequeña bolsa de plástico y un documento.

—Mara Sanz —dijo—, queda detenida provisionalmente por su posible relación con la muerte de Damián Llorca.

No escuché el resto.

Derecho a guardar silencio.

Derecho a abogado.

Derecho a comunicar la detención.

Las palabras se parecían a las que me habían leído horas antes, pero esta vez ya no había ninguna parte voluntaria.

La agente se acercó.

—Deme sus objetos personales.

—No tengo nada.

—Pendientes, anillos, cordones.

Miré mi mano.

Llevaba la alianza.

Sangre seca se había quedado atrapada junto al borde interior, una línea oscura que nadie había limpiado.

—Quítesela —dijo la agente.

Tiré.

El dedo estaba hinchado.

La alianza no salía.

—Puede utilizar jabón.

—No.

—Mara —dijo Leire.

—No voy a quitármela.

—Debe hacerlo.

—Es lo único que me queda de mi marido.

La inspectora miró el anillo.

Durante unas horas, todos habían creído que yo protegía a Damián porque todavía lo amaba.

Quizá también Leire.

—Puede guardarse como efecto personal —dijo—. Se la devolverán cuando salga.

—¿Cuándo será eso?

No contestó.

La agente me acompañó al baño. Me puso jabón en el dedo y giró la alianza poco a poco hasta que atravesó el nudillo. Dolió más de lo que debería.

Cuando cayó en la bolsa, quedó manchada de espuma y sangre.

Firmé el inventario.

Otra firma.

Mara Sanz.

La misma que aparecía en las facturas, las transferencias, las sociedades y los documentos con los que Damián pensaba quitarme la casa, el dinero y quizá a Lía.

La agente cerró la bolsa.

—¿A quién desea comunicar su detención?

—A mi hermana.

—Está hablando con la policía.

—Entonces a mi hija.

—No puede comunicárselo directamente a una menor.

—Quiero que sepa dónde estoy.

—Su hermana se lo explicará.

—No quiero que se lo explique ella.

—Tiene que darme el nombre de un adulto.

Miré la carpeta azul.

Damián había preparado cada hoja para que mi firma demostrara que yo era culpable.

Ahora estaba muerto y seguía consiguiéndolo.

—Nuria Sanz —dije.

La agente anotó el nombre.

Leire permanecía junto a la puerta.

—Yo no maté a mi marido —dije.

No se lo dije a la policía.

Se lo dije a la cámara apagada, a la carpeta, a la alianza dentro de la bolsa y a la parte de mí que empezaba a comprender cuánto debía parecerse una inocente a la mujer que todos esperaban ver.

Leire recogió los documentos.

—Eso ya lo ha dicho muchas veces.

—Porque es verdad.

—Entonces vuelva a decirlo cuando tenga un abogado.

La agente me condujo al pasillo.

Al fondo había una puerta metálica.

Antes de cruzarla, miré hacia atrás.

La inspectora seguía en la sala, con una mano apoyada sobre la carpeta que llevaba mi nombre.

—Leire.

Levantó la vista.

—Damián no estaba preparando su separación.

—¿No?

—Estaba preparando mi condena.

La inspectora me observó durante unos segundos.

—Eso también es un motivo.

La puerta metálica se cerró entre las dos.

Capítulo 12 · Hora dieciséis

Ariadna Vives llevaba siete meses acostándose con mi marido.

Yo lo sabía desde hacía cinco.

No se lo había contado a la policía porque no quería que la última versión de mi matrimonio fuera esa: la esposa engañada, el marido que anuncia que va a abandonarla y, media hora después, un cuerpo al pie de la escalera. Era una historia demasiado sencilla. Una historia que podía repetirse delante de una cámara sin necesidad de explicar las facturas, la custodia de Lía ni la carpeta azul.

Una historia en la que solo faltaba colocarme un objeto pesado en la mano.

—Tendría que haberlo dicho —aseguró Celia Navas.

Era la tercera abogada que entraba en mi vida aquella mañana y la primera que parecía entender que yo no necesitaba compasión. Tendría unos cuarenta años, el pelo muy corto y unas ojeras que no intentaba ocultar. No llevaba maletín. Había llegado con una carpeta de cartón, un bolígrafo mordido y un vaso de café que terminó antes de sentarse.

Nos habían dejado en una sala reservada junto a los calabozos. La mesa estaba atornillada al suelo y la puerta tenía una franja de cristal. Cada vez que alguien pasaba al otro lado, la luz cambiaba sobre la pared.

—¿Quién la ha llamado? —pregunté.

—Su hermana.

—¿Cómo consiguió su número?

—Se lo dio Melero antes de dejar de representarla.

—Qué detalle.

Celia ignoró el comentario.

—Necesito que comprenda una cosa. A partir de ahora no puede decidir qué verdades resultan humillantes y cuáles son útiles. Si sabía que Damián tenía una relación con Ariadna Vives, debía decirlo.

—La habría convertido en sospechosa.

—Exactamente.

—Y habrían pensado que yo tenía celos.

—También.

—Entonces no mejoraba mi situación.

—Ocultarlo la empeora.

Apoyé los brazos sobre la mesa. Me habían permitido conservar el jersey, pero ya no llevaba cordones en las zapatillas ni alianza. El dedo seguía hinchado y tenía una franja blanca donde el anillo había protegido la piel durante doce años.

—No estaba ocultándolo —dije—. No me lo preguntaron directamente.

Celia abrió la carpeta.

—Le preguntaron si su marido tenía una relación fuera del matrimonio.

—Dije que no lo sabía.

—Y lo sabía.

—Sospechaba.

—Acaba de decirme que lo sabía desde hacía cinco meses.

—No tenía una confesión.

—¿Qué tenía?

—Reservas de hoteles. Mensajes. Una foto.

—¿Qué foto?

—Damián dormido en una cama que no era la nuestra.

La abogada dejó de escribir.

—¿Dónde la encontró?

—En el teléfono.

—¿Se la había enviado Ariadna?

—No. La hizo él.

—¿Un autorretrato?

—Estaba reflejado en un espejo. Ella aparecía detrás.

—¿Guardó una copia?

—Sí.

—¿Dónde?

No respondí.

Celia apoyó el bolígrafo.

—Mara.
—En un correo.
—¿La policía tiene acceso?
—Al ordenador, sí.
—¿Y al correo?
—Probablemente.
—Entonces encontrarán la fotografía.
—Puede que no.
—¿Por qué?
—La envié a otra cuenta.
—¿Una cuenta secreta?
—Una cuenta que Damián no conocía.
—Eso es una cuenta secreta.
—Era mía.
—¿Para qué la utilizaba?
—Para guardar cosas.
—¿Qué cosas?
—Pruebas.
—¿De la infidelidad?
—De todo.
La abogada permaneció quieta.
—Necesito acceso.
—No.
—La policía va a encontrar la cuenta si rastrea sus dispositivos.
—No estaba abierta en ninguno.
—Entonces dígame la dirección y la contraseña.
—No.
—¿Por qué?
—Porque hay documentos de la empresa.
—Precisamente.
—Documentos que demuestran que Damián me utilizaba.
—Eso puede ayudarla.
—También pueden hundir a Nuria.
Celia cerró los ojos un instante.
—¿Su hermana sabía de la sociedad?
—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Y usted?

—Tampoco.

—Pero guardaba documentos empresariales.

—Porque empecé a desconfiar.

—¿Cuándo?

—Hace meses.

—¿Antes o después de descubrir la relación con Ariadna?

—Después.

—Entonces comenzó a reunir pruebas contra su marido cinco meses antes de su muerte.

La frase sonaba peor pronunciada por otra persona.

—Para protegerme.

—Eso tendrá que explicarlo con mucha precisión.

—Lo haré cuando sea necesario.

—Ya es necesario.

Celia pasó una página.

—La policía puede mantenerla detenida mientras practica diligencias y decide si la pone a disposición judicial. Tiene un motivo económico, uno familiar y ahora uno sentimental. Ha mentido sobre la discusión, el tiempo que pasó antes de llamar, el lugar donde estaba cuando cayó Damián y la existencia de la amante. También hay una llamada desde una línea a su nombre que atrajo a un hombre con motivos para matar a su marido.

—No me está contando nada nuevo.

—Estoy ordenándolo para que entienda cómo se escucha desde fuera.

—Desde fuera todo parece más sencillo.

—Desde dentro también, cuando alguien omite la mitad.

Aparté los brazos.

—¿Ha hablado con Lía?

—No.

—¿Con Nuria?

—Brevemente. Está en su casa con la niña.

—Quiero llamarlas.

—Cuando terminemos.

—Eso dice todo el mundo.

Celia giró la carpeta hacia mí. Había escrito cuatro palabras en una hoja.

IVÁN. ARIADNA. EMPRESA. MALTRATO.

—¿Por qué ha puesto eso?

—Son las líneas que pueden apartar la investigación de usted o devolverla directamente aquí.

Señaló el último término.

—¿Damián la maltrataba?

—Me agarró alguna vez.

—No le he preguntado eso.

—No sé qué palabra quiere que utilice.

—La verdadera.

—Era controlador.

—¿Con el dinero?

—Sí.

—¿Con su ropa?

—A veces.

—¿Le impedía ver a personas?

—No directamente.

—¿La insultaba?

—Sí.

—¿La golpeaba?

Bajé la vista hacia el hematoma.

—No con el puño.

—Eso tampoco responde.

—Me empujó.

—¿Cuándo?

—Alguna vez.

—¿Cuántas?

—No las conté.

Celia me observó sin escribir.

—En comisaría dijo que solo la había agarrado una vez, en marzo.

—Porque no quería hablar de ello.

—¿Y ahora sí?

—Ahora estoy detenida por su muerte.

—Eso puede hacer que una mujer decida contar la verdad. También puede hacer que construya una defensa.

Levanté la mirada.

—¿Usted también cree que lo maté?

—No importa lo que crea.

—A mí sí.

—Entonces ha elegido mal de abogada.

No había crueldad en su voz. Solo cansancio.

—Mi trabajo consiste en conseguir que salga de aquí y evitar que entregue a la policía una cuerda cada vez que abre la boca. Para eso necesito saber qué partes de su historia son ciertas, cuáles están incompletas y cuáles piensa recordar de manera distinta dentro de dos horas.

—Todo es cierto.

—Excepto lo que ya ha cambiado.

—No recordaba bien.

—La memoria traumática existe. También las mentiras.

Nos quedamos en silencio.

Un agente pasó al otro lado del cristal. Llevaba una bandeja con dos vasos de plástico y un bocadillo envuelto en papel. El olor a café entró cuando se abrió una puerta cercana.

—Damián podía ser encantador —dije—. Por eso nadie veía lo demás.

Celia volvió a coger el bolígrafo.

—¿Qué era lo demás?

—Siempre encontraba algo mal. La comida, la casa, cómo hablaba, cómo vestía. Si había demasiada sal, dejaba el plato y decía que ni siquiera servía para eso. Si no había suficiente, preguntaba qué había hecho toda la tarde. Si compraba algo, quería saber cuánto había costado. Si no compraba nada, decía que me había abandonado.

—¿La golpeaba por la comida?

La pregunta llegó tan directa que me molestó.

—Una vez tiró el plato.

—¿Contra usted?
—Contra la pared.
—¿La alcanzó?
—No.
—¿Después la golpeó?
—Me agarró de la nuca.
Celia anotó.
—¿Cuándo?
—Hace dos años.
—¿Había testigos?
—No.
—¿Fotografías?
—No.
—¿Se lo contó a alguien?
—A Nuria, creo.
—¿Qué le dijo?
—Que Damián había perdido el control.
—¿Mencionó la nuca?
—No recuerdo.
—¿Había marcas?
—Un poco de enrojecimiento.
—¿Fue al médico?
—No.
—¿Denunció?
—No.
—¿Alguna vez llamó a emergencias?
—No.
—¿Algún mensaje en el que él se disculpara?
—Damián no se disculpaba.
La abogada escribió una línea más.
—¿Ariadna sabía cómo la trataba?
—Ariadna sabía cómo trataba a todo el mundo.
—¿Hablaron alguna vez?
—No desde que dejó la empresa.
—¿Cuándo fue eso?
—Hace seis años.

—¿La relación con Damián empezó entonces?

—No lo sé.

—Ha investigado hoteles, matrículas y fotografías. Alguna idea tendrá.

—Pudo empezar antes.

—¿Mientras trabajaban juntos?

—Probablemente.

—¿Por qué cree que ella dejó la empresa?

—Porque Damián se quedó con un proyecto que había diseñado Ariadna.

—¿Cuál?

—Los Olivos.

Pensé en la casa de bronce dentro de la bolsa transparente.

—¿El premio?

—Era por ese proyecto.

—¿Lo recibieron juntos?

—No. Damián aparecía como autor principal.

—¿Ariadna reclamó?

—Sí.

—¿La escultura podía considerarse también suya?

—Ella diría que sí.

Celia dejó de escribir otra vez.

—La policía ha encontrado sangre de Damián en ese objeto.

—Lo sé.

—¿Ariadna lo había tocado?

—Supongo que cuando se entregó.

—Han pasado cinco años.

—También pudo tocarlo en nuestra casa.

—¿Cuándo estuvo allí?

—No lo sé.

—¿Entraba?

—Damián podía llevarla cuando yo no estaba.

—¿Tiene alguna prueba?

—No.

—Entonces no lo presente como un hecho.

—No lo presentaré yo. Que se lo pregunten a ella.

La puerta se abrió.

Leire apareció sin llamar.

—¿Han terminado?

—No —respondió Celia.

—La fiscal necesita saber si su clienta desea ampliar voluntariamente la declaración.

—No.

—Hay nuevos elementos.

—Puede comunicármelos.

Leire miró la hoja con las cuatro palabras. Celia la cubrió con la carpeta.

—Hemos localizado a Ariadna Vives —dijo la inspectora.

—Me alegro por ustedes.

—Ha declarado que mantuvo una relación con Damián.

No respondí.

—¿Lo sabía? —preguntó.

Celia se adelantó.

—Mi clienta no contestará.

—Sí —dije.

La abogada me miró.

—Mara.

—Lo sabía.

Leire no pareció sorprendida.

—¿Desde cuándo?

—Cinco meses.

—En su declaración dijo que no tenía conocimiento de ninguna relación.

—No tenía una confirmación.

—¿Y ahora?

—La tengo.

—¿Qué ha cambiado?

—Usted acaba de confirmarlo.

Celia apoyó una mano sobre la mesa.

—Inspectora, cualquier nueva entrevista se realizará con grabación y dejando constancia del carácter en que comparece.

—Sigue detenida.

—Precisamente.

Leire abrió la puerta por completo.

—La sala está preparada.

—Mi clienta no va a declarar.

—No hace falta que responda. Pero debe escuchar parte de la información que fundamentará las siguientes diligencias.

Celia me observó.

—Puede escuchar. No hable.

Asentí.

Nos llevaron a una sala distinta. No era la misma de las primeras declaraciones. Tenía una pantalla grande fijada a la pared y tres fotografías sobre la mesa.

En la primera, Damián salía de un restaurante.

Ariadna caminaba detrás.

La conocía bien a pesar de haberla visto en persona solo cuatro veces. Pelo oscuro hasta los hombros, cuerpo delgado, ropa siempre demasiado sencilla para ser barata. Había envejecido desde la última fotografía que encontré, pero seguía teniendo aquella forma de mirar a Damián como si conociera algo que los demás ignorábamos.

En la segunda imagen estaban junto a un coche. Damián le sujetaba el brazo.

No con violencia.

Con intimidad.

En la tercera, se besaban.

La imagen estaba tomada desde una cámara situada sobre la puerta del restaurante. El beso no parecía una despedida. Damián tenía una mano detrás de la nuca de Ariadna y ella lo agarraba por la chaqueta.

—La cena terminó a las veintidós veintiséis —dijo Leire—. No era una reunión con clientes.

—Ya lo veo —respondí.

Celia me tocó la muñeca.

No hables.

—¿Le dijo su marido con quién iba a cenar?

Guardé silencio.

Leire dejó las fotografías.

—Ariadna afirma que la relación había terminado tres semanas antes.

Miré el beso.

—No parece.

—También afirma que Damián le pidió reunirse porque necesitaba recuperar unos documentos.

La inspectora encendió la pantalla.

Apareció una captura de mensajes.

ARIADNA: Se termina hoy. O lo cuentas tú o lo cuento yo.

DAMIÁN: No hagas ninguna estupidez.

ARIADNA: La estupidez fue confiar en ti.

DAMIÁN: Mañana lo arreglaremos.

ARIADNA: No hay mañana.

El último mensaje se había enviado a las veintidós cuarenta y nueve.

Poco más de una hora antes de la caída.

—¿Qué debía contar Damián? —preguntó Celia.

—Según Ariadna, una falsificación relacionada con Valdemora.

—¿Según ustedes?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Podía referirse a la relación?

—También.

—¿Damián llevaba los documentos?

Leire colocó una fotografía de una carpeta marrón.

—Ariadna afirma que se los quitó durante la cena.

—¿Dónde están?

—No han aparecido.

—Entonces puede tenerlos ella.

—Dice que Damián se marchó con la carpeta.

—¿La encontraron en casa?

—No.

—¿En el coche?

—Tampoco.

Celia me miró brevemente. No hablé.

—Ariadna siguió a Damián —continuó Leire—. Su vehículo entró en la urbanización a las veintitrés treinta y uno.

Sentí que el corazón me golpeaba una vez contra las costillas.

La inspectora deslizó otra fotografía.

Un coche gris cruzaba la barrera de acceso. La matrícula se veía con claridad.

—¿Cómo entró? —preguntó Celia.

—Utilizó un código temporal asociado a la vivienda de los Llorca.

—¿Quién se lo dio?

—Damián.

—¿Cuándo?

—El código llevaba activo casi dos meses.

Dos meses.

Ariadna podía haber entrado en la urbanización cualquier noche.

Podía haber esperado frente a nuestra casa mientras yo acostaba a Lía, ordenaba la cocina o dormía junto a mi marido.

—¿Fue a la vivienda? —preguntó Celia.

—Dice que no.

No pude evitar una risa.

Leire me miró.

—¿Quiere decir algo?

Celia respondió:

—No.

—Ariadna afirma que aparcó en el camino de servicio —continuó la inspectora—. El mismo lugar donde esperaba Iván Corbacho.

—¿Se vieron?

—Ambos lo niegan.

—¿A qué hora llegó Iván?

—A las veintitrés cuarenta y tres.

—Entonces Ariadna ya estaba allí.

—Sí.

—¿Cuándo salió?

Leire mostró el registro.

—A las doce y seis.

—Después de la llamada a emergencias.

—Sí.

—¿Vio la ambulancia?

—Afirma que escuchó las sirenas y se marchó por miedo a quedar implicada.

—Muy razonable —dije.

Celia me apretó la muñeca.

La inspectora se sentó frente a mí.

—Ariadna sostiene que no se acercó a la casa. Quería recuperar la carpeta y esperar a que Damián saliera de nuevo.

—¿Por qué iba a salir?

—Porque ella se lo pidió por mensaje.

Leire mostró otra captura.

ARIADNA: Estoy fuera. Trae la carpeta.

Damián no había respondido.

El mensaje se envió a las veintitrés cuarenta.

La segunda línea llamó a Iván dos minutos después.

Todos estaban allí.

Ariadna.

Iván.

Damián.

Yo.

La casa no parecía ya un lugar cerrado. Parecía el centro de una cita que alguien había organizado sin decir a los demás quién acudiría.

—¿Ariadna escuchó algo? —preguntó Celia.

—Dice que no.

—La vivienda está a menos de cien metros del camino.

—Con árboles y un muro entre ambos.

—Iván tampoco oyó la caída.

—Eso declara.

—Los dos mienten o ninguno estuvo realmente allí.

—Las cámaras confirman los vehículos.

—No a las personas.

—Ariadna aparece conduciendo.

—¿E Iván?

—También.

—Entonces estaban allí.

Leire asintió.

—Pero ninguno reconoce haberse acercado a la casa.

Celia se inclinó hacia delante.

—¿Han registrado el coche de Ariadna?

—Sí.

—¿La carpeta?

—No.

—¿Sangre?

—No.

—¿Algún objeto de Damián?

—Un botón.

La abogada se quedó callada.

—¿Qué botón?

Leire colocó una bolsa transparente sobre la mesa.

Dentro había un pequeño botón oscuro con un trozo de hilo azul.

—Apareció bajo el asiento del acompañante.

Reconocí la camisa de Damián.

La mujer de los guantes había cortado esa camisa durante la reanimación, pero recordaba los botones. Negros, planos, demasiado pequeños.

—Podía llevar meses ahí —dijo Celia.

—Ariadna afirma que Damián no había subido a su coche desde hacía más de un año.

—También afirma que la relación terminó hace tres semanas.

—Sí.

—No parece una testigo muy fiable.

—No.

—¿La han detenido?

—No todavía.

La respuesta me hizo levantar la vista.

Leire lo vio.

—¿Le sorprende?

—Tiene más motivos que yo.

—¿Celos?

—Damián pensaba dejarla.

—Según ella, fue Ariadna quien terminó la relación.

—Según ella.

—¿Cree que miente?

—Creo que miente en casi todo.

Celia soltó mi muñeca.

Ya había empezado a hablar. No tenía sentido seguir fingiendo.

—¿Por qué? —preguntó Leire.

—Porque conocía a Damián. No aceptaba que una mujer lo abandonara.

—Sin embargo iba a abandonarla a usted.

—Eso era distinto.

—¿Por qué?

—Porque conmigo creía que tenía derecho.

La inspectora guardó silencio.

—¿Ariadna estuvo alguna vez en su casa? —preguntó.

—No que yo sepa.

—Ella dice que sí.

Sentí una presión detrás de los ojos.

—¿Cuándo?

—Anteayer.

—Eso es imposible.

—¿Dónde estaba usted entre las diecisiete y las diecinueve?

Recordé la consulta del dentista de Lía.

La compra.

El atasco al volver.

—Fuera.

—Según Ariadna, Damián la invitó para hablar de la carpeta de Valdemora.

—Podían hablar en la oficina.

—No quería que quedara registro.

—¿Entró en nuestra habitación?

La pregunta salió antes de que pudiera frenarla.

Leire no respondió enseguida.

—Dice que no.

—Entonces entró.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque ha especificado que no.

Celia intervino:

—Esto no conduce a ninguna parte.

—Sí conduce —dije—. ¿Qué tocó?

Leire abrió otra carpeta.

—Ariadna reconoce haber discutido con Damián en el recibidor.

—¿Junto a la escalera?

—Sí.

—¿Vio la barandilla rota?

—Dice que sí.

—¿Tocó el premio?

La inspectora me observó.

—¿Por qué pregunta eso?

—Porque el premio era también suyo.

—Ariadna ha dicho lo mismo.

—Claro.

—Afirma que lo levantó de la consola durante la discusión.

La casa de bronce apareció en mi cabeza.

El tejado afilado.

La base negra.

La sangre seca.

—¿Por qué?

—Porque Damián lo recibió por un proyecto diseñado por ambos. Ella quería llevárselo.

—¿Se lo llevó?

—No. Damián se lo quitó.

—Entonces sus huellas estarán allí.

—Hay una impresión parcial en la base que podría pertenecerle. Aún deben compararla.

—La sangre es de Damián.

—Sí.

—Y Ariadna tocó el objeto cuarenta y ocho horas antes.

—Sí.

—Después amenazó con contarlo todo, siguió a Damián hasta nuestra urbanización, permaneció allí durante la muerte y se marchó cuando oyó las sirenas.

Leire asintió.

—Todo eso es cierto.

—¿Y yo sigo detenida?

—Usted estaba dentro de la casa.

—Ariadna podía entrar.

—No hay registro de que utilizara la puerta principal.

—Existe un sendero trasero.

—La puerta trasera estaba cerrada por dentro.

—Damián pudo abrirle.

—Entonces tendríamos que explicar por qué nadie escuchó la puerta.

—Lía veía una película.

—Pero escuchó caer a su padre.

—Porque fue más fuerte.

—Y usted estaba con ella.

—Sí.

—Salvo cuando salió de la habitación.

—Fueron segundos.

—Suficientes para hablar con Damián.

—Desde arriba.

Leire acercó el rostro.

—¿Vio a Ariadna en la casa?

—No.

—¿Sabía que estaba en la urbanización?

—No.

—¿La llamó desde el teléfono azul?

—No.

—¿La invitó Damián?

—No lo sé.

—¿Por qué reuniría la misma noche a su encargado, su antigua socia y amante, y su esposa?

—Pregúnteselo a él.

La inspectora se recostó.

—Eso intentamos.

La puerta se abrió y Vega apareció en el umbral.

Se acercó a Leire y le susurró algo. La inspectora escuchó sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia.

Vega dejó una hoja sobre la mesa.

Leire la leyó.

—Han terminado la comparación preliminar del material hallado en el premio.

—¿Y? —dije.

—La sangre pertenece a Damián.

—Ya lo sabíamos.

—Los cabellos adheridos a la base no son suyos.

—¿De quién?

—Uno es de Ariadna Vives.

Celia se inclinó.

—Estuvo en la casa anteayer. Eso lo explica.

—Puede explicarlo —dijo Leire.

—¿Y el resto?

—Hay un segundo cabello.

La inspectora levantó la hoja.

—Pertenece a una mujer, pero no coincide con Ariadna ni con Mara.

—Sonia —dije.

—Necesitamos una muestra.

—Limpia la casa.

—Sí.

—Entonces será suyo.

—Probablemente.

—¿Qué más?

Leire miró a Vega.

—Han encontrado una pequeña mancha de sangre en el interior del coche de Ariadna.

La sala quedó quieta.

—Antes dijo que no había sangre —señaló Celia.

—No visible. Ha reaccionado en una prueba preliminar.

—¿De quién?

—Todavía no lo sabemos.

—Ariadna pudo cortarse.

—Eso dice.

—¿Dónde está la mancha?

—En el tirador interior de la puerta del acompañante.

Pensé en el botón bajo el asiento.

En Damián dentro del coche.

En Ariadna siguiéndolo.

Por primera vez desde que la policía había encontrado el premio, pude imaginar otra mano sujetándolo.

Otra mujer de pie junto al descansillo.

Otra voz llamándolo por su nombre.

—¿Van a detenerla? —pregunté.

Leire dobló la hoja.

—La fiscal está valorándolo.

—Pero a mí sí me detuvieron inmediatamente.

—No inmediatamente. Pasaron catorce horas.

—Porque tardaron catorce horas en encontrar algo que pudieran utilizar.

Celia volvió a colocar una mano sobre mi brazo.

—Se acabó la entrevista.

Leire no discutió.

Nos llevaron de vuelta al pasillo de los calabozos. Antes de cruzar la puerta metálica, aparecieron dos agentes al fondo acompañando a Ariadna.

No llevaba esposas.

Vestía un pantalón beige, una camisa blanca y el mismo abrigo oscuro de las fotografías. Caminaba erguida, aunque tenía los ojos rojos y el pelo recogido deprisa. Al verme se detuvo.

Durante años había imaginado aquel encuentro.

En un hotel.

En la oficina.

En nuestra cocina.

Nunca en una comisaría, después de que una de las dos hubiera compartido la última noche de Damián y la otra hubiera encontrado su cadáver.

Ariadna miró mi ropa, mis manos y el hematoma que asomaba bajo la manga.

No pareció sorprendida.

—Mara —dijo.

—No hable con mi clienta —advirtió Celia.
Ariadna no apartó los ojos de mí.
—¿Estuviste en mi casa anteayer?
No respondió.
—¿Entraste en nuestra habitación?
Uno de los agentes tiró suavemente de su brazo.
—Siga andando.
—Dime si entraste.
—No.
—Mientes.
Ariadna dio un paso, pero volvió a detenerse.
—Damián también te mentía a ti.
—Lo sé.
—No. No sabes ni la mitad.
La agente insistió.
—Señora Vives.
Ariadna miró otra vez mi brazo.
—¿Les has dicho que te pegaba?
Sentí que Celia se tensaba a mi lado.
—No es asunto tuyo.
—Entonces sí.
—¿Qué quieres?
Ariadna sonrió apenas.
No con burla.
Con cansancio.
—Entender por qué estás utilizando ahora la única mentira que él no dejó preparada.
No comprendí la frase.
O fingí no comprenderla.
—¿Qué mentira?
Los agentes comenzaron a llevársela.
Ariadna caminó de espaldas durante dos pasos.
—Damián era un cabrón —dijo—. Pero nunca te pegó.
La puerta del pasillo se cerró tras ella.
Celia me miró.
Yo me cubrí el hematoma.

—No sabía cómo era dentro de casa.

—No —respondió la abogada—. Pero acaba de decirlo con mucha seguridad.

Al otro lado del muro, una puerta metálica se abrió y volvió a cerrarse.

Ariadna había mentido sobre la relación, la carpeta, el coche y las horas que pasó cerca de nuestra casa. Tenía sangre en el vehículo, un botón de Damián bajo el asiento y sus huellas sobre el objeto que podía haberle roto el cráneo.

Sin embargo, lo único que consiguió hacerme sentir miedo fue la forma en que miró mi brazo antes de decir que Damián nunca me había pegado.

Capítulo 13 · Hora dieciocho

La última mañana de Damián empezó con una tostada quemada.

No debería recordarlo. De todos los detalles que podían haber quedado atrapados en mi cabeza —su voz, la camisa azul, la forma en que cerró la puerta—, recuerdo el olor del pan y la manera en que raspó la superficie negra sobre el fregadero con un cuchillo.

—No cuesta tanto vigilar una tostadora —dijo.

Yo estaba preparando la mochila de Lía.

—La has puesto tú.

—Precisamente. Porque tú estabas tardando.

—Entonces vigílala tú.

—Estaba buscando las llaves.

—Siempre estás buscando algo.

Damián dejó el cuchillo.

No lo lanzó. No levantó la voz. Solo lo apoyó sobre la encimera con más cuidado del necesario.

—Buenos días a ti también.

Lía entró en la cocina con un calcetín puesto y otro en la mano.

—No encuentro el zapato.

—Está junto al sofá —dije.

—No.

—Lo dejaste allí.

—No está.

Damián miró el reloj.

—Vamos tarde.

—Quedan veinte minutos.

—Eso es tarde cuando todavía no está vestida.

—Tiene siete años.

—Precisamente.

La palabra era una de sus favoritas. La utilizaba para convertir cualquier cosa en una evidencia. Precisamente porque Lía era pequeña había que exigirle más. Precisamente porque yo no

trabajaba a jornada completa debía ocuparme mejor de la casa. Precisamente porque él ganaba el dinero tenía derecho a saber en qué se gastaba.

No necesitaba gritar.

Las personas como Damián no gritaban cuando podían hacerte sentir incompetente hablando despacio.

Encontré el zapato debajo de la mesa del salón. Lía se lo puso mientras mordía una galleta. Damián observó las migas caer sobre la alfombra.

—Acaba de limpiar Sonia.

—Las recogeré.

—Siempre recoges después.

—¿Después de qué?

—Después de que algo ya esté sucio.

La respuesta no tenía sentido, pero Damián conseguía que las frases sin sentido parecieran principios morales.

Cogió la chaqueta.

Antes de salir se inclinó para besar a Lía en la cabeza.

—Esta noche llego tarde.

—¿Otra cena? —preguntó ella.

—Trabajo.

—Siempre cenas por trabajo.

—Alguien tiene que pagar tus zapatos perdidos.

Lía se rio.

Yo no.

Damián abrió la puerta.

—Firma las hojas de la cocina —me dijo.

—Primero quiero leerlas.

—Son renovaciones de proveedores.

—Entonces puedo leerlas.

—Haz lo que quieras, Mara. Pero tienen que estar antes de mediodía.

Se marchó.

Las hojas estaban junto a la cafetera, sujetas con una pinza negra. Había cuatro marcas amarillas donde debía firmar. La primera página pertenecía a una sociedad que no reconocí. La segunda

contenía una tabla de cantidades. En la tercera aparecía el nombre de Iván Corbacho, aunque no figuraba como trabajador ni como proveedor. Solo como responsable de supervisión.

Leí dos párrafos.

No entendí ninguno.

Hice fotografías con el teléfono y envié las imágenes a la cuenta que Damián no conocía.

Después firmé.

Eso era lo que hacía siempre.

No porque me obligara con una pistola o una mano cerrada alrededor del cuello. Firmaba porque él dejaba los documentos allí a las ocho y a las nueve y media llamaba para preguntar si estaban listos. Si decía que no, me explicaba que una obra podía paralizarse, veinte personas quedarse sin cobrar y un cliente perder cientos de miles de euros porque yo necesitaba sentirme importante leyendo palabras que no comprendía.

Firmar duraba cinco segundos.

Discutir podía ocupar toda la mañana.

A las nueve llevé a Lía al colegio.

A las diez regresé.

Sonia estaba limpiando el recibidor. Había colocado la casa de bronce sobre el suelo para quitar el polvo de la consola.

—Pesa muchísimo —dijo.

—Déjala. Damián ni siquiera la mira.

—Si la dejo abajo, me mata.

Sonrió al decirlo.

Todo el mundo utilizaba aquella palabra con Damián.

Me mata.

Te mata.

Nos mata.

Nunca significaba realmente matar.

—La barandilla sigue moviéndose —añadió Sonia.

La agarró y la sacudió.

La madera cedió con un chasquido.

—No hagas eso.

—Un día se va a caer alguien.

—Ya se lo he dicho.

—Pues díselo otra vez.

—Díselo tú. A ti te escucha.

Sonia soltó una carcajada.

—A mí me escucha porque me paga.

—A mí también me paga, según parece.

Ella dejó de sonreír.

—No quería decir eso.

—Ya lo sé.

Agarré el premio y lo coloqué sobre la consola.

La base estaba fría. El bronce tenía una pequeña muesca en una esquina del tejado, una marca que no recordaba haber visto antes. Pensé que Sonia la habría golpeado alguna vez con la aspiradora.

—¿Quieres café? —pregunté.

—No puedo. Tengo otra casa después.

—¿La de Carmen?

—Los jueves.

—Hoy es viernes.

Sonia miró el teléfono.

—Es verdad.

Nos reímos.

Recuerdo aquella risa porque fue la última vez que me sentí dentro de una mañana normal.

A mediodía llamó Damián.

—¿Has firmado?

—Sí.

—¿Has enviado las copias?

—No.

—Te dije que las enviaras.

—Me dijiste que firmara.

—Mara, por favor.

Lo decía así, con cansancio, como si llevara toda la vida intentando enseñarme una tarea sencilla.

—¿A quién?

—A Silvia.

—Puedo llevarlas después.

—Escanéalas.
—La aplicación no funciona.
—Funciona perfectamente.
—A mí no.
—Porque haces las fotos torcidas.
—Las llevaré.
Hubo un silencio.
—No vengas a la oficina.
—¿Por qué?
—Porque no hace falta.
—Acabas de decir que hacen falta.
—He dicho que las envíes.
—Puedo entregarlas en persona.
—No voy a estar.
—¿Dónde vas?
—Tengo reuniones.
—¿Con quién cenas?
La pregunta salió demasiado rápido.
Damián tardó apenas un instante.
—Con clientes.
—¿Qué clientes?
—Los de la promoción nueva.
—¿Cómo se llaman?
—Mara.
—Solo pregunto.
—No parece.
—¿A qué parece?
—A lo de siempre.
—No sé qué es lo de siempre.
—Claro que sí.

Escuché voces detrás de él. Una mujer preguntó algo. Damián cubrió el micrófono, pero reconocí el tono. No la voz. El tono de alguien que estaba cerca y esperaba una respuesta.

—¿Estás con Ariadna? —pregunté.

El silencio cambió.

—¿Qué?

—Nada.
—No. Dime qué has dicho.
—He preguntado si estás con Ariadna.
—Estoy en una obra.
—He oído a una mujer.
—Hay mujeres en las obras, Mara.
—No muchas que te hablen así.
—¿Así cómo?
—Como si tuviera derecho a interrumpirte.
Damián soltó el aire.
—No empieces.
—No he empezado nada.
—Llevo toda la mañana resolviendo problemas.
—Yo también.
—¿Qué problema has resuelto tú?
La frase llegó sin énfasis.
No necesitaba ninguno.
—He firmado tus papeles.
—Eso no es resolver un problema.
—Para ti parecía importantísimo hace una hora.
—Porque si no los firmas tú tengo que perder tiempo buscando otra persona autorizada.
—Entonces autoriza a Silvia.
—No puedo.
—¿Por qué?
—Porque no es socia.
—Yo tampoco.
—Tienes poderes.
—Que no recuerdo haber aceptado.
—Los firmaste delante de Melero.
—También firmé una hipoteca y eso no me convierte en banco.
—No tengo tiempo para esto.
—¿Ariadna está contigo?
—No.
La respuesta fue limpia.

Tan limpia como la mía cuando Leire preguntó si había empujado a Damián.

—Bien —dije.

—Bien.

—Entonces esta noche cenarás con clientes.

—Sí.

—¿Volverás tarde?

—Sí.

—¿Muy tarde?

—No me esperes despierta.

Colgó.

A las dos recogí a Lía.

Comimos en un bar cerca del colegio porque tenía dentista a las cuatro y no valía la pena regresar a casa. Pidió croquetas, patatas y una bebida que sabía a fresa. Yo pedí una ensalada y no la terminé.

—¿Estás enfadada? —preguntó.

—No.

—Tienes la cara de enfadada.

—¿Qué cara es esa?

Lía apretó los labios y frunció el ceño hasta que pareció una anciana pequeña.

Me reí.

—No pongo esa cara.

—Sí.

—Estoy cansada.

—Papá dice que siempre estás cansada.

—Papá dice muchas cosas.

—¿Está enfadado?

—¿Por qué?

—Esta mañana.

—No.

—Parecía.

—Papá habla así.

—¿Cómo?

No supe explicárselo.

El dentista encontró una caries. Lía lloró antes de que la tocaran y después salió orgullosa porque no le había dolido. Compramos un helado aunque le habían dicho que evitara el azúcar.

—No se lo diremos a papá —dijo.

—No tenemos que esconderle cosas.

—Tú escondes cosas.

La miré.

—¿Qué escondo?

—El chocolate en el cajón de los paños.

Me reí otra vez.

—Eso es para que no te lo comas.

—Y las carpetas.

El helado se derritió entre sus dedos.

—¿Qué carpetas?

—Las que guardas en la maleta roja.

Sentí un frío breve.

—¿Has abierto mi maleta?

—Buscaba el disfraz.

—No tienes que tocar mis cosas.

—No la abrí. Estaba abierta.

No lo estaba.

La cerraba siempre.

Guardaba la maleta en la parte alta del armario del vestidor, detrás de dos mantas. Dentro había copias de transferencias, fotografías de documentos y una memoria externa. Nada que una niña pudiera comprender. Nada que tuviera que explicarle.

—No vuelvas a buscar allí.

—Vale.

—Promételo.

—Lo prometo.

—Y no se lo cuentes a papá.

Lía sonrió.

—Has dicho que no escondemos cosas.

—Esto es distinto.

—¿Por qué?

—Porque es una sorpresa.

—¿Para papá?

—Sí.

—¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo deja de serlo.

La respuesta la dejó satisfecha.

A mí no.

Cuando regresamos, comprobé la maleta.

Seguía cerrada.

Las mantas estaban como las había dejado.

Sin embargo, uno de los sobres interiores aparecía girado. No podía asegurar que alguien lo hubiera tocado. Quizá fui yo. Quizá lo había colocado así la última vez.

Revisé los documentos.

No faltaba nada.

En la memoria externa había copias de correos, pagos y mensajes. También la fotografía de Damián con Ariadna reflejados en el espejo.

No la abrí.

No necesitaba verla otra vez.

A las seis preparé la cena de Lía y dejé parte de los macarrones para mí. Puse demasiada sal. Me di cuenta cuando probé la salsa, pero no añadí agua ni empecé de nuevo.

Mientras cocinaba recibí un mensaje desde un número que no tenía guardado.

Esta noche lo sabrás todo.

No había nombre.

Respondí:

¿Quién eres?

El mensaje no llegó a enviarse. El número había sido desconectado o bloqueado.

Pensé en Ariadna.

Después en Iván.

Después en Damián, porque casi todos los caminos terminaban allí.

Llamé a la oficina.

Silvia contestó.

—Llorca Proyectos.
—Soy Mara.
—Hola.
Su voz cambió. No por miedo. Por precaución.
—¿Está Damián?
—No.
—¿Ha estado esta tarde?
—Se marchó a las cinco.
—¿Con quién?
—No sé.
—¿Con Ariadna?
Silencio.
—Silvia.
—No puedo ayudarte.
—Solo te he hecho una pregunta.
—Mara, estoy cerrando.
—¿Estuvo aquí?
—Tienes que hablar con él.
—Eso intento.
Silvia colgó.
Volví a llamar.
No respondió.

A las siete, Lía empezó la película en el salón. La detuvo para cenar y la reanudó después. A las nueve la llamé al baño. Protestó porque faltaba poco para que los animales llegaran al río.

—La has visto veinte veces.
—Pero no hoy.
—Puedes terminarla en la cama.
—¿De verdad?
—Es viernes.

Se lavó los dientes, eligió el pijama amarillo y subió corriendo con la tableta bajo el brazo.

—No corras por la escalera.
—Papá corre.
—Papá no debería.
—Dice que no resbala.

—Tu padre cree que nada puede pasarle.

Lía se detuvo en el descansillo.

—¿Estás enfadada con él?

—No.

—Tienes la cara.

Volvió a imitarme.

No me reí.

A las diez y veintisiete llegó el mensaje.

Llegaré tarde. No me esperes despierta.

Dejé el teléfono sobre la encimera.

A las diez y treinta y uno abrí el cajón de la mesilla de Damián. La caja de zolpidem estaba casi llena. Faltaban tres comprimidos de un blíster nuevo.

No sabía cuándo los había tomado.

Damián los utilizaba durante temporadas. A veces partía una pastilla. Otras veces tomaba una entera después de beber y se quedaba dormido en el sofá con el teléfono en la mano.

Cerré el cajón.

Entré en el vestidor y volví a comprobar la maleta roja.

Después bajé.

A las diez y cuarenta y cinco llamaron desde el control de acceso.

—Señora Sanz, hay un vehículo con código autorizado.

—¿De quién?

—Ariadna Vives.

El corazón me golpeó una vez.

—No la deje entrar.

—El código está activo.

—Es mi casa.

—El código fue generado por el señor Llorca.

—Pues cancélelo.

—Necesitamos confirmación del titular.

—Yo soy la titular.

—Figura el señor Llorca como administrador del acceso.

Miré hacia la escalera.

La música de la película bajaba desde la habitación de Lía.

—¿La señora Vives ha dicho que viene aquí?
—No. Solo ha accedido a la urbanización.
—¿Puede decirme adónde va?
—No podemos seguir los vehículos.
—Entonces ¿para qué tienen cámaras?
El hombre no respondió.
—Cancele el código.
—Haré la solicitud.
Colgué.
A las diez y cincuenta y seis escuché el coche de Damián.
No miré por la ventana.
Seguí de pie junto a la encimera, con los brazos cruzados.
Entró a las diez y cincuenta y ocho.
Llevaba la camisa azul, la corbata suelta y el abrigo doblado sobre el brazo. Olía a vino y al perfume de Ariadna. No sabía qué perfume utilizaba ella, pero decidí que tenía que ser aquel: algo limpio, seco, con un fondo que recordaba a madera mojada.
Damián dejó las llaves en el cuenco.
No vio la casa de bronce.
O no pareció verla.
—¿Lía duerme?
—Está arriba.
—Te pregunté si duerme.
—Está viendo una película.
—Es casi medianoche.
—Son las once.
—Mañana se levantará a las siete.
—Mañana es sábado.
Se quitó el abrigo.
—¿Has enviado las hojas?
—Las llevé a la oficina.
—Te dije que no fueras.
—No estabas.
—Precisamente.
—Silvia las recibió.
—No tenías que involucrarla.

—Trabaja allí.
—No en esto.
—¿Qué es esto?
Damián abrió la nevera.
—¿Hay agua fría?
—En la puerta.
Sacó la botella y bebió directamente.
—¿Has cenado con Ariadna?
No se volvió.
—Sí.
La respuesta me sorprendió más que una mentira.
—¿Por qué?
—Porque necesitaba hablar con ella.
—¿De qué?
—De trabajo.
—La besaste.
Damián cerró la nevera.
—¿Me estás siguiendo?
—No hace falta. Hay cámaras.
Comprendió enseguida.
—¿Quién te ha enviado algo?
—Nadie.
—Entonces ¿cómo sabes que la besé?
—Porque siempre haces lo mismo.
—Eso no es una respuesta.
—Tampoco lo tuyo.
Dejó la botella.
—La relación se terminó.
—¿Cuál de todas?
—No empieces.
—Llevas meses acostándote con ella.
—No voy a discutir delante de Lía.
—Lía está arriba.
—Esta casa se escucha entera.
La frase me hizo mirar hacia la escalera.
—Entonces baja la voz.

—No estoy gritando.
—Nunca necesitas gritar.
Damián sonrió.
No con alegría.
—Has estado hablando con Nuria.
—No.
—Utilizas sus frases.
—¿Qué frases?
—Las de mujer maltratada.
Sentí un calor en la cara.
—No he dicho eso.
—Todavía.
—¿Qué significa todavía?
—Que sé lo que estás preparando.
Se dirigió hacia la mesa y cogió la carpeta con las copias firmadas.
—¿Qué preparo?
—Tu versión.
—No necesito una versión.
—Todo el mundo necesita una cuando llega el divorcio.
La palabra apareció entre nosotros.
No por primera vez.
Pero aquella noche sonó distinta.
—¿Vas a irte? —pregunté.
—Sí.
—¿Con Ariadna?
—Eso no te importa.
—Soy tu mujer.
—Por unas semanas más.
—¿Semanas?
Damián abrió la carpeta, comprobó las firmas y volvió a cerrarla.
—Mañana hablarás con Jorge.
—¿Melero?
—Sí.
—¿Para qué?
—Para explicarte cómo se hará.

—¿Cómo se hará qué?
—La separación.
—No puedes organizar mi divorcio sin mí.
—No he organizado tu divorcio. He organizado el mío.
—La casa es de los dos.
—La casa está hipotecada a través de la empresa.
—Mentira.
—Lee los papeles que firmas.
Sentí que el aire cambiaba.
—¿Qué has hecho?
—Nada que no autorizaras.
—No sabía lo que firmaba.
—Ese no es mi problema.
—Me obligabas.
Damián soltó una risa breve.
—Te dejaba documentos sobre la mesa.
—Me presionabas.
—Te pedía que hicieras una tarea.
—¿Y si no la hacía?
—Nunca lo averiguaste.
Lo odié por aquella frase.
Porque era verdad.
—No vas a quedarte con la casa —dijo—. Y tampoco con la empresa.
—No quiero la empresa.
—Pues has firmado como si la quisieras.
—Tú utilizaste mi nombre.
—Tú firmaste.
—¿Para qué era la carpeta?
Por primera vez, Damián perdió una fracción de su calma.
No mucho.
Lo suficiente.
—¿Qué carpeta?
—La que tiene mi nombre.
—No sé de qué hablas.
—Claro que sí.

—¿Has entrado en el despacho?
—Vivo aquí.
—¿Has forzado el cajón?
—No.
—Entonces no has visto nada.
—¿Vas a denunciarme?
—Voy a proteger lo que he construido.
—¿De mí?
—De tus errores.
—Tus errores.
—No hagas esto más difícil.
—¿Qué vas a decir de Lía?
Damián recogió la botella.
—Mañana.
—No. Ahora.
—Está arriba.
—Dijiste que no estaba segura conmigo.
—No lo está si decides convertirla en un arma.
—Eres tú quien la está utilizando.
—Mara.
—No te la vas a llevar.
—No he dicho que vaya a llevármela.
—No te la vas a llevar.
—Baja la voz.
—No.
—La vas a despertar.
—Está despierta.
Damián miró la escalera.
—Perfecto.
—¿Adónde vas?
—A verla.
Me interpuse.
No lo toqué.
Solo me coloqué entre él y el primer peldaño.
—Ahora no.
—Apártate.

—Has bebido.
—He tomado dos copas.
—Y las pastillas.
—No he tomado nada.
—La caja está abierta.
Sus ojos cambiaron.
—¿Has revisado mi cajón?
—Buscaba un cargador.
—En la caja del zolpidem.
—No sabía dónde estaba.
—No sabes mentir.
—Tú sí.
Damián dio un paso.
—Apártate.
—No entres en su habitación así.
—¿Así cómo?
—Enfadado.
—No estoy enfadado.
—Yo sí.
—Ya lo veo.
—Eres un cabrón.
La palabra subió por la escalera.
Lo supe en cuanto la pronuncié.
Damián miró hacia arriba.
Después volvió a mirarme.
—No vas a quedarte con todo, Mara.
—No quiero todo.
—Quieres la casa, la niña, el dinero y el papel de pobre esposa engañada.
—Solo quiero que dejes de decidir por todos.
—Pues empieza a decidir algo por ti misma.
Se apartó de mí y fue hacia la consola.
Cogió las llaves.
La casa de bronce quedó a pocos centímetros de su mano.
—¿Adónde vas?
—Al dormitorio.

—Lía está despierta.

—No voy a verla.

—Has dicho que ibas a subir.

—Voy a cambiarme.

—Damián.

No respondió.

Subió el primer peldaño.

Después el segundo.

La barandilla crujió bajo su mano.

Yo permanecí junto a la consola, con la casa de bronce a mi derecha y el ruido de la película descendiendo desde la habitación de Lía.

Damián llegó al descansillo.

Se volvió.

—Mañana se termina esto.

—Sí —dije.

Por primera vez en toda la noche, estábamos de acuerdo.

Capítulo 14 · Hora veinte

La celda no tenía reloj.

Eso era lo primero que te quitaban: no los cordones, ni la alianza, ni el teléfono. El tiempo.

Había una plancha metálica atornillada a la pared, un colchón cubierto de plástico azul y un inodoro sin tapa detrás de un muro que no llegaba hasta el techo. La luz permanecía encendida. No era intensa, pero tampoco lo bastante débil como para olvidarla. Cada vez que cerraba los ojos seguía viéndola, una mancha blanca suspendida detrás de los párpados.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Ariadna dijo que Damián nunca me había pegado.

Podían ser veinte minutos.

Podían ser dos horas.

Me había tumbado sin quitarme el jersey y había intentado continuar el recuerdo desde el punto exacto donde lo dejé.

Damián en el descansillo.

Una mano sobre la barandilla.

Un zapato todavía puesto.

—Mañana se termina esto —había dicho.

—Sí.

Después subió.

Eso era lo siguiente.

Subió los seis peldaños restantes hasta el dormitorio, cerró la puerta y me dejó abajo. Yo recogí la botella de agua, limpié la marca que había dejado sobre la encimera y comprobé que Lía continuaba en su habitación.

Eso ocurrió.

Tenía que haber ocurrido.

La memoria no funciona como una cámara. Leire repetía las horas, los objetos y las palabras como si mi cabeza hubiera grabado la casa desde cuatro ángulos distintos. Pero yo no había contado los

pasos de Damián. No había mirado el reloj. No sabía cuándo se quitó el zapato ni cuánto tiempo permaneció arriba.

Solo sabía que después había escuchado la caída.

Y que, cuando bajé, mi marido estaba muriéndose.

Me giré sobre el colchón.

El plástico crujió bajo mi cuerpo.

Desde otra celda llegó una voz.

—Eh.

No respondí.

—La de la escalera.

Abrí los ojos.

—¿Qué?

Una mujer se rio al otro lado de la pared.

—Eres tú, ¿no?

No podía verla. Solo su voz, ronca y cansada.

—No sé de qué habla.

—Has salido en la tele.

Me incorporé.

—¿Qué han dicho?

—Que te cargaste a tu marido.

La frase no me hizo sentir nada al principio.

Después llegaron todas las cosas juntas: la ventana de Lía, las cámaras de la comisaría, el hombre preguntando si era la esposa, mi cara cubierta por el pelo mientras Melero me empujaba hacia el coche.

—No lo maté.

La mujer volvió a reírse.

—A mí me da igual.

—Entonces cállese.

—También dicen que él te pegaba.

La luz de la celda pareció intensificarse.

—¿Dónde lo ha visto?

—En las noticias.

—¿Qué canal?

—No sé. El que tenían los polis.

Me levanté y golpeé la puerta.

—¡Agente!
No ocurrió nada.
—¡Necesito hablar con mi abogada!
—No grites —dijo la mujer—. Te hacen menos caso.
Golpeé otra vez.
—¡Agente!
Una mirilla se abrió.
Solo apareció un ojo.
—¿Qué ocurre?
—Quiero hablar con mi abogada.
—Cuando venga.
—Necesito llamarla.
—Ya ha realizado una llamada.
—Eso fue antes.
—Cuando venga.
La mirilla se cerró.
—Te lo dije —canturreó la mujer.
Volví a sentarme.
—¿Qué dijeron exactamente?
—¿Ahora sí quieres hablar?
—Sobre mi marido.
—Que era arquitecto. Que teníais una casa de esas que parecen clínicas. Que os estabais separando.
—¿Han dicho el nombre de mi hija?
—No me acuerdo.
—Piense.
—No me mandes.
—Tiene siete años.
Hubo un silencio.
—Creo que no.
Apoyé la espalda contra la pared.
—¿Quién dijo que me pegaba?
—Una vecina.
Carmen.
Tenía que ser Carmen.

Carmen, que fumaba escondida en la terraza y sabía cuándo llegaban los coches, cuánto duraban las visitas y qué bolsas dejábamos junto al contenedor. Carmen había visto una vez a Damián romper una maceta en el jardín. Otra, me encontró llorando dentro del coche. Yo le dije que acababa de discutir con mi hermana.

No me creyó.

La gente como Carmen no necesitaba conocer la verdad. Le bastaba con una escena incompleta.

—¿Mostraron una foto mía? —pregunté.

—Sí.

—¿Cuál?

—Una con tu hija.

Sentí náuseas.

—¿Se veía su cara?

—No sé.

—Por favor.

La mujer tardó unos segundos.

—Creo que la taparon.

Cerré los ojos.

—Gracias.

—¿Lo hiciste?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Mi ex también se cayó una vez.

No pregunté.

Ella continuó de todas formas.

—Por una ventana.

Abrí los ojos.

—¿Está detenido por eso?

—Yo no estaba allí.

La respuesta la hizo reír otra vez.

Me tumbé de lado y me tapé los oídos con las manos.

El plástico siguió crujiendo.

No dormí.

Cada vez que estaba a punto de hacerlo, una puerta se abría en el pasillo, alguien gritaba un apellido o una tubería temblaba dentro de la pared. El cuerpo no podía descansar allí. Permanecía preparado para levantarse, responder o defenderse.

No sé cuánto tiempo después apareció la agente.

—Sanz.

Me senté.

—Su abogada.

La llevaron hasta una sala pequeña donde Celia me esperaba con el abrigo puesto y dos vasos de máquina. Dejó uno frente a mí.

—Es chocolate.

—No quiero.

—No ha comido desde ayer.

—¿Han dicho el nombre de Lía en televisión?

Celia abrió la carpeta.

—No.

—¿Está segura?

—Sí.

—Han enseñado una fotografía.

—Con el rostro de la niña pixelado.

—¿De dónde la han sacado?

—De las redes sociales de Damián.

—Yo le pedí que no publicara fotos de ella.

—Eso ahora no importa.

—A mí sí.

—Mara, la fiscal va a solicitar prisión provisional.

El vaso de chocolate soltaba un hilo de vapor entre las dos.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que declare ante el juez y se resuelva.

—¿Cuándo?

—Probablemente mañana por la mañana.

—No puedo pasar otra noche aquí.

—Puede.

—Mi hija acaba de perder a su padre.

—Lo sé.

—Necesita verme.

—Nuria está con ella.

—Nuria también está siendo investigada.

—Como administradora de una sociedad que, por ahora, parece instrumental. No como sospechosa de la muerte.

—Por ahora.

Celia sostuvo mi mirada.

—Deje de repetir esa expresión.

—No la he inventado yo.

—No.

El chocolate empezó a formar una película oscura en la superficie.

—¿Qué argumentos tiene la fiscal? —pregunté.

—Los mismos, pero mejor ordenados.

—Me alegro por ella.

—Motivo económico. Separación inminente. Posible conflicto por la custodia. Mentiras durante la primera declaración. Un objeto compatible con la herida. Restos de su ropa bajo las uñas de Damián. Dos minutos y medio antes de la llamada. Una línea telefónica a su nombre utilizada para atraer a Iván a las inmediaciones.

—La voz no es mía.

—Todavía no hay un informe pericial.

—Entonces no puede utilizarla.

—Puede mencionarla como indicio.

—Ariadna también estaba allí.

—Sí.

—Tenía sangre en el coche.

—La prueba preliminar ha determinado que no es sangre humana.

Me quedé quieta.

—¿Qué era?

—No lo saben. Probablemente restos de carne. Dice que transportó comida para su perro.

—Conveniente.

—El botón de Damián sí es real.

—Entonces estuvo en el coche.

—Ariadna ha reconocido que mantuvieron relaciones allí varias veces.

Sentí que algo me apretaba la garganta.

No eran celos.

No podían ser celos después de verlo muerto.

—¿Y las huellas del premio?

—Son antiguas o, al menos, no pueden fecharse.

—Estuvo en casa anteayer.

—Sí.

—Lo levantó.

—También.

—Pudo volver anoche.

—No hay indicios de que entrara.

—No hay indicios de que yo estuviera con Damián.

Celia abrió otra hoja.

—Está su hija.

—Lía no me vio.

—Precisamente.

—¿Qué quiere decir?

—Que no puede confirmar que usted permaneciera en la habitación durante toda la secuencia.

—Estaba conmigo.

—Dice que salió.

—Unos segundos.

—Primero afirmó que no salió.

—No recordaba haberlo hecho.

—Luego dijo que fue al baño.

—Necesitaba respirar.

—El baño no había sido utilizado.

—No dije que utilizara el lavabo.

—Después admitió que habló con Damián desde el pasillo.

—Sí.

—Y ahora no sabemos cuándo regresó a la habitación.

—Antes de la caída.

—Eso lo dice usted.

—Porque es verdad.

Celia me observó.

No con la quietud de Leire. Ella buscaba algo distinto. No una contradicción, sino el punto exacto donde yo dejaba de comprender el peligro.

—La fiscal también utilizará la cuenta secreta —dijo.

—No saben que existe.

—Se lo contó a su abogada dentro de una comisaría.

—Nuestra conversación era privada.

—Lo era.

—Entonces ¿cómo lo sabe la fiscal?

—No lo sabe. Pero tenemos que decidir si entregamos nosotros la documentación antes de que la encuentren.

—No.

—Puede demostrar que Damián preparaba un fraude contra usted.

—También que llevaba meses reuniendo material.

—Para defenderse.

—Eso diríamos.

—¿No es cierto?

—Sí.

Celia bajó el bolígrafo.

—Entonces deje de responder como si necesitara recordar cuál es la verdad.

—Estoy cansada.

—Lo sé.

—Todo el mundo lo sabe y sigue haciendo preguntas.

—Porque un hombre está muerto.

—Mi marido.

—Sí.

—El padre de mi hija.

—Sí.

—Y yo soy la única persona a la que no dejan llorarlo porque todos están demasiado ocupados decidiendo cómo lo maté.

La voz empezó a temblarme.

No quería llorar delante de Celia. Leire había convertido las lágrimas en otra prueba: cuándo aparecían, a quién pertenecían, si

eran por Damián o por Lía.

Celia sacó un pañuelo.

No lo cogí.

—La prensa dice que me pegaba —añadí.

—Ha habido una filtración.

—¿De la policía?

—Puede proceder de los sanitarios, de un vecino o de alguien que escuchó la conversación con su hermana.

—Ariadna ha dicho que es mentira.

—Sí.

—¿También se lo ha dicho a la policía?

—Sí.

—Entonces utilizarán eso contra mí.

—Depende de lo que usted cuente.

—Damián me hacía daño.

Celia no escribió.

—Necesito que sea exacta.

—¿Qué significa exacta?

—Que no diga que le pegaba si la empujó. Que no diga que la estranguló si la agarró de la nuca. Que no convierta una frase cruel en una amenaza de muerte.

—¿Por qué supone que exageraría?

—Porque ya ha minimizado y modificado varios episodios.

—Lo protegía.

—¿De qué?

—De esto.

Señalé la puerta.

—De que todo lo que hizo se utilice ahora para explicar por qué está muerto.

—Eso no es protegerlo.

—¿No?

—Es proteger la imagen que usted tenía de su matrimonio.

La frase dolió porque se acercaba demasiado.

—No sabe nada de mi matrimonio.

—Por eso pregunto.

Me llevé las manos a la cara.

El corte de la palma se había cerrado, pero la piel tiraba al doblarla.

—No empezó pegándome —dije.

Celia esperó.

—Al principio eran cosas pequeñas. Comentarios. Cómo colocaba los platos. Cómo hablaba con los clientes. Si me reía demasiado. Si estaba demasiado callada. Si la comida tenía poca sal, decía que lo hacía a propósito porque sabía que la odiaba así. Si tenía demasiada, dejaba el tenedor y preguntaba si pretendía enfermarlo.

—¿Alguna vez la golpeó por eso?

—Una noche tiró el plato contra la pared.

—Eso ya me lo contó.

—No le conté lo de después.

La abogada no apartó la vista.

—¿Qué ocurrió?

—Fui a recoger los trozos.

Recordaba el plato roto bajo la mesa. La salsa sobre la pared. Damián de pie, respirando por la nariz.

—Me dijo que lo dejara.

—¿Y usted?

—Seguí recogiendo.

—¿Por qué?

—Lía podía bajar.

—¿Qué hizo él?

—Me agarró del pelo.

Celia escribió una palabra.

—¿Con fuerza?

—Sí.

—¿La levantó?

—Me hizo ponerme de pie.

—¿La golpeó?

—Me empujó contra la encimera.

—¿Se lesionó?

—La espalda.

—¿Fue al médico?

—No.

—¿Fotografías?
—No.
—¿Se lo contó a alguien?
—A Nuria, pero no todo.
—¿Cuándo ocurrió?
—Hace dos años. Tal vez tres.
—Necesito una fecha aproximada.
—Era invierno.
—¿Lía estaba en casa?
—Dormía.
—¿Hubo otros episodios?
Asentí.
—¿Cuántos?
—No lo sé.
—¿Más de cinco?
—Sí.
La mentira no estuvo en la respuesta.
Estuvo en la facilidad con que apareció.
Me quedé mirándola un instante, como si la palabra hubiera pertenecido a otra persona.
Celia seguía esperando.
—¿Más de diez? —preguntó.
—No sé.
—Piense.
—No los contaba.
—¿La abofeteó?
—Sí.
—¿Puñetazos?
—No.
—¿Patadas?
—No.
—¿La agarraba?
—Sí.
—¿La empujaba?
—Sí.
—¿La amenazó con quitarle a Lía?

—Muchas veces.

—¿Antes de preparar la separación?

—Sí.

—¿Le dijo que nadie la creería?

Pensé en Damián en la cocina.

No sabes mentir.

Pensé en los papeles, en la contraseña, en las firmas.

—Sí.

—¿Exactamente esas palabras?

—No recuerdo las exactas.

—No diga que lo hizo si no está segura.

—Me decía que todo llevaba mi nombre. Que si alguna vez intentaba irme, terminaría sin casa y sin mi hija.

—¿Eso sí lo recuerda?

—Sí.

Era verdad.

No lo dijo durante una agresión. Lo dijo una tarde en el despacho, señalando las carpetas, después de que yo amenazara con contarle a Melero que algunas facturas eran falsas.

Pero era verdad.

Celia apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Por qué no lo contó desde el principio?

—Porque quería a mi marido.

—Eso no basta.

—Porque me daba vergüenza.

—¿De qué?

—De haberme quedado.

La respuesta fue tan perfecta que me hizo llorar.

No tuve que fingir.

Lloré porque estaba detenida. Porque Lía no sabía dónde estaba. Porque Damián me había dejado una carpeta capaz de enviarme a prisión incluso después de muerto. Porque Ariadna se había acostado con él en un coche y había entrado en mi casa. Porque ya no llevaba la alianza.

Todo eso cabía dentro de la vergüenza.

Celia dejó el bolígrafo y esperó.

Cuando conseguí respirar, señaló el hematoma.
—¿Esa marca se la hizo él?
—Sí.
—¿Cuándo?
Miré los dedos impresos sobre mi brazo.
—Anoche.
La abogada no mostró sorpresa.
—Antes de la caída.
—Sí.
—¿Por qué no lo dijo?
—Porque no quería que pensaran que habíamos peleado.
—Habían peleado.
—Discutimos.
—¿Cómo la agarró?
—Cuando intenté impedir que subiera a ver a Lía.
—¿Con qué mano?
—La izquierda.
—La mano izquierda de Damián estaba lesionada.
—Después de la caída.
—Claro.
Celia volvió a escribir.
—¿Dónde ocurrió?
—Junto a la escalera.
—¿En la planta baja?
—Sí.
—¿La sujetó una sola vez?
—Sí.
—¿La empujó?
—No.
—¿Utilizó la escultura?
—No.
—¿La cogió usted?
—No.
—¿La tocó?
—No.
—¿Subió detrás de él?

—No.

La abogada levantó los ojos.

—Mara.

—No.

—Piénselo.

—No subí detrás de él.

—Su piel pudo quedar bajo sus uñas cuando la agarró abajo.

—Sí.

—Eso explica las fibras.

—Sí.

—Y el hematoma.

—Sí.

—Pero no explica la astilla del descansillo en su camisón.

—Me apoyé al bajar.

—Ni por qué apenas hay huellas de sus pies en el tramo inferior.

—Corrí.

—Precisamente.

—No sé cómo pisé.

Celia cerró la carpeta.

—Voy a pedir que conste formalmente la existencia de violencia previa.

Sentí un tirón en el estómago.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿No parecerá una defensa?

—Lo parecerá porque es una defensa.

—No quiero que piensen que lo cuento para salir.

—Lo cuenta para explicar el contexto, las lesiones y las contradicciones. Después decidirán qué creen.

—Ariadna dirá que miento.

—Ariadna no vivía con ustedes.

—Me conocía.

—Hace años.

—Conocía a Damián.

—Como amante. No como esposa.

Miré el vaso.

El chocolate ya estaba frío.

—¿Qué pasará con Lía?

—Si el juez decreta prisión, Nuria solicitará hacerse cargo provisionalmente.

—No.

—Es su familiar más cercano.

—No quiero que la críe ella.

Celia frunció el ceño.

—Estamos hablando de unos días, quizá semanas.

—No.

—¿Hay algún problema con su hermana?

—No.

—Entonces ¿por qué?

No podía explicarlo.

Nuria amaba a Lía. La llevaba al cine, le compraba regalos y sabía las fechas de todas las excursiones del colegio. Pero también hablaba demasiado. Decía lo que sentía. Confundía sinceridad con bondad.

Si Lía empezaba a recordar otra versión, Nuria la escucharía.

No la corregiría.

—Mi hija me necesita —dije.

—Eso es evidente.

—Entonces sáqueme de aquí.

—Haré lo posible.

—No es suficiente.

—Es lo que hay.

La puerta se abrió.

Leire apareció acompañada por una agente.

—Se ha terminado el tiempo.

Celia recogió la carpeta.

—Quiero ampliar declaración con presencia letrada.

La inspectora me miró.

—¿Sobre qué?

—Violencia habitual dentro del matrimonio.

Por primera vez, Leire pareció no tener preparada una respuesta.

Su mirada bajó hacia mi brazo.

Después volvió a mi cara.

—Hace unas horas dijo que Damián no la golpeaba.

—Lo protegía.

—Está muerto.

—Precisamente.

La palabra salió con el tono de él.

Lo notamos las tres.

Leire entró y cerró la puerta.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo.

—Necesito algo más concreto.

—Ya no quiero seguir mintiendo por él.

La inspectora se sentó frente a mí.

—¿La golpeó anoche?

—Me agarró.

—Eso ya lo sabíamos.

—Antes de caer.

Leire permaneció inmóvil.

—Usted afirmó que el hematoma se produjo cuando intentaba ayudarlo abajo.

—Mentí.

—¿Por qué?

—Porque había discutido con él. Porque me había amenazado con quitarme a Lía. Porque sabía que, si contaba la verdad, ustedes pensarían exactamente lo que están pensando ahora.

—¿Qué estoy pensando?

—Que lo maté.

—¿Lo hizo?

—No.

No vacilé.

No lloré.

No aparté la mirada.

—¿Dónde la agarró? —preguntó.

—Junto al primer peldaño.

—¿Antes o después de subir al dormitorio?

—Antes.

—¿Por qué?
—Quise impedir que fuera a ver a Lía.
—Después declaró que él subió para cambiarse.
—Eso dijo.
—¿Y usted le creyó?
—No.
—¿Por qué?
—Porque cuando bebía podía ponerse cruel con ella.
—¿Cruel cómo?
—La hacía llorar. Le decía que era una inútil, que se parecía a mí.
Leire bajó la vista hacia la mesa.
—¿Alguna vez golpeó a Lía?
—No.
—¿La agarró?
—Una vez.
—¿Cuándo?
—No quiero hablar de mi hija.
—Acaba de mencionarla.
—Para explicar por qué intenté detenerlo.
—¿Lo empujó?
—No.
—¿Él la empujó a usted?
—No. Me agarró y me apartó.
—¿Con la mano izquierda?
—Sí.
—¿Siguió subiendo?
—Sí.
—¿Y usted?
—Fui con Lía.
—¿Inmediatamente?
—Sí.
—Entonces esta discusión ocurrió antes de que usted entrara por primera vez en su habitación.
La frase llegó con precisión.
Celia intervino:

—La señora Sanz se encuentra reconstruyendo una secuencia traumática.

—Hace unas horas dijo que la discusión terminó en la cocina y que subió con Lía. Después dijo que salió de la habitación para hablar con Damián desde el pasillo. Ahora afirma que él la agarró junto al primer peldaño antes de que subiera con la niña.

—Eso ocurrió.

—¿Dónde estaba Lía?

—Arriba.

—Antes dijo que estaba en el salón cuando su marido llegó.

—Subió sola con la tableta.

—¿A qué hora?

—No sé.

—¿Antes o después de que Damián entrara?

—Antes.

—En la declaración dijo que la acompañó.

—La acompañé después para acostarla.

—Entonces Damián la agarró, él subió y usted permaneció abajo.

—Un momento.

—¿Cuánto?

—No sé.

—¿Vio la escultura?

—Estaba sobre la consola.

—¿La tocó?

—No.

—¿Vio a Damián tocarla?

—No.

—¿Cuándo escuchó que entraba en el dormitorio?

—No lo escuché.

—Pero sabe que entró porque encontramos el zapato.

—Sí.

—Después usted subió con Lía.

—Sí.

—Salió otra vez al pasillo.

—Sí.

—Habló con Damián.

—Sí.

—¿Dónde estaba él?

—Abajo.

—¿Cómo bajó sin que lo oyera?

—No lo sé.

—¿Con un solo zapato?

—Sí.

—¿Y volvió a subir?

—Debió de hacerlo.

—¿Otra vez sin que lo oyera?

—La película estaba encendida.

Leire se quedó mirándome.

—Su nueva versión obliga a Damián a subir dos veces, bajar una, cambiarse parcialmente, discutir en tres lugares distintos y agarrarla antes de sufrir una caída dividida en dos secuencias.

—Yo no controlo lo complicado que fue.

—No.

La inspectora se puso de pie.

—Pero lleva veinte horas simplificándolo.

Celia cerró la carpeta.

—Mi clienta realizará una ampliación formal, no continuará respondiendo de este modo.

—De acuerdo.

Leire abrió la puerta.

—Prepare la sala.

La agente salió.

Antes de seguirla, la inspectora se volvió hacia mí.

—Hay algo que debe saber.

—¿Qué?

—Su hermana ha confirmado que usted le habló de agresiones anteriores.

Sentí alivio.

Breve.

Intenso.

—Entonces sabe que digo la verdad.

—Ha confirmado dos episodios. Uno en marzo y otro hace dos años. En ambos casos usted le dijo que Damián la había agarrado durante una discusión.

—No le contaba todo.

—También ha dicho que nunca la vio con un ojo morado, una herida abierta ni una lesión que necesitara atención médica.

—No todos los maltratadores rompen huesos.

—Lo sé.

—No parece.

Leire ignoró el comentario.

—Carmen dice que la vio llorando varias veces. Sonia escuchó a Damián humillarla. Silvia afirma que controlaba sus cuentas y revisaba sus mensajes.

—Entonces ¿qué quiere?

—La verdad.

—Se la estoy dando.

—No. Está ampliando una historia justo cuando la necesita.

La frase me golpeó con más fuerza que si me hubiera llamado asesina.

—¿Cree que lo estoy inventando?

—Creo que Damián podía ser controlador, cruel y abusivo. También creo que usted lleva horas decidiendo cuánto de eso contar en función de lo que encontramos.

—Porque tenía miedo.

—¿De él?

—Sí.

—Está muerto.

—El miedo no.

Leire se quedó quieta.

Aquella respuesta también fue perfecta.

Y también era cierta.

Solo que el miedo ya no era a Damián.

La inspectora salió.

Celia esperó a que la puerta se cerrara.

—No vuelva a improvisar.

—No he improvisado.

—Acaba de cambiar el orden completo de la noche.

—Estoy recordando.

—Pues recuerde conmigo antes de hacerlo delante de la policía.

Se puso el abrigo.

—Voy a preparar la ampliación. Le traerán algo de comer.

—Quiero llamar a Lía.

—Lo intentaré.

—No lo intente. Consígalo.

Celia recogió los vasos. Dejó el mío porque no lo había tocado.

—Hay otra cosa.

—¿Qué?

—La historia del maltrato ya está en todos los medios.

—¿Cómo?

—La vecina ha hablado. También alguien de la empresa.

—¿Qué han dicho?

—Que Damián era posesivo. Que usted quería dejarlo. Que existían discusiones.

—Eso es verdad.

—También circula que pidió ayuda varias veces y después se retractó.

—Nunca pedí ayuda formal.

—Ahora ya no importa.

—Claro que importa.

—No para la opinión pública. La historia ya está construida.

La puerta permaneció abierta detrás de ella.

En el pasillo, la agente esperaba.

—¿Qué historia? —pregunté.

Celia me miró durante un segundo.

—La esposa maltratada que quizá se defendió.

—Yo no me defendí.

—Lo sé.

—No lo maté.

—Entonces tendremos que impedir que esa historia la salve de un crimen que usted asegura no haber cometido.

Se marchó.

La agente me condujo de vuelta a la celda.

La mujer de al lado seguía despierta.

—Eh, escalera.

No respondí.

—Ahora dicen que era un monstruo.

Me senté sobre el colchón.

—No sabe nada.

—Lo dicen todos.

Apoyé los codos sobre las rodillas y miré el dedo sin alianza.

Durante años había permitido que Damián decidiera cómo se contaba nuestra vida. Él era el arquitecto brillante. El empresario que daba trabajo. El padre que pintaba uñas los domingos. Yo era la mujer que firmaba, organizaba cenas y aparecía sonriendo en las fotografías.

Incluso muerto seguía teniendo ventaja.

Su despacho.

Sus carpetas.

Sus correos.

Sus abogados.

Todo preparado para hablar por él.

La mujer golpeó suavemente la pared.

—¿Te pegaba de verdad?

Tardé en responder.

—Sí.

La palabra sonó distinta dentro de la celda.

Más sólida.

Más fácil.

Me tumbé y miré la luz.

A partir de aquella mañana, Damián ya no sería únicamente el hombre que había caído por la escalera.

También sería el hombre del que yo había tenido que sobrevivir.

Y, por primera vez desde que murió, decidí dejar de protegerlo.

Capítulo 15 · Hora veintidós

Me dejaron hablar con Lía a las nueve y cuarenta y seis de la noche.

No me entregaron un teléfono. Me llevaron a una sala con una mesa pegada a la pared, un aparato gris y una cámara en la esquina. Celia estaba sentada a mi lado. Leire permanecía detrás del cristal de la puerta, fingiendo revisar una carpeta mientras esperaba que yo dijera algo que pudiera utilizar.

—La llamada será breve —explicó la agente—. Su hermana ha autorizado que la niña hable con usted.

—No necesita autorizar nada. Soy su madre.

—Cinco minutos.

—¿Por qué solo cinco?

—Porque la menor está cansada.

—Yo también.

La agente no respondió.

Marcó el número de Nuria, activó el altavoz y dejó el teléfono sobre la mesa. Antes de salir, miró a Celia.

—Si se habla del caso, tendremos que interrumpir.

—No es un interrogatorio —dijo mi abogada.

—Precisamente.

La puerta se cerró.

El tono sonó una vez.

Dos.

Tres.

Pensé que Nuria no respondería. Que habría decidido proteger a Lía de mí, como si yo fuera otra de las personas que habían entrado en casa con bolsas, cámaras y preguntas.

Contestó al cuarto.

—¿Sí?

—Soy yo.

Mi hermana no dijo mi nombre.

—Espera.

Escuché pasos, una puerta y un murmullo. Después la voz de Lía.

—Mamá.

Solo una palabra.

Fue suficiente para que todo lo que había sostenido durante veintidós horas se deshiciera.

—Hola, mi amor.

—¿Dónde estás?

—Con la policía.

—Todavía.

—Sí.

—La tía dice que tienes que dormir allí.

Miré a Celia.

—Solo esta noche.

No sabía si era verdad. Mi abogada movió apenas la cabeza, pero no me corrigió.

—¿Has cenado? —pregunté.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo.

—Tú tampoco has comido.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La tía.

—La tía no lo sabe todo.

Celia dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Mamá —dijo Lía—, hay gente en la puerta.

—¿Periodistas?

—No sé.

—No salgas.

—No estoy en casa.

—¿Dónde estás?

—En casa de la tía.

La imaginé en el sofá gris de Nuria, con el pijama amarillo, el conejo entre los brazos y una manta demasiado pequeña cubriéndole las piernas. El piso de mi hermana tenía dos

habitaciones. Lía dormiría en la suya, rodeada de ropa que olía a otra casa.

—¿Han ido periodistas allí?

—Una señora llamó al timbre.

—No abras.

—La tía no abrió.

—Bien.

—Dijo que quería preguntarme por papá.

Me incliné sobre la mesa.

—No hables con nadie.

—Ya lo sé.

—Ni con periodistas, ni con vecinos, ni con gente que diga que era amiga de papá.

—¿Y con la policía?

Celia levantó la vista.

—Con la policía puedes hablar si está la tía o una persona que sepa hablar con niños.

—La señora Eva.

—¿Quién es Eva?

—La que me hace preguntas.

—¿Está ahí?

—Se fue.

—¿Qué te preguntó?

Mi abogada me tocó el brazo.

—Mara.

—Solo quiero saber si está bien.

Lía permaneció callada.

—Cariño.

—Me dijo que no tenía que acertar.

—¿Acertar qué?

—Lo que pasó.

—Claro que no.

—Que podía decir que no sabía.

—Sí.

—Y le dije que no sabía.

El alivio llegó demasiado rápido.

Me avergoncé de sentirlo.
—Está bien.
—Pero después me acordé.
La mano de Celia seguía sobre mi brazo.
—¿De qué te acordaste?
—De papá.
—Lía, no tienes que pensar ahora en eso.
—Ella me preguntó qué dijo.
—¿Y qué contestaste?
—Que dijo tu nombre.
—Eso ya lo sabíamos.
—Y otra cosa.
La sala se quedó quieta.
Al otro lado del cristal, Leire dejó de pasar las páginas.
—¿Qué cosa? —pregunté.
—No sé.
—Entonces no te acordaste.
—Sí me acordé, pero no sé si la dijo.
—Eso significa que no estás segura.
—La señora Eva dijo que podía no estar segura.
Celia retiró la mano.
—Lía —dijo—, soy Celia, la abogada de mamá. No tienes que contarnos nada de lo que hablaste con Eva.
—Hola.
—Hola, cariño. Solo queremos saber cómo estás.
—Mal.
Celia cerró los ojos un instante.
—Lo siento mucho.
—¿Vas a sacar a mamá?
—Estoy intentándolo.
—¿Cuándo?
—Muy pronto, espero.
—Mamá ha dicho que mañana.
Celia me miró.
—Estamos haciendo todo lo posible —respondió.
—Eso dicen los médicos.

La frase me dejó sin aire.

Lo había escuchado la noche anterior. La sanitaria agachada frente a mí. Estamos haciendo todo lo posible. Después Damián muerto bajo una sábana.

—No es lo mismo —dije.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Tú vas a volver?

—Claro.

—¿Aunque papá esté muerto?

—Precisamente por eso.

Otra vez.

La palabra de Damián.

Lía la reconoció.

—Hablas como él.

—No.

—Sí.

—Todo el mundo dice precisamente.

—No como tú.

No quise discutir.

—¿Has dormido?

—Un poco.

—¿Has llorado?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—A veces me despierto y tengo la almohada mojada.

Me tapé la boca con una mano.

Celia miró hacia otro lado.

—Quiero estar contigo —dije.

—Pues ven.

—No me dejan todavía.

—¿Por qué?

—Porque tienen que terminar de hacer preguntas.

—La tía dice que creen que empujaste a papá.

Celia se inclinó hacia el teléfono.

—Nadie debería haberte dicho eso.

—Lo escuché en la tele.
—La televisión miente —dije.
—Papá decía eso.
—A veces tenía razón.
—¿Tú lo empujaste?
No hubo preparación.
Ni rodeo.
Mi hija hizo la pregunta que todos llevaban veintidós horas formulando sin atreverse a utilizar exactamente esas palabras.
Miré a la cámara.
Después a Leire detrás del cristal.
—No.
La respuesta salió sin temblar.
—¿Seguro?
—Completamente.
—Entonces ¿por qué no te dejan venir?
—Porque necesitan comprobarlo.
—Pero tú lo sabes.
—Sí.
—Y yo también.
—Claro.
—Entonces diles que yo estaba contigo.
Celia volvió a tocarme el brazo.
—Lía, no tienes que proteger a mamá.
—No la protejo.
—Solo cuenta lo que recuerdes cuando te lo pregunten.
—Recuerdo que estaba conmigo.
—¿Todo el tiempo? —pregunté.
La puerta se abrió.
Leire entró.
No dijo nada. Solo negó con la cabeza.
No podía hacer aquella pregunta.
—Mamá estaba en mi habitación —dijo Lía.
—Sí.
—Y después salió.
—Fui al pasillo.

—A hablar con papá.
—Le pedí que bajara la voz.
—Y después volviste.
—Sí.
—¿Antes del ruido?
Sentí el pulso en el hematoma.
—Antes de que papá cayera.
—No.
La palabra fue pequeña.
Pero llegó completa.
Leire se acercó a la mesa.
—Lía —dijo Celia—, no necesitas seguir hablando de esto.
—Mamá volvió después del primer ruido.
Nadie se movió.
Al otro lado del teléfono se escuchó la voz de Nuria.
—Lía, cariño, dame el teléfono.
—No.
—Ya has hablado suficiente.
—Quiero hablar con mamá.
—Puedes hablar con ella, pero no de anoche.
—¿Por qué?
—Porque te hace daño.
—No me hace daño.
—Lía.
—La señora Eva me preguntó lo mismo.
Leire se sentó frente a mí.
—¿Qué le respondiste a Eva? —pregunté.
Mi abogada me apretó el brazo con fuerza.
—No.
—Quiero saber qué le han hecho decir.
—No le han hecho decir nada —intervino Nuria desde lejos.
—No estaba hablando contigo.
—Pues deberías.
—Pásame con ella.
—Ya estás hablando con ella.
—Sin escuchar.

—Tú tampoco la escuchas.

—Nuria.

—Cada vez que dice algo que no te gusta, la corriges.

La frase me hizo olvidar la cámara.

—Tiene siete años. Está confundida.

—Puede estarlo.

—Lo está.

—Eso no lo decides tú.

—Soy su madre.

—Y yo soy quien lleva todo el día secándole el pelo, intentando que coma y apagando la televisión para que no vea cómo sacan tu cara.

—No has impedido que escuchara que creen que maté a su padre.

—No puedo encerrar el mundo en un armario.

—Podías apagar la televisión antes.

—La encendió mientras yo hablaba con la policía.

—Pues no hables con ellos delante de ella.

—No me dejaron elegir.

—Siempre se puede elegir.

Celia me miró.

La frase había sonado como otra cosa.

—Mamá —dijo Lía.

—Estoy aquí.

—Cuando volviste dijiste que papá se había caído.

El corazón dejó de golpear.

Solo durante un segundo.

—Sí.

—Pero después se cayó otra vez.

Leire no pestañeó.

Celia soltó mi brazo.

—No, cariño —respondí—. Yo volví después de escuchar todo el ruido.

—No.

—Sí.

—Me dijiste: «Papá se ha caído. Yo estaba aquí contigo».

El teléfono parecía estar demasiado cerca.
La sala, demasiado pequeña.
—Te lo dije después —contesté.
—Antes.
—Lía, estabas asustada.
—La película seguía.
—Sí.
—Tú entraste.
—Sí.
—Dijiste que papá se había caído.
—Porque acababa de escuchar la caída.
—Y después hizo el ruido grande.
Leire levantó una mano para impedir que Celia interrumpiera.
Mi abogada la ignoró.
—Terminamos la llamada.
—No —dije.
—Mara.
—Mi hija está mezclando los sonidos.
—No vamos a discutir con una niña por teléfono.
—No discuto.
—La estás corrigiendo.
—Porque no ocurrió así.
Al otro lado, Lía empezó a llorar.
No con el llanto pequeño de la casa.
Con un sollozo fuerte, entrecortado.
—Mamá está enfadada.
—No estoy enfadada contigo.
—Sí.
—Cariño, escúchame.
—Siempre haces esa voz cuando estás enfadada.
—¿Qué voz?
—La tranquila.
Celia tomó el teléfono y lo acercó hacia ella.
—Lía, mamá está muy cansada. No está enfadada contigo.
—Sí está.
—No —dije—. Te quiero.

—Entonces créeme.

El silencio cayó de golpe.

No había una respuesta correcta.

Si decía que la creía, aceptaba que había anunciado la caída antes del segundo impacto.

Si decía que no, me convertía en una madre que llamaba mentirosa a su hija mientras la policía escuchaba.

—Creo que recuerdas lo que puedes —dije.

Leire bajó la vista.

—No es lo mismo.

—No.

—Tú dices que me escuchas, pero no me escuchas.

—Claro que sí.

—Entonces ¿papá se cayó dos veces?

Celia pulsó el botón y terminó la llamada.

La voz de Lía desapareció.

Me levanté.

—¿Qué ha hecho?

—Evitar que siga interrogando a su hija.

—Era mi llamada.

—Y estaba siendo grabada.

—Ya lo sabía.

—No parecía.

Leire permaneció sentada.

—Quiero volver a llamarla.

—No —dijo Celia.

—Está llorando.

—Su tía está con ella.

—Mi hermana acaba de discutir conmigo delante de Lía.

—Usted inició la discusión.

—No sabe nada de Nuria.

—Sé que ahora mismo puede abrazar a su hija y usted no.

La frase me golpeó.

Me aparté de la mesa.

—Necesito salir.

—Volverá a la celda —dijo Leire.

—No quiero verla.

—Eso no cambia el procedimiento.

—He dicho que no quiero verla.

La inspectora se puso de pie.

—La llamada ha terminado.

—Mi hija está confundida.

—Eso lo determinará la especialista.

—La especialista le ha hecho preguntas hasta que consiguió una versión.

—La entrevista está grabada. Su abogada podrá solicitar acceso.

—¿Qué dijo?

Celia se interpuso.

—No responda.

Leire la miró.

—No pensaba hacerlo.

—Entonces ¿por qué sigue aquí?

La inspectora se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de abrir.

—Porque la niña aportó un detalle que no conocíamos.

Sentí un vacío bajo el pecho.

—¿Cuál?

—No hable —ordenó Celia.

Leire abrió la carpeta que llevaba.

—Lía dibujó la habitación y el pasillo. Señaló dónde estaba ella, dónde estaba su madre y desde qué parte de la casa oyó la voz de Damián.

—Los niños dibujan cualquier cosa.

—También dibujó algo en la mano de usted.

—¿Qué?

Celia se volvió hacia la inspectora.

—No entregue información de una entrevista protegida de este modo.

—La señora Sanz tiene derecho a conocer la base de su detención.

—A través de su representación.

—De acuerdo.

Leire tendió una hoja.

Celia dudó antes de cogerla.

Yo vi el dibujo desde el otro lado de la mesa.

Trazos de lápiz.

Una cama rectangular.

Una figura pequeña sentada sobre ella.

Otra más alta junto a la puerta.

La escalera dibujada como una serie de líneas torcidas.

Y, en la mano de la figura alta, una forma oscura con un tejado triangular.

La casa de bronce.

—Eso no ocurrió —dije.

Celia levantó la hoja.

—¿Le enseñaron fotografías?

—No —respondió Leire.

—¿Vio el objeto después?

—Cuando lo encontraron, estaba abajo con su madre.

—Entonces lo vio.

—Sí.

—Puede haberlo incorporado al recuerdo.

—Puede.

—Eso es exactamente lo que pasó —dije.

Leire no me miraba.

Miraba el dibujo.

—¿Qué dijo Lía cuando le preguntaron qué era?

—No conteste —insistió Celia.

—Dijo que era el premio de papá.

—Lo vio dentro de la bolsa.

—Sí.

—Entonces ya está.

—También dijo que su madre lo llevaba hacia arriba.

La garganta se me cerró.

—Nunca subí con el premio.

—Eso sostiene usted.

—Lo sabe Nuria.

—Su hermana no estaba allí.

—Lía tampoco me vio.
—Dice que sí.
—Desde la cama no se ve la escalera.
—Se ve parte del pasillo.
—No el descansillo.
—No ha dibujado el descansillo.
—Porque no sabe lo que dibuja.
En cuanto lo dije quise retirarlo.
Leire levantó la vista.
—Su hija ha sido muy precisa cuando su relato la favorecía.
—No me favorecía.
—La situaba en la habitación.
—Porque estaba allí.
—Ahora que añade un objeto, está confundida.
—Porque vio el premio después.
—Puede ser.
—No puede construir un caso con dibujos de una niña.
—No.
—Entonces deje de hacerlo.
—No estoy construyendo el caso con esto.
Leire señaló la hoja.
—Estoy intentando saber por qué su hija cree que usted llevaba la escultura antes de la caída.
—Porque ustedes llenaron la casa de fotografías, bolsas y preguntas.
—La entrevista se realizó antes de que apareciera el objeto en televisión.
—Lo vio en casa.
—Sí.
—Entonces no hay misterio.
—Hay uno.
La inspectora se acercó.
—Lía dibujó la casa de bronce con una esquina rota.
Miré la figura oscura.
El tejado tenía una pequeña raya en uno de los lados.
La muesca.

La misma que había visto por la mañana cuando Sonia limpiaba.

—El objeto está roto —dije.

—Tiene una muesca pequeña.

—Lía podía conocerla.

—¿Por qué?

—Vivía allí.

—¿Jugaba con el premio?

—No.

—¿Lo tocaba?

—A veces.

—¿Cuándo fue la última vez?

—No sé.

—¿Le gustaba?

—Era una casa pequeña.

—¿Entonces la conocía bien?

—Supongo.

—Eso explica el detalle.

—Sí.

—Pero no explica por qué la dibujó en su mano.

Me acerqué hasta quedar frente a ella.

—Porque tiene siete años y su padre murió. Porque escuchó a adultos hablar del premio. Porque vio sangre. Porque lleva un día entero respondiendo preguntas. Porque su tía le dice que debe contar la verdad como si hubiera una verdad escondida dentro de su cabeza esperando que alguien la saque.

Leire no retrocedió.

—¿Y usted qué le dice?

—Que no se haga daño intentando recordar.

—Le dice que solo hubo una caída.

—Porque la hubo.

—Que usted permaneció con ella.

—Porque estuve.

—Que la voz podía ser de la película.

—Podía serlo.

—Y que el objeto cayó con Damián.

—Sí.

—No estaba allí para verlo.
—Es la única explicación.
—No.
La inspectora recogió el dibujo de manos de Celia.
—Es la única explicación que acepta.
La agente abrió la puerta.
—Terminamos —dijo mi abogada.
Leire salió primero.
Celia esperó a que desapareciera.
—No debería haber llamado.
—Era mi hija.
—Precisamente por eso.
—No utilice esa palabra.
—Mara, la llamada ha sido desastrosa.
—Lía está confundida.
—Quizá.
—No me cree.
—Creo que una niña sometida a estrés puede mezclar tiempos, imágenes y conversaciones.
—Entonces estamos de acuerdo.
—También creo que usted intentó dirigir cada respuesta.
—Intentaba tranquilizarla.
—Le preguntó si estaba con ella todo el tiempo.
—Quería saber qué había dicho a la policía.
—Eso no es tranquilizarla.
Me apoyé contra la pared.
—¿Qué debía hacer? ¿Dejar que crea que maté a su padre?
—Decirle que la quiere y que los adultos resolverán lo ocurrido.
—Los adultos llevan un día intentando encerrarme.
—Y cada vez que usted intenta ayudarlos, les da algo nuevo.
—No llevé el premio arriba.
—Bien.
—No golpeé a Damián.
—Bien.
—No estaba en el descansillo.
—Bien.

—Mi hija está mezclando los recuerdos.

Celia guardó el bolígrafo.

—Entonces tendremos que demostrarlo sin destruirla.

La agente esperaba fuera.

Antes de salir, mi abogada me sostuvo la mirada.

—No vuelva a hablar con Lía del caso.

—Es mi hija.

—Precisamente.

Esta vez la palabra no sonó como Damián.

Sonó como una advertencia.

Regresé a la celda.

La mujer de al lado estaba dormida o fingía estarlo. Me tumbé sobre el colchón y cerré los ojos.

La llamada volvió entera.

Mamá volvió después del primer ruido.

Dijiste que papá se había caído.

Y después hizo el ruido grande.

Pensé en los niños y en la forma en que construyen los recuerdos. Una palabra escuchada después puede colocarse antes. Un objeto visto al amanecer puede aparecer en mitad de la noche. Una explicación repetida suficientes veces puede adquirir el peso de algo vivido.

Eso decía Leire de mí.

Que repetía una versión hasta convertirla en verdad.

Pero Leire no entendía que las madres hacemos eso constantemente. Explicamos el mundo para que nuestros hijos puedan soportarlo.

Les decimos que no hay monstruos bajo la cama.

Que una inyección no dolerá.

Que estaremos de vuelta enseguida.

Que su padre se cayó una sola vez.

No son mentiras.

Son versiones de la realidad que permiten dormir.

Giré hacia la pared.

Por primera vez desde que me detuvieron, deseé que Lía dejara de recordar.

No porque hubiera visto algo.
Sino porque cada recuerdo nuevo la alejaba un poco más de mí.

Capítulo 16 · Hora veinticinco

Me despertaron para enseñarme cómo había caído mi marido.

La agente abrió la celda y pronunció mi apellido. Durante unos segundos no recordé dónde estaba. Vi la luz amarillenta, el colchón de plástico y el inodoro detrás del muro, pero mi cabeza seguía en la habitación de Lía. En su cama. Con la película reproduciéndose entre las dos.

—Sanz.

Me incorporé.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—¿De la noche?

La mujer no respondió.

Era mediodía.

Había dormido quizá veinte minutos.

—Su abogada la espera.

Me condujeron a la misma sala donde había hablado con Lía. Celia estaba junto a la ventana, aunque la ventana no daba al exterior. Era un cristal opaco que separaba la habitación de un pasillo administrativo. Llevaba el abrigo sobre el brazo y una carpeta mucho más gruesa que la anterior.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Van a practicar una reconstrucción en la casa.

—¿Ahora?

—Ya han empezado.

—Quiero estar.

—No.

—Es mi casa.

—Está precintada.

—La escalera es mía.

Celia dejó la carpeta sobre la mesa.

—La escalera pertenece a la escena investigada.

—No es una escena. Es mi casa.

—Mara.

—¿Está Lía allí?

—No. Sigue con Nuria.

—Entonces quiero llamarla.

—No vamos a volver a hablar de su hija por teléfono mientras la policía escucha.

—¿Cómo está?

—Ha comido algo. Durmió unas horas.

—¿Ha vuelto a hablar con Eva?

—No que yo sepa.

Me senté.

—¿Por qué me han traído?

—Porque la inspectora quiere mostrarle los resultados preliminares antes de que declare ante el juez.

—¿Para asustarme?

—Para observar su reacción.

Miré la cámara de la esquina.

—¿Está encendida?

—Probablemente.

—No tiene luz.

—Eso no significa nada.

La puerta se abrió.

Leire entró acompañada por el hombre de barba canosa que había examinado la barandilla. Ahora llevaba un traje gris, sin corbata, y una carpeta rígida bajo el brazo.

—Señora Sanz —dijo—. Soy Ernesto Vidal, especialista en reconstrucción de accidentes.

—No fue un accidente, según ustedes.

Vidal miró a Leire.

—Mi trabajo es determinar la dinámica física, no la intención.

—Entonces determine que se cayó y déjeme volver con mi hija.

Celia me tocó la rodilla bajo la mesa.

Leire colocó un ordenador portátil frente a nosotras.

—No tiene obligación de hacer comentarios —dijo—. Solo queremos que vea esto.

—¿Y después?

—Después podrá decidir con su abogada si desea ampliar declaración.

—No deseo.

—Escuche primero.

Vidal conectó el equipo a la pantalla de la pared.

Apareció una fotografía de nuestra escalera.

La habían tomado desde el salón. Sin Damián, sin sanitarios y sin personas moviéndose alrededor, parecía más grande. Las manchas estaban señaladas con círculos, flechas y números. Habían colocado una silueta roja en el descansillo y otra al pie del tramo inferior.

—Hemos realizado varias pruebas con un maniquí articulado de peso y altura aproximados a los del señor Llorca —explicó Vidal—. No pretendemos reproducir cada lesión, sino analizar recorridos posibles.

—¿Han tirado un muñeco por mi escalera?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Doce.

Pensé en Nuria escuchando los golpes desde su casa, aunque ya no estaba allí. En los vecinos detrás de las ventanas. En los periodistas esperando que una figura con el peso de Damián apareciera rodando por los escalones.

—En ninguna de las pruebas —continuó Vidal— una caída iniciada desde la parte superior produjo la posición final en la que se encontró el cuerpo.

—Un maniquí no es una persona.

—No.

—Entonces no demuestra nada.

—Aporta información.

Pulsó una tecla.

Apareció un vídeo.

Un muñeco vestido con ropa oscura estaba de pie en la parte superior. Alguien lo empujaba desde fuera de cuadro. El cuerpo caía

de lado, golpeaba dos peldaños y quedaba atrapado contra la barandilla antes de llegar al descansillo.

Segundo vídeo.

Esta vez lo inclinaban de espaldas.

El maniquí rodaba hasta el descansillo, giraba y se detenía allí, con una pierna colgando sobre el segundo tramo.

Tercer vídeo.

Lo lanzaban con más fuerza.

El cuerpo atravesaba el descansillo y continuaba bajando, pero terminaba pegado a la pared, no donde habían encontrado a Damián.

—¿Y? —pregunté.

Vidal congeló la imagen.

—La escalera tiene dos tramos con direcciones distintas. Para que una persona continúe desde el superior hasta el inferior sin detenerse, debe conservar suficiente impulso y cambiar aproximadamente noventa grados en el descansillo.

—Eso hizo.

—Es posible.

—Entonces ya está.

—Pero en ese caso esperaríamos un patrón de transferencia más continuo.

—No sé qué significa.

Vidal mostró otra fotografía.

Sangre sobre la barandilla.

La gota que Lía había visto.

—En el tramo superior hay una pequeña mancha, fibras de la camisa y una rozadura en la pared. En el descansillo encontramos sangre, una marca de rodilla, dos impresiones parciales de calzado y señales de contacto en la barandilla.

—¿De quién son las huellas?

—Una coincide con el zapato derecho de Damián.

El único que seguía puesto.

—Entonces estuvo allí.

—Sí.

—Cayó allí.

—Probablemente.
—¿Y la otra?
Leire respondió:
—Todavía no ha sido identificada.
—¿De qué tamaño?
—Menor que la de Damián.
Celia se inclinó.
—¿Coincide con el pie de mi clienta?
—No llevaba calzado —dijo Leire.
—Entonces no.
—La impresión corresponde a una suela.
—Podía ser antigua.
—Está parcialmente superpuesta a sangre diluida.
Miré la fotografía.
No se distinguía una huella completa. Solo líneas, una curva y pequeños cuadrados.
—Sonia —dije—. Limpió esa mañana.
—Ya hemos tomado sus zapatillas de trabajo.
—¿Coinciden?
—No.
—¿Nuria?
—Tampoco.
—¿Ariadna?
Leire no respondió enseguida.
—Estamos comparando.
—Entonces era ella.
—No lo sabemos.
—Entró anteayer. Tocó el premio. Pudo llevar esos zapatos.
—Ariadna afirma que permaneció en la planta baja.
—Ariadna miente.
—Eso también lo sabemos.
Vidal pasó a otra imagen.
Una fotografía de la mano derecha de Damián.
—La lesión de la muñeca se produjo antes de algunas de las fracturas torácicas.
—¿Cómo pueden saber eso?

—Por el patrón de inflamación y hemorragia.

—Estaba vivo durante toda la caída.

—Sí. Pero el orden importa.

El especialista señaló la muñeca.

—Creemos que esta lesión pudo producirse al agarrarse a la barandilla del descansillo.

La imagen cambió.

La madera mostraba una mancha oscura y dos pequeñas marcas paralelas.

—¿Intentó detenerse? —preguntó Celia.

—Eso parece.

—Entonces la primera caída no lo dejó inconsciente.

—No necesariamente.

Sentí un hormigueo bajo el hematoma.

—Lía dijo que habló —añadió Leire—. Esto lo hace físicamente posible.

—Siempre fue posible.

—Usted insistió en que no pudo detenerse ni levantarse.

—Porque vi cómo estaba abajo.

—Después del segundo tramo.

—Después de caer entero.

Vidal reprodujo otro vídeo.

Esta vez el maniquí estaba tumbado en el centro del descansillo. Lo colocaron de lado, con la cabeza orientada hacia la pared de cristal. Alguien levantó una pierna y dejó que el cuerpo se deslizara por el tramo inferior.

Llegó al suelo con una posición parecida a la de Damián.

Brazo derecho bajo la espalda.

Pierna izquierda cruzada.

Cabeza cerca de la alfombra.

—Eso no demuestra que estuviera tumbado allí —dije.

—No.

—Solo que lo colocaron como necesitaban.

—La posición reproduce mejor el recorrido de las lesiones inferiores.

—Porque ya conocen dónde terminó.

—Precisamente.

Otra vez aquella palabra.

—¿Qué pretenden decir? —pregunté.

Vidal cerró el vídeo.

—Que la caída pudo tener dos fases.

—Rebotó.

—Una fase desde el tramo superior hasta el descansillo. Una pausa. Y una segunda caída desde el descansillo hasta el recibidor.

—Eso es un rebote.

—Un rebote dura una fracción de segundo.

—Lía no sabe cuánto duró el silencio.

—La llamada de su vecina aporta un intervalo.

—Carmen estaba fuera.

—Oyó una primera secuencia, una voz y después un segundo impacto —dijo Leire.

—Oyó la televisión.

—La película no contiene ninguna voz masculina que pronuncie Mara en esos minutos.

Me quedé callada.

No había pensado que revisarían la película.

Por supuesto que lo harían.

Todo podía convertirse en una prueba si alguien tenía tiempo suficiente para colocarlo bajo una luz blanca.

—¿Cómo saben en qué minuto estaba? —preguntó Celia.

—El historial de reproducción conserva la posición aproximada en la que se detuvo.

—Aproximada.

—Sí.

—¿Y no hay ninguna palabra parecida?

—No.

—¿Un golpe?

—Hay música. No coincide temporalmente con las secuencias descritas.

Celia tomó notas.

—¿Han determinado cuánto tiempo pudo permanecer Damián en el descansillo?

Vidal miró una hoja.

—No con precisión. El intervalo mínimo compatible con los testimonios sería de varios segundos. El máximo, quizá algo más de un minuto.

—Dos minutos —dije.

Leire me miró.

—¿Qué?

—Llevan todo el día diciendo que tardé dos minutos en llamar.

—Dos minutos y treinta segundos entre el aviso de Carmen y su llamada.

—Entonces ese tiempo pudo ser la pausa. Damián estaba cayendo, se detuvo y después siguió. Yo bajé cuando terminó.

La inspectora permaneció inmóvil.

Celia dejó de escribir.

Comprendí demasiado tarde lo que acababa de hacer.

Había llenado el intervalo.

—¿Cómo sabía que existía una pausa tan larga? —preguntó Leire.

—No lo sabía.

—Acaba de situar esos dos minutos entre las dos caídas.

—Estoy utilizando sus datos.

—Hasta ahora afirmaba que la caída fue continua.

—Porque eso creía.

—Y ahora acepta que pudo detenerse.

—Acepto que ustedes dicen que pudo.

—¿Por qué no llamó después del primer impacto?

—Porque no sabía qué era.

—Su hija dice que entró en la habitación y anunció que Damián se había caído.

—Está confundida.

—Entonces usted no sabía qué había ocurrido.

—No.

—Pero acaba de sugerir que permaneció en el descansillo durante el tiempo que falta antes de su llamada.

—No he dicho eso.

—Ha dicho que el intervalo podía corresponder a la pausa.

—Como hipótesis.

—Una hipótesis nueva.

Celia cerró el bolígrafo.

—Mi clienta no responderá más.

Leire seguía mirándome.

—No era una respuesta —dije—. Solo intento entender lo que me enseñan.

—¿Lo está entendiendo?

—Sí.

—¿Qué entiende?

—Que Damián cayó hasta el descansillo, quedó allí unos segundos y después continuó bajando.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Cómo?

—Pudo intentar levantarse.

—Tenía una lesión craneal importante.

—Estaba consciente.

—Sí.

—También una muñeca lesionada.

—Podía moverse.

—Posiblemente.

—Entonces se incorporó, perdió el equilibrio y volvió a caer.

Vidal se sentó por primera vez.

—Es una posibilidad.

—Gracias.

—Pero no explica algunas marcas.

—¿Cuáles?

El especialista abrió otra imagen.

La pared del descansillo.

Una rozadura gris, irregular, a unos noventa centímetros del suelo.

—Aquí encontramos partículas metálicas.

—¿De la barandilla?

—No. Bronce.

La casa de Damián apareció en la pantalla.

La pequeña escultura estaba fotografiada desde todos los ángulos. El tejado tenía sangre. La base, cabello. Una de las esquinas mostraba una zona más clara, como si hubiera rozado una superficie áspera.

—La composición coincide con el objeto —dijo Vidal.

—Entonces cayó con él.

—Eso no explica cómo llegó al descansillo y después terminó debajo de la consola.

—Rebotó.

—El objeto pesa tres kilos y medio. Para producir esa marca tuvo que impactar contra la pared con cierta fuerza.

—Durante la caída.

—Después de golpear la cabeza de Damián.

—Sí.

—¿Y luego salió despedido hacia la planta baja?

—Sí.

—Pero apareció debajo de un mueble situado en dirección contraria.

—Alguien lo movió.

—Los sanitarios lo niegan.

—Podían no recordarlo.

—Todos coinciden.

—Entonces fue Ariadna.

Leire se acercó al ordenador.

—Ariadna no estaba dentro.

—Eso dice ella.

—No hay huellas suyas en el tramo superior ni en el descansillo.

—Tocó el premio.

—Anteayer.

—Pudo entrar anoche, golpear a Damián, tirar el objeto y salir.

—¿Sin que usted la viera?

—Yo estaba con Lía.

—¿Sin que Damián gritara su nombre?

—Dijo Mara porque me necesitaba.

—¿Y usted no acudió?

—No lo escuché.

—Pero su hija sí.

—Ya hemos hablado de esto.

Leire pulsó otra tecla.

Apareció el plano de la planta superior.

La habitación de Lía.

El pasillo.

El dormitorio principal.

La escalera.

—La acústica de la casa permite localizar aproximadamente el origen de una voz. Hemos realizado pruebas con tres hombres situados en distintos puntos.

—¿Han hecho que desconocidos griten mi nombre en mi casa?

—Sí.

La palabra sonó peor por la naturalidad con que la dijo.

—Desde la habitación de Lía, la voz pronunciada en la planta baja se percibe amortiguada y parece provenir del hueco general de la escalera. Desde el descansillo, en cambio, se escucha clara y lateral.

—¿Y?

—Lía señaló el descansillo.

—Porque después vio sangre allí.

—Lo señaló antes de conocer los hallazgos.

—Vio la gota.

—Después.

—No puede saber qué vio una niña en mitad de todo aquello.

—No. Pero su descripción coincide con el análisis.

—Su análisis está construido para coincidir con ella.

Vidal cerró el portátil.

—Señora Sanz, no estamos tratando de demostrar que una persona concreta provocó la segunda caída.

—Claro que sí.

—Intentamos establecer si pudo producirse de manera accidental.

—Y pudo.

—Sí.

La respuesta me sorprendió.

Leire también lo miró.

Vidal continuó:

—Damián pudo caer hasta el descansillo, quedar desorientado, intentar incorporarse y precipitarse por el segundo tramo sin intervención de nadie.

—Eso ocurrió.

—Es físicamente posible.

—Entonces pueden soltarme.

—La dinámica física no resuelve los demás indicios —dijo Leire.

—Pero elimina el asesinato.

—No. Introduce una alternativa.

—Una alternativa razonable.

—Quizá.

—¿Qué falta?

La inspectora colocó una fotografía nueva sobre la mesa.

No estaba en el ordenador.

Era una ampliación de la barandilla.

En la parte interior, casi oculta bajo el pasamanos, aparecían cuatro manchas alargadas.

—Sangre de Damián —dije.

—Sí.

—Se agarró.

—Eso creemos.

—Entonces estaba intentando no caer.

—Sí.

—Y perdió la fuerza.

—Puede ser.

—¿Qué más?

Leire puso otra fotografía al lado.

El hematoma de mi brazo.

Cuatro dedos oscuros.

La misma forma.

—Las distancias entre las marcas son compatibles con la mano izquierda de Damián.

—Ya lo dije.

—Sí.

—Me agarró abajo.

—Eso afirmó primero. Después dijo que la marca se produjo antes de que subiera.

—Me agarró dos veces.

Celia giró la cabeza.

La frase ya estaba fuera.

—¿Dos veces? —preguntó Leire.

—Sí.

—Nunca mencionó una segunda sujeción.

—Porque no la recordaba.

—¿Cuándo ocurrió?

—En la discusión. Me agarró junto al primer peldaño. Después, cuando lo encontré abajo, volvió a hacerlo.

—¿Sobre el mismo lugar del brazo?

—Sí.

—¿Con la misma mano?

—No sé.

—¿Dejó dos marcas superpuestas?

—Puede ser.

Leire esperó.

—Mara —dijo Celia—, no continúe.

—Damián me agarraba siempre del mismo brazo.

—¿Por qué? —preguntó la inspectora.

—Porque era diestro.

—La mano derecha estaba fracturada al final de la caída.

—Antes no.

—Entonces la primera sujeción sería con la derecha.

—Sí.

—Pero el patrón del hematoma coincide mejor con una mano izquierda colocada desde atrás.

No comprendí.

Leire se levantó y se colocó a mi espalda.

—No me toque.

—No voy a hacerlo.

Extendió su mano izquierda en el aire, junto a mi brazo.

—Si alguien está frente a usted y la agarra con la mano derecha, el pulgar queda hacia el interior. Sus marcas muestran el pulgar en la parte posterior.

Vidal se acercó.

—Es más compatible con una persona situada a su izquierda o detrás, intentando sujetarla mientras ella se aleja.

Me cubrí el hematoma.

—No es una fotografía exacta de una mano.

—No.

—Pudo girarse.

—Sí.

—Pudo sujetarme abajo de cualquier forma.

—También.

—Entonces no demuestra nada.

—No por sí solo.

La inspectora regresó a su sitio.

—Pero en el descansillo, Damián dejó sangre al agarrarse a la barandilla con la mano derecha. Bajo las uñas de la izquierda había fibras de su camisón.

—Me agarró al pie de la escalera.

—Su mano izquierda tenía muy poca sangre en la palma.

—Ya lo sé.

—Eso sugiere que agarró su ropa antes de llegar al charco inferior.

—No.

—En el descansillo.

—No estaba allí.

—O en el tramo superior.

—No.

—¿Dónde, entonces?

—Abajo.

—El patrón no encaja.

—A veces los patrones se equivocan.

—Los patrones no. Las interpretaciones, sí.

—Pues su interpretación está mal.

La puerta se abrió.

Vega apareció con una hoja en la mano.

No dijo nada. Se acercó a Leire y se la entregó.

La inspectora leyó.

Después volvió a mirar mi brazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Celia.

Leire dejó el papel sobre la mesa.

—Han identificado la segunda impresión del descansillo.

—¿De quién es? —pregunté.

La inspectora no respondió inmediatamente.

—No coincide con Ariadna.

Sentí una decepción inmediata.

—¿Con Iván?

—No.

—¿Entonces?

Leire deslizó la hoja hacia Celia.

Mi abogada la leyó.

Sus labios se separaron apenas.

—¿Qué? —insistí.

Celia volvió la página hacia mí.

Había una fotografía de una suela.

Pequeños cuadrados en la parte delantera.

Una curva lisa junto al talón.

Debajo aparecía la imagen de unas zapatillas.

Las reconocí.

No eran las que llevaba en comisaría.

Eran unas zapatillas grises, viejas, con una mancha de lejía en un lateral. Las utilizaba dentro de casa cuando hacía frío. Habían aparecido en el armario del recibidor.

—La huella es parcial —dijo Celia—. No pueden afirmar una coincidencia absoluta.

—La talla, el dibujo y el desgaste del talón son compatibles —respondió Leire.

—Cientos de zapatillas tendrán esa suela.

—Probablemente.

—Yo estaba descalza —dije.

La inspectora me miró.

—Eso declaró.
—Las zapatillas estaban guardadas.
—En el armario del recibidor.
—Sí.
—Una de ellas tenía restos de sangre en la suela.
La habitación se quedó inmóvil.
—¿De Damián?
—El análisis rápido es positivo para sangre humana. El ADN tardará.
—Pisé después.
—Dijo que estaba descalza.
—Me las puse en algún momento.
—¿Cuándo?
—No recuerdo.
—Los sanitarios la encontraron descalza.
—Entonces me las quité.
—¿Por qué?
—Podían molestarme para hacer la reanimación.
—¿Se quitó las zapatillas antes de llamar?
—No lo sé.
—¿Dónde las dejó?
—En el recibidor.
—Aparecieron juntas dentro del armario.
—Alguien las guardó.
—Los sanitarios niegan haberlo hecho.
—Nuria.
—Llegó después.
—Un policía.
—Nadie reconoce haberlas tocado.
—Entonces las guardé yo.
Celia cerró los ojos.
Leire se inclinó hacia delante.
—¿Antes o después de llamar?
—No lo sé.
—¿En los dos minutos que faltan?
—No.

—¿Cuándo?
—No recuerdo.
—¿Subió al descansillo con esas zapatillas?
—No.
—La suela dice que sí.
—La huella podía ser anterior.
—Está sobre sangre.
—Sonia pudo moverlas durante la limpieza.
—Sonia no llevaba ese calzado.
—Pudo utilizar mis zapatillas.
—¿Por qué?
—No sé.
—¿Damián?
—No le servían.
—¿Lía?
—Tampoco.
Leire señaló la imagen.
—La sangre está parcialmente diluida, como si la suela hubiera pisado una zona recién limpiada o húmeda.
—Sonia fregó por la mañana.
—La sangre no estaba allí por la mañana.
—Entonces no sé.
—Nos ha dado cinco explicaciones en menos de un minuto.
—Porque ustedes quieren una explicación para algo que no recuerdo.
—¿Se puso las zapatillas antes de subir detrás de Damián?
—No.
—¿Llevaba la escultura?
—No.
—¿Lo encontró vivo en el descansillo?
—No.
—¿La agarró allí?
—No.
—¿Lo ayudó a levantarse?
—No.
—¿Lo empujó por el segundo tramo?

—No.

La última palabra salió más fuerte.

Más limpia.

Leire no apartó la mirada.

—Entonces alguien utilizó sus zapatillas, pisó la sangre de Damián en el descansillo, bajó, se las quitó, las guardó juntas dentro del armario y dejó que usted hiciera la llamada descalza.

—Sí.

—¿Quién?

—Ariadna.

—No coinciden con su talla.

—Pudo usarlas igual.

—Son dos números más pequeñas.

—Iván.

—Cuatro números.

—No sé.

—¿Damián?

—No.

—¿Lía?

Me puse de pie.

—No pronuncie su nombre.

—Es la única otra persona que estaba en la casa.

—Mi hija no pisó esa sangre.

—Entonces queda usted.

—No.

—La huella está en el descansillo.

—No subí.

—Su camisón tenía una astilla de allí.

—Me apoyé al bajar.

—Bajaba descalza.

—Sí.

—Pero la huella corresponde a sus zapatillas.

—No sé cómo llegó.

—Su hija la dibujó llevando el premio hacia arriba.

—Está confundida.

—La vecina oyó dos secuencias.

—Está equivocada.
—Damián tenía sus fibras bajo las uñas antes de llegar abajo.
—Me agarró en la planta baja.
—La sangre de su suela está en el descansillo.
—No es mía.
—La zapatilla sí.
—No significa que la llevara yo.
—No.
Leire también se puso de pie.
Quedamos frente a frente.
—Pero cada vez hay menos cosas en esa casa que puedan explicar otra persona.
Celia se colocó entre las dos.
—La entrevista ha terminado.
La inspectora recogió las fotografías.
—Declara ante el juez mañana a primera hora.
—Solicitaré su libertad —dijo Celia.
—Por supuesto.
—La reconstrucción admite una segunda caída accidental.
—También admite una provocada.
—No hay prueba directa.
—Todavía.
Celia guardó sus papeles.
Leire se dirigió a la puerta.
—Inspectora —dije.
Se volvió.
—Damián estaba vivo en el descansillo.
No era una pregunta.
Leire esperó.
—Eso cree.
—Sí.
—¿Consciente?
—Probablemente.
—¿Podía hablar?
—Sí.
—¿Podía levantarse?

—Tal vez.

—Entonces pudo caer solo.

—Sí.

La respuesta me calmó.

No mucho.

Lo suficiente.

—¿Y por qué sigue mirándome como si supiera que no lo hizo?

Leire sostuvo la carpeta contra el pecho.

—Porque alguien guardó sus zapatillas después de que él terminara de caer.

La puerta se cerró.

Me quedé mirando la fotografía de la huella que Celia todavía tenía sobre la mesa.

Pequeña.

Incompleta.

Una curva, algunos cuadrados y una línea de sangre diluida.

—Pudo ser anterior —dije.

Mi abogada no respondió.

—La técnica puede estar equivocada.

—Sí.

—Sonia pudo ponerse mis zapatillas.

—Sí.

—O alguien las utilizó para incriminarme.

Celia guardó la hoja.

—Sí.

Todas las explicaciones eran posibles.

Eso debía bastar.

En una investigación no importaba cuál historia parecía más limpia. Importaba cuál podían demostrar.

—Mara —dijo Celia—. Necesito hacerle una pregunta y quiero que piense antes de responder.

—No subí.

—No le he preguntado eso.

—Pero va a hacerlo.

—¿Sabía antes de hoy que Damián había quedado vivo en el descansillo?

La respuesta correcta era no.

La sabía.

—No.

Celia me observó.

—¿Completamente segura?

—Sí.

Guardó la carpeta.

No dijo que me creyera.

La agente regresó para llevarme a la celda.

Mientras caminábamos por el pasillo pensé en el vídeo del maniquí. En la forma en que quedaba detenido en el centro del descansillo, con una pierna colgando sobre el segundo tramo.

Damián no había quedado así.

Damián había intentado incorporarse.

Había apoyado la mano derecha en la barandilla.

Había pronunciado mi nombre.

Y alguien había estado lo bastante cerca para que pudiera arrancarle fibras grises con la mano izquierda.

Todo eso era lo que la policía creía.

Todo eso era lo que podían demostrar a medias.

Pero entre estar vivo en un descansillo y caer por segunda vez cabían muchas posibilidades.

Una pérdida de equilibrio.

Un mareo.

Una barandilla defectuosa.

Una mano.

La diferencia entre ellas podía durar menos de un segundo.

Y ningún especialista podía reconstruir una decisión.

Capítulo 17 · Hora veintinueve

La entrevista de Lía duraba cuarenta y siete minutos.

Yo solo pude soportar nueve antes de pedir que la detuvieran.

—No —dijo Leire.

Estábamos en una sala sin ventanas, frente a una pantalla demasiado grande. Celia se encontraba a mi derecha, con una libreta abierta sobre las rodillas. Leire había elegido sentarse al otro lado de la mesa, desde donde podía observar al mismo tiempo la grabación y mi cara.

La cámara mostraba una habitación que pretendía no parecer una dependencia policial.

Había paredes amarillas, una alfombra con animales, una caja de lápices y dos sillones pequeños. En una esquina descansaba una casa de muñecas. Todo estaba limpio, ordenado y colocado con tanto cuidado que resultaba más inquietante que una sala de interrogatorios.

Lía aparecía sentada en el suelo.

Llevaba el pijama amarillo de la noche anterior y una sudadera de Nuria que le quedaba demasiado grande. El conejo estaba tumbado sobre sus piernas. Le acariciaba una oreja mientras una mujer de pelo rizado se sentaba frente a ella.

Eva.

La especialista.

—¿Sabes por qué estamos hablando? —preguntaba en la grabación.

Lía asintió.

—¿Puedes decírmelo?

—Porque papá se murió.

—Sí. Lo siento mucho.

—Todo el mundo lo siente.

Eva esperó unos segundos.

—También queremos entender qué ocurrió.

—Se cayó.
—¿Tú lo viste?
—No.
—Entonces ¿cómo lo sabes?
—Mamá me lo dijo.
Celia escribió algo.
Leire miró hacia mí.
—Deténgalo —pedí.
—Acaba de empezar.
—Mi hija no debería estar hablando de esto.
—La entrevista ya se realizó.
—Entonces no necesito verla.
—Su abogada solicitó acceso.
Miré a Celia.
—Era necesario conocer su contenido antes de la comparecencia judicial.
—No quiero escucharla.
—Yo sí —respondió.
Leire volvió a pulsar la pantalla.
Eva no llevaba papeles. No anotaba. Mantenía las manos abiertas sobre las rodillas y hablaba con una voz que habría tranquilizado a cualquier niño. Eso era lo peligroso. No parecía estar buscando nada. Parecía dispuesta a esperar hasta que Lía se lo entregara.
—¿Mamá te dijo cómo se cayó papá?
—Por la escalera.
—¿Te contó por qué?
—Tropezó.
—¿Tú viste que tropezara?
—No.
—¿Entonces cómo lo sabes?
Lía acarició el conejo.
—Mamá dice que fue así.
—¿Cuándo te lo dijo?
—Muchas veces.
Sentí la mirada de Leire.

—Eso es normal —dije—. Una niña pregunta qué ocurrió y su madre se lo explica.

—No haga comentarios —advirtió la inspectora.

—Estoy con mi abogada.

—Y esto no es una declaración.

—Entonces puedo hablar.

Celia apoyó una mano sobre la libreta.

—Escuchemos primero.

En la pantalla, Eva sacó tres muñecos de una cesta. Una mujer, un hombre y una niña.

—¿Puedes enseñarme dónde estabais?

Lía colocó a la niña sobre una cama de madera.

Después puso a la mujer junto a ella.

—¿Y papá?

Dejó al hombre en la planta inferior de la casa de muñecas.

—Abajo.

—¿Qué hacía?

—Estaba enfadado.

—¿Cómo sabes que estaba enfadado?

—Porque hablaba fuerte.

—¿Qué decía?

—No sé.

—¿A quién hablaba?

Lía señaló a la mujer.

—A mamá.

—Pero mamá está aquí, en la habitación contigo.

Mi hija miró los muñecos.

Cogió a la mujer y la llevó hasta el pasillo de la casa.

—Salió.

—¿Cuándo?

—Antes.

—¿Antes de qué?

—Del ruido.

—¿Qué ruido?

Lía dejó caer el muñeco del hombre por la escalera de madera.

Golpeó dos peldaños y quedó boca abajo.

El sonido fue pequeño, hueco.

Mi cuerpo lo reconoció.

—¿Eso escuchaste? —preguntó Eva.

—Más fuerte.

—¿Un solo ruido?

Lía tomó el muñeco, lo colocó otra vez arriba y volvió a soltarlo.

—Primero hizo así.

Después lo levantó del suelo, lo puso en el descansillo de la casa y lo dejó caer por el tramo inferior.

—Y después así.

—¿Hubo silencio entre los dos?

—Sí.

—¿Cuánto?

Eva abrió los brazos.

—¿Así?

Esperó un segundo.

Lía negó.

—¿Más?

Eva esperó tres.

Mi hija siguió negando.

Cinco segundos.

Lía inclinó la cabeza.

—Un poco más.

Celia dejó de escribir.

—Los niños no calculan el tiempo correctamente —dije.

Leire mantuvo los ojos en la pantalla.

—Nadie ha dicho que lo hagan.

Eva esperó diez segundos.

En la grabación, el silencio se volvió insoportable. Lía empezó a mover los pies y a tirar de un hilo de la sudadera.

—¿Así? —preguntó la mujer.

—Puede.

—¿Qué ocurrió durante ese silencio?

—Papá dijo «Mara».

—¿Algo más?

—Creo que dijo «para».

Sentí que algo se cerraba dentro de mí.

La palabra no había aparecido antes.

No en la llamada.

No en el dibujo.

No en ninguna de las versiones que Leire me había repetido.

—Deténgalo —dije.

Esta vez la inspectora obedeció.

La imagen quedó congelada con Lía mirando el muñeco.

—¿Por qué no me habían contado eso?

—Porque no estamos seguros de que lo dijera.

—Mi hija acaba de decirlo.

—Ha dicho que cree haberlo oído.

—¿Qué palabra?

—Puede ser para. También basta, Mara, espera o cualquier sonido similar.

—¿Por qué lo ocultó?

—No se le ocultó. La entrevista infantil se realiza bajo condiciones de protección.

—Estoy detenida por esa entrevista.

—No únicamente.

—Pero la han utilizado.

Celia intervino:

—¿La palabra figura en la solicitud de prisión?

—Como manifestación no concluyente.

—Quiero copia completa del vídeo y la transcripción.

—La tendrá.

—Antes de la comparecencia.

—Sí.

Miré otra vez a Lía.

Tenía la cabeza inclinada y el pelo pegado a la mejilla. Nadie se lo había recogido como yo. Nuria siempre tiraba demasiado del cepillo y mi hija terminaba quitándose las gomas.

—¿Qué más dijo? —pregunté.

Leire reprodujo el vídeo.

—¿Dónde estaba mamá cuando papá habló? —preguntaba Eva.

Lía colocó el muñeco de la mujer en la habitación.

Después lo retiró.
Después volvió a colocarlo.
—No sé.
—Está bien no saberlo.
—Estaba conmigo.
—¿La viste?
—Sí.
—¿Dónde?
—En la puerta.
—¿Dentro o fuera?
—Dentro.
—¿Qué hizo?
—Me dijo que papá se había caído.
—¿Antes o después del segundo ruido?
Lía dejó de acariciar el conejo.
—Antes.
—¿Estás segura?
—Sí.
—¿Qué palabras utilizó mamá?
Mi hija levantó la cabeza.
—«Papá se ha caído. Yo estaba aquí contigo».
Celia escribió la frase completa.
Yo no podía apartar la mirada de la pantalla.
—¿Por qué te dijo que estaba contigo? —preguntó Eva.
—Porque estaba conmigo.
—¿Necesitaba recordártelo?
—No sé.
—¿Tú habías preguntado dónde estaba?
—No.
—¿Te pidió que se lo contaras a alguien?
—No.
El aire regresó a mis pulmones.
—¿Te dijo qué debías decir a la policía?
—No.
—¿A la inspectora Leire?
—No.

—¿A la tía?
—No.
—¿Te dijo alguna vez que papá se había caído una sola vez?
—Sí.
—¿Cuántas?
Lía levantó cuatro dedos.
Después añadió otro.
—Muchas.
—¿Y tú qué le decías?
—Que habían sido dos.
—¿Qué hacía mamá?
—Se ponía triste.
—¿Se enfadaba?
—Un poco.
—¿Cómo sabes que estaba enfadada?
—Ponía la voz tranquila.
Leire me miró.
No necesitaba hacerlo.
La llamada del día anterior ya había demostrado qué significaba aquella frase para Lía.
Eva colocó el muñeco de la madre cerca de la niña.
—¿Mamá te explicó por qué escuchaste dos ruidos?
—Dijo que papá rebotó.
—¿Sabes qué significa rebotar?
Lía cogió una pelota de goma de la cesta y la dejó caer.
La pelota golpeó la alfombra y apenas se levantó.
—Así.
—¿Crees que papá hizo eso?
—No.
—¿Por qué?
—Las personas no rebotan.
Sentí una risa breve escaparse de Celia.
No era diversión. Era sorpresa.
—Una caída puede tener muchos golpes —dije.
—Mara —advirtió.
—No estaba hablando con la inspectora.

—Está explicando el caso durante una grabación en la que su hija contradice esa explicación.

—Mi hija tiene siete años.

—Lo sabemos.

En la pantalla, Eva recogió la pelota.

—¿Mamá te contó algo más de la caída?

—Que el premio cayó con él.

—¿Qué premio?

Lía señaló la casa de muñecas.

—La casa pequeña.

—¿La viste caer?

—No.

—¿La viste en algún momento esa noche?

Mi hija tardó en responder.

—Mamá la tenía.

—¿Cuándo?

—Antes.

—¿Antes de qué?

—De que papá se cayera.

—¿Dónde estaba mamá?

Lía llevó el muñeco de la mujer hasta la escalera.

Le puso entre los brazos una pieza de madera de la casa.

—Aquí.

—¿La viste desde tu habitación?

—Sí.

—¿Estaba la puerta abierta?

—Sí.

—¿Qué parte del pasillo puedes ver desde la cama?

Eva le ofreció una hoja.

—¿Quieres dibujarlo?

Apareció el dibujo que ya conocíamos.

La cama.

El pasillo.

La figura alta.

El objeto triangular.

Pero la grabación mostraba cómo había nacido.

Lía dibujaba deprisa, sin detenerse. Primero la cama, después a ella misma, luego la puerta. Cuando llegó a la figura de Mara, dudó.

—¿Dónde estaba mamá? —preguntó Eva.

—Aquí.

—¿La viste o la escuchaste?

—La vi.

—¿Qué llevaba?

—El premio.

—¿Estás segura?

Lía miró la casa de muñecas.

—Puede que no.

—Está bien. ¿Por qué crees que lo llevaba?

—Porque después estaba abajo.

—¿Viste a mamá cogerlo?

—No.

—¿Viste que lo tuviera en la mano?

—No sé.

—Antes dijiste que sí.

—Lo vi después.

—¿Después de qué?

—Cuando la policía lo metió en una bolsa.

Eva no corrigió nada.

No señaló la contradicción.

Solo retiró la pieza de madera de las manos del muñeco.

—Entonces vamos a separar las cosas. Una cosa es lo que viste esa noche y otra lo que viste después. ¿De acuerdo?

Lía asintió.

—Esa noche, ¿viste el premio en la mano de mamá?

Mi hija miró el dibujo.

—No sé.

—Eso está muy bien. No saber también es una respuesta.

—Pero creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque mamá dijo que se cayó con papá.

—¿Te lo dijo antes o después de que la policía encontrara el premio?

—Después.

La inspectora detuvo el vídeo.

—Ahí está —dijo Celia.

—¿Qué?

—La imagen del objeto está contaminada. La niña vio la escultura dentro de la bolsa, escuchó la explicación de su madre y la incorporó al dibujo.

—Es una posibilidad —admitió Leire.

—No una posibilidad. Acaba de decirlo.

—También sostiene que vio a Mara en el pasillo antes de que se produjera el segundo ruido.

—Eso es otra parte del relato.

—Sí.

—No pueden seleccionar las respuestas que les convienen.

—Tampoco la defensa.

Celia señaló la pantalla.

—La especialista no debería haber utilizado la casa de muñecas después de que la menor viera la escena llena de técnicos. Está reconstruyendo con imágenes posteriores.

—La entrevista cumple el protocolo.

—Lo discutiremos ante el juez.

Sentí una primera grieta de alivio.

Pequeña.

La declaración de Lía ya no era limpia. El premio podía haber aparecido después. La secuencia podía ser una mezcla. La voz, una película. Los tiempos, una invención infantil.

Leire reprodujo de nuevo.

Eva había retirado los muñecos. Ahora solo hablaban.

—Quiero preguntarte algo importante, Lía. No hay respuestas buenas ni malas. No vas a hacer que nadie se enfade.

—Mamá se enfada.

—¿Crees que se enfadará por hablar conmigo?

—Sí.

—¿Te lo ha dicho?

—No.

—Entonces ¿por qué lo piensas?

—Porque quiere volver.
—¿Y tú quieres que vuelva?
Lía apretó el conejo.
—Sí.
—¿Mucho?
Asintió.
—¿Crees que algo de lo que digas puede impedirlo?
Otra vez asintió.
—¿Quién te ha dicho eso?
—La tele.
—¿Qué escuchaste?
—Que si mamá estaba en la escalera no vuelve.
—¿La tía te explicó algo?
—Dijo que no mirara.
—¿Mamá te ha pedido que digas que estaba contigo?
El silencio se alargó.
Mi hija levantó la vista.
—Mamá estaba conmigo.
—No te he preguntado dónde estaba. Te he preguntado si te pidió que lo dijeras.
—Me dijo: «Yo estaba aquí contigo».
—¿Cuándo?
—Cuando volvió.
—¿Después del primer ruido?
—Sí.
—¿Antes del segundo?
Lía empezó a llorar.
No respondió.
Eva se acercó, pero no la tocó.
—Podemos parar.
—No quiero que se lleven a mamá.
—Nadie va a tomar una decisión por una sola cosa que tú digas.
—Sí.
—No.
—Papá dijo que se la iba a llevar.
—¿A quién?

—A mí.
—¿Cuándo lo dijo?
—Antes.
—¿Esa noche?
—Sí.
—¿Lo escuchaste tú?
—Sí.
—¿Qué dijo exactamente?
—Que yo no estaba segura.
—¿Con mamá?
Lía asintió.
—¿Te sentías insegura con ella?
Negó tan rápido que el pelo le golpeó la cara.
—No.
—¿Mamá te hacía daño?
—No.
—¿Te gritaba?
—A veces.
—¿Te pegaba?
—No.
—¿Papá?
Lía miró la alfombra.
—No.
—¿Te gritaba?
—Sí.
—¿Le hacía daño a mamá?
La respuesta tardó.
—Mamá dice que sí.
No pude respirar.
—¿Tú lo viste alguna vez?
—No.
—¿Viste marcas?
—El brazo.
—¿Cuándo?
—Después.
—¿Mamá te explicó quién se las había hecho?

—Papá.

—¿Ella te lo dijo?

—La tía.

Leire pausó el vídeo.

—Su hermana habló de las agresiones delante de la niña —dijo Celia.

—Sí.

—Y después la policía le preguntó si su padre hacía daño a su madre.

—La pregunta es abierta.

—No lo bastante.

—¿Está afirmando que no existió violencia?

—Estoy afirmando que esta entrevista no puede demostrarla.

Miré la pantalla congelada.

Lía tenía los ojos húmedos y la boca apretada.

—¿Falta mucho? —pregunté.

—Treinta y un minutos —respondió Leire.

—No pienso verlos.

—Hay una parte relevante.

—Toda mi hija es relevante.

—Se refiere a la noche de la caída.

—No ocurrió delante de ella.

—Eso es lo que intentamos establecer.

Celia pasó varias páginas de la transcripción.

—Vaya al minuto treinta y ocho.

Leire adelantó el vídeo.

Lía ya no estaba sentada en el suelo. Se había subido a uno de los sillones, con las rodillas contra el pecho. Eva le había dado agua.

—¿Te acuerdas de algo que olieras esa noche? —preguntaba.

—Sangre.

—¿La sangre tiene olor?

—Sí.

—¿Cuándo la oliste?

—Cuando bajé.

—¿Antes no?

—No.

—¿Y algún otro olor?
Lía pensó.
—El perfume.
Sentí que Celia se enderezaba.
—¿Qué perfume?
—El de la señora.
—¿Qué señora?
—La amiga de papá.
Leire me miró.
—¿Ariadna? —pregunté.
—No haga comentarios.
En la pantalla, Eva no mencionó nombres.
—¿Habías visto a esa señora?
—En fotos.
—¿La viste esa noche?
—No.
—Entonces ¿cómo sabes que era su perfume?
—Mamá dijo que papá olía a ella.
La esperanza se deshizo.
Otra cosa escuchada después.
Otra imagen construida con mis palabras.
—¿Dónde oliste el perfume?
—En papá.
—¿Cuando bajaste?
—Sí.
—¿Te acercaste a él?
—No mucho.
—¿Había alguien más abajo?
—Mamá. Los médicos. La policía.
—¿Antes de que llegaran los médicos?
—Mamá.
—¿Viste a alguna otra persona salir?
—No.
—¿Escuchaste una puerta?
—No.
—¿Una voz de mujer?

—No.
—¿Pasos?
Lía se quedó quieta.
—Sí.
—¿Cuándo?
—Después de que papá dijera «Mara».
El silencio de la sala cambió.
—¿De dónde venían? —preguntó Eva.
—De la escalera.
—¿Subían o bajaban?
—No sé.
—¿Rápidos o despacio?
—Despacio.
—¿Cuántos pasos?
—No sé.
—¿Podían ser de papá?
—No sé.
—¿De mamá?
Lía empezó a tirar otra vez del hilo de la sudadera.
—Mamá no hacía ruido.
—¿Por qué?
—Porque llevaba zapatillas.
Miré la fotografía de la suela dentro de la carpeta de Celia.
—Eso puede haberlo escuchado después —dijo mi abogada.
Leire no respondió.
Eva preguntó:
—¿Qué zapatillas?
—Las grises.
—¿Las viste?
—Cuando vino a mi cuarto.
—¿Mamá llevaba zapatillas cuando te dijo que papá se había caído?
—Sí.
—¿Estás segura?
—Sí.
—Después, cuando bajaste, ¿las llevaba?

Lía negó.

—Estaba descalza.

Celia detuvo el vídeo ella misma.

La pantalla quedó inmóvil.

Nadie habló.

—¿Cuándo se realizó esta parte? —preguntó finalmente.

—En la misma entrevista —respondió Leire.

—¿La niña sabía que se habían encontrado las zapatillas?

—No.

—¿Las había visto la policía?

—Los técnicos las recogieron mientras Lía estaba en la planta superior.

—Pudo verlas en el armario.

—Claro. Vivía allí.

—Entonces sabe cómo son.

—Sí.

—También pudo deducir que su madre las llevaba.

—¿Por qué iba a deducirlo?

—Porque Mara las utilizaba dentro de casa.

Leire me observó.

—¿Era habitual?

—Cuando hacía frío.

—¿Las llevaba esa noche?

—No.

—Su hija dice que sí.

—También dijo que no sabía si yo tenía el premio.

—En eso se corrigió. Con las zapatillas mantiene la misma versión durante tres preguntas.

—No entiende la diferencia entre saber e imaginar.

—¿Y usted?

La miré.

—Yo estaba descalza cuando llegaron los sanitarios.

—Eso lo sabemos.

—Entonces Lía se equivoca.

—O se las quitó antes.

—¿Por qué haría eso?

Leire no respondió.

No necesitaba hacerlo.

Las zapatillas habían dejado sangre en el descansillo.

Después aparecieron limpias por arriba y guardadas dentro del armario.

Alguien se las había quitado.

—Pudo verme antes de que Damián llegara —dije—. Las llevaba durante la tarde y después me las quité.

—¿Dónde?

—En el recibidor.

—¿Antes de acostar a Lía?

—Sí.

—Entonces la niña está mezclando el momento.

—Exacto.

—Pero recuerda que usted entró en su habitación con ellas después del primer ruido.

—No recuerda. Reconstruye.

—Como usted.

Celia cerró la carpeta.

—No seguiremos participando en esta exhibición. La entrevista contiene contradicciones, información incorporada después de los hechos e influencia evidente de los medios, los familiares y la propia investigación.

—También contiene detalles que no eran públicos —dijo Leire.

—Unas zapatillas que la niña veía a diario.

—Con sangre en la suela.

—Eso no lo sabía.

—No necesitaba saberlo para recordar que Mara las llevaba.

—O imaginarlo.

—Sí.

La inspectora apagó la pantalla.

El reflejo desapareció y durante un instante vimos nuestras caras sobre el cristal negro.

—La especialista concluye que Lía no debe volver a ser interrogada por ahora —dijo—. Presenta un nivel alto de ansiedad y siente que debe elegir entre su recuerdo y el regreso de su madre.

—Eso lo han provocado ustedes.

—Lo hemos provocado todos.

—Yo intentaba protegerla.

—La corrigió desde el primer minuto.

—Porque decía que su padre había caído dos veces.

—Y ahora sabemos que probablemente fue así.

La frase me atravesó.

—No como ella cree.

—¿Cómo lo cree?

—Como si alguien hubiera estado allí.

—Alguien estaba.

—Damián.

—Y quizá usted.

Me levanté.

—No.

—Su hija la sitúa en la habitación después del primer impacto. Dice que llevaba las zapatillas que dejaron una huella en el descansillo. Afirma que usted anunció la caída antes de que se produjera el golpe final.

—También dijo que vio el premio porque yo le expliqué después que había caído.

—Sí.

—Dijo que el maltrato existía porque lo escuchó de Nuria.

—Sí.

—Dijo que el perfume era de Ariadna porque me oyó decirlo.

—Sí.

—Entonces todo su recuerdo está contaminado.

Leire se puso de pie.

—No todo.

—La parte que le conviene, no.

—La parte que apareció antes de que nadie conociera los resultados técnicos.

—¿Cuál?

La inspectora reunió las hojas.

—Las zapatillas.

Sentí el hematoma bajo la manga.

—Yo no las llevaba.

—De acuerdo.

—No estuve en el descansillo.

—De acuerdo.

—No anuncié la caída antes de que terminara.

—De acuerdo.

—¿Por qué responde así?

—Porque no necesito convencerla.

—Ni yo a usted.

—No.

Leire se acercó a la puerta.

—Tendrá que convencer al juez de que su hija imaginó exactamente la única secuencia compatible con la sangre de la suela.

Se marchó.

La puerta no llegó a cerrarse del todo. Un agente esperaba fuera para devolverme a la celda.

Celia guardó la libreta.

—La entrevista nos ayuda y nos perjudica.

—No puede utilizarse.

—Puede.

—La niña está confundida.

—Sí.

—Entonces no vale.

—La confusión no borra cada detalle.

—Yo no llevaba las zapatillas.

—Ya la he oído.

—¿Me cree?

Mi abogada sostuvo el cierre de la carpeta entre dos dedos.

—Creo que la fiscal tiene una niña traumatizada, una huella parcial y demasiadas interpretaciones.

—No es lo que he preguntado.

—Es lo que importa mañana.

Me condujeron al pasillo.

Antes de cruzar la puerta metálica miré la pantalla apagada.

Ya no aparecía Lía.

Solo mi reflejo.

El jersey oscuro.

El pelo sin peinar.

El brazo cubierto.

La mujer que mi hija había dibujado junto a la escalera.

Cuando regresé a la celda, encontré una bandeja sobre el colchón. Un bocadillo, una botella de agua y una manzana. No tenía hambre.

La mujer de al lado golpeó la pared.

—Eh, escalera.

No respondí.

—En la tele ha salido tu niña.

Me levanté de golpe.

—¿Qué?

—No la cara. Un dibujo.

Golpeé la puerta.

—¡Agente!

La mirilla no se abrió.

—Dicen que te vio con el arma —continuó la mujer.

—No era un arma.

—Tenía sangre.

—Cállese.

—También dicen que él te pegaba.

—Cállese.

—Y que tu hija te está defendiendo.

Golpeé la puerta con las dos manos.

—¡Quiero hablar con mi abogada!

Esta vez apareció un agente.

—¿Qué ocurre?

—Han filtrado la entrevista de mi hija.

—No sé nada.

—Su dibujo está en televisión.

—Hable con su abogada.

—Acaba de irse.

—Entonces mañana.

—No.

—Apártese de la puerta.

—Mi hija tiene siete años.

—Señora, apártese.

No lo hice.

El agente abrió. Entraron dos personas y me hicieron retroceder. No utilizaron fuerza al principio. Solo manos abiertas, instrucciones y aquella calma que convertía cualquier resistencia en un espectáculo inútil.

—Quiero llamar a Nuria.

—Ahora no.

—Quiero saber si Lía lo ha visto.

—Ahora no.

—No pueden hacerle esto.

—Siéntese.

—No.

Uno de ellos me sujetó del brazo izquierdo.

Exactamente sobre el hematoma.

Grité.

Me soltó enseguida.

—No la he apretado.

—Me ha hecho daño.

—Tiene una lesión previa.

—Mi marido me la hizo.

Los dos agentes se miraron.

La frase funcionó.

No como una acusación.

Como una orden.

Me dejaron espacio.

Me senté en el colchón y abracé el brazo contra el pecho. Uno retiró la bandeja del suelo y la colocó a mi lado.

—Intentaremos localizar a su abogada —dijo.

La puerta volvió a cerrarse.

La mujer de la celda contigua guardó silencio unos segundos.

—Sí que te pegaba —murmuró.

No contesté.

Miré las marcas de los dedos.

Damián me había sujetado allí.

Eso era verdad.

Lo había hecho con fuerza.

Eso también.

Todo dependía del lugar.

De si ocurrió en la planta baja, mientras discutíamos.

Al pie de la escalera, cuando intentaba ayudarlo.

O en el descansillo, mientras él trataba de no caer por segunda vez.

Lía solo había escuchado ruidos.

Solo había visto unas zapatillas.

Solo había repetido una frase.

No era una testigo.

Era una niña que necesitaba que su madre volviera.

Apoyé la cabeza contra la pared.

A esas alturas, ya no importaba qué recordara de verdad.

La policía le había enseñado que los recuerdos podían encerrarme.

Yo tenía que enseñarle algo más importante.

Que también podían dejarme salir.

Capítulo 18 · Hora treinta y tres

La casa de bronce tenía mis huellas.

Leire me lo comunicó como si hubiera estado esperando desde la primera noche para pronunciar aquella frase. No dijo que habían encontrado huellas en el arma, ni que mis dedos aparecían sobre el objeto que probablemente había roto el cráneo de Damián.

Dijo:

—La casa de bronce tiene sus huellas.

Yo llevaba despierta casi todo el tiempo desde la entrevista de Lía. No sabía si era de mañana o de noche. La celda conservaba siempre la misma luz, el mismo olor y la misma temperatura. El cuerpo terminaba dejando de preguntar qué hora era. Solo esperaba el ruido de la puerta.

Celia estaba conmigo.

Habían colocado sobre la mesa varias fotografías de la escultura. Una de frente, otra de perfil, dos ampliaciones del tejado y una imagen tomada desde abajo. En cada una aparecían pequeñas marcas de colores junto a las zonas donde el laboratorio había identificado rastros.

Amarillo para huellas.

Rojo para sangre.

Azul para fibras o cabello.

Parecía un plano de obra de Damián.

Todo clasificado.

Todo señalado.

Todo preparado para demostrar que alguien sabía más que quien miraba.

—Vivía en nuestra casa —respondí—. Claro que tiene mis huellas.

Leire señaló la primera fotografía.

—La impresión más completa está en la base.

—Por donde se coge.

—Sí.

—Entonces no entiendo el problema.

—Hay otras dos en la parte posterior.

—También la tocaba.

—Y una parcial en el tejado.

Miré la imagen.

El tejado era la zona más estrecha y afilada de la escultura. La parte que tenía sangre de Damián en uno de los bordes.

—Pude rozarlo.

—¿Cuándo?

—No sé.

—Ayer aseguró que no recordaba cuándo lo había tocado por última vez.

—Sigue siendo cierto.

—Sonia sí lo recuerda.

Celia levantó la vista.

—¿Han vuelto a interrogarla?

—Sí.

—¿Con abogado?

—No está investigada.

—Todavía —dije.

Leire ignoró el comentario.

—Sonia ha declarado que la mañana anterior a la muerte limpió la consola del recibidor. Retiró la escultura, la dejó en el suelo y usted volvió a colocarla en su sitio.

Recordé el peso.

El frío del metal.

La pequeña muesca en el tejado.

No había sido un recuerdo oculto. Estaba allí. Lo había contado dentro de mi cabeza, mientras reconstruía la última mañana de Damián, pero no delante de ellas.

—Puede ser.

—¿Puede?

—No recuerdo cada objeto que levanto durante el día.

—Sonia dice que hablaron sobre el peso.

—Hablábamos de muchas cosas.

—Y sobre la barandilla.

—Sí.

—Ella comentó que un día alguien acabaría cayéndose.

La frase produjo un silencio demasiado limpio.

—Era una forma de hablar —dije.

—¿Usted qué respondió?

—No lo recuerdo.

Leire abrió una declaración.

—Según Sonia: «Ya se lo he dicho. Díselo tú. A ti te escucha».

Era exactamente lo que había ocurrido.

Hasta la respuesta de Sonia.

A mí me escucha porque me paga.

No comprendía cómo la mujer podía recordar una conversación tan pequeña después de un día entero limpiando otras casas.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté.

—No.

—¿Una planificación?

—No he dicho eso.

—Entonces ¿por qué importa?

—Porque demuestra que conocía el defecto de la escalera y que manipuló la escultura pocas horas antes de la muerte.

—La coloqué sobre una consola.

—Por la base.

—Sí.

—Entonces ¿cómo dejó una huella en el tejado?

—Pude sujetarla mal.

—Sonia dice que usted la levantó con las dos manos por la base.

—Sonia estaba recogiendo sus cosas.

—La estaba mirando.

—¿Por qué?

—Dice que vio la muesca y le preguntó si Damián se enfadaría.

No recordaba esa parte.

Quizá no había ocurrido.

O quizá Sonia había mirado la pequeña marca después, mientras la policía fotografiaba la escultura, y su memoria la había colocado por la mañana.

Los recuerdos hacían eso.

Leire lo sabía cuando se trataba de Lía.

Solo dejaba de saberlo cuando el recuerdo me perjudicaba a mí.

—No me preguntó nada —dije.

—¿Está segura?

—Sí.

—Hace un momento no recordaba haber levantado el objeto.

—Ahora recuerdo que Sonia no me preguntó por la muesca.

—¿Cómo funciona eso?

Celia cerró su bolígrafo.

—Inspectora, no convertirá las variaciones normales de memoria en indicios independientes.

—No necesito hacerlo. Ya tengo los indicios.

—Tiene huellas de una mujer sobre un objeto de su propia casa.

—Objeto que presenta sangre y tejido del fallecido.

—Y huellas de otras personas.

Leire señaló los círculos amarillos.

—Damián dejó una impresión en una de las paredes laterales.

—Era su premio.

—Sí.

—Ariadna también lo tocó.

—Hay una impresión parcial compatible con ella en la parte inferior de la base.

—Compatible.

—Sí.

—¿Y ninguna en el tejado?

—No.

—¿Sonia?

—Dos huellas en la base y una en la cara trasera.

—Entonces la tocó.

—La limpió.

—¿Con guantes?

—Según ella, sí.

—Pues no muy bien.

—Las huellas pueden ser anteriores.

—Exactamente.

Leire volvió hacia mí.

—Las suyas también.

—Eso llevo diciendo desde que entró.

—Pero hay una diferencia.

Puso una ampliación sobre las demás.

El tejado de bronce ocupaba toda la imagen. Junto al borde ensangrentado aparecía una línea curva resaltada con polvo negro.

—Esta impresión está parcialmente superpuesta a una zona limpiada.

—No entiendo.

—Alguien pasó un paño por el objeto y después usted lo tocó.

—Sonia lo limpió. Yo lo coloqué en la consola.

—Eso explica la huella.

—Entonces ¿qué problema hay?

—Que está muy cerca del borde de impacto.

—Cerca no significa encima.

—No.

—Y una persona puede coger un objeto sin utilizarlo para matar a nadie.

—Sí.

—Entonces sus pruebas demuestran que toqué una cosa dentro de mi casa.

Leire reunió las fotografías con calma.

—También demuestran que mintió cuando dijo que no recordaba haberla tocado.

—No mentí. No lo recordaba.

—Ahora sí.

—Porque me lo ha contado.

—Como a Lía.

La frase me irritó más que cualquier acusación directa.

—No compare esto con mi hija.

—Ambas han incorporado información posterior a sus recuerdos.

—Yo soy adulta.

—Eso no siempre ayuda.

Celia intervino antes de que respondiera.

—¿Cuál es el resultado exacto del estudio del objeto?

Leire sacó un informe.

—La sangre pertenece a Damián. También el tejido hallado en la muesca del tejado. La forma y las dimensiones del borde son compatibles con la lesión superior del cráneo.

—¿Compatibles o coincidentes? —preguntó mi abogada.

—Compatibles con un grado alto.

—Eso no establece el mecanismo.

—No.

—¿Puede haberse producido si la escultura cayó durante el accidente?

—Sí.

La palabra volvió a abrir un pequeño espacio.

—¿Puede haberse producido si alguien la lanzó desde el tramo superior? —continuó Celia.

—También.

—¿Y si estaba sobre la consola y el cuerpo la desplazó?

—La trayectoria es menos probable.

—Pero posible.

—Físicamente, sí.

—¿Puede demostrar que alguien la sostuvo al golpear a Damián?

Leire no respondió.

—No —dijo Celia por ella.

—Todavía no.

—No hay marcas de agarre que puedan fecharse, sangre proyectada sobre la mano de mi clienta ni testigos de una agresión.

—Hay una niña que la sitúa con el objeto.

—Una niña que después reconoce haberlo incorporado al recuerdo al verlo dentro de una bolsa.

—También dice que Mara llevaba las zapatillas manchadas.

—No estamos hablando de las zapatillas.

—Todo forma parte de la misma secuencia.

—Solo si primero se acepta la secuencia que ustedes quieren demostrar.

Leire abrió el informe por otra página.

—Hay microgotas de sangre en la parte posterior de la escultura.

Celia se inclinó.

—¿Proyección?

—Podrían serlo.

—¿Podrían?

—La cantidad es muy pequeña.

—¿También podrían haberse producido al rodar junto al cuerpo?

—Sí.

—¿Al caer sobre sangre ya depositada?

—Con ese patrón, es menos probable.

—Pero no imposible.

—No.

Mi abogada volvió a recostarse.

—Entonces sigue sin existir una forma de establecer si el objeto fue blandido, lanzado o arrastrado durante la caída.

—No de manera concluyente.

—Perfecto.

No había nada perfecto, pero agradecí escuchar la palabra.

Leire cerró el informe.

—Hay otro resultado.

Celia no mostró sorpresa.

Yo sí.

Siempre había otro resultado.

—¿Qué han encontrado?

—Un fragmento de pintura blanca en la base.

—La consola está junto a una pared blanca.

—La composición no coincide con la pintura del recibidor.

—¿Entonces?

—Coincide con la pared del tramo superior de la escalera.

Miré la fotografía.

La base negra tenía una pequeña línea clara junto a una esquina.

—Golpeó la pared mientras caía —dije.

—Sí.

—Eso confirma que cayó con Damián.

—Confirma que el objeto estuvo en el tramo superior o en el descansillo.

—¿Dónde más iba a estar si cayó con él?

—En la mano de alguien que subió con él.
Celia colocó su carpeta sobre el informe.
—Eso es una interpretación.
—Sí.
—No una prueba.
—No todavía.
Me levanté.
—Estoy cansada de esa palabra.
—Siéntese —dijo Celia.
—No.
La agente de la puerta dio un paso.
Mi abogada levantó una mano.
—No hace falta.
Volví a mirar las fotografías.
—¿Dónde estaba exactamente la pintura?
—En la esquina inferior de la base —explicó Leire.
—Entonces el objeto golpeó la pared por abajo.
—Sí.
—Si alguien lo llevaba en la mano, podría haberlo golpeado de cualquier manera.
—También.
—Pero si cayó, la base chocó primero con la pared.
—Es posible.
—Después el tejado golpeó a Damián.
—El orden no puede determinarse.
—Entonces pudo ocurrir así.
—Sí.
—Y después siguió bajando.
—La escultura apareció bajo la consola.
—Rebotó.
Leire negó muy suavemente.
—El problema sigue siendo la dirección.
—Las cosas no caen en línea recta.
—No.
—Golpean paredes, peldaños, cuerpos.
—Sí.

—Entonces terminó debajo de la consola.
—En dirección contraria al recorrido principal.
—Puede ocurrir.
—Puede.
Sentí que la rabia me calentaba el rostro.
—Todo puede ocurrir hasta que me favorece.
—No. Todo puede ocurrir. Lo que cambia es la probabilidad.
—¿Y quién la decide?
—La física, los indicios y, finalmente, un juez.
—No había cámaras.
—No.
—Nadie vio quién sostenía el premio.
—No.
—Mis huellas tienen una explicación.
—Sí.
—Las de Ariadna también.
—Sí.
—La sangre también.
—Varias.
—Entonces no tienen nada.
Leire no respondió.
Eso me dio más miedo que si hubiera enumerado otra vez las huellas, la llamada, las zapatillas y la voz de Lía.
Celia me hizo sentarme.
—¿Han analizado la sangre del camisón? —preguntó.
—Sí.
—¿Hay proyección de alta velocidad?
—No.
—¿Gotas compatibles con un impacto cercano?
—Hay sangre transferida y salpicaduras producidas durante la reanimación.
—¿Alguna gota en la parte posterior del cuerpo de mi clienta?
—Dos pequeñas manchas en el hombro.
—¿Pueden haberse producido durante las compresiones?
—Sí.

—¿Pueden demostrar que estaba junto a Damián cuando recibió el golpe de la escultura?

—No.

Mi abogada anotó algo.

—Entonces esa será nuestra posición.

Leire me miró.

—¿Cuál?

Celia respondió:

—Mara tocó la escultura durante la mañana. Damián la manipuló al llegar o durante la discusión. El objeto cayó con él, golpeó la pared superior, le provocó la lesión craneal y terminó desplazado durante las maniobras de emergencia o por su propia trayectoria.

—Los sanitarios niegan haberlo movido.

—Nadie puede asegurar dónde colocó cada pie, maletín o silla durante nueve minutos de reanimación.

—La escultura apareció debajo de la consola, detrás de una silla.

—Precisamente. El mobiliario se desplazó.

—La silla estaba delante antes de que llegaran.

—¿Cómo lo saben?

—Por la grabación de la llamada.

Leire pulsó una tableta.

La colocó frente a nosotras.

No había imagen. Solo sonido.

Mi voz.

La respiración.

La operadora.

Y después, mientras intentaba girar a Damián, un ruido fuerte de madera arrastrándose.

—Eso es la silla —dijo la inspectora.

—Entonces se movió —respondió Celia.

—Hacia la consola.

—Pudo empujar la escultura debajo.

—El objeto ya estaba allí.

—¿Cómo puede saberlo sin imágenes?

Leire adelantó el audio.

Se escuchó algo más.

Un golpe metálico.

Pequeño.

Cercano.

La casa de bronce contra el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Se produce diecisiete segundos después de iniciarse la llamada.

—Entonces la escultura todavía se estaba moviendo.

—O alguien la movió.

—Yo estaba hablando con la operadora.

—También estaba junto al cuerpo.

—No levanté el premio.

—No he dicho que lo hiciera durante la llamada.

Celia pidió escuchar otra vez.

El ruido.

Un roce.

El sonido metálico.

Mi respiración.

—Puede ser material de la casa —dijo—. Un objeto de los sanitarios no, porque todavía no habían llegado. Pero una llave, un teléfono, una hebilla, cualquier cosa.

—La escultura produce un sonido similar al golpear el suelo —respondió Leire.

—Similar.

—Sí.

—No pueden identificarlo.

—No de forma absoluta.

—Entonces no lo presentarán como si lo hubieran hecho.

Leire detuvo el audio.

—Hay una segunda grabación.

—¿De dónde? —preguntó Celia.

—La cámara exterior de una vivienda vecina.

El miedo apareció sin avisar.

—No apunta a nuestra casa —dije.

—No. Solo registra sonido.

—Entonces es lo mismo que Carmen.

—Con una ventaja: tiene hora exacta y no depende de la memoria.

Leire reprodujo el archivo.

Primero se escuchaba viento.

Un perro ladrando.

Un coche lejano.

Después un estruendo.

La primera caída.

El sonido era distinto del que recordaba. Más profundo. Con varios golpes seguidos y uno final contra madera.

Luego silencio.

Ocho segundos.

Una voz masculina.

No se distinguía la palabra.

Después un ruido seco.

No una caída completa.

Un golpe.

Tres segundos más tarde, la segunda secuencia.

Más fuerte.

Más larga.

El cuerpo bajando el tramo inferior.

Celia pidió repetirlo.

Lo escuchamos otra vez.

Primera caída.

Silencio.

Voz.

Golpe.

Pausa.

Segunda caída.

—¿Qué es el golpe intermedio? —preguntó.

Leire miró la fotografía del premio.

—Creemos que la escultura contra la cabeza de Damián.

Sentí un sabor metálico en la boca.

—No.

—Es una hipótesis.

—El premio lo golpeó durante la primera caída.

—La secuencia sonora sitúa un impacto aislado después.
—Puede ser otra cosa.
—Sí.
—La barandilla.
—Podría.
—Damián intentando levantarse.
—También.
—El premio golpeando la pared.
—Sí.
—Entonces no diga que fue un golpe en la cabeza.
—He dicho creemos.
—Pues creen mal.
Leire apagó el audio.
—La autopsia indica que la herida del objeto se produjo antes de las lesiones más graves del tramo inferior.
—Eso ya lo sabíamos.
—No sabemos si antes de la primera caída o durante la pausa.
—Durante la primera.
—¿Por qué?
—Porque yo no estaba allí.
La inspectora no apartó la mirada.
—Esa no es una razón física.
—Es la verdad.
—Entonces alguien más tuvo que golpearlo durante esos ocho segundos.
—Ariadna.
—No hay indicios de que entrara.
—Iván.
—Tampoco.
—Damián pudo golpearse solo.
—¿Con una escultura?
—Pudo intentar apartarla, levantarla, utilizarla para sujetarse.
—¿Por qué estaría en el descansillo?
—La llevaba desde abajo.
—¿Para qué?
—No sé.

—¿Para hablar con Ariadna?

—Puede.

—¿Para entregársela?

Recordé el proyecto de Los Olivos.

El premio que también pertenecía a ella.

—Sí.

La respuesta llegó con una claridad inesperada.

—Ariadna estaba fuera. Le había pedido que saliera con la carpeta. Damián pudo coger el premio para devolvérselo o provocarla. Subió al dormitorio, dejó un zapato, recogió algo y volvió. Cuando bajaba, cayó con la escultura.

Leire me observó.

—Esa teoría no la había mencionado.

—No sabía que Ariadna quería el premio.

—Lo supo hace horas.

—No había relacionado las cosas.

—Ahora sí.

—Sí.

Celia habló despacio:

—Es una alternativa coherente con los indicios conocidos. Damián había discutido por el objeto con Ariadna anteayer. Ella estaba esperando fuera. Él podía llevar la escultura para devolvérsela o utilizarla en la negociación sobre la carpeta.

—No encontramos la carpeta —dijo Leire.

—Precisamente.

—¿Cree que la escondió junto con el premio?

—Creo que la investigación tiene más de una explicación posible.

La inspectora volvió a mirar las fotos.

—Damián llevaba un teléfono en el bolsillo, las llaves y probablemente la carpeta. ¿También transportaba una escultura de tres kilos y medio con un solo zapato?

—La carpeta no apareció —señaló Celia.

—El teléfono sí.

—Entonces podía llevar solo el premio.

—¿Por qué se quitó un zapato?

—Le molestaba.

—¿Y decidió bajar sin terminar de descalzarse?

—Había bebido.

—La alcoholemia no era elevada.

—Había tomado zolpidem.

—La cantidad detectada es terapéutica.

—Mezclado con alcohol.

—Sí.

—Eso afecta al equilibrio.

—Puede afectarlo.

—Y a la coordinación.

—Sí.

Celia cerró la carpeta.

—Un hombre que había bebido, había tomado medicación, caminaba por una escalera defectuosa con un objeto pesado en las manos y un zapato menos. Parece una explicación bastante razonable para una caída.

Leire no respondió.

Por primera vez, la teoría no parecía construida únicamente para negar.

Tenía piezas.

El zapato.

El alcohol.

La medicación.

Ariadna esperando.

El premio disputado.

La escalera insegura.

Incluso la pausa podía explicarse: Damián cae hasta el descansillo, permanece consciente, intenta incorporarse, el objeto lo golpea o cae sobre él y después pierde el equilibrio.

Nadie necesitaba estar allí.

Nadie necesitaba decidir nada.

—¿Puedo irme? —pregunté.

Celia me miró.

—No depende de la inspectora.

—Pero esto cambia el caso.

Leire recogió las fotografías.

—Añade una posibilidad.

—Duda razonable.

—Todavía no estamos en juicio.

—Estoy detenida.

—Comparecerá ante el juez en unas horas.

—¿Y usted qué dirá?

La inspectora guardó la imagen del tejado ensangrentado.

—Que la escultura pudo caer con Damián.

Sentí que podía respirar.

—También diré que alguien la había levantado aquella mañana, conocía el defecto de la escalera, mintió sobre cuándo la tocó y dejó una huella en la parte exacta desde la que se sujetaría para utilizarla como arma.

El aire volvió a detenerse.

—No se sujeta por el tejado para golpear a alguien —dije.

—No.

—Entonces su teoría ni siquiera tiene sentido.

—La huella no está sobre el borde. Está en la cara opuesta.

Leire colocó la fotografía por última vez frente a mí.

Señaló la línea negra.

—Si se agarra la base con una mano y se estabiliza el tejado con la otra, los dedos quedan exactamente ahí.

Celia observó la imagen.

Yo también.

—Así no se puede golpear con fuerza —dije.

—Se puede empujar el borde contra una superficie.

—¿Empujar?

—O contra una cabeza que está más baja.

Damián en el descansillo.

De rodillas.

Intentando levantarse.

No permití que la imagen permaneciera.

—No estaba allí.

—Eso tendrá que decidir el juez.

Leire se dirigió a la puerta.

—Hay algo más —dijo antes de salir.

No quería oírlo.

—¿Qué?

—La impresión del tejado no está completa.

—Ya lo sabemos.

—Falta una parte porque la sangre de Damián la cubrió después.

La sala quedó en silencio.

—¿Qué significa? —preguntó Celia.

—Que Mara tocó esa zona antes de que la sangre llegara al objeto.

Mi abogada tardó un instante en responder.

—Lo tocó por la mañana.

—Sí.

—Entonces sigue teniendo una explicación inocente.

—Sí.

Leire abrió la puerta.

—Pero también significa que, cuando la escultura golpeó a Damián, sus huellas ya estaban exactamente donde habrían quedado si la hubiera sostenido.

Se marchó.

Celia permaneció observando la fotografía.

—La colocó por la mañana —dije.

—Sí.

—Sonia lo confirma.

—Sí.

—Eso explica la impresión.

—Sí.

—Entonces ¿por qué pone esa cara?

Mi abogada cerró la carpeta sobre las imágenes.

—Porque una explicación inocente no impide que también sea cierta la otra.

La agente me condujo de vuelta a la celda.

Antes de que cerrara la puerta, pregunté:

—¿Han detenido a Ariadna?

—No lo sé.

—¿E Iván?

—Sigue aquí.

—Entonces no soy la única.

La agente no respondió.

Me senté en el colchón.

La mujer de la celda contigua estaba despierta.

—¿Qué han encontrado ahora? —preguntó.

—Nada.

—Siempre encuentran algo.

Miré mis manos.

Habían limpiado la sangre, pero aún podía recordar el peso de la casa de bronce. Tres kilos y medio. La base sostenida entre las palmas. El tejado rozando los dedos.

Sonia había visto cómo la colocaba sobre la consola por la mañana.

Eso era bueno.

Explicaba las huellas.

La convertía en un objeto cotidiano.

Inofensivo.

Un premio viejo que cualquiera podía tocar.

Cerré la mano derecha.

Imaginé la base apoyada sobre ella.

La izquierda estabilizando el tejado.

El borde opuesto orientado hacia delante.

Leire tenía razón en una sola cosa.

Así podía sostenerse.

Pero poder sostener un objeto no significaba haberlo utilizado.

Poder imaginar una muerte no significaba haberla cometido.

Y que una huella tuviera dos explicaciones no convertía la peor en verdadera.

La convertía en indemostrable.

Capítulo 19 · Hora treinta y seis

Me llevaron ante la jueza con las manos esposadas a la espalda.

Celia había pedido que me permitieran llevarlas delante porque tenía el brazo lesionado. El agente dijo que el traslado se realizaba según protocolo. Mi abogada respondió que el protocolo no podía empeorar una lesión documentada. Discutieron durante cuatro minutos junto a la puerta del calabozo.

Al final me pusieron las esposas delante.

Aquella fue la primera victoria del día.

El furgón no tenía ventanas. Solo una abertura estrecha cubierta por una rejilla, demasiado alta para ver la calle. Durante el trayecto sentí cada curva, cada frenazo y cada cambio de superficie bajo las ruedas. Intenté calcular por dónde íbamos, pero había perdido la orientación antes de salir del aparcamiento.

—Cuando entremos —dijo Celia desde el asiento de enfrente—, no mire a las cámaras.

—No hay cámaras dentro de un juzgado.

—Las habrá fuera.

—¿Han seguido hablando de Lía?

—Sí.

—¿Qué han dicho?

—Que es la testigo clave.

—No es una testigo.

—No discuta eso con los periodistas.

—No pienso hablar con ellos.

Celia me sostuvo la mirada.

—Ayer tampoco pensaba hacerlo.

Bajé los ojos hacia mis manos.

Las esposas rodeaban mis muñecas, pero no estaban demasiado ajustadas. La derecha tenía una pequeña marca roja donde el metal rozaba al moverme. La izquierda quedaba cerca de los dedos oscuros del hematoma.

—¿La jueza ha visto las fotografías? —pregunté.

—Todo el atestado preliminar.

—¿También el brazo?

—Sí.

—¿Y la declaración de Nuria?

—Sí.

—Entonces entenderá.

—No sabemos qué entenderá.

—Damián me maltrataba.

Celia no respondió.

—¿Va a decirlo?

—Voy a explicar que existía un contexto de control económico, humillación, agresiones y miedo. También que usted intentó ocultarlo por vergüenza y protección familiar.

—No intenté ocultarlo.

—Mara.

—No al principio.

—Lo negó expresamente.

—Porque estaba muerto.

—Eso no mejora la frase.

El furgón frenó.

Escuchamos una puerta exterior, voces y el golpe de varios objetivos contra la carrocería.

Las cámaras.

Celia se inclinó hacia mí.

—No diga que él la golpeó si le preguntan por la noche de la muerte. Diga exactamente lo que ha declarado: la agarró del brazo durante la discusión.

—Me agarró más veces.

—Eso puede explicarlo después.

—¿Después de qué?

—De salir.

La puerta se abrió.

La luz me obligó a cerrar los ojos.

Los agentes bajaron primero. Celia salió detrás. Cuando me tocó a mí, escuché mi nombre repetido desde distintos lugares.

—¡Mara!

—¿Mató a Damián Llorca?

—¿Fue en defensa propia?

—¿Su marido la maltrataba?

—¿Qué vio su hija?

El agente colocó una mano sobre mi cabeza para ayudarme a bajar, como si pudiera golpearme con el marco. Las cámaras estaban detrás de una valla. Había más personas que en la comisaría. Algunas sostenían micrófonos. Otras teléfonos.

Una mujer levantaba una pancarta.

NINGUNA MUJER DEBE MORIR PARA SER CREÍDA.

No sabía si se refería a mí.

Al lado, un hombre gritaba que las asesinas también mentían.

—¡Mara! —volvió a llamar una periodista—. ¿Lo empujó para proteger a su hija?

No miré.

No respondí.

Solo caminé.

Dentro del edificio olía a papel, polvo y café. Nos condujeron por un pasillo lateral hasta una sala pequeña donde retiraron las esposas. Había dos sillas, una mesa y una imagen institucional en la pared.

Me froté las muñecas.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—No mucho —dijo Celia.

—Eso no significa nada.

—La fiscal está terminando de revisar el informe forense.

—¿Va a pedir prisión?

—Sí.

—¿Y usted?

—Libertad provisional.

—¿La jueza puede decidir que vuelva a casa?

—Puede.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Y Lía?

Celia abrió la carpeta.

—La fiscal pedirá que no tenga contacto con ella.

Creí haber entendido mal.

—¿Qué?

—Mientras se determine si usted ha intentado influir en su relato.

—Es mi hija.

—Lo sé.

—No pueden prohibirme verla.

—Pueden imponer medidas cautelares para proteger una prueba.

—Lía no es una prueba.

—Para la fiscal, parte de su testimonio sí.

Me levanté.

—No voy a aceptar eso.

—No tiene que aceptarlo.

—Entonces dígales que no.

—Lo haré.

—No. Dígales que si salgo, vuelvo con ella.

—Mara, si plantea la libertad como una elección entre la celda y el contacto inmediato con Lía, la fiscal utilizará eso para justificar la prisión.

—¿Por qué?

—Porque parecerá que su prioridad es hablar con la testigo principal.

—Mi prioridad es abrazar a mi hija.

—Ya lo sé.

—No parece.

Celia dejó la carpeta.

—Escúcheme. La llamada de ayer fue grabada. En ella corrigió a Lía, le pidió que confirmara que usted estaba con ella y discutió el orden de los sonidos. La especialista ha señalado un riesgo alto de contaminación del recuerdo.

—La policía ya lo contaminó.

—Eso lo argumentaremos.

—Nuria también habló delante de ella.

—Sí.

—La televisión enseñó el dibujo.

—Sí.

—Entonces ¿por qué solo me prohíben hablar?

—Porque usted es la investigada.

—No significa que sea culpable.

—No. Pero significa que la jueza puede limitar el contacto si cree que existe riesgo para el procedimiento.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que se emita un informe o se establezca un régimen supervisado.

—¿Días?

—Probablemente.

—¿Semanas?

—Puede.

Me senté otra vez.

La libertad dejó de parecer una puerta.

Era otra celda, solo que más grande.

—No puedo dejarla con Nuria —dije.

—¿Por qué?

—Ya se lo expliqué.

—Me dijo que no quería que su hermana la criara. Eso no es una explicación.

—Nuria habla demasiado.

—La policía ya le ha indicado que no converse con la niña sobre los hechos.

—No sabe callarse.

—¿Ha intentado influir antes en Lía?

—No.

—¿Le habla mal de usted?

—No.

—¿La pone en peligro?

—No.

—Entonces no existe una base para impedir que se haga cargo temporalmente.

—Soy su madre.

—Y su madre necesita salir de prisión antes de discutir la custodia provisional.

La puerta se abrió.

Un funcionario pronunció mi nombre.

—Es el momento.

La sala no se parecía a las de televisión.

No había un estrado alto ni bancos llenos de público. Era un despacho grande adaptado para la comparecencia. La jueza se sentaba detrás de una mesa cubierta de expedientes. A su derecha estaba la fiscal. Leire ocupaba una silla al fondo, junto a Vega y un hombre del juzgado que escribía en un ordenador.

La jueza se llamaba Irene Olmedo.

Tendría poco más de cincuenta años. Llevaba gafas de montura fina y el cabello sujeto con una pinza. No tenía expresión severa ni amable. Parecía alguien que había escuchado demasiadas versiones de una misma noche antes de que yo entrara.

Me indicaron dónde sentarme.

Celia quedó a mi lado.

La fiscal se llamaba Patricia Mares. La reconocí porque había aparecido en una fotografía de un periódico. Era más joven de lo que esperaba y hablaba sin mirar los papeles durante largos fragmentos.

Primero confirmaron mi identidad.

Nombre.

Dirección.

Estado civil.

—Casada —respondí.

La palabra produjo una pausa.

La funcionaria corrigió:

—Viuda.

No debería haberme afectado.

Lo hizo.

La jueza explicó que podía declarar o acogerme a mi derecho a no hacerlo. Celia había insistido en que guardara silencio. La fiscal ya tenía mis contradicciones. Cada nueva explicación abría otra puerta.

—No declararé —dije.

La jueza asintió.

Después habló la fiscal.

No levantó la voz.

No necesitaba hacerlo.

—Los indicios reunidos hasta este momento permiten sostener que Damián Llorca no sufrió una caída única y accidental, sino dos precipitaciones separadas por un intervalo durante el cual permaneció consciente en el descansillo de la escalera de su vivienda.

Colocó una fotografía delante de la jueza.

No podía verla desde mi lugar, pero sabía cuál era.

La sangre en la barandilla.

La mano.

El descansillo.

—Durante ese intervalo —continuó—, el fallecido pronunció el nombre de la investigada y sufrió un impacto craneal compatible con una escultura de bronce hallada posteriormente bajo una consola del recibidor.

Celia anotaba.

Yo miraba a Leire.

Ella no me miraba.

—En el objeto aparecen huellas de la señora Sanz, incluida una impresión parcial situada en una posición compatible tanto con la manipulación cotidiana como con la sujeción utilizada para presionar el borde contra la cabeza de una persona situada a menor altura.

La jueza hojeó el informe.

—¿Existe proyección de sangre sobre la investigada? —preguntó.

—No concluyente. El camisón presenta transferencia y salpicaduras atribuibles en parte a las maniobras de reanimación.

—¿Se puede determinar que la escultura estaba en la mano de alguien cuando produjo la lesión?

—No de manera definitiva.

La jueza levantó la vista.

—Entonces no puede afirmarse que fuera utilizada como arma.

—Puede afirmarse que es compatible con el arma y que la dinámica accidental propuesta presenta dificultades.

—Compatible no es utilizada.

—No, señoría.

La primera grieta.

Pequeña.

Celia no me miró, pero movió el pie hasta tocar el mío.

La fiscal continuó.

Habló de las zapatillas.

De la sangre en la suela.

De la huella parcial en el descansillo.

De la declaración inicial en la que yo aparecía descalza durante toda la secuencia.

—La investigada ofreció cinco explicaciones distintas sobre cómo pudo llegar el calzado al armario —dijo.

—No ofrecí cinco —murmuré.

Celia me apretó la rodilla.

La jueza levantó los ojos.

—¿Desea declarar?

—No.

—Entonces no interrumpa.

La fiscal habló de Lía.

No utilizó su nombre al principio. Dijo la menor. La hija común. La testigo infantil.

Parecía referirse a una persona distinta.

—La menor distingue dos secuencias de caída, una pausa, una voz masculina y la presencia de su madre en la habitación antes del segundo impacto. Afirma que la investigada anunció que el padre se había caído antes de producirse el ruido principal.

—La entrevista contiene contradicciones graves —intervino Celia.

—Tendrá su turno.

—La fiscal está presentando como hechos conclusiones que la propia especialista califica como recuerdos susceptibles de contaminación.

La jueza miró a mi abogada.

—Déjela terminar.

Patricia Mares no pareció molesta.

—La menor también identifica unas zapatillas grises que la investigada habría llevado al regresar a la habitación. Dicho calzado es compatible con la huella hallada sobre sangre en el descansillo.

—¿La niña conocía el hallazgo? —preguntó la jueza.

—No el resultado biológico.

—Pero conocía las zapatillas.

—Vivía en la casa.

—¿Y había visto la escultura después de los hechos?

—Sí.

—¿Su dibujo del objeto puede estar influido por esa visión?

—La especialista admite esa posibilidad.

La jueza hizo una anotación.

Otra grieta.

La fiscal pasó a la llamada de emergencias.

Dos minutos y treinta segundos.

Mi voz diciendo que estaba con Lía.

Mi respuesta espontánea: yo no lo empujé.

La llamada desde el teléfono azul.

Iván esperando en el camino de servicio.

Ariadna dentro de la urbanización.

La carpeta financiera.

El divorcio.

La custodia.

Cuando terminó, la muerte de Damián parecía no tener un solo motivo, sino todos.

—La investigada sabía que el fallecido preparaba su separación —concluyó—, que podía utilizar documentación económica para responsabilizarla de delitos societarios y que contemplaba solicitar medidas relacionadas con la menor. Existía un conflicto inmediato y extraordinariamente grave. Después de la muerte, la señora Sanz ocultó la infidelidad, modificó el lugar de la discusión, negó y luego afirmó agresiones, y atribuyó sucesivamente los indicios a Iván Corbacho, Ariadna Vives, la empleada doméstica y personas no identificadas.

—Nunca atribuí nada a Sonia —dije.

Celia cerró los ojos.

La jueza me miró.

—Señora Sanz.

—No he declarado.

—Entonces guarde silencio.

—Está diciendo cosas que no son ciertas.

—Su abogada podrá responder.

Me mordí el interior de la mejilla.

La fiscal solicitó prisión provisional comunicada y sin fianza.

Riesgo de destrucción de pruebas.

Riesgo de influencia sobre la menor.

Posible alteración de documentos.

Gravedad del delito.

Contradicciones.

—La existencia de otros sospechosos no elimina la posición central de la investigada —dijo—. Al contrario, la llamada realizada desde una línea a su nombre parece haber atraído deliberadamente a Iván Corbacho para crear una explicación alternativa.

Aquello era nuevo.

Celia levantó la cabeza.

—¿Está sosteniendo que mi clienta organizó la presencia de un falso sospechoso?

—Es una hipótesis coherente con los hechos.

—Sin pericial de voz, sin huellas recientes concluyentes en el teléfono y con el dispositivo encontrado en poder del propio Corbacho.

—No se encontró en su poder. Se encontró en el bidón donde quemaba documentación.

—En una nave a la que él tenía acceso.

—Después de afirmar que la señora Sanz lo había llamado.

—Una afirmación de un hombre detenido destruyendo pruebas.

La jueza levantó una mano.

—Tendrá su turno, letrada.

Celia asintió.

La fiscal terminó.

Mi abogada se puso de pie.

No se movió hacia el centro. Permaneció junto a mí, con una mano apoyada sobre la mesa.

—La petición de prisión provisional intenta convertir una investigación de treinta y seis horas en una condena anticipada.

Su voz era distinta a la de la comisaría.

Más lenta.

Más clara.

No hablaba para impresionarme. Hablaba para construir un lugar donde yo pudiera salir.

—No existe prueba directa de que Mara Sanz golpeara o empujara a su marido. No hay testigos presenciales. No hay confesión. No hay proyección hemática que la sitúe junto al impacto. No hay grabación visual. No hay una huella inequívoca de su pie desnudo ni una pericial que demuestre que llevaba las zapatillas en el momento de la caída.

Mostró el informe de Vidal.

—La propia reconstrucción oficial admite como físicamente posible que Damián Llorca cayera hasta el descansillo, permaneciera allí consciente, intentara incorporarse y sufriera una segunda caída accidental.

La jueza buscó la página.

—¿Con qué probabilidad? —preguntó.

—El especialista evita cuantificarla.

—¿Se considera probable?

—Se considera posible y compatible con varias lesiones.

La fiscal intervino:

—También se considera posible una segunda precipitación provocada.

—Por supuesto —respondió Celia—. El trabajo de un especialista no consiste en decidir qué relato prefiere la acusación.

Pasó al premio.

Las huellas tenían explicación por la mañana.

Sonia lo confirmaba.

La sangre podía proceder de un impacto accidental.

La pintura blanca demostraba que el objeto estuvo en el tramo superior, no quién lo llevaba.

Las microgotas no permitían determinar un golpe deliberado.

Después habló de Iván.

Amenazas explícitas.

Conflicto económico.

Presencia en la urbanización.

Acceso al sendero trasero.

Destrucción de documentos.

—La acusación considera increíble que el señor Corbacho quemara papeles sin relación con la muerte, pero perfectamente plausible que una mujer sin antecedentes organizara en pocos minutos una escena, atrajera a un falso sospechoso, manipulara un arma, limpiara un calzado, escondiera un teléfono y construyera una coartada infantil mientras llamaba a emergencias.

La fiscal negó con la cabeza.

—Nadie ha dicho que ocurriera en pocos minutos.

Celia se volvió.

—Exactamente. Porque la acusación insinúa planificación.

La palabra quedó suspendida.

Planificación.

—¿Qué indicios existen de preparación previa? —preguntó la jueza.

La fiscal consultó una hoja.

—La investigada reunió durante meses documentación contra su marido. Conocía el defecto de la escalera. Manipuló el objeto esa mañana. Existían llamadas previas con Iván desde una línea registrada a su nombre.

—Reunir pruebas de fraude marital no es preparar un homicidio —dijo Celia—. Conocer que una barandilla está suelta no convierte a cada habitante de una casa en asesino. Y colocar una escultura sobre una consola no es seleccionar un arma.

—¿Qué explicación ofrece para las llamadas? —preguntó la jueza.

—El teléfono era utilizado por la empresa y también por el fallecido. No existe todavía pericial que identifique la voz de mi clienta.

—La grabación se parece a ella.

—También se parecía a ella para Iván, que tenía interés en desplazar la responsabilidad.

Celia habló de Ariadna.

La relación.

El acceso activo.

La disputa por la escultura.

La carpeta desaparecida.

La permanencia en la urbanización durante la muerte.

—La señora Vives afirma no haberse acercado a la casa —dijo la fiscal.

—Y también afirmó inicialmente que la relación había terminado, que Damián no había subido a su coche y que no había entrado recientemente en la vivienda. Sus declaraciones han variado tanto como se reprocha a mi clienta.

—¿Existe alguna huella de Ariadna Vives en el descansillo? —preguntó la jueza.

—No identificada.

—¿Sangre del fallecido en su vehículo?

—No. La reacción preliminar no correspondía a sangre humana.

—¿Entonces qué indicio la sitúa dentro de la casa?

Celia hizo una pausa.

—Ninguno concluyente.

La jueza anotó.

Aquella grieta no era para nosotras.

Mi abogada no intentó ocultarlo.

—Pero tampoco existe ninguno concluyente que sitúe a Mara en el descansillo.

—La zapatilla —dijo la fiscal.

—El calzado, no el pie.

—La niña.

—Una menor traumatizada cuyo recuerdo ha sido contaminado por la escena, los adultos, los medios y la propia explicación policial.

—¿La señora Sanz contribuyó a esa contaminación? —preguntó la jueza.

Celia no respondió inmediatamente.

—Sí.

La miré.

—Intentó corregir a su hija —continuó—, convencida de que la niña estaba mezclando sonidos. Fue un error. No un intento criminal de fabricar una declaración.

—Durante la llamada le pidió que confirmara que estaba con ella.

—Una madre desesperada preguntando a su hija si recordaba que estaban juntas.

—Una investigada construyendo una coartada.

—Eso es una interpretación.

La jueza pasó a otro documento.

—¿Qué solicita respecto de la menor?

Celia respiró.

—Que se mantenga con su tía hasta que la señora Sanz recupere la vivienda o disponga de un lugar adecuado. Nos oponemos a cualquier prohibición de contacto. Puede establecerse supervisión temporal y la prohibición expresa de hablar de los hechos.

—La fiscal solicita incomunicación total entre madre e hija durante la fase inicial.

—Es desproporcionado y dañino para una niña que acaba de perder a su padre.

—También puede ser perjudicial que la única persona investigada por esa muerte condicione su recuerdo.

—No existe imputación por ningún delito contra la menor.

—No es una medida de protección frente a violencia —aclaró la jueza—, sino de preservación del testimonio.

—Una niña no es una muestra biológica que pueda guardarse en una bolsa —respondió Celia.

La jueza levantó la mirada.

—Lo sé, letrada.

—Entonces sabe que separarla de su madre puede aumentar la culpa, el miedo y la confusión que ya presenta.

La fiscal se puso de pie.

—La menor ha manifestado que teme decir algo que impida el regreso de su madre. Esa presión existe aunque la investigada no

pronuncie una amenaza.

—Precisamente por eso necesita una intervención terapéutica, no perder también a su madre.

—Necesita poder recordar sin ser corregida.

La jueza se quitó las gafas.

—Señora Sanz.

Celia se inclinó hacia mí.

—No declare.

—Solo voy a hacerle una pregunta —dijo la jueza—. Puede no responder.

Miré a Celia.

Negó.

—Responderé.

Mi abogada cerró la carpeta con suavidad.

—¿Puede comprometerse a no hablar con su hija sobre la muerte del señor Llorca, la caída, la investigación ni ninguna declaración que haya realizado?

—Sí.

—¿Puede escucharla sin corregirla si la niña menciona espontáneamente los hechos?

La respuesta tardó.

No porque no supiera qué decir.

Porque sabía qué significaba.

—Sí.

—¿Aunque diga algo que la perjudique?

—Es mi hija.

—No le he preguntado eso.

—No intentaré cambiar lo que recuerde.

La jueza volvió a ponerse las gafas.

—¿Cree que lo hizo durante la llamada?

—Intentaba tranquilizarla.

—¿Corrigiéndola?

—Le explicaba que estaba confundida.

—Eso es corregirla.

—Sí.

La palabra sorprendió a Celia.

También a la fiscal.

—Fue un error —añadí—. Pensé que la estaba protegiendo. No volveré a hacerlo.

La jueza me observó.

—¿Por qué le dijo tantas veces que su padre había caído una sola vez?

—Porque era lo que yo creía.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que pudo detenerse en el descansillo y volver a caer.

—¿Cambió su recuerdo después de conocer la reconstrucción?

—Cambió mi comprensión.

—No es lo mismo.

—No.

—¿Estuvo usted en el descansillo?

Celia se puso de pie.

—Mi clienta se acoge a su derecho a no declarar sobre los hechos.

La jueza no apartó los ojos de mí.

—No —respondí.

—Mara.

—No estuve allí.

—¿Llevaba las zapatillas grises?

—No.

—¿Cogió la escultura durante la noche?

—No.

—¿Golpeó a su marido?

—No.

—¿Lo empujó?

—No.

La fiscal tomó notas.

Celia permaneció de pie, inmóvil.

—¿Por qué mintió sobre el momento en que se produjo el hematoma? —preguntó la jueza.

—Porque me daba vergüenza.

—¿Por qué?

—Porque Damián me había agarrado durante una discusión y yo sabía que, si lo decía, todos pensarían que lo había matado.

—Después amplió los episodios de violencia cuando fue detenida.

—Porque comprendí que protegerlo no me estaba protegiendo a mí.

—¿La golpeaba habitualmente?

—Sí.

La palabra salió con facilidad.

Ya tenía un lugar dentro de la historia.

—¿Puede acreditarlo?

—Mi hermana conoce algunos episodios. Sonia escuchó cómo me humillaba. Silvia sabía que revisaba mis mensajes y controlaba el dinero.

—Eso acredita control y maltrato psicológico. No necesariamente agresiones físicas.

—Las agresiones ocurrían cuando estábamos solos.

—¿También la noche de la muerte?

—Me agarró del brazo.

—¿En la planta baja?

—Sí.

—¿Una sola vez?

Recordé lo que había dicho ante Leire.

Dos veces.

La mano al pie de la escalera.

La mano abajo.

El hematoma superpuesto.

—No estoy segura.

Celia cerró los ojos.

—¿Cómo puede no estar segura de cuántas veces la agarró pocas horas antes de morir?

—Porque después intenté reanimarlo. Me tocó. Yo lo toqué. Todo ocurrió muy rápido.

—La marca se produjo antes de la llegada de los sanitarios.

—Sí.

—¿Abajo o antes de la caída?

—Antes.

—Entonces no fue durante la reanimación.

—No.

—¿Por qué dijo que quizá la agarró abajo?

—Porque al principio intenté explicar las fibras bajo sus uñas.

La jueza se quedó quieta.

Había dicho demasiado.

—¿Intentó explicar una prueba antes de que se la comunicaran?

—Me dijeron que tenía sangre y tela bajo las uñas.

—Después de su primera declaración.

—Sí.

—Y fue modificando la secuencia en función de los resultados.

—Fui recordando.

—¿O adaptando?

—Recordando.

La jueza miró a Celia.

—No tengo más preguntas.

Mi abogada se sentó lentamente.

No me miró.

La comparecencia terminó poco después.

La jueza anunció que dictaría resolución tras un receso. Nos llevaron de nuevo a la sala pequeña.

En cuanto la puerta se cerró, Celia dejó la carpeta sobre la mesa.

—Le dije que no declarara.

—Tenía que verme.

—Ya la estaba viendo.

—No como una persona.

—Su trabajo no consiste en verla como una persona. Consiste en decidir si existen motivos para mantenerla encerrada.

—Necesitaba entender que no abandonaría a Lía.

—Acaba de admitir que cambió su versión para explicar una prueba.

—No dije eso.

—Dijo exactamente eso.

—Dije que intentaba comprenderla.

—No.

Celia caminó dos veces hasta la pared y volvió.

—Cuando le preguntaron por qué modificó la historia del agarre, respondió que intentaba explicar las fibras.

—Porque fue así.

—Una persona inocente no construye retroactivamente una escena para acomodar resultados forenses.

—Una persona asustada sí.

—Eso diremos.

—Porque es verdad.

Celia me miró.

—No vuelva a ayudar.

Pasaron cincuenta y tres minutos.

Los conté con el reloj de la pared.

Cada uno parecía una decisión distinta.

En el minuto diecisiete escuchamos gritos en el pasillo. En el treinta y uno, alguien abrió por error y volvió a cerrar. En el cuarenta y seis, Celia recibió un mensaje y no me dijo de quién.

—¿Nuria? —pregunté.

—No.

—¿Lía?

—No.

—¿La prensa?

—Mara.

—Solo quiero saber qué ocurre afuera.

—Afuera ya existen dos grupos. Uno cree que mató a un maltratador. El otro que está inventando el maltrato para librarse.

—¿Y usted?

—Estoy intentando que ninguna de las dos versiones decida antes que la jueza.

—No ha respondido.

—No era una pregunta jurídica.

En el minuto cincuenta y cuatro, regresó el funcionario.

Nos llevaron de nuevo a la sala.

La jueza no leyó todo el auto. Explicó la parte esencial.

No prisión.

Libertad provisional.

Sentí que mi cuerpo se aflojaba antes de comprender las condiciones.

Comparecencias diarias en el juzgado.

Entrega del pasaporte.

Prohibición de abandonar la provincia.

Prohibición de comunicarse con Iván Corbacho y Ariadna Vives.

Prohibición de acceder a los servidores, oficinas y documentación de Llorca Proyectos.

Y, de manera temporal, prohibición de mantener contacto directo o indirecto con Lía sin supervisión profesional.

—No —dije.

Celia me agarró de la muñeca.

—Silencio.

—Es mi hija.

La jueza siguió leyendo.

La medida se revisaría cuando la especialista evaluara el impacto y estableciera un régimen de visitas que evitara interferencias. Nuria asumiría el cuidado provisional.

—No he hecho nada a mi hija.

—Señora Sanz —dijo la jueza—, no se la está protegiendo de usted como madre. Se está protegiendo su libertad para declarar.

—Ya ha declarado.

—Puede necesitar ampliar o aclarar.

—La están destruyendo.

—La medida también busca reducir su ansiedad.

—Separándola de mí.

—Será temporal.

—¿Cuánto?

—No puedo concretarlo.

—Entonces no es temporal.

Celia tiró de mi brazo.

—Mara.

—No puedo salir y dejarla aquí.

La jueza se quitó las gafas.

—La alternativa solicitada por la fiscal era su ingreso en prisión.

La frase me hizo callar.

—Si incumple cualquiera de las medidas —continuó—, se revisará su situación y puede ordenarse la prisión provisional.

—¿Puedo hablar con Nuria?

—No sobre el testimonio de la menor ni para transmitirle mensajes relacionados con los hechos.

—¿Puedo preguntarle cómo está?

—Sí.

—¿Puedo verla por videollamada?

—No hasta que se establezca supervisión.

—¿Puede oír mi voz?

—No de forma directa por ahora.

—¿Puedo escribirle?

—Las comunicaciones deberán ser revisadas y autorizadas.

Sentí que me arrancaban algo con cada respuesta.

La fiscal pidió que se incluyera expresamente la prohibición de acercamiento al colegio y al domicilio de Nuria. La jueza aceptó una distancia de cien metros, salvo autorización.

Cien metros.

Podía estar en la misma calle y no abrazarla.

Podía ver su ventana y no llamar.

Podía salir de una celda y seguir sin volver con mi hija.

Firmé las medidas.

Otra firma.

Mara Sanz.

La funcionaria retiró el papel.

—Queda en libertad provisional.

La frase no produjo nada.

Nos devolvieron a la sala para recoger mis efectos. Me entregaron una bolsa con la alianza, los pendientes, los cordones y el contenido de mis bolsillos. El teléfono seguía intervenido. También las llaves de casa.

Me puse el anillo.

El dedo seguía inflamado. Tuve que empujarlo hasta la base.

—No debería —dijo Celia.

—¿Qué?

—Llevarlo.

—Es mío.

—La prensa lo interpretará.

—Todo lo interpretan.

—Exactamente.

Me até las zapatillas.

No las grises.

Las que llevaba cuando me detuvieron.

No tenían sangre.

Antes de salir, Celia habló con los agentes. Había periodistas en la entrada principal y en el aparcamiento. Nos permitirían utilizar una salida lateral.

—¿Adónde voy? —pregunté.

—A un hotel.

—Quiero ir a casa.

—Sigue precintada.

—A casa de Nuria.

—Tiene prohibido acercarse.

—Entonces ¿dónde?

—He reservado una habitación.

—No tengo ropa.

—Nuria ha preparado una bolsa.

—¿Va a traerla?

—La dejará en recepción.

—Quiero verla.

—No puede.

—A ella sí.

—A su hermana, sí. Pero no conviene que se encuentren hoy. Hay periodistas siguiéndola y la fiscal vigilará cualquier intento de contacto indirecto con Lía.

—No voy a utilizar a Nuria.

Celia no respondió.

La salida lateral daba a una calle estrecha. Había dos coches oficiales y una furgoneta de reparto. Durante un segundo creí que habíamos evitado a la prensa.

Después aparecieron.

Salieron desde la esquina y corrieron hacia nosotras.

—¡Mara!

—¡Ha quedado en libertad!

—¿La jueza cree que actuó en defensa propia?

—¿Por qué no puede ver a su hija?

—¿Temen que influya en ella?

Celia avanzó delante.

—No habrá declaraciones.

Una periodista se colocó a mi lado.

—Mara, hay mujeres apoyándola. ¿Quiere decirles algo?

Seguí caminando.

—¿Damián la maltrataba?

No miré.

—¿Lo mató porque iba a quitarle a la niña?

El coche estaba a diez pasos.

—¿Se arrepiente de no haberlo denunciado?

Cinco.

—¿Su hija la vio golpearlo?

Me detuve.

Celia dijo mi nombre.

No la escuché.

Miré a la periodista.

Tenía unos treinta años, el pelo recogido y un micrófono rojo. Esperaba una frase. Cualquier frase. Una que pudiera repetirse debajo de mi fotografía.

—Mi hija no vio morir a su padre —dije.

Las cámaras se acercaron.

—¿Entonces qué vio?

—Vio lo que una niña no debería ver nunca.

—¿Violencia?

Celia me tomó del brazo.

—Se acabó.

—Mara, ¿actuó para protegerla?

No respondí.

Entré en el coche.

La puerta se cerró, pero las preguntas continuaron detrás del cristal.

Durante el trayecto al hotel, Celia no habló.

Yo tampoco.

La ciudad aparecía distinta desde el asiento trasero. Había gente comprando pan, sacando dinero, esperando autobuses. Nadie sabía que yo acababa de recuperar la libertad sin recuperar ninguna de las cosas que la hacían útil.

El hotel estaba a quince minutos del juzgado.

Nuria había dejado la bolsa.

La recepcionista la entregó sin mirarme directamente. En el vestíbulo había un televisor encendido. Mi rostro ocupaba la pantalla.

LIBERTAD PROVISIONAL PARA LA VIUDA DEL ARQUITECTO.

Debajo aparecía otra frase:

LA INVESTIGACIÓN APUNTA A UNA POSIBLE MUERTE EN CONTEXTO DE VIOLENCIA DOMÉSTICA.

—Apáguelo —dijo Celia.

La recepcionista buscó el mando.

Antes de que la pantalla quedara negra, apareció una fotografía de Damián sonriendo junto a Lía.

La cara de mi hija estaba pixelada.

Pero yo reconocí el vestido.

Su cumpleaños de seis años.

Damián le había comprado una bicicleta y había publicado la foto después de prometerme que no lo haría.

Subimos a la habitación.

Celia dejó la tarjeta sobre la mesa.

—Descanse.

—Quiero llamar a Nuria.

—Puede hablar con ella.

—Ahora.

—Desde mi teléfono. Con el altavoz activado y sin pedir que pase mensajes.

—No soy una delincuente.

—Está investigada por homicidio.

La frase sonó más dura fuera de la comisaría.

Celia marcó.

Nuria respondió enseguida.

—¿Ha salido?

—Está conmigo —dijo mi abogada—. La llamada debe respetar las medidas judiciales. No puede participar Lía ni escucharla.

—Está en su habitación.

Me acerqué al teléfono.

—¿Cómo está?

Mi hermana tardó.

—Pregunta por ti.

—Dile que la quiero.

Celia negó.

—No puedo transmitir mensajes —dijo Nuria.

—Decirle que su madre la quiere no es hablar del caso.

—La orden prohíbe comunicación indirecta.

—Es una niña.

—Lo sé.

—¿Ha comido?

—Un poco.

—¿Qué?

—Arroz.

—No le gusta el arroz solo.

—Le puse tomate.

—¿Ha dormido?

—Una siesta.

—¿Ha preguntado por la caída?

Nuria guardó silencio.

Celia me quitó el teléfono.

—No puede preguntar eso.

—Solo quiero saber si está angustiada.

—Está angustiada —respondió mi hermana—. Su padre está muerto y su madre no puede verla.

—No es culpa mía.

—No he dicho que lo sea.

—Lo has dicho así.

—No tengo otra manera de decirlo.

—¿Le enseñaron el dibujo en televisión?

—No.

—¿Está segura?

—Apagué todo.

—¿Y el teléfono?

—No tiene.

—La tableta.

—La guardé.

—No la dejes sola con internet.

—Sé cuidar a Lía.

—No eres su madre.

El silencio cayó entre las dos.

Celia me sostuvo el teléfono lejos de la mano.

—No —dijo Nuria—. Pero ahora mismo soy la persona que puede estar con ella.

Colgó.

Me quedé mirando la pantalla apagada.

—No debía decir eso —dijo Celia.

—Es verdad.

—No ayuda.

—Todo el mundo está muy preocupado por lo que ayuda al caso.

—El caso decide si podrá volver a ser su madre fuera de una prisión.

La puerta de la habitación se cerró cuando Celia se marchó.

Me quedé sola.

La bolsa de Nuria estaba sobre la cama. Dentro había ropa interior, un pantalón, dos camisetas, un cepillo de dientes, desodorante y el jersey azul que Lía decía que me hacía parecer triste.

En el fondo encontré su conejo.

No el de verdad.

Un dibujo.

Lía lo había hecho en una hoja arrancada de un cuaderno. Aparecíamos las dos de la mano. Yo llevaba un vestido rojo. Ella, uno amarillo. Encima había escrito:

MAMÁ VUELVE.

No sabía si Nuria había metido el dibujo sin que Lía lo supiera.

Si mi hija lo había preparado para mí.

Si entregármelo incumplía la orden.

Lo apreté contra el pecho.

Después miré la puerta.

No había policías.

No había cámaras visibles.

No había una inspectora esperando que corrigiera una palabra.

Era libre.

Podía caminar por la habitación.

Abrir la ventana.

Ducharme.

Pedir comida.

Salir a la calle siempre que no me acercara a mi casa, a la empresa, a Ariadna, a Iván, al colegio o a menos de cien metros de mi hija.

La libertad tenía una lista de lugares prohibidos.

Me senté en la cama y volví a mirar el dibujo.

Dos figuras.

Dos vestidos.

Una sola frase.

Mamá vuelve.

No decía cuándo.

No decía cómo.

Tampoco decía qué tendría que recordar Lía para que me permitieran hacerlo.

Capítulo 20 · Hora cuarenta

A las cuatro de la tarde yo ya había sobrevivido a mi marido.

No lo decidí yo.

Lo decidió una presentadora de televisión con una chaqueta blanca, el cabello inmóvil y una fotografía de mi hematoma ampliada detrás de la cabeza.

—La pregunta que debemos hacernos —dijo— no es únicamente qué ocurrió en esa escalera, sino qué tuvo que soportar Mara Sanz durante los años anteriores.

Estaba sentada en la cama del hotel, todavía con la ropa que Nuria había metido en la bolsa. El jersey azul. El que me hacía parecer triste.

Había apagado el televisor tres veces.

Siempre volvía a encenderlo.

En otro canal mostraron la casa desde el exterior. Un reportero señalaba las ventanas, el acceso principal y el sendero trasero mientras explicaba que Damián había diseñado personalmente la vivienda donde murió.

—Una construcción de líneas puras —dijo— que ahora podría convertirse en la prueba principal contra su propia esposa.

Después apareció Carmen.

No delante de nuestra urbanización. En un estudio. Le habían maquillado las ojeras y peinado el cabello hacia atrás. Llevaba una blusa que nunca le había visto.

—Se escuchaban discusiones —contó—. No todos los días, claro. Pero había momentos. Yo alguna vez le pregunté a Mara si necesitaba ayuda.

Era mentira.

Nunca me había preguntado aquello.

Una vez me encontró llorando dentro del coche y dijo:

—Los hombres son todos iguales hasta que necesitan que les encuentres los calcetines.

Después encendió un cigarrillo.

En televisión, sin embargo, Carmen me había ofrecido ayuda.

—¿Ella le habló de agresiones? —preguntó el periodista.

—No directamente.

—¿Qué significa no directamente?

Carmen bajó los ojos.

Había aprendido rápido.

—Las mujeres que tienen miedo no siempre pueden decirlo.

La frase apareció escrita debajo de su cara.

"LAS MUJERES QUE TIENEN MIEDO NO SIEMPRE PUEDEN DECIRLO".

Cambió la imagen.

Fotografías de Damián.

Entregando premios.

Inaugurando edificios.

Abrazando a Lía.

Después yo, saliendo del juzgado.

Parecíamos dos personas que nunca se habían conocido.

Un hombre perfectamente iluminado y una mujer escondiendo la cara.

Llamaron a la puerta.

Apagué el televisor.

—¿Quién es?

—Celia.

Abrí.

Mi abogada entró acompañada por una mujer que no conocía. Tendría mi edad, quizá un poco más. Llevaba pantalón negro, una chaqueta de punto y una carpeta de color verde pegada al pecho.

—Ella es Verónica Rivas —dijo Celia—. Trabaja con una asociación de asistencia a mujeres.

—No he pedido ninguna asociación.

—Se pusieron en contacto con el despacho después de la comparecencia.

Verónica no intentó estrecharme la mano.

Lo agradecí.

—Podemos marcharnos —dijo—. Solo quería ofrecerte ayuda jurídica y psicológica si la necesitas.

—Ya tengo abogada.

—No venimos a sustituirla.

—Entonces ¿para qué?

Celia cerró la puerta.

—Porque la fiscal está utilizando tus cambios de versión para cuestionar la existencia de violencia. Una evaluación independiente podría acreditar indicadores compatibles.

—¿Indicadores?

—Control económico, aislamiento, miedo, dependencia, alteración de la percepción de riesgo —explicó Verónica.

Hablaba despacio.

No como Eva con Lía.

Peor.

Como alguien que estaba acostumbrada a que las mujeres necesitaran tiempo para reconocer lo que les había ocurrido.

—No estoy aislada —dije.

—No he dicho que lo estés.

—Tengo una hermana.

—Sí.

—Amigas.

—¿Con qué frecuencia las veías?

La pregunta parecía casual.

Miré a Celia.

—No es un interrogatorio —aclaró.

—Todo es un interrogatorio.

Verónica dejó la carpeta sobre una silla.

—¿Prefieres que me vaya?

Sí.

La respuesta estaba preparada.

No salió.

—Cinco minutos.

—De acuerdo.

Celia se acercó a la ventana. Corrió apenas la cortina y volvió a cerrarla.

—Hay dos cámaras en la calle —dijo—. No salgas sola.

—La jueza no me lo ha prohibido.

—No. Pero cada periodista quiere una frase que pueda interpretar como confesión, justificación o ataque contra Damián.

—Ya tienen suficientes frases.

—Gracias a ti.

Verónica se sentó junto a la mesa. Yo permanecí de pie.

—No necesito que me cuentes los hechos —dijo—. Solo quiero saber si te sientes segura ahora.

La pregunta me desconcertó.

—Estoy en un hotel cuyo nombre conoce media ciudad.

—¿Temes que alguien pueda hacerte daño?

Pensé en Iván.

En Ariadna.

En los trabajadores de Damián.

En los hombres que gritaban frente al juzgado que las asesinas también mentían.

—No.

—¿Has recibido amenazas?

—No tengo teléfono.

—Celia te ha traído uno.

Mi abogada sacó una caja pequeña del bolso y la dejó sobre la cama.

—Una línea nueva. No llames a nadie relacionado con la investigación. No contactes con Lía. No accedas a las cuentas de la empresa.

—¿Puedo respirar sin autorización?

—Mientras no lo publiques.

Verónica no sonrió.

—¿Dormiste algo?

—Un poco.

—¿Tienes medicación?

—No.

—¿Damián controlaba lo que tomabas?

La miré.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Es una pregunta habitual.

—No.

—¿Controlaba tu dinero?

—Sí.

—¿Tenías una cuenta propia?

—Sí.

—¿Podías utilizarla libremente?

—Él revisaba los movimientos.

—¿Te pedía explicaciones?

—Por todo.

—¿Incluso cantidades pequeñas?

Recordé una compra de treinta y siete euros.

Una blusa.

La devolución dos días después.

—Sí.

—¿Podías trabajar fuera de la empresa?

—No quería que lo hiciera.

—¿Cómo te lo impedía?

—Decía que Lía me necesitaba. Que nadie cuidaría la casa. Que lo que yo ganara no compensaría contratar a alguien.

—¿Te prohibió aceptar algún empleo?

—No utilizaba la palabra prohibir.

Verónica asintió.

—No suele utilizarse.

Celia se volvió hacia la ventana.

Yo miré a la mujer.

—¿Qué pretende que diga?

—Nada concreto.

—Todas las preguntas tienen una respuesta correcta.

—No.

—Sí. Si digo que revisaba mis cuentas, era control económico. Si no quería que trabajara, aislamiento. Si me agarraba, violencia física. Si me insultaba, psicológica.

—Los nombres sirven para reconocer patrones.

—También para construirlos.

Verónica no se ofendió.

—¿Crees que estás construyendo algo que no existía?

La pregunta era demasiado buena.

—No.

—Entonces quizá los nombres solo te incomodan porque hasta ahora utilizabas otros.

—¿Qué otros?

—Mal carácter. Exigencia. Preocupación por el dinero. Discusiones normales. Una mala noche.

Me senté en el borde de la cama.

—No era una mala noche.

—¿Qué era?

Celia intervino:

—No hablemos de la muerte.

—No iba a hacerlo.

Verónica esperó.

—Era el final —dije.

—¿De la relación?

—De todo lo que Damián había decidido que me pertenecía.

—¿Te amenazó con quitarte a tu hija?

—Sí.

—¿Creías que podía hacerlo?

—Tenía documentos, abogados y dinero.

—¿Y tú?

—Una carpeta escondida en una maleta.

Celia me miró.

Había olvidado que todavía no le había enseñado el contenido.

—¿Qué carpeta? —preguntó Verónica.

—No importa.

—Sí importa —dijo mi abogada—. ¿Está en la casa?

—La policía no la encontró.

—¿Cómo lo sabes?

—No estaba en el inventario.

—¿Dónde la guardabas exactamente?

—En una maleta roja, en el vestidor.

Celia sacó su libreta.

—¿Qué contiene?

—Copias.
—¿De qué?
—Facturas, correos, fotografías.
—¿Pruebas de agresiones?
—Algunas cosas.
—¿Qué significa algunas cosas?
—Mensajes. Audios.
Verónica permanecía en silencio.
—¿Audios de Damián? —preguntó Celia.
—Sí.
—¿Amenazándote?
—A veces.
—¿Cuántos?
—No sé.
—¿Por qué no me lo dijiste?
—Porque la policía revisará la cuenta secreta si les damos la carpeta.
—La policía ya registra la casa. Si encuentran una maleta oculta llena de información sobre el fallecido y tú no la has mencionado, será peor.
—No la encontrarán.
Celia dejó de escribir.
—¿Por qué estás tan segura?
—Porque no estaba allí cuando me fui.
—¿Cuándo la viste por última vez?
—La tarde anterior.
—¿La abriste?
—Sí.
—¿Antes de que llegara Damián?
—Sí.
—¿Después?
—No.
—Entonces pudo cogerla él.
—Sí.
—O tú pudiste moverla durante la noche.
—No.

—Mara.

—No la moví.

—¿Está en otro sitio?

—No lo sé.

Verónica miró a Celia.

Mi abogada cerró la libreta.

—Necesito hablar con mi clienta a solas.

La mujer se levantó.

—Por supuesto.

—No hace falta que se vaya —dije.

Celia me miró como si acabara de cometer otro error.

Verónica recogió la carpeta verde.

—Antes de marcharme, quiero decirte algo. No tienes que demostrar que Damián era el peor hombre del mundo para que lo que te hizo importe.

—Está muerto.

—Eso no convierte en mentira lo anterior.

—Tampoco convierte todo en maltrato.

—No.

—Ariadna dice que nunca me pegó.

—Ariadna no vivía contigo.

—Pero la gente la cree.

—La gente cree la versión que mejor encaja con lo que ya desea pensar.

Miré el televisor apagado.

—Ahora quieren que sea una superviviente.

—Algunos.

—Otros quieren que sea una asesina.

—Sí.

—¿Y cuál soy?

Verónica abrió la puerta.

—Eso no me corresponde decidirlo.

—Entonces no puede ayudarme.

La mujer me observó un instante.

—Las supervivientes también pueden cometer delitos.

Celia bajó la vista.

—Y las investigadas también pueden haber sufrido violencia —añadió Verónica—. Una cosa no borra la otra.

Se marchó.

Esperé a que la puerta se cerrara.

—No vuelva a traer a nadie sin preguntarme.

—Necesitamos una evaluación.

—Necesitamos que salga inocente, no rota.

—No son categorías incompatibles.

—En televisión sí.

Celia cogió el mando y encendió el televisor sin sonido.

Aparecía otra vez Carmen.

Debajo, un rótulo nuevo:

EL ENTORNO DE MARA CONFIRMA AÑOS DE CONTROL Y HUMILLACIONES.

—El relato público puede ayudarnos —dijo.

—¿Desde cuándo le importa?

—Desde que la fiscal intenta presentar cada episodio de violencia como una invención tardía.

—No lo inventé.

—Entonces necesitamos corroboración anterior a la muerte.

—Nuria.

—Conoce dos agarres y comentarios. Sonia, humillaciones. Silvia, control económico. Ninguna acredita las bofetadas, los empujones repetidos ni el episodio del pelo.

—Ocurrieron.

—Lo sé.

—No lo parece.

Celia apagó otra vez el televisor.

—Yo no estaba allí.

La frase me hizo sonreír.

No porque fuera graciosa.

Porque todos terminaban diciendo lo mismo.

—Tampoco Leire.

—No.

—Ni Ariadna.

—No.

—Ni la jueza.
—No.
—Entonces mi palabra debería valer tanto como la de cualquiera.
—Tu palabra lleva cuarenta horas cambiando.
Me levanté.
—Váyase.
—Tenemos que hablar de la maleta.
—No ahora.
—Precisamente ahora. Si existe documentación útil, debemos localizarla antes que la policía o explicar por qué no la entregaste.
—No sé dónde está.
—¿La escondiste?
—No.
—¿La destruiste?
—No.
—¿Se la diste a alguien?
—No.
—¿La utilizaste para preparar una defensa contra Damián?
—Sí.
La respuesta la detuvo.
—¿Desde cuándo?
—Cinco meses.
—Desde que descubriste la relación con Ariadna.
—Sí.
—¿Guardabas únicamente pruebas de infidelidad y fraude?
—También discusiones.
—¿Grababas a tu marido?
—A veces.
—¿Él lo sabía?
—No.
—¿Grabaste la noche de su muerte?
—No.
—¿Estás segura?
—Sí.
Celia me observó.
—¿Había alguna grabadora activa en la casa?

—No.
—¿El teléfono azul?
—No lo tenía yo.
—La tableta de Lía.
—No.
—El asistente de voz del salón.
Sentí una presión leve detrás de los ojos.
Damián había instalado el dispositivo dos años antes. Controlaba las luces, la calefacción y parte del sistema de sonido. Yo casi nunca lo utilizaba.
—No graba todo.
—Conserva órdenes y activaciones accidentales.
—La policía ya lo habrá revisado.
—No figura en el inventario.
—Entonces no se lo llevaron.
—¿Seguía conectado?
—Creo.
—¿Podía registrar voces cerca de la escalera?
—Estaba en el salón.
—Sí o no.
—Sí.
Celia sacó el teléfono.
—Voy a comunicarlo.
—No.
Su dedo se detuvo sobre la pantalla.
—¿Por qué?
—Porque también puede haber grabado a Lía.
—Eso no importa.
—A mí sí.
—Mara, si existe audio de la caída, puede resolver el caso.
—O puede registrar una discusión privada.
—Eso ya está admitido.
—No toda.
—¿Qué parte no has contado?
—Nada.
—Entonces ¿qué temes que se escuche?

—A Damián insultándome.

—Eso nos ayuda.

—A mí no me ayuda escucharla.

Celia sostuvo el teléfono.

—Voy a informar de la existencia del dispositivo. Si la policía descubre después que lo conocías y callaste, solicitarán otra vez tu detención.

—No lo recordaba.

—Ahora sí.

—Espere.

—¿Para qué?

No tenía una respuesta que pudiera pronunciar.

El asistente de voz estaba vinculado a la cuenta principal de la casa. Damián controlaba la aplicación. Yo no sabía cuánto conservaba ni si las activaciones se almacenaban en la nube. Podían existir segundos de la discusión.

La primera caída.

La voz.

El segundo golpe.

Tal vez mi respiración.

Tal vez nada.

—Quiero escuchar antes —dije.

—No puedes acceder a los sistemas de la vivienda.

—No es la empresa.

—La policía ha precintado la casa y puede considerar cualquier acceso remoto una alteración de pruebas.

—Solo quiero comprobar si existe algo.

—Eso es exactamente lo que no debes hacer.

El teléfono nuevo seguía sobre la cama, dentro de la caja.

—¿Está instalada la aplicación?

—En tu teléfono intervenido, probablemente.

—Puedo entrar desde un navegador.

—No.

—La cuenta es mía.

—No.

—Puede demostrar que digo la verdad.

—Entonces la policía la recuperará.

—¿Y si la borra Damián automáticamente?

Celia me miró.

—Damián está muerto.

—El sistema. Los archivos. Algunas grabaciones duran poco.

—¿Cuánto?

—No sé.

—Lo averiguaremos sin acceder.

—Para entonces pueden desaparecer.

—No toque nada.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va?

—A informar a Leire.

—No quiero hablar con ella.

—No necesitas hacerlo.

—La jueza me ha prohibido acceder a la empresa, no a mi casa.

—La jueza también ha advertido del riesgo de destrucción de pruebas.

—No voy a destruir nada.

—Entonces no debería preocuparte que lo revise la policía.

Abrió la puerta.

—Celia.

Se volvió.

—La voz de la grabación del teléfono azul no era mía.

—Eso dices.

—Y el asistente puede demostrar que yo estaba con Lía.

—O puede demostrar otra cosa.

No respondió a mi mirada.

Se marchó.

Esperé diez segundos.

Veinte.

Treinta.

Después abrí la caja del teléfono.

Era un aparato barato, sin contactos, sin aplicaciones y con la batería a medias. La tarjeta con el número estaba pegada a la tapa.

No conocía la contraseña de la cuenta principal de la casa.

Conocía las que Damián utilizaba.

El nombre de Lía.

El año del proyecto de Los Olivos.

La matrícula del primer coche.

Probé la primera.

Incorrecta.

La segunda.

Incorrecta.

La tercera.

La cuenta se abrió.

El panel mostraba luces, temperatura, cámaras exteriores y dispositivos conectados.

El asistente del salón aparecía sin conexión.

Última actividad: la noche de la muerte.

23:56.

El pecho se me cerró.

Había un historial.

Abrí la pestaña.

Decenas de órdenes antiguas.

Enciende el salón.

Baja la calefacción.

Pon música.

Llamar a Silvia.

Después, la última entrada.

23:55:18 — Activación no reconocida.

Pulsé.

El archivo duraba siete segundos.

Primero se escuchaba un roce.

Después la voz de Damián.

Lejana.

Dolorida.

—Mara.

Un golpe de aire.

Mi voz.

Más cerca.

—No intentes levantarte.

El archivo terminó.

Me quedé mirando la pantalla.

Siete segundos.

No podían demostrar dónde estaba yo.

Podía haber hablado desde arriba.

Podía haber bajado después del primer ruido.

Podía estar intentando ayudarlo.

Pero Damián no se encontraba al pie de la escalera cuando dijo mi nombre.

La hora lo colocaba dentro de los dos minutos y medio anteriores a la llamada.

Vivo.

Consciente.

Y yo había respondido.

La puerta de la habitación se abrió.

Celia entró con la tarjeta todavía en la mano.

Miró el teléfono.

Después mi cara.

—¿Qué has hecho?

Bloqueé la pantalla.

Demasiado tarde.

—Nada.

—Te he dicho que no accedieras.

—Había una grabación.

Mi abogada cerró la puerta.

—Dame el teléfono.

—No.

—Mara.

—Solo son siete segundos.

—Dámelo.

—Puede demostrar que intentaba ayudarlo.

—¿Qué se escucha?

—Damián dice mi nombre.

—¿Y tú?

No respondí.

Celia extendió la mano.

—¿Qué dices?
—Que no se levante.
La expresión de mi abogada cambió.
—¿Dónde estaba?
—No se sabe.
—¿A qué hora?
—Las once cincuenta y cinco.
—Antes de la segunda caída.
—No sabemos eso.
—La cámara exterior sitúa la primera secuencia antes.
—Pude hablar desde el pasillo.
—¿Por qué le dijiste que no se levantara si no lo veías?
—Porque había escuchado el golpe.
—No sabías que estaba herido.
—Era evidente.
—¿Desde otra planta?
—La casa se escucha entera.
—Dame el teléfono.
Lo dejé sobre la cama.
Celia reprodujo el archivo.
Una vez.
Después otra.
Damián.
Mara.
Mi voz.
No intentes levantarte.
—Esto demuestra que estabas con él —dijo.
—No.
—Demuestra que sabías que estaba vivo durante la pausa.
—Sí.
—Has declarado que no escuchaste que pronunciara tu nombre.
—No lo recordaba.
—Y que no supiste que se había detenido en el descansillo hasta la reconstrucción.
—No sabía dónde estaba.
—Pero le dijiste que no se levantara.

—Podía haber caído en cualquier parte.

—¿Por qué no llamaste a emergencias en ese momento?

La pregunta llegó demasiado deprisa.

—Porque después volvió a caer.

—¿Cuánto después?

—No sé.

—El archivo termina a las veintitrés cincuenta y cinco y veinticinco segundos. Tu llamada empieza a las veintitrés cincuenta y ocho y cuarenta y uno.

Más de tres minutos.

No dos y medio.

—El reloj del dispositivo puede estar desajustado.

—Puede.

—Lo estaba.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces se retrasaba.

—Mara.

—No sé.

Celia cogió el teléfono.

—Voy a entregarlo.

—No.

—Ya has accedido. El servidor registrará la conexión.

—Podemos decir que buscaba una prueba que me exculpara.

—Eso hiciste.

—Entonces espere.

—¿Para qué?

—Para pensar.

—Cada vez que piensas antes de entregar algo, empeoras la situación.

—La grabación no demuestra que lo empujara.

—No.

—Solo que le hablé.

—Y que mentiste otra vez.

—No mentí. No recordaba.

—¿No recordabas la última frase que dijiste a tu marido antes de que terminara de caer?

La habitación quedó en silencio.

El televisor apagado reflejaba nuestras figuras.

—No fue la última —dije.

Celia se quedó quieta.

—¿Qué?

Había hablado sin pensar.

—Después llamé a emergencias.

—No hablaste con Damián durante la llamada.

—Le decía que respirara.

—Eso no aparece hasta que ya está abajo.

—Entonces sí fue lo último.

Mi abogada seguía mirándome.

—Acabas de decir que no.

—Estoy cansada.

—¿Qué le dijiste después?

—Nada.

—Mara.

—Nada.

—¿Hay más grabaciones?

—No.

—¿Las has revisado todas?

—Solo abrí la última.

Celia desbloqueó el teléfono.

El historial seguía en la pantalla.

Debajo de la activación de las 23:55 aparecía una línea casi invisible.

1 elemento eliminado.

Mi abogada la vio.

—¿Qué es eso?

—No sé.

—¿Has borrado un archivo?

—No.

—¿Antes de que entrara?

—No.

—¿Quién lo eliminó?

—Damián podía borrar cosas desde su teléfono.

—¿Cuándo?
—No sé.
Celia pulsó la línea.
Apareció información del sistema.
Elemento eliminado a las 00:03. Duración: 1 min 34 s.
Un minuto y treinta y cuatro segundos.
Noventa y cuatro.
—¿A qué hora llamaste a emergencias? —preguntó.
—A las once cincuenta y ocho.
—Entonces se eliminó durante la llamada.
—Yo no estaba utilizando el sistema.
—¿Desde qué dispositivo se borró?
Celia abrió los detalles.
La pantalla tardó en cargar.
Eliminación solicitada desde dispositivo autorizado: Mara-SM.
Mi antiguo teléfono.
El que la policía había recogido junto a mí.
—No lo hice —dije.
Celia levantó la vista.
—El teléfono estaba contigo.
—Lo dejé en la cocina mientras intentaba ayudar a Damián.
—Después lo utilizaste para llamar.
—Sí.
—La eliminación ocurrió durante la llamada.
—Entonces no pude borrarlo.
—Podía ejecutarse con retraso.
—No sabía que existía.
—¿Qué contenía?
—No lo sé.
—Duraba noventa y cuatro segundos.
—Ya sé leer.
—Es exactamente el tiempo que falta entre las dos secuencias y el inicio de la llamada si se corrigen los relojes.
—No sabemos eso.
Celia apoyó el teléfono sobre la mesa como si pesara demasiado.
—La policía podrá recuperar el archivo.

—Quizá no.

—Eso no debería tranquilizarte.

—No me tranquiliza.

La abogada cerró los ojos.

—Voy a llamar a Leire.

—Espere.

—No.

—Celia.

—Has incumplido una indicación expresa y accedido a un sistema vinculado a la escena. Si ocultamos esto, volverás a prisión.

—No he ocultado nada.

—Todavía.

—El archivo eliminado puede ser cualquier cosa.

—Sí.

—La televisión.

—Sí.

—Lía hablando.

—Sí.

—Una activación accidental.

—De noventa y cuatro segundos.

—Sí.

—O la parte que llevas cuarenta horas intentando no recordar.

La frase me dejó inmóvil.

—No existe ninguna parte.

Celia tomó su bolso.

—Espero que tengas razón.

Salió de la habitación con el teléfono nuevo en la mano.

La puerta se cerró.

Me quedé sola frente al televisor apagado.

A los pocos segundos volvió a encenderse.

No lo toqué.

La imagen apareció porque el sistema del hotel recuperó la señal. Una presentadora hablaba de mí. Debajo de su rostro, una frase ocupaba toda la pantalla:

MARA SANZ: ¿VÍCTIMA, SUPERVIVIENTE O ASESINA?

Tres posibilidades.

Ninguna incluía esposa.

Ninguna incluía madre.

Ninguna incluía la mujer que había escuchado a Damián pronunciar su nombre desde el descansillo.

Me senté en la cama.

No intentes levantarte.

La frase volvió con la voz de la grabación.

Serena.

Cercana.

No sonaba como una mujer que hablara desde el piso superior.

Sonaba como alguien que estaba a menos de un metro.

Alguien que sabía exactamente dónde se encontraba Damián.

Y por qué no debía levantarse.

Capítulo 21 · Hora cuarenta y tres

Celia regresó al hotel acompañada por Leire y un hombre que llevaba guantes de nitrilo en el bolsillo de la camisa.

No llamó antes de entrar.

Utilizó la tarjeta que yo había dejado sobre la mesa y abrió la puerta mientras la presentadora del televisor seguía preguntándose si yo era víctima, superviviente o asesina.

—Apágalo —dijo mi abogada.

No se refería al televisor.

Se refería al teléfono nuevo, que Leire llevaba dentro de una bolsa transparente.

—Ya está apagado —respondí.

—No lo toque.

—Es mío.

El hombre de la camisa se acercó a la cama y recogió la caja, el cargador y la tarjeta donde aparecía escrito el número.

—Desde este momento queda intervenido —dijo Leire.

—La jueza no me ha prohibido utilizar un teléfono.

—No. Le ha prohibido destruir, alterar u ocultar pruebas.

—No he hecho ninguna de esas cosas.

—Ha accedido de manera remota a un dispositivo situado en una vivienda precintada.

—A mi cuenta.

—Vinculada a la escena.

—Solo escuché un archivo.

—Y abrió el historial de otro que había sido eliminado.

—No lo eliminé yo.

Leire señaló al hombre.

—Él es Mateo Cid, de delitos tecnológicos.

Cid hizo un gesto con la cabeza. No parecía policía. Tenía el cabello demasiado largo sobre las orejas, una camisa arrugada y una alianza gruesa. Podía haber venido a arreglar el wifi del hotel.

—Necesito que me diga exactamente qué hizo desde que encendió el dispositivo —explicó.

—Ya se lo he contado a Celia.

—Ahora me lo contará a mí.

Mi abogada dejó el bolso sobre la mesa.

—No prestará declaración formal. Puede explicar únicamente la secuencia técnica para preservar la evidencia.

Leire miró a Celia.

—La frontera empieza a ser bastante estrecha.

—Sigue existiendo.

Cid sacó una libreta.

—¿Abrió el navegador?

—Sí.

—¿Qué dirección introdujo?

Se la dije.

—¿Utilizó una contraseña guardada?

—No.

—¿Cuántas probó?

—Tres.

—¿Cuáles?

—No importa.

—Sí importa si alguna pertenecía a otra persona.

—Eran contraseñas que utilizaba Damián.

—¿Cuál funcionó?

—El año de un proyecto.

—¿Qué proyecto?

—Los Olivos.

Leire me observó.

—El mismo por el que recibió la escultura.

—Sí.

Cid anotó.

—¿Accedió al panel del asistente de voz?

—Sí.

—¿Reprodujo algún archivo?

—Uno.

—¿Cuántas veces?

—Una.
Celia me miró.
—Dos —corregí.
—¿Por qué ha dicho una?
—Porque no lo recordaba.
Nadie reaccionó.
Ya no merecía la pena.
—¿Descargó el audio? —preguntó Cid.
—No.
—¿Lo reenvió?
—No.
—¿Lo borró?
—No.
—¿Abrió otros registros?
—Vi la línea del elemento eliminado.
—¿Pulsó sobre ella?
—Celia lo hizo.
Mi abogada asintió.
—Sí. Para consultar los metadatos.
—¿Intentaron restaurarlo?
—No —respondió Celia.
—¿Modificaron alguna configuración?
—No.
—¿Cerraron sesión?
—No lo sé.
—Yo apagué el teléfono —dijo mi abogada.
Cid guardó el bolígrafo.
—El acceso ha quedado registrado. También la reproducción y la consulta del elemento eliminado. No aparece ninguna solicitud de borrado nueva.
—Entonces no he alterado nada —dije.
—No durante esta conexión.
Leire cerró la puerta.
Hasta ese momento había permanecido abierta unos centímetros. Como si todavía pudiera fingirse que aquello no era un interrogatorio.

—La jueza ha sido informada —dijo.

—¿Va a detenerme otra vez?

—Todavía no.

Otra vez aquella palabra.

—No he incumplido ninguna medida.

—Eso lo decidirá ella.

—No contacté con Lía. No me acerqué a la casa. No entré en la empresa.

—Accedió al sistema doméstico de la vivienda.

—Porque podía demostrar que decía la verdad.

—¿Lo demuestra?

Miré el teléfono dentro de la bolsa.

—Demuestra que Damián estaba vivo después del primer ruido.

—Eso ya lo sabíamos.

—Y que intenté ayudarlo.

—Dice: «No intentes levantarte».

—Sí.

—No: «¿Estás bien?». No: «Voy a llamar a una ambulancia». No: «No te muevas». Dice que no intente levantarse.

—Es lo mismo.

—No exactamente.

—Estaba herido.

—¿Cómo lo sabía?

—Había escuchado la caída.

—Desde la habitación de Lía.

—Sí.

Leire se acercó a la mesa.

—Hemos escuchado el archivo original.

—¿Cómo?

—Cid accedió al servidor mediante requerimiento urgente.

—Entonces no necesitaban mi teléfono.

—Lo necesitábamos para conservar el registro de su acceso.

Cid sacó una tableta del bolso y la colocó sobre la mesa.

—El archivo no se almacena únicamente en el dispositivo doméstico —explicó—. Se envía a un servidor, donde permanece

asociado a la cuenta hasta su eliminación o al vencimiento del plazo de conservación.

—¿Pueden recuperar el otro?

—No completo.

El corazón golpeó una vez.

—¿Por qué?

—La solicitud de eliminación se procesó correctamente y el contenido principal fue sobrescrito. Se conservan metadatos, una representación de la onda sonora y fragmentos temporales utilizados por el sistema para reconocimiento automático.

—¿Fragmentos de cuánto?

—Milisegundos. Algunas unidades de audio algo mayores.

—¿Palabras?

Cid miró a Leire.

La inspectora respondió:

—Quizá.

Celia se interpuso entre la mesa y yo.

—Antes de reproducir o describir nada, quiero saber si mi clienta está siendo interrogada como investigada.

—No le hemos pedido que declare.

—Acaba de formularle seis preguntas sobre su posición durante los hechos.

—Y ha respondido.

—A partir de ahora no lo hará.

Leire me observó.

—Perfecto.

Pidió a Cid que reprodujera el archivo de siete segundos.

La voz de Damián llenó la habitación.

—Mara.

Después la mía.

—No intentes levantarte.

El televisor apagado reflejaba nuestras figuras alrededor de la cama.

Cid pulsó una tecla.

—El dispositivo que captó la grabación estaba en el salón, sobre una estantería situada a unos cuatro metros y medio del pie de la

escalera.

—Lo sé —dije.

Celia me tocó el brazo.

—No responda.

—La reverberación de ambas voces es compatible con el espacio central de la vivienda —continuó él—. No podemos establecer una posición exacta, pero la voz femenina se percibe más próxima al micrófono que la masculina.

—Yo estaba en el pasillo superior —dije.

Mi abogada soltó el aire.

Cid no pareció molesto.

—El pasillo superior está más alejado del dispositivo.

—La voz podía bajar por el hueco.

—Sí.

—Entonces es posible.

—Sí.

—¿Probable?

—No hacemos una prueba de localización suficientemente precisa. La casa tiene superficies duras, cristal y un hueco abierto que genera reflexiones.

—Así que no saben dónde estaba.

—Sabemos que no hablaba desde dentro de la habitación con la puerta cerrada.

—La puerta estaba abierta.

—Eso es compatible.

Leire acercó la tableta.

—Pero su hija afirma que usted había salido.

—Al pasillo.

—Y regresó antes del segundo impacto.

—Sí.

—¿Cómo supo desde allí que Damián intentaba levantarse?

Celia levantó una mano.

—No responderá.

La inspectora no insistió.

Cid mostró la onda sonora. Una línea azul con picos pequeños. Después abrió otra.

Más larga.

Noventa y cuatro segundos convertidos en una franja silenciosa.

—Este es el archivo eliminado —dijo.

—No hay sonido.

—No tenemos el contenido completo. Solo la representación que el servidor utiliza para mostrar la duración y detectar actividad.

El clip de siete segundos y aquel registro no eran dos grabaciones independientes. El asistente había conservado la activación reconocible; el segundo correspondía al búfer acústico que el sistema doméstico mantenía abierto después de detectar actividad. Ese búfer empezó unos segundos más tarde y terminó cuatro segundos después del segundo impacto.

La línea tenía varias elevaciones.

Una al principio.

Dos grupos en el centro.

Un pico muy alto cerca del final.

—¿Qué significan? —pregunté.

—Volumen.

—¿Voces?

—Algunas zonas presentan características compatibles con voz humana.

—¿Cuántas personas?

—Al menos dos fuentes.

Celia miró la pantalla.

—¿Masculina y femenina?

—Probablemente.

—¿Puede identificarlas?

—No con la onda.

—Entonces podían ser sonidos de la televisión.

—La televisión estaba en la planta superior —dijo Leire.

—La casa tiene acústica abierta —respondió Celia—. Eso llevan repitiendo desde el principio.

Cid amplió el primer tramo.

—El sistema conservó un fragmento de algo menos de un segundo porque intentó transcribirlo.

Reprodujo.

Un ruido de respiración.
La voz de Damián, rota.
—…ra…
Nada más.
—Puede ser Mara —dijo Leire.
—Puede ser cualquier palabra que termine así —respondió Celia.
—La anterior grabación comienza con él pronunciando Mara.
—Eso no convierte cada sonido posterior en el mismo nombre.
Cid pasó al siguiente fragmento.
Un roce.
Una voz femenina.
—…arriba…
Mi espalda se tensó.
—¿Qué dice? —preguntó Celia.
—El sistema propone «arriba».
—¿Con qué nivel de confianza?
—Cuarenta y dos por ciento.
—Eso no es una transcripción.
—No.
—¿Puede ser «respira»?
—Sí.
—¿«Mira»?
—También.
Leire me observaba.
Yo no podía apartar la vista de la onda.
Lía está arriba.
La frase cabía allí.
También no mires arriba.
También respira.
Los sonidos eran generosos cuando alguien necesitaba una explicación.
—Hay otro fragmento —dijo Cid.
Esta vez se escuchó un golpe metálico.
Después una voz masculina.
—No…
El archivo se cortaba.

El sonido de metal era claro.
Pesado.
Un objeto contra madera o piedra.
—¿La escultura? —pregunté.
Leire no respondió.
Cid sí.
—Podría ser.
—También la barandilla.
—Sí.
—O las llaves.
—Es demasiado intenso para unas llaves.
—La botella.
—El timbre es metálico.
—La consola tenía piezas de metal.
—Sí.
Todo volvía a ser posible.
Hasta el siguiente fragmento.
Una respiración femenina.
Muy cerca del micrófono.
Y una palabra.
—Suéltame.
Celia giró la cabeza hacia mí.
Leire no se movió.
Cid repitió.
—Suéltame.
No podía discutirse.
Era mi voz.
No porque un sistema la hubiera identificado.
Porque yo sabía cómo sonaba cuando estaba asustada y trataba de que la palabra no pareciera un grito.
—Damián me agarró —dije.
Celia cerró los ojos.
—No responda.
—Eso demuestra el maltrato.
—Demuestra un contacto —dijo Leire.
—Me estaba sujetando.

—¿Dónde?

—En el brazo.

—¿En el descansillo?

—No.

—La grabación se produjo durante la pausa entre las dos caídas.

—No sabemos si los relojes están sincronizados.

Cid intervino:

—El margen de error entre el servidor, la cámara exterior y la llamada de emergencias es inferior a tres segundos.

—Entonces me agarró antes —dije—. En la planta baja.

—El archivo se activa después de la primera secuencia.

—Podía haberse confundido con otro ruido.

—La cámara registra la primera caída a las veintitrés cincuenta y cinco y dieciséis segundos. El asistente se activa dos segundos después.

—No significa que Damián estuviera en el descansillo.

—¿Dónde estaba?

Celia se puso delante de mí.

—Mi clienta no responderá.

Leire miró a Cid.

Él señaló el último pico de la onda.

—El tramo final contiene un sonido de alta intensidad.

No necesitaba escucharlo.

Sabía qué era.

Aun así lo reprodujo.

Primero un roce largo.

La madera crujiendo.

Un jadeo.

Después la segunda caída.

El cuerpo de Damián golpeando los ocho escalones inferiores.

Más clara que en la cámara exterior.

Más cercana.

El último impacto hizo vibrar el altavoz de la tableta.

Durante dos segundos nadie habló.

La línea continuaba después.

Muy pequeña.

Una respiración.

Un sollozo o una exhalación.

Después terminaba.

—¿No hay más? —preguntó Celia.

—El archivo concluye cuatro segundos después del impacto.

—¿Se escucha alguna llamada a emergencias?

—No. Se realizó casi dos minutos después.

—¿Alguna voz?

—No recuperable.

—¿Pasos?

—Hay actividad, pero no podemos clasificarla.

Leire cerró la pantalla.

—Durante esos noventa y cuatro segundos, Damián estaba vivo en el descansillo. Mara estaba lo bastante cerca para decirle que no intentara levantarse. Él la agarró o ella le pidió a alguien que la soltara. Se produjo un impacto metálico, una voz masculina dijo «no» y después ocurrió la segunda caída.

—Eso no es lo que ha demostrado el audio —dijo Celia.

—Es lo que muestran en conjunto la grabación, la cámara, las lesiones y la sangre.

—Ha unido fragmentos con hipótesis.

—Como la defensa.

—La diferencia es que usted pretende utilizarlo para encarcelarla.

Leire se volvió hacia mí.

—¿Quiere contarme ahora qué ocurrió en esos noventa y cuatro segundos?

Celia respondió:

—No.

—Mara.

—No hablará.

—Es la última oportunidad de explicar el archivo antes de que solicitemos una nueva comparecencia.

—Eso es una presión improcedente.

—Es información.

—¿Va a pedir prisión?

Leire tardó.

—Dependerá de lo que hagamos con esto.

—Entonces es una amenaza.

—No. La amenaza sería decirle qué versión necesita para evitarla.

Celia recogió la tableta y se la devolvió a Cid.

—La reunión ha terminado.

El técnico guardó sus cosas. No parecía satisfecho ni decepcionado. Para él, los noventa y cuatro segundos eran datos dañados. No una muerte.

Leire permaneció junto a la puerta.

—El archivo fue eliminado a las cero cero tres —dijo—. La solicitud salió del teléfono de Mara mientras hablaba con emergencias.

—Ya estaba en manos de los sanitarios cuando terminó la llamada —respondí.

—Los sanitarios llegaron después.

—Entonces estaba intentando reanimarlo.

—Con el teléfono en altavoz.

—Sí.

—Podía utilizar la pantalla.

—No lo hice.

—¿Desbloqueó el teléfono durante la llamada?

—No recuerdo.

—El registro indica dos desbloqueos.

Cid miró su libreta.

—A las cero cero dos y cincuenta y nueve segundos y a las cero cero tres y doce.

—¿Con qué método? —preguntó Celia.

—Reconocimiento facial fallido. Después código numérico.

—Tenía sangre en las manos —dije—. El teléfono podía no reconocerme.

—Introdujo el código.

—Para qué iba a hacerlo si ya estaba hablando.

—Para eliminar el audio.

—No sabía que existía.

—¿Tenía notificaciones del asistente?

No respondí.

Las había tenido otras veces.

No he entendido la solicitud.

Se ha detectado una activación.

A veces aparecían sobre la pantalla después de que el sistema escuchara una palabra parecida al nombre del dispositivo.

—No lo recuerdo —dije.

—Si apareció una notificación, pudo abrirla.

—No borré nada.

—¿Quién conocía su código?

—Damián.

—Estaba al pie de la escalera.

—Lía.

—Estaba arriba.

—Nuria.

—Aún no había llegado.

—Entonces nadie.

Leire asintió.

—Esa es la parte más sencilla.

—No para mí.

—El teléfono estaba en su mano.

—También estaba haciendo compresiones.

—Según la operadora, hay un periodo de treinta y dos segundos en que deja de realizarlas.

—Me pidió que buscara pulso.

—Durante doce.

—No cronometraba.

—El segundo desbloqueo coincide con el momento en que le pregunta si existe alguna medicación en la casa.

Recordé abrir la aplicación de notas.

O quizá el navegador.

Zolpidem.

La caja.

El cajón de la mesilla.

—Busqué el nombre de las pastillas.

—Eso explica uno.
—El otro sería un error.
—Y durante ese error se eliminó exactamente el único archivo que registraba la pausa.
Celia abrió la puerta.
—Se acabó.
Leire no se movió.
—La jueza sabrá que ha colaborado entregando el dispositivo.
—No lo entregué yo —dije.
—No.
—Celia se lo llevó.
—Sí.
—Entonces no intente convertirlo en una confesión voluntaria.
—No necesito hacerlo.
La inspectora salió con Cid.
La puerta se cerró.
Celia esperó hasta que escuchó el ascensor.
Después se volvió hacia mí.
—Ahora me vas a contar la verdad.
—Ya la sabes.
—No.
—Damián cayó.
—La verdad de los noventa y cuatro segundos.
—No los recuerdo completos.
—Recuerdas decirle que no se levantara.
—Por la grabación.
—Recuerdas pedirle que te soltara.
—Porque me agarraba.
—¿Dónde?
—Abajo.
Celia golpeó la mesa con la palma.
—El archivo empieza después de la primera caída.
—La sincronización puede fallar.
—Tres segundos. No tres minutos.
—Entonces no sé.
—Sí sabes.

Su voz no era alta.

Nunca la había oído así.

—Has conseguido salir porque la reconstrucción permitía que Damián hubiera caído dos veces solo. Ahora sabemos que estabas hablando con él durante la pausa.

—Desde arriba.

—Él te agarró.

—Antes.

—Tu huella está en el descansillo.

—La zapatilla.

—La llevaba tu hija cuando te vio entrar.

—Está confundida.

—Tus fibras estaban bajo las uñas de Damián. El hematoma coincide con su mano izquierda. Le dijiste que no se levantara. Pediste que te soltara. ¿Cuántas coincidencias necesitas antes de recordar dónde estabas?

Me senté.

Las piernas habían empezado a temblar.

—Fui al descansillo.

Celia no respiró.

O no la vi hacerlo.

—¿Cuándo?

—Después del primer ruido.

—¿Llevabas las zapatillas?

—Sí.

—¿Por qué dijiste que estabas descalza?

—Porque me las quité después.

—¿La casa de bronce estaba allí?

—Sí.

—¿En la mano de Damián?

—No.

—¿Dónde?

—En el suelo.

—¿Tenía sangre?

—No lo sé.

—¿Damián estaba herido?

—Sí.
—¿Consciente?
—Sí.
—¿Qué hiciste?
Cerré los ojos.
El descansillo volvió.
No como un recuerdo.
Como una versión que llevaba cuarenta y tres horas esperando que le permitiera existir.
Damián de lado.
Una rodilla contra el suelo.
La mano derecha agarrada a la barandilla.
Sangre en la sien.
El zapato derecho todavía puesto.
El izquierdo arriba, junto al dormitorio.
—Bajé —dije—. Dos o tres escalones.
—¿Hasta el descansillo?
—Sí.
—¿Lía estaba en su habitación?
—Sí.
—¿Qué le dijiste?
—Que no intentara levantarse.
—¿Por qué?
—Porque había sangre.
—¿Llamaste a emergencias?
—Mi teléfono estaba abajo.
—Podías gritarle a Lía que lo trajera.
—No quería asustarla.
Celia soltó una risa breve, incrédula.
—Su padre acababa de caer por una escalera.
—No sabía lo grave que era.
—¿Qué hizo Damián?
—Intentó ponerse de pie.
—¿Con ayuda?
—Me agarró.
—¿Del brazo?

—Sí.
—¿Dijo algo?
—Mi nombre.
—¿Y «para»?
—Puede.
—¿Por qué?
—Porque me aparté.
—¿Cómo?
—Tiré del brazo.
—¿Lo empujaste?
—No.
—¿Lo tocaste?
—No.
—Si él te agarraba, había contacto.
—No puse las manos sobre él.
—¿La escultura?
—No la cogí.
—¿Cómo llegó hasta allí?
—Debió de caer con él.
—¿Lo golpeó en el descansillo?
—No lo vi.
—El archivo registra metal.
—Pudo darle al intentar levantarse.
—¿Cómo?
—Estaba en el suelo. La rozó. La empujó.
—¿Y después?
—Me soltó.
—En la grabación eres tú quien dice «suéltame».
—Me soltó porque tiré.
—¿Y cayó?
—No inmediatamente.
—¿Qué ocurrió?
Me llevé una mano al hematoma.
—Se quedó de rodillas.
—¿Tú dónde estabas?
—Subiendo.

—¿Por qué no te quedaste con él?

—Estaba enfadado.

—Estaba herido.

—También estaba borracho y me había agarrado.

—¿Te amenazó?

—Dijo que me iba a quitar a Lía.

—¿En el descansillo?

—Sí.

—¿Después de golpearse la cabeza?

—Sí.

—¿Palabras exactas?

—Dijo que aquello demostraba que yo era peligrosa. Que iba a decir que lo había empujado.

Celia me miró durante varios segundos.

—Eso no aparece en ningún fragmento.

—No lo recuperaron.

—Claro.

—Ocurrió.

—¿Y tú?

—Volví hacia la habitación.

—¿Le dijiste algo a Lía?

—Que su padre se había caído.

—¿Que tú habías estado con ella?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estaba asustada.

—¿Ella o tú?

No respondí.

—¿Damián cayó por segunda vez mientras estabas en la habitación?

—Cuando llegaba a la puerta.

—¿Lo viste?

—No.

—¿Escuchaste pasos?

—Sí.

—¿Intentaba seguirte?

—Creo.
—¿Te llamó?
—No sé.
—¿Se apoyó en la barandilla?
—Supongo.
—¿Y cayó solo?
—Sí.
Celia caminó hacia la ventana.
Abrió la cortina apenas un dedo. Las cámaras seguían en la calle.
—Después bajaste.
—Sí.
—Con las zapatillas.
—Sí.
—Pisaste sangre en el descansillo.
—No me di cuenta.
—Llegaste hasta abajo.
—Sí.
—¿Por qué te las quitaste?
—Resbalaban.
—¿Y por qué las guardaste dentro del armario?
—No las guardé.
—Aparecieron juntas.
—Las dejé delante.
—¿Quién las metió?
—No sé.
—No había nadie.
—Pude empujarlas al abrir la puerta.
—La puerta del armario abre hacia fuera.
—Entonces las puse yo.
—¿Por qué?
—Para que no estorbaran a los sanitarios.
—Antes de llamarlos.
—Mientras hablaba.
—¿Y eliminaste el audio?
—No.

—¿Desbloqueaste el teléfono?

—Sí.

—¿Viste la notificación?

—No recuerdo.

—Mara.

—Puede que sí.

—¿La abriste?

—Buscaba el nombre de la medicación.

—¿La borraste?

—No.

—¿Pudiste tocar eliminar sin darte cuenta?

—Puede.

—Eso no ocurre por accidente después de abrir una notificación, seleccionar el archivo y confirmar.

—No sabemos cómo funcionaba la aplicación.

—Cid sí.

—Entonces pregúntaselo.

Celia volvió a la mesa.

—Esta versión explica casi todo.

—Porque es la verdad.

—Explica la huella, las zapatillas, el hematoma, las fibras, la voz, la frase de Lía, la pausa y por qué sabías que Damián seguía vivo.

—Sí.

—¿Sabes cuál es el problema?

—Que la he recordado tarde.

—No.

Se sentó frente a mí.

—Que es demasiado perfecta.

—Nada de esto es perfecto.

—Has esperado a conocer cada prueba para construir una escena en la que todas encajan y ninguna te hace culpable.

—No la construí.

—Primero no saliste de la habitación. Después saliste al pasillo. Después hablaste con Damián desde arriba. Después te agarró en la planta baja. Después quizá te agarró al pie de la escalera y otra vez

abajo. Ahora estabas en el descansillo, pero no lo tocaste; él te agarró, tú te apartaste y cayó solo cuando ya no podías verlo.

—Estaba aterrorizada.

—¿De Damián?

—De que pensaran que lo había empujado.

—Antes de que nadie te preguntara.

—Sabía cómo parecía.

—Porque estabas allí.

—Sí.

—¿Por qué dijiste «yo estaba aquí contigo» a Lía antes del segundo impacto?

La pregunta llegó sin preparación.

—Para tranquilizarla.

—No.

—Sí.

—No se tranquiliza a una niña explicándole dónde estaba su madre cuando su padre se cae.

—Estaba confusa.

—Todavía no había ocurrido el segundo golpe.

—Había ocurrido el primero.

—Y tú necesitabas que recordara que no habías salido.

—No.

—Mara.

—No.

—¿La estabas preparando?

Me levanté.

—No vuelva a decir eso.

—¿Para qué?

—Era mi hija.

—Sigue siéndolo.

—Entonces compórtese como si importara.

—Importa tanto que no voy a permitir que presentes esta versión ante la policía hasta saber si puede sostenerse.

—Leire va a pedir prisión.

—Probablemente.

—Entonces tenemos que contarla.

—¿Toda?
—Sí.
—¿Incluido que mentiste desde la llamada?
—No mentí desde la llamada.
—Dijiste que estabas con Lía cuando acababas de volver del descansillo.
—Estaba con ella en el momento de la segunda caída.
—Llegabas a la puerta.
—Es lo mismo.
—No.
—A pocos metros.
—No.
—¿Qué quiere que diga?
—La verdad.
—Ya se la he dado.
Celia se levantó también.
—¿Por qué estaba la escultura en el descansillo?
—Cayó con Damián.
—¿La viste caer durante el primer impacto?
—No.
—¿La viste junto a él cuando llegaste?
—Sí.
—¿A qué distancia?
—No sé. Cerca de la pared.
—La marca de bronce está en esa pared.
—Entonces chocó allí.
—¿Tenía sangre antes del golpe metálico que registra el archivo?
—No me fijé.
—¿Damián la tocó?
—Puede.
—¿Tú?
—No.
—¿Seguro?
—Sí.
—¿Completamente?
—Sí.

Mi abogada sostuvo mi mirada.
—Esta es la última versión que presentarás.
—Es lo que ocurrió.
—No puedes recordar otra cosa mañana.
—No lo haré.
—Ni cuando aparezca una nueva prueba.
—No.
—Ni cuando recuperen más sonido.
—No hay más.
—¿Cómo lo sabes?
La pregunta quedó entre las dos.
—Cid ha dicho que el archivo fue sobrescrito.
—No ha dicho que sea imposible recuperar otros fragmentos.
—No encontrarán nada diferente.
—¿Porque no existe o porque sabes qué se escucha?
—Porque no hice nada.
Celia recogió su carpeta.
—Voy a pedir una declaración voluntaria.
—¿Ahora?
—Antes de que Leire solicite revocar la libertad.
—¿Dirá que actué en defensa propia?
—No.
—Damián me agarró.
—Sí.
—Estaba herido y enfadado.
—Sí.
—Intentó seguirme.
—Según tú.
—Y cayó.
—Según tú.
—Entonces es un accidente.
—Esa será la versión.
—No una versión.
Celia abrió la puerta.
—No vuelvas a corregirme esa palabra.
Fuimos a comisaría en su coche.

Los periodistas nos siguieron desde el hotel.

Dos motocicletas, un coche y una furgoneta con una cámara asomando por la ventanilla. Celia no encendió la radio.

—¿Qué ocurrirá con Lía? —pregunté.

—No hablemos de ella.

—Necesito saberlo.

—La nueva versión confirma que la corregiste después de volver del descansillo. La fiscal pedirá mantener la prohibición.

—Pero demuestra que no vio nada.

—Demuestra que escuchó lo suficiente.

—¿Podré verla?

—No inmediatamente.

—Entonces no sirve.

Celia frenó en un semáforo.

—La verdad no sirve para conseguir lo que quieres. Sirve porque es la verdad.

La miré.

—Eso no lo cree ni usted.

La comisaría estaba rodeada de cámaras.

Entramos por el aparcamiento.

Leire nos esperaba en la misma sala donde había comenzado todo. Sobre la mesa había una grabadora, dos vasos de agua y una fotografía de la escalera.

Mi abogada dejó constancia de que comparecía voluntariamente.

Leire activó la cámara.

Dijo la hora.

Mi nombre.

La condición de investigada.

Mis derechos.

Después me pidió que contara lo ocurrido sin interrupciones.

Respiré.

Empecé por el primer ruido.

Damián cayendo hasta el descansillo.

Yo saliendo de la habitación.

Las zapatillas grises.

La sangre.

El premio sobre el suelo.

Su mano agarrándome el brazo.

Su voz amenazando con quitarme a Lía incluso después de romperse la cabeza.

Yo pidiéndole que me soltara.

Mi regreso hacia la habitación.

La segunda caída.

No lloré.

No añadí nada que Celia no hubiera escrito.

Cuando terminé, Leire permaneció en silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué no lo contó antes?

—Porque pensé que me acusarían.

—La acusaron igualmente.

—Sí.

—¿Por qué no lo contó cuando apareció la huella de las zapatillas?

—Todavía tenía miedo.

—¿Cuando escuchó a su hija situarla en el descansillo?

—No quería convertirla en testigo.

—Ya lo era.

—Es una niña.

—¿Por qué no lo contó después de la reconstrucción?

—Porque cada vez que cambiaba una cosa parecía más culpable.

—Y ahora cambia toda la secuencia.

—Porque existe una grabación.

—¿La grabación le devolvió la memoria?

—Me obligó a dejar de esconderme.

La frase salió mejor que durante los ensayos.

Leire lo notó.

—¿Esconderse de qué?

—De la verdad sobre Damián.

—¿Qué verdad?

—Que estaba herido y aun así me agarró. Que incluso en el descansillo utilizó a Lía para hacerme obedecer.

—¿Qué palabras exactas empleó?

—Dijo que yo era peligrosa. Que diría que lo había empujado. Que iba a quitarme a la niña.

—¿Después de sufrir un traumatismo craneal?

—Sí.

—¿Hablaba con claridad?

—Lo suficiente.

—¿Cuánto tiempo duró esa conversación?

—No sé.

—El archivo completo duraba noventa y cuatro segundos.

—Entonces menos.

—¿Por qué menos?

—Antes de que yo llegara ya podía estar activado.

—La voz femenina aparece pronto.

—No sabemos cuándo.

—¿Damián intentó levantarse una vez o varias?

—Dos.

—¿Lo ayudó?

—No.

—¿Por qué?

—Me agarró.

—Antes de agarrarla, ¿extendió la mano para ayudarlo?

—No recuerdo.

—¿Tocó su hombro?

—No.

—¿La cabeza?

—No.

—¿La escultura?

—No.

—¿La barandilla?

—Sí.

—¿Dónde?

—Al bajar.

—¿Con qué mano?

—La derecha.

—¿Llevaba sangre?

—No sé.
—¿Vio sangre en la escultura?
—No.
—¿Escuchó el golpe metálico?
—Sí.
—¿Qué fue?
—Damián moviendo el premio.
—¿Lo vio?
—No.
—Entonces no sabe qué fue.
—No.
—¿Por qué afirma que lo movió él?
—Porque yo no lo hice.
Leire acercó la fotografía.
—Cuando usted se apartó, ¿Damián perdió el equilibrio?
—No.
—¿Está segura?
—Sí.
—¿Se tambaleó?
—Estaba de rodillas.
—¿Tiró de su camisón?
—Sí.
—¿Usted tiró en dirección contraria?
—Sí.
—¿Con fuerza?
—La suficiente para soltarme.
—¿Él cayó hacia atrás?
—No.
—¿Se apoyó en la barandilla?
—Sí.
—¿La barandilla cedió?
—No mientras yo estaba allí.
—¿Lo dejó solo, lesionado, junto a una escalera defectuosa?
—Fui hacia mi hija.
—No llamó a emergencias.
—Mi teléfono estaba abajo.

—Podía bajar por el otro lado.
—Solo hay una escalera.
—Podía pasar junto a él.
—Me daba miedo.
—¿De un hombre arrodillado con la muñeca lesionada?
—De mi marido.
Leire se quedó quieta.
—¿Cayó cuando intentó seguirla?
—Creo.
—¿Lo escuchó ponerse de pie?
—Escuché pasos.
—¿Cuántos?
—Dos o tres.
—¿Y no se volvió?
—No.
—¿Por qué?
—Porque Lía estaba llamándome.
—La niña no recuerda haberla llamado.
—Podía estar llorando.
—Tampoco recuerda llorar hasta después.
—Tiene siete años.
—Sí.
Leire cerró la fotografía.
—Esta versión explica la marca del brazo.
—Porque ocurrió así.
—Las fibras bajo las uñas.
—Sí.
—La huella en el descansillo.
—Sí.
—Las zapatillas.
—Sí.
—La frase de su hija.
—Sí.
—El audio.
—Sí.
—La demora en llamar.

—Estaba en shock.

—Y la segunda caída.

—Damián perdió el equilibrio.

—Sin que usted lo tocara.

—Sí.

La inspectora apagó la grabadora.

Celia se inclinó.

—¿Ha terminado?

—Por ahora.

—¿Va a solicitar prisión?

Leire miró la cámara apagada.

—Voy a informar a la jueza de la nueva declaración y del acceso al sistema.

—Mara ha entregado voluntariamente una explicación completa compatible con las pruebas.

—Después de que cada prueba la obligara a acercarse un poco más al descansillo.

—Eso puede interpretarse como una víctima revelando de manera progresiva un episodio traumático.

—Puede.

—Y también como una mujer aterrorizada ante la posibilidad de que se confundiera un accidente con un homicidio.

—Sí.

Celia se levantó.

—Entonces no hay motivo nuevo para detenerla.

Leire no respondió.

Yo permanecí sentada.

—¿Me cree? —pregunté.

Mi abogada cerró los ojos.

La inspectora me miró.

—Es la primera versión que encaja con casi todos los indicios.

—Entonces sí.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no la recordó.

—La oculté.

—Exacto.

—Tenía miedo.

—No de Damián. Ya estaba muerto.

—De perder a Lía.

—Y cada decisión que tomó para no perderla la hizo parecer más culpable.

—Eso no significa que lo sea.

—No.

Leire recogió la carpeta.

—Pero significa que comprendió desde el primer segundo qué parte de la noche debía desaparecer.

La frase quedó grabada aunque la cámara estuviera apagada.

Salimos de comisaría una hora después.

No me detuvieron.

Tampoco me devolvieron el teléfono.

La jueza decidiría si mantenía la libertad cuando recibiera el informe.

Celia condujo hacia el hotel sin hablar.

La prensa volvió a seguirnos.

En la pantalla luminosa de una farmacia apareció mi rostro junto a un titular:

MARA ADMITE QUE ESTUVO CON SU MARIDO ENTRE LAS DOS CAÍDAS.

—¿Cómo lo saben? —pregunté.

—Alguien ha filtrado la declaración.

—Acabo de hacerla.

—Por eso esperaban fuera.

—¿Qué van a decir ahora?

Celia encendió la radio.

Una mujer hablaba de revelación decisiva.

Otra decía que mi nueva versión reforzaba la hipótesis de defensa propia.

Un hombre insistía en que ninguna víctima debía ser juzgada por no contar todo desde el principio.

—Apáguelo.

Celia lo hizo.

—La historia del maltrato va a protegerte —dijo.

—No necesito que me proteja.

—Sí.

—Necesito que crean que fue un accidente.

—Las dos cosas pueden coexistir.

—No me defendí.

—Entonces no digas esa palabra delante de una cámara.

Llegamos al hotel.

Antes de bajar, mi abogada me agarró suavemente de la muñeca.

—Mara.

—¿Qué?

—Si existe algo más dentro de esos noventa y cuatro segundos, este es el momento de decírmelo.

—No existe.

—¿Empujaste a Damián al apartarte?

—No.

—¿Lo tocaste aunque fuera para quitártelo de encima?

—No.

—¿Cogiste la escultura?

—No.

—¿La utilizaste?

—No.

—¿Eliminaste el archivo?

—No.

Celia soltó mi mano.

—Bien.

No dijo que me creyera.

Entré en el hotel por la puerta trasera.

En el ascensor me miré en el espejo.

No parecía una mujer que acabara de confesar que había estado junto a su marido entre dos caídas.

Parecía alguien que llevaba dos días sin dormir.

En la habitación, la cama seguía deshecha. El televisor estaba apagado. El dibujo de Lía permanecía sobre la almohada.

MAMÁ VUELVE.

Me senté a su lado.

La nueva versión era mejor.

No porque fuera más inocente.

Porque explicaba todo.

El hematoma.

Las fibras.

Las zapatillas.

La sangre.

La voz.

El silencio.

Incluso la frase que le dije a Lía antes de que Damián terminara de caer.

Solo exigía una diferencia pequeña.

Que, al arrancar mi brazo de su mano, yo hubiera seguido caminando.

Que él hubiera intentado levantarse.

Que el segundo movimiento perteneciera únicamente a su cuerpo.

Noventa y cuatro segundos podían contener muchas cosas.

Un hombre herido.

Una mujer asustada.

Una amenaza.

Una decisión.

La diferencia entre apartarse de una mano y empujar un cuerpo duraba menos de un segundo.

Y ese segundo era el único que nadie había conseguido recuperar.

Capítulo 22 · Hora cuarenta y seis

Ariadna me salvó a las seis y doce de la tarde.

A las seis y veintiuna declaró que me había visto en el descansillo.

Entre una cosa y otra hubo nueve minutos, una carpeta marrón y la cantidad exacta de verdad necesaria para destruir dos versiones al mismo tiempo.

Celia llegó al hotel sin avisar. Llevaba el cabello mojado por la lluvia, una bolsa de comida y una copia del nuevo auto judicial.

—No han revocado la libertad —dijo antes de cerrar la puerta.

—¿La jueza ha escuchado el audio?

—Sí.

—¿Y la nueva declaración?

—También.

—Entonces me cree.

—No.

Dejó los papeles sobre la mesa.

—Considera que no existe un riesgo nuevo de fuga y que el acceso al sistema fue comunicado inmediatamente. Pero añade una advertencia expresa: cualquier intento de entrar en cuentas, dispositivos o archivos vinculados a Damián puede llevarte otra vez a prisión.

—No intenté alterar nada.

—Eso ya no importa. No vuelvas a tocar un ordenador.

—¿Puedo encender la televisión?

—Preferiría que no.

—No era una pregunta jurídica.

—Contigo todas terminan siéndolo.

Colocó la bolsa de comida junto al televisor. Había dos recipientes de plástico, cubiertos de vaho, y una botella de agua.

—Come.

—No tengo hambre.

—Llevas dos días diciendo lo mismo.

—Y sigo viva.

—Por ahora.

La miré.

—No utilice esa expresión.

—No pretendía—

—Sí pretendía. Todos la utilizan para recordarme que algo puede empeorar.

Celia se quitó la chaqueta.

—Algo ha empeorado.

La carpeta marrón estaba dentro de su bolso.

No era la original. La policía había retenido el documento entregado por Ariadna y había permitido a mi abogada obtener una copia parcial. Aun así, reconocí las manchas del borde, el elástico negro y la etiqueta escrita por Damián.

VALDEMORA. RESERVADO.

—La tenía ella —dije.

—Sí.

—Mintió.

—Sí.

—Dijo que Damián se marchó con la carpeta.

—Se marchó con ella.

—Entonces ¿cómo terminó en manos de Ariadna?

Celia se sentó.

—La cogió de su coche.

—¿Cuándo?

—Anoche.

No necesitaba precisar cuál.

La última noche ya era siempre la misma.

—¿Entró en nuestro garaje?

—Damián dejó el vehículo en la entrada.

—Lo dejó dentro.

—Según las fotografías policiales, estaba parcialmente fuera. La puerta del garaje no llegó a cerrarse porque había una caja junto al sensor.

Recordé las luces de la ambulancia sobre el coche.

La puerta levantada.

Las cajas de muestras que Damián llevaba semanas prometiendo devolver a la oficina.

—¿Cómo abrió el vehículo?

—Tenía una copia de la llave.

Sentí una mezcla de asco y cansancio.

—Claro.

—Damián se la había dado meses antes.

—¿Para qué?

—Para encuentros discretos.

—En mi coche.

—El coche estaba a nombre de la empresa.

—Yo llevaba a Lía al colegio allí.

Celia no respondió.

Abrí la carpeta.

Las primeras páginas eran contratos de Valdemora. Había informes técnicos, correos impresos, presupuestos y fotografías de la placa de hormigón que había lesionado a Moussa Diallo. Algunas hojas llevaban notas manuscritas de Damián.

Rehacer fecha.

Sustituir firma.

No incluir a Llorca Proyectos.

—Esto lo hunde —dije.

—Está muerto.

—A la empresa.

—Sí.

—Y demuestra que utilizaba a Iván.

—También.

Pasé varias páginas.

Encontré una relación de trabajadores sin contrato. Nombres, cantidades semanales, nacionalidades. Junto a tres aparecía una cruz roja.

—¿Qué significa?

—No lo sabemos.

—Damián lo sabía.

—Ya no puede explicarlo.

—Iván sí.

—Iván afirma que la lista la preparó Damián para responsabilizarlo del empleo irregular.

—¿Y es cierto?

—En parte.

—Otra vez.

—Iván contrataba a algunas personas. Damián conocía el sistema, lo financiaba y después lo documentaba como si actuara a sus espaldas.

—Entonces lo estaba preparando.

—Sí.

—Igual que a mí.

Celia no contestó.

Más adelante aparecía una copia de mi poder notarial.

Mi firma.

Una nota amarilla.

Responsabilidad directa Mara.

La siguiente hoja era un correo dirigido a Melero.

Conviene consolidar la trazabilidad antes de comunicar la separación. Si se niega a firmar la renuncia, las operaciones de Solmer y Mareta deben bastar para solicitar bloqueo patrimonial.

—Renuncia —dije.

—Probablemente a tus derechos dentro de la sociedad.

—No tenía derechos.

—Tenías participaciones.

—¿Cuántas?

—El treinta y cinco por ciento.

Levanté la vista.

—Eso es imposible.

—Las adquiriste hace cuatro años.

—No.

—Tu firma está en la escritura.

—No sabía qué firmaba.

—Lo sé.

—¿Por qué iba a darme una parte de la empresa para después quitármela?

—Porque necesitaba una segunda socia para determinadas operaciones. También podía utilizarte como pantalla.

—Y ahora parecía que yo había robado.

—Sí.

La palabra ya no me sorprendía.

Damián había diseñado mi culpa como diseñaba sus edificios. Primero la estructura. Después los acabados. Al final, una fachada limpia para que nadie preguntara qué sostenía el peso.

Pasé otra hoja.

Era un borrador de demanda de divorcio.

No estaba firmado.

En la primera página figuraban nuestros nombres completos, la fecha del matrimonio y el domicilio familiar. En la segunda, Damián solicitaba la atribución temporal de la vivienda.

En la tercera, la custodia exclusiva de Lía.

Seguí leyendo.

La señora Sanz presenta episodios de inestabilidad emocional, reacciones desproporcionadas, tendencia a la manipulación de la menor y dificultades para separar el conflicto conyugal del vínculo paterno-filial.

—¿De dónde sacó esto?

—Hay anexos.

Encontré fotografías.

Una taza rota en la cocina.

Un cajón abierto.

Mi bolso volcado sobre la cama.

La caja de zolpidem en mi mesilla.

—Las pastillas eran suyas.

—La receta también.

—¿Cómo llegaron a mi cajón?

Celia no respondió.

Había capturas de mensajes enviados por mí.

No vuelvas a casa.

Si intentas llevarte a Lía, te juro que te arrepentirás.

No sabes de qué soy capaz.

Recordaba haberlos escrito.

No juntos.

No en una misma discusión.

El primero, después de que Damián llegara borracho a una cena familiar.

El segundo, cuando amenazó con recoger a Lía del colegio sin avisarme.

El tercero no estaba completo.

La conversación original decía:

No sabes de qué soy capaz para evitar que sigas utilizando mi nombre en tus facturas.

En la captura solo aparecía la primera parte.

—Lo recortó.

—Sí.

—Eso es ilegal.

—Puede discutirse en un proceso.

—Pensaba presentarme como una loca.

—Como una madre inestable.

—Es lo mismo cuando quieren quitarte a tu hija.

En la última sección había audios transcritos.

Mi voz.

Fechas.

Duraciones.

Frases destacadas.

Te odio.

Ojalá desaparecieras.

Un día vas a conseguir que haga una locura.

No recordaba haber dicho la última.

O sí.

En una discusión se dicen cosas que no sobreviven a la noche. Damián las había conservado, ordenado y numerado.

—¿Tiene los audios? —pregunté.

—La carpeta contiene un dispositivo de memoria.

—¿Los han escuchado?

—La policía está analizándolos.

—Solo estarán mis gritos.

—Probablemente también la voz de Damián.

—Él sabía que grababa.

—Sí.

—Entonces no diría nada que pudiera perjudicarlo.

Celia pasó varias páginas hasta llegar a un correo impreso.

—Esto es importante.

Remitente: Damián.

Destinatario: Ariadna.

Fecha: seis días antes.

Mara ha empezado a copiar documentos. Cree que no lo sé. Si intenta utilizar Valdemora, activaré todo antes de la separación. No puede quedarse con Lía después de lo que lleva meses haciendo.

Debajo, Ariadna respondía:

Lo que lleva meses haciendo es descubrirte.

Damián:

No sabes cómo es en casa.

Ariadna:

Sé cómo eres tú.

El último mensaje no tenía respuesta.

—Ariadna me defendía.

—En ese momento.

—Mientras se acostaba con él.

—Una cosa no impide la otra.

—Todo el mundo repite eso cuando necesita mantener dos versiones incompatibles.

—No son incompatibles. Podía traicionarte y saber que Damián estaba preparando una mentira.

—¿Por qué no me avisó?

—Dice que pensaba hacerlo.

—Siempre pensaba hacerlo después de acostarse con mi marido, supongo.

Celia sacó una hoja aparte.

—Hay un audio.

—¿De la carpeta?

—Del teléfono de Ariadna. Damián se lo envió después de la cena.

—¿A qué hora?

—Veintidós cincuenta y siete.

Un minuto antes de entrar en casa.

Mi abogada reprodujo la grabación.

La voz de Damián se escuchaba limpia. Dentro del coche. Sin música.

—No vuelvas a amenazarme con Mara. Esta noche firmará lo que falta y mañana hablaré con Jorge. Después puedes contarle lo que quieras. No tendrá casa, empresa ni motivos para seguir jugando.

El audio terminaba con el sonido de una puerta.

La del coche.

Quizá la nuestra.

—Eso demuestra que iba a obligarme a firmar —dije.

—Sí.

—Y que pensaba quitármelo todo.

—Sí.

—Entonces tenía razón al tener miedo.

—Sí.

—¿Por qué pone esa cara?

Celia retiró el teléfono.

—Porque también establece el momento exacto en que supiste que podías perder la casa, la empresa y a Lía.

—Ya lo había contado.

—Ahora está documentado.

—Me ayuda.

—Te proporciona un motivo inmediato.

—No maté a Damián por una casa.

—Lo sé.

—Ni por la empresa.

—Lo sé.

—Ni por Ariadna.

—Mara.

—Dígalo.

—¿Qué?

—Que lo sabe.

Celia sostuvo mi mirada.

—Sé que eso es lo que declaras.

Cerré la carpeta.

—¿Cuándo me vio Ariadna?

Mi abogada no respondió enseguida.

La pregunta llevaba esperando desde que entró.

—Después de coger la carpeta del coche, se acercó a la vivienda.

—¿Por qué?

—Quería que Damián saliera. Le había enviado mensajes.

—Él no contestó.

—No.

—Entonces pudo marcharse.

—No lo hizo.

—Porque quería escuchar.

—Porque quería la memoria externa que Damián llevaba en el bolsillo.

—¿Cómo sabía que la tenía?

—Él se lo dijo durante la cena.

—¿La policía la encontró?

—Sí. En el pantalón.

—Entonces Ariadna no la consiguió.

—No.

Me puse de pie.

—¿Desde dónde dice que miró?

—Desde el lateral de la casa. Junto al ventanal del pasillo.

—Ese ventanal tiene una cortina.

—Estaba parcialmente abierta.

—Yo la cerraba siempre.

—Esa noche no.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque vio el interior.

Caminé hasta la ventana del hotel.

Cerré la cortina aunque ya estaba cerrada.

—Miente.

—Puede.

—No podía acercarse sin que la cámara trasera la grabara.

—La cámara estaba desconectada con la alarma.

—Entonces cualquiera podía entrar.
—Sí.
—Iván también.
—Sí.
—¿Se vieron?
—Ariadna dice que no.
—Iván dice lo mismo.
—Sí.
—Los dos mienten.
—Probablemente sobre algunas cosas.
—¿Qué vio?
Celia abrió su libreta.
No la necesitaba.
Sabía la declaración casi de memoria.
—Afirma que llegó al lateral de la casa pocos segundos después del primer estruendo.
—¿Cómo sabía que había sido un estruendo dentro de la casa?
—Lo escuchó desde el coche.
—Iván no.
—Estaba más lejos y dentro de una furgoneta.
—Conveniente.
—Mara.
—Siga.
—Dice que vio luz en el hueco de la escalera. Damián estaba en el descansillo.
—¿De pie?
—De rodillas o inclinado.
—Entonces confirma mi versión.
—En parte.
—¿Me vio?
—Sí.
—¿Dónde?
—Dos o tres peldaños por encima.
La habitación se volvió demasiado silenciosa.
—Eso es lo que declaré.
—Después de conocer la grabación.

—Porque ocurrió.

—Ariadna afirma que te vio antes de que hicieras esa declaración.

—Pero lo contó después.

—Sí.

—Entonces puede haberlo escuchado en la prensa.

—La prensa solo informó de que estuviste entre las dos caídas. No de la posición exacta.

—La policía pudo decírselo.

—Lo niegan.

—La policía niega muchas filtraciones mientras mi hija aparece dibujando en televisión.

Celia pasó una página.

—Dice que llevabas las zapatillas grises.

Me volví.

—Eso también estaba publicado.

—Sí.

—Entonces no prueba nada.

—No.

—¿Vio la escultura?

—No con claridad.

—¿Qué significa?

—Afirma que había algo oscuro junto a tu pierna derecha.

—La escultura es de bronce.

—En la penumbra podía parecer oscura.

—También podía ser sangre, sombra o parte de la barandilla.

—Sí.

—¿Me vio tocar a Damián?

—No.

El alivio fue inmediato.

—Entonces no vio nada.

—Te vio en el descansillo.

—Eso ya lo he admitido.

—Y afirma que te quedaste allí más tiempo del que dices.

—¿Cuánto?

—No sabe calcularlo.

—Lía tampoco.

—Pero Ariadna es adulta.

—Una adulta que mintió durante dos días.

Celia asintió.

—Eso reduce su credibilidad.

—La elimina.

—No.

—Robó una carpeta del coche de un hombre que acababa de morir. Ocultó una relación. Se marchó sin llamar a emergencias. Mintió sobre dónde estuvo. ¿Qué más necesita?

—La carpeta demuestra que Damián estaba cometiendo delitos y preparando una acusación falsa contra ti.

—Porque ella también necesitaba protegerse.

—Sí.

—Entonces construyó una historia para parecer la mujer que traía la verdad.

—Es posible.

—No me vio.

—Mara.

—No me vio bien.

—Te identifica.

—Sabía que estaba dentro.

—Describe tu ropa.

—La habían mostrado en televisión.

—Describe las zapatillas.

—También.

—Describe el lugar exacto.

—La policía.

—Y una frase.

No quería preguntar.

Lo hice.

—¿Qué frase?

Celia miró la libreta.

—Dice que Damián te pidió que lo ayudaras.

Sentí un peso detrás del esternón.

—¿Palabras exactas?

—«Mara, dame la mano».

No aparecía en el audio recuperado.

No aparecía en la declaración de Lía.

No aparecía en la cámara exterior.

Solo en la voz de Ariadna.

—Miente.

—¿Dijo eso?

—No.

—¿Te pidió ayuda?

—No.

—¿Intentó cogerte la mano?

—Me agarró el brazo.

—¿Para impedir que te marcharas o para levantarse?

—Para impedir que me marchara.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conocía.

—También estaba lesionado.

—Seguía siendo Damián.

Celia cerró la libreta.

—Ariadna dice que extendió la mano hacia ti.

—No.

—Y que tú diste un paso atrás.

—Me soltaba.

—Que él quedó inclinado hacia el tramo inferior.

—No.

—Después ella se apartó del ventanal porque creyó que podías verla.

—Muy útil.

—Escuchó el golpe metálico.

—La escultura.

—Puede.

—¿Y la segunda caída?

—Sí.

—¿Me vio empujarlo?

—No.

—¿Me vio tocarlo?

—No.

—Entonces vio a un hombre herido perder el equilibrio después de que yo me alejara.

—Esa es nuestra lectura.

—Es lo que ocurrió.

—También puede leerse de otra manera.

—Solo si se inventa un movimiento que no vio.

—Sí.

—Entonces no lo vio.

—No.

—Y no puede acusarme.

—No directamente.

Volví a sentarme.

La carpeta marrón estaba abierta sobre la mesa. Mi vida se encontraba distribuida en páginas: firmas, fotografías, insultos recortados, decisiones tomadas por otros.

—¿Por qué esperó hasta ahora? —pregunté.

—Porque temía que la acusaran de robar la carpeta y de participar en el fraude.

—Y porque pensó que yo acabaría en prisión sin que ella tuviera que hablar.

—Puede.

—Cuando salí, cambió de estrategia.

—Eso dirá la defensa si llega a juicio.

—No llegará.

—No lo sabemos.

Abrí uno de los recipientes de comida.

El olor me produjo náuseas.

Volví a cerrarlo.

—¿Leire la cree?

—Cree que estuvo junto al ventanal.

—¿Por qué?

—Han encontrado una huella de barro compatible con su calzado.

—Compatible.

—Y fibras de su abrigo en un rosal.

—Podían ser antiguas.
—El abrigo es nuevo.
—Podía haber estado allí anteayer.
—Dice que no salió de la planta baja anteayer.
—Entonces miente otra vez.
—Sí.
—Perfecto.
—No tanto.
—¿Qué más?
Celia dejó una fotografía sobre la mesa.
El ventanal lateral.
Un rectángulo alto, estrecho, junto al hueco de la escalera. En la parte inferior aparecía una mancha clara.
—La policía utilizó reactivo —dijo.
—¿Para qué?
—Había una impresión de mano en el exterior del cristal.
—De Ariadna.
—Sí.
—Entonces se apoyó allí.
—Sí.
—Y pudo ver.
—Parte del descansillo.
Me acerqué a la fotografía.
Desde aquel ángulo se veía la barandilla, dos peldaños superiores y una esquina del rellano. No todo.
No la zona donde Damián había quedado de rodillas.
No mis manos.
No la casa de bronce si estaba junto a la pared.
—No podía ver a Damián entero.
—No.
—Ni si yo lo tocaba.
—No.
—Ni cómo cayó.
—No.
—Entonces solo vio mi espalda.
—Tu perfil, según ella.

—A través de un cristal, de noche, desde el jardín y después de beber vino.

—Sí.

—Celia.

—Es una testigo problemática.

—Es una mentirosa.

—Las dos cosas pueden ser ciertas.

—¿Qué hará la fiscal?

—Utilizará la carpeta para reforzar el motivo y a Ariadna para situarte en el descansillo antes de que lo admitieras.

—Ya me situaban las zapatillas.

—Ahora hay una persona.

—Una persona que robaba pruebas.

—Sí.

—¿La han detenido?

—No.

—¿Por qué?

—Ha entregado la carpeta y colaborado.

—Después de ocultarla cuarenta y seis horas.

—La fiscal considera que su conducta puede responder al miedo a quedar vinculada con los delitos empresariales.

—Mi conducta también responde al miedo.

—Lo argumentaremos.

—A mí me detuvieron.

—Porque estabas dentro de la casa.

—Y ella miraba cómo moría mi marido desde una ventana.

Celia no respondió.

El televisor se encendió solo al recuperar otra vez la señal. Esta vez no aparecía mi cara.

Aparecía Ariadna.

Una fotografía profesional. Traje oscuro. Fondo blanco. Debajo, el titular:

LA AMANTE ENTREGA DOCUMENTOS CLAVE Y CAMBIA EL RUMBO DEL CASO LLORCA.

Subí el volumen.

Una periodista hablaba frente a comisaría.

—Fuentes próximas a la investigación confirman que Ariadna Vives habría aportado documentación relativa a presuntas irregularidades empresariales, así como nuevos datos sobre los minutos anteriores a la muerte del arquitecto.

Después mostraron la carpeta marrón.

No la original.

Una imagen de archivo.

—Apágalo —dijo Celia.

No lo hice.

—La declaración de Vives podría confirmar que Mara Sanz estuvo junto a su marido durante el intervalo entre ambas caídas, extremo que la propia investigada admitió finalmente tras la recuperación de un archivo sonoro.

Mi fotografía apareció junto a la de Ariadna.

Esposa y amante.

Una al lado de la otra.

—Según fuentes no oficiales —continuó la periodista—, la testigo habría escuchado al fallecido pedir ayuda antes del segundo impacto.

La frase ocupó la parte inferior de la pantalla.

"MARA, DAME LA MANO".

—No lo dijo.

—Lo discutiremos —respondió Celia.

—No puede permitirse que eso quede así.

—No podemos dar una rueda de prensa cada vez que filtran una frase.

—Parece que lo dejé caer.

—Sí.

—Yo no lo dejé caer.

—Lo sé.

—No lo sabe.

Celia bajó el volumen.

—¿Quieres que te diga que te creo?

—Sí.

—No cambiará las pruebas.

—Cambiará algo.

Mi abogada miró la carpeta.

—Creo que Damián te hizo daño. Creo que estaba preparando una operación cruel para dejarte sin recursos y utilizar tus propias firmas contra ti. Creo que intentó controlar la separación de la misma manera que controlaba todo.

—No es lo que he preguntado.

—También creo que has mentido cada vez que la verdad te acercaba al descansillo.

—Porque tenía miedo.

—Sí.

—Entonces créame.

—No funciona así.

—¿Cómo funciona?

—Te creo en las cosas que puedo sostener. En las demás, te defiendo.

La respuesta era honesta.

Por eso dolió.

—¿Puedo hablar con Nuria?

—Sí. Sin mencionar a Lía ni la declaración.

—Quiero que sepa lo de la demanda.

—Puede saberlo por mí.

—No. Quiero contárselo.

Celia me entregó su teléfono.

Nuria contestó enseguida.

—¿Qué pasa?

—Damián iba a pedirme la custodia.

Mi hermana guardó silencio.

—No deberías hablarme del caso.

—No es el caso. Es mi matrimonio.

—Ahora todo es el caso.

—Tenía una demanda preparada. Fotos, mensajes, audios. Quería decir que estaba inestable.

—Lo sé.

Sentí un frío lento.

—¿Cómo que lo sabes?

—La policía me enseñó una parte.

—¿Cuándo?
—Esta mañana.
—¿Por qué no me lo dijiste?
—No podía hablar contigo de los documentos.
—Podías decirme que Damián pensaba quitarme a Lía.
—Tú ya lo sabías.
—No todo.
—Mara.
—¿Qué?
Mi hermana respiró al otro lado.
—Él habló conmigo.
—¿Cuándo?
—Hace dos semanas.
—¿Sobre qué?
—Sobre ti.
Miré a Celia.
Mi abogada se acercó.
—¿Qué te dijo?
—Que estabas guardando documentos. Que revisabas sus cosas. Que habías empezado a hablar de llevarte a Lía sin decirle dónde.
—Mentía.
—Eso pensé.
—¿Pensaste?
—Le dije que si quería separarse debía hacerlo sin convertirte en una enemiga.
—¿Qué más?
—Me preguntó si yo me haría cargo de Lía durante unas semanas.
La habitación se inclinó ligeramente.
—¿Por qué iba a hacer eso?
—Dijo que estabas pasando una mala época.
—¿Y tú qué respondiste?
—Que no iba a ayudarlo a quitártela.
—¿Me lo contaste?
—No.
—¿Por qué?

—Porque sabía que entrarías en pánico.

—Tenía derecho.

—Sí.

—Era mi hija.

—Sigue siéndolo.

La frase me hizo apretar el teléfono.

—¿Damián te enseñó los audios?

—Uno.

—¿Cuál?

—Gritabas que preferías verlo muerto antes que permitir que se llevara a Lía.

Celia me quitó el teléfono antes de que pudiera responder.

—Nuria, no continúe —dijo—. Esa conversación deberá tratarse conmigo y, si corresponde, en declaración formal.

Mi hermana preguntó algo que no escuché.

Celia colgó.

—Devuélvamelo.

—No.

—No recuerdo ese audio.

—Precisamente.

—Pudo editarlo.

—Sí.

—Pudo provocarme.

—Sí.

—No significa nada.

—Dependerá del contexto completo.

—¿Lo tiene la policía?

—Probablemente está en la memoria de la carpeta.

Me levanté.

—¿Por qué Nuria no me defendió?

—Lo hizo.

—Escuchó a Damián preparar una custodia y no me avisó.

—Creyó que evitaría que entraras en pánico.

—Eso no es defenderme.

—A veces las personas toman decisiones equivocadas pensando que protegen a otra.

La frase era para mí.

No para Nuria.

Me acerqué a la ventana.

Abajo, una cámara apuntaba hacia la entrada del hotel.

—Ariadna me vio en el descansillo —dije.

—Eso afirma.

—Nuria escuchó un audio en el que deseaba que Damián muriera.

—Sí.

—La carpeta demuestra que tenía motivos.

—También demuestra lo que él estaba haciendo.

—Nadie va a mirar esa parte.

—Nosotras sí.

—La fiscal dirá que descubrí la demanda y lo maté.

—No hay prueba de que hubieras visto el documento antes de la muerte.

—La carpeta estaba en su coche.

—Exacto.

—Entonces no podía saberlo.

—Conocías la amenaza general.

—No los detalles.

—Eso nos ayuda.

—¿Y si Damián me lo contó durante la discusión?

Celia me observó.

—¿Lo hizo?

Había preguntado demasiado rápido.

—Dijo que Jorge me explicaría cómo iba a hacerse.

—Eso ya lo declaraste.

—No mencionó la demanda.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No recuerdes otra cosa mañana.

—No lo haré.

La frase volvió a sonar como una orden.

Mi abogada guardó la carpeta marrón.

—Tengo que irme. La policía va a volver a interrogar a Nuria y solicitará el audio completo.

—Quiero escucharlo.

—Cuando lo obtengamos.

—¿Podrán editar también lo que dijo Damián?

—Si conservan el archivo original, lo sabremos.

—¿Y Ariadna?

—Permanece en libertad.

—Miró cómo caía Damián y no llamó.

—Dice que, cuando escuchó el segundo impacto, creyó que tú pedirías ayuda.

—Dos minutos después.

Celia se detuvo junto a la puerta.

—Hay algo que no figura todavía en televisión.

—¿Qué?

—Ariadna vio que bajabas después de la segunda caída.

—Claro.

—Dice que no lo hiciste inmediatamente.

—¿Cuánto esperé, según ella?

—No puede precisarlo.

—Entonces no sabe nada.

—Afirma que permaneciste inmóvil en la parte superior durante varios segundos.

—Estaba en shock.

—Sí.

—¿Qué más?

—Dice que miraste hacia el ventanal.

Sentí que la piel de la nuca se tensaba.

—No la vi.

—Ella cree que sí.

—No.

—Se apartó porque pensó que la habías descubierto.

—No vi a nadie.

—Eso dirás.

—Es verdad.

Celia abrió la puerta.

—Mara.

—¿Qué?

—¿Por qué miraste hacia el ventanal?

—No lo hice.

—Ariadna describe el momento antes de que se publicara su posición.

—Miente.

—¿Habías escuchado algo fuera?

—No.

—¿Un movimiento?

—No.

—¿Una rama?

—No.

—¿Sabías que ella estaba allí?

—No.

Mi abogada esperó.

—Bien.

Se marchó.

El televisor continuaba mostrando la frase.

"MARA, DAME LA MANO".

Bajé el volumen hasta dejarlo mudo.

No recordaba que Damián dijera aquellas palabras.

Recordaba su mano extendida.

La derecha, lesionada.

Los dedos temblando.

La sangre en la sien.

Podía haber pedido ayuda.

Podía haber dicho mi nombre.

Podía haber intentado utilizarme para levantarse.

Pero no fue por eso por lo que miré hacia el ventanal.

Miré porque escuché algo entre los arbustos.

Un roce.

Una respiración.

La certeza breve de que alguien estaba observándonos.

No vi a Ariadna.

Solo mi propio reflejo sobre el cristal.

Una mujer de pie en el descansillo.

Damián de rodillas detrás.

Y la casa de bronce en el suelo, colocada entre los dos como una decisión que todavía no había tomado nadie.

Capítulo 23 · Hora cuarenta y nueve

La voz de Damián sonaba más viva que él.

No más cercana.

Más viva.

Tenía aquella respiración controlada que utilizaba cuando sabía que alguien podía escucharlo después. No levantaba la voz. No insultaba. Dejaba espacios entre las palabras para que cualquier persona que encontrara la grabación pudiera imaginarlo tranquilo, razonable, casi paciente.

El audio empezaba con una puerta cerrándose.

Después, Damián decía:

—Has vuelto a entrar en mi despacho.

Celia detuvo la reproducción.

Estábamos en su oficina. No en la sala de reuniones donde Melero me había explicado que una firma podía significar cualquier cosa, sino en un despacho estrecho con dos estanterías, una mesa cubierta de expedientes y una ventana que daba a un patio interior. Habíamos entrado por el garaje para evitar a los periodistas.

—La grabación es de hace doce días —explicó mi abogada—. La policía ha autorizado una copia porque forma parte de la carpeta entregada por Ariadna.

—Ya sé cuándo ocurrió.

—¿La recordabas?

—No completa.

—Nuria escuchó un fragmento.

—El que Damián quiso enseñarle.

—Sí.

—Entonces estaba editado.

—El archivo de la memoria contiene la grabación entera. Dura once minutos y cuarenta y dos segundos.

Miré el ordenador.

—¿La ha escuchado?

—Dos veces.

—¿Y?

—Necesito que la oigas antes de que volvamos a hablar con Leire.

—No tenemos que hablar con ella.

—Nos ha citado a las ocho.

—La jueza no me ha ordenado declarar todos los días.

—No te ha citado para declarar. Quiere comunicar nuevos resultados y preguntará si deseas ampliar.

—No deseo.

—Escucha primero.

Celia reanudó el audio.

—Has vuelto a entrar en mi despacho —repetía Damián.

Mi voz se escuchó más lejos.

—La puerta estaba abierta.

—Eso no te autoriza.

—Vivo aquí.

—No en mi despacho.

—También es mi casa.

—La casa pertenece a la sociedad.

—La sociedad lleva mi firma.

—Precisamente por eso deberías tener más cuidado.

Hubo un roce.

Recordé la habitación.

Damián sentado detrás de la mesa. Yo de pie junto al archivador. La carpeta azul todavía no existía como una prueba policial, pero ya estaba en el cajón inferior. Había encontrado una copia de los poderes, dos facturas de Solmer y un correo donde Melero preguntaba cuándo pensaba comunicarme la separación.

No leí la respuesta.

Damián entró antes.

—¿Qué estabas buscando? —preguntaba en el audio.

—Lo que haces con mi nombre.

—No hago nada con tu nombre que no hayas autorizado.

—No sé qué he autorizado.

—Eso no es problema mío.

—Claro que lo es.

—Eres adulta.

—Me dejas papeles marcados y me dices que, si no firmo, la gente no cobra.

—Porque es verdad.

—No. Porque sabes que no entiendo lo que escondes dentro.

—¿Insinúas que te engaño?

Mi risa quedó grabada.

Pequeña.

Cansada.

—Te acuestas con Ariadna.

Hubo tres segundos de silencio.

Damián cambió de respiración.

—No sé de qué hablas.

—Tienes una reserva en un hotel de Segovia. Dos personas. Habitación doble. El mismo fin de semana que dijiste que ibas a una convención.

—Has revisado mis correos.

—Mis tarjetas.

—Las tarjetas de la empresa.

—Yo aparezco como autorizada.

—Eso no te permite vigilarme.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo qué?

—¿Desde cuándo te acuestas con ella?

Damián no respondió.

La silla crujió.

—Esta conversación ha terminado.

—No.

—Sal del despacho.

—¿Vas a irte con ella?

—Sal.

—¿Vas a pedirme el divorcio?

—No pienso hablar mientras te comportes así.

—¿Así cómo?

—Descontrolada.

El audio conservó otro silencio.

Recordaba aquel instante.

La palabra no me sorprendió. Me ordenó.

Damián llevaba meses construyéndola.

Descontrolada cuando levantaba la voz.

Descontrolada cuando revisaba una cuenta.

Descontrolada cuando preguntaba por Ariadna.

Descontrolada cuando intentaba averiguar por qué una sociedad que no conocía recibía dinero con mi firma.

—No estoy descontrolada —dije en la grabación.

—Estás registrando mi despacho y acusándome de cosas absurdas.

—He visto los mensajes.

—Has visto lo que querías ver.

—Hay una fotografía.

—¿Qué fotografía?

—Tú en una cama. Ella reflejada en el espejo.

Damián tardó dos segundos.

—Podía ser una reunión.

Mi voz soltó una carcajada.

—Estás desnudo.

—No se ve mi cuerpo.

—Se ve el de ella.

—Entonces quizá deberías preguntarte por qué guardas fotografías íntimas de otra mujer.

—Porque es la prueba de que me mientes.

—Es una prueba de que has entrado ilegalmente en mis dispositivos.

—Son nuestros dispositivos.

—No.

—Nuestra casa.

—No.

—Nuestra empresa.

—Mucho menos.

La silla volvió a moverse.

Después pasos.

—Dame el teléfono —dijo Damián.
—No.
—Mara.
—No.
—Has robado una fotografía privada.
—La has hecho tú.
—Dame el teléfono.
—No me toques.
Un golpe breve.
No fuerte.
El sonido de una mano contra madera.
Después mi respiración, más rápida.
Celia detuvo el audio.
—¿Qué ocurrió ahí?
—Intentó quitarme el teléfono.
—¿Te agarró?
—La muñeca.
—En la declaración dijiste que te agarraba del brazo y del pelo. Nunca mencionaste una lesión en la muñeca.
—No me dejó marca.
—¿Te empujó?
—Contra la mesa.
—¿Caíste?
—No.
—¿Por qué no contaste este episodio?
—Porque había muchos.
Mi abogada me observó.
—¿Cuántos audios guardaste?
—No sé.
—Necesito un número aproximado.
—Veinte.
—En la cuenta secreta hay treinta y siete archivos.
No respondí.
—¿Todos son de Damián?
—Casi todos.
—¿Qué significa casi?

—Algunos son llamadas con Melero, con Silvia o con Iván.
—¿Los grabaste sin que lo supieran?
—A veces el teléfono empezaba antes de que contestaran.
—Eso no ocurre solo.
—Pulsaba grabar.
—Entonces sí sabías cuántos.
—No llevaba una lista.
—Los organizaste por fecha y lugar.
—Para encontrarlos.
—Continúo.
Reprodujo otra vez.
Mi voz sonaba más cerca.
—Suéltame.
—Dame el teléfono.
—Me haces daño.
—No te estoy haciendo nada.
—Me estás retorciendo la mano.
—Porque te niegas a devolver lo que has robado.
—Es mío.
—Mara.
—Suéltame.
Hubo otro golpe.
Un objeto cayó.
Yo lancé un quejido.
Después silencio.
Damián habló primero.
—Mírate.
—No me toques.
—Estás temblando.
—Porque me has hecho daño.
—No te he hecho nada.
—Me has empujado.
—Has tropezado con la silla.
—Me empujaste.
—Lo que tú digas.
Aquella frase.

Lo que tú digas.

Damián la utilizaba cuando sabía que su versión sobreviviría mejor.

—¿Sabías que estaba grabando? —preguntó Celia.

—No.

—El audio procede de una aplicación instalada en su teléfono.

—Podía haberla activado antes de entrar.

—Eso hizo.

—¿Cómo lo saben?

—La grabación empieza treinta segundos antes de que cierre la puerta. Se escucha cómo deja el dispositivo sobre el escritorio.

—Entonces preparó todo.

—Sí.

El alivio fue inmediato.

—Eso demuestra que me provocaba.

—Demuestra que esperaba una discusión y quería conservarla.

—Es lo mismo.

—No necesariamente.

—Sabía lo que iba a decir.

—No podía saber tus respuestas.

—Sabía cómo llevarme hasta ellas.

Celia dejó que continuara.

—Voy a pedirte que salgas del despacho —decía Damián.

—Y yo voy a pedirte que me expliques qué estás haciendo con mi firma.

—Ya lo hemos hablado.

—No.

—Las operaciones son legales.

—Entonces ¿por qué aparecen sociedades falsas?

—No son falsas.

—¿Quién es Mareta?

Silencio.

—¿Qué?

—Mareta Consultores. Está a nombre de Nuria.

—No sé de qué hablas.

—Su dirección es el piso de mamá.

Damián respiró.
No parecía sorprendido.
—Has ido demasiado lejos.
—Tú has utilizado a mi hermana.
—Sal del despacho.
—¿Ha firmado algo?
—No hablaré contigo mientras estés así.
—¿Así cómo?
—Obsesiva.
—Contéstame.
—No.
—¿Has falsificado su firma?
—Cuidado.
—¿Eso es una amenaza?
—Es un consejo.
—No vuelvas a utilizar esa palabra conmigo.
—¿Cuál?
—Consejo.
—Estás entrando en documentos confidenciales, robando archivos y acusándome de delitos. Si sigues, tendré que protegerme.
—¿De mí?
—De lo que puedas hacer.
—¿Qué voy a hacer?
—No lo sé.
—Sí lo sabes. Vas a decir que estoy loca.
—Yo no he utilizado esa palabra.
—No te hace falta.
—Mara.
—Vas a quitarme la casa.
—La casa no es tuya.
—Vas a quitarme la empresa.
—Nunca fue tuya.
—Y después vas a intentar quitarme a Lía.
Damián guardó silencio.
Lo recordaba.
No había sido una pausa casual.

Había querido que yo llenara el hueco con miedo.

—No vas a contestar —dije.

—No voy a hablar de nuestra hija mientras te comportes de este modo.

—Eso significa que sí.

—Significa que no considero que estés en condiciones de mantener una conversación razonable.

—¿Vas a pedirme la custodia?

—Si llega el momento, haré lo que sea mejor para ella.

—No.

—No decides tú.

—No te la vas a llevar.

—Es mi hija.

—También es mía.

—Precisamente por eso deberías pensar antes de registrar despachos, robar fotografías y amenazar a su padre.

—No te he amenazado.

—Todavía.

La palabra sonó distinta en su boca.

No como la utilizaba Leire.

Como una invitación.

—¿Qué quieres que diga? —pregunté en el audio.

—Nada.

—Estás grabando.

Damián tardó demasiado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca hablas así cuando estamos solos.

Celia detuvo la reproducción.

—Lo descubriste.

—Sí.

—¿Viste el teléfono?

—No. Lo supe.

—¿Qué hiciste?

—Intenté buscarlo.

—¿Y él?

—Me agarró otra vez.

Mi abogada reanudó el archivo.
Los sonidos cambiaron.
Una silla arrastrándose.
Pasos.
Mi voz:
—¿Dónde está?
—¿Qué haces?
—Estás grabando.
—No seas ridícula.
—Dame el teléfono.
—No hay ningún teléfono.
—Siempre dejas el tuyo a la derecha.
—El mío está en el bolsillo.
—Tienes otro.
—Mara.
—¿Para Melero? ¿Para el juez? ¿Para enseñarles después cómo grito?
—No necesito hacerte gritar.
—No. Sabes hacerlo perfectamente.
Hubo un golpe más fuerte.
Respiraciones.
El escritorio moviéndose.
—Suéltame —dije.
—Deja de buscar.
—Suéltame.
—Vas a hacerte daño.
—Me lo estás haciendo tú.
—Mírate.
—¡Suéltame!
Aquella vez sí grité.
Después algo cayó al suelo.
El teléfono.
La grabación se saturó durante un instante.
Mis pasos se acercaron.
Damián dijo:
—No lo toques.

—Estabas grabando.

—Para protegerme.

—¿De qué?

—De ti.

—Eres un hijo de puta.

—Perfecto.

—Has preparado esto.

—No he preparado nada. Tú has entrado, has robado información y has perdido el control.

—Porque sabías lo que iba a encontrar.

—Porque sé cómo eres.

—No sabes nada de mí.

—Sé que llevas meses copiando documentos.

Silencio.

Mi respiración se detuvo.

En el despacho de Celia, doce días después de aquella discusión y cuarenta y nueve horas después de la muerte de Damián, sentí otra vez el mismo frío.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó mi abogada.

—Encontró la maleta.

—Antes dijiste que no estabas segura.

—Después de esto, sí.

—¿La movió?

—No.

—¿Faltaba algo?

—No que yo viera.

—¿Entonces?

—Quería que supiera que podía entrar cuando quisiera.

En el audio, Damián continuaba.

—Sé lo que guardas. Los correos. Las facturas. Las grabaciones.

—No puedes tocar mis cosas.

—Son documentos de mi empresa.

—Con mi firma.

—Otra vez.

—¿Has entrado en la maleta?

—No existe ninguna maleta.

—Damián.
—Estás hablando sola.
—Si has borrado algo—
—¿Qué harás?
—Te denunciaré.
—¿Con qué pruebas?
—Las tengo.
—¿Las mismas que has obtenido entrando en mis cuentas?
—Son mis cuentas.
—No.
—Deja de decir que nada es mío.
—Es la realidad.
—Lía es mía.
—Lía no pertenece a nadie.
—Sabes lo que quiero decir.
—Sé que estás empezando a hablar de nuestra hija como si fuera un objeto que puedes esconder.
—No la voy a esconder.
—Acabas de decir que es tuya.
—Porque vas a intentar quitármela.
—Eso lo estás diciendo tú.
—Porque es verdad.
—¿Te das cuenta de cómo suenas?
Mi voz tardó.
—Sí.
—¿Y aun así continúas?
—Porque no me importa cómo suene.
—Debería.
—Antes de dejar que utilices a Lía para enterrarme, prefiero verte muerto.
Celia detuvo el audio.
No necesitaba hacerlo.
La frase había llenado el despacho.
No se parecía a lo que Nuria había repetido.
Era peor.
No porque dijera muerto.

Porque decía antes.
Antes de dejar que utilices a Lía.
Una condición.
Un límite.
—Continúa —dije.
—Podemos parar.
—No.
Mi abogada pulsó.
Damián no respondió inmediatamente.
Después preguntó:
—¿Qué has dicho?
—Lo has oído.
—Repítelo.
—No.
—Has dicho que prefieres verme muerto.
—He dicho que antes de dejar que me quites a mi hija.
—No cambia la frase.
—Lo cambia todo.
—No para un juez.
—Ahí está.
—¿Qué?
—Eso querías.
—No quería que amenazaras con matarme.
—No te he amenazado.
—Acabas de decir que prefieres verme muerto.
—También prefiero que desaparezcas, que te vayas con Ariadna y no vuelvas a entrar por esa puerta. No significa que vaya a hacerte nada.
—Estás descontrolada.
—Y tú estás disfrutando.
—Voy a conservar esto.
—Por supuesto.
—Necesitas ayuda.
—Necesito que dejes de grabarme.
—Necesitas un médico.
—Necesito un abogado que no sea el tuyo.

—Adelante.
—Y voy a contar todo.
—¿A quién?
—A la policía.
Damián se rio.
No alto.
Apenas un soplido.
—¿Qué vas a contarles? ¿Que has firmado documentos sin leer? ¿Que has accedido a mis correos? ¿Que llevas meses reuniendo información? ¿Que acabas de decir que prefieres verme muerto?
—Que me agarras.
—No tienes marcas.
—Porque sabes dónde hacerlo.
—Eso es absurdo.
—Que me empujas.
—Has tropezado.
—Que me amenazas con Lía.
—Jamás.
—Lo acabas de hacer.
—He dicho que haré lo mejor para ella.
—Sin mí.
—Si sigues así, puede que sea necesario.
Mi respiración volvió a acelerarse.
—No te la vas a llevar.
—No depende solo de ti.
—No.
—Mara.
—No.
—Baja la voz.
—No te la vas a llevar.
—La niña está en el colegio.
—No me importa.
—A los vecinos sí.
—Que escuchen.
—Perfecto.
Pasos.

La puerta abriéndose.
El sonido cambiaba al pasar del despacho al pasillo.
La acústica abierta de la casa devolvía cada palabra.
—No vuelvas a tocar mis cosas —dije.
—No vuelvas a entrar en mi despacho.
—Es mi casa.
—Ya veremos durante cuánto tiempo.
—Eres un cabrón.
—Y tú necesitas calmarte.
Se escucharon varios peldaños.
Damián bajaba.
O yo lo seguía.
No lo recordaba con claridad.
—La barandilla sigue suelta —dije en el audio.
—Llamaré a Iván.
—Llevas meses diciendo lo mismo.
—No voy a pagar lo que pide por apretar dos tornillos.
—Un día se va a caer alguien.
—Entonces no corras.
—Tú corres.
—Yo sé bajar una escalera.
—Claro. Tú sabes hacerlo todo.
—Más que tú, por lo visto.
—Un día te vas a romper el cuello ahí.
Los peldaños dejaron de sonar.
Celia me miró.
Yo no aparté la vista del ordenador.
En el audio, Damián preguntó:
—¿Eso es lo que esperas?
—No.
—¿Lo que prefieres?
—He dicho que arregles la barandilla.
—Has dicho que prefieres verme muerto.
—Porque me estabas provocando.
—Ahora dices que voy a romperme el cuello.
—Porque esa escalera es una trampa.

—La diseñé yo.

—Precisamente.

Mi voz se rio.

No recordaba haberlo hecho.

—Un día vas a caer por ella —continué—. Y no voy a correr detrás de ti para salvarte.

Damián permaneció en silencio.

Después dijo:

—Eso también ha quedado grabado.

La puerta del despacho se cerró a lo lejos.

La grabación continuó seis segundos más.

Solo mi respiración.

Después terminó.

Celia no dijo nada.

El patio interior devolvía el ruido de un aparato de aire acondicionado. En algún despacho cercano, una impresora empezó a trabajar.

—Lo provocó —dije.

—Sí.

—Me agarró.

—Sí.

—Me amenazó con quitarme a Lía.

—Sí.

—La frase de la escalera salió porque acabábamos de pasar junto a la barandilla suelta.

—Sí.

—Entonces el contexto me ayuda.

—También.

—¿También qué?

Mi abogada cerró el reproductor.

—También dijiste doce días antes de su muerte que un día caería por esa escalera y que no correrías a salvarlo.

—No lo planeé.

—No he dicho eso.

—Es lo que piensa Leire.

—Sí.

—¿Y usted?

—Pienso que Damián construyó el audio para presentarte como inestable y peligrosa.

—Entonces estamos de acuerdo.

—También pienso que le entregaste exactamente las frases que necesitaba.

—Porque llevaba años haciéndome eso.

—Lo sé.

—No puede utilizarse como una amenaza real.

—Puede.

—No dije que lo empujaría.

—No.

—Ni que lo mataría.

—Dijiste que preferías verlo muerto.

—En una discusión.

—Y que no lo salvarías si caía por la escalera.

—Una frase.

—Doce días después tardaste más de dos minutos en llamar a emergencias.

Me levanté.

—No tiene derecho a decirme eso.

—Soy la persona que tendrá que explicar por qué no significa lo que parece.

—Damián estaba abajo.

—Antes estuvo en el descansillo.

—Ya lo he contado.

—Y tú te marchaste sin llamar.

—Porque me agarró.

—Sí.

—Me amenazó.

—Sí.

—No podía llegar al teléfono.

—Podías pedirle a Lía que llamara.

—No pensé.

—Eso diremos.

Celia recogió el ordenador.

—¿Qué parte escuchó Nuria?

—Desde «antes de dejar que utilices a Lía» hasta «prefiero verte muerto». Damián detuvo el fragmento ahí.

—No le enseñó lo de la barandilla.

—No.

—¿Por qué?

—Porque en ese momento quería convencerla de que podías hacer algo imprevisible, no demostrar un plan concreto.

—No había ningún plan.

—Lo sé.

—Dígalo sin esa cara.

Mi abogada metió el ordenador en el bolso.

—No existe una cara jurídica para creer.

—Siempre responde lo mismo.

—Porque siempre me haces la misma pregunta.

—¿Qué dirá Leire?

—Que el audio prueba tres cosas: que Damián te agredía o, al menos, te sujetaba durante las discusiones; que estaba reuniendo material para la custodia; y que tú habías verbalizado su muerte en la escalera menos de dos semanas antes.

—La primera parte importa más.

—Para la opinión pública, sí.

—Para un juez también.

—Depende.

—¿De qué?

—De si considera la muerte un accidente, una reacción durante un episodio violento o el cumplimiento de una amenaza.

—No fue ninguna de las dos últimas.

Celia se puso la chaqueta.

—Entonces mantendremos la versión.

—La verdad.

—No empecemos.

Nos trasladamos a comisaría poco antes de las ocho.

Esta vez no había periodistas en el aparcamiento subterráneo. Habían colocado una valla junto a la rampa y dos agentes impedían el acceso.

Leire nos esperaba en una sala distinta.

No había cámara visible.

Celia pidió que se aclarara el carácter de la reunión antes de sentarnos.

—Comunicación de resultados —respondió la inspectora—. La señora Sanz puede guardar silencio.

—Lo hará.

Leire colocó una transcripción del audio sobre la mesa.

Varias frases estaban resaltadas.

PREFIERO VERTE MUERTO.

UN DÍA TE VAS A ROMPER EL CUELLO AHÍ.

NO VOY A CORRER DETRÁS DE TI PARA SALVARTE.

Ninguna de las frases de Damián aparecía destacada.

—Qué selección tan equilibrada —dijo Celia.

—No la hice yo. Procede del material que Damián preparó para su abogado.

—Precisamente. Es una acusación diseñada por el fallecido.

—Una acusación anterior a su muerte.

—Contra una mujer a la que pretendía despojar económicamente y disputar la custodia.

—Sí.

La inspectora se sentó.

—¿Mara sabía que existía este audio?

Celia respondió:

—Descubrió durante la discusión que Damián estaba grabando.

—¿Conservó una copia?

—No responderá.

Leire abrió otra carpeta.

—No necesito que lo haga.

Sacó una hoja.

—El archivo completo apareció también en la cuenta secreta de Mara.

No sentí sorpresa.

—Ya lo había dicho —dije.

Mi abogada me miró.

—No expresamente.

—Guardaba pruebas.

Leire deslizó la hoja.

—Se subió la misma noche de la discusión, a las veintitrés dieciocho.

—Porque necesitaba conservar el contexto antes de que Damián lo editara.

—Eso tiene sentido.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—El nombre.

En la parte superior aparecía la ruta del archivo.

INCIDENTES / ESCALERA / 12-06 / DAMIÁN AMENAZA LÍA

—Lo organizaba por lugares —dije.

—Hay otras carpetas: cocina, coche, dormitorio y despacho.

—Exacto.

—Esta es la única titulada escalera.

—Porque ocurrió allí.

—Parte ocurrió en el despacho.

—Terminó junto a la escalera.

—¿Por qué no lo guardó como despacho?

—Porque la frase importante fue la de la barandilla.

Leire apoyó un dedo sobre la transcripción.

—¿Importante para qué?

—Para demostrar cómo me provocaba.

—La provocación principal se produjo en el despacho.

—Pero habló de la custodia mientras bajábamos.

—Usted fue quien mencionó que se rompería el cuello.

—Porque la barandilla estaba suelta.

—Y lo archivó como incidente de escalera.

—Sí.

Celia intervino:

—Es una clasificación doméstica, no una planificación criminal.

—No he dicho que lo sea.

—Lo está insinuando.

—Estoy preguntando.

—Y mi clienta no responderá más.

Leire sacó una segunda hoja.

—Existe otro dato.

Siempre existía otro.

—El archivo permaneció en esa cuenta durante doce días sin actividad.

—¿Y?

—Fue descargado a un dispositivo a las veintidós cuarenta y uno de la noche en que murió Damián.

El despacho se quedó inmóvil.

—¿Qué dispositivo? —preguntó Celia.

—Mara-SM.

Mi antiguo teléfono.

—Pudo sincronizarse solo —dije.

—La cuenta no tenía sincronización automática.

—Entonces lo abrí.

—Catorce minutos antes de que Damián entrara en la casa.

—Quería enfrentarlo con la grabación.

—Nunca dijo eso.

—No me lo preguntaron.

—Ha contado la discusión de aquella noche seis veces.

—No cada detalle.

—¿Reprodujo el audio?

—Sí.

Celia giró la cabeza.

—Mara.

—Lo escuché una vez.

—¿Por qué?

—Porque Ariadna había entrado en la urbanización. Porque sabía que Damián iba a llegar. Porque estaba asustada.

—¿Pensaba grabar otra discusión? —preguntó Leire.

—No.

—¿Quería recordar exactamente qué había dicho sobre la escalera?

—No.

—¿Entonces?

—Necesitaba escuchar cómo me trataba para no volver a creerle cuando entrara.

La respuesta salió sin preparación.

Era buena.

Leire la dejó existir.

—¿Cuánto tiempo llevaba pensando en separarse? —preguntó.

Celia levantó la mano.

—No responderá.

—Cinco meses —dije.

Mi abogada cerró los ojos.

—¿Desde que descubrió a Ariadna?

—Sí.

—¿Había consultado a otro abogado?

—No.

—¿Preparado dinero?

—No tenía.

—¿Buscado vivienda?

—No.

—¿Pensado llevarse a Lía?

—Pensado, sí.

—¿Sin informar a Damián?

—No necesitaba informarlo para imaginar una vida sin él.

—¿Imaginó también su muerte?

—No.

Leire señaló la transcripción.

—Aquí sí.

—Durante una discusión.

—Y catorce minutos antes de verlo por última vez volvió a escucharla.

—Para recordar lo que me había hecho.

—¿Cuántas veces?

—Una.

La inspectora sacó otra hoja.

—El archivo se reprodujo cuatro veces.

Sentí que Celia se tensaba.

—Eso es imposible.

—La primera a las veintidós cuarenta y uno. Después a las veintidós cuarenta y seis, cincuenta y uno y cincuenta y cuatro.

—La aplicación pudo reiniciarse.

—Cada reproducción llegó hasta el final.

—No lo recuerdo.

—Once minutos y cuarenta y dos segundos por cuatro son casi cuarenta y siete minutos.

—Lo dejé sonando mientras hacía cosas.

—Su hija estaba arriba.

—Sí.

—¿Escuchó la grabación?

—No.

—¿Utilizaba auriculares?

—Uno.

—¿Cuál?

—El derecho.

—¿Dónde está?

—No sé.

—No apareció en la casa.

—Lo habré perdido.

—¿Lo llevaba cuando llegó Damián?

—No.

—¿Lo guardó?

—Supongo.

—¿Dónde?

—No recuerdo.

Leire pasó otra página.

—El dispositivo registró conexión con un auricular inalámbrico hasta las veintidós cincuenta y siete.

Un minuto antes de que Damián entrara.

—Entonces lo llevaba —dije.

—Sí.

—Me lo quité al escuchar el coche.

—¿Dónde lo dejó?

—En la cocina.

—No estaba.

—Pudo caer debajo de un mueble.

—La casa se registró.

—No desmontaron la cocina.

—¿Por qué importa el auricular? —preguntó Celia.

—Porque Mara pasó los cuarenta y siete minutos anteriores a la llegada de su marido escuchando repetidamente una discusión en la que decía que prefería verlo muerto y que algún día se rompería el cuello en la escalera.

—También escuchó cómo él la sujetaba, la provocaba y amenazaba con quitarle a su hija.

—Sí.

—Eso es lo que importa.

—Importa todo.

Leire me miró.

—¿Qué sentía mientras lo escuchaba?

—Miedo.

—¿Solo miedo?

—Rabia.

—¿Cuánta?

—No se mide.

—¿Pensó en enfrentarse a él?

—Sí.

—¿En mostrarle el audio?

—Sí.

—¿Lo hizo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegó ya sabía que yo había descubierto la carpeta.

—¿Cómo lo sabía?

—Por su forma de hablar.

—¿Le dijo que había escuchado la grabación?

—No.

—¿Llevaba el teléfono consigo durante la discusión?

—Estaba en la cocina.

—¿Junto al teléfono azul?

—No sé.

—¿Activó alguna grabación nueva?

—No.

—¿Estaba esperando que ocurriera algo?

—Esperaba que Damián llegara.

—Eso no es lo que he preguntado.

Celia se puso de pie.

—Terminamos.

Leire no intentó detenerla.

—Hay una última cuestión.

—Comuníquela a través del juzgado.

—La descarga del audio no fue la única actividad de esa noche.

Mi abogada permaneció de pie.

—¿Qué más?

Leire colocó una impresión sobre la mesa.

Era el historial de mi cuenta secreta.

A las veintidós treinta y ocho había accedido a la carpeta ESCALERA.

A las veintidós cuarenta y uno, descargado el audio.

Después de las reproducciones aparecía otra línea.

23:01 — Archivo movido a carpeta DESTACADOS.

Tres minutos después de que Damián entrara en casa.

—¿Qué significa destacados? —preguntó Celia.

—Una carpeta que Mara creó esa misma tarde.

—¿Qué contenía?

—Cuatro documentos.

Leire enumeró:

—El audio de la escalera. Una copia de la demanda de custodia, aunque afirma que no la había visto. Las fotografías del premio de Los Olivos. Y un informe sobre la barandilla defectuosa.

No pude hablar.

Celia tampoco.

—¿De dónde salió la demanda? —preguntó finalmente.

—La cuenta recibió una copia anónima a las dieciocho doce.

El mensaje.

Esta noche lo sabrás todo.

—Ariadna —dije.

—Probablemente.

—Entonces ella me envió los documentos.

—Sí.

—Yo no sabía que eran de la demanda.

—Abrió el archivo.

—No lo leí completo.

—Permaneció abierto seis minutos.

—Estaba cocinando.

—También abrió el informe de la barandilla.

—Ya sabía que estaba rota.

—Y las fotografías de la escultura.

—El proyecto era de Ariadna.

—Guardó los cuatro elementos juntos.

—Porque demostraban lo que Damián estaba haciendo.

—Una amenaza de custodia, una discusión sobre su muerte, un objeto pesado y una escalera defectuosa.

—No los vi así.

—¿Cómo los vio?

—Como pruebas contra él.

—¿Por qué movió el archivo a destacados después de que llegara?

—No recuerdo hacerlo.

—El teléfono estaba desbloqueado.

—Podía haberlo tocado sin querer.

—Seleccionó cuatro archivos.

—Antes.

—La operación se confirmó a las veintitrés uno.

—Entonces la aplicación tardó.

Leire me observó sin expresión.

—Mara.

—¿Qué?

—A las veintitrés uno, Damián estaba en la cocina discutiendo con usted.

—Sí.

—Y en su teléfono quedaron agrupados exactamente los cuatro elementos que, menos de una hora después, formarían la escena de su muerte.

Celia recogió los papeles.

—Eso no demuestra que mi clienta hiciera nada.

—No.

—Ariadna le envió la información. Damián la provocó. La barandilla llevaba meses defectuosa. La escultura estaba en la casa desde hacía años.

—Sí.

—No existe planificación.

—Todavía no he utilizado esa palabra.

—No necesita hacerlo.

Leire se levantó.

—La jueza recibirá el informe esta noche.

—¿Solicitará prisión?

—La fiscal lo está valorando.

—Por organizar archivos.

—Por ocultar que conocía la demanda antes de la muerte, por reproducir cuatro veces una amenaza relacionada con la escalera y por agrupar pruebas que después intentó presentar como descubrimientos posteriores.

—No eran descubrimientos posteriores —dije.

—Dijo que no conocía los detalles de la demanda.

—No los leí.

—Dijo que no recordaba cuándo había tocado el premio.

—Las fotografías no significan que lo tocara esa noche.

—Dijo que no sabía que Damián podía quedar vivo en el descansillo.

—No lo sabía.

—Pero llevaba cuarenta y siete minutos escuchándose decir que no correría a salvarlo si caía.

Me puse de pie.

—No dejé morir a mi marido.

Leire se acercó lo suficiente para que Celia se colocara entre nosotras.

—No —dijo—. Eso no es lo que creo.

La frase fue peor que una acusación.

—¿Qué cree?

La inspectora miró la transcripción.
Después las fotografías.
Después mi brazo.
—Creo que aquella noche no improvisó una salida.
Celia abrió la puerta.
—Nos vamos.
Leire continuó:
—Creo que llevaba meses construyéndola.
Salimos de la sala.
No me detuvieron.
Todavía.
En el coche, Celia no arrancó.
Tenía las manos apoyadas sobre el volante y los ojos cerrados.
—¿Leíste la demanda antes de que llegara Damián?
—Solo la primera parte.
—¿Sabías que pedía la custodia exclusiva?
—Sí.
—Hace una hora dijiste que no conocías los detalles.
—No sabía todo lo demás.
—¿Viste las fotografías del premio?
—Ariadna las envió.
—¿Por qué?
—Para demostrar que Damián le había robado el proyecto.
—¿Y el informe de la barandilla?
—Formaba parte de los documentos de la casa.
—¿Por qué los agrupaste?
—Para enseñárselos a Damián.
—¿Juntos?
—Sí.
—Una demanda, una grabación, el premio y la barandilla.
—No lo pensé así.
Celia abrió los ojos.
—Necesito saber si existe algo más que todavía no me has contado.
—No.
—¿Moviste esos archivos después de que Damián entrara?

—Puede.
—¿Por qué?
—Quería tenerlos a mano durante la discusión.
—¿Para qué?
—Para demostrarle que lo sabía.
—¿Le mostraste alguno?
—No.
—¿Entonces por qué los necesitabas a mano?
No respondí.
—Mara.
—Porque quería grabarlo admitiendo todo.
—¿Activaste una grabación?
—No llegué.
—¿Por qué?
—La discusión empezó demasiado rápido.
—¿Llevabas el auricular?
—Sí.
—¿Podía grabar?
—No.
—¿El teléfono azul?
—No.
—¿El asistente de voz?
—No lo activé.
Celia arrancó.
—La fiscal va a decir que seleccionaste el motivo, el lugar, el arma y la coartada antes de que Damián muriera.
—No había una coartada.
—Lía.
—No.
—Estaba arriba, viendo una película, después de que tú misma permitieras que la terminara en la cama.
—Era viernes.
—La película ocultaba ruidos.
—No.
—La acostaste antes de que llegara Damián.
—Siempre lo hacía.

—Sabías que Ariadna e Iván estaban cerca.

—No sabía lo de Iván.

—Lo llamaron desde una línea a tu nombre.

—No fui yo.

—Y la alarma estaba desconectada.

—Damián la desconectó.

—Todo tiene una explicación.

—Porque no lo planeé.

—Sí.

El coche empezó a moverse.

—Ese es el problema —dijo Celia—. Que cada elemento tiene una explicación inocente por separado.

—Entonces no pueden acusarme.

—Pero juntos parecen una lista.

Miré por la ventanilla.

La lluvia convertía las luces de la calle en manchas largas. Los peatones corrían bajo los toldos. Nadie miraba el coche.

—No hice una lista.

—No.

—Solo guardé pruebas.

—Sí.

—Para protegerme.

—Sí.

—Entonces ¿por qué parece que no me cree?

Celia frenó frente a un paso de peatones.

—Porque ya no sé si estabas reuniendo pruebas contra Damián por si te dejaba.

La lluvia golpeaba el parabrisas.

—¿O?

Mi abogada esperó a que cruzara una mujer con un paraguas rojo.

—O por si moría.

Capítulo 24 · Hora cincuenta y dos

La fiscal llamó planificación a las nueve y ocho de la noche.

No utilizó la palabra en televisión, ni delante de una cámara, ni dentro de una sala donde pudiera discutirla. La escribió en un documento de diecisiete páginas que Celia recibió mientras regresábamos al hotel.

SOLICITUD DE REVISIÓN URGENTE DE MEDIDAS CAUTELARES POR APARICIÓN DE INDICIOS DE PLANIFICACIÓN PREVIA.

Mi abogada leyó el título dos veces antes de entregarme el teléfono.

—No abras el archivo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque vas a leer una frase, responder antes de comprenderla y terminarás llamando a alguien.

—No tengo a quién llamar.

—Precisamente.

Guardó el teléfono en el bolso.

Conducía más despacio que de costumbre. La lluvia había cesado, pero el asfalto seguía cubierto por una película brillante que deformaba las luces. En la radio hablaban de un partido de fútbol. Era la primera vez en dos días que escuchaba a personas discutir sobre algo que no fuera la muerte de Damián.

—¿Van a detenerme? —pregunté.

—La fiscal ha solicitado una nueva comparecencia mañana a las ocho.

—¿Y esta noche?

—La jueza ha rechazado ordenar una detención inmediata. Quiere escuchar a las partes.

—Entonces no cree que exista planificación.

—Cree que tienes derecho a discutirla antes de volver a encerrarte.

—No es lo mismo.

—No.

—¿Qué contiene el informe?

Celia sostuvo el volante con las dos manos.

—Una cronología.

—Ya tienen una.

—Ahora la han ordenado como una preparación.

—Ordenar cosas no cambia lo que son.

—A veces sí.

—¿Qué significa eso?

—Que una escalera, una escultura, una película infantil y una llamada a un trabajador son hechos separados hasta que alguien consigue colocarlos en la misma página.

—Leire.

—La fiscal.

—Leire le ha dado la página.

Celia no respondió.

El hotel estaba rodeado por más periodistas que por la mañana. Habían colocado focos frente a la entrada y una furgoneta bloqueaba parcialmente el acceso al garaje.

—No podemos entrar por aquí —dijo.

—Estoy cansada de esconderme.

—No te escondes. Evitas que te fotografíen mientras lees una solicitud de prisión.

—Esconderse con una explicación sigue siendo esconderse.

Mi abogada dio la vuelta a la manzana y aparcó en un edificio cercano. Caminamos por un pasaje que comunicaba con la parte trasera del hotel. Llevaba la capucha puesta y la cabeza baja.

A mitad del recorrido escuché mi nombre.

No venía de una cámara.

Una mujer estaba junto a la pared, protegiéndose bajo el saliente de un comercio cerrado. Tendría unos sesenta años. Sostenía un cartel doblado contra el pecho.

—Mara.

Celia me agarró del codo.

—Sigue andando.

La mujer abrió el cartel.

YO TAMBIÉN TARDÉ EN CONTARLO.

No supe qué hacer.

Ella no intentó acercarse.

—No estás sola —dijo.

Las palabras me acompañaron hasta la puerta del hotel.

Dentro del ascensor, Celia pulsó el botón de nuestra planta.

—No vuelvas a detenerte.

—No era periodista.

—Puede publicar una fotografía igual.

—Me estaba apoyando.

—No sabe qué ocurrió.

—Nadie lo sabe.

—Exactamente.

La puerta se abrió.

En la habitación, mi abogada cerró las cortinas, comprobó el baño y dejó el bolso sobre la mesa. Después sacó una copia impresa del documento.

—¿Cuándo lo ha impreso?

—En el despacho.

—Entonces ya sabía lo que decía en el coche.

—Sí.

—Y no quería contármelo.

—Quería llegar antes de que empezaras a responder a una acusación que todavía no habías leído.

Me entregó las páginas.

La fiscal había utilizado un formato sencillo.

Números.

Fechas.

Horas.

Cada hecho ocupaba un apartado independiente. No había adjetivos hasta el final. No eran necesarios.

1. RECOPILACIÓN PREVIA DE INFORMACIÓN SOBRE EL FALLECIDO.

Durante cinco meses había copiado correos, transferencias, facturas, conversaciones y fotografías.

—Para protegerme —dije.

—Lo sé.

2. CONOCIMIENTO DEL DEFECTO ESTRUCTURAL DE LA ESCALERA.

Sonia había confirmado que yo sabía que la barandilla se movía. También existía un correo enviado por mí a Damián tres meses antes.

Algún día alguien se va a caer. Arréglala.

—Eso me favorece.

—Demuestra que conocías el peligro.

—Y que intenté evitarlo.

—Sí.

3. MANIPULACIÓN DEL OBJETO COMPATIBLE CON LA LESIÓN CRANEAL.

Había levantado la casa de bronce aquella misma mañana.

Mis huellas aparecían cerca del borde.

—La coloqué sobre la consola.

—Sí.

4. RECEPCIÓN DE DOCUMENTOS RELACIONADOS CON LA CUSTODIA, EL PREMIO Y LA ESCALERA.

Ariadna me había enviado la demanda, fotografías del proyecto y un informe técnico pocas horas antes de la muerte.

—Yo no pedí que me los enviara.

—No.

5. REPRODUCCIÓN REITERADA DE UNA GRABACIÓN EN LA QUE LA INVESTIGADA VERBALIZA LA MUERTE DEL FALLECIDO EN DICHA ESCALERA.

Cuatro veces.

Cuarenta y siete minutos.

—Estaba escuchando cómo me maltrataba.

—Eso argumentaremos.

6. AGRUPACIÓN DE LOS ELEMENTOS ANTERIORES EN UNA CARPETA DIGITAL CREADA POR LA INVESTIGADA.

Demanda.

Grabación.

Premio.

Barandilla.

—Era para enfrentarme a él.

—Sí.

7. CONTACTO CON IVÁN CORBACHO DESDE UNA LÍNEA A NOMBRE DE LA INVESTIGADA.

La voz parecía la mía.

El mensaje lo llevó hasta la urbanización.

—No fui yo.

—Lo sé.

—No. Sabe que lo niego.

Celia no respondió.

Continué.

8. CONOCIMIENTO DE LA PRESENCIA DE ARIADNA VIVES EN LA URBANIZACIÓN.

La llamada al control de acceso demostraba que sabía que la amante estaba allí.

—Intenté impedir que entrara.

—Sí.

9. UBICACIÓN DE LA MENOR EN LA PLANTA SUPERIOR CON UN DISPOSITIVO DE REPRODUCCIÓN ACTIVO.

Sentí que las manos empezaban a temblarme.

—Acosté a mi hija.

—Era su hora.

—Era viernes.

—Sí.

—No la escondí.

—Eso diré mañana.

10. DESCONEXIÓN PREVIA DEL SISTEMA DE ALARMA Y DE LAS CÁMARAS TRASERAS.

—Lo hizo Damián.

—La cuenta principal estaba a su nombre.

—Y él tenía la contraseña.

—Sí.

11. PRESENCIA DE LA INVESTIGADA EN EL DESCANSILLO DURANTE EL INTERVALO ENTRE AMBAS CAÍDAS.

Mis zapatillas.

La sangre.

El audio.

Lía.

Ariadna.

Ya no podía negarlo.

Había tardado cuarenta y tres horas en admitirlo.

12. DEMORA EN LA SOLICITUD DE ASISTENCIA.

Más de dos minutos desde el segundo impacto según Carmen.

Casi tres desde la última activación de voz.

—Estaba en shock.

—Sí.

13. ELIMINACIÓN DEL ARCHIVO SONORO QUE REGISTRABA EL INTERVALO.

La solicitud había salido de mi teléfono.

—No lo borré.

—Sí.

Levanté la mirada.

—¿Sí qué?

—Sí, sé que lo niegas.

Volví al documento.

14. ALTERACIÓN O RETIRADA DEL CALZADO QUE SITUABA A LA INVESTIGADA EN EL DESCANSILLO.

Las zapatillas habían aparecido guardadas.

Yo estaba descalza cuando llegaron los sanitarios.

15. MANIFESTACIÓN INMEDIATA DE UNA NEGACIÓN NO SOLICITADA.

Yo no lo empujé.

La primera frase importante que pronuncié aquella noche.

Debajo de los quince puntos, la fiscal escribía:

Los elementos descritos, valorados aisladamente, admiten explicaciones alternativas. Considerados en conjunto, presentan una secuencia coherente con la preparación previa de un escenario destinado a simular una caída accidental, atraer sospechosos externos, proporcionar una coartada basada en la presencia de la menor y dificultar la recuperación de evidencia sonora.

Dejé las páginas.

—No.

Celia no dijo nada.

—No puede escribir que utilicé a Lía como coartada.

—Puede escribirlo.

—No puede demostrarlo.

—Eso es diferente.

—La acosté porque era tarde.

—Sí.

—La película ya estaba empezada.

—Sí.

—Iván y Ariadna fueron por Damián.

—Eso dicen ellos.

—La alarma fallaba.

—Sí.

—El premio llevaba años en la consola.

—Sí.

—Todo lo de esa lista existía antes de que él muriera.

—Ese es el argumento de la fiscal.

—No. Su argumento es que yo hice que existiera.

—No exactamente. Sostiene que utilizaste elementos que ya existían.

—Eso no es planificación.

—Puede serlo.

Me puse de pie.

—Usted tiene una respuesta para todo.

—Es mi trabajo.

—No. Su trabajo es defenderme.

—También impedir que llegues mañana pensando que basta con repetir que cada punto tiene una explicación.

—La tiene.

—Pero la jueza debe decidir si quince coincidencias siguen siendo coincidencias.

—No son quince.

—¿Cuántas?

—La huella y las zapatillas son lo mismo. La grabación y la carpeta digital también. La alarma no la desconecté. La voz del

teléfono azul no está identificada. Ariadna entró sin mi permiso. Lía estaba acostada. Damián cayó solo.

—Así se responde jurídicamente.

—¿Y cómo quiere que responda yo?

—Explicando por qué, si no preparaste nada, actuaste como una persona que conocía de antemano qué pruebas debía ocultar.

—No oculté pruebas.

Celia señaló el documento.

—El descansillo.

—Tenía miedo.

—Las zapatillas.

—Tenía miedo.

—El audio eliminado.

—No lo hice.

—La infidelidad.

—Me daba vergüenza.

—La demanda.

—No la había leído completa.

—Las grabaciones.

—Me protegía.

—Iván.

—No lo llamé.

—Cada respuesta es distinta, pero todas terminan igual: no contaste la verdad hasta que apareció una prueba.

—Eso no convierte un accidente en asesinato.

—No.

—Entonces deje de hablarme como si ya estuviera condenada.

Celia recogió las páginas.

—Hay algo que no aparece en la solicitud.

—¿Qué más han encontrado?

—Leire quiere enseñárnoslo antes de la comparecencia.

—¿Esta noche?

—Sí.

—No pienso volver a comisaría.

—Ha pedido que vayamos al laboratorio forense.

—¿Por qué?

—El informe sobre la herida de tu mano está terminado.

Miré la palma.

La abrasión se había convertido en una línea rojiza. Ya no dolía salvo cuando cerraba el puño con fuerza.

—Fue la madera.

—Eso dijiste.

—Tenía una astilla del descansillo en el camisón.

—La herida no contenía madera.

El miedo llegó antes de la pregunta.

—¿Qué contenía?

Celia guardó silencio.

No necesitaba responder.

Fuimos al laboratorio a las diez menos cuarto.

No era un edificio independiente. Ocupaba una planta de la jefatura, detrás de dos puertas que requerían tarjeta. Olía a desinfectante y aire acondicionado.

Leire nos esperaba en un despacho pequeño junto a la doctora Berta Orduña. La misma mujer que había explicado las heridas de Damián durante mi detención.

Sobre la mesa había una ampliación de mi palma.

La fotografía mostraba la abrasión antes de que la limpiaran. Una línea superficial bajo el pulgar, pequeños puntos oscuros y sangre seca.

—La lesión se produjo por fricción contra una superficie rugosa —dijo Orduña—. No es un corte limpio.

—Me apoyé en la barandilla.

—Eso declaró.

—La madera estaba dañada.

—Sí.

La doctora colocó otra imagen.

Los puntos oscuros aparecían ampliados hasta parecer piedras.

—Recuperamos varias partículas incrustadas en la piel.

—¿Madera?

—No.

Leire dejó una fotografía de la casa de bronce.

—Bronce —dije.

—Una aleación de cobre y estaño con restos de la misma pátina artificial utilizada en la escultura —respondió Orduña.

Celia se inclinó.

—¿Puede afirmarse que proceden de ese objeto concreto?

—La composición es compatible. No es una identificación individual absoluta.

—Había otros objetos de bronce en la casa —dije.

—Dos tiradores y una lámpara —contestó Leire—. Ninguno presenta la misma pátina.

—Toqué el premio por la mañana.

—Sí.

—Entonces ya está.

La doctora negó.

—Las partículas estaban dentro de la abrasión.

—Me la hice al levantarlo.

—Dijo que se apoyó en el descansillo al bajar después de la caída.

—Podía haberme raspado por la mañana y no darme cuenta.

—La lesión presentaba sangrado reciente cuando la examinamos.

—Podía abrirse otra vez.

—Es posible.

Celia aprovechó la palabra.

—Entonces existe una explicación inocente.

—Sí —dijo Orduña—. Pudo lesionarse por la mañana manipulando la escultura y reabrir la herida durante la noche.

—Eso ocurrió.

La doctora continuó:

—Pero el patrón resulta más compatible con una fricción intensa producida al sujetar una superficie áspera mientras la piel se desplazaba.

—No entiendo.

Orduña colocó su mano sobre la mesa.

—Si se roza un borde, la herida suele ser lineal y las partículas quedan distribuidas hacia un extremo. En su palma aparecen

concentradas en el centro, como si el objeto hubiera resbalado dentro de una mano cerrada.

Cerré los dedos.

La abrasión quedaba justo donde la base de la escultura habría apoyado su peso.

Leire lo vio.

—No lo haga —dijo Celia.

Abrí la mano.

—Cogí el premio por la mañana.

—¿Resbaló? —preguntó Orduña.

—Pesaba.

—¿Sintió dolor?

—No recuerdo.

—¿Sangró?

—No lo vi.

—Sonia tampoco.

—No me estaba mirando las manos.

Leire sacó la declaración.

—Dice que usted levantó la escultura, la colocó sobre la consola y después preparó café. No vio sangre en el objeto, en la consola ni en la taza que utilizó.

—Era una herida pequeña.

—Sí.

—Podía no sangrar hasta después.

—Podía.

La inspectora dejó la hoja.

—¿Cuándo volvió a tocar la escultura?

—No la toqué.

—Su mano dice que sí.

—Mi mano dice que la toqué en algún momento.

—Con suficiente fuerza para que el metal resbalara y se incrustara en una abrasión reciente.

—Por la mañana.

—O en el descansillo.

—No.

Orduña señaló otra fotografía.

El lateral de la base presentaba una pequeña zona sin pátina, apenas visible.

—Aquí se produjo la transferencia.

—¿Cómo lo sabe?

—La forma y la distribución de los residuos. También encontramos células epiteliales.

—¿Mías?

—La muestra es parcial, pero el perfil es compatible.

Celia tomó el informe.

—Una persona que levanta un objeto doméstico deja células.

—Sí.

—No demuestra cuándo.

—No.

—Ni para qué.

—No.

Mi abogada cerró el documento.

—Entonces no existe ninguna novedad capaz de justificar una nueva prisión.

Leire miró mi palma.

—Existe una conexión física entre la herida fresca de Mara y el objeto que lesionó a Damián.

—Con una explicación confirmada por Sonia.

—Sonia confirma que tocó la escultura. No que se hiciera daño.

—No tenía por qué verlo.

—No.

—¿Hay sangre de Mara en el premio? —preguntó Celia.

—Una cantidad mínima en la base.

La miré.

—Eso no me lo habían dicho.

—El perfil estaba incompleto hasta hoy.

—¿Coincide conmigo?

—Sí.

Celia volvió a abrir el informe.

—¿Dónde exactamente?

Orduña señaló el lateral inferior.

Cerca de la zona sin pátina.

—Entonces me corté por la mañana.

—Puede —dijo la doctora.

—La limpiaron después.

—Sonia la limpió antes de que Mara la levantara —respondió Leire.

—Mara pudo dejar la sangre al colocarla.

—Sí.

—Y la escultura permaneció sobre la consola hasta la caída.

—Eso sostiene.

—No solo ella. La empleada la dejó allí.

—Por la mañana.

—¿Alguien la vio moverla después?

—No.

—Entonces Damián pudo cogerla.

—Sí.

—Ariadna pudo entrar.

—No hay indicios.

—Iván.

—Tampoco.

—Pudo caer sola.

—Desde una consola situada a varios metros del primer tramo.

—El cuerpo pudo golpearla.

—La sangre de Mara estaba debajo de una transferencia posterior de Damián.

—Eso solo establece el orden.

—Mara sangró sobre el objeto antes de que Damián lo hiciera.

—Por la mañana.

—O inmediatamente antes.

—No pueden fechar una gota dentro de la misma jornada.

—No con precisión.

Celia guardó el informe.

—Gracias.

Se puso de pie.

Leire no había terminado.

—Hay una prueba de agarre.

Mi abogada volvió a sentarse.

—¿Qué significa?

Orduña mostró una imagen de la base desde arriba.

Había marcas suaves en el polvo de revelado. No huellas completas. Zonas de presión.

—El patrón combina una palma sobre la base y dedos de la otra mano en el tejado —explicó—. No podemos identificar todas las impresiones, pero la disposición es compatible con dos manos.

—También se levanta así para colocarla —dijo Celia.

—Sí.

—Entonces seguimos en el mismo punto.

—No exactamente —respondió Leire.

Se puso de pie y tomó una réplica de plástico que estaba sobre un armario. Tenía las mismas dimensiones que el premio, aunque pesaba menos.

La sujetó con la mano derecha bajo la base y la izquierda sobre el tejado.

—Así se levanta.

La colocó a la altura del pecho.

—También así puede transportarse.

—Sí —dijo Celia.

Leire giró el objeto.

Apoyó el borde del tejado hacia abajo.

—Pero la lesión de Damián no requiere un balanceo amplio.

—¿Qué requiere?

—Presión y desplazamiento.

La inspectora acercó la réplica al borde de la mesa.

No golpeó.

Empujó.

El tejado de plástico recorrió unos centímetros sobre la madera.

—Damián estaba más bajo que la persona que sostenía el objeto —explicó Orduña—. De rodillas, sentado o inclinado.

El descansillo apareció otra vez.

Damián agarrado a la barandilla.

La cabeza a la altura de mi cintura.

—La escultura pudo caer sobre él —dije.

—Sí.

—Pudo golpearlo al intentar levantarse.

—Sí.

—Entonces no necesitan una persona sosteniéndola.

—No la necesitamos para explicar la lesión —dijo Leire—. La necesitamos para explicar la posición final del objeto, las partículas en su mano y el impacto aislado registrado durante la pausa.

—No es una necesidad. Es su teoría.

—Sí.

—¿Quiere saber la mía?

Celia me tocó el brazo.

—No.

—Damián cayó con el premio. Quedó en el descansillo. Intentó levantarse. Me agarró. La escultura se movió, me raspó la mano y lo golpeó. Yo me aparté. Después él volvió a caer.

Mi abogada cerró los ojos.

Leire permaneció inmóvil.

—Acaba de admitir que tocó el premio en el descansillo —dijo.

La habitación quedó en silencio.

Había intentado explicar la herida.

Otra vez.

—No he dicho que lo cogiera.

—Ha dicho que la escultura se movió y le raspó la mano.

—Podía estar en el suelo.

—¿La rozó al apoyarse?

—Sí.

—¿Con la palma?

—Sí.

—¿Por qué no lo contó en su nueva declaración?

—No lo recordaba.

—Ayer afirmó varias veces que no tocó el objeto.

—Porque no lo cogí.

—Tocar y coger no son lo mismo.

—Exacto.

—Pero le preguntamos ambas cosas.

—Estaba cansada.

—Siempre está cansada cuando una respuesta cambia.

Celia se levantó.

—Terminamos.

—La comparecencia es mañana a las ocho —dijo Leire—. La fiscal incorporará el informe.

—Y nosotras la explicación de la manipulación matinal.

—Por supuesto.

Me levanté también.

Leire seguía sosteniendo la réplica.

—No lo golpeé —dije.

—No creo que lo golpeara.

La respuesta me detuvo.

—¿Entonces?

La inspectora apoyó el objeto sobre la mesa.

—Golpear implica levantar el brazo, ganar distancia y producir un movimiento visible. No encaja bien con la pared, con el sonido ni con la lesión.

—¿Qué cree que hice?

Celia abrió la puerta.

—No respondas.

Pero Leire ya estaba hablando.

—Creo que Damián estaba de rodillas, intentando incorporarse. Creo que usted sujetó la casa por la base y por el tejado, como había hecho aquella mañana. No necesitó levantarla.

Deslizó la réplica unos centímetros.

—Solo necesitó empujar.

El plástico rozó la mesa.

Un sonido pequeño.

Casi insignificante.

—Después él dijo que no —continuó—. Usted volvió hacia la habitación. Y cuando intentó seguirla, decidió que no iba a correr detrás para salvarlo.

—No.

—Eso es lo que lleva dos días evitando contar.

—No.

—No necesitaba preparar cada segundo —dijo Leire—. Solo necesitaba preparar las condiciones para que, cuando llegara el

momento, cualquier resultado pareciera un accidente.

—No planeé nada.

—Escalera defectuosa. Medicación. Alcohol. Una hija arriba. Dos personas esperando fuera. Un teléfono imposible de atribuir. Una grabación eliminada.

La lista.

Otra vez.

—No fui yo quien trajo a Ariadna.

—No.

—Ni quien discutió con Iván.

—No.

—Ni quien dejó la barandilla rota.

—No.

—Entonces no preparé las condiciones.

Leire me miró.

—No creó las piezas.

—Exacto.

—Solo las colocó.

Celia se interpuso.

—Nos vamos.

Salimos del laboratorio.

El pasillo estaba vacío, pero sentía la presencia de cámaras incluso allí. En el ascensor, mi abogada pulsó el botón del aparcamiento y se quedó mirando los números descender.

—No vuelvas a explicar una prueba sin hablar conmigo.

—La escultura podía rasparme sin que la cogiera.

—Sí.

—Entonces no he admitido nada.

—Has situado tu mano sobre ella en el descansillo.

—Porque ahora sé que contenía metal.

—Ese es exactamente el problema.

—No voy a permitir que conviertan una partícula en un asesinato.

—Tú acabas de convertirla en un recuerdo.

Las puertas se abrieron.

Entramos en el aparcamiento.

—¿Qué dirá mañana?

—Que la herida pudo producirse por la mañana. Que no existe datación exacta. Que el patrón de agarre es compatible con una manipulación doméstica. Que la teoría de presión es una posibilidad, no una certeza.

—¿Y la lista?

—Desmontaremos cada punto.

—Entonces saldré.

Celia no respondió.

—¿Volveré con Lía?

—No mañana.

—¿Cuándo?

—La especialista ha recomendado una primera visita supervisada dentro de cuarenta y ocho horas, si mantienes la libertad.

Me detuve.

—¿Podré verla?

—Durante treinta minutos.

—¿Dónde?

—En un centro familiar.

—¿Con una cámara?

—Probablemente.

—¿Podré abrazarla?

—Sí.

Por primera vez desde que había salido del juzgado, la palabra libertad volvió a significar algo.

Treinta minutos.

Una habitación vigilada.

Sin hablar de Damián.

Sin corregir recuerdos.

Sin pedirle que dijera dónde estaba yo.

—No pueden volver a detenerme —dije.

—Pueden.

—No lo permitiré.

—Eso no depende de ti.

Miré mi palma.

La línea rojiza parecía insignificante.

Una herida pequeña.

Metal dentro de la piel.

Sangre sobre un objeto.

Dos explicaciones posibles.

Todo el caso cabía allí.

La fiscal necesitaba que aquella herida hubiera ocurrido en el descansillo.

Nosotras necesitábamos que hubiera ocurrido por la mañana.

La diferencia eran unas horas que ningún laboratorio podía medir.

Cerré la mano.

La piel tiró sobre la abrasión.

Recordé el peso.

No el de la réplica.

El verdadero.

Tres kilos y medio sostenidos entre las palmas.

Leire se equivocaba en algo.

No hacía falta empujar con fuerza.

Damián ya estaba inclinado.

La barandilla ya cedía.

La sangre ya le entraba en los ojos.

Pero que una muerte hubiera sido fácil no significaba que yo la hubiera elegido.

Eso era lo que diría la mañana siguiente.

Y, por primera vez, ya no sabía si la jueza escucharía una explicación.

O el punto dieciséis de la lista.

Capítulo 25 · Hora cincuenta y seis

La fiscal llevó quince puntos ante la jueza.

Celia solo necesitó uno para responder.

El que faltaba.

Llegamos al juzgado a las siete y veintidós de la mañana. Había dormido menos de una hora y seguía llevando el mismo jersey azul. Nuria había preparado más ropa, pero la bolsa permanecía cerrada sobre una silla del hotel. Cambiarme habría significado elegir qué aspecto debía tener una mujer acusada de planear la muerte de su marido.

De negro parecía culpable.

De colores, insensible.

Con el jersey triste al menos parecía cansada.

No tuve que fingirlo.

Esta vez entramos por el aparcamiento. Dos agentes revisaron el coche y nos acompañaron hasta el ascensor. No llevaba esposas. La jueza había rechazado la detención preventiva durante la noche, pero la fiscal podía conseguirla antes de que terminara la mañana.

—No respondas si Olmedo te pregunta por los hechos —dijo Celia.

—La última vez responder me ayudó.

—La última vez admitiste que adaptabas tu relato para explicar pruebas.

—No dije eso.

—No vamos a discutirlo otra vez.

—Si pregunta por Lía, contestaré.

—Solo sobre tu compromiso de respetar las medidas.

—¿Y si pregunta por el premio?

—No.

—¿Las zapatillas?

—No.

—¿La grabación?

—No.

—Entonces parecerá que oculto algo.

Celia pulsó el botón del ascensor.

—Ya parece que ocultaste muchas cosas. Hablar no arreglará esa impresión.

—Callar tampoco.

—Callar impide que la empeores.

Las puertas se abrieron.

Leire estaba en el pasillo.

No vestía uniforme. Llevaba pantalón oscuro, una camisa gris y la misma carpeta fina que había utilizado durante la primera comparecencia. Parecía descansada. Aquello me molestó más de lo razonable.

—Señora Sanz —saludó.

—Inspectora.

Celia se colocó ligeramente delante.

—Cualquier comunicación, a través de mí.

—Solo iba a darle los buenos días.

—Ya lo ha hecho.

Leire miró mi mano.

La abrasión estaba cubierta con una gasa pequeña.

—¿Le duele?

—No.

—¿Se la ha curado alguien?

—Yo.

—¿Con qué?

—Agua y antiséptico.

—¿Conserva el envase?

Celia soltó una risa seca.

—¿También quiere intervenir el botiquín del hotel?

—No. Solo preguntaba.

—Usted nunca solo pregunta.

Leire no lo negó.

Un funcionario abrió la puerta de la sala.

Entramos.

La jueza Irene Olmedo ya estaba sentada. A su derecha, Patricia Mares organizaba varias carpetas. Detrás se encontraba un técnico del juzgado y, junto a la pared, un representante del ministerio fiscal que no había visto antes.

Sobre la mesa central estaban las fotografías de la escalera.

La escultura.

Mi mano.

El dibujo de Lía.

La lista completa de una vida reducida a indicios.

La jueza pidió que confirmaran si mantenía mi decisión de no declarar.

—Sí —respondió Celia.

Olmedo me miró.

—¿Es también su decisión, señora Sanz?

—Sí.

—¿Comprende que puede intervenir si lo desea, pero que no está obligada?

—Sí.

—Bien.

La fiscal comenzó.

Esta vez sí utilizó la palabra.

—La investigación ha superado la hipótesis de una reacción improvisada durante una discusión. Los nuevos datos permiten considerar una planificación previa.

No dijo asesinato.

Todavía.

Primero reconstruyó los meses anteriores.

Mi cuenta secreta.

Las grabaciones.

Las copias de contratos.

Las fotografías de Ariadna.

Las transferencias.

Según la fiscal, yo no me había limitado a preparar una defensa ante el divorcio. Había construido un archivo capaz de proporcionar motivos alternativos, sospechosos externos y una explicación posterior para cada elemento de la noche.

—Eso es absurdo —murmuré.

Celia me tocó la rodilla.

La jueza levantó la vista.

—Señora Sanz.

Bajé los ojos.

Patricia Mares continuó.

Habló de Iván.

La llamada desde el teléfono azul.

La amenaza con una caída.

La presencia de la furgoneta junto a la urbanización.

—La llegada del señor Corbacho colocó en las inmediaciones a una persona con un motivo económico, antecedentes de amenazas y conocimiento del acceso trasero.

—También lo colocó en las inmediaciones de forma real —intervino Celia—. No es un sospechoso inventado.

—No he dicho que lo sea.

—Está insinuando que mi clienta lo utilizó como tal.

—Eso sostengo.

La jueza consultó el documento.

—¿La pericial de voz identifica a la señora Sanz?

La fiscal hizo una pausa.

—No de manera concluyente.

—¿Qué grado de correspondencia ofrece?

—El informe habla de similitud relevante, pero la calidad del archivo impide una identificación categórica.

—¿Puede excluirse que sea otra mujer?

—No.

—¿Puede excluirse que el señor Llorca utilizara el teléfono y una grabación, o que otra persona imitara la voz?

—No.

Olmedo anotó.

La fiscal no perdió el ritmo.

Pasó a Ariadna.

Mi llamada al control de acceso demostraba que conocía su presencia. La carpeta marrón demostraba que Ariadna me había

enviado documentos aquella tarde. La testigo me situaba en el descansillo antes de que yo lo admitiera.

—La señora Vives ha mentido sobre la relación, el robo de la carpeta y su aproximación a la vivienda —dijo Celia.

—Después corrigió su declaración.

—Después de saber qué pruebas había encontrado la policía.

La frase produjo un breve silencio.

Leire me miró.

Yo no lo hice.

—La credibilidad de la testigo se valorará en su momento —respondió la fiscal—. Lo relevante ahora es que una huella exterior y fibras de su abrigo confirman que estuvo junto al ventanal.

—Confirman que estuvo en el jardín. No qué vio a través de un cristal de noche, desde un ángulo parcial y después de consumir alcohol.

—Describe la posición de la investigada.

—Una posición conocida por la policía cuando amplió su declaración.

—No era pública.

—Tampoco era pública la entrevista de una niña y terminó en televisión.

La jueza levantó una mano.

—No discutiremos filtraciones no acreditadas. Continúe.

La fiscal habló del archivo digital.

Demanda.

Premio.

Barandilla.

Grabación.

Cuatro documentos agrupados minutos antes de la muerte.

—No se trata de elementos reunidos por la investigación después de los hechos —dijo—. La señora Sanz ya los había seleccionado antes de la llegada de Damián Llorca.

—Seleccionó pruebas de una operación destinada a despojarla de su patrimonio y de la custodia de su hija —respondió Celia.

—Incluyó fotografías de la escultura.

—Porque acreditaban que el fallecido se había apropiado del proyecto de Ariadna Vives.

—Incluyó un informe sobre la escalera.

—Porque formaba parte de la vivienda y demostraba un defecto que Damián se negaba a reparar.

—Incluyó una grabación en la que verbalizaba que el señor Llorca moriría allí.

—Una grabación hecha por él para provocarla y utilizarla en un procedimiento de custodia.

—Y la reprodujo cuatro veces inmediatamente antes de su llegada.

Celia se levantó.

—Quiero que conste que durante esas cuatro reproducciones también escuchó cómo Damián la agarraba, negaba la agresión mientras ocurría, manipulaba su percepción y amenazaba con apartarla de su hija.

—Consta.

—La acusación no puede recortar el mismo audio de la forma que reprocha al fallecido.

—No lo hago. Digo que el contenido completo proporciona un estado emocional, un conflicto inmediato y una verbalización previa.

—Proporciona una víctima enfrentándose a su agresor.

—También puede proporcionar un motivo.

—Todo sufrimiento se convierte en motivo si después muere quien lo causó.

La jueza miró a Celia.

—Letrada.

—Termino, señoría.

Patricia Mares colocó la fotografía de mi mano junto a la escultura.

—La conexión física más reciente refuerza el conjunto. La lesión de la investigada contiene partículas y células compatibles con una manipulación intensa del objeto. Su sangre se encuentra en la base antes de la transferencia del fallecido.

—El orden de las manchas no fecha la manipulación —dijo Celia.

—No.

—Sonia confirma que Mara levantó la escultura esa mañana después de ser limpiada.

—Sí.

—Entonces la sangre y las huellas tienen una explicación anterior.

—Posible.

—No menos posible que la que sostiene la fiscalía.

—Debe valorarse junto a los demás indicios.

La fiscal proyectó la imagen de la onda sonora.

Noventa y cuatro segundos.

—Durante este intervalo, la investigada estaba con Damián Llorca en el descansillo. Lo negó hasta que la evidencia técnica lo hizo insostenible. El fallecido dijo su nombre. Ella respondió. Se escuchó una petición para que la soltara, un impacto metálico y la segunda caída. El archivo fue eliminado desde su teléfono mientras solicitaba asistencia.

—No existe recuperación de un empujón —dijo Celia.

—No.

—Ni de una amenaza.

—No.

—Ni de la frase atribuida por Ariadna.

—No.

—Ni de la investigada tocando el objeto.

—No sonora.

—Ni de la investigada diciendo que no llamará.

—No.

—Entonces el contenido recuperado confirma una discusión y una caída, no una acción homicida.

La fiscal se volvió hacia la jueza.

—Confirma que la señora Sanz mintió desde el primer minuto sobre el único intervalo en que pudo producirse esa acción.

Olmedo no anotó.

Permaneció mirando la onda.

—¿Se ha podido recuperar el momento exacto del segundo desplazamiento? —preguntó.

—Solo el sonido final.

—¿Alguna voz inmediatamente antes?

—No inteligible.

—¿Un contacto físico?

—Un roce prolongado.

—¿Puede distinguirse entre ropa, madera, calzado o cuerpo?

—No.

—¿El especialista mantiene que la segunda caída pudo producirse sin intervención externa?

Patricia Mares miró a Leire.

La inspectora se levantó.

—Sí, señoría.

Era la primera vez que hablaba.

—La posibilidad física existe. Damián podía intentar incorporarse, perder el equilibrio y precipitarse por el segundo tramo.

—¿Es compatible con sus lesiones?

—Sí.

—¿Con la posición final?

—Sí, si inicia el segundo desplazamiento desde una zona concreta del descansillo.

—¿La sangre y las marcas demuestran que estuvo en esa zona?

—No de forma absoluta. La reconstrucción la considera la más probable.

—¿Y una intervención externa?

—También es compatible.

—¿Más probable?

Leire tardó.

—En mi valoración conjunta, sí.

—No le pregunto por el conjunto. Le pregunto por la física.

La inspectora miró las fotografías.

—La física por sí sola no permite establecerlo.

—Gracias.

Volvió a sentarse.

La fiscal pasó al último bloque.

La demora.

Las zapatillas guardadas.

El archivo eliminado.

La negación espontánea.

—No estamos ante una persona que descubre gradualmente hechos traumáticos —concluyó—. Estamos ante una investigada que revela cada fragmento únicamente cuando aparece una prueba que impide sostener la versión anterior. La secuencia muestra conocimiento previo, control de la escena y ocultación posterior. Solicitamos prisión provisional por riesgo de alteración de pruebas, reiteración de conductas de manipulación e influencia sobre la testigo menor.

La jueza se quitó las gafas.

—¿Qué pruebas quedan bajo control de la investigada?

—Puede conservar accesos, copias o dispositivos no localizados.

—¿Cuáles?

—Falta un auricular. No ha aparecido la maleta roja. Desconocemos si existen otras cuentas.

—¿Hay indicios de que haya intentado destruir algo después de la advertencia judicial?

—Accedió al sistema doméstico.

—Y lo comunicó su abogada inmediatamente.

—Después de ser descubierta.

Celia se levantó.

—Fui yo quien regresó a la habitación. Podía haber eliminado el historial, destruido el teléfono o negado el acceso. No hizo ninguna de esas cosas.

—Porque la conexión ya había quedado registrada.

—Mi clienta no sabía eso.

La jueza se volvió hacia mí.

—No responda.

No había abierto la boca.

Tal vez mi cara sí.

Llegó el turno de Celia.

No utilizó fotografías.

No proyectó audios.

Dejó las páginas sobre la mesa y habló de pie.

—La fiscalía ha presentado quince puntos. Parecen quince pruebas porque están numerados. No lo son.

Tomó la primera hoja.

—La recopilación de documentos, la carpeta digital y la reproducción del audio describen una sola conducta: una mujer reuniendo material ante una separación hostil.

Segunda hoja.

—El conocimiento de la barandilla, el correo donde pide repararla y el informe técnico también son un mismo hecho. Mara sabía que la escalera era peligrosa y pidió que se corrigiera. Convertir esa advertencia en preparación equivale a afirmar que quien denuncia un riesgo está planeando utilizarlo.

Tercera.

—La manipulación de la escultura, las huellas, las células, la sangre y las partículas proceden de un objeto doméstico que levantó delante de una testigo la mañana de los hechos. La acusación divide una única explicación inocente en cinco indicios para multiplicar su peso.

Miró a Patricia Mares.

—La presencia de Iván no es ficticia. Amenazó al fallecido, fue a la urbanización, mintió y destruyó documentación. La presencia de Ariadna tampoco. Entró con un código facilitado por Damián, robó una carpeta, se acercó a la casa, observó la escena y se marchó sin pedir ayuda. No son personajes colocados por Mara. Son personas reales con motivos reales, convocadas por una red de conflictos creada por el propio fallecido.

—Una fue convocada desde una línea a nombre de su clienta —intervino la fiscal.

—Sin identificación de voz concluyente.

Celia continuó.

—La menor estaba en la cama porque eran casi las once de la noche. Ver una película no es una coartada preparada. Es una rutina familiar. La alarma estaba desconectada por decisión de Damián y la investigada había pedido reactivarla. La demora en llamar se produce después de una escena traumática en la que intentó comprobar el estado de su marido. El archivo pudo eliminarse accidentalmente durante la manipulación del teléfono, y la fiscalía no ha demostrado lo contrario.

—Requirió varios pasos —dijo Patricia.

—Tampoco ha demostrado que se realizaran conscientemente. La aplicación estaba abierta, existían notificaciones y la señora Sanz buscaba información sobre la medicación mientras seguía instrucciones de emergencias.

Celia apoyó las manos sobre la mesa.

—Sí, Mara mintió.

La frase cayó sin protección.

La miré.

No volvió la cabeza.

—Mintió sobre haber estado en el descansillo. Mintió sobre las zapatillas. Minimizó el contacto físico y ocultó la infidelidad. No intentaremos convertir esas decisiones en algo admirable. Fueron equivocadas y han perjudicado gravemente su credibilidad.

La fiscal no esperaba que lo admitiera.

La jueza sí.

—Pero mentir después de una muerte no demuestra haberla causado. Demuestra miedo a cómo se interpretaría una escena: una esposa engañada, amenazada con perder a su hija, junto a un marido herido que acababa de agarrarla. Su temor no era irracional. La investigación hizo exactamente lo que ella temía.

Celia cogió la lista de quince puntos.

—La fiscalía ha descrito preparación, oportunidad, motivo y ocultación. Falta el punto dieciséis.

La jueza alzó la vista.

—¿Cuál?

Mi abogada señaló la fotografía de la escalera.

—La acción.

Nadie habló.

—No existe una prueba de que Mara golpeara a Damián con la escultura. No existe una prueba de que lo empujara. No existe una prueba de que moviera la barandilla, colocara el cuerpo, alterara el premio o provocara el segundo desplazamiento. El especialista admite una caída autónoma. El audio no recupera el momento. Ariadna no lo vio. Lía no lo vio. No hay marca de manos sobre la

ropa que indique una presión posterior, ni lesión defensiva nueva, ni sangre proyectada que sitúe a Mara ejecutando un golpe.

Se volvió hacia la fiscal.

—Quince circunstancias no sustituyen el movimiento que debe probarse.

Patricia Mares se levantó.

—Estamos en fase de instrucción, no de juicio. No se exige prueba plena.

—Tampoco basta una sospecha intensa para encarcelar a una persona cuando la hipótesis accidental sigue siendo pericialmente válida.

—La ocultación demuestra conciencia de culpabilidad.

—O conciencia de apariencia.

—La selección previa de elementos demuestra preparación.

—O defensa frente a un fraude.

—La grabación eliminada demuestra destrucción de pruebas.

—No demuestra intención.

La jueza levantó una mano.

Las dos se callaron.

Olmedo volvió a ponerse las gafas y leyó durante varios minutos.

Nadie se movió.

Escuché el teclado del funcionario.

El aire acondicionado.

Un coche en la calle.

La respiración de Leire.

Intenté no pensar en Lía.

Si mantenía la libertad, faltaban cuarenta y ocho horas para verla.

Treinta minutos.

Un abrazo.

No podía volver a una celda.

La jueza cerró el expediente.

—La prisión provisional no puede utilizarse para anticipar una respuesta penal ni compensar la gravedad mediática de un asunto.

Patricia Mares bajó la vista.

Celia no reaccionó.

—Los nuevos indicios refuerzan la sospecha sobre la señora Sanz —continuó Olmedo—. En particular, su presencia en el descansillo, la ocultación reiterada, el acceso al sistema doméstico y la relación temporal entre la lesión de su mano y el objeto compatible con la herida del fallecido.

El corazón comenzó a golpearme.

—No obstante, se mantienen abiertas hipótesis alternativas respecto de la dinámica final. La pericial no excluye una segunda caída accidental. La identificación de la voz del teléfono azul no es concluyente. La declaración de Ariadna Vives presenta problemas relevantes de credibilidad y no existe, hasta el momento, prueba directa de una agresión o empujón.

Celia apoyó el pie contra el mío.

—La investigada ha incumplido instrucciones de su defensa, pero no una prohibición judicial expresa. El acceso remoto fue comunicado y no consta alteración posterior. Tampoco existe riesgo de fuga suficiente, dada su vinculación familiar y la entrega del pasaporte.

La jueza respiró.

—Se rechaza la prisión provisional.

Cerré los ojos.

Solo un segundo.

—Se mantienen las medidas anteriores y se añaden las siguientes: la señora Sanz deberá entregar cualquier dispositivo, clave o cuenta relacionada con el domicilio, la empresa o el fallecido; no podrá adquirir ni utilizar nuevos terminales sin comunicar el número a la representación judicial; y comparecerá dos veces al día, a las nueve y a las dieciocho horas.

—Señoría —dijo Celia—, dos comparecencias diarias resultan desproporcionadas.

—Se revisarán en setenta y dos horas.

—¿Y la visita con la menor? —preguntó.

Olmedo consultó otro informe.

—Se mantiene la recomendación del equipo. Podrá celebrarse una primera visita supervisada de treinta minutos, siempre que no

se produzcan nuevos incumplimientos y que la señora Sanz respete de forma absoluta la prohibición de hablar de los hechos.

Me incliné hacia delante.

—¿Cuándo?

Celia me agarró la mano.

La jueza respondió:

—Pasado mañana a las diez.

Dos días.

—¿Puedo escribirle antes?

—No.

—¿Nuria puede decirle que voy a verla?

—El equipo se encargará.

—¿Puede decirle que estoy bien?

—Señora Sanz.

—Solo eso.

—No utilice esta comparecencia para negociar excepciones.

Me obligué a callar.

La fiscal pidió que constara su protesta y anunció recurso. La jueza lo admitió.

La sesión terminó.

No me detuvieron.

Por segunda vez en menos de un día, salí de una sala después de que una fiscal explicara por qué debía estar encerrada.

En el pasillo, Celia me llevó hacia una sala lateral mientras preparaban la salida.

—No llores aquí —dijo.

—No estoy llorando.

—Lo harás cuando baje la tensión.

—Voy a ver a Lía.

—Si no haces nada más.

—No haré nada.

—Entrega todas las contraseñas.

—Algunas son de cuentas personales.

—Todas las relacionadas con Damián.

—La cuenta secreta es mía.

—Está relacionada.

—Contiene cosas privadas.
—La policía ya tiene una orden.
—¿También los mensajes con Nuria?
—Probablemente.
—No pueden leer toda mi vida.
Celia me miró.
—Llevan cincuenta y seis horas haciéndolo.
Un funcionario apareció para recoger las claves.
Escribí la dirección de la cuenta secreta.
La contraseña.
La del sistema de casa.
La nube.
La aplicación de cámaras.
El antiguo correo compartido con Damián.
Cada palabra entregada parecía otra habitación abierta.
Cuando terminé, firmé al pie.
Mara Sanz.
—¿Es todo? —preguntó el funcionario.
—Sí.
Celia no dijo nada.
—¿Qué?
—La segunda cuenta.
—No hay otra.
—Mara.
—No está relacionada con Damián.
—¿Qué contiene?
—Fotografías de Lía.
—Entonces está relacionada con el entorno familiar.
—No.
—Entrégala.
—La jueza ha dicho cuentas relacionadas con el domicilio, la empresa o Damián.
—Si la descubren después, dirán que ocultaste otra vez.
—No tiene nada del caso.
—Entonces no te perjudica entregarla.
El funcionario esperaba.

Escribí la dirección.
No la contraseña.
—No la recuerdo.
Celia me miró.
—La recuperaré desde el hotel.
—No puedes acceder a ninguna cuenta sin comunicarlo.
—Entonces que me den un ordenador delante de ellos.
El funcionario anotó.
—Se la requeriremos formalmente.
Firmé otra vez.
La puerta del pasillo se abrió.
Leire estaba fuera.
Celia se adelantó.
—La comparecencia ha terminado.
—Lo sé.
La inspectora miró el documento de claves.
—¿Ha entregado todo?
—Sí —respondí.
—Eso espero.
—La jueza acaba de decir que no tienen pruebas para encerrarme.
—Ha dicho que no hay prueba suficiente para la prisión provisional.
—Es lo mismo hoy.
—Hoy.
Celia abrió la puerta de la sala lateral.
—No hable con mi clienta.
—No iba a preguntarle nada.
Leire me tendió una bolsa transparente.
Dentro estaba mi auricular derecho.
—¿Dónde lo encontraron? —pregunté.
—En el descansillo.
Sentí que el pasillo se inclinaba.
—No.
—Debajo del borde inferior de la barandilla.
—Lo perdí antes.

—La batería registró desconexión a las veintitrés cincuenta y seis.

Celia tomó la bolsa antes de que pudiera tocarla.

—¿Tiene sangre?

—No.

—¿Huellas?

—De Mara.

—Era suyo.

—Sí.

—¿Alguna conexión con la muerte aparte de la ubicación?

—Todavía estamos analizándolo.

—Entonces comuníquelo por escrito.

Leire seguía mirándome.

—Dijo que se lo quitó al escuchar el coche.

—Eso creía.

—Apareció donde estuvo con Damián.

—Pudo quedar enganchado en el jersey.

—Sí.

—Y caer cuando me agarró.

—Sí.

—Entonces explica otra cosa.

—También.

La palabra se había convertido en su forma de no conceder nada.

—¿Grababa? —pregunté.

La inspectora tardó.

—No lo sabemos todavía.

Celia guardó la bolsa dentro de su carpeta.

—La policía debe conservarlo.

—Es una copia de la evidencia. El original sigue en laboratorio.

—¿Por qué se lo enseña ahora?

—Porque la jueza preguntó qué diligencias quedaban pendientes.

—Ya ha resuelto.

—Puede volver a resolver.

Mi abogada cerró la carpeta.

—Nos vamos.

Caminamos hacia el ascensor.

Leire nos siguió hasta la puerta, pero no entró.

Antes de que se cerrara, dijo mi nombre.

—Mara.

Celia pulsó el botón.

—No responda.

Miré a la inspectora.

—¿Qué?

—Su abogada tiene razón.

Celia se volvió.

—¿Sobre qué?

—Falta el punto dieciséis.

Las puertas empezaron a cerrarse.

Leire mantuvo los ojos en mí.

—Pero no necesito demostrar los quince.

—No puede demostrar el último —respondí.

—Todavía no.

El ascensor descendió.

En la planta baja había periodistas, aunque habíamos entrado por el aparcamiento. Alguien había avisado de que la jueza no ordenaría prisión.

Las cámaras se levantaron cuando aparecimos.

—¡Mara!

—¡La jueza la mantiene en libertad!

—¿Se considera inocente?

—¿Fue una caída accidental?

—¿Planificó la presencia de Iván?

—¿Qué ocurrió durante los noventa y cuatro segundos?

Celia intentó abrir paso.

Una periodista acercó un micrófono.

—¿Empujó a su marido?

Me detuve.

Mi abogada pronunció mi nombre.

No miré hacia ella.

Miré la cámara.

—No.

Los micrófonos se acercaron.

—¿Entonces fue un accidente?

La respuesta debía ser sencilla.

La había repetido durante cincuenta y seis horas.

Damián cayó.

Yo no lo empujé.

La escalera estaba rota.

Había bebido.

Había tomado medicación.

Intentó levantarse.

Perdió el equilibrio.

—Sí —dije—. Fue un accidente.

—¿Por qué mintió?

—Porque tenía miedo.

—¿De la policía?

—De que nadie creyera a una mujer que llevaba años viviendo con miedo.

Celia me tomó del brazo.

—No habrá más declaraciones.

Entramos en el coche.

Las cámaras siguieron golpeando el cristal.

Una mujer levantaba el cartel del día anterior.

YO TAMBIÉN TARDÉ EN CONTARLO.

Detrás de ella, un hombre sostenía otro.

JUSTICIA PARA DAMIÁN.

Dos historias.

Dos grupos.

Dos formas de utilizar mi cara.

Celia arrancó.

—No vuelvas a hablar.

—He dicho la verdad.

—Has unido públicamente el accidente con el maltrato.

—Porque estaban unidos.

—Ahora todos interpretarán que cayó durante una agresión.

—Me agarró.

—Y tú te apartaste.
—Sí.
—Nada más.
—Nada más.
Mi abogada condujo dos calles antes de hablar.
—El auricular puede contener datos.
—No grababa.
—Puede haber activado el asistente del teléfono.
—No.
—¿Cómo lo sabes?
—Porque estaba escuchando el audio.
—La reproducción terminó antes de que llegara Damián.
—Entonces no hacía nada.
—Seguía conectado hasta la caída.
—Se me olvidó puesto.
—Dijiste que te lo quitaste.
—Creía que lo había hecho.
—¿Lo llevabas en el descansillo?
—Debía de llevarlo.
—¿Escuchabas algo?
—No.
—¿Podía oírse desde fuera?
—No sé.
—¿Podía registrar sonido?
—No lo activé.
Celia frenó.
—No te he preguntado eso.
—¿Qué quiere?
—Saber si existe otra grabación.
—No.
—¿Segura?
—Sí.
—¿Completamente?
—Sí.
El semáforo cambió.
No avanzó.

El coche de atrás tocó el claxon.

—Celia.

Arrancó.

—Si aparece otro archivo —dijo—, no habrá un tercer rechazo de prisión.

—No aparecerá.

—Eso dijiste de los noventa y cuatro segundos.

—Porque estaban eliminados.

—Sabías que existían.

—No.

—Mara.

—No sabía que el asistente había grabado.

—Pero sabías que había algo que no debía escucharse.

Miré por la ventanilla.

—Todo matrimonio tiene cosas que no deberían escucharse.

—No todos terminan con un cadáver en la escalera.

Llegamos al hotel.

En recepción había flores.

Ramos blancos, rosas, tarjetas y sobres. La recepcionista señaló una mesa.

—Han llegado para usted.

—¿De quién?

—No lo sé. Diferentes personas.

Celia tomó una tarjeta.

PARA QUE NUNCA VUELVAS A PEDIR PERDÓN POR SOBREVIVIR.

Otra:

MI MADRE NO PUDO SALIR. TÚ SÍ.

Otra:

TE CREEMOS.

Había también un sobre sin flores.

Dentro, una fotografía de Damián con Lía.

En la parte posterior alguien había escrito:

TU HIJA TAMBIÉN RECORDARÁ.

Celia guardó la fotografía.

—Esto se entrega a la policía.

—No.
—Es una amenaza.
—Es una frase.
—Sabe dónde estás.
—Todo el mundo sabe dónde estoy.
—Pediremos traslado.
—No quiero otro hotel.
—No es negociable.
—Quiero estar cerca de Lía.
—No sabes dónde será la visita.
—Nuria vive a diez minutos.
—Tienes prohibido acercarte.
—Lo sé.
Subimos.
La habitación estaba abierta.
No de par en par.
Apenas unos centímetros.
Celia levantó una mano para impedir que entrara. Llamó a seguridad. Dos empleados llegaron, revisaron el interior y dijeron que probablemente el personal de limpieza no había cerrado bien.
No faltaba nada.
La cama estaba hecha.
La bolsa de Nuria, sobre la silla.
El dibujo de Lía, en la mesilla.
MAMÁ VUELVE.
Pero alguien había colocado algo encima.
Una pieza pequeña de metal.
El botón negro de la camisa azul de Damián.
El mismo tipo que había aparecido bajo el asiento del coche de Ariadna.
Celia no lo tocó.
Llamó a Leire.
Yo me quedé junto a la puerta.
—No estaba ahí esta mañana —dije.
—¿Estás segura?
—Sí.

—¿Tienes más botones?
—No.
—¿Guardaste ropa de Damián?
—No traje nada.
—¿Nuria?
—Solo metió ropa mía.
La pieza parecía insignificante sobre el papel.
Negra.
Plana.
Con un trozo de hilo azul todavía unido.
—Puede haberlo puesto el personal —dije.
—¿Por qué?
—Para asustarme.
—O alguien relacionado con Ariadna.
—Sí.
—O Iván.
—Sí.
—O la prensa.
—Sí.
Celia miró el dibujo.
—Alguien entró aquí sabiendo exactamente qué dejar.
Las sirenas se escucharon minutos después.
No me permitieron acercarme mientras fotografiaban la habitación, recogían el botón y revisaban la cerradura. Leire llegó en persona.
No me preguntó nada hasta que terminó el técnico.
—¿Reconoce el botón?
—De la camisa de Damián.
—¿Lo había visto después de la muerte?
—En la bolsa de pruebas.
—¿Tenía acceso?
—No.
—¿Ariadna?
—Tenía otro en su coche.
—Ese sigue intervenido.
—Entonces alguien encontró uno distinto.

—La camisa perdió tres botones durante las maniobras.
—¿Dónde están los otros?
—Uno apareció junto al cuerpo. Otro no fue localizado.
Miramos la bolsa.
—Ese puede ser el tercero —dije.
—Sí.
—Entonces alguien estuvo en nuestra casa.
—O lo recogió durante la reanimación.
—¿Quién?
—Sanitarios, agentes, su hermana, usted.
—Yo estaba con Damián.
—Precisamente.
Celia se interpuso.
—Mi clienta no responderá.
Leire observó la habitación.
—No creo que Mara lo haya dejado aquí.
Era la primera vez que decía algo que me favorecía sin añadir una condición.
—¿Quién, entonces?
—Alguien quiere que tenga miedo.
—¿Ariadna?
—No puede acercarse a usted.
—Eso no impide que lo haga.
—No.
—¿Iván?
—Sigue detenido.
—¿Nuria?
La palabra salió antes de pensarla.
Celia y Leire me miraron.
—¿Por qué su hermana? —preguntó la inspectora.
—No he dicho que fuera ella.
—La ha mencionado.
—Tiene acceso a mis cosas.
—¿Tendría motivos para amenazarla?
—No.
—¿Para recordarle algo?

Miré el botón.

—No.

Leire se acercó a la mesilla.

—Quien lo dejó sabía que la habitación quedaría sin vigilancia durante la comparecencia. Sabía el hotel, la planta y el número. No forzó la puerta.

—Personal del hotel —dijo Celia.

—O alguien con una tarjeta.

—Solicite el registro.

—Ya lo hemos hecho.

La inspectora miró el dibujo de Lía.

—No tocaron las flores, el dinero ni los documentos.

—Solo colocaron el botón.

—Sí.

—¿Qué significa?

Leire me observó.

—Eso depende de lo que usted recuerde cuando lo mira.

No respondí.

Recordaba el botón desprendiéndose.

No durante la segunda caída.

Antes.

Damián de rodillas.

Su mano en mi camisón.

Yo inclinada sobre él.

La camisa tirante contra su pecho.

El pequeño chasquido del hilo al romperse.

No había visto dónde cayó.

Podía haber quedado en el descansillo.

Podía haberlo recogido alguien.

Podía haberlo pisado.

Podía haber terminado en mi bolsillo.

No.

En mi bolsillo no.

—No significa nada —dije.

Leire inclinó la cabeza.

—Entonces alguien se arriesgó a entrar en su habitación para dejar algo que no significa nada.

—Quiere que parezca culpable.

—¿De qué?

—De matar a Damián.

—El botón no demuestra eso.

—No.

—Solo demuestra proximidad.

—Yo ya admití que estaba con él.

—Entonces tampoco añade nada al caso.

—Exacto.

—¿Por qué elegirlo?

No lo sabía.

O no quería saberlo.

Leire pidió que preparara mis cosas. La policía trasladaría mi alojamiento por seguridad. No me dijeron adónde hasta que estuvimos en el coche.

Antes de salir, recogí el dibujo de Lía.

La inspectora me detuvo.

—Déjelo.

—Es de mi hija.

—Alguien colocó evidencia encima. Debemos analizarlo.

—No es evidencia.

—Ahora sí.

—No pueden llevarse todo lo que toco.

—No nos lo llevamos por usted.

—Entonces ¿por quién?

Leire miró la frase escrita con lápiz.

MAMÁ VUELVE.

—Por la persona que quiere decidir qué tiene que recordar cuando vuelva.

Solté el papel.

Lo introdujeron en una bolsa.

Cuando salimos del hotel, las flores seguían en recepción.

Superviviente.

Víctima.

Asesina.

La jueza no había elegido ninguna.

Me había dejado en libertad porque faltaba una acción.

Un movimiento.

Un segundo.

El punto dieciséis.

Pero alguien acababa de entrar en mi habitación y dejar una pieza de la última camisa de Damián sobre el dibujo de nuestra hija.

Alguien que sabía que el caso no necesitaba una prueba nueva.

Solo necesitaba impedir que yo dejara de tener miedo.

Capítulo 26 · Hora cincuenta y nueve

Nadie había entrado en la habitación del hotel.

La amenaza no existía.

La fotografía de Damián, las flores, las tarjetas y el dibujo de Lía seguían siendo reales, pero el botón no lo había colocado una persona que conociera la planta, el número de habitación y la hora exacta de mi comparecencia.

Había llegado conmigo.

Leire me lo explicó dentro del coche policial que nos trasladaba al nuevo alojamiento. Celia estaba sentada a mi lado. El agente conducía sin mirar por el retrovisor y Vega ocupaba el asiento delantero con una tableta apoyada sobre las rodillas.

—El registro electrónico de la cerradura solo muestra tres accesos —dijo la inspectora—. Usted, su abogada y la empleada de limpieza.

—Entonces fue la empleada.

—No.

—Entró.

—Sí.

—Encontró el dibujo y dejó el botón encima.

—También.

La miré.

—Eso es dejarlo.

—No lo llevó a la habitación.

—¿Cómo lo sabe?

Vega giró la tableta.

La imagen mostraba el pasillo del hotel. La cámara no permitía ver el interior de la habitación, pero registraba la puerta. A las ocho y cuarenta y siete de la mañana, Celia y yo salíamos hacia el juzgado. A las nueve y doce, una mujer con uniforme gris entraba empujando un carro. Permanecía dentro dieciséis minutos.

Después no aparecía nadie hasta nuestro regreso.

—La limpiadora se llama María Pardo —continuó Leire—. Lleva siete años trabajando en el hotel. Ha declarado voluntariamente.

—¿Qué ha dicho?

—Que el botón cayó al suelo cuando levantó una prenda del respaldo de una silla.

—¿Qué prenda?

La inspectora abrió una fotografía.

Mi chaqueta de punto gris.

La había llevado durante la primera noche, cuando Nuria llegó a la casa y me la puso sobre los hombros porque yo no dejaba de temblar. Después quedó mezclada con las cosas que me devolvieron. Mi hermana la había metido en la bolsa del hotel.

—Eso no estaba sobre la silla —dije.

—La limpiadora dice que sí.

—Yo la dejé dentro de la bolsa.

—La bolsa estaba abierta sobre la silla.

—Entonces la sacó ella.

—Dice que la manga colgaba y rozaba el suelo. La levantó para colocarla sobre la cama.

—¿Y cayó el botón?

—Sí.

—Podía llevarlo en el bolsillo.

—Lo comprobamos.

La mano derecha se me movió hacia el bolsillo del jersey.

No hacia la chaqueta.

Leire lo vio.

—Estaba dentro del bolsillo derecho —dijo.

Celia se inclinó.

—¿Cómo puede saberlo si cayó al suelo?

—La trabajadora escuchó el objeto golpear la tarima cuando introdujo la mano para comprobar si había algo antes de enviar la prenda a lavandería. El bolsillo tenía una costura parcialmente abierta. Al moverla, el botón salió por el fondo.

—Eso no demuestra cómo llegó allí —dijo mi abogada.

—No.

—Podía haberse desprendido de cualquier camisa.

—Pertenece a Damián.

—La identificación todavía no es definitiva.

—La camisa perdió tres botones. Este coincide en material, diámetro, grosor y fabricación. El hilo conserva fibras azules compatibles.

—Compatibles no significa idénticas.

—No.

—Entonces no me diga que pertenece a él como un hecho.

Leire retiró la fotografía.

—Pertenece, con una probabilidad muy alta, a la camisa que llevaba Damián cuando murió.

El vehículo dobló hacia una avenida que no reconocí. Los cristales traseros estaban oscurecidos. No sabía en qué parte de la ciudad nos encontrábamos.

—Nuria pudo meterlo en la bolsa —dije.

Celia giró la cabeza.

—No acuses a tu hermana.

—No la acuso. Preparó la ropa.

—Después de que la policía registrara el dormitorio.

—Pudo encontrarlo en el suelo.

—El botón estaba en el recibidor o en la escalera —respondió Leire—. No en el dormitorio.

—Pudo llevarlo pegado a un zapato.

—¿Su hermana?

—Sí.

—Llegó después de que los sanitarios estuvieran trabajando abajo.

—Entonces cualquiera pudo arrastrarlo.

—Sí.

La respuesta debería haberme tranquilizado.

No lo hizo.

—También pudo llegar dentro de la chaqueta antes de que Nuria la guardara —añadió la inspectora.

—¿Cómo?

—Eso queremos saber.

Celia cruzó las manos.

—La señora Sanz vistió esa prenda después de la muerte. La contaminación por transferencia es evidente. Tenía sangre en las manos, en el camisón y en el antebrazo.

—Exacto —dije.

—Pudo introducir la mano en el bolsillo durante el estado de shock, llevando adherido el botón sin advertirlo.

—Sí.

Leire miró a mi abogada.

—Es una posibilidad.

—No una confesión de ocultación.

—No he dicho eso.

—Lo insinúa desde que subimos.

—Estoy explicando que no existió ninguna intrusión.

—Eso no tiene relación con la investigación del homicidio.

—Tiene relación con la reacción de su clienta.

Celia se volvió.

—¿Qué reacción?

—En cuanto vio el botón, afirmó que alguien había entrado sabiendo exactamente qué dejar.

—Era una conclusión lógica.

—No preguntó si podía haber llegado con sus cosas.

—Porque estaba sobre el dibujo de su hija.

—La limpiadora lo dejó allí para no perderlo.

—Podía colocarlo sobre la mesa.

—La mesa estaba cubierta por documentos de la defensa. No quiso tocarlos.

—Entonces eligió un dibujo infantil.

—Era la única superficie despejada de la mesilla.

Miré por la ventanilla.

No se veía el exterior, solo mi propio reflejo.

—No sabía que estaba en el bolsillo.

—Bien.

—No lo escondí.

—Bien.

—¿Por qué responde así?

—Porque, por el momento, no puedo demostrar que lo hiciera.

—Ni ahora ni nunca.

—Eso dependerá del análisis.

El coche entró en un aparcamiento subterráneo. La puerta se cerró detrás de nosotros antes de que el agente apagara el motor.

No parecía un hotel.

Había plazas numeradas, paredes de hormigón y una fila de trasteros al fondo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Un apartamento utilizado para protección de testigos y personas amenazadas —respondió Vega.

—No soy testigo.

—Tampoco está bajo un programa de protección —aclaró Leire —. Es una medida temporal mientras se determina si existe riesgo.

—Acaba de decir que no había amenaza.

—El botón no era una amenaza. La fotografía y las tarjetas anónimas pueden serlo.

—¿Quién pagará esto?

—El juzgado ha autorizado dos noches.

—¿Y después?

—Se valorará.

El agente abrió.

Subimos en un ascensor sin espejos hasta la tercera planta. El apartamento tenía una sala pequeña, una cocina abierta, un dormitorio y ventanas que daban a un patio. No había recepción, personal ni periodistas en la puerta.

Tampoco había flores.

Vega comprobó cada habitación. Leire permaneció junto a la entrada mientras Celia dejó mi bolsa sobre el sofá.

—Necesito ver la chaqueta —dije.

—Está intervenida —respondió la inspectora.

—Era mía.

—Se le devolverá.

—Quiero comprobar el bolsillo.

—El bolsillo tiene una abertura de dos centímetros en la costura inferior.

—Nunca estuvo roto.

—Las prendas se rompen.

—¿Hay sangre?

Leire tardó una fracción de segundo.

—Sí.

Celia dejó de abrir la maleta.

—¿Dónde?

—Dentro.

El apartamento pareció hacerse más pequeño.

—Yo tenía las manos manchadas —dije.

—Sí.

—Eso lo explica.

—Puede.

—¿De quién es la sangre?

—Damián.

—Claro.

—También hay una cantidad mínima de sangre de Mara.

—La tenía en la palma —dijo Celia.

—Sí.

—Entonces introdujo la mano en el bolsillo después de intentar reanimarlo y contaminó el interior.

—Es una explicación razonable.

—¿Qué más hay? —pregunté.

La inspectora se quitó el abrigo.

No se sentó.

—Fibras.

—Todas las prendas tienen fibras.

—Alrededor del hilo del botón aparecen fibras grises compatibles con su camisón.

—Damián me agarró.

—En el descansillo.

—Sí.

—Eso ya está declarado.

—Entonces el botón se desprendió cuando tiró de mi ropa.

—Es posible.

—Y quedó atrapado en el camisón.

—Sí.

—Después pasó al bolsillo de la chaqueta cuando me la puse.

—También es posible.

—Entonces todo encaja.

Leire miró a Celia.

Mi abogada respondió antes que ella:

—Encaja con la versión declarada. Damián agarró a Mara por el camisón, el botón se desprendió durante el contacto, quedó adherido a la ropa y se transfirió al bolsillo cuando Nuria le colocó la chaqueta.

—No fue así como llegó la chaqueta a Mara —dijo la inspectora.

Sentí que algo se tensaba.

—¿Qué significa?

—Hemos revisado las cámaras corporales.

—¿De quién?

—De los primeros agentes que acudieron.

Vega dejó la tableta sobre la mesa.

Apareció la entrada de nuestra casa.

La imagen se movía con el cuerpo de quien grababa. Se veía a un sanitario arrodillado junto a Damián, una mochila abierta, la alfombra arrugada y mis piernas desnudas a un lado.

No llevaba chaqueta.

El camisón gris estaba cubierto de sangre en la parte delantera.

La grabación avanzó.

Nuria entraba corriendo.

Me abrazaba.

Yo seguía en el suelo.

Mi hermana intentaba cubrirme con su abrigo, pero una sanitaria se lo impedía porque todavía debían examinarme.

Después me levantaban.

Me conducían a una silla.

Nuria traía la chaqueta de punto desde la planta superior.

No me la ponía.

La dejaba doblada sobre el respaldo.

—La vistió más tarde, después de que le retiraran el camisón —dijo Leire.

—¿Y?

—La chaqueta nunca estuvo en contacto directo con esa prenda.

—Me cambié cerca.

—Sí.

—El botón pudo caer al suelo y entrar en el bolsillo.

—La chaqueta estaba doblada.

—Alguien la abrió.

—Usted.

Vega avanzó el vídeo.

La cámara corporal mostraba el pasillo junto a la cocina. Yo aparecía de espaldas, ya con pantalón y camiseta prestados. Cogía la chaqueta del respaldo. Me la ponía.

La mano derecha desaparecía dentro del bolsillo.

Permanecía allí.

No durante un instante.

Durante once segundos.

La imagen era inestable, pero podía verse con claridad.

—Tenía frío —dije.

—Solo introdujo una mano.

—La otra estaba siendo examinada.

—La derecha era la lesionada.

—Entonces intentaba protegerla.

Leire no respondió.

La grabación continuó.

Yo retiraba la mano.

La mantenía cerrada.

Después me alejaba hacia la sala donde empezaron a preguntarme por la caída.

—No se ve ningún botón —dijo Celia.

—No.

—Ni que Mara guarde nada.

—No.

—Entonces una mano dentro de un bolsillo no prueba ocultación.

—No.

—¿Por qué nos enseña esto?

La inspectora pausó la imagen.

—Porque el bolsillo no tenía sangre antes de ese momento.

—¿Cómo pueden saberlo?

—La chaqueta aparece doblada con el interior parcialmente visible. No se aprecia ninguna mancha.

—Una cámara corporal no sirve para detectar cantidades microscópicas.

—No.

—Entonces no lo saben.

—Sabemos que después aparece sangre concentrada en el fondo y no en la entrada.

Celia se acercó a la pantalla.

—Eso puede ocurrir si la mano sangraba y permaneció dentro.

—Sí.

—Otra vez.

—Otra vez qué —preguntó Leire.

—Otra prueba con dos explicaciones.

La inspectora cerró el vídeo.

—Hay una tercera.

No quería escucharla.

Celia sí.

—¿Cuál?

—Mara encontró el botón en su ropa o en el suelo, comprendió que podía vincularla con el contacto del descansillo y lo guardó.

—Ya había admitido el contacto —dijo mi abogada.

—No entonces.

—Aún no conocía la relevancia forense de las fibras.

—Pero sabía que había estado con Damián.

—Lo sabía desde el principio.

—Precisamente.

Me aparté de la mesa.

—No vi ningún botón.

—¿Por qué lo reconoció inmediatamente en el hotel?

—Porque era igual a los de la camisa.

—Había visto uno en la bolsa del coche de Ariadna.

—Sí.

—Podía haber pensado que se trataba de cualquier botón oscuro.

—Tenía el hilo azul.

—Desde varios metros.

—Lo vi de cerca.

—Se acercó después de decir que era de Damián.

—Reconocí la forma.

—¿Había cosido alguna vez esa camisa?

—No.

—¿Comprado los botones?

—No.

—¿Sabía que faltaban tres?

—Vi cómo los sanitarios la cortaban.

—La cortaron por el centro sin desprender los botones superiores.

—Entonces cayeron durante la reanimación.

—Uno, probablemente.

—¿Y los otros?

—Eso investigamos.

Celia cerró la tableta.

—No continuaremos respondiendo.

Leire permaneció junto a la puerta.

—No he venido a interrogarla.

—Lleva diez minutos haciéndolo.

—He venido a comunicarle que no hubo una amenaza en el hotel y que el botón estaba entre sus efectos personales.

—Queda comunicado.

—También necesito la contraseña de la segunda cuenta.

Miré a Celia.

—No la recuerdo.

—El juzgado ha emitido un requerimiento.

—Cuando me den acceso, intentaré recuperarla.

—No hace falta.

—¿Entonces?

—La hemos recuperado mediante una sesión activa en un dispositivo intervenido.

La sangre me bajó de la cara.

—¿Qué dispositivo?

—La tableta antigua de la casa.

—No la utilizaba.

—La cuenta permanecía abierta.

—Dije que solo contenía fotografías de Lía.

—Eso es cierto.

Celia se volvió hacia mí.

—¿Qué más?

—Nada.

Leire abrió su carpeta.

—Hay cuatro mil trescientas imágenes. La mayoría son familiares.

—Entonces ya está.

—También hay una carpeta oculta.

—No.

—Se llama ANTES.

No recordaba haber utilizado ese nombre.

O lo recordaba demasiado bien.

—¿Qué contiene? —preguntó Celia.

La inspectora me miró.

—Veintisiete fotografías de lesiones.

Mi abogada se quedó quieta.

—¿De Mara?

—Sí.

Sentí alivio.

No era la reacción que Leire esperaba.

—Eso demuestra que Damián me pegaba.

—Puede contribuir a demostrar episodios de violencia.

—Entonces ¿por qué lo dice como si fuera malo?

—Porque algunas imágenes presentan problemas.

—¿Qué problemas?

—Los metadatos no coinciden con las fechas escritas en los nombres.

—Las renombré después.

—Sí.

—Para ordenarlas.

—Varias corresponden a lesiones deportivas, accidentes domésticos o episodios documentados antes de que conociera a Damián.

Celia se volvió completamente hacia mí.

—¿Qué?

—No.

Leire dejó tres impresiones sobre la mesa.

Mi rodilla con un hematoma grande.

Nombre del archivo:

DAMIÁN ESCALERA 2024.

—Ese moratón me lo hice bajando la escalera después de que me empujara.

—La fotografía original apareció en una conversación con Nuria de 2018. Le dijo que se había golpeado haciendo una mudanza.

—Podía haber otro igual.

—Es la misma imagen. Coinciden el fondo, la iluminación y los datos internos.

Segunda fotografía.

Un corte en el labio.

DAMIÁN COCINA 2025.

—Eso sí fue él.

—El archivo original estaba en una copia de seguridad anterior a su matrimonio.

—Me partí el labio más de una vez.

—La misma fotografía.

Tercera.

Mi muñeca enrojecida.

DAMIÁN ME AGARRA 2026.

Reconocí el baño del gimnasio.

La marca de una correa de levantamiento demasiado ajustada.

—No las enseñé a la policía —dije.

—No.

—Entonces no he intentado utilizarlas.

—Las preparó.

—Para mí.

—¿Para recordarse algo que no ocurrió?

—Damián sí me agarraba.
—Eso no responde.
—Necesitaba una forma de ordenar cómo me sentía.
Celia cerró los ojos.
—Mara.
—Las lesiones eran reales.
—Pero no las causó Damián —dijo Leire.
—No esas.
—Sin embargo las renombró con su nombre y lugares de la casa.
—Porque se parecían a otras que sí me había hecho.
—¿Cuándo creó la carpeta?
No quería preguntar.
Ya conocía la respuesta.
Leire la dijo de todas formas.
—Hace seis meses.
Poco antes de descubrir a Ariadna.
Poco después de empezar a copiar documentos.
—Estaba preparando una separación —dije.
—¿Con fotografías falsas?
—No son falsas.
—La atribución sí.
—No pensaba entregarlas.
—¿Qué pensaba hacer?
—Recordar.
—¿Qué?
—Lo que se sentía al vivir con él.
La inspectora me observó durante varios segundos.
—No necesitaba que Damián le produjera cada marca para decidir que era un maltratador.
—Lo era.
—Puede.
—Lo era.
—Pero usted ya estaba fabricando pruebas antes de que muriera.
Celia levantó la mano.

—Las fotografías no se entregaron, no se denunciaron y no se utilizaron en ninguna actuación. Una carpeta privada, por desagradable que sea, no constituye fabricación procesal.

—No todavía.

—No utilice esa palabra.

—Se presentó públicamente como víctima después de la muerte.

—Porque existía violencia.

—Y guardaba un archivo preparado para respaldarla.

—No lo utilizó.

—Porque no lo habíamos encontrado.

Me acerqué a la mesa.

—No necesito fotografías falsas para demostrar cómo era Damián.

—Entonces ¿por qué las creó?

No respondí.

—Mara —dijo Celia.

—Porque él tenía audios.

La frase salió baja.

—¿Qué significa? —preguntó mi abogada.

—Sabía que estaba grabándome. Sabía que iba a presentarme como inestable. Necesitaba algo.

—¿Algo verdadero?

—Algo que se pareciera a la verdad.

Leire no apartó los ojos de mí.

—Eso es una definición bastante precisa de una prueba fabricada.

—No las entregué.

—Pero las preparó.

—Para defenderme de una mentira.

—Con otras.

—No eran mentiras. Damián me hacía daño.

—Las fotografías no lo muestran.

—Muestran lo que podía hacerme.

—No lo que hizo.

—La diferencia no importa cuando llevas años esperando a que ocurra.

Celia se puso entre nosotras.

—Se terminó.

—La fiscal recibirá el informe esta tarde —dijo Leire.

—Y la defensa explicará que la carpeta nunca se utilizó, que las imágenes no fueron aportadas y que existe corroboración independiente del control y los agarres.

—Sí.

—No justifica prisión.

—Eso decidirá la jueza.

El miedo regresó.

La visita con Lía.

Treinta minutos.

Dos días.

—Dijo que no había nuevos incumplimientos.

—Esto es anterior.

—Entonces no pueden castigarme ahora.

—No se trata de castigo.

—Todo es castigo cuando impide que vea a mi hija.

Leire guardó las fotografías.

—Eso es exactamente lo que preocupa a la fiscal.

—¿Qué?

—Que cada decisión termine justificándose con Lía.

—Es mi hija.

—También era la de Damián.

—Él iba a quitármela.

—No había presentado la demanda.

—La tenía preparada.

—Sí.

—Entonces no me diga que era una posibilidad imaginaria.

—No lo hago.

—¿Qué quiere de mí?

La inspectora se quedó quieta.

—Que deje de convertir en verdad lo que necesita que sea verdad.

Celia abrió la puerta.

—Fuera.

Leire no se movió inmediatamente.

—La mujer del hotel colocó el botón sobre el dibujo porque era el único papel que encontró despejado —dijo—. Usted vio una amenaza. Después acusó mentalmente a Ariadna, a Iván, a su hermana y al personal.

—No acusé a nadie formalmente.

—No.

—Entonces ¿por qué importa?

—Porque no necesitó pruebas para construir una intención.

—Tenía miedo.

—Como con las fotografías.

—No es lo mismo.

—Convirtió un accidente deportivo en una agresión porque se parecía a algo que Damián podía haber hecho. Convirtió un botón perdido en un mensaje porque se parecía a algo que alguien podía querer decirle.

—Damián me maltrataba.

—Puede.

—Deje de responder así.

—¿Cómo?

—Como si fuera una teoría.

Leire sostuvo mi mirada.

—Todo lo es hasta que puede demostrarse.

Salió.

La puerta se cerró.

Celia permaneció de espaldas a mí.

—No iba a utilizar esas fotografías.

—Las renombraste.

—Para ordenarlas.

—Les pusiste el nombre de Damián.

—Porque me recordaban a él.

—Una era anterior a que lo conocieras.

—No recordaba la fecha.

—Los archivos sí.

Me senté en el sofá.

—No cambia lo que ocurrió esa noche.

—Cambia cómo interpretarán todo lo demás.
—No maté a Damián.
—No estoy hablando de eso.
—Siempre hablamos de eso.
Celia se volvió.
—La defensa del maltrato sostenía que tus revelaciones tardías podían explicarse por vergüenza, trauma y miedo. Ahora la fiscal dirá que preparaste una narrativa falsa seis meses antes.
—La narrativa no era falsa.
—Parte de las pruebas sí.
—Nunca las presenté.
—¿Pensabas hacerlo durante el divorcio?
—No sé.
—¿Durante la custodia?
—No sé.
—¿Si Damián utilizaba los audios?
—Tal vez.
Mi abogada se sentó frente a mí.
—¿La carpeta ANTES era anterior a qué?
Miré las fotografías impresas.
La rodilla.
El labio.
La muñeca.
—A irme.
—¿O a que muriera?
—A irme.
—¿Por qué no la llamaste DIVORCIO?
—Porque no sabía si tendría valor.
—¿Para marcharte?
—Sí.
—¿Y después de preparar esa carpeta te quedaste seis meses?
—Tenía que proteger a Lía.
—Otra vez.
—¿Qué quiere que diga?
—Algo que no termine utilizándola como explicación.
—No existe.

—Eso es lo que me preocupa.

La fiscal pediría acceso completo a la cuenta.

Encontrarían cumpleaños, vídeos, fotografías del colegio y mensajes que no tenían nada que ver con la muerte. También encontrarían la carpeta DESPUÉS.

No sabía si seguía allí.

No recordaba haberla visto en la tableta.

Quizá estaba sincronizada.

Quizá no.

Celia observó mi cara.

—¿Qué más hay?

—Nada.

—Acabas de pensar en algo.

—No.

—Mara.

—Son fotografías familiares.

—¿Otra carpeta oculta?

—No.

—¿Audios?

—No.

—¿Documentos?

—No.

—¿Algo titulado de una manera que no podré explicar mañana?

—No.

Mi abogada se levantó y abrió la bolsa de comida que habían dejado en la cocina. Sacó una botella de agua y la colocó delante de mí.

—Bebe.

—No tengo sed.

—Bebe.

Lo hice.

La mano tembló lo suficiente para que el agua golpeara el plástico.

—¿Podré ver a Lía?

—No lo sé.

—La jueza ya lo autorizó.

—Condicionado a que no aparecieran nuevos elementos.

—Esto no tiene relación con ella.

—Las fotografías se prepararon para un posible proceso de custodia.

—No lo saben.

—Acabas de admitirlo.

—A usted.

—Soy tu abogada. Lo que me digas está protegido, pero la fiscal puede deducirlo sin ayuda.

—No pueden quitarme la visita por pensar algo.

—No. Pueden hacerlo si creen que la menor corre el riesgo de quedar atrapada en una narrativa que llevas meses preparando.

—No hablaré del caso.

—No necesitas hablar para influir en ella.

La frase de Eva regresó.

Lía cree que algo de lo que diga puede impedir el regreso de su madre.

—Solo quiero abrazarla.

—Lo sé.

—Treinta minutos.

—Lo sé.

—No voy a decir nada.

Celia miró la botella entre mis manos.

—La tercera vez que te pregunto algo, cambias la respuesta.

—No con Lía.

—Especialmente con Lía.

Me levanté.

—No permita que cancelen la visita.

—Haré lo posible.

—No es suficiente.

—Es lo que hay.

La misma frase de la celda.

La puerta sonó.

Tres golpes.

Celia hizo una señal para que no me acercara. Miró por la mirilla y abrió.

Era un agente uniformado con un sobre.

—Notificación del juzgado.

Mi abogada firmó.

El hombre se marchó.

Celia abrió el documento allí mismo.

Leyó la primera página.

Después la segunda.

—¿Qué ocurre?

No respondió.

—Celia.

—La fiscal solicita suspender temporalmente el contacto con Lía.

El apartamento perdió el aire.

—No.

—Todavía no está resuelto.

—¿Por las fotografías?

—Por la carpeta, las correcciones durante la llamada y el riesgo de construcción de un relato de violencia anterior.

—No.

—La jueza escuchará al equipo infantil esta tarde.

—Quiero estar.

—No es una comparecencia de las partes.

—Es mi hija.

—Precisamente.

La palabra ya no pertenecía a Damián.

Pertenecía a todos.

Me acerqué a la ventana.

El cristal daba a un patio interior estrecho. No había calle, coches ni personas. Solo otras ventanas cerradas.

—El botón no era una amenaza —dije.

—No.

—Nadie entró.

—No.

—Estuvo en mi bolsillo todo el tiempo.

—Sí.

Apoyé la frente contra el cristal.

—Entonces me he asustado de algo que yo misma llevaba encima.

Celia no respondió.

Detrás de mí, las fotografías de lesiones permanecían sobre la mesa. Heridas reales. Nombres falsos. Una verdad construida con imágenes que pertenecían a otros días.

La policía creía que aquello demostraba que yo podía convertir cualquier cosa en una historia útil.

Un golpe en el gimnasio.

Un labio roto años antes.

Un botón perdido.

Una segunda caída.

—No importa cómo llegó al bolsillo —dije.

—Importa.

—No demuestra que empujara a Damián.

—No.

—Entonces seguimos igual.

—No.

Me volví.

—¿Qué ha cambiado?

Celia sostuvo el documento entre las manos.

—Hasta hoy, el mayor problema era que nadie podía demostrar el punto dieciséis.

—Sigue sin poder.

—Sí.

—Entonces ¿qué?

Mi abogada miró las fotografías.

—Ahora saben que llevabas meses ensayando los otros quince.

Capítulo 27 · Hora sesenta y dos

Me permitieron ver a Lía para decidir si debía dejar de verla.

No lo llamaron visita.

Lo llamaron evaluación de interacción maternofilial.

Celia me explicó la diferencia durante el trayecto al centro familiar, como si cambiar el nombre pudiera convertir aquellos treinta minutos en algo menos cruel.

—Habrá una psicóloga, una educadora y dos cámaras —dijo—. No puedes hablar de Damián, la escalera, la policía, las declaraciones, los dibujos, las zapatillas, el hotel ni las medidas judiciales.

—¿Puedo preguntarle cómo está?

—Sí.

—¿Puedo decirle que la quiero?

—Sí.

—¿Puedo decirle que voy a volver?

Mi abogada tardó.

—No prometas fechas.

—No he preguntado por fechas.

—Tampoco asegures que vivirá contigo pronto.

—Soy su madre.

—Y están evaluando si el contacto contigo modifica su relato.

—No voy a modificar nada.

—Si menciona los hechos, debes decir que no podéis hablar de eso y dirigirla hacia la profesional.

—No voy a mandar a mi hija con una desconocida cada vez que tenga miedo.

—Entonces suspenderán la visita.

—Ya quieren suspenderla.

—Precisamente.

El centro ocupaba la planta baja de un edificio municipal. No había periodistas en la entrada. Solo una placa azul, una puerta de

cristal y un pequeño patio con un tobogán húmedo por la lluvia.

Nos recibieron dos mujeres.

Una era Eva, la especialista que había entrevistado a Lía.

La otra se presentó como Mónica. Llevaba una tarjeta identificativa colgada del cuello y una expresión que no cambiaba al hablar.

—La niña llegará en unos minutos con su tía —dijo—. Entrará sola en la sala.

—Quiero ver a Nuria.

—No forma parte de la evaluación.

—Necesito saber cómo está.

—Nos ha entregado un informe sobre las últimas horas.

—Un informe.

—Una descripción de sueño, alimentación, estado emocional y comportamiento.

—Es mi hermana, no una cuidadora contratada.

Mónica no respondió.

Eva señaló una puerta.

—Antes de entrar debemos recordar las condiciones.

—Ya lo ha hecho mi abogada.

—Necesito escucharlo de usted. ¿Comprende que no puede hacer preguntas sobre el fallecimiento ni corregir lo que Lía recuerde?

—Sí.

—¿Comprende que no puede pedirle que transmita mensajes a su tía, a la policía o al juzgado?

—Sí.

—¿Comprende que no debe explicarle por qué no viven juntas?

—¿Qué le han dicho?

—Que los adultos están organizando dónde estará más segura mientras se aclaran algunas cosas.

—Eso suena como si no estuviera segura conmigo.

—No se ha utilizado esa expresión.

—Acaba de utilizarla.

Celia tocó mi espalda.

—Mara.

Eva mantuvo la calma.

—También se le ha explicado que usted está bien y que no ha desaparecido.

—¿Le han dicho que estoy en libertad?

—No conoce el significado procesal.

—Sabe lo que es estar encerrada.

—Ha preguntado si dormía en una cárcel.

Sentí una presión bajo las costillas.

—¿Qué le respondieron?

—Que estuvo en una comisaría y que ahora se encuentra en otro lugar.

—Eso no es una respuesta.

—Es la adecuada para su edad.

—La adecuada sería decirle que no hice nada.

Celia me agarró del codo.

—No empieces.

Las dos profesionales se miraron.

Mónica tomó una nota.

—¿Eso va al informe? —pregunté.

—Todo lo relevante.

—¿Que quiero que mi hija sepa que no soy culpable?

—Que le preocupa qué interpretación ha recibido la niña antes de verla.

—Claro que me preocupa.

—Lo entendemos.

—No. Lo escriben.

La puerta de entrada sonó.

Escuché la voz de Nuria.

Después los pasos de Lía.

No corría.

Mi hija siempre corría cuando sabía que yo estaba al otro lado de una puerta.

Esta vez caminó.

Apareció en el pasillo con el conejo apretado contra el pecho. Llevaba un pantalón rosa, botas amarillas y una sudadera azul que no reconocí. Nuria se quedó al fondo, fuera del marco de la puerta.

Lía me vio.

Durante un segundo no hizo nada.

Después soltó el conejo.

Corrió.

Me arrodillé antes de que llegara y me golpeó con todo el cuerpo. La abracé. Su pelo me cubrió la cara. Olía al champú de Nuria, demasiado dulce.

—Mamá.

—Mi amor.

La palabra se rompió.

No quería llorar.

Celia me había advertido que no lo hiciera demasiado porque podía cargar a Lía con la obligación de consolarme. También me había dicho que no contuviera toda emoción porque parecería fría.

Debía llorar como una madre inocente.

Nunca me explicó cuánto era eso.

Lía se aferró a mi cuello.

—¿Te hicieron daño?

—No.

Eva se acercó.

—Vamos a entrar en la sala.

Mi hija no me soltó.

—No quiero.

—Tu madre estará contigo.

—¿Y la tía?

—Te esperará fuera.

Lía miró hacia el pasillo.

Nuria seguía allí.

Nuestros ojos se encontraron.

No sonrió.

Tampoco yo.

Entramos.

La sala era distinta a la de la entrevista. Había una mesa baja, dos sillones, juguetes, lápices, una cocina de plástico y una alfombra con carreteras. En una pared se veía un espejo grande.

No necesitaba preguntar qué había detrás.

Las cámaras estaban en las esquinas.

Mónica se sentó cerca de la puerta. Eva permaneció junto a una mesa con papeles.

—Podéis jugar —dijo.

Lía seguía abrazada a mí.

Me senté en la alfombra con ella encima.

—Estás muy grande —dije.

—Han sido dos días.

—Lo sé.

—La tía dice que parece más.

—A veces los días parecen más largos.

—¿Tú dormiste?

—Un poco.

—¿Dónde?

—En una habitación.

Mónica levantó la vista.

—¿Con una cama?

—Sí.

—¿Y televisión?

—Sí.

—Yo no puedo ver la tele.

—Ahora es mejor descansar.

—La tía escondió la tableta.

—Seguro que tiene una razón.

La respuesta me costó.

No quería defender a Nuria.

No delante de Lía.

No mientras mi hija llevaba una sudadera que yo no había elegido.

—¿Te gustó el dibujo? —preguntó.

—Muchísimo.

—¿Te lo dieron?

—Sí.

Mónica volvió a mirar.

Hablar del dibujo no estaba prohibido, pero formaba parte de la habitación del hotel y había sido intervenido después del botón.

Elegí la frase más pequeña.

—Lo vi.

—Puse que volvieras.

—Lo leí.

—Pero no volviste.

—Estoy aquí.

—No es volver.

No supe qué responder.

Eva intervino.

—Podéis hacer algo juntas. Hay plastilina, piezas de construcción o pinturas.

—Quiero pintar —dijo Lía.

Se sentó junto a la mesa.

Yo ocupé la silla pequeña a su lado. Las rodillas me quedaban demasiado altas.

Lía eligió un lápiz negro.

Dibujó una casa.

No la nuestra.

Una casa cuadrada, con tejado triangular, humo y cuatro ventanas. Después hizo dos figuras junto a la puerta.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Nosotras.

—¿Y dónde está?

—No sé.

—Podemos inventar un sitio.

—No quiero inventar.

Mónica volvió a anotar.

Cada palabra equivocada adquiría una vida detrás del espejo.

Lía dibujó una tercera figura.

Más lejos.

—¿Es la tía?

Negó.

—¿Papá?

El lápiz se detuvo.

Eva levantó la mirada.

Había sido yo.

Yo había pronunciado su nombre.

—No tenéis que hablar de eso —dijo.

—Mamá preguntó —respondió Lía.

—Sí —admití—. Me he equivocado.

La palabra estaba preparada.

Celia me la había hecho repetir antes de entrar.

Si cruzaba un límite, debía reconocerlo sin justificarme.

—No pasa nada —dijo Eva—. Podemos seguir dibujando.

Lía tachó la tercera figura.

Lo hizo con fuerza, una línea sobre otra hasta romper la punta del lápiz.

—Se ha roto —dijo.

—Cogemos otro.

—No.

Dejó el lápiz.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

La pregunta había llegado demasiado pronto.

—Los adultos están organizando algunas cosas.

—Eso dice la tía.

—Es verdad.

—¿Porque papá se cayó?

El aire cambió.

Mónica dejó el bolígrafo.

Eva se acercó un poco.

—Lía, ahora no vamos a hablar de lo que ocurrió —dije.

Era la frase exacta.

—¿Por qué?

—Porque hay personas que te ayudarán a hablar de eso.

—Tú estabas allí.

—Lía —intervino Eva—, podemos guardar esa pregunta para otro momento.

Mi hija no la miró.

—Papá te pidió la mano.

Celia había dicho que, si mencionaba algo, no lo negara.

No lo confirmara.

No lo corrigiera.

Debía mantener una expresión tranquila y dirigirla hacia la especialista.

Lía esperaba.

Yo conocía cada movimiento de su cara. La pequeña tensión en la nariz cuando temía haber hecho algo mal. El pulgar apretado contra el índice. La forma de bajar la barbilla antes de llorar.

—No podemos hablar de eso ahora —repetí.

—La señora dijo que sí.

Miró a Eva.

—Dije que puedes contar lo que recuerdas cuando te sientas preparada —aclaró ella.

—Yo recuerdo.

—Puedes hablar conmigo después.

—Quiero hablar con mamá.

Mónica anotó.

Yo miré el espejo.

Mi propia cara me devolvió una expresión que no sabía controlar.

—Papá dijo «dame la mano» —continuó Lía.

—No lo sé —respondí.

—Sí sabes.

—Lía.

—Estabas allí.

—No vamos a hablar de eso.

—Entonces es verdad.

—No he dicho eso.

Eva dio un paso.

—Mara.

Me había corregido.

No a Lía.

A mí.

—No he corregido su recuerdo —dije.

—Acaba de responder al contenido.

—Me ha preguntado.

—Debe remitirla.

—No es una máquina.

—Tampoco usted.

Lía empezó a llorar.

No con ruido.

Las lágrimas le bajaron mientras seguía mirando el papel.

—Cariño.

Intenté tocarle el hombro.

Se apartó.

Aquello dolió más que cualquier medida judicial.

—Estás enfadada —dijo.

—No.

—Pones la voz tranquila.

Mónica escribió.

—No estoy enfadada contigo.

—Con la señora.

—Tampoco.

—Sí.

—Lía —intervino Eva—, tu madre está haciendo un esfuerzo para respetar unas normas.

—Siempre hay normas.

—Hoy sí.

—Papá también tenía.

No sabía qué significaba.

Quizá horarios.

Zapatos fuera del salón.

No comer en el sofá.

No entrar en el despacho.

No tocar el teléfono.

O quizá algo peor.

—¿Qué normas? —preguntó Eva.

Lía miró hacia mí antes de responder.

—No decir cosas cuando mamá está triste.

No me moví.

—¿Quién te enseñó esa norma? —preguntó la especialista.

—Nadie.

—¿Mamá te pidió alguna vez que no contaras algo?

—No.

El alivio me hizo respirar demasiado fuerte.

—¿Papá?
—Sí.
—¿Qué?
—Lo de la señora.
Ariadna.
—¿Cuándo?
—Cuando la vi en el coche.
Miré a Eva.
Aquello no aparecía en ninguna entrevista.
—¿Viste a Ariadna con tu padre? —preguntó ella.
Lía asintió.
—¿Cuándo?
—Hace mucho.
—¿Mamá lo sabía?
Mi hija volvió a mirarme.
—No.
—Lía, no tienes que proteger a nadie —dijo Eva.
—Ya sé.
—¿Por qué miras a mamá antes de responder?
—Porque es mi mamá.
La simplicidad de la frase dejó a todos callados.
Lía volvió al dibujo.
Cogió un lápiz rojo y pintó una puerta entre las dos figuras.
—¿Eso qué es? —pregunté.
—Una puerta.
—Ya veo.
—Tú estás fuera.
—¿Y tú?
—Dentro.
—Puedo llamar.
—No tienes llave.
—Podemos hacer otra.
—La tía tiene.
No debía competir con Nuria.
No debía prometer.
No debía pedirle que eligiera.

—Me alegra que la tía esté cuidándote —dije.
Lía dejó el lápiz.
—Mentira.
—No.
—No te gusta la tía.
—La quiero.
—Pero te enfadas con ella.
—Las hermanas se enfadan.
—Dijiste que no era mi madre.
La llamada.
Había escuchado.
O Nuria se lo había contado.
—Eso no debía oírlo.
—Lo oí.
—Me equivoqué al decirlo.
Mónica anotó otra vez.
—¿La tía puede ser mi madre si tú no vuelves?
La pregunta me partió por dentro.
—No.
La respuesta salió antes de cualquier norma.
Eva se acercó.
—Mara.
—No. Soy su madre.
—No estamos hablando de sustituirla.
—Ella sí.
Lía me miraba.
—No voy a desaparecer —dije.
Celia me había prohibido prometer.
No me importó.
—¿Vas a volver a casa?
—Voy a volver contigo.
—¿Cuándo?
—Pronto.
—Mara —advirtió Eva.
—No sé el día. Pero voy a volver.
Lía bajó la voz.

—¿Aunque diga la verdad?
La pregunta dejó de ser infantil.
No por las palabras.
Por el miedo con que las dijo.
—Siempre tienes que decir la verdad.
—La tía dice eso.
—Tiene razón.
—Pero si digo que estabas en la escalera, no vuelves.
Mónica miró a Eva.
Yo mantuve las manos sobre las rodillas.
—No depende de ti.
—Sí.
—No.
—La tele dijo que soy la testigo.
—No veas la televisión.
—La vi antes de que la tía la apagara.
—No eres responsable de lo que ocurra.
—Tú dijiste que estaba contigo.
La habitación se volvió más blanca.
—No podemos hablar de eso —dije.
—Pero lo dijiste.
—Lía.
—Cuando volviste.
No debía corregirla.
No debía decir que estaba en la puerta, que eran pocos pasos, que seguía siendo estar con ella, que una madre podía encontrarse en el pasillo y en la habitación al mismo tiempo para una niña asustada.
—Lo importante es que cuentes lo que recuerdas —dije.
—¿Aunque sea malo?
—Aunque sea difícil.
—¿Y si me equivoco?
—Puedes decir que no sabes.
—Tú dices que no sabes cuando sí sabes.
La frase no fue una acusación.
Era algo aprendido.

Una conclusión pequeña.
Exacta.
—A veces los adultos tardamos en entender lo que recordamos.
—Papá se cayó dos veces.
Mónica dejó de escribir.
Eva no intervino.
Esperaban.
—Eso es lo que recuerdas —dije.
—Sí.
—Entonces puedes decirlo.
—Pero tú dices una.
—Ya no.
El silencio fue inmediato.
Celia me había dicho que no hablara de los hechos.
Eva había dicho que no corrigiera.
Yo acababa de hacer ambas cosas.
—¿Qué significa «ya no»? —preguntó la especialista.
—La reconstrucción indica que pudo haber dos fases.
—Eso no debe comunicárselo a la niña.
—Ella ya lo sabe.
—No por la investigación.
—Lo escuchó.
Lía me miraba con una atención absoluta.
—Entonces fueron dos —dijo.
—No lo sabemos.
—Acabas de decir que sí.
—He dicho que pudo.
—Mara —intervino Eva—. Vamos a detener esta conversación.
—No estoy cambiando su recuerdo.
—Está introduciendo información nueva.
—La policía lleva dos días haciéndolo.
—No delante de ella.
—La televisión sí.
Mónica se puso de pie.
—Quizá sea conveniente terminar.
Miré el reloj de la pared.

Habían pasado diecinueve minutos.
—Faltan once.
—La evaluación puede concluir antes.
—Me concedieron treinta.
—Condicionados al bienestar de Lía.
—Está conmigo.
—Está angustiada.
—Porque ustedes la obligan a hablar de su padre.
—Ha sido ella quien lo ha mencionado.
—Porque necesita hablar conmigo.
Lía se levantó.
Pensé que iba hacia Eva.
Volvió a abrazarme.
La rodeé con los brazos.
Esta vez no lloré.
—No quiero irme —dijo.
—Yo tampoco.
—Entonces no te vayas.
—No depende de mí.
—Siempre dices eso.
Tenía razón.
Damián decidía.
La policía decidía.
La jueza decidía.
Eva decidía.
Nuria decidía.
Yo solo podía explicar después por qué las decisiones de los demás habían terminado pareciéndose a las mías.
—Escúchame —dije.
Celia me había advertido que no utilizara esa frase.
La utilizaba Damián antes de dar una orden.
—No tienes que cuidar de mí.
—Sí.
—No.
—Si digo algo malo, lloras.
—Puedo llorar y seguir queriéndote.

—¿Y vuelves?
—Sí.
—¿Aunque diga dos veces?
Sentí la mirada de todos.
El espejo.
Las cámaras.
La libreta de Mónica.
La expresión de Eva.
—Aunque digas lo que recuerdes.
Lía apretó la cara contra mi cuello.
—Ya no voy a decirlo.
El cuerpo se me quedó inmóvil.
—¿Qué?
—Lo de dos veces.
—No, cariño.
Mónica se acercó.
—No tienes que cambiar nada.
—Quiero que mamá vuelva.
—Una cosa no depende de la otra —dijo Eva.
—Sí.
—No.
—La tele dijo.
—La televisión se equivoca muchas veces.
Lía levantó la cabeza.
—Entonces voy a decir una.
Nadie habló.
Yo necesitaba responder.
Cualquier silencio podía convertirse en aceptación.
Cualquier palabra, en influencia.
—No digas una ni dos por mí —dije—. Di lo que recuerdes.
—No quiero recordar.
—Está bien.
—No —intervino Eva con suavidad—. No pasa nada por recordar. Podemos ayudarte para que no dé tanto miedo.
Lía me miró.
—Tú también dijiste que no recordabas.

—Sí.

—Y después recordaste.

—Sí.

—¿Cómo?

La pregunta parecía sencilla.

No lo era.

—Escuché cosas. Vi cosas. Pensé.

—¿Lo contaste muchas veces?

—Sí.

—La tía dice que cuando cuentas algo muchas veces te acuerdas mejor.

No sabía que Nuria dijera eso.

No sabía si era cierto.

—A veces —respondí.

—¿Cuántas?

—No hay un número.

—Tres.

La palabra llegó de otro lugar.

—¿Por qué tres? —preguntó Eva.

Lía se encogió de hombros.

—Mamá dice que una historia sale bien a la tercera.

El corazón golpeó con tanta fuerza que pensé que el micrófono lo recogería.

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó Mónica.

—Cuando practicábamos lo del colegio.

El alivio llegó demasiado rápido.

—Era una exposición —expliqué—. Tenía que contar una historia delante de la clase.

—Mara, deje que responda ella —dijo Eva.

—Sobre los planetas —continuó Lía—. La primera vez olvidaba Marte. La segunda decía Saturno antes. La tercera salió bien.

Mónica anotó.

Una anécdota normal.

Una madre ayudando a su hija con una tarea.

Nada más.

—¿Mamá ha practicado contigo lo que ocurrió con papá? —preguntó Eva.

—No.

—¿Te ha pedido que lo cuentes de una forma?

—Dice que fue una vez.

—Eso fue antes —dije.

Eva levantó la mano.

—Mara.

—Ahora dice que puede que fueran dos —añadió Lía.

Las dos profesionales se miraron.

Había ocurrido en menos de treinta minutos.

Mi hija había entrado diciendo que recordaba dos caídas y saldría sabiendo que la policía también creía que hubo dos fases.

No había cambiado el recuerdo.

Lo había validado.

Quizá era peor.

—Vamos a terminar —dijo Mónica.

—Faltan minutos —respondí.

—No continuaremos.

—Solo quiero despedirme.

—Puede hacerlo.

Me arrodillé frente a Lía.

Le arreglé el pelo detrás de las orejas. Tenía una pequeña costra junto a la ceja, seguramente de rascarse.

—¿Qué te pasó?

—Nada.

—¿Te caíste?

Lía miró a Eva.

La pregunta había dejado de ser inocente.

—Me golpeé con la cama.

—¿La tía te puso algo?

—Sí.

—¿Te duele?

—No.

La abracé otra vez.

—Te quiero.

—Yo más.

—Eso es imposible.

Era una frase antigua.

Nuestra.

Durante un segundo volvimos a estar en casa, antes de Damián, antes de la escalera, antes de que cada palabra necesitara una autorización.

—Voy a portarme bien —susurró.

—No tienes que portarte de ninguna manera para que vuelva.

—No voy a decir cosas malas.

—No hay cosas malas si son verdad.

—¿Aunque te hagan daño?

No supe responder.

Eva se acercó.

—Es hora.

Lía recogió el conejo del suelo.

Antes de salir se volvió.

—Mamá.

—¿Sí?

—Papá no quería que te fueras.

Sentí un escalofrío.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te agarró.

La puerta se abrió.

Nuria esperaba en el pasillo.

Lía corrió hacia ella.

No hacia mí.

Mi hermana la abrazó y me miró por encima de su cabeza.

Había escuchado la última frase.

Quizá todo.

Mónica cerró la puerta.

El reloj marcaba veintisiete minutos.

Me habían quitado tres.

—La interacción ha terminado —dijo.

—Quiero el informe.

—Se remitirá al juzgado.

—¿Qué va a poner?
—No lo redactamos delante de las partes.
—Ha visto que Lía quiere estar conmigo.
—Sí.
—Que no le he pedido que cambie nada.
Eva me observó.
—Le ha dicho que ahora acepta dos caídas.
—Porque es lo que demuestra la investigación.
—La menor no necesita conocer qué demuestra la investigación.
—Necesita saber que no estaba equivocada.
—También necesitaba comprobar que usted podía escucharla sin alterar el contenido.
—No lo alteré.
—Introdujo una distinción entre una caída y dos fases.
—Es la verdad.
—Es una teoría pericial.
—La que ustedes utilizan contra mí.
Mónica cerró su libreta.
—También le prometió que volvería con ella.
—Voy a hacerlo.
—No puede garantizarlo.
—Soy su madre.
—Eso no convierte sus deseos en decisiones judiciales.
—No es un deseo.
—Para Lía sí es una promesa.
—Necesita esperanza.
—Necesita no sentirse responsable si esa promesa no se cumple.
Celia entró en la sala. Había observado desde detrás del espejo.
No parecía enfadada.
Parecía agotada.
—Vámonos —dijo.
—¿Qué vio?
—Todo.
—Entonces sabe que no la presioné.
—Dijiste que ya no sostenías una sola caída.
—Porque sería absurdo negarlo.

—No podías hablar del caso.

—Ella preguntó.

—Te advertí exactamente que lo haría.

—¿Qué debía responder?

—Que no podíais hablar de eso.

—Lo hice.

—Hasta que dejó de bastarte.

Salimos por una puerta distinta a la de Nuria.

En el pasillo había dibujos pegados a las paredes. Familias de palitos, casas, soles, animales. Ninguna escalera.

—¿Suspenderán las visitas? —pregunté.

—Probablemente recomendarán contactos muy limitados y siempre supervisados.

—Pero no la prohibición total.

—No lo sé.

—Lía me necesita.

—También necesita poder contar lo que recuerda sin vigilar tu cara.

—No vigilaba mi cara.

—No apartó los ojos de ti.

—Porque me quiere.

—Porque teme hacerte daño.

La puerta exterior se abrió.

El aire frío me golpeó.

Celia me condujo hasta el coche.

—¿Oíste lo que dijo al final? —pregunté.

—Sí.

—Damián no quería que me fuera. Me agarró para impedirlo.

—O para pedirte ayuda.

—No.

—Ariadna dice que extendió la mano.

—Ariadna miente.

—Lía acaba de decir que te agarró porque no quería que te fueras.

—Exacto.

—No que te atacara.

—¿Qué diferencia hay cuando alguien no te deja marcharte?

Celia abrió la puerta del coche.

—En un juicio por homicidio, mucha.

Me senté.

No arrancó inmediatamente.

Sacó el teléfono.

Tenía un mensaje.

Lo leyó dos veces.

—¿Qué ocurre?

Guardó el aparato.

—La policía ha terminado de revisar la segunda cuenta.

Sentí que el cuerpo se preparaba antes que mi cabeza.

—Solo había fotos.

—También encontraron la carpeta DESPUÉS.

No respondí.

—Dijiste que no existía otra carpeta oculta.

—No recordaba que siguiera allí.

—¿Qué contiene?

—Cosas para separarme.

—Mara.

—Un plan.

—¿Para irte?

—Sí.

—¿Cuándo lo creaste?

—Hace meses.

—Lo modificaste la noche de la muerte.

Miré por la ventanilla.

El patio del centro familiar estaba vacío. El tobogán seguía mojado. Detrás de una de aquellas paredes, Lía probablemente le contaba a Nuria que yo iba a volver.

—¿Qué modificación? —pregunté.

Celia desbloqueó el teléfono.

—Un documento de texto.

—No sé cuál.

—Se llama PRIMERA VERSIÓN.

El nombre me resultaba familiar.

No debía.

—¿Qué dice?

Mi abogada no me mostró la pantalla.

Lo leyó.

—«Damián bebe. Discusión. Me agarra. Cae hasta el rellano. Intento ayudar. Vuelve a caer. Llamo. Lía estaba conmigo».

No respiré.

—¿A qué hora se creó?

—Veintitrés cincuenta y siete.

Durante la espera.

Antes de llamar al 112.

—No lo escribí.

—La cuenta estaba abierta en tu teléfono.

—Damián conocía la contraseña.

—Estaba en el suelo.

—Ariadna.

—Fuera.

—Alguien entró.

—Mara.

—No recuerdo escribirlo.

—Se creó con dictado de voz.

La palabra descanso apareció en mi cabeza.

No la dije.

—¿Hay audio?

—Solo la transcripción automática.

—Entonces pudo entender mal.

—No entendió mal la secuencia.

—Yo estaba intentando ordenar lo que había ocurrido.

—Antes de llamar a emergencias.

—Estaba en shock.

—Escribiste una versión.

—Escribí lo que pasó.

—No. Escribiste «Lía estaba conmigo» cuando acababas de volver del descansillo.

—Estaba cerca.

—Y llamaste al archivo PRIMERA VERSIÓN.

—La aplicación puso el nombre.
—No.
El coche continuaba detenido.
Vi a Nuria salir por la puerta principal con Lía de la mano.
Estaban lejos.
Más de cien metros.
Lo suficiente para respetar la orden.
Lía miró hacia el aparcamiento.
No podía verme detrás del cristal oscuro.
—Mara —dijo Celia—. ¿Cuántas versiones pensabas necesitar?
Mi hija subió al coche de Nuria.
La puerta se cerró.
—Solo una —respondí.
Celia arrancó.
—Entonces ¿por qué la llamaste primera?

Capítulo 28 · Hora sesenta y cuatro

La primera versión duró cuarenta y seis segundos.

No el documento.

Mi voz.

Cuarenta y seis segundos hablando sola mientras Damián permanecía al pie de la escalera y el teléfono de emergencias todavía no sabía que existíamos.

Celia no me enseñó el informe completo hasta que regresamos al apartamento. Cerró la puerta, dejó el bolso sobre la mesa y comprobó las dos habitaciones como si temiera encontrar otra prueba esperando encima de una almohada.

—Siéntate.

—No soy una niña.

—Entonces deja de obligarme a darte instrucciones básicas.

Permanecí de pie.

Mi abogada sacó tres hojas impresas.

En la primera aparecía el documento que la policía había recuperado de la carpeta DESPUÉS.

PRIMERA VERSIÓN

Damián bebe. Discusión. Me agarra. Cae hasta el rellano. Intento ayudar. Vuelve a caer. Llamo. Lía estaba conmigo.

Nueve frases.

Ninguna completa.

Un esqueleto.

—Eso no es una historia —dije—. Son notas.

—El título dice versión.

—Podía referirse a una primera redacción.

—¿De qué?

—De lo que había ocurrido.

—Antes de llamar a emergencias.

—Necesitaba ordenar la cabeza.

—Damián estaba abajo.

—Creía que estaba muerto.

—¿Lo comprobaste?

—No respiraba.

—En la llamada dices que no sabes si respira.

—Porque la operadora me hizo dudar.

—¿Tenía pulso?

—No lo encontré.

—¿Lo buscaste antes de escribir esto?

—Sí.

Celia colocó la segunda hoja sobre la mesa.

—La aplicación conserva el historial de revisiones.

No quería leerlo.

Lo hice.

23:57:04

Primera versión. Damián bebe. Discutimos. Me agarra. Cae al rellano. Bajo. Me agarra otra vez. Tiro y cae.

Debajo aparecía la primera modificación.

23:57:17

Primera versión. Damián bebe. Discusión. Me agarra. Cae hasta el rellano. Intento ayudar. Me agarra otra vez. Tiro de mi brazo. Vuelve a caer.

Segunda modificación.

23:57:29

Damián bebe. Discusión. Me agarra. Cae hasta el rellano. Intento ayudar. Vuelve a caer. Llamo.

Tercera.

23:57:43

Damián bebe. Discusión. Me agarra. Cae hasta el rellano. Intento ayudar. Vuelve a caer. Llamo. Lía estaba conmigo.

El título se había mantenido durante todo el proceso.

—El dictado entendió mal —dije.

—¿Qué parte?

—«Tiro y cae».

—Después lo corregiste por «tiro de mi brazo».

—Porque era eso.

—Y doce segundos más tarde borraste también esa parte.

—No hacía falta.

—Era el único movimiento entre el agarre y la segunda caída.

—No la provoqué.

—No he dicho eso.

—Es lo que está escrito.

—Está escrito que tiraste y cayó.

—Tiré de mi brazo.

—La primera transcripción no incluye brazo.

—Los dictados se equivocan.

—La segunda sí lo incluye.

—Porque lo corregí.

—Y después lo eliminaste.

—Porque podía interpretarse mal.

Celia me miró durante varios segundos.

—Antes de llamar a emergencias ya estabas pensando en cómo podía interpretarse.

—Acababa de morir mi marido.

—Aún no sabías que estaba muerto.

—No respondía.

—Eso no es lo mismo.

—Para mí sí.

Mi abogada señaló la hora.

—El segundo impacto se produjo aproximadamente a las veintitrés cincuenta y seis y cincuenta segundos. El documento se creó catorce segundos después.

No recordaba que hubiera sido tan rápido.

—Entonces estaba en shock.

—Catorce segundos después de que terminara de caer, desbloqueaste el teléfono, abriste una cuenta oculta, entraste en una carpeta titulada DESPUÉS, creaste un documento y dijiste «primera versión».

—La cuenta ya estaba abierta.

—Eso reduce un paso.

—La aplicación también.

—¿Por qué?

—Había estado revisando cosas.

—Antes de que llegara Damián.

—Sí.

—Después de la segunda caída, ¿el teléfono seguía en tu mano?

—Estaba en la cocina.

—Entonces tuviste que bajar, cruzar el recibidor, llegar a la encimera, cogerlo y desbloquearlo.

—Sí.

—¿Pasaste junto a Damián?

—Sí.

—¿Te arrodillaste?

—Sí.

—¿Comprobaste si respiraba?

—Sí.

—¿Buscaste pulso?

—Sí.

—¿Y todo eso ocurrió en catorce segundos?

No respondí.

—La hora puede estar mal.

—Tiene un margen inferior a tres.

—Entonces el impacto registrado no fue el último.

Celia se quedó inmóvil.

—¿Qué significa?

—Pudo haber otro golpe después.

—La cámara exterior y el asistente registran la segunda caída completa.

—Entonces el documento empezó más tarde.

—No.

—Los sistemas pueden tardar.

—No tanto.

—¿Qué quiere que diga?

—La verdad sobre qué hiciste inmediatamente después de escucharlo caer.

—Bajé.

—¿Corriendo?

—Sí.

—¿Con las zapatillas?

—No. Ya me las había quitado.

—Las guardaste antes de la llamada.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Al bajar.

—¿Antes de comprobar a Damián?

—No recuerdo.

—Hace dos días dijiste que te las quitaste porque resbalaban durante la reanimación.

—Eso creía.

—Ahora el documento demuestra que utilizaste el teléfono casi inmediatamente después de la caída.

—No demuestra que no lo tocara antes.

—Catorce segundos.

—Podía abrirse con la voz.

—Se desbloqueó con código.

—Entonces el reloj está mal.

Celia recogió la primera hoja.

—La policía ha sincronizado la cuenta con el teléfono, la cámara, el asistente y la llamada.

—La policía quiere que parezca una planificación.

—No necesitan hacer que parezca nada. Tú escribiste la secuencia antes de pedir ayuda.

—Porque sabía que me preguntarían.

—¿Quién?

—La policía.

—Todavía no habías llamado.

—Sabía que vendrían.

—¿Por qué no una ambulancia?

—Porque Damián estaba muerto.

—Otra vez.

Me alejé de la mesa.

El apartamento no tenía espacio suficiente para caminar sin volver siempre al mismo lugar.

—No sé cómo explicar lo que ocurre dentro de la cabeza cuando alguien cae así.

—Empieza sin explicarlo. Cuenta lo que hiciste.

—Escuché el golpe. Volví. Bajé. Vi a Damián.

—¿Desde dónde?

—Desde arriba.

—¿Lía estaba contigo?

—En la habitación.

—¿Le dijiste algo?

—Que esperara.

—Ella afirma que dijiste «papá se ha caído, yo estaba aquí contigo».

—Eso fue antes.

—Antes de la segunda caída.

—Sí.

—Entonces después del golpe final bajaste, pasaste junto a él y abriste el teléfono.

—No pasé de largo.

—¿Cuánto tiempo estuviste arrodillada?

—No sé.

—Menos de catorce segundos.

—El documento pudo crearse con retraso.

—No.

—¿Por qué me pregunta si ya ha decidido la respuesta?

Celia dejó las hojas.

—Porque mañana la fiscal no preguntará. Afirmará que preferiste escribir una coartada antes que pedir ayuda.

—No era una coartada.

—«Lía estaba conmigo».

—Era verdad.

—No durante los noventa y cuatro segundos.

—Estaba arriba.

—Tú no.

—Estábamos en la misma planta.

—La frase no dice eso.

—Las notas no tenían que ser precisas.

—Pero corregiste «tiro y cae».

—Porque eso sí necesitaba ser preciso.

La miré.

—¿Qué pretende?

—Que entiendas cómo se lee.

—Sé cómo se lee.

—No lo parece.

—Parece que aparté el brazo y Damián cayó.

—Sí.

—Eso fue lo que ocurrió.

Celia tardó en responder.

—Hasta ahora dijiste que él te soltó, quedó de rodillas y cayó cuando intentó seguirte.

—Son partes de lo mismo.

—No.

—Tiré de mi brazo. Me soltó. Quedó apoyado. Yo me fui. Después cayó.

—Entonces ¿por qué el primer dictado une «tiro» y «cae»?

—Porque estaba hablando deprisa.

—¿Cuánto tiempo pasó entre las dos cosas?

—Segundos.

—¿Cuántos?

—No sé.

—¿Uno?

—No.

—¿Dos?

—Quizá.

—¿Diez?

—No sé.

—En tu declaración dijiste que habías llegado casi a la puerta de Lía cuando escuchaste la segunda caída.

—Sí.

—Desde el descansillo hasta la habitación tardas más de dos segundos.

—Caminaba rápido.

—Aun así.

—Entonces el dictado resumió.

—¿Por qué lo llamaste primera versión?

—Porque iba a escribirlo mejor después.

—¿Para quién?

—Para mí.

—¿Por qué necesitabas una versión para ti misma de algo que acababa de ocurrir?

La pregunta no tenía una respuesta inocente.

Tenía respuestas humanas.

No servían igual.

—Porque ya no sabía qué había pasado —dije.

—Cuarenta segundos después.

—Todo estaba mezclado.

—Pero sabías que había bebido, que discutisteis, que te agarró, que cayó dos veces y que Lía estaba contigo.

—Eso era lo básico.

—También sabías qué parte convenía borrar.

Me acerqué a la mesa y señalé la primera revisión.

—No borré el agarre.

—No.

—Ni las dos caídas.

—No.

—Ni que tiré de mi brazo.

—En la segunda versión sí.

—Porque «intento ayudar» era suficiente.

—No significa lo mismo.

—Estaba intentando ayudarlo cuando me agarró.

—Entonces ¿por qué no escribiste «me agarra mientras intento ayudar»?

—No estaba redactando una declaración jurada.

—Estabas redactando la historia que contarías antes de llamar.

—No.

Celia sacó la tercera hoja.

—El sistema conserva también los comandos de voz.

—¿Qué comandos?

—Las órdenes que no formaron parte del texto.

Sentí un frío lento en el estómago.

—No sabía que guardaba eso.

—No guarda el audio completo. Solo transcribe algunas instrucciones.

Me mostró la hoja.

23:57:12 — "Borra eso."

23:57:18 — "Pon: tiro de mi brazo."

23:57:26 — "No, quita lo de otra vez."

23:57:35 — "Añade que intento ayudar."

23:57:41 — "Pon que Lía estaba conmigo."

No leí más porque no había más.

Cuarenta y seis segundos.

Cuatro correcciones.

—Estaba intentando ser exacta.

—¿Por qué quitaste «otra vez»?

—Porque me había agarrado más de una vez y podía confundirse.

—¿A quién podía confundir una nota privada?

—A mí.

—¿Olvidabas cuántas veces te había agarrado cuarenta segundos después?

—No sabía cuál había dejado el hematoma.

—Eso no figuraba en el documento.

—Lo pensaba.

—¿Por qué añadiste al final que Lía estaba contigo?

—Porque lo estaba.

—¿Te lo preguntó alguien?

—No.

—¿Era necesario para explicar la caída?

—No.

—¿Entonces para qué lo añadiste?

—Porque era importante.

—¿Para quién?

No respondí.

Celia volvió a guardar las hojas.

—La fiscal ha pedido otra comparecencia.

—La jueza ya rechazó prisión esta mañana.

—No conocía el historial de correcciones.

—¿Cuándo?
—Esta tarde.
—Tengo que ver a Lía otra vez.
—La visita de hoy ha terminado y el equipo recomendará suspender las siguientes.
—No pueden hacerlo por un documento.
—No es solo el documento.
—Siempre dicen eso.
—Porque siempre aparece otra cosa.
Me senté en el sofá.
—¿Qué ocurrirá ahora?
—La policía quiere que reconstruyas la creación del archivo.
—Ya lo he hecho.
—Con ellos.
—No.
—Si guardas silencio, la fiscal dirá que no existe explicación.
—La acabo de dar.
—A mí.
—Entonces utilícela.
—No puedo declarar por ti sobre lo que pensabas.
—Diga que estaba en shock.
—Lo diré.
—Que quería ordenar la secuencia.
—Sí.
—Que corregí el dictado porque entendió mal.
—Sí.
—Que el título significaba primer borrador.
—Sí.
—Entonces basta.
Celia se sentó enfrente.
—Hay una pregunta que no puedo responder.
—¿Cuál?
—¿Por qué necesitabas un borrador antes de llamar al 112?
—Porque sabía que iban a acusarme.
—¿Por qué?
—Porque era su esposa.

—Eso no basta.
—Habíamos discutido.
—Eso no lo sabía nadie.
—Carmen podía haber oído.
—No sabías que había llamado.
—Conocía a Carmen.
—Sigue sin bastar.
—Damián me había agarrado. Yo estaba allí. Había dos caídas. La escultura estaba abajo. Ariadna e Iván podían aparecer. Todo parecía horrible.
—No sabías que la escultura sería considerada un arma.
—Tenía sangre.
—¿La viste?
—Sí.
La palabra salió demasiado rápido.
Celia no se movió.
—Hasta ahora dijiste que no te fijaste.
—La vi cuando bajé.
—¿Antes o después de crear el documento?
No lo sabía.
—Antes.
—Entonces ¿dónde estaba?
—Cerca de Damián.
—No bajo la consola.
—No.
Mi abogada respiró lentamente.
—La policía sostiene que alguien la movió después del impacto.
—Pudo rodar.
—¿Durante los catorce segundos?
—No sé.
—¿La tocaste al bajar?
—No.
—Ayer admitiste que pudo rozarte la palma en el descansillo.
—En el descansillo, sí.
—¿La viste allí con sangre?
—No.

—¿Cuándo la viste con sangre por primera vez?

—Abajo.

—¿Antes de escribir?

—Sí.

—Entonces te arrodillaste, comprobaste a Damián, viste la escultura ensangrentada, cruzaste hasta la cocina y comenzaste a dictar en menos de catorce segundos.

—La hora está mal.

—No.

—Entonces no recuerdo el orden.

—Eso es lo que tendrás que decir.

—Parecerá peor.

—Porque es peor.

Me levanté.

—No me ayuda que hable así.

—No intento ayudarte a sentirte mejor.

—¿Y a qué intenta ayudarme?

—A no entrar en una sala convencida de que una explicación imposible se vuelve posible solo porque la repites.

—No es imposible.

—Físicamente, sí.

—¿Ahora también es forense?

—Sé contar hasta catorce.

El timbre sonó.

No esperábamos a nadie.

Celia se levantó de inmediato. Miró por la mirilla.

Leire.

No estaba sola.

Vega sostenía una carpeta y otro agente esperaba junto al ascensor.

—¿Tienen orden? —preguntó Celia a través de la puerta.

—Notificación y comunicación de diligencias —respondió Leire.

—Mi clienta no declarará.

—No he venido a interrogarla.

Celia abrió.

Leire entró. Vega permaneció fuera.

La inspectora dejó un documento sobre la mesa.

—La jueza ha autorizado una inspección complementaria del teléfono y de las cuentas. La fiscal solicita nueva comparecencia a las diecisiete horas.

—Ya estamos informadas —dijo Celia.

—Hay otro resultado.

No miré a mi abogada.

Miré la carpeta.

—¿Qué?

Leire sacó el informe técnico.

—El documento PRIMERA VERSIÓN no se creó directamente dentro de la carpeta DESPUÉS.

—¿Entonces?

—Se creó en borradores y se movió después.

—No cambia nada.

—La hora sí.

Celia cogió el informe.

—¿Qué hora?

—El archivo se creó a las veintitrés cincuenta y cuatro y cincuenta y nueve segundos.

Antes de la primera caída.

—No —dije.

—La hora que vimos correspondía a la última modificación visible.

—Eso es imposible.

—El primer borrador fue eliminado y restaurado por el sistema de recuperación.

—¿Qué contenía?

Leire me observó.

—Solo el título.

El apartamento se quedó en silencio.

—¿Escribió «primera versión» antes de que Damián cayera? —preguntó Celia.

—No.

—El registro indica que sí —dijo Leire.

—La aplicación estaba abierta. Pudo crear un archivo vacío.

—Con ese nombre.

—Podía ser de otra cosa.

—¿De qué?

—De la separación.

—¿Un borrador para su abogada?

—Sí.

—¿Dónde está el texto?

—No llegué a escribirlo.

—Y menos de dos minutos después utilizó el mismo documento para describir la muerte.

—Porque estaba abierto.

Leire abrió el historial completo.

23:54:59 — Documento creado.

Título: PRIMERA VERSIÓN.

23:55:16 — Primera secuencia de impacto.

23:55:18 — Activación del asistente.

23:55:25 — Fin del clip conservado.

23:56:50 — Segunda secuencia de impacto.

23:57:04 — Inicio de dictado.

Las horas estaban colocadas una debajo de otra.

No había espacio entre ellas para una explicación.

—¿Qué iba a escribir a las once cincuenta y cuatro? —preguntó Leire.

Celia respondió:

—No declarará.

—Quiero que me lo diga —insistí.

Mi abogada se volvió.

—No.

—Era un borrador.

—¿De qué? —preguntó la inspectora.

—De lo que iba a contarle a un abogado si Damián intentaba obligarme a firmar.

—¿Por qué lo tituló versión y no separación, demanda o Damián?

—Porque no sabía cómo empezar.

—¿Dónde estaba él en ese momento?

—En la escalera.

—¿Arriba?
—Sí.
—¿Y usted?
—Con Lía.
—El teléfono registró el título desde la cocina.
—Podía hacerlo a distancia.
—No tenía activado el asistente.
—Entonces bajé antes.
Celia golpeó la mesa.
—Mara.
La palabra me detuvo.
—¿Bajó a la cocina antes de la primera caída? —preguntó Leire.
—Sí.
—Nunca lo había dicho.
—No importaba.
—¿Vio a Damián?
—En el pasillo.
—¿Llevaba la escultura?
—No.
—¿Discutieron?
—Ya estábamos discutiendo.
—¿Creó el documento mientras él subía?
—Sí.
—¿Para registrar lo que ocurría?
—Para escribir después.
—¿Por qué PRIMERA VERSIÓN?
—Porque iba a contar todo desde el principio.
—¿Qué era el principio?
No respondí.
Leire recogió el informe.
—La fiscal sostendrá que creó la estructura de su relato diecisiete segundos antes del primer impacto.
—Un título no es una estructura.
—No.
—No hay texto.
—No.

—Entonces no prueba nada.

—Prueba que la idea de una versión existía antes de la caída.

—Todo el mundo tiene una versión de una discusión.

—No antes de que termine.

Celia abrió la puerta.

—Fuera.

Leire guardó el informe.

—Nos veremos a las cinco.

—Mi clienta se acogerá a su derecho a no declarar.

La inspectora caminó hacia la salida.

Antes de cruzar, se detuvo.

—Hay algo que no entiendo, Mara.

—No responderá —dijo Celia.

—No es una pregunta jurídica.

—En su boca todas lo son.

Leire me miró.

—Si el documento era para registrar la discusión, ¿por qué no escribió lo que Damián estaba diciendo?

No contesté.

—Y si era para un abogado —continuó—, ¿por qué lo guardó en una carpeta llamada DESPUÉS?

La puerta se cerró.

Celia permaneció de espaldas.

—No sabía que el sistema conservaba el primer título —dije.

Mi abogada se volvió lentamente.

No había sorpresa en su cara.

Solo cansancio.

—Eso no es lo que deberías haber dicho.

—¿Qué?

—No has dicho que el informe esté equivocado.

—No lo está.

—Entonces creaste el documento antes de la caída.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya se lo he explicado.

—No.

—Era para la separación.

—No.

—Para anotar lo que Damián hiciera.

—No.

—¿Qué quiere escuchar?

Celia se acercó.

—La razón por la que una mujer abre una carpeta llamada DESPUÉS y crea un documento titulado PRIMERA VERSIÓN diecisiete segundos antes de que su marido empiece a caer por una escalera.

—Fue una coincidencia.

Mi abogada me miró.

Aquella palabra ya no servía.

Habíamos utilizado demasiadas.

—¿Sabías que iba a caer? —preguntó.

—No.

—¿Habías colocado la escultura?

—No.

—¿Manipulado la barandilla?

—No.

—¿Le diste más zolpidem?

—No.

—¿Lo hiciste subir?

—No.

—¿Le dijiste algo para que se acercara al borde?

—No.

—¿Entonces por qué?

Me senté.

Sobre la mesa seguía la cronología.

Documento.

Primera caída.

Voz.

Segunda caída.

Dictado.

Llamada.

Todo colocado en orden.

Una historia que parecía escrita antes de suceder.

—Porque Damián siempre conseguía contar primero —dije.

Celia esperó.

—En cada discusión. Con Nuria. Con Melero. Con Ariadna. Antes de que yo pudiera explicar nada, él ya había preparado una versión donde era razonable y yo estaba loca. Esa noche sabía que iba a hacerlo otra vez. Abrí el documento para no dejar que decidiera lo que había ocurrido.

—Todavía estaba vivo.

—Sí.

—No había caído.

—No.

—¿Qué pensabas que iba a ocurrir?

—Que iba a amenazarme. Que intentaría hacerme firmar. Que después llamaría a Jorge y diría que yo había perdido el control.

—¿Y por qué DESPUÉS?

—Porque era lo que iba a necesitar cuando se marchara.

—¿De casa?

—Sí.

Celia se sentó frente a mí.

—¿O cuando muriera?

—Cuando se marchara.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Completamente?

—Sí.

Mi abogada cerró los ojos.

—No vuelvas a hablar hasta la comparecencia.

—No voy a declarar.

—No hables conmigo tampoco.

La frase dolió.

—Es su trabajo.

—Mi trabajo es defender lo que me cuentas, no descubrir después que cada palabra tiene una versión anterior guardada en una nube.

Se levantó y fue hacia la cocina.

Abrió un armario.

Lo cerró.

No buscaba nada.

Solo necesitaba alejarse.

Miré otra vez el informe.

23:54:59 — Documento creado.

Diecisiete segundos.

No era tiempo suficiente para planear una muerte.

Pero sí para reconocer que se acercaba algo.

Damián estaba al principio del tramo superior cuando abrí el archivo.

Había vuelto la cabeza.

Me había visto con el teléfono.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada.

—Siempre estás haciendo algo.

Después miró hacia la habitación de Lía.

Luego hacia mí.

Y sonrió.

No una sonrisa grande.

La pequeña.

La que utilizaba cuando acababa de decidir qué versión de mí iba a contar después.

Yo escribí el título.

Primera versión.

No porque supiera que iba a caer.

Porque aquella vez no pensaba permitir que hablara primero.

El problema era que, diecisiete segundos más tarde, Damián ya no necesitó contar nada.

Y la primera versión se convirtió en la única que podía salvarme.

Capítulo 29 · Hora sesenta y seis

La carpeta DESPUÉS contenía una vida donde Damián seguía vivo.

Ese fue el único motivo por el que no volví a una celda.

Celia lo descubrió cuarenta minutos antes de la comparecencia, mientras revisaba la copia completa que el juzgado había autorizado a la defensa. Yo estaba sentada frente a ella en el apartamento, con las manos entre las rodillas y la orden expresa de no hablar.

La cumplí durante siete minutos.

—¿Qué ha encontrado?

Mi abogada no levantó la vista del ordenador.

—Te he pedido silencio.

—Ha cambiado de cara.

—No sabía que existiera una cara jurídica para creer.

—No es esa.

Celia avanzó varias páginas.

La carpeta no contenía únicamente el documento titulado PRIMERA VERSIÓN. Había otras doce subcarpetas, creadas durante los seis meses anteriores.

DINERO.

CASA.

COLEGIO.

ABOGADO.

TRABAJO.

NURIA.

COSAS DE LÍA.

CUANDO SE ENTERE.

Y una última, vacía:

PRIMERA NOCHE.

—¿Qué es eso? —preguntó Celia.

—Un plan.

—Ya sé que es un plan. ¿Para qué?

—Para irme.

Abrió DINERO.

Había hojas de cálculo con cantidades pequeñas. Alquiler. Fianza. Comida. Colegio. Transporte. Un ingreso hipotético por trabajos administrativos y otro por la venta de mis participaciones, aunque en una nota había escrito:

No contar con esto. Damián lo bloqueará.

—¿Hiciste tú estos presupuestos?

—Sí.

—¿Por qué no se los enseñaste a nadie?

—Porque no tenía dinero suficiente.

—Habías reservado casi nueve mil euros.

—En una cuenta que Damián vigilaba.

—La cuenta secreta tenía tres mil doscientos.

—No alcanzaba.

—Para una primera salida, sí.

—No con Lía.

Celia abrió CASA.

Había capturas de anuncios de alquiler. Pisos pequeños. Dos habitaciones. Barrios alejados de nuestra urbanización y suficientemente cerca del colegio. Algunos anuncios tenían círculos rojos alrededor de una cocina, una ventana o una parada de autobús.

Uno llevaba una nota.

Sin escalera. Planta baja.

Mi abogada me miró.

—¿Por qué sin escalera?

—Porque Lía se cayó de pequeña.

—¿En cuál?

—En casa de Nuria.

—¿Cuándo?

—Tenía tres años.

—¿Y por eso descartabas cualquier vivienda con escalones?

—No quería otra casa como la de Damián.

No era una respuesta completa.

No hacía falta.

Celia pasó a COLEGIO.

Horarios.

Rutas.

Precios de comedor.

Una solicitud sin enviar para explicar un cambio temporal de domicilio. En el apartado de observaciones había escrito:

El padre no debe recogerla sin confirmación por escrito.

—Esto parece una preparación de sustracción —dijo.

—No iba a llevármela fuera de la ciudad.

—Pero querías impedir que Damián la recogiera.

—Después de separarnos, sí.

—Sin orden judicial.

—Hasta hablar con un abogado.

Abrió ABOGADO.

Había búsquedas de despachos especializados en familia. Una lista de preguntas.

¿Puede denunciarme por copiar documentos?

¿Puedo salir de casa con Lía?

¿Qué ocurre si la vivienda está a nombre de una sociedad?

¿Cómo demostrar control económico?

¿Sirven audios grabados sin avisar?

¿Qué hago si él dice que estoy inestable?

Más abajo aparecía una nota creada nueve días antes de la muerte.

No usar fotos antiguas. Buscar pruebas reales.

Celia leyó dos veces.

—¿Por qué escribiste eso?

—Por la carpeta ANTES.

—¿Habías decidido no utilizarla?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de renombrar las fotografías.

—¿Por qué las conservaste?

—No sé.

—Mara.

—Porque borrarlas era admitir que las había creado.

Mi abogada apoyó la espalda en la silla.

—Esa frase puede ayudarnos.

—¿Porque me arrepentí?

—Porque demuestra que sabías que no servían como prueba real.

—Nunca pensaba entregarlas.

—Hace unas horas dijiste que tal vez las habrías utilizado si Damián presentaba los audios.

—Estaba asustada.

—Siempre estás asustada cuando respondes algo distinto.

—¿Va a utilizarlo o no?

Celia volvió al ordenador.

—Sí.

La carpeta TRABAJO contenía mi currículum.

Estaba desactualizado.

Había escrito que dominaba programas que apenas sabía abrir y que tenía experiencia administrativa en Llorca Proyectos sin mencionar que buena parte consistía en firmar documentos colocados por Damián delante de mí.

También había tres ofertas guardadas.

Recepcionista en una clínica.

Administrativa en una academia.

Ayudante en una inmobiliaria.

Ninguna solicitud enviada.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Celia.

—Porque Damián recibía alertas cuando modificaba mi perfil profesional.

—¿Cómo?

—Conocía la contraseña.

—Podías cambiarla.

—También conocía el correo de recuperación.

—Podías crear otro.

—Lo hice.

—La cuenta secreta.

—Sí.

—Entonces podías enviar el currículum desde allí.

—Y explicar después dónde estaba trabajando cuando Lía necesitara que la recogieran.

Mi abogada no insistió.

Abrió NURIA.

Solo había un documento.

No contarle hasta tener las llaves. Intentará convencerme de que espere.

Celia me miró.

—Tu hermana afirma que nunca le dijiste que pensabas marcharte.

—Ahí está el motivo.

—¿Creías que se pondría del lado de Damián?

—No. Creía que intentaría arreglarlo.

—¿Por qué?

—Porque Nuria confunde evitar una pelea con resolverla.

COSAS DE LÍA era la carpeta más grande.

Fotografías de ropa.

Lista de medicamentos.

Carné sanitario.

Copia del libro de familia.

Horarios.

El nombre de la profesora.

El teléfono de dos madres del colegio.

Una imagen del conejo.

Y una nota:

No olvidar el conejo aunque haya que volver.

Celia cerró la carpeta.

—Esto sí explica DESPUÉS.

—Ya se lo había dicho.

—No así.

—No me preguntó qué contenía.

—Te pregunté si existía algo más.

—No pensé que fuera relevante.

Mi abogada soltó una risa sin humor.

—Un plan de separación preparado durante seis meses en la misma carpeta donde abriste un documento antes de la muerte de

tu marido no te pareció relevante.

—No quería que pareciera que iba a llevármela.

—Pensabas hacerlo.

—Pensaba irme con mi hija.

—Sin avisar a Damián.

—Durante una noche. Hasta hablar con un abogado.

—La subcarpeta se llama PRIMERA NOCHE.

—Sí.

—Está vacía.

—No había decidido dónde.

—¿Un hotel?

—Tal vez.

—¿Casa de Nuria?

—No.

—¿Por qué?

—Era el primer lugar donde Damián buscaría.

Celia cerró el ordenador.

—Eso también puede leerse mal.

—Todo puede leerse mal.

—No. Algunas cosas solo tienen consecuencias.

—¿Qué hará?

—Presentar la carpeta completa.

—¿También ANTES?

—La fiscal ya la tiene.

—No quiero que enseñen las fotos de Lía.

—Pediremos que el acceso quede restringido.

—¿Y PRIMERA NOCHE?

—Nos ayudará a demostrar que DESPUÉS significaba después de la separación, no después de la muerte.

—Entonces saldré.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Convertir una prueba favorable en una absolución antes de entrar.

—La jueza rechazó la prisión tres veces.

—Dos.

—Esta será la tercera.

—No existe un premio por acumular rechazos.

Fuimos al juzgado en silencio.

La entrada estaba despejada. La policía había cambiado el recorrido después de las filtraciones y nos condujo por un corredor utilizado por funcionarios. No vi cámaras hasta que llegamos a la planta, donde un periodista esperaba sentado junto a las máquinas expendedoras.

Se levantó al reconocerme.

—Mara, ¿es cierto que escribió una versión antes de la muerte?

Celia se interpuso.

—No haga declaraciones.

—¿La llamó primera porque había otras?

No respondí.

El periodista caminó detrás de nosotras.

—¿Planificaba huir con su hija?

La puerta de la sala se cerró antes de que pudiera formular la siguiente.

La jueza Irene Olmedo parecía tan cansada como yo. Había papeles nuevos sobre la mesa y una taza de café a medio terminar. Patricia Mares ocupaba el mismo lugar. Leire estaba al fondo.

No miré hacia ella.

La fiscal empezó con el documento.

No con los quince puntos.

Solo con aquel título.

—A las veintitrés cincuenta y cuatro y cincuenta y nueve segundos, la investigada creó un archivo denominado PRIMERA VERSIÓN. Diecisiete segundos después se produjo la primera caída. Tras el segundo impacto, utilizó el mismo documento para dictar una secuencia exculpatoria antes de solicitar asistencia.

La jueza consultó el informe técnico.

—¿El archivo tenía contenido antes de la primera caída?

—No recuperable. Solo consta el título.

—¿Puede afirmarse que estuvo vacío?

—La primera sincronización no muestra texto.

—Entonces sí.

—En apariencia, sí.

—No en apariencia. ¿Existía texto?

La fiscal miró una nota.

—No consta.

—Gracias.

Celia no se movió.

La jueza siguió leyendo.

—¿Cómo se creó el título?

—Introducción manual o dictado. El sistema no conserva el método exacto en esa primera acción.

—¿Dónde estaba el teléfono?

—La actividad de red lo sitúa conectado al punto de acceso de la cocina.

—Eso no sitúa físicamente el terminal.

—No.

—¿Ni a la señora Sanz?

—No con precisión.

Patricia Mares esperó a que terminara.

—Pero la investigada ha reconocido que creó el documento.

Olmedo me miró.

—¿Ha prestado una nueva declaración formal?

—No —respondió Celia—. Mi clienta habló en presencia de su defensa durante una comunicación de resultados que volvió a convertirse en interrogatorio.

—¿Niega haber creado el archivo?

Mi abogada apoyó una mano sobre la mesa.

—Se acoge a su derecho a no declarar.

La jueza volvió al informe.

La fiscal describió las revisiones.

Tiro y cae.

Tiro de mi brazo.

Intento ayudar.

Lía estaba conmigo.

Pronunció cada frase como si fueran cuatro puertas cerrándose.

—No estamos ante una narración confusa —concluyó—, sino ante una edición consciente. La investigada eliminó el vínculo causal

entre su movimiento y la segunda caída, añadió una intención asistencial y terminó incorporando una coartada basada en la menor.

Celia levantó la cabeza.

—¿Coartada?

—«Lía estaba conmigo».

—La niña se encontraba en la vivienda, en la misma planta y bajo su cuidado.

—Mara estaba en el descansillo.

—Durante un intervalo.

—El relevante.

—Para la muerte, quizá. Para la relación materna, seguía siendo la persona responsable de ella.

—No es eso lo que quiso dejar escrito.

—¿Cómo conoce su intención?

—Por el orden de las correcciones.

Celia se puso de pie.

—La fiscalía vuelve a convertir interpretación en prueba. El dictado inicial transcribió «tiro y cae». Mi clienta corrigió de inmediato: «tiro de mi brazo». Eso no es eliminar una acción homicida, sino precisar una acción defensiva.

—Después la borró.

—Porque resumió la secuencia.

—Y añadió «intento ayudar».

—Porque eso hizo al acudir al descansillo.

—Lo ocultó durante cuarenta y tres horas.

—Ya hemos discutido sus mentiras.

—Seguimos descubriéndolas.

—Descubrir una nueva forma de documentarlas no crea una nueva mentira.

La jueza levantó la mano.

—Continúe la fiscal.

Patricia Mares presentó el nombre de la carpeta.

DESPUÉS.

—No es razonable aislar el título del lugar donde fue creado. La investigada llevaba meses preparando un escenario posterior a la

ruptura. Después de la muerte, comenzó a introducir en esa misma estructura el relato que utilizaría para sobrevivir jurídicamente.

—Después de la ruptura —corrigió Celia.

—Eso sostiene la defensa.

—Eso demuestra el contenido.

Mi abogada conectó el ordenador a la pantalla.

Aparecieron los anuncios de alquiler.

Los presupuestos.

El currículum.

Las preguntas para un abogado.

La lista de objetos de Lía.

La nota sobre el conejo.

La fiscal miró hacia la jueza.

Celia no dejó que hablara.

—La carpeta DESPUÉS se creó seis meses antes de la muerte. Contiene un plan de salida: vivienda, trabajo, dinero, colegio y asesoramiento jurídico. No contiene instrucciones para alterar una escena, simular un accidente, manipular un cadáver ni construir una coartada.

Mostró la nota.

No usar fotos antiguas. Buscar pruebas reales.

—También incluye una decisión expresa de no utilizar como evidencia imágenes que no reflejaban agresiones de Damián.

—Después de haberlas falsificado —dijo la fiscal.

—Después de haberlas renombrado en un acto privado y emocional que nunca llegó a ningún procedimiento. No lo justificamos. Lo contextualizamos.

—La capacidad de fabricar una narrativa es precisamente relevante.

—También lo es la capacidad de corregirse antes de utilizarla.

La jueza pidió ver PRIMERA NOCHE.

Apareció la carpeta vacía.

—¿Cuándo se creó? —preguntó.

—Hace tres meses —respondió Celia—. Los metadatos son anteriores a la recepción de la demanda, al conflicto con Iván y a la noche de los hechos.

—¿Qué sostiene que iba a contener?

—El lugar donde Mara pasaría la primera noche después de abandonar el domicilio conyugal.

—¿Existe algún documento que lo diga expresamente?

Celia abrió otra nota.

Estaba dentro de CASA.

Si ocurre de noche: hotel que acepte entrada con niña. No Nuria. No tarjeta común.

La jueza leyó en silencio.

La fiscal se levantó.

—Esto no favorece únicamente a la defensa. Demuestra que la señora Sanz preparaba una salida oculta con la menor, sin conocimiento del padre y utilizando fondos no rastreables.

—Preparar una salida segura no es sustraer a una hija —respondió Celia.

—Depende de lo que pensara hacer después.

—Pretendía consultar a un abogado a la mañana siguiente.

—No existe cita concertada.

—Hay tres despachos investigados.

—Ninguna llamada.

—Porque todavía no se había marchado.

Patricia Mares se volvió hacia la jueza.

—La misma estructura que la defensa presenta como plan de huida permite otra lectura. La investigada necesitaba que Damián desapareciera de su vida. Había calculado dinero, vivienda, colegio y acceso a la menor. Sabía que él podía impedirlo mientras viviera.

—Eso convierte cualquier preparación de separación en un motivo homicida —dijo Celia.

—Cuando el cónyuge muere horas después de que ella conoce la demanda de custodia, sí adquiere relevancia.

—Relevancia no es planificación.

—El documento se creó antes de la caída.

—Solo el título.

—Y fue utilizado inmediatamente después para editar la secuencia.

—Porque estaba abierto.

—Una coincidencia más.

—Una consecuencia más de que Mara llevaba meses documentando cada discusión.

La jueza se quitó las gafas.

—¿Existe evidencia de que la investigada hubiera abierto otros documentos similares durante conflictos anteriores?

Celia miró hacia mí.

Yo no podía responder.

La fiscal consultó el informe.

—Sí.

La palabra nos sorprendió a las dos.

—¿Cuántos? —preguntó Olmedo.

—Nueve borradores.

Leire dejó una carpeta sobre la mesa de la fiscal.

Patricia Mares leyó los títulos.

Lo de la cocina.

Después del coche.

Nuria no sabe nada.

Discusión martes.

Lo que dirá Damián.

No firmé consciente.

Primera versión despacho.

La última frase cambió la habitación.

—¿Hay otro documento titulado primera versión? —preguntó la jueza.

—Sí.

—¿De cuándo?

—Doce días antes. La noche del audio completo.

Celia se levantó.

—Solicito acceso inmediato.

La fiscal entregó la copia.

El documento decía:

Primera versión despacho. Entro porque puerta abierta. Encuentro papeles. Damián llega. Me coge la muñeca. Me empuja contra mesa. Graba. Amenaza con Lía.

Debajo había tres correcciones menores.

Me coge cambiado por me agarra.

Empuja ampliado a me hace caer contra la mesa.

Amenaza con Lía corregido por dice que hará lo mejor para ella.

La jueza leyó.

—¿Cuándo se escribió?

—Diez minutos después de la discusión —respondió la fiscal.

—¿Se utilizó en algún procedimiento?

—No.

—¿Coincide con el audio?

Patricia Mares no respondió inmediatamente.

—En gran parte.

—¿Qué no coincide?

—La investigada interpreta como empujón un contacto cuyo mecanismo no puede determinarse solo por el sonido.

—¿Y la frase sobre la niña?

—Damián dice que hará lo mejor para ella si la conducta de Mara continúa.

—Entonces el documento resume un hecho real y distingue entre una redacción inicial y otra más precisa.

La fiscal cerró la copia.

—También demuestra un método de construcción narrativa.

—O un método de registro contemporáneo —dijo la jueza.

Celia no sonrió.

No era el momento.

—Eso sostenemos, señoría.

Olmedo pidió los otros borradores.

La mayoría correspondía a discusiones acreditadas por mensajes, audios o testigos. En uno, Mara había escrito:

Me rompe el plato.

Después lo corrigió:

Tira el plato al fregadero y se rompe.

En otro:

Me impide salir.

Cambiado por:

Se pone delante de la puerta durante unos segundos.

Una precisión.

No una exageración.

La fiscal intentó utilizarlo en su favor.

—La investigada conocía perfectamente la diferencia entre un hecho, una interpretación y una versión útil. La noche de la muerte aplicó el mismo método para eliminar la única frase comprometedora.

—O para corregir un dictado incorrecto —respondió Celia.

La jueza volvió a ponerse las gafas.

—¿Existe audio del dictado?

—No —dijo la fiscal.

—¿Podemos saber si la señora Sanz pronunció «tiro y cae» o «tiro del brazo y cae», con una omisión del sistema?

—No.

—¿El reconocimiento comete errores?

—Sí.

—¿Puede omitir palabras breves?

—Sí.

—¿Existe prueba de que dijera conscientemente una frase y luego decidiera modificarla?

—Los comandos posteriores.

—Los comandos prueban que corrigió el texto, no qué pronunció primero.

Patricia Mares guardó silencio.

La jueza pasó varias hojas.

—La creación anticipada del título es inquietante.

La palabra hizo que el pecho se me cerrara.

—La edición previa a la llamada también. La investigada tuvo como prioridad documentar la secuencia antes de solicitar asistencia y ocultó el archivo hasta que fue descubierto.

Celia no interrumpió.

—Sin embargo —continuó Olmedo—, el análisis completo de la carpeta muestra que el título primera versión no es exclusivo de la muerte. Forma parte de un sistema anterior de registro de conflictos. El contenido de DESPUÉS es predominantemente compatible con una separación preparada y no con una planificación homicida.

La fiscal se levantó.

—Señoría—

—No he terminado.

Patricia Mares volvió a sentarse.

—Esto no elimina la sospecha. Tampoco resuelve por qué la señora Sanz no llamó inmediatamente, por qué eliminó un archivo sonoro, por qué guardó las zapatillas ni por qué negó su presencia en el descansillo. Pero la prisión provisional exige algo más que una interpretación acumulativa cuando el hecho central continúa sin prueba directa.

Celia apoyó el pie contra el mío.

El punto dieciséis.

Otra vez.

—Se mantiene la libertad provisional —dijo la jueza.

No sentí alivio.

Todavía no.

—Se refuerza la prohibición de acceso a dispositivos y se establece vigilancia electrónica de los terminales autorizados. La señora Sanz continuará en el alojamiento designado y solo podrá salir para comparecencias, diligencias y citas con su defensa.

—¿La visita con su hija? —preguntó Celia.

Olmedo consultó el informe del centro.

El reloj de la pared marcaba las seis y veintitrés.

—El equipo aprecia una vinculación afectiva intensa, pero también un riesgo elevado de influencia emocional y narrativa. Durante la interacción, la señora Sanz introdujo información pericial, realizó una promesa de reunificación que no puede garantizar y respondió al contenido de los recuerdos pese a la prohibición expresa.

—La menor inició esas conversaciones —dijo Celia.

—Eso estaba previsto. El objetivo era valorar la respuesta materna.

—Mara la remitió varias veces.

—Y después dejó de hacerlo.

La jueza me miró.

—Se suspenden temporalmente las visitas directas.

—No.

La palabra salió antes de que Celia pudiera detenerla.

—Señora Sanz.

—Solo fueron treinta minutos.

—Veintisiete.

—Porque ellas terminaron antes.

—Precisamente.

—Lía necesita verme.

—Necesita dejar de creer que su recuerdo puede encarcelarla o liberarla.

—Yo le dije que contara la verdad.

—También le prometió que volvería con ella.

—Voy a hacerlo.

—No puede saberlo.

—No maté a Damián.

Celia se levantó.

—Mi clienta no declarará.

—Ya lo está haciendo —dijo la jueza.

Me puse de pie.

—No puede castigar a una niña porque su madre esté investigada.

—No la castigo.

—La separa de mí.

—Hasta que el equipo considere que puede existir un contacto que no condicione su relato.

—Entonces nunca, porque todo lo que diga delante de mí lo interpretarán como influencia.

—Dependerá de cómo responda usted.

—Respondí como una madre.

—Ese es el problema que debemos resolver.

La frase me golpeó.

—¿Ser su madre es un problema?

Olmedo mantuvo la voz baja.

—Ser la investigada por la muerte de su padre y la persona de la que más depende emocionalmente crea un conflicto que no puede ignorarse.

—No fui yo quien lo creó.

—No estamos resolviendo eso ahora.

—Todo depende de eso.

—Siéntese.

No lo hice.

Celia me agarró del brazo.

—Mara.

—¿Puedo escribirle?

—No por ahora —respondió la jueza.

—¿Puede enviarme dibujos?

—Serán valorados por el equipo.

—¿Puedo saber cómo está?

—A través de su hermana y de su abogada.

—Nuria no me cuenta todo.

—Eso deberá resolverlo con ella sin incluir mensajes para la menor.

—¿Cuánto tiempo?

—La medida se revisará cuando se complete la evaluación infantil y, en cualquier caso, dentro de siete días.

—Siete días.

—Como máximo para la revisión, no necesariamente para levantarla.

—Para Lía es una semana.

—Lo sé.

—No, usted sabe contarla. No sabe lo que significa.

La jueza cerró el expediente.

—La comparecencia ha terminado.

Salimos por el mismo corredor.

El periodista seguía junto a las máquinas. Se levantó en cuanto nos vio.

—¿Se mantiene en libertad?

Celia caminó más rápido.

—¿Le han prohibido ver a su hija?

No respondí.

—¿La carpeta DESPUÉS era un plan para huir?

Las puertas del ascensor tardaban demasiado.

—¿Creó una coartada antes de la caída?
Celia pulsó el botón otra vez.
—No hará declaraciones.
El periodista se acercó.
—Mara, ¿qué significa primera versión?
Las puertas se abrieron.
Entramos.
Antes de que se cerraran, respondí:
—La primera versión es la que cuenta quien llega antes.
El periodista levantó el teléfono.
Celia me miró.
—¿Por qué?
—No he hablado del caso.
—Acabas de darle un titular.
—Ya lo tenían.
El ascensor descendió.
—Mantienes la libertad —dijo.
—No puedo ver a Lía.
—La medida se revisará.
—Una semana.
—Quizá antes.
—No.
—Mara.
—No la levantarán mientras Lía siga diciendo dos veces.
Mi abogada no respondió.
—Eso es lo que quieren —continué—. Que hable sin verme hasta que su recuerdo sea más importante que yo.
—Su recuerdo no compite contigo.
—Para ellos sí.
—Para ti también.
La miré.
—No.
—Toda esta investigación comenzó porque necesitabas que dijera una caída.
—Porque estaba confundida.
—Ya sabemos que no.

—Sabemos que hubo dos movimientos. No que entendiera lo que escuchó.

—Entendió más que tú admitiste.

Las puertas se abrieron en el aparcamiento.

Leire estaba junto al coche.

No podía ser casualidad.

—¿Qué quiere? —preguntó Celia.

—Hablar con usted.

—Hágalo por teléfono.

—No sobre el caso.

La inspectora miró hacia mí.

—Sobre la seguridad de Lía.

Me detuve.

—¿Qué ocurre?

Celia levantó una mano.

—A través de mí.

Leire sacó una fotografía.

La verja del colegio.

Había un papel pegado junto a la entrada.

La imagen estaba tomada desde lejos, pero podía leerse.

PREGÚNTALE A LA NIÑA CUÁNTAS VECES.

Sentí que el suelo desaparecía durante un segundo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Lía lo vio?

—No. La dirección lo retiró antes de la salida.

—¿Nuria?

—Ha sido informada.

—Quiero hablar con ella.

—Puede hacerlo.

—¿Quién lo puso?

—La cámara muestra a una persona con gorra y mascarilla. No ha sido identificada.

—¿El mismo del hotel?

—En el hotel no hubo nadie.

—Alguien envió la fotografía de Damián.

—Sí.
—Y ahora esto.
—Sí.
—¿Es una amenaza?
—Es presión.
—Contra una niña.
—Contra su testimonio.
Celia cogió la fotografía.
—¿La fiscal cree que mi clienta tiene relación?
—No existe indicio.
—Dígalo claramente.
Leire me miró.
—No creo que Mara haya colocado el papel.
—¿Ariadna?
—Estaba declarando cuando apareció.
—¿Iván?
—Sigue bajo control judicial.
—¿Nuria?
—No.
—¿Entonces quién?
—Alguien que conoce detalles filtrados.
—Media ciudad.
—Sí.
Me acerqué.
—Tienen que cambiarla de colegio.
—No puede decidirlo usted ahora.
—Soy su madre.
—Nuria está valorándolo con el centro.
—Nuria no decide sola.
—La custodia provisional le permite tomar medidas urgentes.
—Quiero verla.
—No puede.
—Solo para saber que está bien.
—La jueza acaba de resolver.
—Entonces llévela detrás de un cristal. No hablaré. No me verá.
Leire negó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque si alguien está intentando presionarla, debemos reducir movimientos y exposición.

—¿Dónde está?

—No puedo decírselo.

—Sé dónde vive Nuria.

—Lía no está allí.

El miedo cambió de forma.

—¿Qué?

—La policía ha recomendado un traslado temporal.

—¿Adónde?

—No se le comunicará hasta asegurar el lugar.

—Soy su madre.

—También es una persona investigada cuyo teléfono, cuentas y ubicación han sido filtrados repetidamente.

—No voy a hacerle daño.

—No he dicho eso.

—Entonces dígame dónde está.

—No.

Me lancé hacia ella.

No para golpearla.

Para coger la fotografía.

Celia me sujetó antes. Leire no retrocedió.

—Quíteme las manos —dije.

—Mara.

—Quiero saber dónde está mi hija.

—Está con Nuria y está segura —respondió la inspectora.

—No me basta.

—Tendrá que bastarle.

—No.

—No convierta esto en otro incumplimiento.

La amenaza estaba allí.

No pronunciada.

La entendí.

Me aparté.

—¿El papel tiene huellas?
—No útiles.
—¿Impresora?
—Común.
—¿Cámaras de la calle?
—Las estamos revisando.
—¿La persona era hombre o mujer?
—No puede determinarse.
—¿Altura?
—Aproximadamente un metro setenta.
—Ariadna mide más.
—Sí.
—Nuria mide eso.
Celia cerró los ojos.
—Deja de acusar a tu hermana.
—No la acuso.
—Has vuelto a hacerlo.
—Solo intento pensar.
Leire guardó la fotografía.
—Ese es el problema.
—¿Qué?
—Que cada vez que tiene miedo necesita que alguien sea culpable antes de tener pruebas.
—Alguien ha puesto ese papel.
—Sí.
—Entonces alguien es culpable.
—De pegarlo.
—Y de amenazar a Lía.
—Eso se investigará.
—Mientras ustedes investigan, ella está escondida sin su madre.
La inspectora sostuvo mi mirada.
—Quizá ahora mismo estar sin usted sea lo que más la protege.
La frase me hizo avanzar otra vez.
Celia se interpuso.
—Se acabó.
Leire abrió la puerta de su coche.

—Mañana a las nueve debe comparecer.
—Lo sé.
—No intente contactar con el colegio, con la niña ni con terceros que puedan transmitir mensajes.
—No soy idiota.
—No. Ese nunca ha sido el problema.
Se marchó.
En el coche, Celia llamó a Nuria desde el manos libres.
Mi hermana tardó cuatro tonos.
—¿Está bien? —pregunté antes de saludar.
—Sí.
—¿Dónde estáis?
—No puedo decírtelo.
—Soy su madre.
—La policía me ha pedido que no lo haga.
—La policía no manda en nuestra familia.
—Ahora sí.
—Ponme con ella.
—No.
—Solo quiero escuchar su voz.
—La orden prohíbe contacto.
—Han dejado una amenaza en el colegio.
—Por eso.
—Necesita saber que estoy bien.
—Mara, ahora mismo está viendo una película.
—¿Cuál?
Mi hermana tardó.
—No puedo decirte eso.
—El título de una película no revela la ubicación.
—No sé qué cosas utilizas después para reconstruirlo todo.
La frase dolió más que la de Leire.
—¿Tú también?
—No sé quién está filtrando información.
—No soy yo.
—No he dicho que lo seas.
—Pero no me dices ni qué está viendo.

—Porque no quiero que vuelvas a convertir una pregunta sobre Lía en una discusión sobre el caso.

—No estoy hablando del caso.

—Siempre estás hablando del caso.

—Dile que la quiero.

—No puedo.

—Nuria.

—No puedo.

—Entonces dile que la tía está con ella y que mamá—

La llamada terminó.

Celia había pulsado el botón.

—¿Por qué ha colgado?

—Estabas intentando pasar un mensaje.

—Decir que la quiero.

—La jueza lo ha prohibido.

—La jueza no puede prohibirme quererla.

—No lo ha hecho.

—Solo expresarlo.

—Temporalmente.

Golpeé el salpicadero con la palma.

La herida se abrió bajo la gasa.

Apareció una pequeña mancha roja.

Celia miró mi mano.

—No hagas eso.

—¿También está prohibido?

—Estás dejando sangre en mi coche.

La frase nos dejó calladas.

Sangre.

Siempre sangre.

Sobre una escultura.

Dentro de un bolsillo.

En una palma.

En el descansillo.

Incluso una gota nueva podía convertirse en una explicación vieja.

Mi abogada sacó un pañuelo de la guantera.

—Presiona.

Lo hice.

—La carpeta completa nos ha salvado hoy —dijo.

—No me ha salvado.

—Sigues libre.

—Lía está escondida.

—Está protegida.

—De mí.

—De quien puso el papel.

—Y de mí.

Celia arrancó.

—Ahora no distingues una cosa de la otra.

Miré el pañuelo.

La sangre empezaba a atravesarlo.

—Porque nadie me deja acercarme lo suficiente para distinguir nada.

Regresamos al apartamento.

Había dos agentes en la entrada. Revisaron el coche, la bolsa y el pasillo. Uno permaneció en la puerta mientras entrábamos.

Sobre la mesa seguía el ordenador con DESPUÉS abierto.

Celia cerró todas las ventanas.

Antes de apagarlo, vi una carpeta que no recordaba.

No figuraba en la lista anterior.

TERCERA VEZ.

—Espere.

Mi abogada detuvo la mano.

—¿Qué?

Señalé la pantalla.

—Esa carpeta no es mía.

Celia se inclinó.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No voy a abrirla.

—Puede contener algo sobre Lía.

—Precisamente por eso no vamos a tocarla.

Llamó a Leire.

La inspectora regresó acompañada por Cid menos de veinte minutos después. El técnico aisló el ordenador y abrió la carpeta desde una copia forense.

Solo había un archivo de texto.

Fecha de creación: aquella tarde.

Mientras yo estaba en el juzgado.

Título:

CUANDO LO CUENTE POR TERCERA VEZ.

Contenido:

La primera fue lo que oyó.

La segunda, lo que le hicieron recordar.

La tercera será lo que su madre necesite.

Nadie habló.

—Yo no escribí eso —dije.

Cid revisó los datos.

—Se creó desde una sesión remota.

—¿Qué dispositivo?

—Todavía no lo sabemos.

—Alguien entró en mi cuenta.

—Sí.

—La misma persona que puso el papel.

—Puede.

—Entonces me están incriminando.

Leire leyó el texto otra vez.

—No necesariamente.

—Habla de mí.

—Habla de Lía.

—Dice que yo necesito una versión.

—Sí.

—¿Quién sabe lo que dijo durante la visita?

—El equipo. Su abogada. El juzgado. Nuria.

—Y usted.

—Sí.

—Ariadna no.

—En principio, no.

—Iván tampoco.

—No.
Celia miró al técnico.
—¿La sesión puede proceder de la policía?
Cid negó.
—No desde esta ruta.
—¿Del centro familiar?
—Hay que analizarlo.
—¿De Nuria? —pregunté.
Leire me miró.
—Su hermana no tiene las claves.
—Damián las conocía.
Nadie respondió.
Damián estaba muerto.
Por primera vez, su ausencia no parecía una certeza suficiente.
—Podía haber programado algo —dije.
Cid revisó la pantalla.
—No es un envío programado. Es una creación remota de hoy.
—Alguien utilizó una contraseña suya.
—La cambiamos después de la intervención.
—Entonces alguien de la policía.
Leire no reaccionó.
—O del juzgado —añadí.
—No acuse sin pruebas.
—Usted lleva tres días haciéndolo.
La inspectora guardó silencio.
Cid comenzó a copiar registros.
La frase seguía en la pantalla.
La tercera será lo que su madre necesite.
No era una amenaza de muerte.
Era peor.
Alguien no quería hacerle daño a Lía.
Quería que todos creyeran que yo ya se lo había hecho.
Me acerqué al ordenador.
—No pienso cambiar lo que recuerda.
Leire me observó.
—Ya lo intentó.

—No.

—La corrigió desde la primera noche.

—Porque estaba confundida.

—Después validó las dos caídas cuando supo que la pericial las admitía.

—Porque quería que dejara de creer que había hecho algo malo.

—Y ahora sabe que una tercera versión podría liberarla o condenarla.

—No necesito una tercera versión.

—¿Entonces por qué alguien utiliza esas palabras?

—Para parecerse a mí.

—¿Quién?

Miré a Celia.

A Cid.

A la inspectora.

Al agente de la puerta.

Todos conocían ya el caso.

Todos conocían mi forma de hablar.

Todos habían escuchado que una historia salía bien a la tercera.

—Cualquiera —dije.

Leire negó lentamente.

—No.

—¿Por qué?

—Porque esa frase no estaba en los informes.

La habitación quedó inmóvil.

—¿Cuál?

—Lo de la tercera vez.

—Lía lo dijo durante la visita.

—Esa parte no se incorporó todavía al expediente. El informe provisional solo habla de promesas, correcciones e información pericial.

—Entonces lo escucharon detrás del espejo.

—El equipo y su abogada.

Celia se puso rígida.

—¿Está insinuando algo?

—No.

—Acaba de reducirlo a cuatro personas.
—También estaba Mara.
Todos me miraron.
—Yo estaba en el juzgado cuando se creó.
—La sesión remota podía haberse preparado antes.
—Cid acaba de decir que no era programada.
—Podía compartir acceso con alguien.
—No.
—Utilizar otro dispositivo.
—Los tienen todos.
—Eso creíamos del auricular.
—No.
—De la segunda cuenta.
—No.
—De la carpeta ANTES.
—No.
—De DESPUÉS.
—Basta.
Mi voz resonó en el apartamento.
Leire se quedó quieta.
—Yo no escribí eso.
—De acuerdo.
—No le pedí a nadie que lo hiciera.
—De acuerdo.
—No necesito que Lía cambie su versión.
La inspectora miró el texto.
—Eso todavía no lo sé.
Cid retiró el ordenador.
Se lo llevarían para analizar la intrusión.
Antes de salir, Leire se detuvo junto a mí.
—Quien creó ese archivo conoce la frase de la visita.
—Sí.
—Y sabe que la tercera versión importa.
—No existe.
—Todavía.
—Deje de decir esa palabra.

La inspectora abrió la puerta.

—A las setenta y dos horas casi todo existe ya, Mara.

—¿Y qué falta?

Leire miró mi mano sangrando bajo el pañuelo.

—Que alguien decida cuál de todas las versiones va a sobrevivir.

Se marchó.

La puerta volvió a cerrarse.

Celia y yo permanecimos en silencio.

—¿Cree que fui yo? —pregunté.

Mi abogada no respondió enseguida.

—Creo que no pudiste crear el archivo desde ese ordenador mientras estabas en la sala.

—No es lo que he preguntado.

—Es lo que puedo sostener.

—Siempre lo mismo.

—Sí.

Me acerqué a la ventana.

En el patio interior, una mujer regaba plantas en el edificio de enfrente. No podía verme a través del cristal oscuro.

—Lía dijo que una historia sale bien a la tercera —murmuré.

—Hablaba de una exposición del colegio.

—Lo sé.

—¿Utilizaste alguna vez esa frase con ella para otra cosa?

—No.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Completamente?

—Sí.

Celia recogió el pañuelo manchado de sangre.

—Entonces alguien la escuchó hoy.

—Sí.

—Alguien que estaba detrás del espejo.

—Sí.

—Eva. Mónica. Personal técnico. Tú. Yo.

—Y Nuria, en el pasillo.

—No sabemos cuánto oyó.

—Oyó lo último.

—Quizá más.

La miré.

—¿Cree que mi hermana está haciendo esto?

—No.

—Pero puede sostener que estaba allí.

—Mara.

—Solo digo que pudo escuchar.

—Hace tres horas acusaste a una empleada del hotel. Después a Ariadna. A Iván. A la policía. Ahora a Nuria.

—Alguien lo hizo.

—Sí.

—Y no fui yo.

Celia se sentó.

—Entonces deja que lo investiguen.

—Mientras esconden a mi hija.

—Precisamente para protegerla.

—Si fue Nuria, está con ella.

Mi abogada levantó la vista.

Había encontrado la única frase capaz de asustarla.

—No tienes ninguna prueba.

—Tampoco de que no fuera.

—No llames a nadie.

—No tengo teléfono.

—No intentes salir.

—Hay agentes fuera.

—No busques otra forma.

—¿Qué forma?

Celia sostuvo mi mirada.

—Siempre encuentras una.

Fue a la cocina a buscar otro pañuelo.

Yo me quedé junto a la ventana.

La carpeta DESPUÉS había demostrado que planeaba una vida sin Damián.

Eso me había mantenido libre.

La carpeta TERCERA VEZ demostraba que alguien planeaba una versión sin mí.

No sabía quién.

No sabía para qué.

Solo sabía que Lía estaba escondida en algún lugar, contando una historia a adultos que apuntaban cada cambio.

La primera vez había dicho que su padre cayó dos veces.

La segunda había dicho que dejaría de decirlo para que yo volviera.

La tercera todavía no existía.

Y, por primera vez desde la muerte de Damián, no era yo quien podía decidir cómo empezaría.

Capítulo 30 · Hora sesenta y nueve

Nuria escribió la tercera versión.

No el relato.

La amenaza.

La frase dentro de mi cuenta, la carpeta creada mientras yo estaba en el juzgado y aquel texto que parecía haber nacido para demostrar que alguien conocía mi manera de hablar.

La primera fue lo que oyó.

La segunda, lo que le hicieron recordar.

La tercera será lo que su madre necesite.

Leire regresó al apartamento a las ocho y cuarto de la noche. No llevaba a Cid ni una carpeta llena de fotografías. Entró sola, cerró la puerta y pidió a Celia que apagara el teléfono autorizado.

—Está intervenido —dijo mi abogada.

—No quiero que esta conversación salga de aquí todavía.

—¿Es una diligencia formal?

—No.

—Entonces no debería estar hablándole a mi clienta.

—No vengo a preguntarle nada.

Miré a la inspectora.

—¿Han encontrado el dispositivo?

—Sí.

—¿De quién era?

Leire no respondió inmediatamente.

Celia se levantó del sofá.

—No tiene que escuchar esto ahora.

—Sí.

—Mara.

—Quiero saberlo.

La inspectora dejó una hoja sobre la mesa. No era un informe pericial. Era una captura del registro de acceso.

La sesión se había iniciado desde un ordenador portátil conectado a una red doméstica. Debajo aparecía la dirección, parcialmente ocultada.

Reconocí la calle.

—Nuria.

Leire asintió.

No sentí sorpresa.

Sentí una confirmación.

Como si una parte de mí hubiera esperado que todos terminaran traicionándome en el orden correcto.

—¿Está detenida?

—No.

—Entró ilegalmente en mi cuenta.

—Ha reconocido que lo hizo.

—Creó una prueba falsa dentro de una investigación.

—No se considerará prueba contra usted.

—Ya la leyeron. Ya me preguntaron por ella. Ya estuvo dentro de una copia forense.

—Se dejará constancia de su origen.

—¿Y no la detienen?

—Su hermana no intentó atribuirle un delito concreto ni obtener un beneficio económico. La fiscal decidirá si su conducta tiene relevancia penal.

—Si lo hubiera hecho yo, estaría esposada.

Leire no lo negó.

—¿Cómo entró? —preguntó Celia.

—Mara había iniciado sesión en el portátil de Nuria meses atrás. El navegador conservaba un token de acceso. La modificación de la contraseña no cerró todas las sesiones antiguas.

—¿Por qué revisó la cuenta?

La inspectora me miró.

—Dice que buscaba fotografías de Lía.

Me reí.

Una sola vez.

—Mentira.

—Eso tendrá que explicarlo ella.

—¿Dónde está?

—En comisaría.

—Quiero verla.

—No se lo recomiendo.

—No le he pedido una recomendación.

Celia se interpuso.

—¿La señora Sanz puede hablar con su hermana según las medidas vigentes?

—Sí, mientras no utilicen la conversación para transmitir mensajes a la menor ni comentar su testimonio de forma que pueda llegarle.

—Toda esta conversación trata sobre el testimonio de Lía —dije.

Leire se quitó el abrigo.

—Precisamente por eso debe decidirlo con cuidado.

—Quiero verla.

—Nuria ha pedido hablar con usted.

Aquello me detuvo.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho.

—Entonces llévenos.

—No hace falta trasladarla. Está esperando abajo.

Celia me miró.

—¿La ha traído aquí?

—Lía está en otro lugar, acompañada por una agente y una profesional del equipo infantil. La dirección de este apartamento seguirá reservada.

—Pero Nuria ya la conoce.

—Ha venido en un vehículo sin recorrido visible y no lleva teléfono.

—Todos tienen más protección que yo —dije.

Leire abrió la puerta.

Nuria estaba en el pasillo.

No parecía una mujer que acabara de confesar una intrusión informática. Parecía mi hermana después de tres noches sin dormir. Llevaba el cabello recogido de cualquier manera, un abrigo marrón y la misma ropa con la que había visto a Lía salir del centro familiar.

Entró.

No intentó abrazarme.

Leire permaneció junto a la puerta.

—¿Quiere que estemos presentes? —preguntó Celia.

—Sí —respondimos Nuria y yo al mismo tiempo.

Mi hermana miró la mesa.

La hoja con su dirección.

El pañuelo manchado de sangre.

Los documentos de la comparecencia.

—No quería que pareciera que habías escrito tú el archivo.

—Lo creaste dentro de mi cuenta.

—Sabía que la policía lo vería.

—Exactamente.

—Quería que lo vieran.

—Entonces querías que pareciera mío.

—Quería que entendieran lo que estabas haciendo con Lía.

El nombre de mi hija cambió el aire de la habitación.

—No sabes lo que estaba haciendo.

—Estuve en el pasillo.

—No dentro.

—Oí suficiente.

—¿Qué?

—Que le prometiste volver. Que le hablaste de las dos caídas. Que discutiste con la psicóloga. Que cada vez que Lía decía algo que te asustaba, encontrabas una forma de contestarle sin parecer que la corregías.

—No estaba corrigiéndola.

—Le dijiste que la reconstrucción admitía dos fases.

—Para que supiera que no estaba equivocada.

—Tiene siete años.

—Y todos la tratan como si fuera una grabadora.

—Tú la tratas como si fuera la única persona capaz de abrirte la puerta.

Me levanté.

—No vuelvas a decir eso.

Nuria no retrocedió.

—Es verdad.
—Yo no necesito que Lía mienta.
—Necesitas que deje de decir algunas cosas.
—No.
—Desde la primera noche.
—Estaba confundida.
—No. Tú estabas asustada.
—Es lo mismo cuando tu hija acaba de ver a su padre muerto.
—No lo vio morir.
—Gracias a mí.
La frase salió con una dureza que no pretendía.
Nuria se quedó inmóvil.
Celia dio un paso.
—No continuemos por ahí.
—¿Gracias a ti? —preguntó mi hermana.
—La mantuve en su habitación.
—Después de decirle que estabas con ella cuando no era verdad.
—Estaba a pocos metros.
—En el descansillo.
—Eso ya lo he explicado.
—Lo explicaste cuando encontraron el audio.
Leire no se movía.
No tomaba notas.
No le hacía falta.
Todo lo que decíamos terminaría en algún lugar aunque fingiera que aquella conversación no era formal.
—¿Qué viste en mi cuenta? —pregunté.
Nuria miró a Celia.
—Las fotografías.
—¿Qué fotografías?
—Las de ANTES.
—No tenías derecho.
—Eran fotos que yo misma te había enviado.
—Algunas.
—La rodilla de la mudanza. El labio de antes de conocer a Damián. La muñeca del gimnasio.

—No pensaba utilizarlas.

—Les pusiste su nombre.

—Porque se parecían a cosas que me había hecho.

—No.

La palabra fue limpia.

—Tú no estabas en casa.

—Me contabas todo.

—No todo.

—Lo suficiente para saber cuándo mentías.

Sentí un calor inmediato en el rostro.

—Damián me agarraba.

—Sí.

—Me empujó.

Nuria tardó.

—Quizá.

—Me tiró del pelo.

—Eso nunca me lo dijiste antes de que muriera.

—Porque me daba vergüenza.

—Me contaste que revisaba tus cuentas, que te humillaba, que dormía con Ariadna y que te amenazaba con utilizar las firmas. ¿Pero te daba vergüenza decir que te tiraba del pelo?

—Las víctimas no cuentan todo en orden.

—No estoy diciendo que no te hiciera daño.

—Parece exactamente eso.

Nuria bajó la voz.

—Estoy diciendo que después de que muriera empezaste a necesitar que cada herida hubiera sido suya.

—Porque nadie cree el daño que no deja marca.

—Entonces utilizaste marcas de otros días.

—No las entregué.

—Las preparaste.

—Para el divorcio.

—¿Y si las hubieras necesitado?

No respondí.

Mi hermana asintió lentamente.

—Eso pensé.

—No sabes lo que habría hecho.

—No. Ese es el problema. Ya no sé qué habrías hecho.

Celia intervino:

—Nuria, acceder a la cuenta y crear un archivo para condicionar la investigación es una conducta muy grave.

Mi hermana la miró.

—¿Más grave que todo lo que había dentro?

—No es usted quien decide cómo debe interpretarse.

—Todos lo hacen. La policía, la fiscal, los periodistas, ella.

Me señaló.

—Yo solo quería dejar algo que no pudiera corregir.

—¿Por qué esas palabras? —preguntó Leire.

Era la primera vez que hablaba desde que Nuria había entrado.

Mi hermana se volvió hacia ella.

—Porque Lía dijo que una historia salía bien a la tercera.

—Hablaba de una tarea escolar.

—Lo sé.

—Entonces deformó una frase de la niña para acusar a su madre de manipularla.

—Para advertirles.

—¿De qué?

—De que Mara no necesita pedirle que mienta. Le basta con hacer que Lía crea que la verdad puede perderla.

No pude permanecer quieta.

Me acerqué hasta quedar frente a mi hermana.

—¿Le has dicho eso a Lía?

—No.

—¿Has hablado con ella de lo que recuerda?

—Intento no hacerlo.

—¿Intentas?

—Pregunta todo el tiempo.

—¿Y qué respondes?

—Que debe contar la verdad.

—¿Qué verdad?

—La suya.

—Eso también es influir.

—No le digo cuántas veces cayó.

—Pero sabe qué respuesta esperas.

Nuria apretó la mandíbula.

—No quiero que cambie nada para protegerte.

—Y yo no quiero que cambie nada para complacerte a ti.

—No tiene que complacerme.

—Te ha visto mirar cada vez que habla de mí. Te ha oído discutir con la policía. Te ha escuchado decir que yo podía haber hecho algo terrible.

—Nunca lo dije delante de ella.

—¿Estás segura?

Mi hermana guardó silencio.

—¿Completamente? —pregunté.

Celia pronunció mi nombre.

No aparté los ojos de Nuria.

—Te gusta hacer eso —dijo ella.

—¿Qué?

—Devolver las mismas preguntas. Las mismas palabras. Como si repetirlas hiciera que todos estuviéramos igual de confundidos.

—Tú has entrado en mi cuenta.

—Sí.

—Has creado una carpeta para que la policía creyera que yo manipulaba a mi hija.

—No quería que lo creyeran. Quería que lo vieran.

—Es lo mismo.

—No.

—¿Y el papel del colegio?

—No fui yo.

—Puedes demostrarlo.

—Estaba con Lía y dos agentes.

Leire asintió.

—Su coartada está comprobada.

—¿La fotografía del hotel?

—Tampoco.

—¿Las filtraciones?

—No.

—¿Cómo sabemos que no mientes?

Nuria me miró como si la pregunta la hubiera golpeado.

—No lo sabemos.

—Exacto.

—Eso querías escuchar, ¿verdad?

—Quiero saber quién intenta separarme de mi hija.

—No necesitas ayuda para eso.

La frase quedó entre las dos.

—¿Qué significa?

—Que cada vez que podrías callarte, hablas. Cada vez que podrías entregar algo, lo escondes. Cada vez que aparece una prueba, recuerdas un poco más. No es Leire. No es la fiscal. No soy yo. Eres tú.

Avancé.

Celia se interpuso antes de que pudiera acercarme más.

—Basta.

—No iba a tocarla.

—Entonces aléjate.

Lo hice.

No por Celia.

Porque Leire estaba observando mis manos.

—¿Por qué pediste hablar conmigo? —pregunté.

Nuria miró hacia la ventana.

—Porque no quiero que te enteres por un informe.

—¿De qué?

No respondió.

El miedo llegó antes de la explicación.

—¿Qué ha dicho Lía?

—Nada nuevo sobre la caída.

—Entonces ¿qué?

—Ha empezado a tener pesadillas.

—Su padre está muerto.

—Sí.

—Es normal.

—Se despierta diciendo que no quiere que nadie vuelva a levantarse.

La grabación.
Mi voz.
No intentes levantarte.
—Lo escuchó aquella noche —dije.
—Puede.
—No se lo he contado.
—No.
—Entonces no tiene que ver conmigo.
—Dice que en el sueño tú sostienes una casa pequeña.
Celia cerró los ojos.
Leire permaneció inmóvil.
—Ha visto el dibujo —dije—. La policía le mostró la escultura. La televisión también.
—Sí.
—Entonces está mezclando cosas.
—Probablemente.
—¿Por qué me lo cuentas?
—Porque cuando se despierta pregunta si tú querías que papá se quedara abajo.
La habitación perdió profundidad.
—No entiende lo que pregunta.
—Tiene siete años. Entiende algunas cosas y otras no.
—¿Qué le respondiste?
—Que no lo sabía.
—Deberías haberle dicho que no.
—¿Por qué?
—Porque soy su madre.
—Eso no responde.
—Porque no quería que Damián muriera.
Nuria me observó.
—¿No?
—No.
—¿Nunca?
—No.
—Hay una grabación donde dices que preferirías verlo muerto.
—Durante una discusión preparada por él.

—Y otra frase sobre la escalera.
—Porque estaba rota.
—Y una carpeta con una vida sin Damián.
—Una separación.
—Y una primera versión abierta antes de que cayera.
—Para registrar la discusión.
—Mara.
—¿Qué quieres de mí?
Mi hermana respiró hondo.
—Que me mires y me digas si lo empujaste.
Celia intervino inmediatamente:
—No responda.
—No estoy declarando ante la policía —dijo Nuria.
—La inspectora está presente.
Leire abrió la puerta.
—Puedo salir.
—No cambiaría nada —respondió Celia—. La conversación podría utilizarse igualmente si existe una manifestación espontánea.
—No me importa —dije.
Mi abogada se volvió.
—A mí sí.
Miré a Nuria.
—No empujé a Damián.
—¿Lo golpeaste con la casa?
—No.
—¿La cogiste en el descansillo?
—No.
—¿La tocaste?
La pregunta era más difícil.
—Pude rozarla.
—¿Lo ayudaste?
—Intenté hacerlo.
—¿Le diste la mano?
—No.
—Él te la pidió.
—Ariadna dice eso.

—Lía también.
—Lía repite cosas.
—¿De quién?
—De todos.
—¿También de ti?
—Sí.
La respuesta sorprendió a Celia.
A Nuria no.
—Entonces sabes que la has influido.
—Todos lo hemos hecho.
—Pero tú eres quien necesita que una versión te deje volver.
—Necesito que diga la verdad.
—¿Cuál?
—Que no vio nada.
—Eso es cierto.
—Entonces basta.
—Oyó.
—No vio.
—Te oyó regresar antes de la segunda caída. Te oyó decir que estabas con ella. Oyó a Damián pedirte algo. Después escuchó su cuerpo bajar.
—No sabe qué significa.
—Tú sí.
—Significa que perdió el equilibrio.
—¿Sin que lo tocaras?
—Sí.
—¿Después de que tiraras de tu brazo?
—Sí.
—¿Inmediatamente?
No respondí.
Mi hermana se acercó un poco.
—Eso es lo único que quiero saber.
—Ya lo he explicado.
—No. Has explicado que te soltaste, caminaste hacia la habitación y él intentó seguirte. Pero tu primera nota decía «tiro y cae».

—El dictado omitió palabras.

—¿Cuántas?

—No sé.

—¿Una? ¿Dos? ¿Toda la parte donde te alejabas?

—Estaba resumiendo.

—Entonces dime cuánto tiempo pasó.

—No lo sé.

—¿Un segundo?

—No.

—¿Cinco?

—Puede.

—¿Llegaste a la puerta de Lía?

—Sí.

—¿Lo viste ponerse de pie?

—No.

—¿Escuchaste pasos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos o tres.

—La escalera empieza a más distancia.

—Estaba desorientado.

—¿O no te habías alejado tanto?

Celia levantó la voz.

—Se acabó.

Nuria no apartó los ojos de mí.

—No quiero que Lía crezca pensando que una verdad suya te quitó de su lado.

—Entonces deja que vuelva.

—No puedo.

—Tú sí puedes.

—La jueza decide.

—Tú tienes la custodia provisional. Tú haces informes. Tú cuentas cómo duerme, qué dice, cuándo llora. Cada palabra tuya pesa.

—Y cada palabra tuya cambia.

—¿Qué quieres? ¿Que renuncie a ser su madre porque tienes miedo?

—Quiero que dejes de utilizar ser su madre como respuesta para todo.

—Damián iba a quitármela.

—Sí.

—Tú lo sabías.

—Parte.

—Y no me avisaste.

—Me equivoqué.

—Ahora vuelves a decidir por mí.

—Por Lía.

—No eres su madre.

La frase volvió.

La misma de la llamada.

Esta vez Nuria no guardó silencio.

—Ahora mismo soy la persona que consigue que duerma.

—Porque no me dejan estar.

—Soy la que la lleva al baño cuando se despierta diciendo que su padre sigue en la escalera. La que apaga la televisión. La que comprueba las ventanas. La que escucha cómo pregunta si decir dos veces hará que no vuelvas.

—Porque tú no le explicas que no depende de ella.

—Se lo explico cada día.

—No te cree.

—Porque tú le prometiste volver.

—Voy a volver.

Nuria cerró los ojos.

—No lo sabes.

—Sí.

—No.

—No maté a Damián.

Mi hermana abrió los ojos.

—No sé si te creo.

Aquello fue más doloroso que cualquier orden judicial.

—Entonces vete.

—Mara.

—Vete con mi hija y cuéntale otra vez que no sabes si su madre mató a su padre.

—Nunca le he dicho eso.

—No necesitas decirlo. Le basta con mirarte.

Nuria cogió su abrigo.

Celia hizo una señal a Leire para que abriera la puerta.

Mi hermana caminó hacia ella, pero se detuvo antes de salir.

—Yo escribí el archivo —dijo—. Lo admitiré ante la jueza. Si eso te ayuda a desacreditar parte de la investigación, úsalo.

—No necesito tu ayuda.

—Sí.

—No.

—Toda tu defensa consiste en demostrar que los demás también contaminamos la verdad.

La miré.

—Y acabas de hacerlo.

—Lo sé.

—Entonces ya no pueden confiar en ti como cuidadora.

El miedo apareció por primera vez en su cara.

Pequeño.

Real.

—No utilices esto para quitarme a Lía.

—Es mi hija.

—Y está segura conmigo.

—Has entrado en una cuenta intervenida y manipulado una investigación.

—Para protegerla.

—Eso digo yo de todo.

Nuria se quedó inmóvil.

Por fin había entendido.

La misma frase podía servirnos a las dos.

Celia se acercó.

—La custodia provisional será revisada si la fiscal considera que esta conducta afecta a su idoneidad. No lo decidirá Mara.

—Pero puede solicitarlo.

—Sí.

Mi hermana me miró.

—¿Vas a hacerlo?

No respondí.

—Mara.

—No sé.

—Sí sabes.

—Dependerá de lo que digas.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

Celia dio un paso rápido.

—No.

—No la estoy amenazando.

—Acaba de condicionar una decisión de custodia a lo que declare.

—He dicho que dependerá.

—Es lo mismo.

Nuria me observó con una tristeza nueva.

—Damián también hablaba así.

La frase me atravesó.

—Fuera.

—Mara—

—Fuera.

Leire acompañó a mi hermana al pasillo.

Antes de cerrar, miró a Celia.

—Necesito hablar con usted.

Las dos salieron.

Me quedé sola.

No intenté escuchar detrás de la puerta.

No hacía falta.

Sabía qué estaban discutiendo.

Nuria había contaminado una cuenta intervenida, introducido una frase dentro de la investigación y utilizado información obtenida durante una visita protegida. Celia argumentaría que su declaración sobre Lía ya no podía considerarse neutral. Leire diría que aquello no cambiaba lo que la niña había dicho antes.

Y yo pensaría en cómo utilizarlo.

No porque quisiera.

Porque ya no sabía hacer otra cosa.

La puerta se abrió diez minutos después.

Celia entró sola.

—Nuria prestará declaración formal.

—Bien.

—No significa que pierda la custodia provisional.

—Debería.

—No.

—Ha manipulado pruebas.

—Ha creado un archivo. No ha falsificado una grabación, una fotografía ni una prueba física.

—Quería que pareciera mío.

—Dice que quería dejar una advertencia visible para los investigadores.

—Eso es peor.

—Es torpe, invasivo y potencialmente delictivo. Pero no demuestra que Lía esté en peligro con ella.

—Demuestra que está obsesionada conmigo.

—Todos en este caso lo están.

Me senté.

—¿La jueza sabrá que oyó la visita?

—Sí.

—Entonces su relato sobre cómo reaccionó Lía queda contaminado.

—En parte.

—Todo queda contaminado cuando me perjudica a mí.

—No funciona así.

—Claro que sí. Ariadna miente, pero la creen en parte. Nuria entra en mi cuenta, pero la creen en parte. Lía mezcla cosas, pero la creen en parte. Yo cambio una frase y todo lo mío se convierte en mentira.

—Porque eres la investigada.

—Y también la única que estaba allí.

Celia dejó su bolso.

—Exactamente.

La forma de decirlo me hizo levantar la vista.

—¿Qué?

—Nuria ha cometido una estupidez que nos ayuda jurídicamente. El archivo TERCERA VEZ queda neutralizado. Podemos cuestionar cualquier información que haya circulado desde el centro familiar y reforzar que la memoria de Lía está siendo presionada por todos los adultos.

—Entonces es bueno.

—Para tu defensa, sí.

—¿Y qué más importa?

Mi abogada no respondió.

—Celia.

—Importa que tu primera reacción haya sido pensar cómo quitarle la custodia.

—Es mi hija.

—Importa que hayas intentado condicionar lo que Nuria declarará.

—No la amenacé.

—Utilizaste una consecuencia como palanca.

—Ella hizo lo mismo conmigo.

—Eso no lo mejora.

Me levanté.

—¿De qué lado está?

—Del que impida que te destruyas mientras intento defenderte.

—No necesito que me juzgue.

—No. Para eso ya hay demasiadas personas.

—Entonces no lo haga.

Celia abrió la carpeta de la defensa.

Sacó la copia del documento PRIMERA VERSIÓN.

—La declaración de Nuria va a debilitar parte del relato infantil. Pero no cambia esto.

—El dictado se equivocó.

—Ni el auricular.

—No grababa.

—Ni tu sangre en la escultura.

—De la mañana.

—Ni el título creado antes de la caída.

—De la separación.

—Ni los noventa y cuatro segundos.

—Damián cayó solo.

—Sí.

La respuesta llegó demasiado rápido.

—¿Sí qué?

—Que esa seguirá siendo la defensa.

—No parece convencida.

—No necesito estarlo.

—Siempre vuelve a lo mismo.

Celia guardó el documento.

—Leire quiere realizar una última reconstrucción mañana por la mañana.

—No.

—No necesita tu participación.

—¿Entonces por qué me lo cuenta?

—Porque después quiere hablar contigo.

—No declararé.

—Lo sé.

—¿Qué reconstrucción?

—La segunda caída.

—Ya la hicieron.

—Con maniquíes.

—¿Y ahora?

Mi abogada tardó.

—Con una persona de altura y peso similares a los de Damián, sujeta por arnés. Quieren medir la posición de las manos, el alcance desde los peldaños superiores y el movimiento necesario para que pierda el equilibrio desde el descansillo.

—Buscan el punto dieciséis.

—Sí.

—No lo encontrarán.

—Eso esperamos.

—No existe.

—Eso defendemos.

Me acerqué a la ventana.

La mujer del edificio de enfrente ya no regaba las plantas. Todas las luces estaban apagadas.

—Nuria quiere que crea que puedo haberlo hecho.

—Nuria quiere proteger a Lía.

—De mí.

—De la incertidumbre.

—Es lo mismo.

—No.

—Para una madre sí.

Celia recogió las hojas que seguían sobre la mesa.

—Intenta dormir.

—No puedo.

—Mañana será largo.

—¿Cuánto falta?

—Para qué.

—Para las setenta y dos horas.

Mi abogada miró el reloj.

—Tres horas.

El límite que la policía repetía desde el principio.

Setenta y dos horas.

El tiempo suficiente para que una casa dejara de ser una casa.

Para que una hija se convirtiera en testigo.

Para que una hermana entrara en una cuenta privada y colocara una acusación dentro.

Para que una mentira tuviera tantas correcciones que ya nadie recordara la frase original.

—¿Qué ocurre cuando se cumplan? —pregunté.

—Nada automático.

—Leire dijo que a las setenta y dos horas casi todo existe.

—Leire habla así para asustarte.

—¿Y lo consigue?

Celia guardó silencio.

—¿Cree que encontrarán el movimiento?

—No lo sé.

—Yo sí.

—Claro.

—No pueden encontrar algo que no ocurrió.

Mi abogada se dirigió al dormitorio.

—Duerme.

—Celia.

Se detuvo.

—Nuria ha dicho que no sabe si me cree.

—Lo he oído.

—¿Y usted?

No se volvió.

—Mañana sabremos si sigue importando.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

Me quedé en la sala.

No encendí ninguna pantalla.

No había teléfono.

No había ordenador.

No quedaba ninguna cuenta donde pudiera escribir lo que estaba pensando.

A las once y cincuenta y cinco, se cumplieron las setenta y dos horas desde la primera caída.

No ocurrió nada.

Ningún agente llamó a la puerta.

Ninguna jueza dictó una resolución.

Ningún archivo apareció dentro de una nube.

Solo escuché el frigorífico, una tubería detrás de la pared y mi propia respiración.

Pensé en Nuria.

En su portátil abierto.

En la frase escrita para que la policía la encontrara.

Había utilizado una mentira para proteger a Lía de mis mentiras.

Eso era lo que creía.

Eso era lo que diría.

Y por primera vez desde que murió Damián, alguien había hecho exactamente lo mismo que yo sin necesitar que se lo enseñara.

A las doce y tres llamaron a la puerta.

Tres golpes.
Celia salió del dormitorio.
Leire esperaba en el pasillo.
No llevaba abrigo.
Tampoco carpeta.
—¿Qué ocurre? —preguntó mi abogada.
La inspectora me miró.
—Hemos encontrado el movimiento.
Nadie respiró.
—¿Cuál? —pregunté.
Leire sostuvo mi mirada.
—El que faltaba.

Capítulo 31 · Hora setenta y dos

El movimiento no estaba en el audio.

Estaba en la sangre.

Leire no quiso explicarlo en el pasillo. Esperó a que cerráramos la puerta del apartamento y pidió permiso para utilizar el televisor. Celia se colocó delante de mí antes de responder.

—¿Tiene una orden para practicar alguna diligencia?

—No necesito que Mara participe.

—Entonces puede comunicar el resultado mañana.

—La fiscal solicitará una comparecencia urgente a primera hora.

—Acabamos de terminar una.

—Esto es nuevo.

—Todo es nuevo cuando quieren volver a encerrarla.

Leire sostenía una memoria externa en la mano. No llevaba carpeta, pero aquello era peor. Las carpetas contenían palabras. Una memoria podía contener cualquier cosa.

—Quiero verlo —dije.

Celia se volvió.

—No.

—Ha venido a enseñármelo.

—Ha venido a observarte mientras lo ves.

La inspectora no lo negó.

—No tiene que responder —dijo—. Ni hacer comentarios.

—Nunca tengo que hacerlo hasta que empiezo.

—Mara.

—Quiero verlo.

Mi abogada cerró los ojos durante un instante.

—No hablarás.

—No.

—Ni explicarás.

—No.

—Ni corregirás la reconstrucción.

—No.

Celia miró a Leire.

—Continúe.

La inspectora conectó la memoria al televisor.

Apareció nuestra escalera.

No una fotografía.

Una imagen tridimensional construida con miles de puntos. El salón, el tramo inferior, el descansillo y los peldaños superiores estaban representados con una precisión que volvía irreales las cosas verdaderas. Podía girarse la casa, atravesar las paredes y observar la escalera desde lugares donde nunca había existido una persona.

Leire movió la imagen hasta situarnos sobre el descansillo.

—Las primeras fotografías se tomaron con el cuerpo todavía en la planta baja y con parte de la escena contaminada por las maniobras sanitarias —explicó—. El levantamiento posterior permitió separar marcas que inicialmente parecían un único patrón.

Celia permanecía de pie.

Yo me senté en el borde del sofá.

La imagen se acercó a la barandilla.

Apareció la sangre de Damián en la cara interior del pasamanos. No era una mancha redonda. Era una línea irregular, más gruesa al principio y fina al final.

—La mano derecha se apoyó aquí —dijo Leire—. La dirección de la transferencia va de abajo arriba.

—Intentó levantarse —dije.

Celia me miró.

Habían pasado menos de treinta segundos.

—No vuelvas a hablar.

Leire continuó como si no me hubiera oído.

—La muñeca derecha estaba lesionada, pero conservaba movilidad. El patrón indica que cargó peso sobre esa mano. Los dedos avanzaron aproximadamente nueve centímetros antes de cerrar el agarre.

En la pantalla apareció una mano digital sobre la barandilla.

Después una figura con la altura y el cuerpo de Damián.

Estaba de rodillas.

Una pierna doblada bajo el cuerpo.

El pie derecho, todavía calzado, apoyado cerca del inicio del tramo inferior.

El izquierdo, solo con el calcetín, situado detrás.

—La marca de la rodilla y la impresión parcial del calcetín nos permiten aproximar la posición —dijo Leire—. No estaba orientado hacia el tramo inferior.

La figura miraba hacia arriba.

Hacia mí.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Celia.

—Sabíamos que había intentado incorporarse. No hacia dónde.

Leire giró el modelo.

Damián quedaba frente a los peldaños superiores. La escalera inferior empezaba a su derecha, casi detrás de él.

—Desde esta posición —continuó—, una pérdida súbita de equilibrio produce tres resultados principales: caída hacia atrás sobre el descansillo, desplazamiento lateral contra la pared o descenso parcial con la cadera golpeando los primeros escalones.

—¿Parcial? —preguntó Celia.

—El cuerpo no adquiere la orientación ni la velocidad necesarias para reproducir las lesiones del tramo inferior.

—El especialista anterior admitió una segunda caída accidental.

—Con una posición distinta.

—¿Por qué la cambian ahora?

Leire amplió la huella del calcetín.

Una mancha tenue, alargada, con una zona más oscura cerca de la punta.

—Esto se interpretó inicialmente como una impresión estática. El nuevo tratamiento revela un arrastre de cuatro centímetros hacia el tramo superior.

—¿Qué significa?

—Que Damián estaba impulsándose hacia Mara.

La figura digital se movió.

La rodilla subió.

La mano derecha tiró de la barandilla.

El pie izquierdo avanzó.

Damián intentaba levantarse mirando hacia arriba.

—O seguirla —dije.

Celia no necesitó corregirme.

Su cara bastó.

Leire pausó el movimiento.

—Sí. Podía intentar pedir ayuda, impedir que se marchara o seguirla. La intención no puede determinarse con una huella.

—Entonces ¿qué han encontrado? —preguntó mi abogada.

La inspectora cambió la imagen.

Apareció la camisa de Damián.

Fotografiada desde atrás.

En la zona del hombro izquierdo había una franja oscura que no había visto en las primeras imágenes. No era sangre abundante. Parecía una sombra irregular sobre la tela azul.

—La camisa se analizó de nuevo después de recuperar partículas de bronce en la mano de Mara —explicó—. Encontraron fibras grises y una transferencia hemática muy débil en el hombro.

—Mi clienta llevaba un camisón gris y realizó maniobras de reanimación —dijo Celia.

—Las compresiones fueron sobre el pecho.

—Los sanitarios giraron el cuerpo.

—Sí.

—Mara también pudo tocarle la espalda al intentar moverlo.

—Dijo que no lo hizo.

—Ha ofrecido explicaciones incompletas. Eso no permite fechar cada fibra.

—No.

Leire amplió la fotografía.

Las fibras grises aparecían atrapadas bajo una arruga de la camisa, cerca de la costura del hombro.

—La transferencia se produjo mientras la tela estaba sometida a presión —dijo—. No cayó simplemente encima.

—¿Con qué intensidad?

—No puede cuantificarse.

—¿Una mano apoyándose?

—Sí.

—¿Un abrazo?

—También.

—¿Un intento de sujetarlo para que no cayera?

—Es posible.

—Entonces sigue sin demostrar un empujón.

—La fibra sola no.

Leire volvió al modelo tridimensional.

La figura de Damián estaba orientada hacia arriba.

Añadió una segunda silueta.

Más pequeña.

La mía.

Dos peldaños por encima.

Llevaba el brazo izquierdo extendido. Damián sujetaba la manga.

La representación no tenía rostro.

Aun así, sabía que me miraba.

—Las fibras bajo las uñas de la mano izquierda de Damián, la posición del hematoma y el audio permiten reconstruir un agarre —dijo Leire—. Él estaba abajo. Mara, arriba. Damián utilizó la mano derecha para levantarse y la izquierda para sujetarla.

—Eso coincide con la declaración —respondió Celia.

—Hasta aquí.

La imagen comenzó a moverse.

La silueta de Mara tiró del brazo.

Damián perdió momentáneamente el apoyo de la mano izquierda, pero la derecha continuó cerrada sobre la barandilla. Su cuerpo se desplazó hacia arriba y después cayó sobre la rodilla.

No hacia el tramo inferior.

La simulación se repitió con más fuerza.

Mismo resultado.

Tercera vez.

La silueta se alejaba subiendo.

Damián soltaba la tela, quedaba inclinado y terminaba apoyado contra la pared.

—Son simulaciones —dijo Celia—. No personas.

—También hicimos pruebas con un especialista sujeto por arnés.

Apareció un vídeo.

La escalera real.

Un hombre de complexión similar a Damián llevaba casco, protecciones y un arnés unido a dos cables. Se colocó en el descansillo, de rodillas, con la mano derecha en la barandilla. Otra persona, vestida con un mono gris, permanecía dos peldaños más arriba.

El hombre sujetó la manga.

La mujer tiró.

Él se desequilibró hacia ella.

Repitieron.

Más rápido.

Esta vez cayó de lado, pero el arnés lo detuvo antes de golpearse.

Nunca hacia abajo.

—Que una recreación no lo consiga no significa que sea imposible —dijo Celia.

—No.

—Damián estaba herido, medicado, había bebido y tenía una muñeca lesionada.

—Incluimos esas limitaciones reduciendo la fuerza de agarre y el apoyo.

—No pueden reproducir un traumatismo craneal.

—No.

—Ni la desorientación.

—No.

—Entonces el ensayo tiene un valor limitado.

—Por sí solo.

Leire cambió de archivo.

Apareció la barandilla desde arriba.

La mancha de la mano derecha de Damián terminaba de manera abrupta. Junto al final había cuatro pequeñas líneas de sangre, separadas entre sí, como arañazos.

—Los dedos se cerraron —dijo la inspectora—. Después se abrieron.

—Podía perder la fuerza.

—Sí.

—La muñeca estaba lesionada.

—Sí.

—Entonces cayó.

—La apertura no fue progresiva.

Celia se cruzó de brazos.

—Explíquelo.

—Cuando una persona pierde fuerza, los dedos dejan de ejercer presión de manera gradual. La transferencia se alarga o se debilita. Aquí encontramos cuatro marcas cortas hacia el exterior.

Leire reprodujo una animación.

Los dedos de la figura digital se separaban de la madera de golpe.

No porque dejaran de agarrar.

Porque algo los desplazaba.

—¿Qué podría hacerlo? —preguntó Celia.

—Un movimiento brusco del cuerpo.

—Una convulsión.

—No hay indicios.

—Un espasmo.

—Es posible.

—La barandilla cediendo.

—El desplazamiento registrado fue lateral, no descendente.

—¿Registrado cómo?

Leire señaló una pequeña astilla levantada bajo el pasamanos.

—La uña del índice dejó una marca fresca en la madera al salir hacia fuera.

—¿Y?

—La mano no se abrió porque el cuerpo cayera. El cuerpo empezó a caer después de que la mano se abriera.

El silencio llenó el apartamento.

—¿Cómo puede saber el orden? —preguntó Celia.

—La sangre del dedo se deposita sobre una zona de madera que después recibe una transferencia del antebrazo durante el giro. Primero salen los dedos. Después el brazo cruza.

—Eso sigue sin decir qué abrió la mano.

—No.

Leire avanzó el vídeo de la reconstrucción.

Esta vez la mujer vestida de gris no se limitaba a retirar su manga.

Apoyaba una mano sobre el hombro del hombre.

La otra cerca del antebrazo derecho.

Un movimiento corto.

No un golpe.

Una torsión.

El hombro giraba hacia el tramo inferior mientras el brazo se separaba de la barandilla.

El cuerpo adquiría la orientación correcta.

El arnés se tensó.

El hombre quedó suspendido sobre los primeros peldaños.

—Ese es el movimiento —dijo Leire.

Nadie habló.

La inspectora repitió el vídeo.

La mujer gris inclinándose.

Una mano en el hombro.

La otra abriendo o desplazando el brazo.

Un giro breve.

Menos de un segundo.

Damián orientado hacia abajo.

—No hay prueba de que Mara colocara las manos así —dijo Celia.

—Hay fibras de su camisón en el hombro.

—Y ninguna huella identificable en la manga.

—La tela no conserva huellas dactilares útiles.

—¿Hay sangre de Mara allí?

—Una cantidad mínima, mezclada con la de Damián.

—La mano de mi clienta sangraba.

—Sí.

—Pudo intentar sujetarlo.

—Sí.

—Entonces el mismo patrón que usted interpreta como un empujón puede proceder de un intento de evitar la caída.

Leire dejó el vídeo detenido justo antes de que el arnés se tensara.

—Si intentaba evitarla, la presión tendría la dirección contraria.

—En una situación real no se empuja ni se tira de forma perfecta.

—No.

—Podía colocar la mano en el hombro, notar que él caía y apretar sin conseguir detenerlo.

—Sí.

—¿Entonces?

—La mano derecha.

—¿Qué ocurre con ella?

—Mara declaró que Damián le sujetaba el brazo izquierdo.

—Sí.

—Para que él soltara la barandilla, alguien tuvo que desplazar su mano derecha o provocar una rotación suficiente para arrancarla.

—Pudo soltarla solo.

—La marca de la uña indica que intentó conservar el agarre.

—Hasta que no pudo.

—Exacto.

Celia se acercó a la pantalla.

—¿Existe una lesión en la mano de Damián compatible con que otra persona separara sus dedos?

—No.

—¿Marcas en su antebrazo?

—Varias, pero pueden proceder de la caída.

—¿ADN de Mara bajo la muñeca derecha?

—No concluyente.

—¿Algún testigo que viera el movimiento?

—No.

—¿Audio de contacto?

—Solo el roce.

—Entonces han encontrado un movimiento necesario, no quién lo produjo.

Leire me miró.

—Solo había dos personas en el descansillo.

—Eso afirma la investigación —dijo Celia.

—Ariadna estaba fuera.

—Y admite que no vio el instante.

—Iván estaba lejos.

—Sí.

—Lía estaba en la habitación.

—Sí.

—Queda Mara.

Mi abogada apagó el televisor.

La pantalla se volvió negra.

Nuestro reflejo sustituyó a la escalera.

—No queda Mara —dijo—. Queda una hipótesis biomecánica que no puede excluir una pérdida de fuerza, una desorientación, una reacción involuntaria ni un intento fallido de ayuda.

—No creo que quisiera ayudarlo.

—Su creencia no es una prueba.

—No.

Leire seguía mirándome en el reflejo.

—Pero ya no creo que Damián cayera solo.

Celia retiró la memoria del televisor.

—Nos veremos ante la jueza.

—Sí.

—Mi clienta no declarará.

—Eso sería lo más prudente.

—No necesito sus consejos.

La inspectora cogió el dispositivo.

—Hay otra cosa.

Mi abogada soltó el aire.

—Por supuesto.

—El movimiento permite establecer desde qué posición se produjo la segunda caída.

—Ya lo ha explicado.

—Mara estaba más cerca de Damián de lo que ha declarado.

—¿Cuánto?

—Como máximo, un peldaño por encima.

—Ariadna la sitúa dos o tres.

—Ariadna observaba desde un ángulo parcial.

—Exacto.

—La transferencia del hombro requiere alcance.

—Mi clienta mide un metro setenta y tres. Puede alcanzar desde dos peldaños.

—No con el codo flexionado como indica la dirección de las fibras.

—No pueden saber cómo tenía el codo.

—La abrasión de la palma sí.

Miré mi mano vendada.

—¿Qué tiene que ver?

—La zona sin pátina de la escultura y la distribución de partículas muestran que la sujetó con la mano derecha. La lesión se abrió durante un deslizamiento.

—Por la mañana —dijo Celia.

—O en el descansillo.

—Seguimos igual.

—No.

Leire abrió una fotografía en su teléfono.

La casa de bronce.

En la base aparecía una pequeña línea de sangre.

La mía.

—La transferencia en el hombro de Damián contiene, además de fibras grises, una partícula de la misma pátina.

Sentí que el suelo se alejaba.

—Eso puede transferirse desde mi mano —dije.

Celia cerró los ojos.

Ya había vuelto a hablar.

—Sí —respondió Leire—. Si tocó la escultura y después el hombro.

—Entonces intenté sujetarlo.

—Puede.

—No demuestra que lo golpeara.

—No.

—Ni que lo empujara.

—No por sí sola.

—Entonces no han encontrado el punto dieciséis.

La inspectora guardó el teléfono.

—Hemos encontrado una mano de Mara sobre el hombro de Damián en el instante anterior a la segunda caída.

—Han encontrado una partícula —dijo Celia.

—En una transferencia por presión.

—Que puede proceder de un intento de ayuda.

—Sí.

—Entonces deje de presentarlo como una acción homicida.

Leire me observó.

—Eso depende de lo que hizo la otra mano.

El apartamento quedó en silencio.

—¿Qué otra mano? —pregunté.

—La izquierda.

—Damián me sujetaba.

—Sí.

—Entonces estaba tirando de mi brazo.

—Sí.

—No podía utilizarla para empujarlo.

—No.

—¿Entonces?

La inspectora señaló mi hematoma.

—Su brazo izquierdo estaba atrapado. Su mano derecha había tocado la escultura y después presionó el hombro de Damián.

—Para apartarlo.

La frase salió antes de que pudiera detenerla.

Celia se volvió hacia mí.

Leire no parpadeó.

—¿Apartarlo de qué? —preguntó.

—De mí.

—Dijo que solo tiró del brazo.

—Eso recordaba.

—Mara —dijo Celia.

—Me agarraba. Estaba sangrando. Intentaba levantarse. Yo quería volver con Lía.

—¿Puso la mano sobre su hombro? —preguntó Leire.

Mi abogada se interpuso.
—No responderá.
—Ya lo ha hecho.
—Ha formulado una explicación hipotética.
—No sonaba hipotética.
—No importa cómo sonara.
La inspectora no apartaba los ojos de mí.
—¿Lo empujó para que la soltara?
—No.
—¿Lo apartó?
—No sé.
—Acaba de decirlo.
—He dicho que podía hacerlo.
—Ha dicho «para apartarlo».
—Porque es una posibilidad.
—¿La recordó al ver el vídeo?
—No.
—¿Como recordó la escultura al encontrar partículas?
—No.
—¿Como recordó las zapatillas cuando apareció la huella?
—Basta —dijo Celia.
Leire continuó:
—¿Puso la mano derecha sobre el hombro de Damián?
No respondí.
—¿Sí o no?
—No declarará.
—Mara.
—Me estaba agarrando.
La frase no era una respuesta.
Lo era.
—¿Lo empujó? —preguntó.
—Quería que me soltara.
Celia cerró los ojos.
La inspectora permaneció inmóvil.
—Eso tampoco responde.
—No quería que cayera.

Las palabras salieron solas.
No porque fueran verdad.
Porque eran las únicas que quedaban.
—¿Lo empujó? —repitió Leire.
Miré la pantalla apagada.
La mujer gris.
El hombro.
La mano separándose de la barandilla.
El cuerpo girando.
Menos de un segundo.
—Le puse la mano encima —dije.
Celia se llevó los dedos a la frente.
—¿Dónde?
—En el hombro.
—¿Con qué intención?
—Apartarlo.
—¿Con qué fuerza?
—No sé.
—¿Se movió?
—Sí.
—¿Hacia el tramo inferior?
—No lo pensé.
—¿Cayó inmediatamente?
—Perdió el equilibrio.
—¿Después de que usted lo empujara?
—Después de que intentara soltarme.
—No es lo mismo.
—Estaba asustada.
—¿Le separó la mano derecha de la barandilla?
—No.
—¿La golpeó?
—No.
—¿La empujó con el antebrazo?
—No.
—Entonces ¿cómo se abrió?
—Al girar.

—Porque usted presionó el hombro.
—Para que me soltara.
—Y cayó.
—Sí.
La palabra quedó en la habitación.
Celia se sentó.
No por cansancio.
Como si las piernas hubieran dejado de sostenerla.
Leire habló más despacio.
—¿Lo empujó por la escalera?
—No.
—Acaba de admitir un empujón.
—No hacia la escalera.
—¿Hacia dónde?
—Hacia un lado.
—El lado era el tramo inferior.
—No lo vi.
—Vivía en esa casa.
—Estaba mirando su cara.
—¿Qué hizo cuando empezó a caer?
No respondí.
—¿Intentó agarrarlo?
—Sí.
—¿Con qué mano?
—La derecha.
—La misma que tenía sobre su hombro.
—Sí.
—¿Alcanzó la camisa?
—No.
—¿La barandilla?
—No.
—¿Gritó?
—No sé.
—¿Pidió ayuda?
—Lía estaba arriba.
—¿Por qué no llamó inmediatamente?

—Estaba en shock.

—¿Por qué escribió una versión?

—Porque sabía cómo parecía.

—¿Por qué borró el movimiento?

—No lo borré.

—«Tiro y cae» se convirtió en «intento ayudar».

—El dictado estaba mal.

—Pero ahora admite que lo apartó y cayó.

—No quise tirarlo.

Leire se quedó en silencio.

La frase que esperaba ya estaba allí.

No necesitaba nada más.

Celia se levantó de golpe.

—La conversación ha terminado. Cualquier manifestación se ha producido sin lectura de derechos, fuera de una diligencia formal y después de que la inspectora afirmara expresamente que no venía a interrogar.

—La señora Sanz conoce sus derechos.

—No basta.

—Su abogada estaba presente.

—Y he indicado repetidamente que no respondería.

—Respondió de forma espontánea.

—Después de una reconstrucción diseñada para provocar una reacción.

Leire recogió la memoria.

—La fiscal solicitará que declare ante la jueza.

—No lo hará.

—Entonces incorporaré lo que acaba de decir.

—Lo impugnaré.

—Por supuesto.

Me puse de pie.

—No lo empujé para matarlo.

Celia se volvió.

—Cállate.

Era la primera vez que me hablaba así.

Obedecí.

Leire abrió la puerta.

—Eso ya no es lo que necesitamos decidir esta noche.

—¿Qué necesitan? —pregunté.

Mi abogada me agarró del brazo.

La inspectora miró la venda de mi mano.

—Si fue una reacción para liberarse.

Después miró el lugar donde Damián había dejado el hematoma.

—O si utilizó el agarre para explicar un movimiento que ya había decidido hacer.

Salió.

La puerta se cerró.

Celia permaneció inmóvil.

Yo podía escuchar mi respiración.

El frigorífico.

El ascensor alejándose.

—No lo empujé hacia la escalera —dije.

Mi abogada levantó una mano.

—No hables.

—Necesita saberlo.

—No.

—Fue un gesto.

—No.

—Me estaba agarrando.

—No hables.

—Solo quería apartarlo.

—Mara.

—Perdió el equilibrio.

Celia golpeó la mesa con la palma.

—¡Cállate!

La palabra resonó.

Después no quedó nada.

Mi abogada respiró varias veces antes de sentarse.

—Acabas de admitir el punto dieciséis.

—No.

—Sí.

—Admití contacto.

—Admitiste que pusiste una mano en el hombro, que lo apartaste y que cayó inmediatamente.

—No fue inmediatamente.

—Has dicho que sí.

—No sé cuánto pasó.

—Otra vez.

—Fueron segundos.

—¿Cuántos?

—No sé.

—¿Llegaste a caminar hacia Lía?

—Di un paso.

—Antes eran dos o tres.

—No importa.

—Importa todo.

Me senté frente a ella.

—Fue defensa propia.

Celia me miró.

La frase no parecía haber salido de mí.

—¿Ahora?

—Me agarraba.

—Hasta hace un minuto era un accidente sin intervención.

—No recordaba el movimiento.

—Lo has recordado después de verlo representado por la policía.

—Porque encajó.

—Claro que encajó. Lo construyeron para eso.

—Pero ocurrió.

Mi abogada cerró los ojos.

—No sé qué hacer contigo.

—Defenderme.

—¿De cuál versión?

—De la verdad.

—¿Cuál?

—Que Damián me agarró. Que yo intenté soltarme. Que lo aparté. Que cayó.

—¿Y la escultura?

—No la utilicé.

—¿La tenías en la mano?

—No.

—¿La tocaste en el descansillo?

—Sí.

La respuesta salió baja.

Celia abrió los ojos.

—¿Cómo?

—Estaba en el suelo. Me agaché. La moví para acercarme a Damián.

—¿Con qué mano?

—La derecha.

—¿Por eso las partículas?

—Sí.

—¿Tenía sangre?

—No lo recuerdo.

—¿Lo golpeaste con ella?

—No.

—¿La empujaste contra su cabeza?

—No.

—¿La lanzaste?

—No.

—¿Cómo terminó abajo?

—Cayó durante el segundo movimiento.

—¿La tocaste antes de la primera caída?

—No.

—¿Completamente segura?

—Sí.

Mi abogada me observó.

—Mañana no declares.

—Pero necesitamos explicar el movimiento.

—Lo acabas de explicar delante de Leire.

—Entonces la jueza sabrá que no fue intencionado.

—La fiscal dirá que has pasado del accidente a la defensa propia solo después de que demostraran una intervención externa.

—Porque no podía recordar.

—No vuelvas a decir eso.

—Es verdad.

—No. Es una fórmula que ya no te cree nadie.

Me levanté y caminé hasta la ventana.

El patio interior estaba oscuro.

—¿Volveré a prisión?

—Es posible.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—¿Y Lía?

—No la verás.

La respuesta llegó sin suavidad.

—No pueden quitarme a mi hija por apartar a un hombre que me agarraba.

—No si creen que fue eso.

—Lo fue.

—¿Y por qué escribiste «tiro y cae» antes de llamar?

—Porque fue así.

Celia se quedó quieta.

Yo también.

La frase había salido completa.

Sin corregir.

—Entonces el dictado no se equivocó —dijo.

—Omitió que tiraba de mi brazo.

—Pero la relación era correcta.

—Tiré. Cayó.

—Sí.

—Y después cambiaste el texto.

—Porque parecía que lo había empujado.

—Ahora admites que lo apartaste con la mano.

—No para tirarlo.

—Pero sabías, antes de llamar, que tu movimiento estaba unido a la caída.

No respondí.

Celia se acercó.

—Por eso dijiste «yo no lo empujé» antes de que nadie te acusara.

—Porque sabía que lo había tocado.

—Sí.

—Eso no es matarlo.

—No.

—Entonces todavía existe duda.

—Sobre la intención.

—Y sobre si mi movimiento causó la caída.

Mi abogada negó.

—Acabas de admitir que sí.

—Pudo influir.

—Mara.

—Damián estaba herido. La barandilla estaba rota. Había bebido. Tomó medicación. Yo lo aparté y él perdió el equilibrio. No es lo mismo que empujarlo por una escalera.

Celia me miró durante mucho tiempo.

—Esa será la última versión.

—Es la verdad.

—No me importa cómo la llames. No cambiará otra vez.

—No.

—Mañana diremos que hubo una reacción defensiva, breve y no dirigida a provocar la caída. Que Damián te retenía, que temías una nueva agresión y que el desenlace fue imprevisible.

—Sí.

—No diremos que intentaste ayudar antes de apartarlo.

—Lo intenté.

—No.

—Pero—

—No. La fiscal utilizará cada palabra para demostrar que te acercaste voluntariamente, cogiste la escultura y después empleaste fuerza. Diremos que bajaste al escuchar el primer impacto, que Damián te agarró cuando tratabas de comprobar su estado y que reaccionaste para liberarte.

—Eso ocurrió.

—La escultura cayó con él.

—Sí.

—No la levantaste.

—No.
—No la utilizaste.
—No.
—El documento fue un intento de registrar una secuencia traumática.
—Sí.
—La eliminación del audio fue accidental.
—Sí.
—Las zapatillas se guardaron para no estorbar.
—Sí.
—Y el movimiento fue defensivo.
—Sí.
Celia recogió todos los papeles.
—No añadas nada.
—No.
—No recuerdes nada.
—No.
—No expliques nada.
—No.
Mi abogada fue hacia el dormitorio.
Antes de entrar, se volvió.
—¿Sabes qué es lo peor?
No respondí.
—Que esta versión puede salvarte.
Cerró la puerta.
Me quedé sola.
La pantalla del televisor seguía negra.
Podía ver mi reflejo.
La mano vendada.
El hematoma amarillento.
El jersey azul.
La mujer gris del vídeo había utilizado dos manos.
Una para girar el hombro.
Otra para abrir la barandilla.
Yo solo recordaba una.
La derecha.

La palma apoyada sobre Damián.

El tejido de su camisa bajo mis dedos.

La resistencia breve de su cuerpo.

Después nada.

Menos de un segundo.

Eso era todo lo que faltaba.

El movimiento.

La fiscal lo llamaría empujón.

Celia, reacción defensiva.

Leire, decisión.

Yo lo llamaría apartarlo.

Damián no podía llamarlo de ninguna manera.

Esa era la única ventaja que seguía teniendo sobre todos nosotros.

Capítulo 32 · Hora setenta y cinco

La fiscal pidió que me encerraran por una palabra que no había pronunciado yo.

Defensa.

La había dicho Celia después de que Leire abandonara el apartamento. Defensa propia. Reacción defensiva. Movimiento no dirigido a provocar la caída. Habíamos elegido cada término como quien coloca tablas sobre un suelo roto y espera que nadie mire debajo.

A las siete y media de la mañana ya estábamos otra vez en el juzgado.

No había dormido.

Celia tampoco.

Durante el trayecto no repasamos la versión. Mi abogada había decidido que no declararía, pasara lo que pasara. La explicación del movimiento llegaría a través de ella, de los informes y de la impugnación de aquella conversación nocturna.

—No respondas a la jueza —dijo cuando el ascensor empezó a subir.

—¿Aunque pregunte si Damián me agarraba?

—No.

—Eso nos ayuda.

—También te ayudaban las zapatillas hasta que intentaste explicar cómo llegaron al armario.

—Ahora sabemos que las llevaba.

—Precisamente.

—¿Y si pregunta si lo aparté?

—No.

—Ya se lo dije a Leire.

—Vamos a discutir que esa manifestación no puede utilizarse.

—Pero ocurrió.

Celia giró la cabeza.

—No vuelvas a decirme que algo ocurrió cinco minutos después de haber jurado durante tres días que no ocurrió.

Las puertas se abrieron.

—No lo recordaba.

—Eso tampoco.

El pasillo estaba vacío. La comparecencia se había convocado antes de la apertura ordinaria para evitar a la prensa, aunque alguien ya esperaba en la calle. Escuchábamos los gritos a través de las ventanas cerradas.

¡Mara!

¡Defensa propia no es asesinato!

¡Justicia para Damián!

Dos grupos que parecían necesitar mi cuerpo para terminar una discusión que no conocían.

Entramos.

Irene Olmedo tenía delante la reconstrucción biomecánica, la transcripción de la conversación con Leire y el informe sobre las fibras del hombro. Patricia Mares había colocado a un lado una fotografía ampliada de mi mano sobre una silueta digital.

No era mi mano.

Era una representación.

Aun así, parecía más culpable que yo.

—La defensa solicita que se excluya cualquier manifestación realizada anoche —comenzó Celia—. La inspectora acudió al alojamiento afirmando que no practicaría un interrogatorio, mostró una reconstrucción destinada a provocar una respuesta y formuló preguntas directas pese a que esta parte manifestó reiteradamente que la investigada no declararía.

La fiscal se puso de pie.

—La señora Sanz habló de manera voluntaria, asistida por su letrada y con pleno conocimiento de su condición.

—Habló después de que la inspectora le presentara como demostrado un movimiento que continúa siendo una hipótesis.

—La hipótesis provocó un recuerdo concreto.

—O una reacción de ansiedad.

La jueza consultó la transcripción.

—La señora Sanz dijo: «Me estaba agarrando», «quería que me soltara», «le puse la mano encima» y «no quería que cayera».

—Sí —respondió la fiscal—. También admitió que presionó el hombro del fallecido, que este perdió el equilibrio después y que antes de llamar ya conocía la relación entre su movimiento y la caída.

—No admitió que abriera la mano derecha ni que dirigiera el cuerpo hacia el tramo inferior —dijo Celia—. La inspectora introdujo esas conclusiones.

—La investigada dijo que lo apartó.

—De su cuerpo. No hacia la escalera.

Olmedo dejó el papel.

—Resolveré sobre la validez procesal de las manifestaciones cuando reciba el informe completo. Para las medidas cautelares puedo valorar que existe una modificación relevante de la hipótesis defensiva.

Aquello era lo que la fiscal necesitaba.

Se levantó con la carpeta abierta.

—Hasta ayer, la señora Sanz sostenía que Damián Llorca cayó sin intervención externa. Cuando la reconstrucción reveló una presión sobre el hombro, admitió haberlo apartado. No estamos ante la recuperación espontánea de un recuerdo traumático, sino ante una adaptación sucesiva a cada resultado técnico.

Celia no interrumpió.

—La investigada sabía que su marido había sufrido una primera lesión craneal. Lo encontró vulnerable, de rodillas y desorientado. En lugar de solicitar ayuda, retiró el apoyo que lo mantenía con vida, orientó su cuerpo hacia el tramo inferior y permaneció casi dos minutos sin llamar a emergencias.

—No retiró ningún apoyo —dijo mi abogada.

—La mano se abrió antes de la caída.

—No sabemos por qué.

—La acción sobre el hombro proporciona la explicación más coherente.

—Una explicación no es una prueba.

—Estamos en instrucción.

—Y vuelve a pedir prisión por una simulación.

Patricia Mares proyectó el vídeo.

La mujer gris apoyaba la mano.

El hombre giraba.

El arnés se tensaba.

La fiscal detuvo la imagen justo antes del vacío.

—Ese movimiento coincide con las fibras, la pátina, la sangre, la posición de ambos y la orientación final del cuerpo.

—También coincide con un intento de liberarse de un agarre —respondió Celia—. Una mujer no está obligada a permanecer retenida porque el hombre que la sujeta se encuentre herido.

—Nadie discute su derecho a soltarse.

—Entonces discutimos un resultado no buscado.

—Discutimos si aprovechó la lesión para hacer realidad algo que había verbalizado doce días antes.

La jueza levantó una mano.

—No mezclaremos todavía intención y mecánica. Quiero escuchar al especialista.

Ernesto Vidal entró desde una puerta lateral.

Lo acompañaba la doctora Orduña.

El hombre se sentó frente a la jueza y juró decir verdad. No miró hacia mí.

Olmedo fue directa.

—¿Puede afirmar que Damián Llorca necesitó una intervención externa para iniciar la segunda caída?

Vidal se tomó varios segundos.

—Puedo afirmar que la posición reconstruida dificulta una caída espontánea con la trayectoria observada.

—No es lo que he preguntado.

—No puedo afirmarlo con certeza absoluta.

—¿Puede producirse una apertura brusca de la mano por dolor, desorientación, fallo neuromuscular o pérdida repentina de fuerza?

—Sí.

—¿Con las lesiones que presentaba?

—Sí.

—¿Es la explicación más probable?

—No en mi opinión.

—¿Cuál considera más probable?

—Una rotación del tronco acompañada de pérdida del apoyo derecho.

—¿Provocada por otra persona?

—O por un movimiento propio intenso.

—¿Qué movimiento propio?

—Intentar alcanzar a alguien situado arriba, girarse con rapidez o reaccionar al dolor.

Celia se levantó.

—Damián sujetaba a Mara con la mano izquierda.

—Eso indica el material.

—Si ella tiró del brazo para liberarse, ¿él pudo seguirla con el cuerpo?

—Sí.

—¿Ese seguimiento podía rotar el tronco?

—Sí.

—¿La mano derecha podía abrirse al soportar una carga para la que la muñeca lesionada ya no tenía fuerza suficiente?

—Sí.

—¿La presión sobre el hombro demuestra un empujón?

—No.

—¿Puede proceder de una mano intentando separar al fallecido, sostenerlo o evitar que se incline?

—Sí.

—¿Puede cuantificar la fuerza?

—No.

—¿Puede determinar la intención?

—No.

—¿Puede establecer que, sin la mano de Mara sobre el hombro, Damián no habría caído?

Vidal miró la imagen.

—No.

La palabra limpió parte del aire.

La fiscal esperó su turno.

—¿La posición final se reproduce con mayor fidelidad cuando existe presión y rotación externa?

—Sí.

—¿La transferencia del hombro indica presión?

—Sí.

—¿El cuerpo empezó a caer después de abrirse la mano?

—Sí.

—¿La apertura se produjo mientras Mara estaba en contacto con él?

—La cronología conjunta lo hace probable.

—¿Muy probable?

—Sí.

—Entonces, aunque no pueda determinar intención, ¿considera que el contacto de Mara participó en la caída?

Vidal respiró.

—Probablemente.

La palabra devolvió todo a su sitio.

Patricia Mares se sentó.

La doctora Orduña habló después.

Explicó que Damián conservaba conciencia, movilidad parcial y capacidad para agarrar. El traumatismo craneal afectaba a su equilibrio. La muñeca derecha estaba lesionada. El alcohol y el zolpidem podían aumentar la inestabilidad.

—¿Una presión moderada sobre el hombro podía bastar? —preguntó la fiscal.

—Sí.

—¿Sin intención de causar la caída?

—Sí.

Celia aprovechó la respuesta.

—Entonces el resultado podía ser imprevisible para una persona sin conocimientos médicos.

—Sí.

—¿Especialmente si esa persona estaba siendo sujetada?

—Sí.

—¿La reacción de apartar a alguien que tira de su ropa es compatible con un gesto reflejo?

—Sí.

—¿Puede distinguirse un gesto reflejo de uno deliberado mediante las lesiones?

—No.

La jueza tomó notas.

La fiscal no parecía preocupada.

No necesitaba demostrar intención para pedir prisión. Le bastaba la sospecha de homicidio, lesiones dolosas o una reacción desproporcionada seguida de ocultación.

Cuando Vidal y Orduña terminaron, Patricia Mares volvió a levantarse.

—La defensa intenta convertir una acción consciente en un reflejo. Pero la conducta posterior elimina esa interpretación. La señora Sanz no llamó. Escribió una versión. Eliminó el vínculo causal. Guardó el calzado. Borró el audio. Mintió sobre el descansillo. Quien actúa de manera involuntaria puede sentir miedo, pero no necesita construir inmediatamente una secuencia exculpatoria.

Celia respondió sin levantarse:

—Quien aparta a su agresor y ve cómo cae puede comprender en el mismo instante que todos interpretarán el gesto como un empujón.

La palabra quedó en la sala.

Agresor.

No marido.

No herido.

Agresor.

—No existe denuncia previa —dijo la fiscal.

—Porque el maltrato no empezó a existir cuando murió Damián ni dejó de existir porque Mara no lo denunciara.

—Existen fotografías falsamente atribuidas.

—Y audios auténticos.

—Existen relatos ampliados después de la muerte.

—Y un hematoma real compatible con el agarre de aquella noche.

—Existen amenazas de Mara.

—En una grabación provocada y editada para la custodia.

—Existe una frase concreta sobre dejarlo caer por la escalera.

—Existe una barandilla que ella llevaba meses pidiendo reparar.

La jueza volvió a intervenir.

—¿Qué calificación propone ahora la defensa?

Celia se levantó.

No me había explicado que tendría que nombrarla.

—No corresponde calificar definitivamente en esta fase. Pero los hechos, tal como pueden reconstruirse a partir de la nueva pericial, son compatibles con una reacción defensiva frente a una retención física ilegítima y con un resultado accidental no querido.

—¿Legítima defensa completa? —preguntó Olmedo.

—Como mínimo, una eximente incompleta o miedo insuperable deberán investigarse si se considera causal el contacto.

La fiscal negó.

—La agresión había terminado. El fallecido estaba lesionado y pedía ayuda.

—Seguía agarrándola.

—Con una sola mano, de rodillas.

—La capacidad física de un agresor no decide el derecho de la víctima a liberarse.

—No era una agresión mortal.

—No necesita serlo.

La jueza miró hacia mí.

No podía saber si esperaba una respuesta.

No la di.

Celia continuó:

—Mara bajó al escuchar la primera caída. Damián la sujetó, utilizó a su hija para amenazarla y trató de incorporarse sin soltarla. Ella tiró del brazo y lo apartó. No blandió un arma. No corrió hacia él. No lo lanzó por los escalones. Realizó un gesto breve para recuperar su libertad de movimiento. La combinación de traumatismo, medicación, alcohol, barandilla defectuosa y mala posición produjo un desenlace que no podía prever.

Era una versión limpia.

Más limpia que mis recuerdos.

La escuché como si hablara de otra mujer.

Una que había acudido a ayudar.

Una que había sido retenida.

Una que solo quería volver con su hija.

Patricia Mares pidió prisión provisional por homicidio doloso o, subsidiariamente, homicidio imprudente grave con manipulación posterior de pruebas.

Celia pidió mantener la libertad.

La jueza suspendió la sesión durante cuarenta minutos.

Nos llevaron a una sala lateral.

Esta vez no había reloj.

—Ha ido bien —dije.

Mi abogada abrió una botella de agua.

—No lo sabemos.

—Vidal admitió que podía caer solo.

—Admitió que tu contacto participó probablemente.

—Pero era defensa.

—Eso depende de que crean que Damián te retenía para agredirte y no para levantarse.

—Me agarraba.

—Sí.

—El audio lo demuestra.

—Demuestra que dijiste suéltame.

—Entonces basta.

Celia bebió.

—No.

—¿Qué falta?

No respondió.

—¿La primera caída?

La botella se detuvo a medio camino.

La pregunta había llegado sola.

No la había preparado.

Mi abogada dejó el agua sobre la mesa.

—No hablemos ahora.

—Todo esto explica la segunda.

—Sí.

—Pero no cómo llegó Damián al descansillo.

—La fiscal sostiene que cayó accidentalmente durante la discusión o que la escultura lo golpeó durante el primer descenso.

—¿Y Leire?

Celia miró la puerta.

—Cree que lo golpeaste antes.

—No.

—No me preguntes si no quieres escuchar la respuesta.

—¿Qué prueba tiene?

—Ninguna concluyente.

—Entonces no importa.

—Importa porque una defensa frente al agarre solo explica el final. Si la primera lesión fue provocada, la segunda deja de parecer un accidente aislado.

—La casa cayó con él.

—Eso diremos.

—Es la verdad.

Mi abogada me miró.

—No añadas nada más.

La jueza tardó cincuenta y ocho minutos.

Cuando regresamos, Patricia Mares tenía otra carpeta sobre la mesa. Leire se la había entregado durante el receso.

Celia la vio.

—¿Qué es eso?

—Un informe complementario —respondió la fiscal.

—No ha sido trasladado a esta parte.

—Acaba de recibirse.

—Solicito suspensión para estudiarlo.

La jueza tomó la carpeta.

—¿Contenido?

Patricia Mares respondió:

—Análisis de la primera lesión craneal y de la trayectoria inicial de la escultura.

Sentí que el brazo de Celia se tensaba contra el mío.

Olmedo abrió el informe.

Leyó la primera página.

Después la segunda.

—¿Esto modifica las conclusiones anteriores?

—La doctora Orduña considera que el impacto con la casa de bronce ocurrió antes de la primera caída, no durante ella.

Celia se levantó.

—La doctora acaba de declarar sin mencionar ese cambio.

—El informe llegó durante el receso.

—Entonces debe comparecer otra vez y explicar la metodología.

—Lo hará.

—No puede introducirse de esta manera.

La jueza levantó la mano.

—No resolveré la prisión basándome en una pericial que la defensa no ha podido examinar. Incorpórese, dése traslado y cítese a la doctora.

—Señoría —dijo la fiscal—, la conclusión es relevante para el riesgo.

—También lo es el derecho de contradicción.

Patricia Mares se sentó.

La jueza leyó su decisión.

Mantenía mi libertad.

Otra vez.

Las medidas se endurecían. Permanencia domiciliaria en el alojamiento protegido, salvo comparecencias. Control electrónico. Prohibición absoluta de contacto con Lía, Nuria, Ariadna, Iván y cualquier testigo. Entrega de todos los dispositivos.

—¿Durante cuánto tiempo no podré hablar con mi hija? —pregunté.

Celia me apretó la mano.

Olmedo levantó la vista.

—Hasta que se revise el informe infantil y se estabilice la investigación.

—Eso no significa nada.

—Significa que por ahora no habrá contacto.

—No he incumplido ninguna orden con ella.

—Introdujo información durante la visita.

—No volverá a ocurrir.

—La medida no se basa solo en su conducta. También en la presión externa sobre la menor.

—Entonces me castigan por lo que hizo otra persona.

—No es un castigo.

—Siempre dice eso.

—Señora Sanz.

—Lía creerá que no vuelvo porque dijo dos veces.

La jueza guardó silencio.

—Eso es precisamente lo que el equipo intenta evitar —dijo finalmente.

—Pues deje que se lo explique.

—No.

Una palabra.

Nada más.

La sesión terminó.

Cuando salimos, Leire esperaba al final del pasillo.

Celia quiso pasar de largo.

—El informe —dijo la inspectora—. Tengo una copia para la defensa.

—Envíela al despacho.

—Quiero que Mara comprenda qué cambia.

—Mi clienta no hablará.

—No necesito que lo haga.

Leire me tendió la carpeta.

No la cogí.

Celia sí.

—¿Por qué ahora creen que el golpe fue anterior? —preguntó.

—Por la reacción vital alrededor de la herida y la distribución de sangre en el tramo superior. El impacto produjo una pérdida inmediata de estabilidad. Damián cayó después.

—La escultura podía estar en su mano.

—No hay marcas compatibles con que la sujetara con fuerza.

—Tiene una huella lateral.

—De contacto, no de agarre.

—Podía llevarla apoyada contra el cuerpo.

—Sí.

—Entonces sigue siendo posible.

—Todo sigue siendo posible —dijo Leire—. Algunas cosas cada vez menos.

Miré la carpeta.

—¿Dónde estaba el premio antes de la primera caída?

—En el tramo superior.

—¿Cómo lo sabe?

—Hay una microgota de sangre de Damián en la pared, por encima del primer peldaño. La proyección es anterior a cualquier impacto con la escalera.

—Pudo golpearse con el objeto al tropezar.

—Sí.

—Entonces cayó.

—Sí.

—Solo.

Leire me observó.

—La lesión tiene dirección horizontal.

—¿Y?

—Una persona que cae con un objeto suele recibir un impacto oblicuo o vertical según la posición. Este borde entró de lado, con el cuerpo todavía estable.

Celia intervino:

—La biomecánica de un tropiezo no puede reconstruirse con esa precisión.

—No completamente.

—Entonces no afirme que estaba estable.

—La ausencia de lesiones previas en piernas y brazos, la proyección y la posición de la mancha lo hacen muy probable.

—¿Qué sostiene exactamente?

La inspectora miró hacia mí.

—Que la primera caída empezó después de que alguien presionara la casa de bronce contra la cabeza de Damián.

El pasillo estaba vacío.

Aun así, sentí que alguien acababa de gritar.

—No —dije.

Celia cerró los ojos.

—No respondas.

Leire continuó:

—No fue un golpe amplio. Igual que en el descansillo. Un movimiento corto. Cercano. El borde contra la sien. Damián pierde el equilibrio y cae hasta el rellano.

—Eso no ocurrió.

—Después usted baja.

—No.

—Él sigue vivo. La agarra. Intenta levantarse.

—No.

—Y entonces ocurre la segunda caída.

—No.

—La segunda es la que puede explicar como defensa.

Celia me tomó del brazo.

—Nos vamos.

Leire no alzó la voz.

—La primera no.

Caminamos hacia el ascensor.

No miré atrás.

—Mara —dijo.

Seguí andando.

—La segunda caída puede salvarla.

Las puertas se abrieron.

Entramos.

Antes de que se cerraran, Leire terminó:

—La primera es la que la condena.

El ascensor descendió.

Celia sostenía la carpeta contra el pecho.

No dijo nada hasta llegar al aparcamiento.

—No la golpeé.

—No hables.

—La escultura cayó con él.

—No hables.

—Damián pudo cogerla.

—No hables.

—Ariadna había estado en casa dos días antes.

—Basta.

La voz de mi abogada rebotó contra el hormigón.

Me callé.

Entramos en el coche.

Celia dejó la carpeta en el asiento trasero como si temiera que pudiera mancharla.

—La jueza ha mantenido la libertad —dije.

—Sí.

—Entonces el informe no es concluyente.

—No.

—Seguimos teniendo duda razonable.

—Estamos en instrucción.

—Pero no pueden demostrar quién tenía la escultura.

—No.

—Entonces no pueden condenarme.

Mi abogada puso las manos sobre el volante.

—Todavía no estamos en un juicio.

—Siempre me dice eso cuando algo me favorece.

—Porque es verdad.

—¿Qué haremos?

—Estudiar el informe. Buscar otro perito. Atacar la cronología de la lesión. Sostener que Damián transportaba el objeto o que lo golpeó durante el inicio de la caída.

—Bien.

—Y tú no volverás a recordar nada.

—No hay nada más.

Celia giró la llave.

El motor arrancó.

—¿Completamente segura?

Miré el parabrisas.

La salida del aparcamiento estaba delante.

Una rampa.

Una luz blanca al final.

—Sí.

El coche empezó a avanzar.

La primera caída.

Damián arriba.

La casa de bronce entre mis manos.

No.

El premio sobre la consola.

Damián subiendo.

Yo con el teléfono.

Primera versión.

No.

La discusión.

Su sonrisa.

La carpeta.

Lía al fondo.

No.

No había nada más.

Eso era lo que debía permanecer cierto.

La segunda caída tenía un hombro, un agarre y un gesto defensivo.

La primera solo tenía una herida y un objeto que cualquiera podía haber tocado.

Sin testigos.

Sin audio completo.

Sin una mano visible.

Sin el punto exacto donde la intención empezaba.

Leire podía creer que sabía qué había ocurrido.

La fiscal podía escribirlo.

La jueza podía sospecharlo.

Pero la primera caída había sucedido antes de que nadie empezara a mirar.

Y lo que nadie ve no se convierte en verdad solo porque encaje.

Capítulo 33 · Hora setenta y ocho

Damián había sujetado la casa de bronce antes de empezar a sangrar.

No era una interpretación.

No era una simulación.

No era un recuerdo mío llegado después de una fotografía, una partícula o una pregunta de Leire.

Era una huella.

Apareció a las cinco y treinta y siete de la mañana, mientras Celia y yo seguíamos encerradas en el apartamento protegido y la fiscal preparaba la cuarta solicitud para enviarme a prisión.

Mi abogada recibió la llamada en el dormitorio. Salió vestida con el pantalón del día anterior, el cabello sin peinar y el teléfono pegado a la oreja.

—Repítamelo —dijo.

No miraba hacia mí.

Escuchó durante casi un minuto.

—¿Debajo de la sangre?

Otro silencio.

—¿Completa?

Se acercó a la mesa y buscó un bolígrafo entre las carpetas.

—¿Cuándo se limpió la escultura?

Yo ya conocía la respuesta.

Aun así, no hablé.

—Sí —continuó Celia—. Necesito el informe preliminar ahora. No dentro de dos horas. Ahora.

Colgó.

—¿Qué ocurre?

No respondió.

Abrió el bolso, guardó documentos sin comprobar cuáles y se dirigió hacia la puerta.

—Celia.

—Vístete.

—Ya estoy vestida.

—Entonces coge la chaqueta.

—¿Adónde vamos?

Se detuvo.

Por primera vez desde que Leire había encontrado el movimiento, mi abogada parecía tener algo distinto al cansancio en la cara.

No era alegría.

Era hambre.

—Al laboratorio.

—¿Por qué?

—Han recuperado una impresión de Damián en la base del premio.

—Vivía en la casa.

—Sonia lo limpió esa mañana.

—Pudo tocarlo después.

—Exacto.

La palabra tardó en llegarme.

—¿Antes de caer?

—Su sangre está encima de la huella.

No necesitó explicarlo.

El objeto había recibido primero la mano.

Después la sangre.

Damián no podía haber dejado aquella impresión mientras yacía herido, ni durante la reanimación, ni cuando el premio ya estaba manchado con tejido y cabello.

Lo había sujetado antes del impacto.

—Entonces lo llevaba él.

Celia levantó un dedo.

—No.

—Pero—

—Significa que lo tocó. No conviertas una prueba favorable en una conclusión más grande de lo que permite.

—La agarró por la base.

—Eso parece.

—¿Como para levantarla?

—Eso determinará el informe.

—Entonces la primera caída fue accidental.

—Mara.

—La casa se le escapó.

—No sabemos cómo llegó a su cabeza.

—La llevaba.

—Sabemos que la sostuvo en algún momento después de que Sonia la limpiara y antes de que su sangre cubriera parte de la impresión.

—Eso es suficiente.

—Para crear duda, sí.

La palabra sonó mejor que inocencia.

Duda.

No necesitaba que todos creyeran mi versión.

Solo necesitaba que dejaran de poder elegir una.

Nos condujeron al laboratorio por la entrada trasera. Leire nos esperaba junto al ascensor. No parecía molesta ni sorprendida.

Parecía resignada.

—¿Cuándo lo supo? —preguntó Celia.

—Hace cuarenta minutos.

—La fiscal iba a solicitar prisión sin esperar el análisis completo.

—El informe anterior justificaba la solicitud.

—Y este la destruye.

—La modifica.

—Es una impresión de la víctima bajo su propia sangre.

—Sí.

—En el objeto que ustedes sostienen que Mara utilizó para atacarlo.

—Sí.

—Entonces Damián lo sujetó antes de resultar herido.

—Sí.

Celia sonrió por primera vez.

No una sonrisa amplia.

La de alguien que acaba de encontrar una grieta en una pared que parecía maciza.

—Quiero copia inmediata.

—La tendrá.

Entramos en la misma sala donde habían ampliado mi palma. Orduña estaba allí, acompañada por Mateo Cid y un técnico que no conocía. La casa de bronce permanecía dentro de una urna transparente.

No parecía un arma.

Parecía lo que había sido durante años.

Un premio feo.

Pesado.

Demasiado grande para la consola donde Damián insistía en exhibirlo.

Orduña proyectó una fotografía de la base.

La sangre formaba una mancha irregular cerca del borde. Debajo se veía una serie de líneas plateadas obtenidas mediante un tratamiento que no entendí.

Un pulgar.

Parte de la palma.

Dos dedos.

—La impresión estaba oculta por la transferencia hemática —explicó—. El primer revelado no permitió diferenciarla de otras marcas parciales. El nuevo procesamiento ha recuperado suficientes puntos para atribuirla a Damián Llorca.

—¿Posición? —preguntó Celia.

El técnico colocó una réplica sobre la mesa.

Apoyó el pulgar bajo la base y los dedos en el lateral.

—Sujeción inferior derecha. La presión indica carga.

—¿Carga?

—No un roce. El peso del objeto descansó sobre la mano.

—¿Lo levantó?

—Es muy probable.

—¿Cuándo?

Orduña señaló la sangre superpuesta.

—Después de la limpieza realizada por Sonia Varela y antes de producirse la lesión craneal.

—¿Puede ser una huella antigua que sobreviviera a la limpieza? —preguntó Leire.

—Sonia declaró haber utilizado producto abrasivo y un paño sobre toda la base. Encontramos fibras del paño dentro de otras impresiones borradas. Esta huella está sobre las marcas de limpieza.

—Entonces es reciente —dijo Celia.

—Sí.

—De ese día.

—Sí.

—Y anterior a la herida.

—Sí.

Mi abogada miró a Leire.

—La víctima tenía el arma.

La inspectora no reaccionó.

—La víctima sostuvo el objeto.

—Con una impresión de carga.

—Sí.

—En la misma zona donde aparecieron partículas en la mano de Mara.

—Cerca, no idéntica.

—¿Puede Damián haber estado transportándolo cuando perdió el equilibrio?

Orduña respiró antes de contestar.

—Es físicamente posible.

—¿Puede haber recibido el impacto al caer con él?

—Sí.

La palabra cambió el aire.

No exoneraba.

Pero abría.

—¿Es la explicación más probable? —preguntó Leire.

La doctora miró la fotografía de la herida.

—No puedo establecerla como más probable sin reconstruir la posición del objeto.

—La dirección horizontal sigue siendo relevante.

—Sí.

—¿Y la microgota en la pared?

—También.

Celia se acercó a la urna.

—Si Damián sostenía la escultura por debajo y giró el cuerpo mientras subía, ¿el borde del tejado podía quedar a la altura de la sien?

El técnico tomó la réplica.

La sostuvo con el brazo derecho, pegada al torso.

El tejado quedaba inclinado hacia fuera.

—En una persona de su altura, sí.

—¿Si tropieza?

—Puede elevar el brazo de forma refleja.

—¿Y golpearse con el borde?

—Sí.

Leire negó lentamente.

—La fuerza necesaria para producir la depresión no es pequeña.

—Tres kilos y medio cayendo contra una cabeza tampoco —dijo Celia.

—No caería libremente si seguía en su mano.

—Podía quedar atrapada entre su cabeza y la pared.

Orduña levantó la vista.

—Eso produciría un mecanismo de compresión.

La misma palabra utilizada contra mí.

Presión.

No golpe.

—¿Compatible con la lesión? —preguntó mi abogada.

La doctora no respondió de inmediato.

—Sí.

La grieta se hizo más grande.

Cid abrió otro archivo.

—Hay además una comunicación recuperada esta madrugada del teléfono de Ariadna Vives.

Leire lo miró.

—Eso todavía no está validado.

—El contenido coincide con el registro del dispositivo de Damián —respondió Cid.

Celia se cruzó de brazos.

—Reprodúzcalo.

No era un audio.

Eran mensajes.

Ariadna, a las veintitrés cuarenta y nueve:

No pienso irme sin la casa.

Damián:

No es tuya.

Ariadna:

El diseño sí. Y lo sabes.

Damián:

Ven detrás. Te la daré y se acabó.

Ariadna:

También quiero la memoria.

Damián:

Primero la casa.

Último mensaje, de Ariadna, a las veintitrés cincuenta y cuatro:

Estoy fuera.

La primera caída había ocurrido poco después.

—Damián iba a entregarle el premio —dijo Celia.

—Eso parece —respondió Cid.

—Entonces lo cogió.

—Probablemente.

—Y se dirigía hacia la salida trasera.

Leire intervino:

—La escalera no conduce directamente a la puerta de servicio.

—Podía haber subido a buscar otra cosa.

—La memoria.

—O discutir con Mara antes de marcharse.

—Sí.

—Pero ya no pueden sostener que ella fue necesariamente quien llevó el objeto hasta el tramo superior.

La inspectora miró la pantalla.

—No.

Era la primera vez que una de sus respuestas no contenía una reserva.

—¿Ariadna había contado esto? —pregunté.

Celia me miró.

No debía hablar.

Ya no importaba.

—No —respondió Leire—. Dijo que Damián iba a entregarle documentos.

—Ocultó lo del premio.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque temía que se interpretara como un motivo para entrar en la casa.

—Y porque volvía a mentir.

—Sí.

—Entonces su declaración del ventanal no vale nada.

—No he dicho eso.

—Robó una carpeta, ocultó mensajes, mintió sobre el objeto y esperó fuera mientras Damián moría.

—Su credibilidad está dañada.

—Pero todavía la utilizan contra mí.

—Utilizamos lo que puede corroborarse.

—Como que estaba allí.

—Sí.

—O como que vio lo que necesitaba ver.

Leire mantuvo la mirada.

—Eso ya lo decidirá un tribunal.

Celia pidió que todas las comunicaciones se incorporaran inmediatamente y que la fiscal retirara la solicitud de prisión. Patricia Mares apareció veinte minutos después.

Entró con la misma carpeta de la víspera.

La dejó sobre la mesa y examinó la huella.

—No elimina la acción posterior de Mara —dijo.

—Elimina su teoría sobre la primera caída —respondió Celia.

—No. Damián pudo sujetar el objeto antes y Mara arrebatárselo.

—¿Dónde está la prueba?

—No la hay.

—Entonces no es una teoría. Es una necesidad de la acusación.

—La lesión mantiene características compatibles con una presión dirigida.

—También con una compresión accidental durante la caída.

—Una posibilidad nueva no invalida las anteriores.

—Crea duda razonable.

—No estamos en juicio.

Celia sonrió.

—Lo sé. Lleva tres días recordándomelo cada vez que la duda favorece a mi clienta.

La fiscal miró a Orduña.

—¿Mantiene que el impacto ocurrió antes de la primera caída?

—Sí.

—¿Mantiene que el cuerpo estaba estable en el momento inicial?

—Ya no puedo utilizar esa palabra con la misma seguridad si llevaba el objeto.

Patricia Mares apretó la mandíbula.

—¿Por qué no se detectó antes?

—La sangre ocultaba la impresión.

—¿Qué probabilidad existe de que sea una huella anterior a la limpieza?

—Muy baja.

—¿Puede excluirse?

—No de forma absoluta.

Celia soltó una risa breve.

—Ahí tiene su nueva acusación. Sonia limpió alrededor de la huella sin tocarla.

—No he dicho eso.

—Lo necesitará.

La fiscal recogió la carpeta.

—La segunda caída sigue vinculada a una acción de Mara.

—Una acción defensiva.

—Eso deberá probarlo.

—No. La acusación deberá descartar que lo sea.

—Su clienta ocultó el movimiento.

—Porque sabía cómo parecería.

—Y ahora utiliza el miedo para justificar cada ocultación.

—Porque cada prueba confirma que tenía motivos para temer cómo sería interpretada.

Patricia Mares se volvió hacia mí.

—¿Damián sostenía la casa cuando cayó?

Celia se interpuso.

—No declarará.

—¿Lo vio?

—No declarará.

—¿Intentó quitársela?

—No declarará.

—¿Discutían por ese objeto?

—No declarará.

La fiscal cerró la carpeta.

—Solicitaré una ampliación del informe antes de decidir.

—Solicitará lo que necesite hasta que alguna pericial diga exactamente lo que quiere.

—Y usted elegirá cada posibilidad remota que favorezca a su clienta.

—Eso es la defensa.

—No. La defensa termina cuando empieza la construcción.

Celia dejó de sonreír.

—Tenga cuidado con esa palabra. Ya hay dos personas en esta investigación que han introducido material dentro de una cuenta y una testigo que ocultó mensajes. Ninguna es mi clienta.

La fiscal salió.

No pidió prisión aquella mañana.

No porque creyera que la primera caída había sido accidental.

Porque ya no podía afirmar lo contrario sin explicar por qué Damián cargaba el objeto que supuestamente yo había utilizado contra él.

La justicia no necesitaba decidir todavía qué ocurrió.

Le bastaba con reconocer que habían aparecido dos formas posibles.

Nos permitieron regresar al apartamento sin pasar por el juzgado. La jueza mantuvo las medidas mientras recibía los nuevos informes, pero rechazó una detención inmediata.

Celia esperó a que estuviéramos solas para hablar.

—No ha terminado.

—Lo sé.

—La segunda caída sigue siendo un problema.

—Defensa propia.

—Reacción defensiva.

—Es lo mismo.

—No jurídicamente.

—¿Y la primera?

—Ahora podemos sostener con fuerza que Damián transportaba la escultura para entregársela a Ariadna y que el impacto ocurrió durante una pérdida de equilibrio.

—Entonces todo fue un accidente.

—No.

—Celia.

—La segunda caída tuvo tu mano en el hombro.

—Porque me agarraba.

—Eso puede reducir o eliminar responsabilidad según cómo se valore. No la borra.

—Pero no pueden demostrar intención.

—No.

—Ni que yo abriera la mano.

—No.

—Ni que supiera que caería.

—No.

—Entonces no pueden condenarme por homicidio.

Mi abogada dejó el bolso sobre la mesa.

—No te acostumbres a hablar como si ya estuvieras en una sentencia.

—¿Qué cree que ocurrirá?

—La fiscal puede mantener la acusación por homicidio, rebajar a imprudencia o aceptar que existe una defensa incompleta. También puede ofrecer un acuerdo.

—No aceptaré.

—Todavía no conoces las condiciones.

—Tendría que admitir que lo maté.

—Que causaste la segunda caída.

—No.

—Acabas de admitirlo.

—Causé que se moviera. La escalera, la lesión y la barandilla causaron la caída.

—Un tribunal puede no distinguirlo.

—Lía sí.

Celia se quitó la chaqueta.

—No vuelvas a convertirla en argumento.

—Si acepto una condena, no recuperaré su custodia.

—Probablemente tardarías mucho.

—Entonces no aceptaré.

—Podrías evitar una pena mayor.

—No maté a Damián.

Mi abogada me observó.

—¿Qué parte de esa frase estás negando ahora?

—La intención.

—No es lo mismo que llevas diciendo desde el primer minuto.

—Porque entonces no recordaba el contacto.

—Mara.

—No pienso declararme culpable para que todos puedan cerrar el caso con una palabra cómoda.

—¿Cuál?

—Homicidio.

—¿Y qué palabra quieres?

—Accidente.

—Hubo un movimiento tuyo.

—Defensa.

—Antes dijiste que era lo mismo.

—Ahora no.

Celia se sentó.

—La fiscal te ofrecerá precisamente eso. Una calificación que reconozca el agarre, el miedo y una reacción excesiva o imprudente. Puede que no implique una pena larga.

—Implicará que Lía crezca sabiendo que admití haber matado a su padre.

—Lía crecerá sabiendo que su padre murió cuando estabas con él.

—No es lo mismo.

—Para una niña quizá no.

Me acerqué a la ventana.

En el patio interior habían tendido sábanas blancas. El viento las movía entre los edificios, ocultando y mostrando las ventanas.

—Quiero hablar con Nuria.

—Está prohibido.

—Puede retirar lo que dijo.

—¿Qué parte?

—Que no sabe si me cree.

—Eso no está en una declaración formal.

—Puede apoyar que recupere a Lía.

—Su acceso a tu cuenta ya la ha debilitado como cuidadora neutral.

—Entonces me ayuda.

—Jurídicamente, sí.

—Todo ayuda jurídicamente y destruye otra cosa.

—Así funciona este caso.

—No. Así lo hizo Damián.

Celia no respondió.

A las once y media llegó la oferta.

No por escrito.

Patricia Mares llamó a mi abogada y pidió una reunión reservada.

Fuimos al juzgado otra vez.

No entramos en una sala de vistas. Nos reunieron en un despacho pequeño sin cámaras, con una mesa redonda y cuatro sillas. La fiscal estaba acompañada por otro representante del ministerio público.

Leire no asistió.

Patricia Mares habló sin preámbulos.

—La nueva evidencia crea incertidumbre sobre el mecanismo inicial. No sobre la participación de Mara en la segunda caída ni sobre la ocultación posterior.

—La participación está amparada por una reacción defensiva —dijo Celia.

—Eso no está establecido.

—Tampoco lo contrario.

La fiscal colocó una hoja boca abajo.

—Podemos valorar una conformidad basada en una conducta imprudente durante una situación de conflicto, con reconocimiento del agarre y del contexto coercitivo.

—¿Pena? —preguntó Celia.

—Se solicitaría el mínimo compatible con la calificación, con posibilidad de suspensión si se cumplen las condiciones legales y no existen antecedentes.

No entendí todos los matices.

Entendí lo importante.

Podía evitar la cárcel.

A cambio de decir que mi mano había matado a Damián.

—¿Y la destrucción de pruebas? —preguntó mi abogada.

—Quedaría absorbida o se solicitaría una respuesta mínima si existe colaboración completa.

—¿Custodia?

La fiscal me miró.

—No corresponde a esta jurisdicción.

—Pero la sentencia se utilizaría.

—Sí.

—¿Cuánto tardaría en recuperar contacto normal con Lía?

—No puedo responder.

—Entonces no hay acuerdo —dije.

Celia me tocó el brazo.

—Necesitamos hablar en privado.

—No.

—Mara.

—No voy a admitir algo que no hice.

Patricia Mares entrelazó los dedos.

—Ha admitido que lo apartó.

—Para que me soltara.

—Y que cayó después.

—No quise que cayera.
—Eso es lo que recoge la propuesta.
—No. Recoge que lo maté por imprudencia.
—Recoge una responsabilidad causal sin intención homicida.
—¿Y qué dirá el titular?
Nadie respondió.
Yo sí.
—Mara Sanz admite haber causado la muerte de su marido.
La fiscal bajó la vista.
—Los titulares no determinan una sentencia.
—Determinan lo que leerá mi hija.
—Su hija tendrá acceso algún día al expediente completo.
—Entonces verá todas las mentiras.
—También las suyas.
Celia se puso de pie.
—Necesitamos cinco minutos.
Salimos al pasillo.
Mi abogada cerró la puerta.
—Escúchame.
—No.
—Es una oferta mejor de lo que esperaba.
—No recuperaré a Lía.
—Puede que sí.
—¿Con una sentencia por matar a su padre?
—Sin prisión, con tratamiento, seguimiento y reconocimiento del contexto de violencia, puedes reconstruir la relación.
—¿Reconstruir?
—Sí.
—No está rota.
Celia me miró con cansancio.
—Mara.
—No lo está.
—Lía cree que su memoria puede decidir si vuelves. Nuria no sabe si creerte. La niña tiene pesadillas con una casa de bronce. La relación ya necesita reconstrucción, con acuerdo o sin él.
—No aceptaré.

—Si llegamos a juicio y te condenan por homicidio, perderás mucho más.

—No pueden probar la primera caída.

—Pueden intentar que el jurado vea las dos como una secuencia.

—Damián sostuvo la escultura.

—Sí.

—Ariadna la quería.

—Sí.

—Leire no vio el movimiento.

—No.

—Lía tampoco.

—No.

—Entonces existe duda razonable.

—Sí.

La palabra volvió.

Duda.

El lugar donde nadie tenía razón suficiente.

—Pues iremos a juicio.

—Puede durar meses.

—Esperaré.

—Sin ver a Lía.

—Conseguiremos visitas.

—No lo sabes.

—Usted tampoco sabe que aceptar me la devolvería.

Celia cerró los ojos.

—¿Por qué estás tan segura de que un tribunal no te condenará?

Porque yo conocía la parte que ellos no podían medir.

El peso exacto.

La distancia.

La forma en que Damián había pronunciado mi nombre.

No respondí.

—Porque no pueden probarlo —dije.

Mi abogada abrió los ojos.

—Eso no es lo mismo que ser inocente.

—Para una sentencia sí.

Regresamos al despacho.

Rechacé la oferta.

Patricia Mares no intentó convencerme.

Guardó la hoja sin enseñarla.

—La investigación continuará —dijo.

—Bien.

—La nueva huella se analizará junto al resto de las impresiones. También se ampliará el estudio de la comunicación con Ariadna.

—Bien.

—Si aparecen nuevos elementos, la oferta puede desaparecer.

—No la quiero.

La fiscal se puso de pie.

—No crea que la duda sobre la primera caída convierte la segunda en legítima.

—No crea que su sospecha convierte mi miedo en asesinato.

Nos miramos.

No éramos tan distintas.

Las dos necesitábamos una versión que sobreviviera.

Solo que ella podía llamarla acusación.

Yo tenía que llamarla vida.

Al salir, Leire esperaba en la escalera del juzgado.

No en la principal.

En una secundaria, estrecha, sin ventanas.

Celia se detuvo.

—¿Nos está siguiendo?

—Trabajo aquí.

—No necesita hablar con mi clienta.

—No vengo a hacer preguntas.

—Siempre dice lo mismo.

La inspectora miró hacia mí.

—Han rechazado el acuerdo.

—Sí.

—Era previsible.

—¿Por qué?

—Porque admitir una imprudencia destruiría la historia que necesita contarle a Lía.

—No necesito contarle ninguna historia.

—Ya le ha contado varias.

—Ariadna también.

—Sí.

—Nuria entró en mi cuenta.

—Sí.

—Iván quemó documentos.

—Sí.

—Damián preparaba audios y una demanda falsa.

—Sí.

—Entonces quizá no soy la única persona que construye versiones.

—Nunca he dicho que lo sea.

Celia pulsó el botón del ascensor.

—¿Qué quiere, Leire?

La inspectora bajó un escalón.

—Decirle que la huella cambia el caso.

—Ya lo sabemos.

—No tanto como cree.

—Damián llevaba el objeto.

—Probablemente.

—Entonces la primera caída pudo ser accidental.

—Sí.

La palabra llegó sin resistencia.

—¿Y aun así cree que lo golpeé?

—Sí.

—¿Cómo?

—Pudo coger la casa después de que él la levantara. Pudo empujarla contra su cabeza cuando intentó pasar. Pudo utilizar el propio objeto que él sostenía.

—No hay prueba.

—No.

—Entonces ¿qué queda?

Leire miró los peldaños.

—Usted.

—Eso no es una prueba.

—No.

—Ni una versión.

—No.

—Entonces no tiene nada.

La inspectora levantó la vista.

—Tengo una mujer que abrió un documento antes de la primera caída, corrigió una relación causal antes de llamar, escondió su presencia en el descansillo, eliminó un audio y recordó un movimiento solo cuando pudimos reproducirlo.

—Y yo tengo una víctima que sostenía el objeto, una amante que mentía, un trabajador que amenazaba, una hermana que contaminó pruebas y una niña expuesta a todos.

—Sí.

—Eso se llama duda razonable.

—En un tribunal.

—Es el único lugar que importa.

Leire negó lentamente.

—No para Lía.

El ascensor llegó.

Celia abrió la puerta.

No entré.

—¿Qué quiere que haga? —pregunté.

—No puedo pedirle que confiese.

—Porque no tiene prueba.

—Porque no me serviría una confesión que cambiara mañana.

La frase dolió.

—Entonces déjeme vivir.

—Probablemente lo hará.

—¿Eso le molesta?

—No.

—Parece que sí.

Leire se acercó un poco.

—Me molesta que una niña vaya a crecer creyendo que su recuerdo hizo desaparecer a su madre o la devolvió a casa.

—Eso no ocurrirá.

—Ya está ocurriendo.

—Cuando pueda verla, se lo explicaré.

—¿Qué?
—Que nada fue culpa suya.
—¿Y cuántas veces cayó su padre?
Celia pronunció mi nombre.
No aparté los ojos de Leire.
—Dos.
—¿Quién provocó la primera?
—No lo sabemos.
—Usted sí.
—No.
—¿Y la segunda?
—Me defendí.
—Eso no es responder.
—Es la única respuesta que importa.
La inspectora se quedó en silencio.
Después se apartó.
—La fiscal no podrá cerrar esto como quería.
—Lo sé.
—Puede que tampoco consiga llevarlo a juicio con la calificación inicial.
—Lo sé.
—La huella, Ariadna, la contaminación del testimonio y las periciales enfrentadas son demasiado.
—Entonces se acabó.
—No.
—¿Qué falta?
Leire miró mi mano.
La abrasión casi había cerrado.
—Tiempo.
Entramos en el ascensor.
Antes de que las puertas se cerraran, la inspectora añadió:
—La duda razonable no demuestra que no lo hiciera, Mara.
—No tiene que hacerlo.
Las puertas se cerraron entre las dos.
Mientras descendíamos, Celia no me miró.
—No vuelvas a hablar con ella.

—No me ha perjudicado.

—Siempre te perjudica.

—Ha admitido que el caso se debilita.

—También ha conseguido que digas que sabes que fueron dos caídas y que la segunda fue defensa.

—Eso ya está declarado.

—No con esa seguridad.

—Es la verdad.

Celia soltó el aire.

—¿Cuál de todas?

No respondí.

Al llegar al apartamento, habían retirado a uno de los agentes de la puerta. La jueza mantenía el control electrónico, pero ya no consideraba necesario duplicar la vigilancia.

Era un detalle pequeño.

También era el principio de algo.

La investigación seguiría.

Los peritos discutirían.

La fiscal buscaría otra forma de unir la herida, la huella y mi mano.

Celia prepararía un informe donde Damián caía llevando un objeto demasiado pesado.

Ariadna explicaría por qué había esperado fuera.

Nuria intentaría conservar a Lía.

Leire seguiría creyendo.

Pero creer no bastaba.

Eso era lo que había aprendido durante setenta y ocho horas.

La verdad podía ser una sola.

Las pruebas no.

Y entre ambas existía un espacio.

No era grande.

No era limpio.

No era inocente.

Pero cabía una mujer.

También cabía su hija.

Y, si nadie conseguía encontrar el movimiento exacto de la primera caída, quizá acabaría cabiendo toda nuestra vida.

Capítulo 34 · Día ciento veintisiete

El caso no se cerró.

Se quedó sin verbo.

La fiscal podía demostrar que yo había mentido, ocultado, corregido, eliminado, guardado, grabado y esperado. Podía colocarme en el tramo superior, en el descansillo y junto al cuerpo. Podía demostrar que mi mano había tocado la casa de bronce y que después se apoyó sobre el hombro de Damián.

No podía demostrar que lo golpeé.

No podía demostrar que lo empujé.

Y entre tocar y golpear, entre apartar y empujar, cabía una duda suficientemente grande para que nadie quisiera llevarla ante un jurado.

La resolución llegó ciento veintisiete días después de la muerte.

Celia me llamó a las nueve y seis de la mañana. Yo estaba en el apartamento donde vivía desde que me permitieron abandonar el alojamiento protegido. Dos habitaciones, cocina pequeña, ascensor y ninguna escalera dentro de la vivienda.

Una de las condiciones que había escrito meses antes.

Planta baja o ascensor.

La vida que preparé en la carpeta DESPUÉS había terminado pareciéndose bastante a la que conseguí.

Solo faltaba Lía.

—Han acordado el sobreseimiento provisional —dijo Celia.

No me felicitó.

—¿Provisional?

—La causa puede reabrirse si aparece una prueba nueva.

—No aparecerá.

Mi abogada guardó silencio al otro lado.

—¿Qué ocurre con las medidas?

—La prohibición de salir de la provincia y el control electrónico quedan levantados. Te devolverán el pasaporte. El procedimiento de

familia continuará separado.

—¿Puedo verla?

—La resolución penal no modifica automáticamente el régimen.

—Pero ayuda.

—Sí.

—¿Cuánto?

—El equipo ha propuesto reiniciar visitas supervisadas la semana próxima.

Me senté.

La cocina estaba limpia. No porque hubiera aprendido a ordenar, sino porque no poseía suficientes cosas para desordenarla. Una taza. Dos platos. Tres cubiertos. La habitación de Lía permanecía preparada desde el día que alquilé el piso.

Cama blanca.

Sábanas con planetas.

Conejo nuevo, aunque sabía que ella querría el viejo.

—¿Cuándo volverá conmigo?

—No lo sé.

—Ya no estoy acusada.

—Sigues investigada si la causa se reabre. Y el juzgado de familia valora otras cosas.

—¿Qué cosas?

—La influencia sobre el relato, las fotografías, las cuentas, la promesa que hiciste durante la visita, el conflicto con Nuria.

—Nuria entró ilegalmente en mi cuenta.

—Y lo reconoció.

—Entonces no es una cuidadora neutral.

—No existe un cuidador neutral en una familia.

—Soy su madre.

—Eso tampoco te convierte en neutral.

Miré la puerta de la habitación de Lía.

—¿Qué tengo que hacer?

—Cumplir. Ir a terapia. No hablar de la causa. No preguntarle qué recuerda. No intentar que el equipo acelere los plazos.

—Cuatro meses no le parecen suficientes.

—No depende de lo que me parezca.

—Siempre responde lo mismo.

—Porque sigues haciendo la misma pregunta.

Me levanté.

—¿Qué dice exactamente la resolución?

—Que no existe base suficiente para atribuir de forma inequívoca la primera lesión a una acción tuya. Que la segunda caída pudo estar causalmente relacionada con el contacto, pero no puede excluirse una reacción defensiva, una pérdida autónoma de apoyo o una combinación de factores.

—Entonces fue un accidente.

—No dice eso.

—Dice que no pueden demostrar lo contrario.

—Eso sí.

—Es lo único que importa.

Celia tardó demasiado.

—Para el procedimiento penal.

—¿Qué más hay?

—Nada que deba decirte por teléfono.

—¿Va a venir?

—A las once.

Llegó con la resolución impresa y una caja pequeña.

La dejó sobre la mesa.

Dentro estaban mi antiguo teléfono, las llaves de la casa y el auricular derecho. Los dispositivos seguían bloqueados, pero ya no podían retenerlos indefinidamente.

—La escultura no —dije.

—Continúa depositada como evidencia.

—¿Aunque archiven?

—Provisionalmente.

—No la quiero.

—Mejor.

Celia se quitó el abrigo. Llevaba un traje gris claro y parecía haber dormido por primera vez en meses.

—¿Cuándo dejaremos de vernos? —pregunté.

—Hoy, si todo sale bien.

—¿No seguirá con familia?

—No es mi especialidad. Claudia Aguilar llevará esa parte.

—Pensaba que usted—

—He terminado.

La frase fue más seca que una despedida.

—¿Porque ya no hay caso?

—Porque no quiero estar presente cuando empieces a contar esta historia como una victoria.

—He evitado que me condenen por algo que no hice.

—Has evitado que te juzguen porque no pudieron demostrar qué hiciste.

—Es lo mismo jurídicamente.

—Solo jurídicamente.

La miré.

—Leire habla igual.

—Leire cree que te comprende.

—¿Y usted?

Celia sacó la resolución del sobre.

—Yo creo que cada vez que necesitaste una nueva explicación encontraste una que podía ser cierta.

—Porque lo era.

—No todas a la vez.

—Una versión puede ampliarse.

—La tuya se sustituyó.

—Estaba traumatizada.

—Sí.

—Tenía miedo.

—Sí.

—Damián me controlaba.

—Sí.

—Me amenazó con quitarme a Lía.

—Sí.

—Me agarró en el descansillo.

—Sí.

—Entonces ¿qué duda?

Mi abogada pasó el pulgar por el borde de las páginas.

—La misma que ha salvado tu libertad.

—Eso no responde.

—Es la única respuesta honesta que tengo.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo.

—La fiscal te ofreció una condena sin prisión.

—La rechacé.

—Porque querías recuperar a Lía.

—Porque no era culpable.

—No fue lo que dijiste primero.

—Pensé en mi hija.

—Siempre.

No supe si era una acusación.

—¿Eso es malo?

Celia abrió la puerta.

—Depende de lo que estés dispuesta a hacer en su nombre.

—No le haría daño.

—No conscientemente.

—Nunca.

Mi abogada me miró por última vez.

—No vuelvas a corregirla.

—No lo haré.

—Ni aunque diga dos veces.

—No.

—Ni aunque te mire esperando saber qué respuesta te devuelve a su lado.

—No.

Celia asintió.

No porque me creyera.

Porque ya no era su problema.

—Adiós, Mara.

—Gracias.

—No me las des.

Se marchó.

La resolución permaneció sobre la mesa.

Ciento cuarenta y tres páginas resumidas en una palabra que no significaba inocencia.

Provisional.

La leí completa.

Los peritos de la acusación sostenían que la lesión de la sien se había producido mediante una compresión activa antes de la primera caída. Los de la defensa consideraban posible que Damián, al transportar la escultura, tropezara y quedara atrapado entre el objeto y la pared.

Las dos hipótesis eran biomecánicamente compatibles.

La huella de Damián estaba bajo la sangre.

Mi huella aparecía en el borde.

Nadie podía demostrar cuándo pasó la casa de sus manos a las mías.

El segundo cabello de la base acabó siendo de Sonia. Héctor Barcia quedó fuera cuando cámaras y testigos lo situaron a más de cien kilómetros. La maleta roja apareció vacía en un segundo registro del garaje, encajada detrás del armario técnico y con huellas de Damián en la cremallera. El teléfono azul tampoco llegó a sostener una acusación: la voz no superó la pericial de identificación, el fuego había destruido las huellas útiles e Iván mantuvo hasta el final que Damián se lo había entregado. Ninguno de aquellos cabos podía llevar a otra persona hasta el descansillo. Tampoco podía llevarme a mí.

La segunda caída era todavía más sencilla y más difícil.

El contacto existió.

La intención no.

La mano sobre el hombro podía ser un empujón, un intento de sostenerlo o una reacción para liberarme. La apertura de los dedos podía deberse a mi fuerza, a la lesión de la muñeca o a la pérdida repentina de control.

Tres posibilidades.

Una muerte.

Ningún verbo seguro.

Había otra razón, formulada con menos elegancia en la resolución. La conversación del apartamento, aquella en la que Leire me enseñó la reconstrucción y yo terminé diciendo que había apartado a Damián, no se admitía como una confesión formal: Celia había invocado varias veces mi derecho a guardar silencio y la

diligencia no había sido presentada como un interrogatorio. Podía valorarse como contexto, no como una admisión limpia.

Sin aquella conversación, las fibras del hombro y la partícula de pátina demostraban contacto. No demostraban la dirección, la fuerza ni la intención.

A las dos de la tarde, Leire llamó al portero.

No llevaba uniforme.

Subió sola.

—La resolución ya está notificada —dije.

—No vengo por eso.

—Entonces no debería estar aquí.

—Probablemente.

No la invité a pasar.

Entró de todos modos.

Miró el apartamento.

La puerta de la habitación de Lía estaba abierta. No preguntó.

—¿Qué quiere?

Sacó las llaves antiguas del bolsillo.

—Estas no estaban en la caja de su abogada. Son las del acceso trasero y el garaje.

Las dejó sobre la mesa.

—Podía haberlas enviado.

—Sí.

—¿Y?

Leire observó la resolución.

—Quería verla después de leerlo.

—¿Para comprobar si parecía aliviada?

—No.

—¿Arrepentida?

—Tampoco.

—Entonces.

La inspectora caminó hasta la ventana.

—La fiscal no recurrirá.

—Lo sé.

—Considera que un juicio débil puede terminar consolidando una absolución.

—Es sensata.
—No es la palabra que ha utilizado.
—¿Cuál?
—Inútil.
—También sirve.
Leire se volvió.
—La casa podrá desprecintarse esta tarde. Han terminado todas las diligencias.
—Voy a venderla.
—Lo imaginaba.
—No pienso criar a Lía allí.
—¿Cree que volverá pronto?
—Sí.
—El juzgado de familia no es el penal.
—Lo sé.
—La niña mantiene que escuchó dos caídas.
—Hubo dos fases.
—No ha respondido.
—No tengo que hacerlo.
Leire miró el teléfono que acababan de devolverme.
—Ya no.
—Nunca tuve que hacerlo.
—Eso también lo aprendió deprisa.
Me acerqué a la mesa.
—¿Ha venido para acusarme una última vez?
—No puedo acusarla.
—Exacto.
—Puedo decirle lo que creo.
—Ya lo ha hecho.
—Creo que Damián recogió la escultura para dársela a Ariadna.
No respondí.
—Creo que usted sabía que ella estaba fuera y que él pensaba marcharse con la memoria, la carpeta y la prueba de que había descubierto su archivo.
—Eso está en el expediente.

—Creo que abrió PRIMERA VERSIÓN porque ya había decidido que la discusión terminaría de una forma que necesitaría ser explicada.

—La jueza aceptó que utilizaba ese sistema antes.

—Sí.

—Entonces.

—Creo que Damián sostuvo la base y usted el tejado.

La habitación quedó inmóvil.

—No hay una huella completa mía en el tejado.

—Hay fragmentos.

—De aquella mañana.

—Puede.

—Eso dice la resolución.

—Sí.

—Continúe.

Leire dio un paso.

—Creo que discutieron en el tramo superior. Él le dijo que la casa, la empresa y Lía dejarían de pertenecerle. Usted no levantó la escultura. No hacía falta. La empujó contra su sien mientras él todavía la sostenía.

No sentí nada.

Había escuchado la teoría muchas veces.

Solo que nunca tan cerca.

—Después cayó hasta el rellano —continuó—. Usted bajó con el objeto. Le dijo que no intentara levantarse.

—El audio no demuestra que llevara la escultura.

—No.

—Entonces es una historia.

—Sí.

—La suya.

—Él pidió ayuda. Le agarró el brazo. Usted dejó la casa en el suelo. Al soltarla produjo el impacto metálico.

—También puede haber caído con él.

—Puede.

—Todo puede.

—Ese fue su verdadero talento.

—¿Cuál?

—No inventar una escena. Encontrar una donde cada movimiento pudiera llamarse de dos formas.

Leire miró mi brazo.

El hematoma había desaparecido hacía semanas.

—Damián la agarró —dijo—. Eso ocurrió.

—Sí.

—La amenazó.

—Sí.

—La humilló durante años.

—Sí.

—Y usted utilizó cada cosa real para sostener una mentira mayor.

—No puede demostrarlo.

—No.

—Entonces no existe.

—Para la ley.

—Es la única realidad que compartimos.

La inspectora sonrió sin humor.

—No con una niña.

—Lía no vio nada.

—Oyó.

—Los sonidos no explican una muerte.

—Usted lo sabe mejor que nadie.

Leire se acercó a la habitación preparada.

No entró.

Desde la puerta podía verse el conejo nuevo sobre la almohada.

—¿Qué le contará cuando vuelva?

—La verdad adecuada para su edad.

—¿Cuál?

—Que su padre sufrió un accidente.

—No fue un accidente.

—La resolución dice que pudo serlo.

—No le pregunté qué dice la resolución.

—Es lo que ocurrió.

—¿Una caída o dos?

—Una caída con dos partes.

—Lía no lo recuerda así.

—Tenía siete años. Escuchó golpes desde una habitación.

—También escuchó a su padre hablar entre ellos.

—Eso no convierte dos fases en dos decisiones.

Leire me miró.

—No la convierta en la última prueba que necesita alterar.

—Nunca le pediría que mintiera.

—No hace falta pedirlo.

La frase de Nuria.

La misma.

—¿Han estado hablando?

—No desde su declaración.

—Entonces todos han decidido que soy capaz de controlar a Lía sin decir nada.

—La conoce mejor que nadie.

—Soy su madre.

—Exacto.

—Eso no es un delito.

—No.

Leire caminó hacia la puerta.

—La causa puede reabrirse.

—No aparecerán pruebas nuevas.

Se detuvo.

—Eso ha dicho con mucha seguridad.

—Han desmontado la casa, revisado cada cuenta, cada mancha y cada segundo. No queda nada.

—Queda ella.

—Lía no es una prueba fiable. Ustedes mismos contaminaron su recuerdo.

—Sí.

—Entonces se acabó.

—Quizá.

Abrió la puerta.

—Inspectora.

Se volvió.

—¿Por qué le importa tanto que yo lo admita?

Leire pensó la respuesta.

—Porque Damián está muerto y usted seguirá viviendo. Eso no puedo cambiarlo. Pero Lía todavía tiene la posibilidad de recordar algo que no haya sido diseñado por ninguno de nosotros.

—Recordar la muerte de su padre no la ayudará.

—Olvidarla tampoco.

—No voy a hacer que olvide.

—No.

Leire miró la habitación.

—Solo hará que recuerde mejor.

Se marchó.

Esperé hasta que el ascensor empezó a bajar.

Después cerré la puerta.

La inspectora se había equivocado en una cosa.

No bajé con la casa de bronce después de la primera caída.

La solté.

El impacto metálico del audio no era la escultura golpeando el descansillo antes de la segunda caída.

Era el sonido que hizo al escaparse de las manos de Damián.

Él la llevaba contra el pecho porque pensaba entregársela a Ariadna. Había dicho que era lo único que ella merecía recuperar. El proyecto robado. El trofeo de una idea que nunca había sido suya.

Yo estaba al principio de la escalera con el teléfono en la mano.

Había abierto la carpeta DESPUÉS.

Había creado PRIMERA VERSIÓN.

Damián lo vio.

—¿Otra grabación? —preguntó.

—No.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Siempre estás haciendo algo.

Miró hacia la habitación de Lía.

Después hacia mí.

Me dijo que al día siguiente hablaría con Melero. Que la demanda estaba preparada. Que yo firmaría la renuncia o las transferencias acabarían en manos de la policía. Dijo que Lía

necesitaba estabilidad, no una madre que guardaba fotografías falsas y escuchaba discusiones cuatro veces antes de dormir.

Ya había encontrado ANTES.

No solo la maleta.

Todo.

El zapato del dormitorio tampoco tenía misterio. Damián había subido al llegar, se había quitado uno y volvió a bajar antes de terminar de descalzarse. Más tarde recogió la casa de bronce de la consola y subió otra vez a buscarme, todavía con el otro zapato puesto.

Yo había preparado cosas. El archivo, los nombres, la forma en que una discusión podía convertirse en miedo. No había planeado que Damián llevara la casa de bronce ni el ángulo exacto de una caída. Había planeado algo más útil: una versión capaz de absorber cualquier cosa que ocurriera cuando él volviera.

—No puedes llevártela —le dije.

—No necesito llevármela. Te la quitará un juez.

Lo dijo sonriendo.

La sonrisa pequeña.

La que no parecía una amenaza en ningún audio.

Intentó pasar junto a mí.

La base de la casa descansaba en su mano derecha. Con la izquierda sujetaba el tejado. Yo puse las manos sobre el objeto.

—Suéltalo.

—Apártate.

—Es de Ariadna.

—Todo es de alguien antes de que yo lo convierta en algo útil.

No sé si aquella frase fue exactamente así.

Hay recuerdos que mejoran con el tiempo.

Él tiró.

Yo también.

Su huella quedó en la base.

La mía en el tejado.

La casa se inclinó entre nosotros.

No la levanté.

Leire tenía razón en eso.

Solo giré el borde y empujé.

Tres kilos y medio.

Diecisiete segundos después de crear el documento.

El tejado de bronce entró contra la sien de Damián con un sonido menos espectacular de lo que esperaba. No fue un golpe.

Fue una presión breve.

Un chasquido.

La sorpresa en su cara.

Después retrocedió.

Buscó la barandilla.

La mano no la encontró.

Cayó por el primer tramo.

La escultura se le escapó durante el descenso y golpeó la pared antes de quedar en el descansillo.

Yo no fui inmediatamente detrás.

Esperé.

Ocho segundos.

Su voz subió desde abajo.

—Mara.

No dijo mi nombre como una acusación.

Lo dijo como si todavía pudiera ordenarme algo.

Bajé.

Damián estaba de rodillas, con sangre en la sien y una mano sobre la barandilla. La casa de bronce había quedado cerca de su pierna.

—No intentes levantarte —dije.

No era una advertencia médica.

Él lo entendió.

Extendió la mano.

—Dame la mano.

Ariadna sí lo oyó.

Lía también.

Yo no se la di.

Me agaché para mover la escultura. Necesitaba que cayera con él, que el objeto y el cuerpo llegaran juntos abajo. La base resbaló en mi palma y abrió la piel.

Damián me agarró el brazo izquierdo.

—Mara.

Esta vez mi nombre sonó distinto.

Había comprendido.

—Suéltame.

—¿Qué has hecho?

—Suéltame.

Intentó levantarse.

No para atacarme.

No para impedir que volviera con Lía.

Para salvarse.

Su mano derecha se cerró sobre la barandilla. La izquierda siguió agarrada a mi ropa.

Puse la palma ensangrentada sobre su hombro.

La partícula de pátina pasó a la camisa.

No fue un reflejo.

No fue miedo insuperable.

No fue defensa.

Empujé hacia fuera y hacia abajo.

Damián abrió la mano porque yo giré su cuerpo.

La uña arañó la madera.

El hombro cedió.

Durante un instante quedó suspendido entre mi brazo y la barandilla.

Podía haberlo sujetado.

No lo hice.

Cayó por el segundo tramo.

La casa de bronce fue detrás.

Dos caídas.

Dos decisiones.

Catorce segundos después de la segunda caída, empecé a corregirlas.

Tiro y cae.

Tiro de mi brazo.

Intento ayudar.

Lía estaba conmigo.

La primera versión no era la más falsa.

Era la que contenía demasiada verdad.

Guardé las zapatillas.

Moví la escultura.

Comprobé que Damián no respiraba.

Esperé el tiempo necesario para que el pánico pareciera shock y el silencio pudiera llamarse confusión.

Después llamé al 112.

El archivo del asistente no se borró por accidente. Encontré la notificación durante la llamada y mantuve el dedo sobre la pantalla hasta que apareció la opción.

Eliminar.

Confirmar.

Noventa y cuatro segundos.

Creí que habían desaparecido.

No sabía que una nube podía conservar fantasmas.

Tampoco sabía que Lía lo había oído todo.

Eso fue lo único que no había previsto.

No vi su cara hasta que bajó.

No sabía que había escuchado dos secuencias, mi voz entre ellas y la de Damián pidiendo una mano que no recibió.

Cuando dijo que su padre se había caído dos veces, comprendí que la historia todavía no estaba terminada.

El juzgado de familia autorizó la primera visita nueva nueve días después del sobreseimiento.

Una hora.

Supervisada.

Lía entró con el conejo antiguo entre los brazos. Había adelgazado un poco y llevaba el cabello más largo. Durante varios segundos permaneció junto a la puerta.

No corrió.

Yo tampoco.

La psicóloga nueva se llamaba Marta. Nos explicó que podíamos hablar de la escuela, de sus amigas y del piso. No de la causa. No de

las declaraciones. No de lo que había escuchado aquella noche.

—¿Puedo enseñarle fotos de su habitación? —pregunté.

—Sí.

Lía miró la cama con planetas.

—El conejo es falso.

—Es otro.

—No quiero otro.

—El tuyo vendrá contigo.

No preguntó cuándo.

Aquello me dolió más que si lo hubiera hecho.

Jugamos a cartas.

Me contó que Nuria cocinaba mal la pasta y que había cambiado de colegio porque una mujer la señaló desde la otra acera. Dijo que ya no veía las noticias. Dijo que a veces soñaba con la escalera, pero que en el sueño no podía distinguir si subía o bajaba.

No le pregunté más.

Antes de terminar, Marta nos propuso una actividad.

—A veces ayuda que los adultos expliquen de una forma sencilla lo que ha cambiado —dijo—. Sin detalles, sin buscar responsables y sin pedirle a Lía que confirme nada.

Me había preparado para aquello.

—Papá tuvo un accidente en casa —dije—. Llevaba una cosa pesada, perdió el equilibrio y cayó por la escalera. Yo intenté acercarme. Todo ocurrió muy rápido. Después vinieron médicos, policías y muchas personas que hicieron preguntas. Nada de lo que tú dijeras causó lo que pasó ni decidió dónde estaba yo.

Lía miraba las cartas.

—Fueron dos veces.

Marta intervino:

—No necesitamos discutir eso.

—No lo discuto —dije—. En una escalera con un descansillo, una misma caída puede detenerse y continuar. Puede sonar como dos.

Mi hija levantó los ojos.

—Papá habló.

—Estaba herido.

—Te pidió la mano.

No respondí inmediatamente.
—No lo recuerdo así.
Era una frase permitida.
No la corregía.
Solo colocaba mi memoria junto a la suya.
—Yo sí —dijo.
—Está bien.
La visita terminó.
No intenté convencerla.
Todavía.

La segunda vez fue tres semanas después.

Ya no había espejo visible, aunque sabía que existía una cámara. Lía me permitió abrazarla al entrar y me pidió que le enseñara otra vez las fotografías del piso.

—¿Puedo pintar la pared? —preguntó.
—Del color que quieras.
—Negro.
—Tu tía me matará.
Lía se rio.
Fue la primera vez.
A mitad de la visita, sacó un dibujo.
La casa.
La escalera.
Damián abajo.
Yo arriba.
La figura de su padre no tenía brazos.
—¿Por qué no tiene manos? —pregunté.
—No sé.
—Puedes ponerlas.
—No quiero.
—Está bien.
—¿Papá llevaba la casa pequeña?
La pregunta no estaba prohibida si la iniciaba ella.
Yo debía responder sin detalles.

—Sí.

—Antes dijiste que no sabías.

—Ahora sabemos algunas cosas que antes no.

—¿Entonces se cayó por eso?

—El objeto pesaba mucho. Estaba herido y la barandilla se movía.

—Dos veces.

No dije que no.

Cogí una carta y la coloqué sobre otra.

—Cuando algo cae por una escalera con un descanso, puede golpear aquí y después seguir. Sigue siendo una caída.

—Pero paró.

—Un momento.

—Y habló.

—Sí.

—Entonces son dos.

—Puede sentirse así.

Marta anotó algo.

No necesitaba verla para saberlo.

—¿Tú estabas conmigo? —preguntó Lía.

—Estaba cuidándote.

—No es lo mismo.

—No.

La palabra la sorprendió.

Había dejado de corregirla.

—Fui hacia la escalera porque escuché a papá —continué—. Después volví contigo.

—Antes de que cayera otra vez.

—Todo pasó muy deprisa.

—Yo lo escuché.

—Lo sé.

—La tía dice que no tengo que acordarme bien.

—La tía quiere que no tengas miedo de equivocarte.

—¿Tú?

—Yo quiero que sepas que no tienes que elegir entre tu recuerdo y yo.

Lía apoyó la cabeza en mi brazo.
—Si digo dos, ¿vienes igual?
—Sí.
—¿Y si digo una?
—También.
—Entonces da igual.
—Para nosotras, sí.
La frase era cierta solo de una forma.

La tercera vez ya estábamos solas.
No completamente.
Una educadora esperaba en la sala contigua, pero la puerta permanecía abierta y no había cámaras dentro de la habitación. El juzgado había autorizado una tarde en mi piso antes de ampliar las visitas.
Lía entró con el conejo antiguo y una mochila pequeña.
Recorrió todas las habitaciones.
Probó la cama.
Abrió los armarios.
Contó los platos de la cocina.
—Solo hay dos.
—Compraremos más.
—¿Por qué?
—Por si viene alguien.
—¿Quién?
—La tía. Una amiga. Quien tú quieras.
—Papá no.
No respondí.
Se sentó en el suelo de su habitación.
La pared seguía blanca.
—No quiero negro —dijo.
—Me alegro.
—Quiero azul.
—Podemos pintarla.
—¿Tú sabes?

—Aprenderé.

Sacó de la mochila una casa de juguete. No era igual al premio, pero tenía tejado y ventanas.

La colocó sobre la alfombra.

—La psicóloga dice que puedo preguntar.

—Claro.

—¿Papá se cayó porque llevaba una casa?

—Ayudó.

—¿Y tú lo tocaste?

La pregunta llegó sin miedo.

Habían tardado meses en enseñarle a decirla.

Yo había tardado más en preparar la respuesta.

—Intenté apartarme cuando me agarró.

—¿Lo empujaste?

—No para que cayera.

No era una negación.

Era mejor.

—¿Entonces fue por tu culpa?

—No.

—¿Por la escalera?

—Por muchas cosas. Estaba herido. Había bebido. Había tomado una medicina. La barandilla estaba rota. Llevaba un objeto pesado y perdió el equilibrio.

—¿Dos veces?

Cogí la casa de juguete.

La coloqué en la parte superior de una pila de libros.

La dejé bajar.

Golpeó el primer libro.

Se detuvo un instante.

Después cayó al suelo.

Dos sonidos.

—¿Cuántas veces ha caído? —pregunté.

Lía pensó.

—Una.

—Pero sonó dos.

—Porque chocó.

—Eso ocurrió con papá. La escalera tenía una parte en medio. Cayó, se detuvo y después continuó.

—Pero habló.

—A veces una persona puede moverse o hablar durante una caída larga. No significa que empezara otra.

Lía recogió la casa.

Repitió el movimiento.

Primer golpe.

Pausa.

Suelo.

—Una —dijo.

No sonreí.

La abracé.

No demasiado fuerte.

—Una —repetí.

La educadora apareció en la puerta.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió Lía—. Mamá me estaba explicando la escalera.

La mujer me miró.

No debía haberlo hecho.

Todavía existían límites.

—Solo con un juguete —dije—. Ella preguntó.

La educadora se acercó.

—No necesitamos decidir ahora cuántas veces ocurrió nada.

—Ya lo sé —dijo Lía.

Sostuvo la casa entre las manos.

—Fue una caída, pero hizo dos ruidos.

La mujer anotó algo en la libreta.

Yo no corregí una sola palabra.

Aquella noche, después de que Nuria viniera a buscarla, ordené la habitación. Dejé la casa de juguete sobre la estantería y coloqué el conejo nuevo dentro de un cajón.

No lo necesitaríamos.

La siguiente visita sería de seis horas.

Después llegaría una noche.

Luego un fin de semana.

El juzgado no devolvía una hija de una sola vez. La entregaba por tramos, como si temiera que también pudiera caer.

Yo podía esperar.

Había esperado noventa y cuatro segundos con Damián en el suelo.

Podía esperar meses para recuperar lo único que había querido conservar.

Leire pensaba que una niña era la última prueba.

Se equivocaba.

Una prueba existe para demostrar algo que ya ocurrió.

Lía era el futuro.

Y el futuro no necesita recordar correctamente.

Solo necesita una historia en la que pueda seguir viviendo.

A la tercera vez que se lo conté, Lía dejó de decir que su padre se había caído dos veces.

Agradecimientos

Hay personas que agradecen haber llegado hasta aquí.

Yo prefiero agradecer que nadie haya mirado demasiado de cerca.

Gracias a quienes saben que una historia nunca empieza cuando aparece el cadáver, sino mucho antes: en una amenaza pronunciada con calma, en una puerta que no se cierra, en una frase repetida hasta que deja de parecer una mentira.

Gracias también a quienes entienden que la memoria no es una cámara. La memoria corta, corrige, desplaza. A veces protege. A veces acusa. Y otras veces hace lo que puede para que podamos levantarnos por la mañana y seguir fingiendo que somos la misma persona que se acostó la noche anterior.

A quienes me acompañaron por esta escalera, peldaño a peldaño, incluso cuando ya sospechaban que no convenía darme la espalda: gracias.

A quienes dudaron de mí, también. La duda es una forma de atención. Y en esta historia, prestar atención era lo único que podía salvarlos.

O condenarlos.

Por último, gracias a quienes alguna vez contaron un recuerdo y descubrieron que, al repetirlo, algo había cambiado. Una palabra. Un gesto. Una caída.

No se preocupen.

A la tercera vez, casi todas las historias salen bien.